
ANA COELLO
casi
CONTIGO
TEME HACERLE DAÑO,
PERO MÁS, NO TENERLA A SU LADO

ANA COELLO

casi
CONTIGO

Copyright © 2025 by Ana Coello
All Rights Reserved
www.anacoello.mx
Primera edición febrero 2025
Todos los derechos reservados.
ISBN:
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informantico.
Portada: Kramer
Maquetación: Lotus Ediciones
Vectores: Freepik/ Callmetak

La química surgió con la consigna de comandar,
ese magnetismo potente hizo de las suyas sin piedad.
El difícil pasado pidió no continuar,
el temor llegó con su desplante habitual,
uniendo así a todas las piezas
para que la vida se mostrara con más de un disfraz.
Caminar sin avanzar, tocar sin sentir, vivir sin entregar…
Casi contigo, es el casi conmigo,
y más de una vez se empeñó en no ser nuestro destino.

Prefacio

Verano dos años atrás

La música parecía jamás pretender llegar a su fin, notó soltando un suspiro ahí, sentada en una de las elegantes mesas. Inmersa en sus pensamientos, como solía, observando con ojo agudo todo lo que a su alrededor ocurría. Jessica, su hermana tres años mayor, conversaba con un chico, ese con el que Mariené sabía que sucedían cosas más allá de la relación laboral, aunque lo negaran los dos. Observarlos a hurtadillas la hacía reflexionar más de la cuenta.

Sonrió sacudiendo la cabeza, mirándolos intrigada, aunque con disimulo. Estaba convencida de que el miedo a dejar de ser quien se es, a veces era más poderoso que cualquier sentimiento, por lo que aventurarse en una situación tan incierta como la atracción era algo que se le temía más que aventarse del mismo Everest sin paracaídas. Quizá eso ocurría con su hermana y él.

Rio de forma discreta al notar que de nuevo discutían. Sí, eso era lo de diario, luego se perdían durante un rato y al regresar, la marea bravía desaparecía.

Perdió su atención en su alrededor, sonrojada. Era bien consciente de lo que vendía a continuación y prefería fingir no saberlo.

Mariené nunca había sentido nada por nadie que significara algo, que recordara siquiera. Tampoco lo buscaba o esperaba, si era sincera. Así se sentía cómoda, feliz. Tenía un maravilloso plan de vida y pensaba continuarlo. Por lo mismo, lo que hacía Jess le parecía bien, si para ambos funcionaba.

Bebió un poco del vino que le habían servido minutos atrás sin que se percatase. La fiesta estaba en su apogeo. Notó suspirando. Los invitados lucían verdaderamente divertidos; reían, cantaban y bailaba sin detenerse. No era para menos, su mamá y Silvano eran tal para cual y lo demostraban llenando de risas su alrededor. Era agradable verlos juntos, saber que ella había encontrado ese alguien con el que deseaba compartir al fin su vida después de tantos momentos tristes.

Sí, ese evento era la boda de ellos dos.

Marcia, su madre, bailaba riendo por algo que su ahora marido le decía. Mariené los estudió ahora a ellos, discreta; era una gran mujer, alguien que realmente admiraba, con la que contaba de forma incondicional, el único ser con el que había compartido sus momentos más oscuros, la razón por la que estaba ahí, ese día especial. En cuanto a su padre, él era un buen hombre, también así lo consideraba, lo cierto es que poco lo frecuentaba, viajaba casi todo el tiempo, pero eso no evitaba que estuviese al tanto de ellas, de sus vidas, de sus necesidades. Se divorciaron cuando ella entraba a la adolescencia. No lo evocaba con trauma, simplemente como un evento más, no algo que la determinaba.

Marcia, durante todo ese tiempo, no sostuvo alguna relación, o no una de la que ella supiera. Hasta hacía poco más de un año que apareció él. Viudo, muchos años atrás debido a un accidente de tránsito donde su hijo se salvó y por ello se dedicó a él en cuerpo y alma. Un italiano guapísimo, debía admitir, además de agradable, inteligente y que la adoraba. ¿Qué más podría desear para ella?

—Vamos, Mariené, no te quedes ahí, bailemos —insistió su mejor amiga, Bárbara. La joven

dejó la bebida sobre la mesa, sonriendo. No amaba bailar en público, pero tampoco era una amargada, en realidad se podía definir a sí misma como soñadora y solitaria.

Su amiga, en cuanto vio que se ponía de pie, riendo la arrastró junto con sus primos hasta la pista. Su madre, al percatarse de que estaba ahí se acercó sonriente, le dio un dulce beso en la mejilla, tomó su mano y comenzó a contonearse, efervescente. Un segundo después apareció Jessica, acalorada, y bailaron riendo, divertidas.

Después de casi una hora la música comenzó a aturdirla, algo común en ella. Se alejó buscando no ser detectada para encontrar un rato de soledad, lejos del bullicio. Lo necesitaba, ese día había sido una locura.

Fantaseando, observando su alrededor con atención, anduvo entre los árboles admirando cómo todo estaba finamente iluminado. Los detalles en aquel evento no habían sobrado ni faltado. Le gustaba porque esas lucecillas perdidas entre lo verde de los follajes daban la sensación de estar en medio de un cuento, o de una escena irreal, de esas que solía leer.

Sonriendo siguió, absorta.

Agotada de llevar esos tacones que su hermana se empeñó en que usara, se los quitó dejándolos por ahí sin preocuparse. Al sentir el césped frío bajo sus pies soltó un suspiro de alivio. Eso la hacía sentir conectada a la vida más que nada en el mundo. Solía ser un bálsamo en aquellas épocas difíciles poder quitarse los zapatos, los calcetines y vagar por el pasto arrugando los dedos; placeres tan absurdos que valoraba más que muchos.

De puntillas avanzó moviéndose, sin percatarse al ritmo de la música que se escuchaba a lo lejos. Con los ojos cerrados, sabiéndose sola al fin, bailó agarrando los pliegues sueltos del vestido. Adoraba la soledad, vivir el momento, sentirse libre.

—Podrías enfermar, está húmedo —escuchó de pronto.

Giró enseguida.

El dueño de esa voz gruesa e intimidante se hallaba sentado en una banca de madera, con un vaso lleno en la mano. Aun con la poca luz pudo distinguirlo sin problemas. Era el hijo de Silvano. No se movió.

Horas atrás, en la ceremonia civil, lo conoció, había llegado junto a su padre. En aquel momento lo evaluó, como era su costumbre, pero no con suma atención, aunque podía aceptar que era guapo, bueno, más que eso, era imponente.

Sabía que era modelo, y no de forma metafórica, sino real, modelo de esos que viajan y viven en Nueva York. Comenzó aquello a los veintidós años, cuando concluyó su licenciatura en Relaciones Internacionales. Contaba, por lo que había escuchado, con nacionalidad europea gracias a su madre que fue portuguesa y su padre italiano. Le había ido tan bien que rápidamente logró llegar hasta Estados Unidos, a miles de portadas, anuncios, eventos de marcas, pasarelas y todas esas cosas de «modelos».

No la apantallaba, tampoco le importaba, Mariené inmersa en su vida, en lo que deseaba, soñaba y sentía, le dio lo mismo cuando lo supo. Lo cierto es que ese hombre irradiaba seguridad y prepotencia con tan solo verlo y eso sí era algo que no esperaba.

Supieron de él cuando su madre viajó, junto con el que ahora era su marido, un par de meses atrás a Nueva York. Ambos le habían dado la gran noticia, cosa que supo le agradó ya que ella regresó hablando maravillas de aquel modelo.

Como era de esperarse su hermana, mucho más desenvuelta, en cuanto se enteró de quién era, se dedicó a buscarlo en la web por horas. Aún la recordaba frente a su laptop llamándola cada cinco minutos para que viera una foto, un video, una entrevista, con torso desnudo, con ropa, en fin, banalidades en su opinión. Le dio bola porque la quería mucho, pero le importaba muy poco lo que fuese de la vida de alguien que ni conocía.

Lo cierto es que, al tenerlo ahí, de frente, algo cambió, y una oleada de nervio recorrió su tersa piel blanca. Lo observó fijamente, con los labios entreabiertos. Maximiliano, ese era su nombre y debía reconocer que era tan fuerte como la seguridad que proyectaba. Tenía mirada desafiante, cargada de prepotencia y exudaba seguridad. Una combinación imposible de eludir.

Comprendiendo lo absurda e infantil que se veía sin responder, tomó el control de sí.

—Suelo hacerlo, me relaja —explicó con ligereza, moviendo los dedos de sus pies para seguir disfrutando de la sensación.

El hombre, sentado aún, intrigado, frunció el ceño bajando la vista y observó curioso lo que hacía esa chica que horas atrás había visto por primera vez. Y solo recordaba esas pecas y esa sonrisa dulce, aterradoramente angelical, junto con esos ojos de mirada tierna, que lo desconcertaron tanto que el resto de la ceremonia evitó estudiarla. ¿Qué hacía ahí? Tan lejos de todos.

—Extraña manera de lograrlo —musitó con voz gruesa, cargada de masculinidad.

Mariené arrugó la frente, pestañeando. Soltó los pliegues del vestido, un poco alterada, perdida en sus rasgos. Su cabello lacio oscuro, peinado con desgarbo hacia atrás dejaba ver sus ojos claros alargados, de cejas duras, su quijada tensa, junto con esos labios, era lo único que podía pensar, dejando así, durante unos segundos su mente en blanco y es que Maximiliano era un hombre que miraba y lo hacía de verdad.

Pasó saliva un poco turbada, no entendía por qué de pronto se sentía como una niña de seis años, en cualquier sentido; jamás le había ocurrido, al contrario. Molesta por las sensaciones encontradas que estaba experimentando de repente y sin razón, replicó:

—Probablemente tú tengas otras más sofisticadas.

Se arrepintió de inmediato por decir aquello, al grado en que casi se cubre los labios como si eso pudiera evitar que la hubiese escuchado.

El hombre la observó fijamente y se puso de pie. Mariené, por un momento, pensó en simplemente correr en dirección contraria, no obstante, se contuvo. Era muy alto y se aproximaba. Ella dio un paso hacia atrás, nerviosa.

—Probablemente. Ya no soy un adolescente —confirmó dando otro paso hasta ella, con gesto inescrutable y esa voz absurdamente masculina, potente. Esta vez se mantuvo en su lugar, con todas las terminaciones nerviosas a punto de explotar. ¿Qué era todo aquello?

—No quise decir eso, es solo que… —intentó disculparse de forma torpe. El hombre derramó el líquido de su vaso en el cesped a más de un metro de donde se hallaban y la estudió de arriba abajo con lentitud.

Sin entender por qué, se preguntó lo que un tipo como él podría pensar de ella. Su cabello castaño lo llevaba lacio por lo que acariciaba la mitad de su delgada espalda, tenía puesto aquel vestido rosado que Jessica eligió, sin tirantes, arriba de la rodilla, pero discreto, casi juvenil. Lo cierto es que se sintió, por primera vez en su vida, expuesta, lejos de ella.

—Eres muy dulce como para conocer otras maneras… No te disculpes —dijo acercándose más.

¡Uf! La sangre de Mariené bombeó como nunca había bombeado. Su respiración se ralentizó. Se sentía presa de él, de su magnetismo, de su avasallante personalidad.

Maximiliano, irritado porque el destino la tuviese ahí, justo en ese momento, no se detuvo hasta que aquel dulce rostro, y esas pecas, quedaron a unos pocos centímetros. Notaba lo que generaba en ella, sentía ese nerviosismo que la recorría, así como esa ingenuidad adherida a su delicado cuerpo.

Bajó la cabeza, disfrutando del momento con perversa ansiedad y se detuvo en su oreja.

—Y no permitas que nadie te diga lo contrario, tú puedes darte ese lujo.

Con la certeza de que eso debía ser suficiente para amedrentarla y que no se acercara más, se alejó con las manos en los bolsillos del pantalón. Lo cierto es que había sido incluso demasiado para él.

Sabía lo que era la atracción, lo que era el deseo y también lo que era jugar con ello, pero esa joven le inspiraba algo más hondo, algo que olía a peligro; dañar era algo que nunca se permitiría y menos con esa dulce chica.

Un segundo después Mariené recobró el control que le había sido hurtado. Con las mejillas calientes sonrió aturdida, pestañeando.

Se colocó una mano sobre el estómago y es que ahí se habían concentrado todas esas extrañas emociones. Sacudió la cabeza deshaciéndose de esa rara experiencia. El frío en sus pies le hizo recobrar la conciencia. Buscando olvidar lo ocurrido, continuó danzando al ritmo de la música que se escuchaba a los lejos, con una extraña sensación similar a la alegría, viajando por su piel.

Después de todo, ese día estaba siendo importante para su mamá y se sentía feliz. Lo que él habría pretendido con aquello, solo su mente lo sabía, a ella, ya en ese momento no le interesa en lo absoluto.

PARTE UNO

Piccola



Capítulo 1

Presente

El vuelo fue agradable, Mariené no podía creer que estuviera en Alghero, una provincia al norte de Cerdeña, Italia.

Silvano deseaba descansar ahí unos días; le traía muchos recuerdos. Él le contó, en unas de sus interminables charlas, que cuando era pequeño solía pasar allí las vacaciones. Por lo mismo insistió en viajar para allá y festejar su segundo aniversario de bodas con Marcia, su madre. Por otro lado, era ideal para que su hijo no fuese acosado, como escuchó le ocurría con frecuencia, por la prensa, o paparazis, como se les suele decir a esos reporteros que viven de las personas públicas.

Durante todo ese tiempo no se habían vuelto a topar y ella prefirió no averiguar nada sobre su vida, ni siquiera por curiosidad; ya bastante le había costado olvidar aquel momento en el jardín donde se celebró la boda de su mamá hacía poco más de dos años. Sin embargo, debía aceptar que aún en ocasiones lo evocaba y es que su cercanía había despertado algo que ni siquiera sabía que existía y que no le había vuelto a generar nadie.

Mariené estaba por comenzar el último semestre de su licenciatura en Literatura y Letras. Tenía muchos planes, anhelos y sueños en torno a ello. Amaba lo relacionado a la escritura y leer. Pasaba horas inmersa en su habitación sentada frente a su computadora o con un libro en la mano, alejada del mundo, perdida en las líneas, en su imaginación. Aunque también era inquieta, de forma paradójica, así que solía escabullirse para conocer, observar, aprender.

Por lo mismo estaba decidida a ser independiente lo más pronto posible. Su hermana se había salido de casa un año atrás, pero ella quería hacerlo antes si le era posible.

Su madre estaba de acuerdo, aunque como siempre se mostró cauta ante sus determinaciones. Por lo mismo le había propuesto ayudarle al inicio, pero se negó, quería hacerlo sola, lograrlo sola. No le importaba alojarse en un lugar diminuto donde solo cupiera una cama y lo necesario para preparar sus alimentos ya que era muy estricta en cuanto a ello, y un espacio para su *laptop*. Pero para que eso ocurriera debía lograr ese trabajo que, aunque sabía sería extenuante, era su gran meta en ese momento.

De pie frente al paisaje que se extendía ante sus ojos grises, respiró fuerte. El aire ahí era tan agradable, podría decirse que caluroso, aun así, delicioso. Sonrió animada y se dirigió a la playa.

Un camino adoquinado guiaba hasta ahí. Impaciente, se adelantó como siempre que se trataba de lugares similares; vegetación custodiaba la vereda y la brisa marítima despeinaba su cabello castaño. Suspiró plácida al sentir el aire salino sobre su rostro.

Tres semanas de aquello, después todas las metas y montañas de lecturas, tesis y seis meses de sumergirse en libros, tareas, trabajos. No le molestaba, pero era consciente de que ese tiempo debía aprovecharlo al máximo.

Al llegar a la arena se quitó de inmediato las sandalias y anduvo hasta el oleaje arrastrando los pies como una pequeña. En cuanto el agua tocó su piel ésta se erizó y comenzó a aventarla presa de un juego sin sentido, como tanto le gustaba.

El sol calentaba su cuerpo, el líquido salado la enfriaba y la ropa húmeda se le adhería a su cuerpo, cosa que no le importó porque nada era mejor que sentir el agua entrar por sus poros para luego llenar su mente y pensamientos.

—Ven a acomodar tus cosas, Ané —gritó Marcia desde la mitad del camino. Giró al tiempo que una ola humedecía su rostro. Soltó la carcajada, escurriendo.

—Sí, voy en cinco minutos. No importa donde me toque dormir —repuso en voz alta. Su madre sacudió su cabeza, sonriendo. Esa niña no tenía remedio, pensó, pero le encantaba que fuera así.

—Bien, jovencita.

Goteando, riendo y chapoteando, pasó ahí algunos minutos más. Contemplando la cristalinidad del mar, los pececillos que nadaban valientes alrededor de sus pies, intentando atraparlos o averiguar a donde se dirigían.

Entró a la casa hecha un lío; arena por doquier, mojada, con la ropa adherida al cuerpo. Un espejo en el recibidor le hizo ver que sí, lucía desliñada. Se encogió de hombros con las sandalias en la mano, eran vacaciones.

Estudió el lugar, atenta. Era rústico, grande y sobrio. Le gustó, aunque le hubiese puesto más plantas. Recorrió la gran estancia con desgarbo, distraída. Una risa gruesa que desconoció la detuvo, con la sien palpitando más de la cuenta, su pulso se disparó.

Era él, podía asegurarlo.

Pasó saliva, pestañeando, dejando de jugar con su calzado como venía haciendo. Sabía que le iba de maravilla, contaba con su propia marca de ropa, algunas tiendas de cadena y un par de restaurantes, asombroso.

Ese hombre, desde su perspectiva, era alguien de veintinueve años que se comió el mundo en tiempo récord. Eso no tenía nada de malo, pero la desconcertada de solo escucharlo mentar. Por lo que notaba, mantenía una buena relación con su padre e incluso los invitó a la inauguración de sus negocios un año atrás.

Avanzó por el pasillo atenta a las voces. En la segunda puerta del lado derecho estaban todos justo frente a una cama de matrimonio, charlando. Se armó de valor y entró.

—¿Cuál será mi habitación, mamá? —los interrumpió con su manera intempestiva y poco convencional.

Maximiliano le daba la espalda, su corazón emitió un latido fuerte. De nuevo buscó que su compostura no se viera afectada. No pudo evitarlo y lo repasó de forma discreta; llevaba puesta una bermuda blanca que dejaba ver sin problemas sus muslos marcados y una camiseta clara que torneaba sus brazos. Dejó salir un suspiro y desvió la vista, no era sano mirarlo más de un segundo, para nadie.

De pronto, con movimientos absolutamente masculinos y lobunos, giró. Los pulmones de Mariené trabajaron a toda velocidad. No estaba preparada para la fuerza de esa potente mirada azul. La recordaba, tanto como había intentado ignorarla durante ese par de años.

—Hola, Mariené —solo dijo, estudiándola. Imaginaba que después de ese tiempo hubiese remetido aquella atracción, o por lo menos aquellos rasgos inigualables. No fue así. Sus pecas dulces continuaban, su mirada tierna y perspicaz también y lo peor, se veía más mujer, más apetecible y más enigmática.

Todo ese tiempo buscó alejarse de ahí debido a eso; dos años creía que habían sido más que

suficientes. Algo en esa chica lo jalaba, lo inquietaba, lo hacía desear como nunca nada. Lo cierto es que sabía que era la antítesis de su vida.

Había escuchado sobre su carácter cuando su padre hablaba de ella, o de Jessica, por teléfono, o en sus visitas, pero estaba seguro de que era mucho más que eso. Una necesidad de adentrarse, de corromper y de aliviar sus ansias apareció justo al mirarla de nuevo, ahí, de pie a un par metros, húmeda, con el cabello castaño escurriendo por sus hombros, por sus pequeños pechos, sin una gota de maquillaje, con esa blusa clara adherida y sus shorts mostrando esas largas piernas, descalza, como la evocaba.

Se endureció, no lo pudo evitar pese a saber controlarse siempre sin problema.

—Hola, bienvenido —respondió con esa linda voz. Asintió con frialdad, girándose para no seguir con esa visión clavada en sus ojos.

La joven, descolocada por aquel instante que la hizo sentir de nuevo una niña, paseó la atención por el lugar, buscando recomponerse. Sabía que Maximiliano iría, pero no qué día, eso la había tomado por sorpresa.

—Tu habitación es la siguiente, nosotros quedamos al fondo y la de Jess es la primera —informó su madre sin percatarse de nada, feliz por tenerlos ahí reunidos—. ¿Les parece si nos acomodamos y nos vemos para le cena? Me recomendaron un sitio al que debemos ir. Dicen que es delicioso, está a unos minutos de aquí.

Un segundo después los tres jóvenes quedaron solos. Un momento incómodo se dejó sentir. Torciendo los labios de lado a lado, Mariené observó a Jessica que parecía no tener la menor intención de salir, así que, dándole lo mismo, se dio la media vuelta decidida a investigar su habitación. Una vez sola cerró tras de sí y soltó el aire que había contenido. Dejó las sandalias en el suelo y se llevó las manos a las mejillas, sabía que debían estar calientes. Rodó los ojos.

—Cálmate, serán solo tres semanas, nada más. Seguro ni te recordaba —murmuró.

Con aquella convicción, subió su equipaje a la cama y comenzó a deshacerlo con los audífonos puestos, como era su costumbre. Amaba el silencio tanto como la música inundando su interior.

Al finalizar se colocó un bañador completo con aperturas a los lados, se recogió el cabello en un moño alto y salió. Tenía unas horas aún y definitivamente no las gastaría dentro de esa bonita casa. Con prisa tomó una botella de agua del frigorífico y recorrió de nuevo el camino que llevaba a la playa.

La salinidad se coló por sus pulmones, sonrió satisfecha. Aventó sus sandalias a la arena y presa de un arrebato corrió hasta el mar. Si hubiese podido elegir donde vivir, un lugar con playa hubiese sido lo que le habría gustado.

Se sentó en la orilla, tomó un puño de arena húmeda y lo aventó hasta el mar que lo devolvía con las olas. El aire era delicioso, algunos de sus cabellos escapaban de su peinado improvisado, así que con la mano los hacía para atrás una y otra vez. Palmeras, algunas personas pasaban por ahí y el sonido hipnotizaste del agua yendo y viniendo. Le dio un gran trago a su agua, relajada.

—Sigues sin usar zapatos —escuchó su voz, volteó nerviosa, irguiéndose.

Estaba a un metro de ella, de pie, con un bañador de short, el cabello húmedo y el torso desnudo. ¡Madre mía! Acababa de salir del agua. ¿Cómo se respira después de tremendo espectáculo? Pensó. No tenía idea de su expresión, pero seguramente era una a la que él debía estar acostumbrado con ese físico.

¡Ay, Dios!

Se levantó turbada.

Maximiliano recorrió su cuerpo con lentitud deliberada, eso la puso peor.

¡Ay, Dios! Por mil.

—Te dije que me relaja —le recordó colocándose un cabello tras la oreja.

—Lo sé —susurró tomando una toalla que se encontraba ahí, en la arena. Lo observó de reojo, fingiendo desinterés.

¿A quién engañaba? Era imposible lograrlo del todo, así que decidió que era mejor alejarse, olvidarlo a él y a ese cuerpo, sobre todo sus ojos y pensar en lo que sí le importaba; en sus proyectos, en sus metas, en lo que fuera menos su perfecto rostro, muy perfecto, por cierto.

—Iré a dar un paseo, te veo luego —dijo Mariené con tono fresco.

Maximiliano, con la toalla en la mano, asintió atento a cada uno de sus movimientos mientras se marchaba. Ella tenía un cuerpo delgado, con pocas curvas y poco voluptuoso, pero definitivamente hermoso, algo que iba a la perfección con su rostro y esa manera de ser. La joven se alejó, jugueteando con las olas al tiempo que bebía agua con desenfado.

No la quería cerca, no debía, pero de alguna manera no lograba alejarla. Había decidido salir a refrescarse y lo primero que vio a lo lejos después de sumergirse fue a ese ser enigmático sonriendo, satisfecha. Observó cómo se sentaba casi en el oleaje y comenzaba a jugar con la arena, divertida. Era como si pudiese ver más allá que los demás, fijarse en los detalles, como si su paz relajara a ese huracán que sentía constantemente en su ser.

Esas semanas no serían fáciles y más valía hacer algo para mantenerla fuera de su radar, aunque sospechaba que sería imposible.

Molesto por haberse dejado arrastrar hasta ese sitio, por haber accedido a pesar de haberse negado en un inicio precisamente debido a ella, se dejó caer en la arena sin apartar la vista de su dirección, ya estaba muy lejos. Se pasó una mano por el cabello sacudiendo la cabeza y perdió la vista en el horizonte.

Conocía a decenas de mujeres, había mantenido relaciones con algunas, con otras solo se dejaba llevar por la atracción sin buscar ir más allá. Estaba rodeado de personas, de luces, de atención, de individuos decididos a complacerlo, a satisfacerlo incluso. Jamás, en todo ese tiempo, había rogado por la atención de nadie, mucho menos se había sentido posesivo y turbado por la atracción que alguien pudiese ejercer sobre él. Y esa joven con tan solo estar cerca lo alteraba.

No, no le gustaba en lo absoluto.

Su mundo y el suyo eran opuestos, y era consciente de que si se dejaba llevar las cosas podrían en algún momento lastimarla.

Cerró los ojos agachando la cabeza, permitiendo que el sol tostara un poco su espalda. Ya vería qué hacer al respecto. Se lo debía a su padre, no podía simplemente desaparecer de ahí.

Capítulo 2

Una hora después de caminar por la playa, sus pensamientos ya estaban en otra cosa, como por ejemplo el libro que leyó durante el vuelo; encontró varios detalles que a la escritora se le escaparon. Por otro lado, rogaba que aquel trabajo que tenía en la mira lograra obtenerlo; le pagarían lo suficiente y por hacer lo que más le gustaba. Ir por las tardes a la librería le encantaba, pero siempre tuvo claro que era transitorio y sentía como su tiempo ahí estaba por agotarse.

Se encontraba entusiasmada y ansiosa; un par de semanas atrás uno de sus profesores la buscó, trabajaba en una editorial, y le dijo que estaban evaluando un lugar para ella ahí. Saltar de la emoción no fue suficiente en aquel momento, corrió por el jardín y luego gritó feliz. Lo cierto es que aún no le resolvían y eso la tenía en vilo. Sin embargo, hizo caso a su premisa de vida; iría paso a la vez, sin agobiarse, pero sin detenerse.

De pronto volteó a su alrededor, había caminado muchísimo, comprendió. Sonrió serena. Dejó la botella vacía sobre la arena y metió sus pies en el mar. Su piel se erizó con el contacto del agua. Gimió riendo. Alegre, como solía estar, agarró arena y luego la aventó. Rio cubriéndose la boca al notar que espantaba con aquello a una gaviota que iba en busca de comida.

Se adentró hasta que acabó empapada, se dejaba llevar por la marea y nadaba con el oleaje. Observando como el sol pese a la hora, aún refulgía, pensó que nada podía ser más hermoso. Si tan solo de la vida se apreciaran más aquellos destellos donde nada es mejor que el momento que se siente, el instante.

Cuando sintió que ya había pasado mucho tiempo ahí, asumió que ya iba tarde para la cena, así que corrió. A lo lejos notó que su madre se encontraba al pie de aquel camino observando la playa.

¡Maldición! Se detuvo a unos metros de ella, mostrando los dientes.

Marcia la estudió frotándose la frente. Con su hija menor ya debía estar acostumbrada a tener el Jesús en la boca, lo cierto es que no era así. Mariené era la polaridad andando: podía pasar horas, o días, inmersas en los libros, escribiendo y demás, o de pronto desaparecer porque algo le había llamado la atención y simplemente no reparaba en nada, sólo se dejaba llevar para ver hasta dónde la arrastraba su descubrimiento.

Su hija tomaba de la vida lo que le daba y, además, lo disfrutaba con todo su ser. Era muy fuerte, eso lo sabía, pero con una personalidad forjada en la ingenuidad y dulces ideas, aunque la vida ya le había mostrado lo que era el miedo y dolor, jamás le había presentado la cara oscura de las personas.

—Mariené, debemos irnos en diez minutos… —se quejó arqueando una ceja, examinándola. Ni bolso llevaba consigo, solo esa botella de agua vacía y el bañador, eso sin contar con la arena que tenía por todos lados. No tenía remedio—. ¿Dónde estabas, qué te pasó? —quiso saber.

—Nada, lo lamento, ahora me cambio, te juro que no tardo —se disculpó pasando frente a ella, deprisa.

—Venimos juntos, jovencita —le recordó cuando entraban a la casa.

—Lo sé, te juro que no tardo.

El interior estaba finamente iluminado. Silvano veía algo en la Tablet, con Maximiliano a su lado, éste la observó serio al notar que entraba. Mariené se percató de ello, sus ojos se cruzaron apenas unos segundos que para los presentes pasó desapercibidos pero para ambos, gracias a la

potencia de lo que emanaban, no. Nerviosa de pronto no se detuvo, rompió el contacto y avanzó sin notar como él apretaba los puños bajo la mesa.

—No tienes remedio… —renegó Jessica, su hermana. Mariené, con frío, le lanzó un beso importándole poco su molestia.

—Si ya lo sabes, no rezongues.

Se duchó y vistió en tiempo récord.

En la puerta de la casa su madre la esperaba. Ya todos estaban en el auto, comprendió un poco avergonzada. La mujer rio al verla sin maquillar, el cabello húmedo, suelto, enfundada en esa minifalda clara y blusa de tirantes gris, junto con esas sandalias cualquiera. Era evidente que tomó lo primero que vio.

—Listo.

—¿Quieres un poco de bálsamo para tus labios? —preguntó cerrando la puerta, y le tendió un tubo. Su hija, risueña, lo tomó y se lo aplicó.

—Lamento haberme tardado… —se disculpó mostrando los dientes. Su madre rio rodando los ojos. Qué caso tenía discutir con ella.

—No salgas sin el celular, nada más, ¿de acuerdo? —solicitó relajada. Iba rumbo a la camioneta que rentaron cuando su madre la detuvo y señaló con la cabeza un auto que estaba detrás, apagado. Mariené lo observó intrigada—. Lo alquiló para su uso —le informó. Maximiliano estaba arriba, notó. Casi rueda los ojos; era un modelo deportivo algo ostentoso desde su opinión. Arqueó las cejas mirando a su mamá.

—Vete con él, anda —le pidió como un favor. La joven hizo un leve puchero, pero no pudo negarse.

Se encaminó torciendo los labios molesta por la situación. Prefería mantenerlo lejos, algo le decía que eso era lo ideal. Abrió la puerta y él ni siquiera dio acuse de percatarse, hablaba por el celular en un perfecto inglés. Se sentó con desgano y cerró resignada.

De pronto la llamada terminó y el ambiente se tensó. Volteó con cautela, nerviosa, él la observaba fríamente. Su piel se erizó y fue consciente de cada poro existente. Por un momento se quedó en silencio, pero al notar que no dejaba de verla con esos ojos tan potentes, habló:

—Mi madre me pidió que viniera contigo. Digo, obviamente deseabas soledad, así que lo lamento, no tuve remedio —se excusó soltándose de su escrutinio y perdió su atención en la ventana, el motor ya avanzaba.

No hubo respuesta, cosa que la relajó y molestó en la misma medida. Quería salir de ahí, pero a la vez deseaba perderse en ese olor de su colonia que viajaba por todo el auto, ese aroma masculino que se clavó con rapidez en su nariz y viajó hasta sus pulmones. No lo pudo evitar y respiró con mayor fuerza. Era delicioso y… peligrosamente embriagador.

Desconcertada cruzó los brazos sobre su abdomen. Las palmas le sudaban y sentía las terminaciones nerviosas disparadas. ¿Por qué su sola presencia la ponía de esa manera? No era normal, lo sabía.

Durante el trayecto no cruzaron palabra, el silencio pesado los acompañó y, de alguna manera, pensaban que eso era lo mejor.

—¿Podrías bajar un poco el aire acondicionado?, tengo frío —susurró de repente Mariené tomándolo por sorpresa y es que iba absolutamente concentrado en la carretera.

Ese maldito aroma que había llevado consigo al entrar a su auto no lograba ahuyentarlo; era dulce y delicado, como ella, así que había decidido enfriar el ambiente o giraría y estamparía sus labios sobre esos que lo tenían en vilo.

La miró de reojo, se abrazaba buscando así atrapar el calor, llevaba el cabello húmedo y lucía incómoda.

Sin remedio y sintiendo una extraña punzada de culpabilidad, lo apagó con un gesto aterradoramente masculino.

—No trajiste un suéter —preguntó con voz grave y ronca. La joven negó sonriendo, conciliadora.

—No creí que me fuese a topar con el Polo Norte —bromeó ligera. Maximiliano casi sonrió ante sus palabras. Molesto por la situación, giró en su asiento, agarró una chaqueta y se la tendió. De alguna forma que no estuviera bien lo irritaba más que la atracción que sentía por ella. La joven tomó la prenda, pestañeando, desconcertada.

—Es solo un saco, póntelo encima. No creí que fueras tan susceptible al frío —se justificó con arrogancia, abriendo un poco la ventana para que el aire del exterior entrara y no sintiera con mayor potencia ese aroma delicado viajando por su sistema, incitándolo.

Con suaves movimientos ella se lo puso por encima. Casi suelta un suspiro ante la calidez, pero se tensó al notar que así su olor llegaba con mayor intensidad. ¡Dios!

—Ni yo que tú al calor —se defendió sin mirarlo, irritada por la ridícula situación.

—No tienes idea… —replicó él riendo de una forma perversa, algo extraña. Lo observó arrugando la frente, intrigada.

—¿Te divierto? —indagó. Negó con gracia.

—En lo absoluto —respondió ansioso por llegar y es que si no aparecía ese bendito lugar ya, pararía el auto y la besaría de una jodida vez.

Su padre se detuvo unos metros adelante. Sonrió aliviado. Aparcó y en cuanto lo hizo, Mariené huyó dejando el saco ahí. La observó alejarse, tensa. Apretó el volante. Ella sentía lo mismo y luchaba al igual que él. Negó bajando. De alguna manera intuía que acercarse no era lo mejor y tenía razón, no lo sería.

Jessica no perdió el tiempo, se acercó a Mariené y colgándose de su brazo le advirtió:

—De regreso voy yo.

La menor rodó los ojos dándole una palmadita en la mano.

—Es todo tuyo… —refutó relajada.

Su hermana, complacida, sonrió. Ese hombre era un superbombón, no asimilaba tanta masculinidad junta y lo cierto es que, si podía ir más allá de charlar, lo haría. Eso debía ser toda una experiencia.

La cena transcurrió de forma amable. La charla rondó en torno a películas, el clima, la historia del lugar. Mariené escuchaba a Silvano hablar embelesada y es que solía tener una pasión asombrosa para contar lo que fuera.

Ella y su mejor amigo solían conversar con él durante horas después de alguna comida, o al toparse en la cena si coincidían. Le caía realmente bien y para ese momento incluso le tenía mucho cariño, el cual era bien correspondido pues al esposo de su madre le encantaba esa manera de ser tan peculiar, su forma de escuchar y su independencia a pesar de las preocupaciones de Marcia por ella.

Lo cierto es que mientras lo escuchaba notó como Jessica, sin perder el tiempo, se había sentado al lado de Maximiliano e importándole poco todos los presentes, le coqueteó con soltura, como sabía hacer.

Era hermosa, lo tenía claro, además, una chica que sabía cómo manejar a los hombres, bueno, a

casi todos, porque el chico de aquella boda aún no cedía y Mariené estaba segura de que no lo haría hasta que la viese realmente comprometida. Lo cierto era que para que eso ocurriera faltaba mucho; a su hermana le gustaba probar, experimentar, era experta para relacionarse con las personas, motivo por el cual tenía un trabajo en el que viajaba todo el tiempo para crear campañas de mercadeo y publicidad para diferentes empresas.

A los veinticinco años, era una lumbrera, pero tal como percibía a Maximiliano; demasiado pagada de sí, por lo que no tenían tanto en común, aunque la amaba sin importar esas diferencias.

Durante la cena, los padres de ambos notaron lo que ocurría, o por lo menos lo que pretendía Jessica, pero no se mostraron molestos ni incómodos.

De reojo veía como Maximiliano respondía sus preguntas tenso, siempre distante, frío. Era evidente que no se abría, aunque dudaba que alguna vez lo hiciera. Se adivinaba un hombre de mundo, calculador y que difícilmente se exponía más de la cuenta.

¿Cómo sería su vida? Se encontró deseando saber, pero enseguida hizo a un lado ese pensamiento. A ella qué más le daba e intencionalmente se perdió en la conversación de los más adultos, riendo como solía, por algo que Silvano había dicho.

En un par de ocasiones fue consciente de ese cosquilleo que genera el sentirse observada y, peor aún, sabía que era él el dueño de aquella molesta sensación. Intentó ignorarlo, restándole importancia, a pesar de que sentía esa fiera atracción que la arrastraba una y otra vez a sus ojos, esos que la asustaban en la misma medida que fascinaban. Sin embargo, su vida tal cual era le gustaba y pretendía mantenerla así, por lo que evadir aquello que percibía como peligroso, era lo mejor, aunque debía aceptar que estaba costando muchísimo.

Al llegar a la casa, Jessica mantuvo una sonrisa boba. Sin saber qué sentir notó que al fin se había roto el hielo entre ellos. Al bajar reían con soltura. Sin previo aviso sintió una molestia generalizada, una punzada incómoda justo en el centro del estómago. Arrugó la frente y la acalló.

¿A ella qué más le daba?, se repitió. Si algo surgía ahí nadie podría reprocharlo, ni criticarlo, es más, era lo lógico si lo pensaba con frialdad. Ambos seguros de sí, guapísimos, listos para comerse el mundo, con esas vidas alocadas. Eran tal para cual, eso no lo podía cuestionar.

Resopló buscando en qué ocupar su tiempo y dejar esos absurdos del lado. Se dirigió a la cocina en busca de agua, el vino le había dejado la boca seca.

—¿Podrías darme una? —escuchó tras ella, era él. Enseguida sus terminaciones nerviosas se dispararon, pero no deseó averiguar más. Estaba molesta así que sin girar tomó una botella, cerró el frigorífico, se la dio y salió logrando con aquello evadir su mirada azulada.

Maximiliano la observó desaparecer, irritado. La había seguido hasta ahí presa de un maldito impulso. La noche había transcurrido agradable, pero ella se había mantenido indiferente a él. Eso lo crispó, así que la miraba cada tanto, Mariené lo notaba, pero parecía darle lo mismo porque jamás lo encaró, vaya, ni siquiera dio acuse de percibirlo. Experimentar esa jodida atracción que lo hacía sentir maniático ya era molesto, pero que se resistiera, que lo tratara como si le diera lo mismo, lo embravecía y algo bestial similar a la posesividad primitiva se abrió paso en su interior, algo que nunca había experimentado.

Le dio un largo trago a la botella buscando enfriar su interior. Debía buscar en qué ocuparse y distraerse esos días o llevaría las cosas por un rumbo que le era, incluso a él, prohibido. Algo que no tuviera esos ojos dulces, ni esas gesticulaciones suaves, mucho menos esos labios rosados, tiernos, no con ese cuerpo escueto que le urgía poseer de muchas maneras.



—Vamos a dar un paseo por las calles del pueblo —informó Marcia a las 9.30, agarrada de la mano de Silvano. El sol media hora atrás se había metido—. ¿Vienen? —preguntó sonriente.

Mariené con libro en mano, declinó. Maximiliano estaba en su habitación. Así que Jessica, hastiada y sin remedio, se unió a ellos.

Una vez sola, soltando un suspiro de alivio, Mariené se echó en el sillón; ese era el mejor momento para continuar. Absorta en las hojas, olvidó donde se encontraba, su imaginación viajó hasta algún punto de Brasil, donde se desarrollaba la historia.

—¿Te gustaría nadar un poco? —escuchó de pronto. Pestañeó desconcertada, alzando la vista sin poder creer que fuese él quien le hablara.

—¿A esta hora? —logró preguntar, cerrando el libro con el separador justo en donde se había quedado. Maximiliano la estudió de una manera que no debía ser permitida, enseguida torció los labios mostrando una sonrisa a medias, asintiendo despacio—. Preferiría seguir leyendo —atinó a decir y volvió a su quehacer.

—Me tienes miedo —aseguró molesto, pero ocultándolo y es que luego de terminar la llamada con su mánager, había decidido aplicar otra estrategia: acercarse quizá bajaba la tensión e, incluso, le quitaba esa idealización que estaba creciendo en su cabeza. Quizá descubría que era absolutamente infantil, absurda, o algo que lo ayudara a terminar con esa necesidad de tenerla bajo su cuerpo, probándola, adentrándose en esos ojos cargados de inocencia.

Capítulo 3

Mariené, atónita, dejó su libro de lado, irguiéndose.

—¿Miedo? —repitió descompuesta.

El hombre asintió, amistoso. Eso la descolocó aún más. Se incorporó por completo, observándolo intrigada. ¿Qué le ocurría?

—Lamento si he dicho o hecho algo que te causara una mala impresión —musitó con voz gruesa. Debía corregir el error de raíz. La joven entornó los ojos buscando algo extraño en los suyos. ¿Ese era él? No comprendía.

—Eres muy serio, supuse que…

—Tú también lo eres, ¿no te lo habían dicho? —replicó con tranquilidad.

Ella dejó salir un bufido, desviando un segundo la vista. Sí, un montón de veces, era la respuesta. Resuelta, y notando que lo que él deseaba era arreglar de alguna manera lo que desde el inicio fue mal, o raro, se levantó asintiendo.

Maximiliano, imperturbable, aunque intrigado por lo que le respondería, solo estudió cada uno de sus movimientos tras esa mirada azulada que a ella le erizaba la piel, con aquellas cejas que lo hacían ver tan peligroso.

—Me iré a poner el bañador —avisó y pasó por un lado dejando su libro sobre una de las mesas.

—Te esperaré —solo dijo, frotándose el cuello, dudando seriamente de su plan. Pero es que apenas había transcurrido un día y sentía que explotaría, no podía darle tanto poder, necesitaba bajarla a la realidad y, entonces, notaría que no había tantas razones para sentirse avasalladoramente atraído por cada espacio de su cuerpo, o cualquiera de sus gestos, o su voz.

Al salir anduvo hasta él con timidez, luchando por dejar el pudor a un lado. No era de las que se escondía, pero ese hombre la cohibía. Maximiliano permanecía en su sitio, serio, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho, enfundado en ese bañador oscuro que le llegaba unos centímetros arriba de las rodillas. Por un momento en su habitación estuvo a punto de no acudir, pero luego comprendió que no podía seguir comportándose como una niña, además, llevar una buena relación era algo maduro de ambas partes. Así que ahí estaba.

En cuanto él la vio, su gesto se descompuso, aunque logró contenerlo.

Ella pasó a su lado con serenidad, lo miró de reojo y lo alentó. Y como si estuviese hecho para

obedecer sus órdenes la siguió buscando mirar solo al frente, pero le costaba. Ahora llevaba puesto un bikini que, si bien no era diminuto, le lucía asombroso. Su cuerpo se endureció en un santiamén por lo que se cuidó de ir un paso atrás, pero eso tampoco le ayudaba.

Mientras descendían por la vereda que comunicaba a la playa se arrepintió de sus buenas intenciones. No, definitivamente ella despertaba algo irracional en su cuerpo, en su maldito ser.

Solo el sonido de sus pasos y el tronar de las olas era lo que se escuchaba. Una vez en la arena ella no pudo evitar sonreír, dejó sus sandalias a un lado y corrió hasta el mar y, presa de esos impulsos que solían invadirla, aventó agua con sus pies haciéndose a un lado ese mechón que se le escaba de su moño mal hecho.

—¿Te gusta este lugar? —preguntó la joven al saberlo a su lado, aunque quizá a un metro de distancia. Ambos tenían la atención puesta en el oscuro horizonte que iluminaba la luna en su fase de cuarto menguante.

—¿A quién no le gustaría un sitio así? —respondió mirándola de reojo.

—No a todos nos atrae lo mismo…

—No se trata de atracción, se trata de simple sentido común.

Ella sonrió ante aquella manera de decir las cosas. De inmediato sintió sus ojos recorriendo su piel, respiró agitada.

—Yo entro en el grupo al que esto le gusta bastante —musitó desviando la vista, nerviosa, buscando sacarse de encima aquellas raras sensaciones y sin postergarlo más se adentró en el agua de un solo movimiento. La sintió helada al contacto con su piel ardiente. *¿Cómo alguien puede generar todo aquello sin prácticamente conocerlo?*

Se adentró nadando, disfrutando del instante. Dejándose llevar por la marea, pasaron más de una hora, sin tocarse, sin acercarse, ni siquiera hablarse, solo mirándose furtivamente sin permitir que todo aquello que los envolvía e intrigaba, saliera a flote.

Mariené, por un momento logró olvidar lo que la tensaba; era delicioso estar ahí, meciéndose al ritmo que la marea marcaba. La luz de la noche bañaba mucho del lugar, el sonido propio del mar inundaba sus oídos, sus sentidos. Vivificante, esa era la palabra para esa clase de experiencias.

Cuando ella notó que la corriente se tornaba más intensa y las olas se hicieron más frecuentes y altas, como suele suceder por las noches, decidió que era momento de salir. Le gustaba la aventura, más no el peligro. Buscó con la mirada a Maximiliano. Silencioso se encontraba a unos metros, observando el cielo que tenía algunas estrellas salpicadas.

Durante unos segundos permaneció absorta en sus facciones duras. *¿Por qué le generaba ese hueco en medio del estómago el simple hecho de saberlo cerca?* Se preguntó. Sacudió la cabeza ante lo irreal de la imagen. Ese hombre irradiaba masculinidad incluso así, solo con su cabeza asomando en el inmenso mar.

Pasó saliva, negando. Debía ser más cauta, se dijo.

Sin avisarle sobre sus planes de salir, braceó rumbo a la playa, pero hacerlo se complicó; la marea embravecida la regresó una y otra vez obstaculizando su plan. Sin saber cómo evitar aquello, casi enseguida se empezó a desesperar, molesta pataleó y algo duro y filoso golpeó su pie rasgándolo, una piedra supuso. Gimió debido al dolor, ahora con mayor ansiedad deseaba salir de ahí.

Otra ola, ahora ésta la hizo tragar agua. Un tanto histérica por lo rápido que se estaba dando todo comenzó a manotear, el pie le ardía y no lograba emerger por mucho que lo intentaba, era

como si el mar quisiera comérsela.

Asustada, se concentró en nadar para salir de ahí, pero tragaba agua una y otra vez y ya no pisaba.

¡Dios!

Iba a pedir ayuda recordando que él debía estar cerca cuando una mano en torno a su cintura la rodeó con firmeza y la sacó a la superficie con decisión. Mariené dio una bocanada para tomar aire, más agua se introdujo en su garganta quemándola. Tosió.

—Tranquila, te tengo.

Era Maximiliano.

Asintió cerrando los labios temblando por lo que estaba ocurriendo y un minuto después sintió al fin la arena bajo sus pies y ese brazo de hierro rodeando su cuerpo con fuerza. Aliviada de verse a salvo, apoyó el pie agitada, aventando agua al toser. El dolor la atravesó logrando así que se doblara hacia adelante, quejándose.

—Ah, me lastimé —solo logró decir cuando él ya la cargaba. Soltó un gritito ante la sorpresa y se aferró a su cuello—. ¿Qué haces?

—No fue buena idea, lo lamento —se disculpó Maximiliano molesto al notar su piel sangrando, bastante.

Un segundo y ya estaba herida por sus ideas estúpidas que de todas maneras no habían servido de nada, al contrario, ahora la deseaba más, mucho más. *¿Qué mierdas pasaba con su madurez, con su experiencia, con su jodido control?*

Observarla ahí, a unos metros, deleitada con tan solo eso que el paisaje le proporcionaba fue más de lo que imaginó. Por otro lado, en todo momento pareció ignorarlo, olvidar que estaba ahí, atento a cada uno de sus dulces movimientos.

Mariené tenía un mundo interior muy basto; era evidente a veces la absorbía y la hacía olvidar todo a su alrededor y eso, de forma ridícula, lo atrajo aún más que antes. Ahora, con su delgado cuerpo tan cerca del suyo supo que eso era una maldita bomba de tiempo. Su piel era suave al tacto, necesitaba volver a tocar sus piernas y su espalda, joder, su espalda era algo que le urgía explorar.

—No es tu culpa, puedo caminar —se quejó la joven, aguantando el molesto ardor.

Fingió no escucharla y es que su aliento cálido había acariciado su quijada.

La situación la alteró más que lo ocurrido dentro del agua. Sentía su torso desnudo pegado a su costado, la dureza asombrosa de esos hombros que rodeaba por miedo a caer. No, debía bajar de ahí. De pronto ya no tenía frío, sino mucho calor.

—Maximiliano, es en serio, puedo andar —insistió de nuevo.

El hombre la miró de reojo con esos ojos tan extraños y negó apenas.

Bufó sin soltarlo.

Cuando llegaron a la casa la depositó afuera, en uno de los muebles de la terraza. Mariené enseguida se inspeccionó el pie, tenía un enorme raspón en el empeine y sangre, era tanta que no lograba detectar la herida, le dolía en general. Buscó con cuidado, pero no dio.

—Creo que fue una piedra —murmuró.

Maximiliano, sin acercarse mucho, se echó el cabello hacia atrás, sacudiendo su cabeza con

molestia. La joven sonrió ante su gesto y es que había parecido un niño mimado en pleno mohín.

—¡Eh! Sobreviviré, solo debo curarlo, no sé qué fue en realidad —admitió notando su tensión y la manera en que estudiaba su pie, irritado.

—Iré a buscar una farmacia abierta, o algo —informó frotándose el rostro, alterado. Ella le sonrió con dulzura, negando. De alguna manera le resultaba tierno que se sintiera responsable.

—Mamá suele traer esas cosas, no te preocupes —le restó importancia y se levantó apoyándose con un solo pie—. ¿Podrías ayudarme a llegar adentro?, seguramente lo tiene en su baño.

—Tu pie sangra, Mariené, además del golpe, por supuesto. No, iremos a buscar un médico —atajó sin dar opción a réplica.

La joven lo encaró negando y arrugó la frente. ¿Se había vuelto loco? Era algo que podía solucionar en casa. De ninguna forma iría con un médico por ello.

—No, no. Es una cortada, solo ayúdame a llegar allá —pidió.

Él negó con seriedad.

—No está a discusión. Debe haber un sitio de 24 horas —aseguró y volvió a tomarla en brazos sin preguntar. Mariené, atónita, se aferró a su cuello por mero instinto.

—¡Ey!, no, en serio no.

Se removió negando.

—Marcia se molestará si no lo hago, después de todo fue mi idea —argumento tenso, con autoridad.

—No soy una niña, nadie me obligó. Bájame ahora. Maximiliano, no estoy jugando —ordenó ya irritada ante su hermetismo.

El hombre agachó el rostro hasta quedar muy cerca del suyo, ambos respiraron pesadamente al notarse tan cerca. Era bastante consciente de sus labios carnosos a centímetros de los suyos y su aliento lo percibía sobre su rostro sin problema, esa mirada aguda la atrapó enseguida, dejándola noqueada, aturdida. Eso… eso era atracción fuerte, atracción real.

—Por supuesto que no eres una niña, Mariené —repuso con seguridad.

Su cuerpo se estremeció ante sus palabras.

Pasó saliva cuando él la depositó sobre el sofá de la sala, retrocediendo un poco. Estaba aún abrumada y muy segura de que él había sentido *eso* hacía unos segundos. Fue como si partículas de energía brotaran entre ellos, chispas que jamás había sentido, cobraban de repente un sentido incomprensible.

Lo observó pestañeando, con los pulmones contraídos, expectante, notando cómo él se humedecía los labios y se acercaba despacio, presa de un trance en el que ambos se encontraban sumergidos, más fuerte que sus voluntades, más fuerte que cualquier cosa antes experimentada.

Capítulo 4

Mariené sintió una nueva ansiedad en los labios. Sus latidos se dispararon, sin embargo, un pinchazo en el pie la trajo a la realidad y bajó la mirada, agitada, con los ojos abiertos de par en par. La puerta se abrió justo en ese momento. Maximiliano retrocedió un paso, serio, comprendiendo lo que había estado a punto de pasar.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Silvano intrigado, fue el primero en entrar. Su hijo lucía contenido, tenso y la hija menor de Marcia asombrada, aturdida.

—Mariené tuvo un accidente, iba a llevarla al médico —explicó Maximiliano sin apartar los ojos de ese dulce cuerpo que lo estaba sometiendo sin emplear ni el menor esfuerzo. ¿Qué mierdas era eso? La necesitaba. Su interior, peor que antes, ahora la exigía con furia.

Marcia, al percatarse de su pie sangrando se alteró y corrió hasta su hija, asustada.

—¿Qué te ocurrió? —preguntó. Mariené le sonrió negando, ya imaginaba que se pondría así.

Por su lado, Silvano, unos metros atrás, no perdió detalle. Algo había pasado, además de lo evidente. Conocía a su hijo muy bien como para detectar, en primer lugar, la culpa, pero, además, la ansiedad que le generaba esa dulce joven. Observó cómo Maximiliano se ponía una camiseta que estaba en la silla del comedor, decidido. No quiso sacar conjeturas, menos tratándose de él, pero algo no olía bien y solo esperaba que no fuese lo que imaginaba porque relacionándose precisamente con Mariené, Marcia no lo consentiría, lo sabía de sobra.

—No es nada, solo alcohol y un apósito, mamá —intentó negociar.

La mujer negó irguiéndose.

—No me fio, puede ser profunda, o algún animal que te picara. ¿Estaban nadando en la piscina? —quiso saber, perdida. Jessica enarcó una ceja, inquisidora. La menor rodó los ojos, molesta.

El ambiente en cuestión de segundos se tornó extraño.

Se puso de pie, irritada.

—No iré al médico, ni nada. Iré a limpiarme y…

—Yo la llevaré, Marcia —interrumpió Maximiliano.

Silvano arrugó la frente, sonriendo, con la intuición avanzando. El gesto de Ari fue lo que terminó por convencerlo. Era una joven absolutamente inteligente, hasta de más podría decir, pero ingenua y dulce hasta lo inimaginable y no permitía que nadie rompiera eso. Sin embargo, esa manera en la que él la miraba no dejaba mucho lugar a duda. Maximiliano era férreo, fuerte e inaccesible desde hacía años, pero ella le generaba ansiedad, ella… le atraía.

Respiró hondo. No podía hacer nada al respecto, eso estaba claro y, por otro lado, ella tenía todo lo que él ya había perdido. Quizá aquello era ineludible.

Marcia, ajena a lo que ahí ocurría, asintió agradecida.

—En el pueblo ahorita que pasamos vi una pequeña caseta de servicios médicos. Gracias, sí, creo que es lo mejor —argumentó más tranquila.

Mariené, cojeando se alejó, molesta.

¿Era en serio? Lo miró amenazante, aunque sabía que ni cosquillas le hacía, no era buena para manifestar el enojo.

—Ensuciaré tu auto —contraatacó refunfuñando sin detenerse e importándole poco que la escucharan. Silvano arqueó las cejas, cruzándose de brazos, evitando reír. Observó a su hijo, con curiosidad. Ella no se lo pondría fácil, notó, entretenido.

—¡Mariené! —la reprendió Marcia. Jessica rio.

—¿Dejarás que te ayude? —preguntó a su lado, sin mostrar ninguna emoción en ese rostro perfecto.

¡Aah! Qué desesperante era. Lo fulminó con los ojos apretando los dientes, ya lo tenía muy cerca.

—Guárdate las galanterías para otra ocasión, esta me la debes —siseó rabiosa.

El hombre sonrió apenas y, es que por mucho que buscara enojarse solo le generaba ternura y despertaba a esa fiera que no sabía que habitaba en él, conteniéndose para no cargarla. Esa vena protectora que jamás había surgido con nadie, con ella se disparaba. Lo que sí hizo fue sujetarla del brazo con fuerza. La joven se tensó, buscó quitarse, se lo impidió.

Lo vio de reojo, frustrada, él sonreía de una forma que, de no tenerla sujeta, hubiese caído de lleno sobre el piso; sus ojos se achicaban y sus dientes blancos se asomaban de una manera impresionante, sensual, demasiado.

—Cuando quieras, *piccola* —respondió con indolencia, enseguida abrió la puerta y la ayudó subirse. La joven a regañadientes se metió y al hacerlo, notó que aún iba en bañador, sin calzado. Bufó más molesta todavía.

¡Maldición!

Inquieta lo observó rodear el auto con calma. Sentía las emociones a tope, ya fuera de cualquier control que hubiese tenido alguna vez, lo peor era saber a su madre y Silvano complacidos por ese absurdo.

—No me bajaré así, aunque me arrastres —renegó cruzándose de brazos, sin verlo.

Eso captó su atención, además de lo evidente, volteó, y al hacerlo, comprendió de inmediato a qué se refería. Apretó el volante, iba solo con ese bikini que si bien no era muy revelador sí que mostraba ese cuerpo que ya para ese momento lo tenía con las neuronas devastadas, buscando mil y un maneras para sacar de su mente imágenes de ella bajo su cuerpo, silenciosa, mirándolo con clara aceptación y deseo.

¿Cómo diablos lograba ese joven abrumarlo a tal punto? No, eso no estaba bien, no era lo adecuado, no debía permitirse pasar esa línea, no con alguien como ella.

—Al fin estamos de acuerdo en algo —dijo saliendo del auto. Mariené giró ante su tono, pero ya no estaba. Lo observó acercarse a Marcia y un segundo después ella desapareció en el interior. Recargó la cabeza en el asiento perdiendo la atención en el cielo del auto.

El pinchazo en el pie incrementaba y ardía. Con las manos apretadas a los costados lo soportó apretando la quijada. Llorar por cosas que pueden solucionarse no tenía sentido, pronto pasaría.

—Con esto será suficiente, espero.

Escuchó cuando él le tendía un vestido ligero, turquesa. Asintió quitándoselo sin agradecer.

En el camino no hablaron y la verdad se lo agradeció; el dolor ya la tenía un poco mareada, aunado a lo que generaba con su sola presencia, el hecho de saberlo a un lado de ella con esa personalidad imponente… No, simplemente ya era mucho.

Al llegar se bajó sin esperarlo, cerró con dificultad y giró para inspeccionar el lugar. Era diminuto, pero las luces blancas del interior indicaban que había personal adentro. De pronto sintió como la alzaba. Soltó un gritito aferrándose de nuevo a sus fuertes hombros. Maximiliano lucía imperturbable, decidido también.

—¡Deja de hacer eso! —exigió con esa voz sedosa que poseía, suave.

—Para variar no traes zapatos, estás en plena calle y no quiero más accidente esta noche, no mientras yo esté a cargo —argumentó serio.

—Me desesperas y no estás a cargo de nada —refunfuñó.

La simpleza y pasión con la que dijo aquello, simplemente lo fascinó. Era dulce, sí, ingenua, también, se le notaba a leguas, pero fiera y directa, esa era una combinación extraña, pecaminosamente tentadora.

—Esa es toda una confesión —admitió clavando sus ojos en los de ella que lo observaban desorientada.

Se dispararon las sensaciones en tan solo segundos, Mariené no sabía lo que era sentir los labios sensibles a un punto tal que tomarlo por la nuca y plantar su boca sobre esa carnosa y delineada se tornara casi tan urgente como respirar.

Las pupilas de Maximiliano se dilataron comprendiendo lo que ella experimentaba y es que como si una flecha de fuego lo hubiese atravesado, sentía lo mismo.

—Eso no debe suceder, *piccola* —interrumpió sus pensamientos con voz gruesa y rasposa, logrando así que saliera de ese abrumador trance donde por unos segundos se perdió sin percatarse.

Abochornada volteó al frente.

¿Qué le estaba pasando con él? Debía ser lo normal, supuso buscando acomodar de alguna manera su mente y es que era un hombre que debía despertar las mismas sensaciones en cualquiera, ¿no?

Su cabeza daba vueltas y para terminar lo tétrico de todo aquello, su pie dolía.

Un médico agradable y muy sonriente para el gusto de Maximiliano, los atendió. Él tradujo con paciencia explicando lo que había ocurrido. Tenso observó cómo entraba con ese hombre a un cuartito del minúsculo lugar. ¿Qué mierdas ocurría?, no podía ser normal que esa chica despertara cosas tan fuertes. Se sentía tan posesivo, primitivo y protector como nunca. Pero no debía olvidar que estaban ahí por su culpa, en parte. Alejarse de ella era la mejor opción, sin embargo, de alguna manera sabía que eso avanzaría si permitía que lo que los azotaba con fiereza saliera a flote y los dominara.

Le limpiaron la herida y la examinaron. Cinco puntadas, además de un gran hematoma a los lados de la herida. Lastimosamente para el orgullo de Mariené, todos habían tenido razón, fue profundo el corte aunque no dañó nada importante. Cuando el médico en guardia se lo informó a Maximiliano, éste solo asintió sin agregar nada.

—Gracias —aceptó ya dentro del auto, agotada. Lo miró de reojo, lucía sereno. La verdad fue

que en todo momento se había portado accesible y dispuesto a cooperar. Qué más podía decirle.

—Es lo menos que podía hacer —respondió poniendo en marcha el potente motor.

Mariené, con la guardia baja, volteó sonriendo, lánguida, ya ni se había quejado de que la cargara de regreso y es que eso había hecho como si fuese lo más normal del mundo. Al hacerlo se topó con su masculino perfil, perfecto, hecho a mano al parecer. Con la boca seca, admitió que era realmente asombroso, guapísimo y que despertaba cosas en su cuerpo que creyó no eran posibles, era como si diminutas pirañas se instalaran en su estómago y lo carcomieran de a poco.

—Te dije que no soy una niña y eso fue un accidente, no es culpa de nadie —explicó serena. El hombre la miró un segundo, intrigado, sonriendo de una manera extraña y es que su voz lo envolvía como si fuese un mar en calma, paradójico debido a toda la guerra nuclear que despertaba el solo verla.

—Entonces, ¿estás en deuda tú, o yo? —preguntó mientras conducía por aquella carretera.

—Da igual, ¿no? —expresó con simpleza. Todo lo ocurrido había logrado que se sintiera realmente fatigada y ya no molesta como una hora atrás. De pronto él bajó la velocidad del auto y se estacionó en un descanso de la carretera. Mariené, desconcertada, arrugó la frente, ¿qué pretendía? Tensa lo estudió. Maximiliano, mortalmente serio se quitó el cinturón de seguridad. Ella enseguida se enderezó, escrutando su alrededor. ¿Qué estaba pasando? No podía descifrar su rostro, sus facciones y eso la puso peor—. ¿Qué… qué haces? —Se atrevió a preguntar colocando las manos a los lados de su asiento y es que la miraba de una manera que jamás había visto en nadie. ¿Deseo? ¿Ansiedad? ¿Qué ocurría? Sus palpitaciones se dispararon, su garganta se secó.

—Probándonos —aceptó con desgarbo, frío.

—¿Qué quieres decir?

Se sentía absolutamente nerviosa, con ganas de huir y a la vez de descubrir lo que ahí pasaba. Él se acercó un poco más. Mariené dejó de respirar, pocos centímetros la separaban de su rostro, de sus ojos asombrosos.

Maximiliano sonrió con arrogante seguridad, estudiando cada uno de sus rasgos con deliberada parsimonia, era como si buscara detenerse, pero algo se lo impidiera.

—Es mejor que llevemos las cosas por un camino seguro, Mariené, no hay nada que pueda cambiar lo que es —informó con soberbia, deseando que esa frialdad llegase a ella con el mensaje adecuado. Besó su mejilla, despacio, absorbiendo ese delicado aroma—. Tu dulzura está ahí y no debo ser yo quien te la quite —logró decir con voz ronca. Un segundo después se alejó dejándola perpleja, paralizada y puso en marcha el motor.

—¿De… de qué hablas? —logró preguntar, temblorosa.

—Debes descansar, seguir las instrucciones del médico. Me alegra que no fuera nada grave.

La chica pestañeó completamente perdida, ahora parecía otro, el indiferente de siempre.

—Estás loco, ¿lo sabías? —gruñó sin poder contenerse. Maximiliano sonrió sin voltear, con las manos aferrando con fuerza el volante. ¿Por qué mierdas no huía?, ¿no entendía que ir en sentido contrario era lo mejor para ella?

—No por las razones que tú crees —soltó prendiendo la radio, buscando acabar con eso. De un manotazo ella lo apagó, estaba molesta y ese arrebato se le antojó delicioso, más viniendo de un ser tan suave. Él no la amedrentaba, comprendió derrotado. Apretó la quijada

—Hablas siempre de una forma que no te entiendo y, ¡Dios!, en serio me desesperas.

La volvió a encender.

No respondió, no tenía sentido, eso era lo mejor, lo que era correcto.

Mariené, frustrada, como pocas veces en su vida, perdió la vista en la oscuridad que serpenteaban. No tenía idea de por qué siempre las cosas acababan de una manera extraña entre ellos, lo cierto es que la irritaba y atraía en la misma medida y eso, por alguna extraña razón, la alertaba.



La noche fue incómoda, pero logró salir avante. Por la mañana ya podía apoyar mejor el pie, le habían dicho que en seis días le quitarían las puntadas y mientras tanto, antibióticos para evitar infección en el agua y demás.

Sentada en la barra de la cocina, bebía de su té, perdida en aquellas palabras que aún merodeaban en su cabeza, así como sus ojos tan cerca y su aliento agradable acariciando su piel. Apretó el aza de la taza, desconcertada. Sabía qué quería de la vida y cómo, pero en horas todo se estaba tambaleando y no entendía el porqué.

—Buenos días… —escuchó esa voz varonil. Se irguió de inmediato. Venía de correr, comprendió al notar su indumentaria y el sudor. Se llevó el líquido a los labios. ¡Maldición! Es que ya entendía por qué era modelo, sabía que ella jamás se vería así después de haber corrido varios kilómetros y menos con esa humedad.

—Hola —respondió con frialdad, regresando a su postura desenfadada.

Maximiliano sonrió negando, era consciente de que lo dicho la noche anterior la tendría justo como en ese momento; irritada, aunque ni ella entendiera la razón. Lo cierto es que pese a haber intentado despejar su cabeza trotando por la playa, no lo había logrado del todo.

Pero al verla ahí, tan ella, sentada de esa manera tan femenina, aunque sin pretensiones, natural, comprendió que ya nada de lo que hiciera lograría frenar lo que rugía por avanzar incluso a costa de sus propias resistencias. Aún se hallaba en piyama y, además, llevaba un moño alto en la cabeza que en cualquiera podría verse descuidado, pero en ella era simplemente inigualable tanto que su cuerpo se tensó.

—Tu pie, ¿mejor? —preguntó al abrir el frigorífico buscando refrescarse.

—Sobreviviremos —musitó con sequedad. El hombre pasó a su lado, tomó una manzana del frutero y sin que ninguno pudiera esquivarlo, sus miradas se toparon por un segundo.

Maximiliano, con la sangre excitada, bombeando, sonrió de esa forma sensual que solía emplear.

—Me alegra… —solo dijo, dándole una enorme mordida a la fruta. Mariené se sintió de inmediato como una tonta, mientras él la inspeccionaba sin restringirse—. Es un piyama interesante —expuso centrándose en el estampado que llevaba en el pecho. La joven frunció las cejas y bajó la

cabeza para observarla. Al alzar la vista, él ya no estaba. Pestañeó estudiando su atuendo; short negro, con una blusa de tirantes que lleva una boca característica de los *Rolling Stones*. ¿Qué tenía de raro?

Ese día ella lo pasó casi todo el tiempo en su habitación; entre el pie y lo confundida que se encontraba, prefirió no presionarse.

El tercer día ahí y Mariené sabía que no podía pasarlo encerrada, sería imperdonable. Así que se puso un bikini con un vestido ligero encima, cubrió su pie y salió con más ánimos, lista nuevamente. Su madre, Silvano y Maximiliano, desayunaban en la terraza. Indiferente y sonriendo, como solía, se sentó saludándolos alegre.

—Veo que te sientes mejor, Ari —dijo Silvano mientras le pasaba una cesta con pan. Tomó uno, asintiendo, ignorando al objeto de su nerviosismo de forma deliberada.

—Sí, ya prácticamente no me duele… —respondió optimista.

Maximiliano escuchaba la conversación sin quitar la mirada de su plato, aunque siendo malditamente consciente de ese aroma delicado que le llegaba a la nariz gracias a la jodida orientación del aire.

—Me alegra, mi amor. Aunque ve con calma, no estés averiguando sitios, ni caminando mucho por la playa —pidió su mamá.

—Lo sé, estaré lo más tranquila que pueda —concedió frustrada.

—Creo que Marcia tiene razón —habló al fin él. Mariené, de una manera inexplicable, sintió como su voz penetró en sus poros, despertándolos, erizándolos. Sin embargo, logró mirarlo de forma indiferente. Éste, a su vez, con esos ojos azulados, potentes, la evaluó desafiante.

La joven no respondió, se limitó a servirse café, a acabar con el contacto visual y perder su atención en el mar. Eso que le generaba ya rayaba en lo ridículo y no tenía idea de cómo manejarlo, cosa que la asustaba aún más.

—¿Qué harán hoy? —preguntó a su madre, buscando distraerse.

Pensaban visitar un par de sitios a cuarenta minutos de ahí. Lo malo es que caminarían bastante, por lo que desechó la idea de acompañarlos, frustrada.

—¿Tú, Max, quieres ir? —preguntó Marcia; negó sonriendo.

—Gracias, vayan ustedes, tengo otros planes hoy —denegó con cortesía. Mariené, intrigada, lo observó. Jessica apareció en ese momento.

—Yo voy, ni de loca me quedo aquí todo el día con la divertida de mi hermanita.

La aludida rodó los ojos.

—Como tú eres el alma de la fiesta —contraatacó con sarcasmo.

—Aunque lo dudes —contestó.

—Lástima que aquí no encuentres alguna —siguió con ánimo mordaz. La mayor le sacó la lengua, ella le respondió, luego rieron.

Media hora después se marcharon. Mariené los despidió en la puerta, un poco desanimada, pero no iba a arruinarles su plan, menos sus vacaciones por algo de lo que ellos no tenían la culpa. Entró cojeando mucho menos, sopesando sus opciones. Libros, películas, quizá un poco de tiempo en la arena. No había más.

—¿Te esconderás de nuevo en tu habitación?

Dio un respingo al escucharlo, estaba tras ella, a menos de un metro. Buscó tranquilizarse, pero es que su sangre bombeaba desquiciada, las palmas le sudaron y cada una de sus terminaciones nerviosas se alertaron. Todas esas reacciones juntas no podían ser normales.

Apretó los puños, encarándolo. Odiaba que la hiciera sentir así y más porque él siempre lucía tan ecuánime, tan indiferente.

—Supongo que debes ir a tus planes, no te entretengo… —respondió dando un paso para alejarse. Esa mano fuerte rodeó su muñeca impidiendo su huida y de un movimiento cuidadoso la pegó a su cuerpo.

La joven dejó de respirar.

Los ojos azul profundo de Maximiliano la contemplaron con ansiedad, preocupación y deseo, un deseo tal que no imaginó siquiera posible alguna vez experimentarlo. Dolía.

Después, tenso, observó sus labios con abierta lujuria. Mariené respiraba adherida a su cuerpo, agitada. Estaban a un par de centímetros y ella solo podía ser consciente de su pecho tenso rozando el suyo, de su aliento acariciando su piel, de su mirada incisiva sobre la suya.

Todo se detuvo dentro de ella durante esos segundos en los que el mundo se abrió bajo sus pies buscando absolverla y su mano rodeando su cintura era lo único que evitaba ser tragada de un solo bocado.

—Me estás aniquilando —confesó él perdiendo cualquier atisbo de control, desesperado por sentirla y, sin más, sus labios descendieron hasta los suyos.

Capítulo 5

Como si fuesen plumas temerosas, sintió sus labios contra los suyos que eran exigentes. Su suavidad lo colocó a un punto de enloquecer como nunca creyó sería posible. Su textura era simplemente mejor de lo que pudo fantasear. Mariené era néctar para su boca y, ¡joder!, la ansiaba como un idiota. Era como sentir el frío del sereno sobre la piel ahogada de calor.

Temiendo cualquier reacción de su parte, sujetó su delicada nuca y lamió sus labios con una sensualidad que para ella era tan reveladora como desconocida. La joven se aferró a sus brazos, con el pulso desbocado y soltó un gemido cargado de sorpresa, de ansiedad y de… deseo, sí, ese deseo crudo que había despertado en su interior desde hacía dos años.

Con temor, pero también avidez, abrió la boca para recibirlo dejando de lado cualquier pensamiento racional. Necesitaba sentirlo más cerca. Él lo supo porque la rodeó con mayor posesividad logrando que no existiera ni un solo espacio entre ambos. Era todo absolutamente nuevo para ambos, demasiado potente, impactante incluso.

Su sabor a menta le llenó los sentidos. Sumergida en esa marea incesante fue consciente de cómo su lengua invadía su boca, buscando que le respondiera. De forma tímida salió a su encuentro, necesitando profundizar aquello que estaba ocurriendo y es que se sentía instintivo, casi vital.

Sus manos rodeándola por la cintura, ese beso exigente y voraz, sus sentidos explotados. No lograba respirar con regularidad. Temor, pero necesidad, se mezclaban en un dulce y apasionando momento que jamás podría olvidar. Su fuerza la transportaba mientras él la probaba con lentitud y a la vez con ferocidad; sus labios atrapaban los suyos, juguetones, ávidos, reclamándolos para sí, cargados de inigualable experiencia. Correspondiendo sin detenerse a dilucidar, se dejó llevar asombrada por su capacidad de sentir tanto, por lo que Maximiliano le generaba.

El hombre, al comprender lo que había hecho, al descubrir ese dulce y adicto sabor que ella poseía, al sentir sus palmas dueñas de esa breve cintura, al entender que ese gesto lo cambiaba todo para ambos; había abierto esa rendija que estaba decidido a mantener cerrada por el bien de los dos, sobre todo de ella, se separó respirando pesadamente, contemplándola así: suya, lánguida, con esos deliciosos labios entreabiertos, con sus manos delgadas sobre sus hombros tocándolos de una forma perversamente delicada, con sus ojos a media asta.

—No —soltó contrariado. Furioso por su acto lleno de inmadurez.

La soltó del todo, negando, más excitado que nunca en su jodida vida. Siendo consciente de que lo único que deseaba en ese momento era enterrarse por siempre en su ser.

No, se repitió iracundo saliendo de ahí sin dudar.

Mariené se quedó de pie, pasmada.

No recobró la conciencia hasta que escuchó a los lejos su motor alejarse. Temblando se llevó los dedos a los labios, cerrando los ojos. Aún podía sentirlo ahí, sobre sí. Nunca creyó que un beso pudiera ser así, que se pudiese sentir la potencia del deseo emerger desde el centro de sus entrañas para adueñarse de su pensamiento, de su ser.

Pasó la mañana sumida en una especie de neblina y no ayudaba el hecho de que no pudiese hacer

algo más, eso sin contar que estaba sola, con la cabeza por primera vez en su vida perdida y es que Mariené siempre tenía claro el paso siguiente y vivía en base a cumplir cada una de sus metas, de sus propósitos.

Comió e intentó retomar su lectura, no pudo. Una película, tampoco. Molesta por sentir que no encontraba esa paz que solía acompañarla, decidió ir a caminar un poco. Eso no la despejó, pero logró que el tiempo pasara más rápido, lo malo fue que su pie comenzó a molestar a media tarde por lo que no tuvo más remedio que regresar.

Al llegar notó que su auto estaba ahí. Su pulso se detuvo, pasó saliva sin saber muy bien qué hacer. Buscando alejar aquello que había rondado por su cabeza, tomó aire, decidida. No huiría, ella no era así.

Entró y enseguida escuchó como su voz llenaba la casa, hablaba por su celular en inglés, bromeaba y reía por algo. Al verla su gesto se tornó serio. Le sostuvo la mirada un segundo y enseguida se fue a refugiar a la habitación. No tenía idea de qué podían hablar, si bien él lo había comenzado, era consciente de que ella lo siguió sin importarle nada.

Maximiliano hablaba con Jan, su agente, un tipo obsesionado con el trabajo y que no lo detenía nada. Se llevaban muy bien, pero, además, era consciente de que era experto en lo que hacía puesto que en cuánto hicieron mancuerna, su carrera se disparó, aunque ya venía en ascenso.

Todo el día había estado trabajando desde su *laptop* en un café cercano. Los restaurantes y cadenas de ropa, pese a tener personas inteligentes y preparadas que los administraban, requerían su inspección.

Luego anduvo por ahí y buscó poniendo todo su empeño olvidar las sensaciones abrazadoras que esa joven le despertaba. Ella no debía tener más de veintidós, por lo menos se llevaban siete años y aunque en general eso no implicaba algo, en ellos se notaba mucho. Eso, aunado a su propia condición en la que el mundo ya se le había presentado de muchas maneras otorgándole una larga lista de experiencias, lo hacía sentir vil.

La deseaba tanto, lo atraía de una manera ridícula, posesiva y ahora, además, conocía el sabor de su boca, cosa que no ayudaba en lo absoluto. No, Mariené era un lujo que no se debía permitir. Lastimarla era algo impensable, aunque sonara fuera de lugar. Sin embargo, la necesitaba con una desesperación absorbente, una mucho más fuerte que su control.

Cuando llegó, minutos atrás y no la vio, se inquietó y una preocupación absurda se instauró en su pecho. Logró, con esfuerzo, hacerla a un lado por un rato, pero ya iba a salir a buscarla cuando entró aquella llamada.

Eran sus vacaciones, esas que ciertamente también necesitaba, pero a Jan eso le importaba una mierda cuando se trataba de algo que fuese trabajo, que generara más dólares y ellos generaban bastantes. Así que la tomó.

Unos segundos después entró ella. Hubiese querido colgar, acercarse, rodearla y besarla hasta que gimiera de esa manera tal dulce como horas atrás, pero solo la observó notando como Mariené lo miraba nerviosa y se escabullía. Apretó los puños al escuchar que se encerraba en su habitación. Sí, eso era lo mejor, aunque ya no sabía si funcionaría.



Durante la cena evitaron cruzar miradas, o por lo menos ella con él. La única verdad que circulaba por su sistema era que no tenía ni idea de cómo comportarse ante lo que Maximiliano le hacía sentir. Era muy consciente de que no podría surgir nada entre ellos y no por ser hijo del esposo de su madre, sino porque no existía algo que pudiese conectarlos. Eran opuestos, dos seres absolutamente diferentes que no tenían nada en común.

Sabía, además, que esa clase de chicos buscaban vivir la vida rápido, alocadamente, así como su hermana Jessica, y ella no era así, sin embargo, le atraía tanto que la intriga de ir más allá la comenzó a inquietar, a acribillar en realidad.

No solía limitarse en la vida, pero en ese instante era consciente de que ese era un terreno que desconocía y que, además, la podría lastimar.

Los dos días posteriores lo evitó. Se sentía mucho mejor del pie, así que se aventuró a más sitios y acompañó a los demás a cada excursión, él no iba.



El sexto día después de haber llegado a ese lindo lugar, nuevamente se sentía más tranquila. La casi nula interacción que, de manera deliberada ambos propiciaban, la había logrado relajar. Se encontraba lista para la excursión, cuando apareció. Al observarlo ahí, tan sensual e indiferente como solía, comprendió que también sería participe. Un calambre subió por su estómago hasta el medio de su pecho.

Silvano se mostró feliz de que los acompañara. Para Mariené era claro que no quería presionarlo, así como también le era evidente lo feliz que lo hacía que se diera tiempo para ir; esos días había estado ausente, fuera de casa, atendiendo asuntos, le decía a su padre.

Lo cierto es que estuvo tentada a fingir un cambio de planes; tal vez su pie o algo, pero no era una niña y su atracción por él no debía nublarle el pensamiento a tal grado, comprendió resignada. Así que, gracias a su naturaleza tan fresca, le sonrió con desgano, tomó sus cosas y se adentró en la camioneta.

Para su sorpresa también subió. Pronto se encontró en medio de él y su hermana. Suspiró resignada, mientras ese aroma viril viajaba por su nariz hasta adentrarse en sus pulmones, envolviéndolos. La masculinidad que irradiaba la mantuvo con dificultades para respirar, para pensar. Su pierna chocaba con la suya y su mano descansaba peligrosamente cerca de la de ella. Lo miró de reojo, tensa; él revisaba su celular.

La joven se cruzó de brazos y decidió perder su atención en la ventana del lado opuesto, no tenía más remedio.

El día fue agradable, si debía resumirlo. Hablaron lo necesario, monosilábicos, nada largo ni que involucrara el estar solos. Notó, con el paso de las horas, que entre él y Jessica fluían las cosas con naturalidad; Maximiliano le sonreía y hablaba de forma más relajada y accesible que como lo hacía con ella. Le restó importancia, después de todo qué más le daba.

En innumerables ocasiones se escabulló entre las calles, perdiendo su atención en alguna tontería, como solía ocurrirle, riendo por algo que contemplaba a lo lejos o buscando minuciosidades para observarlas abstraída. El lugar era una belleza y ella no paraba de absorberla.

Más tarde comieron en una plazoleta donde las palomas se arremolinaban, eso le encantaba. En México, si podía, en algún parque llevaba simplemente migas de pan y las esparcía solo para verlas llegar y perderse en la fuerza de su aleteo, en la forma en que se movían, en esos ruidos extraños que salían de sus picos.

No lo pudo evitar, tomó unos pocos trozos del pan y se los aventó con discreción. A los pocos minutos ya tenía más de veinte muy cerca, pidiendo más.

—Deja de hacer eso —le pidió Jessica a su lado.

—No te harán nada… —se defendió.

—Me ponen nerviosa tantas, Ari —se quejó, mostrando los dientes. Mariené rio asintiendo, se levantó y anduvo hasta un quiosco que se hallaba a varios metros del lugar, con los trozos en su mano. Marcia y Silvano reían, mientras Maximiliano, sin perder ni uno de sus movimientos que lo embrujaban, la observó sin disimulo.

Mariené se los aventó de a poco, divertida presenciando como llegaban más y más. Encantada, sintiendo esa adrenalina tan conocida que le proporcionaba hacer lo que sentía, no se detuvo. ¿En qué momentos las personas habían dejado de darle importancia a lo que sí valía por encajar en algo que no importaba?

Un par de chicos se acercaron, no les entendió, pero les dio trozos de pan y así, en diez minutos estaba aquello repleto. La gente reparaba en ellos sonriendo, mientras ellos estaban ahí, en medio de centenares de aves. De pronto pasó una moto y se espantaron. Todas salieron volando. Mariené soltó la carcajada y como ya sabía, se agachó cubriéndose ante el aleteo. Eso era divertidísimo. Cuando se fueron, los tres se observaron, riendo abiertamente. Debían tener un par de años menos que ella, calculó cuando se despedía con la mano.

—¿Cómo puedes hacer eso? Da las gracias de que no te mancharan al volar —rezongó Jess. La aludida rodó los ojos acomodándose a su lado, siendo consciente de que él la miraba sin importarle nada.

—Existe la ropa limpia y baños… —contraatacó con simpleza.

Maximiliano, hipnotizado a un grado tal que no lograba siquiera encontrar algo cuerdo en su mente porque a pesar de haber visto muchas cosas ya en su vida; lo que acababa de presenciar se llevaba por mucho un premio a la belleza más pura y genuina que nunca hubiese contemplado, cruzó la mesa con su cuerpo, acercó una mano hasta ella y le quitó una pluma que estaba sobre su cabello, luego se la tendió.

Necesitaba probarla de nuevo.

Mariené, pestañeando acalorada, la tomó.

—Me parece que se divertía —la defendió poniendo ahora la atención en su hermana y es que si no lo hacía la besaría en ese maldito instante.

—Desde que era una niña debía mantener los ojos bien abiertos porque si me descuidaba la encontraba averiguando quien sabe qué cosa. Ella sabe vivir mejor que nadie —repuso Marcia con ternura y orgullo. Mariené le sonrió comprendiendo a qué se refería—. Gracias a Dios se le ocurrió estudiar algo que no es arriesgado.

La menor rodó los ojos, aun recordaba que cuando le informó lo que deseaba estudiar, ella y su padre soltaron el aire. Eran exagerados.

—Jessica es quien la pasa viajando, no yo —se defendió dándole un trago a su bebida, nuevamente consciente de los ojos de Maximiliano sobre sí. El hecho de que no lo disimulara la puso aún más nerviosa, tensa, y peor porque la hacía sentir como una chiquilla.

—Mamá tiene razón, serás muy seria, pero increíblemente inquieta —secundó su hermana.

Bufó sin poder defenderse. Pies rotos, brazos, raspaduras, cortadas y muchas cosas tenía ya en su repertorio, lo cierto es que nunca había estado dispuesta a vivir sin disfrutar cada momento y eso implicaba a veces experimentar más allá.

—Mejor pidamos algo de comer, muero de hambre —rogó cambiando de tema. Maximiliano apretó la servilleta por debajo de la mesa, endurecido como nunca imaginó y buscó, leyendo el menú, enfriarse un poco.

¿Cómo carajos hacía esa chica para ponerlo así sin siquiera tocarlo?

De regreso caminaron otro poco, su madre deseaba entrar a unas tiendas, pero ella declinó así que se quedaron de ver en un punto dos horas más tarde. Se alejó, despreocupada, perdiendo su atención en boberías, sonriendo por cualquier tontería porque si se era atento, había muchas cosas que ocurrían alrededor que las personas no se percataban. El calor, el sol, el aire.

—¿Te importa un poco de compañía? —Su voz la detuvo de forma abrupta, así como su jugueteo con el bolso. Giró levemente, venía tras de ella a paso relajado. Negó sin poder esconder la timidez que le generaba. El hombre acortó la distancia y un segundo después ya iba a su lado. No habían estado a solas desde aquel día y lo peor era que si cerraba los ojos aun podía sentir su tacto en la piel, sus labios invadiendo los suyos—. ¿Qué estudias? —preguntó de pronto él sacándola de sus pensamientos.

Se frotó el cuello con una mano como su estuviese cansada y le sonrió de manera amigable.

Maximiliano la observó, tensándose. Le fascinaba en definitiva. Mariené era como una inyección de vida que no sabía que ansiaba, pero que ahora necesitaba.

—Literatura y letras —respondió con simpleza acercándose a un pequeño muro de piedra que daba a una de las playas y se recargó ahí observando el paisaje.

—Eso suena… aburrido —silbó con una frescura que no le había escuchado hasta ese momento. Ané volteó entornado los ojos, casi podía sentir su brazo pegado al suyo.

Las personas que pasaba tras ellos lo observaban, notó, y es que era imposible no hacerlo, con ese vaquero y camiseta clara que parecía estar hecha a su medida, dejaba a cualquiera perplejo pese a lo poco elegante de su atuendo. El hombre sabía moverse, a eso se dedicaba y derrochaba una seguridad apabullante, quién podría culparlos.

—Lo dices porque tu vida es todo menos eso… ¿Nunca te cansa ser el centro de atención? —lo cuestionó fijando su vista en aquel iris azul.

El hombre alzó las cejas; no se esperaba esa pregunta.

—Veamos —y perdió su atención en el horizonte—, te sorprenderá saber que no es así todo el tiempo, además, el modelaje es una de las cosas a las que me dedico, pero hay más.

—Sí, algo he escuchado de restaurantes y tiendas de ropa, ¿no? —murmuró desenfadada. Él asintió lanzando toda la potencia de esa mirada lobuna que poseía sobre ella.

Cada vez que lo tenía cerca la dejaba con la cabeza en blanco y con azul rondando en cada esquina. Veía con fijeza, con el peligro impreso en todos los espacios de su iris, con aquellas cejas gruesas, enmarcando su intención.

—Sí. El modelaje es algo que me gusta, pero no durará por siempre —refutó.

Ella ladeó la cabeza.

—Dicen que te ha ido bien en ello. Debe ser impresionante ver todo lo que tú has visto, conocer a tanta gente, no sé…

—Me divierte —admitió sin soltar sus ojos, esos que lo tenían embrujado, que le contagiaba de esa chispa que perdió a lo largo de los años después de aquello y que en ella estaba más intacta que en cualquier persona que hubiese conocido—. Aunque dudo que sea algo que a ti te llame la atención —conjeturó, serio, evaluando sus reacciones, esas tan femeninas, tan dulces e ingenuas.

Mariené se acomodó un mechón suelto tras la oreja, encogiéndose de hombros.

—No es algo que deseé conocer alguna vez. La verdad es que… tengo otros planes. No me gusta estar siempre rodeada de personas y esas cosas, me aturde, no me permite pensar… La soledad es más mi gusto, aunque no soy una ermitaña —aclaró con sencillez, dibujando una media sonrisa.

Maximiliano, atontado por esas pecas, cansado de sentir que durante esos días había estado remando contracorriente, alzó una de sus manos. Notó de inmediato que la respiración de Ané, como le decía en su mente, se ralentizaba, pero no se detuvo y pasó sus dedos por aquel blanco cuello, enjaulándolo y acarició, a su vez, con el pulgar esos labios que no lo dejaban ya en paz.

—Y eso es lo que te hace irresistible —musitó casi sobre su boca. Mariené ya sentía su aliento muy cerca. Se dejó llevar rodeando con los dedos su antebrazo, sus miradas se encontraron y no se soltaron. Una potencia extraordinaria corrió entre ambos, chispas de anhelo, de deseo, de una necesidad tan extraña de prolongar ese momento por una eternidad.

—No comprendo qué quieres de mí —admitió la joven, con la respiración irregular, un tanto agobiada.

—Ni yo, Mariené, pero no eres tan ingenua como para no notar que me atraes… —murmuró sin poder ya ocultar lo evidente. En respuesta ella humedeció sus labios, nerviosa, y es que su mano sujetaba su rostro aún y su cuerpo se fue pegando al suyo por instinto. Lo necesitaba.

—Tú a mí también —aceptó sin tapujos.

—Lo sé, *vita*, pero no eres para mí —aseguró tenso. Esa respuesta la desconcertó, buscó alejarse, pero él fue más rápido y tomó su cintura acercándola por completo a su cuerpo—. Y, aun así, no logro resistirme. Maldición, contigo no puedo.

Sus labios cubrieron los de Mariené de manera delicada. Al sentirlo sobre sí, con aquella sensación frenética abriéndose paso en su sistema, respondió sin quejarse rodeando su nuca y perdiendo los dedos en su cabello.

Maximiliano suspiró sobre aquella boca que lo sumergía en un frenesí indescriptible. Sabía tan

jodidamente bien, que no tardó en profundízalo y con su lengua comenzó a probarla, para luego mordisquear sus labios de forma sensual, dulce.

Ella solo sentía que fuego hervía en su ser, alojándose en sitios desconocidos, consumiéndola sin control, sin desear esquivarlo. Una alarma sonó en su interior, esa que le advertía sobre los caminos equivocados. De forma abrupta se separó mirándolo con temor, confundida.

—Mariené… —logró decir él al sentirla lejana. Ella dio otro paso hacia atrás, acalorada.

—Yo… no, esto no está bien —zanjó pillándolo por sorpresa. Aunque si era justo lo mismo había hecho él hacía unos días, pero ya era ridículo fingir que ahí no ocurría nada, al contrario, todo estaba creciendo y empeorando, esa dulce pecosa debía aceptarlo.

Pestañeó serio, un segundo después asintió, molesto ante su distancia, ante la manera tan fiera de protegerse y no es que no creyera que era lo mejor pero ya estaba en un punto tal de ebullición que no podía ni quería frenarlo y quizá eso fuera lo mejor; avanzar.

—Si no lo enfrentas, crecerá, Mariené, créeme.

Arrugó la frente alejándose un poco más, debía hacerlo. Maximiliano y ella, estaba segura, no tenían nada que hacer juntos, además, sus vidas eran opuestas. A qué quería llegar con eso. No, no estaba bien.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó nerviosa, cruzándose de brazos.

—No eres una niña, lo sabes —respondió serio, sin duda, sin moverse, evaluando sus reacciones.

—¿Y después? —quiso saber con las palmas sudorosas.

Él sonrió negando, perdiendo la vista en el océano. Tenía que ser claro.

—Nadie conoce el futuro —atajó sin remordimiento, aunque consciente de que no era lo que ella esperaba escuchar, sin embargo, qué más podría responder.

Lo observó fijamente, irritada. Eso lo sabía muy bien, así como también el hecho de que uno sí elige como vivir lo que se supone es su vida, aunque sea un mal chiste el no conocer lo que ocurrirá al momento siguiente. Y ella hacía tiempo había elegido vivir el ahora, pero también, valorarlo todo y eso implicaba ir con cuidado, a paso relajado.

—Iré por un helado, te veo luego —anunció y con esa tremenda necesidad de poner distancia se fue sin girar una sola vez ignorando la furia de Maximiliano y aquella decisión que provocó en él con su distancia, con su temor.

Ese juego debía acabar.

Capítulo 6

Anduvo por ahí aun con su sabor sobre los labios, se llevó la mano hasta ellos tocándolos con una ansiedad que no comprendía. Se había comportado como una niña, pero algo le decía que cuando se tratara de él correr podría ser lo adecuado. Era aventurera, sí, sin embargo, no a tal grado.

Maximiliano no parecía tener mucho espacio para sentimientos tiernos, o dulces, mucho menos tiempo para algo más que su carrera; en todo momento hablaba por el celular, con una gorra y lentes de sol se camuflaba.

Vivir así no debía ser sencillo y, además, no era tonta, qué podía buscar en ella: ¿un reto, algo diferente, un pasatiempo mientras estaba fuera de su entorno aquellas semanas?

Compró un barquillo de limón necesitando aliviar el ardor que aún la recorría. Se lo comió pensativa. Podría simplemente ver qué sucedía, experimentar, después de todo él se iría y los dos podrían fingir que jamás ocurrió… algo.

Imaginaba que tal vez a ella le costaría más trabajo, pero en una cosa Maximiliano tenía razón: si no lo enfrentaba esa atracción crecería y la duda del «si hubiera» quedaría suspendida en su interior mucho tiempo y eso también era otra promesa que se hizo: *nunca quedarse con esa peligrosa pregunta rodando en la cabeza.*

¡Dios!, se sentía perdida, excitada también, ansiosa por conocer más de él.

Llegó al punto de reunión, atribulada y expectante. Maximiliano no apareció. Minutos después se enteró de que había avisado a su padre que regresaría más tarde. Se sentía muy nerviosa, sus palmas sudaban. No sabía qué esperar, cómo reaccionar, pero la verdad es que le hubiese gustado verlo para intentar, por lo menos, descifrarlo.

Se fue a la cama mucho más tarde siendo consciente de que aún no regresaba, ya todos dormían, pero ella no lo lograba. Dudaba en ser la responsable de su ausencia, aunque de algún modo así lo sentía. De todas formas buscaba sosegar a su mente asegurándole que, siendo quien era, habría encontrado algo más interesante donde gastar el tiempo.

Tomó su libro decidida a no pensar más, algo se arremolinaba en su estómago al evocarlo, algo cálido que se expandía por todas las extremidades embragándola, era extraño pero ardiente a la vez. Dos besos compartidos y de solo recordarlos hacía combustión, la temperatura subía y esa sensación vertiginosa se extendía en su vientre.

Varias horas pasó perdida en las páginas hasta que lo terminó. Era la madrugada. Permaneció suspendida, embelesada con ese bello final, suspirando. Se sentó sonriendo como una boba sobre la cama y es que un libro tenía la capacidad de transportarla más allá incluso que la realidad, la mejor o peor que fantaseara. Experimentar en la piel de otras personas, desde otras perspectivas, todo eso era alucinante y ella una adicta a sentir.

Lo dejó sobre su buró, aún envuelta en esa burbuja perfecta. Tenía sed y ganas de seguir inmersa en ese mundo delicioso. En silencio salió de su habitación para tomar un poco de agua, sabía que no despertaría a nadie, Jessica solía dormir con música y la habitación de Marcia y Silvano era la última del pasillo, aun así, solía ser respetuosa con el sueño ajeno.

Mientras andaba, sonreía como una boba. Esos protagonistas y sus aventuras se habían robado su corazón, uniéndose así a una lista larga de libros favoritos. ¿Dónde colocaría el libro? En sus estantes ya no cabía. Ese era un problema mayor, divagó.

Desde el comedor notó que en la cocina las luces estaban prendidas. Sus sentidos de inmediato se espabilaron, una marea de expectación creció y se enredó en su cuerpo. Entró con cautela, aunque todavía inmersa en esa maravillosa ensoñación.

Todo se desquebrajó de golpe y su atención de pronto tuvo solo un sentido, un rostro y un motivo:

Él.

Se detuvo en seco respirando con fuerza. Maximiliano tomaba agua, pensativo, recargado en un muro, con esa postura tan masculina, irradiando seguridad. Sus miradas chocaron al segundo siguiente y el ambiente de inmediato cambió.

—No te morderé —musitó el hombre con voz ronca.

Parecía algo desliñado, aunque asombroso, como siempre, solamente con un aire más… peligroso. Lo observó sin moverse.

—Vine por agua —le informó cohibida de repente. La hacía sentir una niña, corroboró. Con un ademán el hombre le invitó a entrar. Mariené se acercó al frigorífico, tomó una botella bien fría, tensa, y al cerrarlo ya lo tenía frente a sí.

Soltó un respingo. Maximiliano tenía su cabeza gacha ridículamente cerca de la suya. Todo a su alrededor se desvaneció, solo fue consciente de esa mirada que la absorbía.

—No te resistas, sabes que lo empeora cada segundo —rogó él, torturado. Su aliento acariciaba su rostro. Olía a alcohol.

Por instinto lo hizo a un lado para salir de ahí, rápido. Maximiliano, harto de aquello y después de buscar infructuosa distracción, la tomó por la cintura y la acercó a su pecho. Ya no soportaba ni un maldito segundo sin sentirla, probarla, respirarla. No quería nada de nadie más, quería todo de ella y comprenderlo horas atrás le provocó tomarse un par de copas al hilo. Cuando iba a pedir la tercera decidió enfrentar de una vez el problema, lo cierto es que nunca imaginó encontrársela ahí, con su cara fresca, con ese piyama inocente que lo enardecía, con su cabello hecho una maraña.

¡Dios!, lo enloquecía a un punto que ya no podía definirlo.

—Tomaste —susurró la joven sin soltar sus ojos, colocando ambas manos sobre su firme pecho, sin emplear fuerza para alejarlo, aunque era lo que sabía debía hacer.

—Un par de tragos, no soy de los que le gustan los espectáculos, ni tampoco el tipo de hombre que deseas creer —aseguró molesto porque notaba, todo el tiempo, como ella ya había formado su propia opinión de lo que estaba segura era él y eso también lo irritaba y atraía.

La chica intentó poner distancia de nuevo, de forma infructuosa. Maximiliano, adorando la suavidad de su cintura bajo su palma, con delicadeza la detuvo, negando con firmeza.

—Podemos pasar en este juego las dos semanas que nos quedan aquí, o enfrentarlo… ¿Qué es lo que prefieres? —preguntó ansioso, fuera de sí. Se sentía un jodido adolescente, alguien ajeno a sí, pero no lograba llegar a su supuesta madurez cuando esa pecosa estaba siquiera a la vista.

Ella dejó de moverse, aturdida, con miedo, pero deseosa. Su respiración iba a toda velocidad y la realidad era que sus manos ansiaban tocarlo. Pasó saliva.

—¿Me lastimarás? —preguntó casi afirmándolo. El hombre ocultó el impactó que sus palabras encerraban y acarició esos labios con su pulgar, sin dejar de verla a los ojos.

—No si puedo evitarlo y no lo permitas, Mariené, solo termina con esto —suplicó bajando su boca hasta llegar a su cuello.

Jadeó sin poder mantener la reacción dentro de su piel. Sus piernas temblaron, se aferró a sus hombros, cerrando los ojos. ¡Dios, qué era eso!

Esa férrea mano sujetaba su cintura con una posesividad primitiva que la hacía desear ir más allá. De pronto fue consciente de que él lamía su lóbulo. Jadeó de nuevo. Algo quería explotar dentro de su ser. Sus vellos se erizaron y entreabrió la boca alzando la barbilla.

Un segundo después ya lo tenía sobre sus labios devorándola. Su roce no era brusco, sino exigente, era como si quisiera tomar lo que pudiese de ella. No dudó, rodeó su cuello correspondiendo, ardiendo.

De forma abrupta él se separó solo un poco, acalorado, respirando agitado.

—¿Vamos? —preguntó cauto, a la expectativa, quemándose por dentro, entrelazando los dedos con los suyos para que lo siguiera si es que decidía avanzar.

Mariené, pasando duro, envuelta en una bruma delicada que cubría sus pensamientos para trastornarlos en algo que no lograba reconocer, asintió silenciosa. Maximiliano besó con sensualidad sus dedos y la guio.

Él tenía razón y ella ya no quería pensar más, simplemente ya no se lo permitiría.

Como dos personas que actuaban de manera clandestina, acabaron en la habitación de él que era la más alejada, con las respiraciones disparadas. Maximiliano cerró la puerta con seguro y la apresó contra el muro, pegándose a su esbelto cuerpo.

Se miraron fijamente durante varios segundos, atentos a sus facciones, a sus pechos subiendo y bajando, a sus ojos que se comunicaban de infinitas maneras, tantas que no podían controlarlas.

—Decide, por favor —rogó a un par de centímetros de esos labios que lo tenían en un límite desconocido.

La piel de Mariené y cada una de sus terminaciones nerviosas cosquilleaban a tal punto que no pudo hacer nada salvo tomarlo por el cuello y terminar con la distancia que los separaba.

No viviría con el «si hubiera», no lo haría, esa era su promesa.

Lo escuchó gemir sobre su boca y eso la instó a no detenerse, a probarlo con mayor vehemencia. Las manos de ese hombre que la enardecía comenzaron a viajar por su cintura buscando el pliegue de su blusa, lo encontró y se la pasó por encima de la cabeza. En un suspiro sintió ahora sus palmas sobre la piel, quemándola, torturando su pecho por encima del sostén. Gimió ante aquello que la sorprendió pero que descubrió deseaba con desesperación.

Maximiliano, envuelto en una bruma que le era absolutamente ajena, pero de la que sentía dependía su vida, se detuvo. Acalorado, buscando en ella algún atisbo de duda, de miedo, de reticencia. Lo que encontró a cambio fue unos labios hinchados debido a su roce, unos ojos dormilones expectantes y un gesto que no lograba describir pero que rogaba no parara.

Desquiciado por esa marea de sensaciones, esa chispa de vida latió con mayor fuerza. Ella lo lograba como nadie nunca.

—Sea lo que sea que no te guste, debes decirme —pidió con suavidad arrastrando su aliento

sobre esa deliciosa piel, nuevamente. En respuesta ella apoyó sus delgados dedos sobre sus hombros, jadeando al sentirlo descender sobre su clavícula despacio.

No importaba lo que ahí sucedía, no si se trataba de él, comprendió con lo poco que conservaba de cordura.

El hombre, excitado, extasiado por la forma en la que esa dulce mujer le correspondía, la hizo girar para que su pequeño trasero quedara justo donde su deseo ya no podía más. Tocándola, bebiendo de su ser, tatuando su tacto por ahí, por lugares delicados, suaves. La chica se abandonó asombrada por el cúmulo de sensaciones que despertaba. Con cuidado, pero sin perder el tiempo, la recostó sobre el colchón.

Sonrió al verla al fin ahí, en ese sitio que tanto fantaseó. La luz de la lámpara la iluminaba lo justo en aquella oscuridad que los rodeaba. Clavó sus ojos en los suyos, Mariené pasó saliva, aunque lucía decidida y no supo qué lo encendió más; si su dulce ingenuidad o la firmeza de su decisión a pesar de su evidente miedo. Sonrió a medias. Sin detenerse la recorrió como si le perteneciera, como si planeara que jamás fuera de otra manera.

La joven, acalorada, presa absoluta de su deseo, le subió la camiseta necesitando tenerlo cada vez más cerca, sintiendo como un líquido cálido la sometía y hacía rugir su interior. Maximiliano de un movimiento la complació y la aventó a los pies de la cama.

—Pareces irreal —murmuró ella pasando un dedo por su tenso abdomen, sintiendo los pulmones demasiado angostos como para que entrara el aire que necesitaba. Él ladeó la comisura de sus labios, complacido, devorándosela con la mirada.

—Y tú tan real que me asusta, *vita* —susurró despacio. Mariené sonrió sin detener su exploración, lo cierto es que ese acento italiano se introdujo en su sistema como una oleada cálida, seductora. Sin pensarlo, lo acercó de nuevo a su boca y la avalancha de lujuria retornó como si un tsunami hubiese decido arremeter en ese momento sobre ambos.

Ahí, en aquella habitación, en medio de aquel lugar silencioso donde todos a su alrededor dormían, dieron rienda a eso que tanto luchaban por controlar y que iba más allá de su entendimiento, abrigados por su ansiedad, necesitados de su tacto, se permitieron experimentar sin pensar en otra cosa.

Con manos hábiles él bajó su short acariciando a su paso esa larga pierna, con maestría, pero con suavidad. Cuando al fin se deshizo de la prenda, se enderezó frente a ella, tomó su pie sano, sonriendo de forma torcida, clavando sus ojos azules en los suyos, revueltos, y comenzó a desperdigar besos por su pantorrilla para luego ir subiendo por sus muslos.

Mariené respiró con fuerza, aferrando las sábanas. Se sentía nerviosa, deseosa, más mujer que nunca y a la vez, una niña. ¿Cómo lograba todo aquello?

—En toda mi vida no me he topado con alguien como tú, nunca —aseguró él con voz ronca, con la pupila dilatada. Mariené se humedeció los labios, deleitada.

Lo deseaba pegado a su piel y no podía ni quería esperar. Maximiliano, atento a cada una de sus reacciones, logró interpretar eso y ascendió hasta sus labios para saborearlos con ímpetu.

Qué podría negarle a esa mujer que lo derretía con solo respirar.

La joven recorrió su espalda, estudió cada músculo y pudo sentir donde comenzaba su pantalón. Él sonrió contra su boca, encantado por lo que iba pasando, y cómo. Se los desabrochó sin dejar de torturar ese delgado y hermoso cuello. Pronto se encontraban solo en ropa interior, absortos en las sensaciones, rodaron por la cama sin detenerse, besándose, tocándose, conociéndose.

Él con paciencia y firmeza, reclamándola en cada roce. Ella con ansiedad y la certeza, necesitando descubrir por qué con él ansiaba ir mucho más allá.

Sin que lo pudiera registrar, y con esa manera sensual que tenía de moverse, Maximiliano se deshizo de ese pequeño sostén blanco que ya estorbaba. La respiración de ella se disparó aún más, si eso era posible. Lo notó, pero perdido en lo que sus ojos absorbían, en esos senos pequeños y delicados, no le dio tiempo de nada y los probó.

Ese cuerpo que tenía bajo el suyo y que decididamente era inexperto, se tensó, sin embargo, no hubo resistencia y con los sentidos en plena explosión jugueteó con sus montículos, degustándolos, sintiéndolos de una manera enigmática, delirante. La joven se arqueó encajando los dedos en su espalda, dejando salir un gemido contenido pues sabía que no podía dejarse llevar, no en aquel lugar.

—*Perfetta*.

Sólo escuchó.

Sus labios descendieron hasta su ombligo al distraerse. De inmediato se puso nerviosa, pero fuera de seguir, decidió arremeter de nuevo contra su boca moviéndose sobre su cuerpo como un felino.

Sabía que debía ir despacio, aunque le estaba costando ese autocontrol que con ella se iba al drenaje con tan solo un movimiento de su cabello. No obstante, la necesitaba de todas las formas posibles y con suavidad su mano viajó por su vientre de manera pecaminosa hasta llegar a los bordes de su braga. Mariené lo observó con los pulmones colapsados. La sujetó en sus ojos y avanzó a pesar de la prenda.

Con mayor fuerza aferró su espalda al sentir como sus dedos la exploraban disparando con ello un cúmulo de terminaciones que la desmoronaron, tomando el aire a bocanadas.

—No has estado con nadie —susurró él, rozando su dulce rostro con sensualidad. Negó jadeando al notar como uno de sus dedos se adentraba en su ser, logrando que se tensara—. Solo respira. Será como tú quieras, *vita* —murmuró con ternura, devastado por lo que ella le despertaba.

Obediente, asintió con los labios secos. Si iba a hacerlo, quería que fuera con él, necesitaba que fuera con él, se repitió en medio de aquella locura.

De nuevo volvió a besarla al notarla desconcertada, nerviosa, pero lista para recibirlo. En ese juego pecaminoso la mantuvo por un tiempo. Necesitaba que se relajara, que se acostumbrara a su intrusión aquél estrecho sitio donde rogaba por perderse hasta olvidar su nombre.

Tragarse los gemidos, la ansiedad, estaba resultándole imposible y eso lo encendió aún más. Al grado del dolor. Se quejaba lagrimosa, perdida en lo que le generaba.

Mariené lo sentía clavado en su interior, cuidadoso, suave, pero sin retractarse. Explotaría, lo sabía, de un momento a otro sucedería. Nunca había tenido un orgasmo, pero comprendió en ese momento que estaba a punto de tener uno de proporciones apocalípticas y es que lo cierto es que jamás creyó posible poder sentir tanto.

Sin ser muy consciente de cómo de pronto ya se encontraba completamente desnuda. Lo estudió apretujando ahora la sábana, esa que estaba bajo su espalda, que evitaba que no cayera de lleno en donde fuera.

Maximiliano, sin poder ya contenerse, consciente de que tendría que hacerlo con suavidad a pesar de desear todo lo contrario, la posicionó sobre las almohadas para que se encontrara cómoda, se quitó el bóxer dejando expuesto su impresionante cuerpo y solo la notó removerse.

Sonrió ante su reacción. Se protegió apenas si en un segundo y como un lobo experimentado volvió a acercarse hasta su rostro con el cabello despeinado, con sus ojos perforando los suyos. Mariené, al sentir su pecho contra el suyo, su aliento sobre su rostro, abrió las piernas por instinto, presa de un trance.

Él sonrió maravillado ante su manera de reaccionar en cada paso dado a lo largo de esos minutos y la besó de nuevo, necesitando ese sabor que le era ya inconfundible, único.

Despacio se fue adentrando en ese angosto cuerpo. Al sentirlo entrar tan lentamente, se tensó y clavó las yemas de los dedos en su espalda, arqueándose, gimiendo ante la invasión.

—No te dañaré, déjame guiarte, pasará —rogó él al notarla tan turbada, poniendo todo de su parte para no dejarse llevar. Era su momento, no el suyo y solo deseaba hacerla sentir bien.

Aun tensa abrió los ojos. Intentó sonreír, pero la sensación era algo incómoda, aunque a su lado, con la delicadeza que estaba empleando de alguna manera notó que lo estaba disfrutando.

Asintió respirando profundo cuando lo sintió adentrarse un poco más. Lo observó fijamente. Maximiliano parecía contenido, midiendo sus reacciones, sus manos acariciaban su cuello de manera sugerente y de pronto lamió de nuevo su piel, al distraerla, fue más allá sin frenarse. Ella se quejó en su boca pues la besaba con devoción.

—Ya pasó lo peor, *minha vida* —lo escuchó decir entre beso y beso.

Por un tiempo se dedicó a mordisquear con lujuria su boca, marcando un ritmo cruel y sensual con su lengua que de inmediato ansió seguir. Miradas cargadas de electricidad, besos ardientes, caricias más que sugerentes y entonces, cuando la supo abandonada, comenzó a moverse.

Mariené soltó un suspiro largo al percibirlo. Era una liga que se estiraba, que quemaba y a la vez derramaba placer en cada movimiento. Era consciente de que lo hacía despacio, con mesura y eso la instó a dejarse comandar por él, por su manera, por esa mano que a la par de su invasión cautelosa, la acariciaba acalorándola más.

—Ma—Maximiliano —se quejó muy bajito al sentir que un calor aún más potente viajaba desde el centro de su piel arrasando con sus terminaciones nerviosas, logrando que, sin poder contenerlo, se contrajera y echara su cabeza hacia atrás, ansiosa, asustada, envuelta en esa ola increíblemente abrazadora que tensó y relajó a la vez todo su cuerpo.

Aquello era indescriptible.

Él no se detuvo y, con mayor ahincó, se enterró en sus entrañas, reclamándola por lo que Mariené ya solo podía escuchar su pesada respiración sobre su rostro.

—Abre los ojos —pidió él, jadeante, yendo y viniendo mientras ella sentía que explotaría gracias a aquella inaudita caída de placer. Lo hizo y de inmediato su mirada azul la cautivó con celo, sus pupilas bien dilatadas la desarmaron y su mano ahora enroscada en su cintura la hicieron sentir suya, suyo.

Jadeó nuevamente sin poder frenarlo, un tanto asombrada por todo lo que experimentaba, que él le daba.

Agobiada por lo que su cuerpo sentía volvió a arquearse; ya no podía enjaular eso que crecía. Perdido por lo que ella estaba haciendo con él, la besó con mayor exigencia.

Sus gemidos silenciosos se entremezclaron y cuando su unión fue más profunda, ella quiso gritar pues nadie le avisó que ese maremoto pretendería barrer con todo. Maximiliano, rugiendo ante la posesividad que se estaba desatando con mayor fuerza gracias a sentirla apretada y alrededor de él,

absorbió su ansiedad, dejando salir de su pecho un sonido gutural y primitivo que nunca había experimentado.

¿Qué carajos había sido eso?

Un segundo después todo descendió vertiginosamente en aquella habitación que había estado a punto de un incendio.

Él permaneció sobre esa dulce joven que le había brindado algo que ni idea tenía que existiera, con la frente pegada a la suya, con los párpados cerrados, buscando de alguna forma acomodar eso que había ocurrido. Fue consciente de que esas delicadas manos resbalaron laxas a los lados de su cadera, donde las mantuvo la última parte de ese impresionante encuentro.

El sudor, la neblina y todo ahí aún continuaba entre ambos.

Mariené sentía la piel irritada, el corazón latiendo a un ritmo insano dentro de su pecho, a él, aún en su interior. Se humedeció los labios, sin abrir los ojos. En su vida creyó posible poder sentir tanto. De pronto percibió esos labios besándola con suavidad y un segundo después ya no estaba sobre ella.

Con los pulmones aun atrofiados, lo observó sentarse en la orilla de la cama, con la cabeza entre las manos, respirando de forma irregular.

Nerviosa cruzó los brazos sobre su pecho y es que sus pensamientos retornaban y ya era consciente de lo ocurrido, pero, sobre todo, de lo que interpretó por su postura. Temió de inmediato, sintiéndose insegura pese a haber hecho lo que le dictaba su necesidad, sus ganas de experimentar. Se mordió el labio, irguiéndose por reflejo, alejándose de un movimiento.

—Esto fue un error —susurró asustada por las consecuencias de su impulsividad, por su manera a veces intempestiva de vivir que, muy pocas ocasiones le había dejado un mal sabor de boca. La realidad era que no lo creía, sin embargo, algo le dijo que era mejor protegerse antes de salir herida.

La espalda que hacía unos momentos la sostuvo, se tensó. Su corazón dio un vuelco. No sabía qué sentir, cómo acomodar aquello y es que era ridículo, pero después de algo como lo que habían compartido, no se atrevía siquiera tocarlo.

No, así no debía ser.

Maximiliano tardó un segundo en entender lo que acababa de escuchar, no podía creer que hubiese dicho aquello, era como haberle tirado encima millones de hielos. Tenso resistió el impulso de voltear y enfrentarla. Mentía, lo sabía, pero sus palabras lo enojaron sin remedio.

—Lo querías tanto como yo —soltó con voz ronca, sin moverse. Mariené, descompuesta, buscó su ropa con la mirada. Se sentía, sin saber por qué, ridícula. No, eso no debió suceder, no lo debió permitir, se recriminó al ser consciente de como crecía un enorme nudo en la garganta.

—Yo… —logró decir sin poder hilar otra palabra congruente. El hombre la observó sobre su hombro, más serio que nunca, super tenso. Pasó saliva con fuerza.

—Es mejor que te vayas, no sería bueno que te vieran aquí —replicó con frialdad, con rabia disfrazada, levantándose.

Ella se aferró a las sábanas, sintiéndose absolutamente expuesta, vulnerable, mirándolo con asombro, sin saber qué decir.

¡Era una idiota! ¿Qué esperaba de él?

Con su interior hecho un caos, se bajó de la cama, tomó sus cosas y se vistió como pudo.

Maximiliano se limitó a observarla, con la quijada apretada y los brazos cruzados sobre su pecho, ya en bóxer desde la entrada del baño. Si ella quería defenderse, protegerse de él, bien, de todas formas no permitiría que le durara mucho la intención, ya no.

—No vuelvas a acercarte a mí —ordenó alterada. Mariené solo deseaba alejarse. Se sentía humillada. La realidad es que deseaba golpearlo, gritarle, pero no la había obligado, al contrario, eso logró que deseara llorar y ella no era de lágrimas fáciles.

De todas esas reacciones fue consciente Maximiliano y, por un minuto, solo por un maldito segundo estuvo a punto de acercarse y besarla de nuevo, y es que su cuerpo ya la reclamaba otra vez. Lo cierto es que ella se protegía y de alguna manera la entendía, aunque eso no le arrancaba el enojo, aun así, debía dejarle claro algo, así que antes de que saliera la tomó por el codo, acercándola a su pecho despacio, pero con firmeza.

Su mirada irreal la paralizó.

—Bórralo de tu cabeza, Mariené, eso ya no es posible —determinó y la soltó metiéndose al baño, cerrando la puerta.

La joven experimentó una furia desconocida correr por las venas. ¡Imbécil!

Capítulo 7

Se duchó con rabia y cuando buscó olvidar lo ocurrido recostada en aquella cama, no lo consiguió. Sentía su sabor, su olor, sus manos sobre la piel, sus besos. Molesta apretó las almohadas. No se arrepentía, la verdad es que no podía, aunque le había dicho lo contrario, pero no lograba comprender por qué no podía resistirse a él, por qué lo deseaba de esa manera enfermiza, incluso dolorosa.

Amanecía y ella aún continuaba con los ojos abiertos. No deseaba salir de ahí, lo último que quería era topárselo. Rezongando se puso lo primero que encontró, le mandó un mensaje a su madre diciéndole que estaría fuera todo el día. Tomó dinero, una mochila y se marchó. No se quedaría allí para continuar con las absurdas cavilaciones; lo hizo, le gustó, o bueno, más que eso, de solo recordar todo se encendía de nuevo, pero ya había pasado y listo, lo dejaría ahí, en el pasado.

Caminó durante horas por la playa, ya el sol estaba sobre su cabeza, el calor se sentía intenso, sin embargo, sus ojos azules continuaban acribillándola. Dejó sus cosas en un lugar solitario después de haber ingerido algo por ahí. Se untó un poco de bronceador y se metió al mar. Nadar ayudó a olvidar un poco esa locura.

Cuando los brazos le pesaron y las piernas le dolieron, decidió salir y comenzó a formar un castillo de arena con herramientas que fue consiguiendo al explorar el lugar.

Mala idea, entendió minutos más tarde; mientras lo armaba solo podía pensar en la noche anterior. Y es que, aunque sonara trillado, ridículo y hasta absurdo, nunca imaginó que dar ese paso fuera de esa manera. Si bien en cierto momento fue incómodo, su delicadeza, su manera de tocarla, de llevarla con suavidad, logró que ese encuentro quedara ahí, adherido para siempre en su mente y no porque fuese su primera vez, a Mariené todos esos preceptos la tenían sin cuidado, simplemente nadie la había despertado a ese nivel como para lograr que olvidara hasta su nombre cuando la tocaba y porque, de alguna manera, lo había convertido en algo dulce, memorable.

Su teléfono sonó dentro de la mochila que llevaba. Se sacudió la arena. Era Marcia. Ya atardecía. Seguro estaba preocupada, eso era inherente a ella y no la juzgaba, aunque era una de las razones por las que deseaba salir ya de casa, independizarse.

—¿Dónde estás?

Rodó los ojos.

—Te avisé que saldría.

Se sentó con desgarbo.

—Era de muy temprano, Mariené. Escucha, sé que eres mayor, necesitas tu espacio, pero no estamos en México, entiende que me agobio.

Suspiró aceptando sin remedio. De pronto algo cambió, un cosquilleo escaló por su cuello. Alzó la vista de inmediato, alerta. Maximiliano. Todo se detuvo a su alrededor, incluso olvidó respirar por unos segundos.

—¿Sigues ahí, Ané? Cenaremos fuera —escuchó por el auricular. Bajó la vista, agitada. ¿Qué diablos hacía ahí?

—Sí, sí, lo lamento, no tardo, estuve en un sitio tranquilo, estoy bien —respondió nerviosa. Sus palmas sudaban y el aire de repente se percibía muy denso.

—Bien, cualquier cosa me avisas, por favor.

Colgó unos segundos después, dejó el aparato sobre su mochila sin voltear. No tenía ni idea de por qué apareció allí, pero no la hacía sentir cómoda. De hecho, lo único que se le ocurría en ese preciso momento era correr en dirección contraria.

Dios, odiaba que la hiciera sentir así: absurda.

—¿Eres consciente de la cantidad de cosas que pueden ocurrirte en un lugar tan alejado de todo?

Su voz denotaba la evidente molestia.

No respondió, ni siquiera se movió. De reojo notó que se acercaba. Un segundo después estaba sentado a su lado, llevaba tan solo una bermuda y sus gafas de sol. Pasó saliva.

—Te gusta la soledad… —musitó él despacio perdiendo la vista en el mar.

Fue consciente de cuando se marchó al amanecer, por supuesto no había logrado pegar el ojo después de solucionar el desorden que había quedado sobre sus sábanas y se había puesto a trabajar en su *Laptop*, de lo contrario la habría ido a buscar y la hubiese vuelto a seducir.

Vio desde la ventana cómo se alejaba rumbo a esa dirección, comprendía muy bien lo que le sucedía, lo cierto es que esa mujer debía entender que ya era inevitable y huir no solucionaría nada por mucho que él mismo lo deseara. Muchísimas horas después, no regresó, y sin poder aliviar esa preocupación que ya le generaba salió a buscarla.

—¿Qué haces aquí? —preguntó contenida.

La estudió con detenimiento, en definitiva era más de lo que merecía. Lo asombraba, y es que ya nada lo lograba pues esa capacidad con el tiempo se había perdido, incluso entumido, pero Marienè con solo respirar lo atontaba. Lucía tensa, nerviosa.

—Mírame —pidió con suavidad.

Negó tensa.

Sonrió enternecido. Con esa sensación de sentirse más vivo que en años, buscó su barbilla y con delicadeza la hizo girar. Se quitó las gafas y recorrió cada facción de su rostro con suavidad. Ansiaba descifrarla, comprenderla, adentrarse en ella.

—Te pedí que te alejaras —le recordó sin soltarse, envuelta en el trance que generaba su presencia.

—Y yo te dije que eso ya no es posible, *vita* —manifestó con absoluta seguridad. La joven se zafó al tiempo que se levantaba.

—Lo que pasó no cambia nada —argumentó temblorosa, poniéndose de pie.

De un movimiento Maximiliano se incorporó y la acercó a su cuerpo, como había deseado hacer en cuanto se marchó de su habitación por la madrugada.

—Si eso es lo que prefieres pensar, está bien —repuso divertido.

Ella colocó las manos en su pecho, buscando que la soltara, pero sin poner mucho empeño y es que de nuevo su cuerpo despertaba sin mayor incentivo que su cercanía.

—Quiero regresar a la casa —dijo tensa. Maximiliano, en respuesta, acarició su labio inferior con

atención.

—No lo hagas más difícil, por favor.

Esa boca diabólicamente deliciosa rozó la suya de una forma única. Por mucho que su cabeza quiso comandar, su cuerpo le correspondió comprendiendo lo mucho que lo deseaba, dejándose llevar por ese impresionante hombre.

Él, notándola de nuevo abandonada, la probó con dulzura, con cuidado.

No tenía idea de qué pasaría entre ellos, no quería siquiera pensarlo. En su vida no la podía tener, no a alguien como ella, ya había lastimado lo suficiente, pero no lograba resistirse. Lo único que sí sabía era que si no permitían que esa olla de presión tuviera fuga no lograría ni retomar su vida cuerdamente. Debía permitir que ese deseo entre ambos sucediera y como solía ocurrir, se extinguiera, aunque dudaba que fuese ese el caso. Mariené era un terreno peligroso, un terreno limpio que en realidad no debía ensuciar, aun así, no lo pensó más.

—Maximiliano, esto no está bien —logró decir lánguida, aun rodeada por sus brazos.

El hombre besó su frente, negando. No, no lo estaba, pero ambos los necesitaban.

—Estamos ahora aquí, solos, ¿qué tiene de malo? —preguntó buscando sus ojos. La joven no supo qué decir—. Veamos qué sucede… Anda —sugirió acunando su barbilla, sacudiéndola un poco.

—Lo que pasó ayer… —replicó con las mejillas enrojecidas. Al notar su turbación la silenció con un dedo.

—Debía ocurrir, no digas de nuevo lo contrario, *minha vida* —suplicó recordando esas palabras que aún no lograba sacudirse y volvió a besarla. Mariené no comprendía nada, ni siquiera a ella misma, pero estar ahí, con él, envuelta en su cuerpo, era increíble—. Ese castillo lo estabas haciendo tú —curioseó sobre su boca.

Giró un tanto perdida por el cambio de tema. Una ola se había llevado la mitad. Se soltó bufando, arrugando la frente.

Maximiliano la estudió fascinado, hacía unos segundos era una mujer entre sus brazos, ahora parecía una niña molesta. Sus facetas lo hipnotizaban.

—¡Agh!, llevaba un rato en ello —refunfuñó acercándose. De pronto lo oyó reír relajado, como no lo había escuchado hacer—. ¿Te divierto? —rugió molesta, aunque fascinada a la vez. El hombre la pegó de nuevo a su pecho.

—Bastante —admitió rozando sus labios. Un segundo después tomó su mano, agarró con la otra algunos de sus instrumentos de trabajo y los alejó de la marea—. Anda, hagamos otro acá —propuso con ligereza. La joven no supe qué decir y solo atinó a arquear una ceja, incrédula.

—¿Es en serio? ¿Te gusta hacer esas cosas? —quiso saber observando cómo apilaba la arena.

—Desde niño que no hago uno, pero podría ayudarte —repuso con ligereza. Mariené, más serena, sonrió sacudiendo la cabeza. Ese hombre era un acertijo, un enigma que no lograba eludir.

—Bien, hagamos otro.

Una hora después lo contemplaban; había quedado asombroso.

—Eres bueno —admitió la joven, satisfecha. Estaba en frente, contemplándola de esa manera tan suya.

—Debemos regresar, Mariené, ya tardamos mucho —le recordó con aquella voz masculina que erizaba su piel. El sol casi se ocultaba. Asintió desganada. Guardó sus cosas mientras él doblaba una pequeña frazada que por ahí había tendido.

Relajado tomó su mochila y se la colgó sin preguntarle, guiñándole un ojo.

—Maximiliano —comenzó mientras caminaban de vuelta a casa. La miró relajado. En todos esos días jamás lo había visto tan sereno y le gustó pensarse la responsable de ello.

—Dime, *vita*.

Mariené sonrió cayendo en cuenta de aquel apelativo. Sacudió la cabeza perdiendo la vista en el mar. Eso que pasaba entre ambos era pasajero, no debía pensar más.

—¿Cómo explicaremos el llegar juntos? —indagó a su lado.

El hombre entrelazó su mano con la de ella para que se detuvieran. Mariené pasó saliva, no iba a preguntarle eso, pero de pronto la duda la embargó debido a eso que pensó segundos atrás.

—Te preocupas mucho por todo y a la vez, hay cosas que parece que te dan igual, me confundes —apuntó evaluándola, intrigado. Ya casi anochecía.

—Y tú de nada… —lo atacó y es que no sabía cómo manejar todo aquello, se sentía una cría a su lado y no lograba que fuera diferente. Era como estar en un sube y baja.

Él sacudió la cabeza dejando salir un suspiro.

—No me conoces, pero parece que desde hace tiempo ya tienes una idea bien formada de mí —musitó algo irritado. Mariené soltó su mano, desviando la vista.

—Tomas lo que deseas sin más, haces lo que quieres, nada te detiene… ¿Miento? —expuso contenida. Negó serio.

—Supongo que ver las cosas de esa manera te hace sentir mejor, te pone a salvo —soltó con voz gruesa.

—¿A salvo? —chilló de pronto molesta—. No te tengo miedo.

—Temes a lo que sientes cuando estoy cerca, a no saber lo que ocurrirá, a no arrepentirte de cada cosa que suceda entre nosotros. Temes perder tu paz, esa que cuidas tanto… A eso temes —explicó con bravura, ansiando que bajara de una vez las defensas.

Pasó saliva, alejándose un poco, con los ojos abiertos.

—No entiendo tu comportamiento conmigo —pudo decir.

El hombre sonrió de forma sensual, algo peligrosa, sin soltar sus ojos, eso ya lo sabía. Mariené era una joven que tenía vida, sí, demasiada, experiencia en cuestiones de disfrutar, de sonreír, pero no de esas que él le estaba brindando, de esas que él necesitaba mostrarle.

—Ayer por la noche creí que había quedado claro —susurró cruzándose de brazos, esperando su contraataque y es que eran igual de hermosos que ella, aunque lo irritaban sin remedio.

La joven arrugó la frente, indignada.

—Acostarte conmigo era lo que querías. Pues bien, ya sucedió, no opuse mucha resistencia como te diste cuenta. Ahora busca a alguien más para que satisfaga tus exigencias, debes tener una fila interminable —dijo y se giró con la intención de irse. Maximiliano fue más rápido y lo evitó tomándola por la cintura, acercándola a su cuerpo como parecía ser su costumbre.

—En serio no tienes idea de nada, Mariené, no sé si asustarme o enojarme… Esto es peor de lo que imaginé —rugió por lo bajo, tenso, al percibir lo escabroso de ese asunto.

Ella, descolocada, se soltó frunciendo el ceño. Y es que todo entre ambos era una estira y afloja que los fascinaba y frustraba.

—No soy una ingenua, te gusto, me gustas… ¿Y? ¿Eso qué? Te irás, seguirás tu vida de reflectores y yo la mía. ¿No entiendo? Un momento agradable en este pueblo perdido es todo lo que aquí pasa y debes saber que no me escandaliza, tampoco me considero una víctima, pero no me agrada sentirme así, como ahora; sin poder manejar mis emociones, no deseo llegar al punto en el que no pueda manejar mis sentimientos. Es mejor que ignoremos esto… —insistió con vehemencia.

Él negó con firmeza, a unos centímetros de su cuerpo, tenso, apretando los puños, mirándola de esa forma peligrosa.

—Nuestros padres nos esperan, es mejor dejar esta absurda discusión —determinó y comenzó a andar.

—¡No, Maximiliano, no seguiré en esto!

Cerró los ojos con fuerza pero no se detuvo. Sabía que eso era lo mejor pero ya no lo permitiría, simplemente no podía.

—¡Aah! Me desesperas de verdad. Haz lo que quieras, pero conmigo no cuentes —rugió y pasó a su lado. El hombre la observó, inexplicablemente endurecido de nuevo. Suspiró con pesadez. ¿Qué mierdas haría con todo eso?

Casi llegaban cuando, por impulso, la detuvo por la muñeca, serio, con esos ojos que la paralizaban, que invadían su alma.

—No le pongas seguro a tu puerta en la noche —ordenó estoico. Mariené abrió la boca en una enorme «O». No podía creer su cinismo.

—¿No escuchaste nada de lo que dije? —soltó rabiosa, deseando que dejara de tocarla para no sentir lo que le despertaba, esa necesidad creciente en su vientre que la consumía.

—Precisamente por eso; hablaremos, ¿bien? Pero ahora no es el momento —concluyó y reanudó la marcha.

No lograba identificar por qué la irritaba tanto, pero lo conseguía con una facilidad asombrosa. La joven entró a la casa primero. Jessica hablaba por su celular en la sala, lista para salir. Su hermana la observó negando. Mariené lucía malhumorada, asoleada y nerviosa. Eso era raro en ella porque si bien era una ráfaga constante, un desastre en sus términos, no permitía que nada la perturbara. Cubrió el auricular, intrigada.

—¿Dónde andabas ahora? —quiso saber. Un segundo después aquel espécimen que deleitaba la pupila de cualquiera, apareció en el umbral, acallándola. Era impresionante. Lo cierto es que no pudo evitar estudiarlos, enarcando una ceja.

—Me iré a duchar —anunció Mariené, que sonaba tensa. Asintió estudiándola.

—Date prisa, mamá ya está a un grado de la histeria —avisó, solo que ahora miraba al modelo, buscando algún indicio de lo que ahí ocurría. Dudaba que su hermana hubiese discutido con él, antes de algo así, hubiese dado la media vuelta, además, no se hablaban en realidad—. ¿Estaban juntos? —preguntó sin rodeos.

La menor se detuvo en seco. Maximiliano sonrió con desgarbo, dueño de la situación. Su facha

de soberbia, de prepotencia, puso a Ané peor y se encontró rodando los ojos.

—Nos encontramos en el camino —logró mentir la joven, quitándole su mochila que él tenía colgada, de un jalón—. Gracias —refunfuñó y retomó su camino. Jessica regresó a su llamada, asintiendo. Algo había ocurrido, lo sabía, pero no le dio mayor importancia, no con él tan ecuánime.

—Cuando quieras… —respondió fascinado.



Durante la cena Mariené evadió su mirada. Por mucho que intentaba concentrarse en lo que los demás decían, no lo lograba, la comida le daba lo mismo y ya lo único que quería era no estar ahí, ni en ningún sitio donde él pudiera alterar esa paz que adoraba.

El lugar era agradable: luces tenues, poco concurrido, en realidad en aquellos sitios así era, por lo mismo se percibía un ambiente relajado. Algunas parejas bailaban al son del pequeño grupo compuesto por saxofón y violín. En cuanto comenzaron, Mariené logró evadirse un poco observando a los que se levantaban a bailar, a los chicos que tocaban.

Jessica, un tanto aburrida por lo tranquilo del lugar, se puso de pie y le tendió la mano a Maximiliano. La menor los miró desconcertada, su respiración se detuvo y apretó en un puño la mano bajo la mesa. Lava corriendo por sus venas hubiese sido menos molesta. Con la quijada tensa, notó que él con gesto educado aceptaba.

Irritada los observó bailar muy cerca, reían por algo. Se obligó perder su atención en otra cosa; su madre y Silvano conversaban animados. No le gustó en lo absoluto lo que estaba sintiendo, la molestia fiera que experimentaba.

Dios, ¿por qué se complicaba?, ella no era así. No quería ser así.

—Daré una vuelta por ahí —avisó poniéndose de pie. Necesitaba distancia.

—Ané, es de noche —apuntó Marcia, agobiada. La joven le dio un beso en la cabeza.

—No tardo —repuso con simpleza y salió deseando aire fresco; ahí se estaba asfixiando.

Maximiliano la vio salir de ahí, tenso. Jessica era agradable, pero la realidad era que hubiese deseado estar en otro sitio, con otra chica, esa que estaba alejándose hacia la oscuridad. Esa vena protectora que le generaba se activó sin previo aviso. Nervioso no retiró su atención de la entrada, tentando en ir a buscarla. ¿Por qué se empeñaba en estar acompañada de esa soledad? Era como si no le importara nada, ni los peligros exteriores, ni lo que pudiese pasar, como si estuviese segura de que a ella eso no la podría lastimar.

Un minuto después la melodía concluyó y regresó con Jessica a la mesa. Se sentó un tanto nervioso, mientras la joven a su lado le intentaba sacar conversación. Le respondió en automático, pero su atención estaba decididamente lejos, en aquellas pecas, en ese esbelto cuerpo, en ese maldito aroma que no lograba quitárselo de encima.



Mariené encontró una barda de piedra a unos metros del lugar, recargó sus codos ahí perdiéndose en el silencio de la noche. Podía escucharse de forma tenue la tonada dentro del restaurante.

Apretó los puños al imaginarlos juntos. ¿Y si entre él y su hermana estuviese ocurriendo algo? Sus piernas temblaron y se pasó una mano por el cabello, negando. No tenía sentido ni siquiera pensarlo. No se arrepentía de lo ocurrido la noche anterior y lo cierto es que tampoco los obligaba a nada. Minutos después en los que logró apaciguarse, dominar un poco su mente, llenó de aire mis pulmones y entró.

—¿Ahora dónde andabas? —preguntó Jessica, risueña.

Al entrar notó que charlaba con él. La joven tomó un poco de vino sin desear concentrarse en su mesa, aunque era bien consciente de esos ojos azules sobre su cuerpo, inspeccionándola. Al igual que Silvano, que notaba la tensión entre ambos, esa que buscaban eludir con mucho empeño, esa que aún el resto de la comitiva no había notado pues no lo conocían como él.

—Salí a dar una vuelta —respondió clavando su atención en un punto lejano.

—¿Algo interesante? —le habló el dueño de su estado cambiante.

Giró desconcertada. Sus ojos parecían arder, llamas azuladas la buscaban consumir.

—Silencio, mucho silencio —admitió seria.

Silvano meneó su vino, sonriendo en su interior. Su hijo se estaba topando con alguien que ni imaginaba, con una joven que si no se percataba le daría una vuelta total a su mundo.

La respuesta de Mariené hizo sonreír a Maximiliano y asintió sacudiendo la cabeza.

—La soledad, sus libros y perderse en sitios por horas, son algunas de sus aficiones, ¿verdad, hermanita? —intervino Jessica, alegre. La aludida se encogió de hombros.

—Si enumero las tuyas no acabaría hoy —replicó con simpleza, irritada. Maximiliano alzó las cejas al notar su ánimo ácido. Era tierna, eso sin duda, pero aguda en la misma medida.

Un chico de cabello dorado despeinado y ojos marrones se acercó. Nadie se percató hasta que extendía la mano a Mariené.

—*Balla con me* —preguntó con tono dulce, fue evidente que era un lugareño y entendió de inmediato lo que le proponía. Lo miró sonriéndole como si nada le preocupara en el mundo.

Maximiliano rugió con fiereza en su interior, a punto de cruzar la mesa, tomarlo de la camiseta y sacarlo de un solo golpe de ahí. La intensidad de aquello lo turbó. No tenía idea de lo que era, pero sí las ganas que tenía de que ella le dijese que no. La observó atento, al igual que los demás. La joven, decidida a no permitirse pensar más y presa de un arrebato, de nuevo, e importándole poco ese malestar que percibía aún sin verlo, aceptó sonriendo poniéndose de pie.

—No lo conoces —gruñó Maximiliano sin importarle que sus familias ahí se encontraran. Silvano tomó de su copa, aguardando. Marcia rio ante aquello, sin notar la nota posesiva de su voz.

Eso ya había avanzado, comprendió su padre. Y no tenía idea si eso era bueno, o no, pero lo que sí sabía era que estaba trastornando a su hijo.

—No me casaré con él —soltó ella con sarcasmo dejándolo con hielo y fuego peleando en su interior.

Capítulo 8

El chico y ella no se entendían al hablar, pero rieron un montón. Supo, con mucho esfuerzo, que se llamaba Joseph, y que tenían la misma edad, de ahí en fuera costó trabajo comunicarse. No volteó durante ese tiempo a la mesa. Por primera vez en la noche se la estaba pasado bien. Su acompañante la hacía girar despacio para luego acercarla sin que sus cuerpos se tocaran y seguir moviéndose. Cuando al fin el grupo musical terminó la pieza, la acompañó a la mesa, besó su mano de forma juguetona y se despidió.

—*Un piacere* —dijo. Mariené, encantaba y acalorada, asintió con la cabeza, sonriendo aún.

—¡Vaya! Lo prendaste —expresó su madre que también regresaba de la pista. La menor rio negando, ignorando deliberadamente al dueño de sus destrozados nervios.

—Fue agradable —admitió jugando con la servilleta.

Al llegar a casa, vio que algo le decía Maximiliano a su padre y se marchaba en su auto segundos después. Durante todo el camino permaneció serio, y bueno, no es que hablara todo el tiempo, pero en ese momento fue clarísimo su malestar. Mariené no podía creer que ella tuviera algo que ver en eso, por su baile con aquel muchacho. Él había bailado con su hermana y aún tenía la duda de hasta donde habían llegado cuando no estaba presente. Su cabeza era una enredadera que crecía en todas direcciones, tanto que gruñó molesta consigo.

No lo conocía, pero era muy sencillo pensar de él cosas como esas, después de todo no era tan infantil como para no imaginar lo que un hombre como Maximiliano había ya vivido. De hecho, se oprimía su pecho de pensar en que lo compartido la noche anterior hubiese sido algo tan poca cosa para alguien como él. Debía estar acostumbrado a chicas con experiencia en el área, desenvueltas, extrovertidas, que lo hicieran gozar de verdad. Y ella, definitivamente no tenía ni una de esas características.

Confundida y desconcertada por el hilo de sus pensamientos, por esa inseguridad desconocida, decidió ducharse, se enfundó en su piyama y se dejó caer sobre la cama. Tenía mucho sueño, la noche anterior no había dormido nada y todo lo ocurrido en el día la tenía ya agotada.

La sensación de ser observada hizo que abriera los ojos. Adormilada se los talló. Una figura alta estaba a un lado de su cama. Se sentó de golpe y prendió la luz de la lamparilla. Era él. Había olvidado por completo lo de la puerta. ¡Maldición! Su pulso, que se había desbocado por el susto, se puso peor al reconocerlo. Pero enseguida buscó tranquilizarse y lo observó, en silencio.

—¿A qué viniste? —preguntó cauta, desconfiada.

—Por ti —respondió con simpleza, contemplándola.

—¿Dónde estabas? —indagó sin miramientos, aún con voz somnolienta, notando como ese hombre imponente recorría sus labios, su cuello, sus manos con esa peligrosa mirada.

—Tenía que cosas que hacer —susurró muy bajito. Lucía tan fresco. Mariené desvió la atención, no sabía qué decir.

—Bien por ti —repuso y se acomodó de nuevo, fingiendo que le daba igual que ahí estuviera. Lo escuchó suspirar de forma pesada, rodear la cama en dirección opuesta y sentarse sobre el colchón.

Pestañeando al borde del colapso, nerviosa, notó como recargaba la espalda en la cabecera, a su lado.

La joven aferró la almohada con fuerza, solo podía distinguir su perfil, pero eso bastaba para que sus alertas se dispararan. ¡Ah!

—No me gustó que bailaras con ese chico —declaró Maximiliano, encarándola. Parecía abatido, como si le doliera siquiera recordarlo. La luz cálida lo hacía ver aún más asombroso, eso sin contar que iba vestido tan solo con una bermuda de algodón, sin camisa, con el cabello desaliñado y perfecto.

—Tú bailaste con mi hermana —devolvió con un dejo de irritación, sosteniendo su mirada. Él no se movió por unos segundos en los que la estudió detenidamente. Intentando descifrarla, adentrarse no solo en ella, sino en su pensamiento, en su ser.

—Es tu hermana, no una desconocida —se defendió.

—Ese chico no lo volveré a ver —murmuró ella con simpleza.

—¿Por qué siento que me acusas de algo? —refutó intrigado.

La joven desvió la vista.

—No lo hago. Es solo que… —se removió nerviosa; prefería que se fuera, pero él no tenía los mismos planes, eso era evidente.

Maximiliano, con todo en su interior que solía mantener en control y que en ese momento era un maldito caos, acunó su barbilla para que lo mirara.

—¿Qué? —curioseó y se agachó para tenerla más cerca. Esa mujer lo idiotizaba a un grado tal que ya lo estaba preocupando, aun así, no se detendría. Debía encontrar la manera de silenciar y tranquilizar esa fiera que despertaba, ese deseo que lo abrazaba, esa jodida ansiedad que le generaba con tan solo mirarla.

—Tú y ella… —empezó dudosa.

El hombre, al comprender, cerró los ojos soltándola. Recargó la nuca perdiendo la vista en el techo, resoplando. No, ya no podía más.

—¿Estás pensado que entre Jessica y yo…? —quiso saber acorralándola de un solo movimiento. Mariené se hundió en las almohadas pasando saliva. Escucharlo de su boca se oía aberrante, grotesco.

—Bueno…

—Tú, desde que me viste aquel día, pareces creer que me conoces y no es así. Mariené, no tienes idea de mí, de mi vida… Y si estoy aquí es porque no lo puedo evitar, no soy la clase de hombre que se mete a las habitaciones de dulces niñas para jugar a que se gustan, ¿lo entiendes? —rugió.

Ella arrugó la frente intentando alejarlo. Parecía rabioso, contenido y a la vez desesperado.

—No soy una dulce niña —gruñó molesta.

El hombre, harto de todo, la aferró por la cintura logrando así que ese cuerpo menudo, escueto, pero que lo ponía mal, descendiera hasta quedar por completo sobre el colchón.

—Desde luego que no eres una niña.

Y la besó con voracidad.

Durante un instante no comprendió lo que ahí ocurría, pero al sentir su sabor familiar

clavándose en su sistema, bajó las defensas. Su roce era irreal, delicioso, fresco. Sin importarle nada lo siguió; tomó su rostro con las dos manos, deseando que eso jamás acabara. Le faltaba el aire, pero daba igual. Lo ansiaba, lo necesitaba, quería que se fundiera en su piel tanto como ella en la suya.

Esos masculinos labios dejaron los suyos y comenzó a rozar su cuello, de repente se separó mirándola de una manera tan profunda que logró se perdiera sin problemas. Ya no tenía remedio, ya no tenía sentido luchar, comprendió.

—No hay nada entre tu hermana y yo, jamás lo habrá —sentenció con voz gruesa, buscando que le creyera. La joven asintió—. No tienes idea de lo que estás haciendo conmigo —confesó con vehemencia y de nuevo arremetió contra su boca, pero esta vez de forma más exigente, su lengua la colonizó y sus manos ya levantaban su blusa.

La desnudó sin detenerse, notando como Mariené al fin aceptaba que no había ya más nada que hacer, percibiendo su necesidad por él, de lo mismo que buscaba.

Minutos después ya no había nada entre ellos y eso era mejor que cualquier cosa en ese jodido mundo. Besó sus delicados hombros desnudos, sus dedos, mientras con su mano libre acunaba uno de sus minúsculos pero delirantes senos. Ella estaba hecha para él, así se sentía.

Podía, Mariené, explotar en millones de partículas en ese momento y no le hubiese importado. Al sentir su mano perdida en su feminidad, se quejó bajito. Él, en respuesta, deleitado por sus perfectas reacciones, sonrió besándola mientras jugaba con su placer de una manera inclemente.

Ella no concebía tanto, sudorosa, se aferraba a su espalda, desesperada. Ahogando con mucho esfuerzo las ganas de gritar, de sentirlo a él mucho más allá.

—Paciencia, *vita*, iremos poco a poco —musitó el hombre disfrutando de esa dulce agonía que le generaba, que lo hechizaba. Su delicada frente transpirada, era evidente que no sabía cómo manejar aquel cúmulo de sensaciones, pero lo enardecía que se dejara llevar, que no hubiese remilgos mientras hundía sus dedos con delicadeza en ese delicioso lugar que estaba listo para recibirlo.

—Max… Maximiliano… —dejó salir arqueándose al sentir como él marcaba un ritmo más exigente.

No pudo más y la besó en el acto.

—Sí, yo, solo yo —volvió a besarla al notar que no lograría quedarse con el grito que parecía querer emerger de esa tierna garganta y que él estaba generando. La sintió estremecerse, contraerse y respirar envuelta en esa bruma que regala la lujuria cuando se es bien llevada. Notó como, segundos después de aquello, su agarré se aflojó y quedaba lánguida, respirando agitada. Desconcertada, la joven se escondió en la curvatura de su cuello varonil. Eso ya era demasiado, era más de lo que podía siquiera soportar—. Esto aún no termina, *vita* —expresó con voz ronca besando su cabello, su frente—. Eres demasiado hermosa —murmuró y retornó a su boca sin darle tiempo a nada más.

Ella, colapsada, respondió sin remilgos. Su piel se hallaba muy sensible, su mente perdida en esa mirada, sus sensaciones inundadas de su olor. De pronto la tomó por la cintura, se sentó sobre el colchón con movimientos agiles, la acomodó a horcajadas sobre él después de protegerse y sin que pudiese siquiera registrarlo o preparar a su mente, se adentró. En respuesta se arqueó absorbida por la sensación de sentirlo dentro, humedeciendo sus labios, era impresionante.

Esta vez no fue despacio, sino todo lo contrario. Maximiliano tomó su delgada cadera con firmeza y ella se dejó guiar notando como su cuerpo respondía ante su invasión con renovados bríos.

Impresionada, se aferró a sus hombros. Escucharlo jadear sobre su mejilla, en su boca, la hacía

sentir plena, completa. Necesitaba más de él, deseaba enloquecer a su lado. Sus movimientos se hicieron más intensos, mucho más exigentes y sin percatarse los suyos también. A su lado, con él rodeando su cuerpo inexplicablemente se sentía segura, libre, plena.

De repente notó como se acercaba otra vez a ese lugar lleno de vibraciones mágicas que sacudían su ser. Jadeando por lo bajo, lo rodeó con fuerza cuando supo que ya no podía más.

Él, adivinando que un grito se le escaparía, a pesar de estar perdido en todas esas impresionantes sensaciones, estampó su boca en la suya ahogando cualquier ruido que pudiese salir y alertara a los demás. Mariené temblaba contrayéndose en él, gimiendo ante lo que no lograba nombrar, apretándolo tanto que sintió que jamás podría estar en otro lugar que no fuese ahí, dentro de ella.

La bruma del deseo fue desapareciendo minutos después, pero ninguno se había movido ni un poco. La cabeza de ella descansaba en su hombro, acurrucada, mientras la espalda del hombre sobre las almohadas pegadas a la cabecera, mantuvo rodeada su cintura, aún sin poder entender la fuerza de lo que en ambos estaba surgiendo.

—Siempre hueles delicioso —habló al fin. Ella sonrió contra su tórax. Maximiliano, absorto en aquella mujer, besó su cabello aspirando. Mariené alzó el rostro con timidez, sonriendo, en respuesta él acarició su mejilla observándola reflexivo.

—Jamás creí que esto fuera así —admitió la joven, muy cerca de sus labios.

—Eso depende de ti y de con quien lo hagas —explicó con suavidad. Esas palabras sin entender por qué, la turbaron. Se separó un poco, pestañeando; no debía olvidar quienes eran, tampoco la vida que tenía.

—Lo imagino —musitó tensa. Maximiliano, sin entenderla, alzó su barbilla, intrigado.

—¿Cómo es que contigo avanzo y retrocedo en segundos?

—No entiendo por qué yo… —se sinceró, confundida.

—¿Por qué no? —quiso saber. Ella se removió incómoda, hablar con él aun en su interior, en esa postura tan íntima, no le hacía sentir para nada lista.

Notando su desconcierto, Maximiliano la depositó sobre la cama y desapareció en el baño, aprovechó para cubrirse, nerviosa. Todo era irreal. Un segundo después salió con sus bermudas puestas. Se subió a la cama como un felino. Ella no pudo más que sonreír de esa manera genuina, cargada de vida, de sinceridad. No había nada oculto en sus gestos y eso lo atraía más.

—Eres muy hermosa, Mariené, créeme.

—Y lo dices tú… —respondió acurrucándose en la cama, sin dejar de verlo. Maximiliano se recostó boca arriba, sonriendo de esa manera sensual, única.

—Lo digo yo…

Minutos después en los que el silencio los acompañó, en los que sabían era mejor no contrariar, ella fue adormeciéndose.

—Dulces sueños —dijo al verla ya perdida en su basto mundo. Besó su frente y salió de su habitación antes de que volviera a saltarle encima como estaba deseando y es que ella acribillaba sus sentidos. No, dormir ahí no era siquiera una opción, menos con el estado de la situación.

Necesitaba recobrarse, necesitaba poner las cosas en perspectiva y es que tal parecía que con Mariené, pensar y sentir, no iban de la mano y la segunda siempre le ganaba a la primera.

El magnetismo avanzaba a un paso que ya no podía ni quería detener, sin embargo, sabía que eso no estaba bien. Ella merecía seguir con esa vida que tanto cuidada, que tan bien protegía, con esos gestos cargados de inocencia, de ingenuidad, de dulzura y temía que no lo pudiera conservar, no con el mundo que tenía a su alrededor.

Quedaban dos semanas ahí, dos, y no se sentía capaz de sobrevivir sin tocarla ni siquiera el día siguiente.



Por la mañana ella despertó adolorida en algunas partes, pero menos cansada que el día anterior. Suspirando acercó una mano hasta el espacio que él había ocupado hasta antes de haber quedado dormida. Ya no estaba segura de nada y sentir que caminaba sobre arenas movedizas se convirtió en algo emocionante y torturante a partir de ese momento.

Lo vio en el desayuno, sus palmas sudaban, pero le sonrió como él lo hizo; evocando lo ocurrido entre ellos la noche anterior en la clandestinidad de su habitación. No se sentía culpable, solo extraña, un tanto insegura.

Se sentó a su lado, pues era el lugar libre, con timidez bebió del zumo y permitió que refrescara su cuerpo acalorado y es que era increíble cómo cada célula era consciente de su cercanía.

El hombre le acercó fruta para que se sirviera, sin tocarla, como si fuese un gesto de mera cortesía. La tomó agradeciendo, encerrándose de nuevo en las paredes de ese mundo que siempre la había resguardado y que ahora, de nuevo necesitaba. Él estaba logrando un cataclismo en su vida, uno que sentía, como aquel de años atrás, no podría evitar y sí tendría que enfrentar.

Capítulo 9

En la excursión que hicieron a una de las playas él se mantuvo cerca, pero no de una manera que despertara sospechas. Usando snorkel, nadaron en aquellas aguas y conocieron sitios que a ella le fascinaron por lo que pudo permanecer en su burbuja grabando en su memoria cada cosa nueva, tal como le gustaba.

Comieron en un lugar propio de la zona y cuando fue hora de regresar, después de no haber parado, estaba exhausta. Al llegar a casa fue directo a su habitación, deseaba descansar, como todos los demás, salvo él al parecer porque cuando Mariené planeaba darse una ducha, ingresó con sigilo. La joven abrió los ojos deteniendo su ingreso al baño, sorprendida.

—Pueden verte… —cuchicheó nerviosa. Lo cierto es que en todo el día no se había permitido pensar, menos en su dirección, pero al tenerlo ahí, frente a ella, ahora solo podía rogar sentirlo.

El hombre se encogió de hombros dándole lo mismo, acercándose, urgido de ella. Como sabía sucedería, porque era evidente que buscaba hacer a un lado lo que entre ellos crecía. Dio un paso hacia atrás, la detuvo tomando su cintura de forma delicada, pegándola de una maldita vez a su cuerpo.

Presenciar durante toda la mañana como absorbía cada instante de aquellos tours, como se dejaba llevar por cada experiencia, atenta a cada cosa que la rodeaba, lo había excitado más que nada y lo peor era no poder acercarse y tomarla ahí, donde lo ansiaba o simplemente rodear su mano y así ella lo guiara por ese mundo del que se sentía tan ajeno y atraído. Ella era vida.

—No me importaría, pero sé que a ti sí. ¿Ibas a ducharte? —preguntó con fingida ingenuidad. Asintió con la boca seca, deseando besarlo. El hombre sonrió al notar su reacción y unió sus labios con ternura, aunque de forma exigente—. Dame un minuto y no te atrevas a moverte, *piccola*, una ducha suena perfecto —advirtió.

La joven respiró nerviosa, observando la puerta con aprensión, *se ducharía con ella*… No, no lograba hilar sus pensamientos por mucho que lo intentaba. Maximiliano apareció unos instantes después con algo de ropa que aventó sobre la cama, cerró la puerta asegurándola, la tomó de la mano entrelazando sus dedos e ingresó al baño.

Fascinado por lo que tenía al fin para sí, la fue desnudando sin soltar su mirada, luego, cuando ese precioso cuerpo quedó expuesto, la alentó a que hiciera lo mismo. Sus mejillas estaban sonrojadas bajo esas adorables pecas, su cabello era una maraña con aquel moño mal hecho y su ser temblaba, pero eso solo sirvió para excitarlo más.

Mariené se sentía tan torpe, aunque decidida. Para su tranquilidad él pareció no notarlo, al contrario, lucía deleitado con cada uno de sus movimientos y de pronto le ayudaba con suavidad. Cuando no hubo nada entre ambos, Max abrió el grifo y la acercó a su pecho rodeándola protector, besó su cabello y sintió su aliento sobre su oreja. Tembló aún más, su piel la sentía erizada. Eso era demasiado íntimo, imposiblemente sensual.

—Eres dulce, no haré nada que no te haga sentir cómoda, solo deseo complacerte… —expresó notando su turbación. Lo último que deseaba era que le temiera a eso que compartían. Ella, en respuesta, asintió alzando el tierno rostro.

—Todo es muy… extraño —admitió con timidez.

Dios, le fascinaba. Acarició su espalda de arriba abajo delicadamente, sonriendo con calidez. Esa expresión tan dulce la tomó desprevenida y le gustó, le gustó más que cualquier otra, más que esa imponente mirada.

—Todo el día deseé tenerte así, tocarte, olerte, permite que te lo demuestre, podría gustarte —propuso con suavidad. La joven lo besó sin pensarlo. Él, admirado, correspondió a su gesto adentrándolos en la regadera.

Impresionante fue compartir eso que hacía todos los días con ese hombre. Maximiliano talló su cabello con sumo cuidado, luego ella hizo lo mismo. Reían de pronto, para después tocarse con avidez. Él, deleitado, lavó ese cuerpo que solía tener tanta vitalidad, con parsimonia y asombrosa dedicación. Notaba cómo temblaba, pero a la vez lo disfrutaba.

Las manos de ese hombre eran hábiles y con apenas ciertos roces la hacían sentir al borde de sí misma. Ella intentó responder el gesto, lo evitó pues si lo tocaba no lograría llegar hasta donde pretendía.

Sin soltar su mirada apacible, se frotó rápido, se quitó el jabón, apagó el grifo y la sacó de la ducha entre sus brazos. Una vez que la tuvo como deseaba: en la cama, se protegió y se hundió en su ser sin darle tiempo a que lo registrara.

Ambos soltaron un silencioso jadeo de alivio al sentirse unidos, al fin. Maximiliano acarició su rostro de manera sugerente, moviéndose lento logrando así que no pudiera dejar de verlo.

—Nada se compara contigo, Marienè —dijo yendo y viniendo, enterrado en ese lugar cálido y perfecto. La joven sonrió lánguida.

—Ni contigo… —aseguró humedeciéndose los labios, emitiendo un jadeo que lo cimbró. La besó con delirio y ninguno de los dos pudo pensar en nada más.

Minutos después de aquella asombrosa demostración de intimidad y deseo, quedó dormida sobre su pecho, con la cama revuelta, húmeda. Lo cierto es que no le importaba; sentir ese cúmulo de cosas era lo único que en ese momento la tenía cautiva. No supo cuánto tiempo más tarde la movió con suavidad, la vistió con lo que encontró a la mano, besó sus labios y salió de ahí, no sin antes susurrarle que se veían en la cena a lo que ella solo respondió con un leve quejido, acurrucándose de nuevo.



Los días posteriores, si salían todos, prácticamente no se hablaban, solo lo necesario, pero cuando estaban solos, la pasión aparecía y los controlaba sin piedad. A veces arrolladora, otras, tierna y suave. En general él permanecía donde ella estuviese, por lo que era raro perderlo de vista y con frecuencia sentía su mirada aguileña clavada en su ser tanto que terminó acostumbrándose a ello.

En cuanto a Jessica, después de aquella noche, él evitó cualquier acercamiento que no fuese el de una simple cortesía. Notó que eso la relajó en cierta manera y es que, si la situación era torcida,

extraña, no permitiría que lo fuese aún más.

Cuando Mariené se escabullía por la playa buscando un momento fuera, éste se veía interrumpido por las manos de él enroscándose es su cintura, por sus besos cargados de electricidad, por su presencia en general. Y es que, aunque le daba espacio, sentía una fiera urgencia de estar a su lado, así que solía salir a buscarla desapareciendo así de la casa, fingiendo tener algo más que hacer.

Hablaban de cosas sin importancia, nada profundo, pero sí lleno de risas, de discusiones absurdas en las que quedaban claras las perspectivas de ambos. Jugaban en el mar, reían sin contenerse, se perseguían como dos niños, sin embargo, el tic tac del reloj no cesaba y los dos eran conscientes de que en pocos días aquello acabaría.

Cuando ese recordatorio aparecía, que era casi en todo momento, a ella la embargaba la ansiedad pues eso que existía entre ambos finalizaría, sus besos ya no estarían, así como sus manos posesivas en torno a su cuerpo. Tampoco se perdería en sus ojos, esos que la hacían ser consciente de cada fibra de su ser, no escucharía su profunda voz, ni sus palabras llenas de significados.

Era un hombre muy culto, inteligente y cuando estaban solos, incluso juguetón; cosquillas, bromas y chistes sin sentido que la hacían doblar de la risa. A su lado, por extraño que fuera, se divertía bastante, sin embargo, ninguno de esos descubrimientos valía. No había nada entre ellos y por mucho que su corazón ya comenzara a involucrarse como ella sabía que ocurriría, la mente era plenamente consciente de que una vez que ese viaje concluyera, su pequeñísima historia, también.

Por las noches aparecía en su habitación y se dejaban llevar sin contenerse. Con el paso de los días Mariené se fue tornando más osada, más exigente también, mientras él le demostraba de muchas formas lo que le generaba, siendo siempre cuidadoso y elocuente, pero llevándola a los límites desconocidos del placer, esos que solo con ella había experimentado. Cuando la sentía adormilada, desaparecía después de depositar un dulce beso de despedida y al día siguiente todo volvía a comenzar.

Nadie en esa casa sospechaba, no que ellos supieran, por lo menos de manera literal porque Maximiliano estaba seguro de que Silvano ya había notado algo. Lo cierto es que cuando estaban juntos no hablaban sobre ello, en realidad no tocaban el tema «nosotros» en ningún momento y eso lograba de alguna manera que se sintiera más real, más intenso y también incierto. Maximiliano había decidido vivir lo que ahí ocurría, no la arrastraría a su vida, pero tampoco podía continuar sin haber conocido a esa pecosa de ojos tiernos, a esa mujer que le inyectaba vida con tan solo respirar. Mariené optó por permitir que el momento tomara las riendas, no se permitió pensar y buscó hacer eso que tan bien sabía hacer; disfrutar de lo que la vida le ofrecía.



—Sabía que aquí estarías —giró al escucharlo. Observaba absorta un pequeño cangrejo que no lograba meterse en medio de una hendidura de esa playa no muy lejana a la casa que solía estar desierta. En una de sus caminatas a lo largo de la semana la habían encontrado y cuando podía escaparse, iba ahí, sabiendo que él aparecería poco después.

—Pobrecito, no sabe qué hacer… —dijo torciendo los labios, agobiada.

El hombre, hechizado por su sola presencia, por esa manera tan peculiar de ser, se acercó con su asombrosa elegancia, despacio, colocándose tras de ella al tiempo que rodeaba su delicada cintura y besaba su hombro.

Esos gestos siempre le erizaban la piel, pese a no ser tan recurrentes. En general las demostraciones de afecto se veían limitadas a sus momentos de intimidad, pero él siempre lograba sorprenderla, nada era igual nunca.

—Debe querer hacer algo que no es viable —repuso deleitado por tener ese trasero sobre su muestra de deseo y es que con esos vestiditos veraniegos que usaba, descalza, con su cabello siempre mal agarrado, simplemente lo hacían babear.

Ella lo miró de reojo, intrigada, con su mirada suspicaz, esa que ya él conocía.

Mariené notaba que solía hablar de una manera enigmática, como si sus palabras tuviesen un doble sentido y siempre la dejaban intrigada, aturdida.

—Hay una pequeña rendija, ¿la ves? —preguntó dejando pasar aquello. Maximiliano asintió con el rostro a su lado, casi recargado en su hombro—. Lleva horas ideando cómo pasar, lo cierto es que cabe… Supongo que lo sabe —explicó.

—Es difícil cuando a simple vista la solución no aparece y lograr lo que se propone no es tan sencillo —argumentó con tono lúgubre. Mariené se irguió, arrugando la frente. Maximiliano hizo lo mismo, sonriendo de una manera extraña. Tan solo llevaba su bañador, notó de pronto y sin poder contenerlo su boca se secó, pero se obligó a concentrarse.

—¿Pasa algo? —quiso saber.

Él era consciente de que con ella no podría irse por las ramas, así no eran las cosas entre ellos, así no era su dulce pecosa. Negó acomodando uno de sus mechones tras la oreja.

—Eres preciosa, Mariené —musitó perdido en su mirada, en cada una de esas facciones que había ya memorizado. Las mejillas de su tierno tormento se sonrojaron, desvió la vista, avergonzada y es que era tan usual cuando lo tenía cerca que le daban deseos de raptarla.

—Tú también.

Un segundo después ya lo tenía sobre sus labios. Gimió y rodeó su cuello como solía hacer; dejarse llevar era tan sencillo con él. Porque por muy extraño que pareciera era como si la conociera de más tiempo. No sentía necesidad de actuar, decía lo que creía y se comportaba como si no le impusiera su presencia, se sentía siempre ella, pese a lo nerviosa que la ponía.

—El sol te ha bronceado —habló sobre su piel tostada. Asintió restándole importancia. Besó su hombro de forma sugerente—. Tu iris parece pelearse para decidir si es verde o gris —expuso intrigado.

Sonrió negando.

—Ya sé, es un color confuso —admitió perdida en su mirada azulada, casi como el cielo despejado.

—Es asombroso.

Y acarició su mejilla.

—Los tuyos también, no sé, tiene algo tu mirada que trasmite potencia. Intimida.

Sonrió torciendo los labios al escucharla tan sincera.

—A ti no —objetó sin soltarla, alegre de tenerla así, solo para sí.

Rio aferrada a sus hombros.

—Me gusta el color, me gusta lo que se siente al verte.

—Me gusta que te guste, *vita*.

—Mamá hoy no tiene planes, ¿hacemos algo? —preguntó entrelazando sus dedos con los suyos, alejándose un poco. Él ladeó el rostro, serio nuevamente. Algo en su actitud la alertó. De inmediato se sintió cohibida, durante ese periodo no le había planteado algo así, pero le pareció adecuado en aquel momento.

—Ven —pidió Max, con ese cosquilleo incómodo recorriéndolo, más aún después de haberle arrancado esa invitación que en ella definitivamente implicaba un gran avance.

La iniciativa en esa aventura había sido suya, no esperaba que fuese distinto, por lo mismo le conmovió sobremanera escucharla, además de ese pequeño triunfo que no podía evitar sentir, notar como entrelazaba sus dedos de ese modo familiar que denotaba muchas cosas más que un simple gesto, y la llevó hasta un sitio donde pudieran sentarse sobre la arena.

—Eres serio, pero… ahora lo estás más, si deseas hacer otra cosa, no importa —murmuró serena.

Sonrió sacudiendo la cabeza agachándose un poco y pasándose una mano por la nuca. En serio ella no tenía ni idea, lo había llevado hasta el grado de no desear estar en otro maldito lugar en el que su ser no estuviera. Sabía lo ridículo que eso era, el deseo no se había extinguido, fue consciente desde el inicio que no sería de esa forma, pero tampoco imagino que creciera de esa manera. No podía imaginar un día sin su voz, sin su sonrisa, sin su piel. Y, sin embargo, así debía ser.

—Me marcho el miércoles muy temprano —soltó así, sin tiento.

Unas horas atrás había recibido una llamada de Jan. No había más que hacer. Ese era su mundo, esa era su vida, eso era lo que lo había salvado de enloquecer, eso era lo que eligió y no lo cambiaría, menos si se trataba de ella, de esa chica que lo tenía alucinado desde la primera vez que la vio, con la que fantaseó esos años y que ahora comprendía la razón. Era su chispa, pero no podía permitirse apagarla, no a ella.

La sangre de Mariené se detuvo y, de pronto, algo creció justo en medio de su garganta. Asintió despacio perdiendo la vista en el horizonte.

—Creí que te quedarías hasta el domingo.

Lo escuchó resoplar. No se atrevía a encararlo.

—Es un contrato, lo habíamos estado esperando, se supone que sería la siguiente semana, pero se adelantó —explicó con un dejo de frustración.

La joven jugó con la arena intentado guardar sus emociones, no tenía sentido exponérselas y lo peor fue que él lo percibió como si de sí mismo se tratase. ¿Qué le había hecho esa mujer, qué?

—Por lo menos es un buen motivo —susurró entretenida con su labor, escondiéndose de nuevo en su mundo. Aquella mano masculina sobre la suya la detuvo. Alzó la vista, despacio, desconcertada por lo mucho que estaba experimentando.

—Aprovechemos estos días —pidió. La chica observó sus dedos entrelazados—. Quisiera

ofrecerte más, pero…

—Sabíamos que esto era así —lo silenció buscando tranquilizarse—. Entre nosotros no hay nada —susurró y los señaló a ambos—. No pensé que pudiera trascender, tranquilo.

Lo cierto es que deseaba salir corriendo de ahí, preferiría jamás haber tocado ese tema.

—¿Nada? —preguntó sin dar crédito a lo que acababa de escuchar, sintiendo hiel recorriendo su piel. Ella lo encaró nuevamente.

—Escucha, Maximiliano, para mí, «esto» ha sido complicado. Separar mis sentimientos de las sensaciones que me generas, no ha sido fácil. Jamás me había topado con algo así, creí que eso solo… No sé, lo escribían en libros —explicó sonriendo con tristeza—, pero apareces en mi vida y tan solo en días, todo cambia. —Abrirse a él no estaba resultando sencillo, pero debía decirlo—. Olvidaré que esto ocurrió, seguiré mi vida como tú lo harás. No te preocupes por mí… —dijo con simpleza, aunque sintiendo que algo dentro se quebraba.

Los ojos de Maximiliano mandaban mensajes que no lograba descifrar, su actitud era tensa, su mandíbula se notaba rígida.

—Mi vida es un completo huracán, Mariené, pero eso no quiere decir que yo no sintiera nada. Todo el tiempo noto que estás lista para creer cualquier cosa de mí, menos lo que en realidad soy. Cómo te toco, cómo te beso, es real, no una jodida actuación.

—No sé nada de ti, en estos días yo te conté cosas de mí, pero tú… tú te limitaste a escucharme y jamás participar, lo noté. Además, si abro ahora mismo *Google*, qué encontraré. No soy tan ingenua como piensas, puedo imaginar un poco la vida que tienes, y yo, junto a todo eso, ¿qué soy? Dime… —lo cuestionó ansiosa.

El hombre se frotó el rostro, echándose para atrás el cabello. ¿Por qué tenía que ser tan malditamente directa?

—Deseaba saber de ti, eso no es malo, ni me convierte en un hombre calculador, o frío como te gusta pensar que soy.

Se encontraba molesto y ella comenzaba a sentirse igual.

Mariené era consciente de que no era culpa de él todo aquello, ni la suya. Simplemente se habían dejado llevar, pero tenía fecha de caducidad y ésta estaba llegando.

Hacía mucho tiempo que decidió vivir, vivir de verdad, pero también cuidarse, protegerse. Sabía lo que era no tener paz, lo que era el miedo, sentirse al filo de las cosas y eso era algo que no estaba dispuesta a tener en su camino, aunque eso no implicaba alejarse de las aventuras y cosas interesantes que el destino pudiese proponerle.

Lo cierto es que entre él y ella todo era equidistante, absolutamente opuesto. No podría seguirle el paso, él no podría ser lo que ella deseaba, lo que necesitaba. Lo percibía misterioso, acostumbrado a tener al mundo a sus pies, alejado de lo que para ella contaba y no podía reprochárselo, pero tampoco le gustaba eso. Maximiliano parecía tan lejano en general a la emocionalidad de la vida.

Era mejor dejarlo así, lo sabía, aun así, no se quedaría con lo que pensaba, simplemente no podía.

—¿No lo eres? Tu padre muere por verte y tú es la primera vez en dos años que te dignas a aparecer. Ah, pero eso sí, bajo tus condiciones; un lugar alejado, poco concurrido. ¿Pensaste alguna vez en los demás, en él? No, porque tú aquí eres el que cuenta por tu profesión —entrecomilló poniéndose de pie. Él hizo lo mismo, rabioso pues sin saberlo abría heridas que buscaba olvidar —,

el que tiene mucho que perder si la prensa se entera de donde está. Tu vida no es tuya, ¿no lo entiendes?, sales con gafas, gorras y no es por el sol, deseas que nadie te pueda reconocer. Eres quien eres, está bien, pero no me digas que hago suposiciones. Estos días han sido increíbles, inolvidables y sé que jamás volveré a vivir algo semejante, pero desde que me besaste aquella vez sabías que no tenía futuro, que sería algo que quedaría en este lugar para luego olvidarlo bajo la luz de tu vida ajetreada, y está bien… No pasa nada, pero no me digas que no eres ni frío, ni calculador, tampoco arrogante…

—¡Basta! —rugió lleno de ira. Mariené dio un respingo, pero no se amedrentó. Jamás pensó verlo así—. ¡Basta ya! Presumes de conocerme por todo aquello que ves como espectadora, bien, creo que es lo mejor, que tengas ese concepto sobre mí… Cree lo que quieras, Mariené, no preguntas, aseveras. Pero te diré algo —y se acercó a su dulce rostro hasta quedar unos centímetros —, no des por sentado las razones por las que te besé y emprendí todo esto, tampoco lo que mi cabeza piensa respecto a ti. No lo vuelvas a hacer —sentenció y sin agregar más, se dio la media vuelta.

La joven quedó petrificada. Sabía que ahí terminaba aquello y dolía, dolía demasiado, más de lo que imaginó.

Capítulo 10

Respiró con dificultad durante un rato. Se dejó caer sobre la arena derrotada. Una lágrima silenciosa rodó por su mejilla. Dolía que se fuera, que los mejores días de su vida desaparecieran en el aire así, como si nunca hubiesen existido, pero más aún comprender que nada entre él y ella sería jamás. No había sueños rotos, tampoco anhelos, ni una sola promesa y pese a ello algo dentro de su ser se rompería cuando se marchara, algo que había cuidado en no dar a nadie y que Maximiliano, sin que se percatara, lo había tomado.

Más tarde se atrevió a regresar, taciturna. Repitiéndose una y otra vez que eso era lo mejor.

Una voz femenina que desconocía la alertó al cruzar el umbral de la terraza. Entró vacilante. Una chica impresionante, alta, delgada, rubia, reía por algo que Silvano había dicho. Maximiliano estaba a su lado, serio, observándolos.

—¿Otra vez de excursión? —preguntó el esposo de su madre logrando así que todos se percataran de su presencia.

Buscó despejar su mente. Marcia le sonrió apareciendo de pronto con una charola y bebidas. La rubia tomó por un segundo una mano de Maximiliano sacudiéndola, sonriente.

Su rostro parecía tallado a mano, verlos juntos pareció lo lógico. Sus pulmones se hicieron diminutos. No se consideraba poco agraciada, le gustaban sus pecas salpicadas en el rostro, sus ojos grandes, su cuerpo poco curvilíneo y delgado, su piel, su cabello castaño que era fácil de acomodar. Pero al lado de ella no tenía nada qué ver. La perfección existía y estaba frente a sus ojos dibujada en ambos.

—No, no estaba…

—Hola… —saludó la invitada, de repente—. Soy Lenna —se presentó. Mariené alzó la mano sonriendo con dificultad. Maximiliano bajó la vista.

La recién llegada había aparecido en el peor momento. Se sentía al límite, capaz de tomar al motivo de su insomnio las últimas noches y esconderla en un sitio donde nadie supiera nunca nada de ellos y lo que era, no interfiriera.

—Hola, soy Mariené —respondió con voz seca. Marcia detectó en su hija algo extraño, la estudió intrigada. No le gustaba estar sobre ella, aunque a veces sentía la necesidad de verificar que todo fuese bien, pero en ese momento supo que algo le ocurría.

—¿Todo bien, Ané? —preguntó.

Ella asintió adentrándose, descalza, despeinada, tal como lo enardecía. Ese calor que solo su presencia despertaba, retornó y lo sometió. Deseaba tocarla, pasar su mano por aquella piel, rozar sus labios, sentirla rendirse a eso que los unía y que ya era más fuerte que ambos.

—Iré a ducharme, con permiso —dijo y sin voltear desapareció mientras él solo atinó a jugar con sus dedos, irritado, absurdamente frustrado.



Al llegar a su habitación se encerró respirando, agitada. ¿Quién era ella? ¿Por qué lo trataba con tanta familiaridad? Se preguntó contrariada, nerviosa, con cierta molestia recorriendo su cuerpo.

Las malditas náuseas que ya sabía podrían llegar, la invadieron. Gruñó molesta consigo. Odiaba eso, pero además, no quería por ningún motivo que ocurriera en ese momento. Sin poder aguardar un segundo más corrió hasta el inodoro. Segundos después se echó agua en el rostro deseando con todas mis fuerzas que no apareciera eso que crecía con cada minuto que transcurría.

Se dio un baño, buscó entre sus cosas las pastillas, pronto las necesitaría. Pegó la frente en el frío mosaico, negando, resignada. Más tarde salió en busca de comida. Los avisos estaban llegando uno a uno, rápidos.

Resopló abrazándose.

No había tenido noches reparadoras, su cabeza había estado sometida a esa presión que ahora aumentaba y sus horarios de alimentación no habían sido los de siempre. ¿Cómo había permitido eso?

En la sala estaban todos menos él, incluso la chica. Entró a la cocina, desganada, tenía mucha hambre, notó disgustada. Otro maldito síntoma. Ya solo rogaba que en esta ocasión no fuese fuerte, porque su aparición era inminente. Se sirvió un plato enorme de pasta y se lo devoró en un santiamén.

—Saldremos a cenar, mi amor. —Alzó el rostro. Su madre la observó suspicaz—. ¿Estás bien, Mariené? —quiso saber, aunque conocía de antemano la respuesta.

Aceptó sin desear arruinarle el plan. A lo mejor tenía suerte y el dolor aparecía en un par de días, cuando él ya no estuviera, o durara pocas horas, lo cierto es que nunca sabía su *modus operandi.*

—Sí, solo creo que necesito dormir un poco, vayan. Leeré un rato —se excusó. Se sirvió más y lo metió al microondas.

—¿Aun no llega el aura? —dedujo. Su hija cerró los ojos negando. Se acercó a ella y la abrazó frustrada, respondió al gesto—. Traje el medicamento, está en las gavetas de mi baño.

—Gracias, yo también lo traje.

Su madre se separó y tomó su rostro pecoso entre las manos, estudiándola.

—A mí no me engañas, has estado extraña, mucho, y… ahora esto. Aquí nada te presiona, aunque tal vez has estado leyendo hasta la madrugada y no has comido a tus horas —la regañó con cariño. Mariené le sonrió, no podía reprocharle su preocupación por ella, aunque ya había logrado dejar la aprensión de lado años atrás.

—Sí, supongo que es eso. No te preocupes, ustedes vayan…

El microondas avisó que la comida estaba lista. Su madre la tomó y se la colocó sobre un mantel individual que sacó de uno de los cajones. Cosas de mamás, pensó observándola, agobiada.

—Estaré atenta al celular —dijo. La joven asintió metiéndose el primer bocado.

Los escuchó partir unos minutos después, la voz de esa mujer, que se notaba no era latina, aunque hablara español, desapareció también. Saberlos juntos, con los demás, sin tener la menor idea de la relación que tenían, o la razón de su llegada ahí, la mantuvo tensa, aunque no quisiera. Peor aún era saber que estaba enojado con ella, que… le dijo cosas que tal vez no debía, que… Hizo a un lado el plato vacío y recargó su frente en la superficie de granito.

No debió enamorarse de Maximiliano.

Nombrarlo en sus pensamientos fue peor de lo que imaginó. Un nudo enorme creció en su garganta. Se irguió llevándose una mano ahí, donde lo sentía atascado.

—No debí, no debí —se repitió ya incluso recostada en su habitación. Lo cierto es que había sido casi imposible; entre la fuerte atracción, su manera de ser que le intrigaba, la jalaba a querer sentir más, a saber más de él, las horas caminando a su lado, nadando, jugando sin detenerse y esos momentos entre sus brazos.

Salió y se sentó un rato frente al mar. El sonido de las olas la relajaba, si se concentraba en su ir y venir lograba no evocar eso que le dolía y que ahora comprendía la razón. No necesitó mucho para hacerla sentir tanto. Cómo era posible, por qué lo permitió, se recriminó.

De pronto esas luces aparecieron en su campo de visión. Bufó resignada. Se metió a la casa, cerró y se dirigió a su habitación. Podría ser que en ese momento no apareciera, pero podría estar por llegar.

Ya había aprendido a convivir con eso, a manejarlo, pero en esa ocasión la rebasaba. De nuevo las náuseas. Corrió hasta el baño y devolvió lo que había ingerido. Se acurrucó en la cama, puso música clásica en su teléfono y permitió que inundara el lugar.

El dolor llegó sin aviso cuando estaba por dormirse. Se quejó sintiendo como si agujas se clavaran en su cerebro. La migraña era siempre tan impredecible, lo cierto es que en muchas ocasiones la lograba evitar si se cuidaba, cosa que no había sucedido los últimos días.

Se tragó la pastilla, gimiendo. De inmediato y muy adolorida, apagó las luces. Cerró los ojos sintiendo que así menguaba un poco, pero no desparecía, por lo que esa sensación de que la cabeza estallaría en cualquier momento, ahí estaba. En esa ocasión fue realmente fuerte, tanto que la sorprendió. Gimió lagrimeando aún en la oscuridad. Se ovilló aferrando la cabeza con ambas manos. No logró ser consciente de cuánto tiempo pasó así.

—Mi amor…

No pudo moverse.

—¿Está bien? —preguntó Silvano, en la puerta.

—No. Ahora te alcanzo en la habitación.

Y Marcia entró preocupada.

Su marido, al igual que Jessica y Maximiliano aguardaron. Este último, alterado, experimentando un malestar generalizado por no comprender lo que ahí pasaba, ¿qué tenía su *piccola*?

Durante la cena se mantuvo ausente, pensativo, no podía alejarla de sus pensamientos, de su piel, de cada maldita sensación. La manera en la que habían quedado las cosas entre ambos, la forma en la que lo miró cuando se topó a Lenna después de la discusión.

No, nada iba bien y ya para ese momento lo sentía aún peor.

La hija mayor suspiro, ambos la miraron.

—A veces le ocurre, son migrañas muy fuertes, debemos esperar a que pasen… No hay mucho más que hacer, pero sí lo pasa muy mal casi siempre —explicó afligida. Silvano asintió, ya lo había presenciado en una ocasión, aunque en otras solo se enteraba ya que habían ocurrido porque Mariené no decía nada.

—¿Dura mucho? —preguntó Maximiliano, sintiendo una agónica necesidad de verla, de ser lo que necesitaba en ese momento. De alguna manera extraña saberla mal lo agobiaba más que nada hasta ese momento.

—Nunca se sabe. Tampoco la intensidad.

Asintió serio y se alejó con las manos en los bolsillos del pantalón. Su padre lo observó mientras Jessica se asomaba por la ranura de la puerta para saber cómo estaban las cosas. Odiaba que pese a lo fuerte que Mariené era, existieran esas cosas que la doblegaban.



Marcia acarició la melena de su hija, afligida.

—¿Tomaste los medicamentos? —preguntó con suavidad. Ella asintió gimiendo, sus manos cosquilleaban y sentía el cuerpo danzar entre el frío y calor—. ¿Empezó hace mucho?

—No sé, pero me duele bastante —admitió en susurros. La mujer besó su cabello.

—Te traeré un poco de hielo —dijo.

La punzada no menguaba. Gimió quejándose. La escuchó salir, aferró la sábana. Solía enfrentar esos episodios sola, no le gustaba que se preocupara, no por algo que no amenazaba su salud, solo la desgastaba. Pero en esa ocasión era tan brutal que no pudo evitar mostrar su dolor.

—¿Es muy fuerte? —preguntó Jessica a su mamá, en el pasillo. Maximiliano escuchó a lo lejos, respirando hondo.

—Parece que sí, voy por hielo. Es mejor no entrar, mi amor… —ordenó Marcia. El hombre se sentó en uno de los sofás, en la oscuridad, recargando la cabeza en él, irritado, frustrado, ansioso.



Mariené, sintió el hielo en su nuca, se quejó.

—Sh, pasará, lo sabes, mi niña —murmuró esa voz que la arrancó del miedo tiempo atrás.

—Ve a descansar, lo que sea te llamo —rogó sonriendo apenas. Su madre acarició su mejilla con ternura.

—Es importante saber a qué hora te tomaste la pastilla, Ané —insistió.

Gimió de nuevo.

—A las… ocho, creo.

Se escuchaba a sí misma como si hablara desde el fondo del agua, encajonada.

—Es media noche, una hora más. Vendré a dártela, intenta dormir —informó. Mariené negó llorosa. No podía distinguirla del todo pues no había luz prácticamente, pero además, los ojos deseaban con todas sus fuerzas que los abriera.

—Yo… yo lo haré. Lo… lo que sea te aviso —intentó convencerla. Dudó por un par de minutos, pero conocía lo obstinada que era en esos temas, por lo mismo ni se atrevió a sugerir ir al hospital a que le suministraran algo.

—Odio que pases por esto, mi niña. Cualquier cosa solo tienes que llamarme. ¿Bien? —suplicó entendiéndola. Mariené, pese a parecer tan dulce, ingenua, tenía una fuerza interior realmente asombrosa y prefería vivir esos momentos en soledad, así que no intervenía, aunque le costaba muchísimo.

—Pasará, ma —musitó agotada. La mujer besó su sien y salió de la habitación.

Una vez sola se retorció sin comprender por qué dolía de esa manera. Intentó hacer los ejercicios de respiración que le habían enseñado, nada. Media hora después, con manos temblorosas, quiso tomar la pastilla que su madre había dejado junto al vaso con agua. Temblaba y no veía nada, el vaso cayó. Se quejó sentándose del todo sobre la cama, frustrada. Quería gritar, pero por experiencia sabía que de nada serviría. Necesitaba levantarse y solucionar la situación.

Yo puedo, yo puedo. Se repitió sudorosa.

La puerta se abrió, pero apenas si era consciente de sí misma. Quizá debían ir a urgencias a que le inyectaran algo más fuerte, aceptó con terror para sí. Se mecía sobre el colchón con las manos aferradas a la cabeza. Esperando.

—Mariené… —podría reconocer sin problemas entre millones a esa voz. Agobiada, le pidió con la mano que se alejara. Obviamente, siendo como era, no lo haría, ella lo sabía. Escuchó esos pasos tan suyos, acercarse—. ¡Está mojado! —susurró él al pisar el agua. La joven adivinó que querría encender la luz de la mesilla.

—No, no la prendas. Max, no… —rogó muy bajito.

Había estado en el sofá un rato más, pero cuando iba a meterse de una vez a su habitación que estaba al lado, no pudo evitar y se acercó a la suya, pegó su oreja para notar si estaba despierta y oyó que algo caía a la distancia, por eso había entrado.

No la distinguía del todo, pero esa vulnerabilidad lo desarmó como nunca nada. No estaba esa voz vital, ni retadora, no estaba eso que de tan solo sentirla cerca lo atrapaba, en su lugar se hallaba esa tierna *piccola*, tensa, apagada.

Se sentó a su lado, preocupado.

—Vete, por… favor —imploró gimiendo, no soportaba que la viera así. Su vulnerabilidad era

suya y no estaba dispuesta a que nadie la presenciara.

—¿Siempre son así? —quiso saber, importándole poco su ruego.

—No, hoy duele mucho.

—Te traeré agua —informó y desapareció silencioso, un minuto después regresó—. Toma —dijo y la colocó en sus manos que se sentían tan frágiles, frías. Esa fiereza que solo ella despertaba creció aún más de lo que pudo haber previsto, ya no solo era el deseo lo que lo atraía, sino saberla bien, lejana a cualquier situación que la dañara.

La joven le dio un gran trago y de nuevo las arcadas. Se levantó corriendo. Desesperada tuvo que encender la luz del baño o sabía que haría un desastre. Gimió ante el dolor que esto provocó. Se acercó temblorosa al inodoro y de pronto fue consciente de que con su mano sujetaba su cabello para que no le estorbara. Devolvió sin tener ya mucho que sacar de su sistema.

Al acabar la ayudó a incorporarse, temiendo que se desvaneciera ahí, frente a él. Lucía agotada, pálida, ojerosa. En horas su *vita* había ido a pique.

Mariené se lavó el rostro, los dientes, mientras él permanecía tras ella, observándola tenso. Desvió la mirada, era consciente que su imagen era la de una enferma y nada detestaba más que eso. No, no soportaba que viera eso, Maximiliano no.

—Ve a dormir, estaré bien —pidió acercándose al apagador.

—No —zanjó.

Sin que lo adivinara, la tomó en brazos y la depositó sobre la cama con muchísimo cuidado. Le tendió el vaso nuevamente junto con la pastilla. Ella la tomó gimiendo, necesitaba que apagara esa luz y pese a eso lo único de lo que pudo ser consciente fue de sus ojos fijos en su ser.

—Lamento… lo que te dije —admitió dejando el vaso sobre la superficie una vez que lo bebió.

El hombre no respondió. Pero un segundo después todo fue oscuridad. Lo agradeció en su interior, haciéndose ovillo; su pecho pesaba. De pronto una mano se enrolló a su cintura y su aliento en el oído, la hicieron girar un poco. ¿Qué estaba haciendo?

—Intenta dormir, *minha vida* —murmuró con ternura.

Negó volteando todo su cuerpo, lista para resistirse, pero enseguida se topó con su aroma. Con escasas fuerzas se escondió gimiendo en su pecho, sin ya poder hacer otra cosa salvo eso y es que era como si algo primitivo la llamara y en ese momento no encontró cómo luchar contra ello.

El hombre, aliviado por tenerla pegada a él, la rodeó besando su cabellera, llenándose de su aroma suave.

—No sé si podré —la escuchó decir, agobiada, llevándose nuevamente una mano a la cabeza, quejándose. Frustrado y molesto por ese malestar que si hubiese sido alguien en particular lo habría molido a golpes por hacerla sufrir, comenzó a acariciar su delgada espalda de arriba abajo con movimientos lentos.

—Cierra los ojos, no me iré de aquí —prometió. Su respuesta fue algo que lo terminó de enloquecer; ella aferró su camiseta, asintiendo.

Durmió a ratos, a diferencia de él que no pegó el ojo, y cada vez que despertaba, se topaba con su mano moviéndose en su espalda.

Amanecía. El dolor, aunque parecía haber disminuido, no había desaparecido. A las siete

Maximiliano le tendió la otra pastilla y luego acarició su rostro, preocupado, eso sin contar su evidente cansancio.

—Debes irte, mamá no tarda en venir —le recordó después de tomar el medicamento.

Eso él lo sabía de sobra. Y aunque le importaba poco que alguien supiera lo que entre ambos ocurría, no deseaba meterla en problemas, menos en ese momento en el que su fragilidad lo envolvía y despertaba con mayor brío su instinto de protección.

Besó su frente con aprensión y salió de ahí sin decir más.

Como vaticinó, su madre apareció una hora después con el desayuno en una charola. Lo declinó agotada, deseando dormir nada más. Y el resto del día fue así. Por la noche al fin fue cediendo el malestar. A las ocho era ya controlable, notó logrando moverse con mayor soltura, lo cierto es que durante todas esas horas solo había podido pensar en él, en cómo estuvo a su lado por la noche, en cómo la contuvo y cómo la hizo sentir de alguna manera a salvo, a pesar del dolor.

—Me alegra que al fin esté bajando, debes dormir… Cena y descansa —pidió Marcia, ya más tranquila. Jamás podría con ello; verla inquieta, ir y venir, era un regalo que cuando pasaban esos ataques de migraña, apreciaba de nuevo con mayor fuerza. Cuando acabó esperó a que se duchara, la arropó y la dejó descansar.



Una caricia sobre la mejilla la despertó. ¿Qué hora era? Abrió los ojos, adormilada. Él. Sonrió al sentir esa potencia de su mirada azulada sobre su piel.

—Lamento despertarte, *piccola* —se disculpó con suavidad. Negó acomodándose sobre las almohadas—. Sé que debes descansar —susurró contemplándola, colmado de su esencia, de esa vida que ya veía de nuevo en su iris.

La joven se incorporó al tiempo que se tallaba los ojos.

—Me siento mejor —dijo y no mentía, el dolor era casi nulo, para la tarde solo quedaría el cansancio.

—No tienes idea de lo que me alegra —aseguró absorbiendo con aprensión cada una de esas facciones que tanto echaría de menos.

El día anterior no pudo hacer nada salvo, discretamente, estar al pendiente de ella. Intentó caminar por la playa, no pudo. Lenna lo invitó a salir, la rechazó. Necesitaba estar cerca, de una manera absurda, silenciosa, pero era así. Por la noche entró un par de veces para cerciorarse de que todo fuera bien y no pudo evitar, en una de sus visitas, sentarse cerca de ella y observarla con detenimiento, absorto, esa mujer lo hechizaba.

—Me marcho en un rato —anunció en voz baja. Ella desvió la mirada, asintiendo.

—Lo entiendo —susurró. Maximiliano acunó su barbilla para que lo mirara.

—Lo que me dijiste, tiene una carga de verdad… —admitió.

La joven colocó uno de sus dedos sobre esa delineada boca, negando.

—No, no debí decirte eso —se disculpó. Él sonrió tomando su mano entre las suyas y la besó dulcemente.

—Tú puedes darte ese lujo —concedió apacible, tal como aquella noche, años atrás, el día que se conocieron. Sonrió con tristeza.

—Ella… ¿Irán juntos? —se atrevió a preguntar, nerviosa, consciente de que no tenía derecho a hacerlo. Maximiliano suspiró, tomó su nuca con delicadeza y la besó con ansiedad. Perdida en esa sensación lo rodeó por el cuello buscando acercarlo.

—Es una amiga, nada más, tiene pareja y se encontraba cerca de aquí. Deseaba ver a mi padre, lo conoció hace un tiempo. No estoy con nadie, Mariené —y volvió a besarla. Pegó la frente a la suya —. Lamento mucho haberte arrastrado a todo esto. Lo cierto es que eres… eres justo lo que no me puedo dar el lujo de tener. No deseo herirte, tampoco acabar con tus sonrisas, menos con esa mirada vivaz que tienes. Esto… lo que surgió entre nosotros no fue un juego, te lo juro, aun así, sería irresponsable y muy egoísta de mi parte pensar en algo más… —admitió con pesar.

Lo entendía, aun así, dolía y la realidad era que ella tampoco lo deseaba, no se sentía capaz de ello.

—¿Esta será la última vez que nos veremos, en un tiempo? —preguntó acariciando con atención su viril rostro.

—Sí, creo que es lo mejor… para ambos —corroboró.

Tenía razón, pero eso no hacía que doliera menos. Presa del impulso lo abrazó escondiendo su rostro en la curva de su cuello, perdiéndose en su aroma.

—No me arrepiento de nada —susurró separándose, perdiendo su atención en aquel iris azul, en su potencia—. Fue increíble cada instante a tu lado.

Sus ojos rudos parecían derretirse con sus palabras.

No podía resistirse a ella, eso era más que un hecho y la besó como solo él sabía hacer; mordisqueándola, probándola, derramando en su ser su esencia.

—Yo tampoco, a pesar de saber que no debí comenzarlo —atajó. Ané bajó la vista. Ya se encontraba sentada sobre sus piernas y aquella mano que la conocía como nadie, acariciaba su brazo con ternura exquisita—. Pero no podía evitarlo, enloquecería… —confesó. Lo miró intrigada. Él estudiaba su rostro con nostalgia.

—Espero que todo siga yendo bien en tu vida. Has llegado lejos, eso es admirable —dijo con dulzura. Maximiliano suspiró y pegó su frente a la suya.

Dejarla sería difícil, más de lo que pensó.

—No si hasta ahora comprendo que hay más —expresó. La joven pasó uno de sus delicados dedos por sus labios, sonriendo.

—Sueles hablar de maneras que no comprendo —susurró mientras él la observaba incisivamente.

—Tú eres un misterio para mí. —Rio negando. De nuevo sus ojos estaban muy serios—. Aún te ves pálida… —expuso con una nota de aflicción. Intentó bajar de ahí, se lo impidió.

—Ya casi desapareció el dolor —pudo decir.

—Demos un último paseo por la playa, ¿quieres? —preguntó esperanzado.

Asintió alejándose. Tomó un vestido y se lo puso en medio minuto dentro del baño. Su rostro lucía demacrado, notó. Lo humedeció, se lavó la boca y salió. No deseaba perder el tiempo en algo que no tenía remedio.

Al verla aproximarse al umbral de la terraza, sonrió extendiendo su mano que rodeó sin dudar, perdida en sus ojos.

Aún no salía el sol, todo estaba teñido de una asombrosa calma, sus dedos entrelazados, andando en silencio y se sentía absolutamente natural, correcto.

—¿Cuándo comenzaron esas migrañas? —preguntó él mientras el rugir de las olas los envolvía.

—Tenía trece años. Hasta ahora con nada he conseguido que dejen de aparecer —explicó. Asintió deteniéndose colocándose frente a ella.

—Ayer lucías realmente mal —refunfuñó agobiado. Desvió la mirada, odiaba que lo hubiese presenciado. Su dedo índice hizo que volteara—. Y, aun así, te veías hermosa, tan dulce como siempre.

Negó sonriendo, avergonzada.

—Es frustrante cuando sucede, pero no hay mucho que hacer —soltó con simpleza. El hombre, embelesado, besó su frente.

—Verte así, Dios, sé que prefiero que me riñas todo el tiempo, que dejes salir lo que piensas sin filtros, lo prefiero un millón de veces a eso… *Vita* —gruñó desconcertado. Marienè se alejó un poco, con timidez ante la intensidad de sus palabras.

—Fui dura, no debí —cambió de tema a propósito; su salud era algo de lo que no le gustaba hablar. La miró a os ojos.

—Eres tú y no mentiste.

—No creí poder sentir tanto tan rápido, Maximiliano. Me asusté, tú no tienes nada que ver con eso —argumentó meneando la arena con el pie. Tomó su delgada cintura con la mano acercándola a su cuerpo, cálido.

Jadeó.

—No tengo una maldita idea de qué extrañaré más de ti; si tu boca, si tu cuerpo, o si tu mente que se deja fluir tan fácilmente que me impresiona, tu personalidad atrapante. Eres tan genuina, tan poco convencional, tan sencilla que, aunque sabía que debía mantenerme alejado no lo pude evitar, Marienè. Estos días para mí también contaron, muchísimo.

Acercó su rostro al de ella y rozó sus labios.

Con las manos entrelazadas a los costados de sus cuerpos, se probaron, disfrutando de ese último momento. Su sabor a menta lo tenía ya bien clavado, así como su aliento cálido mezclándose con el de ella, de esa manera inimaginable.

Permanecieron así durante un rato, sin hablar, solo probándose, gozando de aquello que ya no sería. No supo cuánto tiempo pasó cuando él pegó la frente a la suya, respirando agitado, rodeando su cintura, apretándola con posesividad.

—Cuídate, ¿sí? No andes por ahí sin tomar precauciones, lee sin detenerte, sigue viviendo así como lo haces, disfrutando de eso que el resto del mundo dejó de notar. Sonríe de esa manera tan

única que tienes —suplicó percibiendo como ese vacío con el que no sabía que convivía hasta ese momento, retornaba.

La besó de nuevo con fervor. Mariené, perdida en las sensaciones, rodeó su cabeza intensificando el roce. Ya no lo vería, ya todo lo que nunca comenzó se terminaría. Sintió un nudo crecer justo en el centro de la garganta. Lo abrazó deseando nunca soltarlo, él también lo hacía.

—Sigue conquistando el mundo, Maximiliano —le pidió sonriendo con nostalgia. La apretó aún más, notando que algo se iba enfriando al pensarla lejos, distante, fuera del radar de su vida.

Un segundo después ella se soltó, con lágrimas a punto de emerger, besó sus labios fugazmente y corrió en dirección a la casa, eso era lo mejor, así debía ser.

—¿Qué me hiciste, *Vita*?, ¿qué? —se preguntó Maximiliano observándola, sintiendo como algo rasguñaba su interior exigiéndole que fuera tras ella y buscara la manera de no acabar con aquello que le daba… vida, esa que ya había perdido. La esperanza y paz que comprendió, nunca habían vuelto hasta que la vio por primera vez. Negó perdiendo la mirada en los destellos del sol saliente. No, no podía, no debía, a ella no.

Amanecía cuando entró a su habitación, pronto se marcharía y ella no podía con eso, era demasiado.

Su alma sufrió la primera embestida, la primera herida cuando lo dejó ir sin decir más, sin imaginar que sería la primera de varias.

Era claro que ahí acababa eso, lo que fuera que tuvieran. Observó su alrededor, atribulada, sin soltar una lágrima pese a desearlo. Se metió a la ducha, se recargó en el mosaico y permitió que sus pensamientos se confundieran con el agua. Rodeó su cuerpo con fuerza. No comprendía por qué dolía tanto, pero sabía que no tenía opción, nunca la hubo. No quería una vida como la que podría tener de poder avanzar lo que había surgido entre ambos, con ese miedo siempre circulando y, por otro lado, él tampoco deseaba arrastrarla a la suya pues era obvio que sabía lo difícil que podría ser.

Cuando salió de su cuarto supo que ya no estaba, su ausencia la podía incluso oler.

—¿Continua el dolor? —preguntó su mamá en la cocina. Negó taciturna, rodeando su cuerpo como si tuviese frío, añorando esas manos que no volverían a tocarla, a acercarla a su pecho para besarla.

—Me alegra, ¿quieres salir? —propuso con la taza en las manos. Ané sonrió negando.

—Prefiero dar un paseo, ¿está bien?

Marcia asintió, optimista, a pesar de verla decaída debía sentirse mucho mejor si sus deseos eran esos.

Los días siguientes fueron… extraños.

Salió con los demás y también pasó horas caminando sola por aquella playa que ya guardaba para

ella un significado trascendental y único en su vida. Pensaba en él a cada momento, cada segundo y muchas veces más se descubrió extraviada en el horizonte, lejos del presente.

No estaba siendo fácil, pero confiaba que al regresar a su rutina la opresión en su pecho menguara y no estuviera sumergida en aquella añoranza que no le permitía disfrutar nada.

Esa noche, cuando él se marchó, presa de un impulso entró a internet y buscó una imagen suya. La cantidad que había la dejaron fría, lo cierto es que en ninguna lo reconoció, era como si una fachada gélida e inalcanzable se apoderara de sus expresiones, de su ser, tanto que se frustró, pero ahí, dentro de sus ojos logró verlo.

Dejó la *Tablet* a un lado, molesta. Maximiliano, en esos días que pasaron juntos, le mostró una faceta tan diferente; era apasionado, real, posesivo, inteligente e incluso risueño, divertido. No ese ser de aquellas fotos.

Evocó cada instante a su lado con nostalgia… Al día siguiente de aquel baño en el que la tomó por sorpresa, cuando comenzó todo, salieron junto a los demás. Durante el trayecto colocó la mano tan cerca de su pierna que Mariné no pudo evitar paralizarse, respirando con dificultad. Cuando todos se adelantaban, o se distraían, pinchaba su cintura, o rozaba su mano. Al llegar a casa la joven salió sin detenerse hasta la playa, había estado en tensión todo el tiempo gracias a él. Se alejó lo más que pudo y cuando se detuvo, recargó su peso en una enorme roca, aspirando con ansiedad.

—Ese vestido me tuvo en vilo todo el día —escuchó en la penumbra. Giró sorprendida de que ahí estuviera. Ladeó la cabeza, negando ruborizada.

—Es como cualquiera —respondió distinguiendo cómo se acercaba. Pronto lo tuvo encima. Una de sus manos la colocó sobre la piedra, a un lado de su cabeza, la otra rozó su delgada pierna, subiéndole la ropa con lentitud, con sensualidad. Jadeó.

—Es porque la llevas tú. —Sus yemas ya estaban sobre su cintura y ella ya no respiraba. Un segundo después la besó con una lujuria desconocida, tanta que Mariené sintió un leve mareo. Maximiliano sonrió contra sus labios pegándola a su cuerpo—. Me gusta como reaccionas a mí —murmuró con voz ronca. Intentó alejarlo, avergonzada.

—Me sentí nerviosa todo el día —se quejó, buscando que sus pulmones consiguieran oxígeno. En respuesta él besó su mejilla, despacio, con esa sensualidad que emanaba que la contagiaba y arrastraba.

—Y yo creí que jamás te tendría como ahora te tengo —rugió por lo bajo. Dio dos pasos más, alejándose. Era realmente impresionante, más con sus facciones matizadas de ese deseo abrazador. Sonrió aventurera, quitándose con la mano esos mechones que le atravesaban el rostro gracias al aire nocturno.

—Solo si logras sujetarme —lo desafió acalorada y corrió sin detenerse.

—Lo haré —sentenció saliendo tras ella. La alcanzó más adelante tomándola por la cintura y la cargó logrando que soltara una carcajada. Envueltos en un juego absurdo, se divirtieron.

Esa noche, en la habitación, todo fue arrolladoramente intenso. Lo tocó con cierto temor, pasando sus dedos lentos por cada rincón de su piel, intentando reconocer su cuerpo, comprenderlo. Desperdigó besos tímidos logrando que su mirada se cargara de anhelo, de un placer insospechado. Cuando se detuvo, con las mejillas teñidas de rojo, la tomó entre sus brazos y la llevó hasta ese sitio mágico, indescriptible, lleno de ardor, de sensaciones que no lograba nunca relatar porque las palabras no eran suficientes para ello.

Durante los días siguiente su coqueteo fue más profundo, más intenso. Y ella más osada, menos

tímida, sintiéndose absolutamente una mujer.

Capítulo 11

Semanas después…

—¡Ey! ¿En dónde tienes la cabeza últimamente? —preguntó su mejor amigo.

Eran afines en muchos sentidos, aunque jamás surgió una atracción. Se conocieron el primer día en la carrera y desde ese momento congeniaron tanto que era fácil encontrarlos riendo, bromeando o discutiendo.

Se hallaban sentados en uno de los jardines de la Universidad donde estudiaban. David con un libro en mano de la Segunda guerra mundial y ella sin zapatos, observando los árboles moverse.

Giró confusa; era guapo, alto, de cabello largo y castaño muy claro, siempre lo llevaba sujeto en una pequeña coleta, con una sonrisa fácil y ojos juguetones. Solía tener a la chica que deseara a sus pies, así que no se involucraba de más con nadie argumentando que odiaba la posesividad que generaba una relación y más aún, la dependencia emocional que surgía muchas veces. Así que él prefería la vida ligera, tal como aseguraba.

—¿De qué hablas? Aquí, en los finales. Es el último semestre —repuso sonriendo. Su amigo tomó el moño desgarbado que se había hecho ella sobre la cabeza y lo sacudió riendo, negando.

—A ti te pasa algo, Mar, desde que regresamos, estás diferente.

Le dio un empujón, rodando los ojos.

—Calla —dijo y se levantó. El chico se encogió de hombros. Era del tipo que no se complicaba, que no pasaba horas reflexionando cosas que para él no tenían sentido.

—Ya me lo dirás, después de todo dudo que a la alzada de Bárbara se lo cuentes —apuntó con cinismo. Mariené rodó los ojos otra vez; ellos solían tener diferencias por lo que no los juntaba mucho.

—¿Qué bicho te picó? —refunfuñó colgándose la mochila. Él se hizo sombra a los ojos con su mano; el sol aún era intenso.

—Luces… enamorada —soltó de forma casual, como si fuese lo más obvio. Lo observó sin moverse por un segundo, aturdida—. ¡Bingo! —exclamó riendo, satisfecho, escondiendo de nuevo la nariz en su libro—. Lo lamento por el susodicho, no tiene idea de que lo mandarás al carajo en cuanto note que no le permitirás entrar a tu vida —se burló sin verla.

Mariené arrugó la frente, le dio un empujón con el pie sentándose de nuevo a su lado.

—¿De qué hablas? Dilo o te arrepentirás, David. Además, no es verdad, simplemente no hemos congeniado, me aburren —se defendió frunciendo el ceño.

Él cerró su ejemplar observándola, sereno. Mariené era el tipo de mujer al que todos querían tener acceso y al que nadie lograba llegar. Su personalidad era a veces como un bálsamo, sus palabras certeras y su manera de vivir muy ensimismada, en ocasiones demasiado.

Lo cierto es que le agradaba, había crecido rodeado de mujeres gritonas, escandalosas, dramáticas

y ella era lo opuesto. Si se sentaba a su lado la paz llegaba, así como las sonrisas y las charlas inteligentes. Conocía bien su historia, por lo mismo comprendía su amor a la vida, esa fiereza para defender lo que sentía, lo que le daba felicidad y huir de todo aquello que la hiciera sentir mal, nerviosa, agobiada.

Son embargo, creía que, pese a ser aventurera era ingenua, muy dulce y con poca experiencia en cuanto a relaciones se trataba. Y bueno, no es que no la hubiese visto intentarlo, pero en el momento en el que aparecía junto a un pobre tipo crédulo, sabía que lo que iniciaban se condenaba.

Mariené necesitaba a alguien de personalidad fuerte, determinado y que la acorralara, alguien que no se amedrentara por ese mundo interior tan impresionante que ella había fabricado. Así que guardaba la esperanza de que quizá los hubiese encontrado, aunque aún eran jóvenes y prisa no había.

—¿Quién es? Digo, aunque debo admitir que este te ha traído en las nubes a diferencia de los demás. Ya me cae bien, eso sí —aceptó con frescura. Su amiga dejó salir un suspiro, perdiendo la atención en el césped, pasando una mano sobre él. David se irguió, asombrado—. ¡Dios! Esto es serio, jamás habías suspirado como la típica chica que no puede dejar de pensar en su amorcito —bromeó.

La joven le dio otro empujón con las mejillas coloradas.

—Deja eso ya… —exigió. Él buscó su mirada, sonriendo conciliador.

—OK, lo dejaré, es solo que me pica la curiosidad por saber quién es el responsable de ese trance en el que permaneces. Estás diferente.

—¿Por qué dices que no dejo entrar a nadie? —cuestionó curiosa, posando la atención en sus ojos. David se giró perdiendo la vista en el jardín, en las personas que lo cruzaban.

—Porque así eres: vives en tu propia burbuja, llena de paz, de una tranquilidad que atrae, eres muy genuina, algo infantil y eso es genial, no pienses lo contrario, Mar, pero a la vez… te proteges demasiado.

—Eso no es malo —se defendió. Su amigo negó sonriendo con dulzura.

—No, pero para vivir realmente hay que atreverse. A veces, solo cuando de verdad crees que valga la pena, sería bueno que permitieras a alguien adentrarse en tu mundo, puede que le guste e intente cuidarlo tanto como tú.

—No es tan sencillo —argumentó agobiada, evocando esos ojos azules que la perseguían casi todo el tiempo y volvió a ponerse de pie.

—Puede ser —admitió observándola, comprendiendo que ahí pasaba algo, algo importante.



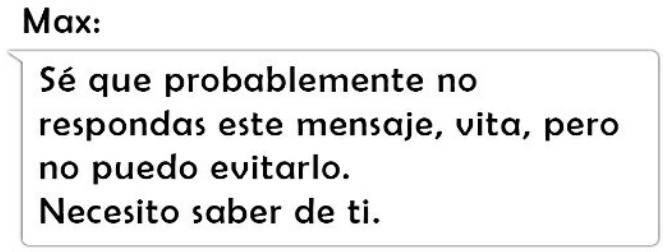
Las siguientes semanas transcurrieron algo grises. Por mucho que intentaba ver las cosas como solía, le parecía difícil y aunque David buscaba distraerla, tampoco lo consiguió. Por otro lado, esa absurda

ilusión de que él pudiese o deseara hacer contacto con ella iba desvaneciéndose con el paso de las horas. No tenía mucha idea de su vida, o en realidad ninguna, no quería indagar y toparse con cosas que realmente dolieran. Su estado emocional era un tanto oscuro como para empeorarlo. Aun así, estaba enterada de que todo iba bien. Silvano a veces comentaba algo sobre él y en esos momentos deseaba con ansiedad preguntarle más, no se atrevía.

Consiguió al poco tiempo el trabajo en la editorial. Debía revisar manuscritos y analizar si eran viables, además, gracias a su redacción y conocimiento de reglas gramaticales logró que la pusieran a revisar textos. Se entretenía muchísimo, pero era agotador.

Sus estudios estaban por acabar y apenas si tenía tiempo para respirar, lo cierto es que aquello no pudo llegar en mejor momento, cada día sin saber nada de Maximiliano dolía, pese a ser consciente de que era lo mejor, pese a comprender que, aunque la buscara, no debía ceder.

Una mañana de sábado, ocho semanas después de regresar de ese viaje, su teléfono vibró. Estaba corrigiendo un texto que le resultaba interesante, ahí en su escritorio, frente a la ventana que daba al jardín. Lo tomó distraída.



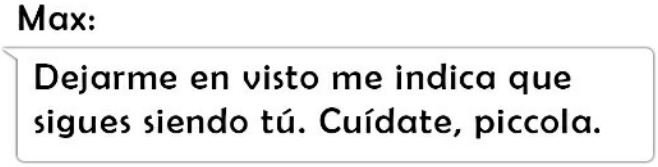
Su mente entró en una especie de coma en ese instante. Era él. Lo sabía porque su madre había creado un grupo de mensajería cuando estuvieron en Italia y él estaba incluido; nunca escribió nada, pero en aquella época guardó su número en la memoria del celular.

Lo leyó más de mil veces, conmocionada. Quizá si le hubiese buscado enseguida, habría contestado, pero… ahora su vida se hallaba más serena. No quería que su presencia la perturbara. A su lado no tenía certeza de nada y definitivamente no quería salir lastimada como era lógico ocurriría si se prestaba a eso, además, estaba su propio temor.

No le importaban las palabras de su amigo, quizá tuviera razón, pero no respecto a Maximiliano, de eso estaba segura, aunque paradójicamente era la primera vez que había permitido a alguien adentrarse en su vida y ahora no lograba reconocerse, ni evocar su existencia sin su recuerdo.

Apretó la tecla central y salió de la aplicación. No, no debía permitir que un simple mensaje la hiciera sentir tan vulnerable, tan… ansiosa. Logró, poniendo todo de su parte, volver a lo que hacía.

Media hora más tarde de nuevo sonó. Miró el aparato como si fuese una araña venenosa con cien cabezas y cuerpo enorme. Después de algunos minutos ahí, congelado, lo abrió.

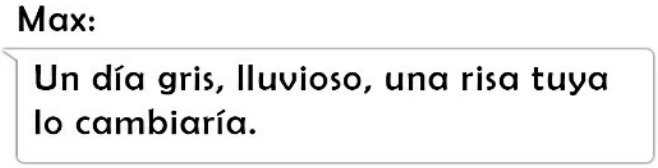


Sintió las mejillas arder. Su respiración atascada, molesta. Perdió la vista en la ventana. ¿Qué pretendía? Con tan solo eso podía sentirlo sobre su piel, adueñándose nuevamente de sus pensamientos, de su vida.

Bufó.

Dejó todo ahí, bajó hasta el jardín. Se quitó los zapatos y comenzó a andar sobre el césped buscando relajarse. No soportaba que irrumpiera en su paz de esa forma, peor aún que ella se lo permitiera. Las cosas entre ellos terminaron bien y prefería que el recuerdo de eso quedara suspendido en al aire, en algún momento lejano, pero el que la buscara lo llevaba a lo real, al presente y dolía hasta respirar.

Una semana pasó cuando en clases, de nuevo. Conversaba con una de sus compañeras, al lado de David, tomó el celular y lo desbloqueó distraída.

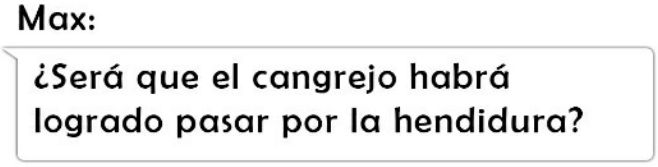


Pasó saliva nerviosa, otra vez. Lo metió en su bolso y fingió no haberlo leído. ¿Qué buscaba? Se preguntó con las palmas húmedas.

Su amigo notó su actitud, rio negando. No le había dicho nada más respecto a su hipótesis, pero sabía que seguía pensando igual.

Y así comenzó a suceder…

Al despertar la mañana siguiente otro.



Sonrió sin remedio y lo dejó.

Días después.

Max:

Llevo zapatos, espero que tú no.

Negó sonrojada.

Max:

Tus ojos se habrán decidido por algún color.

Y así pasaron las semanas. No le respondía y él continuaba con frases sueltas, que a veces la hacían reír y otras, añorar que estuviera a su lado, que pudiese tocarlo, besarlo, escucharlo. Sin embargo, no era así y debía aprender a vivir con ello.

En noviembre, ya las pruebas estaban por comenzar, sentía que colapsaría con la cantidad de trabajos que les dejaban para cerrar curso, aunado a las revisiones y edición, no podía más, se hallaba al límite del estrés. Marcia ya le había pedido que fuera con calma, lo cierto es que no había regresado la migraña en esos meses y era un momento importante en su vida, debía poder con ello, como sabía que era capaz. Dejarse vencer nunca ha sido una opción para ella.



—Esto es criminal, mira que analizar ese libro en un fin de semana, ¿qué mierdas sucede con ese tipo?

David se refería al maestro, iban llegando a la casa de Mariené.

Pasarían la tarde haciendo deberes y, seguramente, terminarían viendo alguna película cuando estuvieran hartos. Al día siguiente ella debía reunirse con unas compañeras para finalizar los detalles de una entrega que era para el lunes y él, bueno, al parecer no dormiría las siguientes noches. La realidad era que leía rapidísimo, no le representaría problema, pero estaba molesto porque una chica del campus, que al parecer le gustaba, no caía en sus encantos. Mariené por supuesto se mofaba de él un poco, era extraño verlo en esa posición, pero la divertía que estuviese tan quejoso.

David era un chico inteligente, impartía ya, con tan poca experiencia, talleres en la propia universidad e incluso tenía una beca para su maestría. Conversar con él de lo que fuera era agradable y solían pensar de manera similar. Se trataban de forma brusca y jamás se preocupaban por herir sus sentimientos, por lo mismo les encantaba pasar el tiempo juntos.

En casa de Mariené lo veían como parte ya del mobiliario y Silvano, desde que lo conoció, congenió con él pues charlaban horas del tema que ambos amaban: La segunda guerra mundial. Era

tanta su afinidad, que muchas veces ella llegaba a su casa y los encontraba en la terraza, con café en mano, sin percatarse de nada.

—Deja de quejarte, no te va —rio ella, rodando los ojos.

Dejaron las cosas en el recibidor, la chica que ayudaba en el aseo la saludó nerviosa. Marienè arrugó la frente, solía ser pizpireta y relajada, pero no dijo nada y en respuesta le guiñó un ojo, sonriendo con frescura. Todos los que la rodeaban estaban acostumbrados a sus risas, a esa manera tan peculiar de ser.

—Anda, ve a ponerte más andrajosa de lo que ya. Iré a ver qué hay de comer —dijo David, burlándose.

La joven le sacó el dedo medio. No era «andrajosa» como él solía decirle. Se inspeccionó; jeans claro medio roto de algunas partes, blusa gris con letras azules y botas café de cintillas mal amarradas. Rio aceptando que quizá solo un poco, lo cierto es que su trabajo no requería que fuese más cuidadosa, además, no lucía mal, lo sabía, solo que no estaba lista para ir a un lugar serio. Esa era su manera, esa era su vida, así le gustaba.

—Le pondré arsénico a tu ración —gritó mientras subía corriendo.

Su habitación estaba al final del pasillo. Se dio prisa, deseaba ponerse unas sandalias, short, a pesar de la fecha, a esas horas hacía calor. Su madre y Silvano no solían comer ahí, siempre estaban muy ocupados en sus trabajos, por otro lado, desplazarse en una ciudad como la Ciudad de México, con tanto tránsito a horas pico, era imposible.

Abrió acalorada y, al hacerlo, se paralizó.

La calma que había logrado construir durante esos meses se esfumó en cuanto esos ojos aguileños, azules, de mirada dura, se posaron en su ser. Un cosquilleo recorrió su cuerpo poro por poro. Pestañeó sin saber qué hacer, no podía ni moverse y sus terminaciones nerviosas se dispararon.

—¿Pensabas contestarme algún mensaje, minha vida?

Capítulo 12

Esa voz profunda se adentró en su piel traspasándola por completo hasta llegar a su sangre, que viajaba frenética. Lucía tan irresistible como siempre: alto, seguro de sí, con aquel cabello sin fijadores como lo recordaba, apretando la boca carnosa que añoró por semanas, enfundado en vaqueros y una camiseta oscura y. pese a todo eso; elegante, ese era la palabra.

Maximiliano la contempló complacido, de una forma que la hacía temblar.

—Yo… —musitó aún en *shock*. Él torció los labios en aquella sonrisa sensual que la sacaba de este planeta. ¿Qué hacía ahí?

—Te ves preciosa —susurró sintiendo un alivio repentino, como si la paz llegase a él con tan solo mirarla, con tan solo tenerla cerca. Era simplemente más hermosa de lo que recodaba.

La joven pasó saliva, se quitó las gafas que usaba cuando leía o estaba mucho tiempo en la computadora y que a veces se dejaba puestas un poco más porque el contacto con el aire después de fijar tanto la vista le molestaba.

Maximiliano observó su gesto, deleitado. Esa mujer era su perdición, ya lo tenía claro.

Ella se sentía tímida, otra vez como una niña. Había olvidado la sensación.

—No sabía que vendrías —susurró con la boca seca, avanzando. Él se hallaba a un lado de su escritorio, de pie.

—Necesitaba hacerlo —expresó calmo, atento a cada uno de sus gráciles movimientos.

—Mar, conseguí pases para la obra de teatro que… —escucharon. Ambos voltearon hacia aquella voz. Había olvidado que David estaba en su casa. El chico entró a la habitación percatándose de inmediato del intruso a unos metros de su amiga. Ese era el hijo de Silvano, lo sabía por una foto que tenían de su boda—... te dije —completó intrigado.

—David —logró decir ella y posó de nuevo su atención en Maximiliano. Las cejas del dueño del ritmo enloquecido de su corazón ensombrecían sus ojos. Parecía rabioso, contenido, desafiante—. Él es Maximiliano, el hijo de Silvano —lo presentó corroborando así las sospechas David. Su amigo asintió cauto, estudiándolos con curiosidad. Se acercó, educado, y le tendió la mano, sin embargo, notaba la tensión en aquel hombre, la manera amenazante de verlo, de advertirle.

Irritado, imaginando lo peor, Maximiliano respondió al gesto.

—Un gusto, he escuchado de ti —dijo David con frescura.

Maximiliano asintió sin agregar nada, observando incisivamente a Mariené de una forma posesiva, fiera. Era como si la reclamara. El chico supo exactamente lo que ahí ocurría con tan solo ese momento entre ellos; su amiga lucía cohibida, tímida, algo extraño en ella, además de nerviosa, mientras él, era evidente que si pudiera la habría sujetado y se la habría llevado lejos de ahí sólo para poder contemplarla. ¿En qué se había metido Mariené?

—David, ahora bajo, no tardo.

Entendió la indirecta y asintió sin cuestionar. La tensión podía tocarse. La puerta se cerró un

momento después dejándolos solos por completo.

—¿A qué has venido? —lo cuestionó, ladeando su dulce rostro, ese que evocó más veces de lo que se debió permitir.

Tardó unos segundos en responder.

—¿Él y… tú? —murmuró tenso, cambiando el tema. La joven arrugó la frente comprendiendo su pregunta. Negó y resopló, acercándose al filo de su cama.

—Somos amigos, desde hace tiempo —explicó con honestidad, esa que tanto extrañaba. Él aceptó con gesto tranquilo, pero aún en guardia—. Ahora dime, ¿por qué estás en mi habitación? —deseó saber, perdiendo la atención en cualquier otro punto que no fuese su hermoso rostro, con las palpitaciones a toda marcha tras su oreja. Se sentía fuera de sí, no quería verlo más de la cuenta. La última vez costó mucho superarlo.

—Ve a mi hotel por la tarde —pidió desde su sitio, serio, conteniéndose.

Mariené parpadeó encarándolo. ¿En serio se lo pedía, así, nada más? Negó sonriendo, cruzándose de brazos, incrédula.

—No fue fácil retomar mi vida después de lo ocurrido en Italia, Maximiliano, ¿por qué haces esto? —quiso saber, desorientada.

El hombre, exudando esa masculinidad potente, se acercó de un movimiento y antes de que pudiera alejarse siquiera oponerse, ya rodeaba su cintura y la pegaba a su cuerpo. Mariené gimió atónita.

¡Dios! Su olor arrolló con todo, sin dejar nada en pie. Su tacto cálido, posesivo, la hizo evocar cada momento, cada sensación. Posó sus manos sobre aquel pecho, nerviosa, mirándolo asustada, perdiéndose en ese iris azul, en su mirada indescriptible. No estaba lista para el impacto de su cercanía, de su piel.

—No he parado de pensarte, *minha vida*, es la única razón por la que estoy en México. Solo un rato; hablemos, necesito escucharte, contemplarte… —pidió perdido en sus rasgos dulces, en esas malditas pecas que no lograba olvidar, en su aroma delicado, en sus ojos asombrosos, en esa sencillez que lo perturbaba como nunca nada.

—Me da miedo. Tú no deberías buscarme, ni estar aquí —logró decir ella peligrosamente cerca de su rostro, de su quijada fuerte, de su barbilla perfecta.

—Y tú no deberías atraerme de esta manera, pero es así… No te resistas —suplicó con voz ronca, ansiándola como nunca a nadie. En respuesta ella lo tomó por el cuello y sin pensar en nada más salvo su aliento mezclado con el suyo, lo besó como añoró hacer cada noche desde que se fue.

Maximiliano, asombrado, pero decidido a tomar de ella lo que le diera, la rodeó con mayor fuerza, envolviéndola con su cuerpo. Sintiendo como con tan solo ese gesto todo su mundo se volteaba y volvía a tener sentido, vida. Mordisqueó esos dulces labios, invadió con la lengua su interior y bebieron el uno del otro, ahí, en aquella habitación.

Poco a poco, regresando a esa realidad que ella lograba que olvidara, bajó el ritmo hasta que unió su frente a la de la joven.

—Ve, anda —pidió otra vez y acarició su mejilla con esa ternura que solo esa mujer le inspiraba. De pronto ella lo rodeó y escondió el rostro en su pecho. Él, sonriendo desconcertado, pero satisfecho, la rodeó con firmeza.

Mariené inhaló su aroma. Adoraba perderse en ese sitio y nada era mejor, aunque tenía miedo, mucho miedo.

—A las seis —se escuchó decir de repente. Maximiliano casi suelta el aliento. Había viajado solo por ella, para verla y estaba dispuesto a tenerla a su lado así tuviese que perseguirla. Sin embargo, sí, esa era ella, su *vita*. Besó su cabeza separándose un poco.

—Ese olor tuyo… —musitó pasando la nariz por su oreja, su cuello. La piel de Mariené se erizó —. Creí que no podrías verte más hermosa que aquellos días, me equivoqué —rectificó, luego acunó su barbilla para besarla de nuevo.

—¿Estás jugando conmigo? —preguntó con seriedad, buscando en sus ojos azules la respuesta. Notó como sus palabras lo confundían. Sonrió sacudiendo el rostro. Cada facción dura la jalaba más a él.

—No soy así y definitivamente contigo no me atrevería —aseguró. Ella se separó aún más. Necesitaba distancia.

—Debo bajar —le recordó sin saber qué más decir.

—¿Ese *David*? —reviró. Su tono no escondió la amargura que le generaba. Asintió esquivando su mirada. Presa de ese impulso que solo ella despertaba, sujetó de nuevo su delicada nuca y la besó con pasión—. Eres mi adicción, Mariené —declaró y lamió con lujuria la comisura de sus labios. La joven se alejó temblando, deseosa, aturdida ante ese deseo que crecía con cada segundo a su lado. No, eso no podía ser normal.

Salieron de ahí, él tras ella, aún sin poder creer lo que esa mujer lo estaba orillando a hacer.

Mariené se sentía bullir, sus mejillas coloradas y sus manos cosquilleaban. Al bajar, vio a David, leía en la sala, abstraído. Al percibirlos alzó la mirada. Los evaluó. Ahí se cocinaba algo grande, muy grande, estaba seguro.

—Nos vemos luego. Te mando los datos —susurró ese hombre al lado de su amiga rozando su mano apenas, para un segundo después posar su atención en él, serio, y salir de ahí.

Mariené no se movió. Es más, casi podía asegurar que no respiraba. Sonrió.

—¿Hablarás o te quedarás ahí todo el día? Puedo acabar el libro para cuando te descongeles —la provocó con su típica forma.

Giró entornando los ojos.

David ya fingía leer.

—Vamos a comer, tengo hambre —respondió trémula y se dirigió a la cocina sin esperarlo. Él apareció un segundo después. Cuando estuvieron solos, David arqueó una ceja.

—¿Y bien? —la cuestionó. Ella miró lo que tenía en frente y no pudo ni siquiera pensar en probarlo. Bufando hizo a un lado el plato, su estómago era un desastre. Resopló torciendo la boca —. ¿Me dirás que en Italia los paisajes fueron lo más interesante?

—Entre él y yo no hay nada —se defendió encarándolo. David soltó la carcajada acercándose un poco a ella, entornando los ojos.

—Eso, Mar, es tu primera mentira, puedo asegurarlo.

Su amiga se recargó en el respaldo, vencida.

—No miento —replicó sin mucha convicción. David torció el gesto.

—Un hombre no mira así a otro sin ninguna razón, créeme. De poder, me despelleja en tu habitación.

—No es verdad —zanjó.

—Entre ustedes dos hubo algo allá y por eso está aquí. Suéltalo —exigió. Lo miró por un segundo, dubitativa.

—Bien, te lo diré, pero no quiero que nadie lo sepa —advirtió nerviosa, necesitando hablar de eso con alguien y David era el más indicado.

Asintió serio, aguardando.

Le narró todo a *grosso* modo, sin ahondar, ni exponer su intimidad. Asombrado, la escuchó. No podría jamás juzgarla, al contrario, pero le preocupaba. Cuando terminó, él alzó las cejas dejando salir el aire. Era increíble.

—Ese hombre, Mariené, sí comprendes quién es, ¿verdad? Estamos hablando de un tipo que tiene el mundo a sus pies de la manera más literal posible.

—Por eso no respondí ninguno de sus mensajes, por eso… creí que ahí acabaría todo —explicó jugando con su tenedor.

—¿A qué vino? —indagó, analizando la situación.

—Dice que… por mí…

—No le crees —afirmó estudiándola.

Se encogió de hombros. No era que se sintiera poca cosa, pero bueno, Maximiliano estaba en las mejores portadas del mundo y ella era consciente que ahí no figuraba.

—No lo sé —musitó con sinceridad. David se recargó también en el respaldo de la silla, pensando.

—No creo que sea para ti. Tú eres, no sé, muy dulce para un tipo que ha vivido tanto como él, además, su mundo es reflectores, su vida pública, dicen que no es sencillo… Si por algo la prensa descubre que entre ustedes hay algo, Mariené, estarás bien expuesta, la boca de muchas personas —argumentó agobiado. La conocía muy bien y sabía que eso la abrumaría.

Ella se frotó el rostro consciente de la opresión que en su pecho crecía.

—Debo verlo, por última vez, yo… yo no paro de pensar en él, David —confesó asustada. Su amigo sonrió con pesar.

—Lo sé, ahora lo comprendo. Pero, ¿y él? No quiero agobiarte y disfruta si así lo deseas, quién soy yo para decirte lo contrario, tan solo… mide tus actos. Tus padres, es el hijo del esposo de Marcia, muy reconocido por lo que he escuchado, o sea, no es cualquier cabrón modelando: es asediado, acosado, deseado… Tú, una pequeña a su lado, la antítesis de su vida. —De pronto la forma en que Maximiliano la nombraba cobró sentido—. Cuídate, y si quieres mi opinión, habla con él, qué te diga lo que pretende. Mar, una chica como tú no es para jugar y espero que lo sepa, no sería justo —murmuró serio.

Su amiga se mordió el labio con aprensión. No tenía idea de nada, solo de cómo su presencia la llamaba, era magnetismo absoluto.

—No soy ya una niña, ni una inocente paloma, sé cuidarme —se defendió agobiada.

—De alguien así y de lo que lo rodea, no lo creo. Para cualquiera sería difícil, para alguien como

tú, más. Son vidas que no logramos ni imaginar.



El hotel donde se hospedaba era enorme, lujoso, entraba y salía gente sin detenerse. Se perdió un poco en los detalles, en las pinturas, pero de inmediato recordó la razón de su presencia allí. Sus palmas se humedecieron. En el bar, a un lado del lobby, con una gorra y gafas, estaba él. Lo reconoció enseguida.

¡Dios! Sabía que no debía estar ahí, que no debió acceder a su petición, sin embargo, podía ser la última vez que lo viera y tampoco era como que hubiese hecho algo malo, simplemente le quedaban muy claras las razones por las que no tenían ni una posibilidad, eso si él sentía algo más que un mero capricho por ella, que lo dudaba.

Sigilosa y a la vez despreocupada, se sentó a su lado. Maximiliano veía algo en su celular al tiempo que tomaba agua.

—Salgamos de aquí —ordenó poniéndose de pie sin verla a los ojos, sin siquiera dar acuse de notar que llegaba. Desconcertada lo siguió, frunciendo el ceño.

El elevador se abrió, él deslizó una tarjeta por el lector y pinchó el número quince. Quedaron solos mientras el aparato subía. Nerviosa no habló, hasta respirar le costaba. No comprendía del todo su actitud, parecía ausente y frío, mucho en realidad, como si no la conociera. Incómoda, así se sentía.

Creció el deseo de alejarse y, de repente, tuvo la necesidad de regresar a la seguridad de su vida, de lo conocido. Unos pisos después un hombre subió, iba más arriba. Resopló sin poder contenerse, pero le sonrió con candidez fingiendo normalidad.

Al llegar a su destino salieron sin cruzar palabra. Maximiliano dio un par de pasos sin voltear. Sabía que estaba arriesgándola que, aunque en un lugar tan grande como ese lograba pasar más fácil desapercibido, el riesgo también existía. No era idiota, aun así, no podía evitarlo, ni frenarlo, peor aún, contenerlo.

—No debí venir —la escuchó decir. Se detuvo en seco y al comprender su intención, detuvo su mano que iba directo a uno de los botones. Ella lucía agobiada, nerviosa. Se recriminó en silencio, acortó la distancia entre ellos y acercó el rostro a su oreja, notando con ello su reacción, esa que lo desmoronaba.

—Sabes que no es verdad, te estoy protegiendo… Solo sígueme, *piccola.*

La chica pasó saliva mirándolo de reojo. Su respiración se agitó y es que era consciente de la calidez de su cuerpo tan cerca. Asintió un segundo después, con las emociones revueltas.

Maximiliano abrió la habitación y le cedió el paso aliviado de que no se hubiese marchado.

Ella entró sin esperarlo, estudiando el lugar. Era amplia, iluminada por el sol del atardecer, una cama enorme cubierta por un edredón blanco y decoración minimalista. No era su estilo, pero lucía

elegante. Se acercó a una pequeña sala que estaba del lado izquierdo, dejó su bolso sobre el sofá y giró sin estar muy preparada para enfrentarlo pero comprendiendo que era lo que debía hacer; después de todo por eso estaba ahí. Maximiliano estaba recargado en uno de los muros, a un lado de la puerta, observándola.

—¿Cómo haces para perturbar mi vida así? —habló él primero, mostrando su desconcierto.

Mariené arrugó la frente.

—Y lo dices tú… No debiste ir a la casa, yo no debería estar aquí, esto no debe ocurrir —replicó nerviosa, sujetando el respaldo del sillón.

—Y ocurrirá. Huir es lo adecuado, Mariené, pero parece que no es nuestra opción —se cruzó de brazos, evaluándola. Era sublime.

—Maximiliano, creí que no volveríamos a vernos, no en mucho tiempo. Creí que… lo sucedido en Italia ahí acabaría.

—¿Y cómo, Mariené? —cuestionó intrigado. Ella lo miró sin entender su pregunta.

—Pues así; tú siguiendo tu vida, yo la mía —explicó ansiosa y se acercó a él, conciliadora—. Escucha, Maximiliano, no soy una chica inocente que represente un reto. Como te das cuenta estoy aquí, y allá no opuse mucha resistencia. Pero eso no me convierte en alguien frívolo o que está buscando ese tipo de aventuras, así que no comprendo qué deseas de mí, por qué todo esto.

El hombre la escuchó sin moverse ni un centímetro, evaluándola con suma atención. Esa mujer era siniestramente sincera, no adornaba las oraciones ni caía en el drama, decía lo que sentía, lo que creía y eso lo atraía más porque no tenía idea de cuál sería su siguiente frase pero sabía que lo podía dejar estático y aún más fascinado. Lo cierto era que no tenía idea; su ingenuidad lo envolvía por mucho que se resistía. No se complicaba, sin embargo, se encontraba ahí y esa batalla ganada contra su voluntad lo hacía sentir fuerte, listo para continuar.

—Si lo digo las cosas empeorarán para ambos, pero debes saber que no eres un desafío para mí, jamás te he pensado de esa manera, eres un deleite, Mariené. Por otro lado… Ni yo sé lo que estoy haciendo, solo que era necesario —atajó con sinceridad.

Ella, frustrada, soltó el aire metiendo sus manos en los bolsillos traseros del vaquero, perdiendo su atención en lo que los rodeaba.

—Me cuesta entenderte —admitió sin verlo.

—Y a mí pasar un maldito segundo más sin tocarte —gruñó con desespero. Mariené no se movió ni lo encaró.

¡Dios, eso debía parar!

—¿Silvano sabe que estás en México? —preguntó volteando, intrigada.

Negó serio.

—Solo vine por ti, no bromeé en la tarde… —aseguró.

No lo podía creer y tampoco sabía qué hacer. Maximiliano al notarla al fin turbada, sonrió de esa forma sensual que la desarmaba, bajando la cabeza un poco, logrando que sus ojos lucieran más peligrosos, más fuertes. La chica pasó saliva, apretando las manos.

—No quiero que me sigas mandando mensajes —advirtió envalentonada, intentando ignorar su tono, lo que decía, por Dios, a él en realidad. Algo en su interior luchaba por ceder, pero la otra

parte, rugía avisándole del riesgo a seguir.

—¿Desde cuándo son amigos ese tal *David* y tú? —preguntó sin darle importancia a su petición. La chica negó alejándose. Él fue más rápido, sus manos se enredaron a su cintura y sintió su aliento en el cuello. No pudo más y dejó salir un suspiro al percibir sus besos suaves en la nuca. Aquellos dedos tomaron su barbilla con cuidado moviendo así su cabeza para poder sentirla más cerca—. Me vuelves loco, Mariené —declaró haciéndola girar, para un segundo después, estampar los labios contra los suyos notando como con tan solo eso, la vida volvía a circular por su sangre, por su ser. Eso era Mariené, eso fue desde aquella noche años atrás.

Capítulo 13

Todo, absolutamente todo estalló en su interior. Sin pensarlo dos veces enrolló las manos alrededor de su cuello respondiendo con ardor. Un gemido de placer escapó de la garganta masculina.

Con movimientos cargados de habilidad él se deshizo de su blusa, esa que obstaculizaba el camino a sus dulces senos. Sin esperar más, ella buscó lo mismo pero sus manos temblaban, así que Max tomó la iniciativa y se la quitó para enseguida tomar sus dedos y besarlos con abierta lujuria.

—Te deseo —gruñó y enseguida la alzó, Marienè en respuesta enredó las piernas en su cadera sin soltar sus labios. Avanzaron en medio de roces y gemidos. Era la primera vez que estarían juntos sin temor a ser escuchados o descubiertos, eso convertía el momento en más desesperado.

Acabaron sobre el colchón de un tropezón, rieron al rebotar, pero continuaron besándose.

Presos del momento se dejaron llevar por el placer para que en su vuelo borrara aquello que no cabía dentro de sus cuerpos al sentir esa necesidad punzante de ser uno sin que el mundo pudiera impedirlo.

La joven notó su aliento sobre su seno derecho, y a su mano abrirse paso en sus pantalones para hurgar su punto exacto, logrando con ello llevarla de cero a mil en segundos. Se arqueó emitiendo un jadeo agudo, exigiendo más.

No, no podía resistirse por mucho que su razón se lo demandara. La besaba con esmero, con posesividad, recorriendo cada rincón que ya había explorado.

Pronto la ropa terminó desperdigada por la habitación, él abrió un preservativo sin soltar sus ojos, agitado, lujurioso y se hundió en su cuerpo sin preámbulos. La joven soltó un grito lleno de ansiedad, de deseo, enseguida lo jaló para rodear su cuello y respirar su aroma familiar.

Gimiendo sin control, ninguno de los dos pudo restringirse. Marienè aferrada a él, se dejó llevar y se entregó a lo que la orillaba a experimentar.

—*Minha vida*… —lo escuchó decir cuando todas las sensaciones se desbordaron en ambos, permitiendo así que aquella amenaza de explosión tronara sobre sus cuerpos. Gimoteó acalorada sobre su boca, aturdida y satisfecha.

Encerrada en la jaula de sus brazos no conseguía recuperar la respiración; el encuentro había sido tan diferente, lleno de pasión, de ansiedad y anhelo. Atónita, comprendió, con él aún en su interior, que nada podía compararse con los momentos a su lado, con lo que la hacía sentir.

El hombre, extasiado, besó su delgado hombro con dulzura mientras acariciaba esa angosta cintura.

¡No paraba de desearla, con un demonio!

—¿Qué has hecho durante estos meses? —preguntó con voz serena. La joven volteó a verlo. Él sonrió con ternura, despeinado, irreal. Aún estaban unidos y eso no le permitió relajarse, sin embargo, no se movió.

—¿Cuándo te vas? —logró preguntar en cambio, con voz ahogada, pasando una mano tímida por su cabello. Maximiliano supo la razón de su comportamiento y sonrió complacido por esa

caricia. Estaba extasiada, pero contrariada.

—Mañana debo viajar a Milán —respondió con simpleza. Ella se removió, así no podría hablar, definitivamente.

—¿Una campaña? —dedujo.

Maximiliano, divertido, asintió y de un movimiento la depositó en la cama, besó su frente y desapareció en el baño. Mariené soltó un suspiro, abochornada, pero sonriendo también. Buscó algo con que cubrirse, se puso las bragas y su blusa sin perder tiempo. Él, al salir, negó con ligereza al verla y se puso el bóxer.

La chica se sentó despeinada en la orilla de la cama, algo cohibida, pero extrañamente a gusto ahí, observada por él y es que lo hacía de una manera en la que la dejaba atontada. Maximiliano, relajado, se acomodó a su lado, colocó una de las manos sobre su pierna delgada y la miró fijamente, maravillado por lo mucho que ella le despertaba.

—Háblame de ti, necesito saber más de tu vida, Mariené —pidió.

Arrugó la frente observándolo intrigada. Lo decía con urgencia.

—No hay nada interesante, digo, la tuya sí que debe tener miles de cosas que contar… —replicó. Él, en respuesta, sujetó su barbilla y rozó sus labios de forma íntima.

—Quiero escucharte —susurró sobre su rostro. La joven se alejó asintiendo. Ese hombre era potencia en su estado más puro. Se recargó en la cabecera de la cama, pensando en qué decir. Él se acomodó a su lado y observó como ella pasaba aquellas piernas que le fascinaban enredadas torno a su cadera, sobre las suyas. No podía dejar de tocarla, de mantenerse lo más cerca posible a ese cuerpo que lo contactaba—. ¿Cómo van tus estudios? —preguntó al notar que no sabía por dónde comenzar.

—Si ahora es mi turno, luego será el tuyo —amenazó Ané.

Asintió solemne, sin remedio. Esa sonrisa que le devolvió lo hipnotizó enseguida. Nada era tan real como ella.

—Estoy por terminar, en unas semanas al fin saldré. Tengo una cantidad de entregas que no puedes imaginarlo. Y además mi trabajo, hay días que duermo solo cuatro horas.

—¿Trabajo? ¿En la librería?

De ello le había contado en Italia, lo recordaba tan bien como cada uno de los segundos en aquel lugar que volteó de cabeza todo su plan, sus ideas y manera de vivir. La joven negó entusiasmada.

—No, estoy trabajando para una editorial, reviso manuscritos que podrían ser publicados y a veces hago correcciones —le explicó orgullosa. Maximiliano alzó las cejas asombrado, jugando con su delicada mano, enrollando los dedos grandes en los suyos.

—No tenía idea, así que eres todo un «cerebrito» —soltó bromeando. Mariené le dio un empujón, riendo—. Lo siento, pero es que me dejas mudo, aunque de ti puedo esperar lo que sea —admitió porque era cierto. Aquellos días la había escuchado con mucha atención, sus sentidos lo requerían y había descubierto más que un lindo rostro; había descubierto una mujer tenaz, inteligente, aventurera, enigmática e inquieta en todos los sentidos posibles. Así que el hecho de obtener ese trabajo era lo lógico en ella.

—Ahora que termine espero poder dedicarme de lleno, en realidad es lo que ellos desean, me quieren más tiempo.

—Alguien como tú no es fácil de encontrar, *piccola*. —Le guiñó un ojo, juguetón. En respuesta ella solo sonrió apenada huyendo de la potencia de su mirada azulada. Él buscó enseguida un cambio de tema—. Dime algo, ¿ves con frecuencia a tu padre? —preguntó con desenfado, pero deseoso por continuar escuchándola, conocerla tanto que no lograra tener ni un hueco de ella en su mente.

—Vive ahora en Colombia, tiene una empresa construye hoteles para grandes cadenas, los equipa y los deja funcionando cien por ciento, para después entregarlos listos para abrir. Así que viaja todo el tiempo, ahora mismo tiene un contrato allá desde hace un año, por lo que se mudó —explicó con su particular sencillez.

Maximiliano besaba sus dedos con ligereza, muy entretenido en su labor, aunque evidentemente atento a lo que decía. Ella lo observó pasando saliva y es que todo lo hacía con absoluta sensualidad, con una cadencia que la hacía costoso el asunto ese de respirar.

—¡Vaya!, un trabajo absorbente.

—Sí, pero nos hablamos con frecuencia y viene cada tanto. Me llevo bien con él, Jessica también. Es un buen padre la verdad —murmuró con sinceridad. El hombre elevó sus ojos aguileños, sonriendo.

—Tú solo mereces cosas buenas, Mariené —aseguró con voz ronca.

La chica, acalorada, sonrió como siempre y es que en serio intentaba rescatar de la vida lo bueno. Lo malo, si debía suceder, la alcanzaría quisiera o no, y necesitaba tener su mente llena de los recuerdos que le dieran la fuerza para enfrentarlo.

—Me gusta la vida, *mi* vida, así, tal como es —concedió soñadora, perdiendo la atención en la habitación—. Al despertar cada mañana siento que le debo tanto, ser feliz es como una manera de agradecerle —dijo girando hacia esos ojos azules. Él, al percibir aquello que lo atraía a esa mujer crecer, exigir, rugir, la tomó por la nuca y la besó despacio, saboreándola. Mariené tenía eso que él ya no tenía y que no había comprendido que deseaba, que ansiaba, no hasta que se cruzó en su camino.

—Espero que jamás sea de otra manera, *minha vida* —susurró alejándose unos centímetros de esa dulce boca. La joven negó quejosa y ahora fue ella quien lo besó.

Se sentía maravillosa esa intimidad que crecía con cada palabra compartida. A su lado se era tan ella, tan capaz de flotar, de disfrutar aún más lo que el instante le ofrecía pese a no tener idea del terreno que pisaba, que se aferró al momento.

—Háblame del manuscrito que estás revisando, ¿es bueno? —curioseó él, con su rostro entre las manos, acariciándola, deleitado por su pasión, por la falta de remilgos y esa personalidad que lo envolvía. Mariené rozó de nuevo sus labios y se acomodó emocionada. Él rio al percibir su ánimo.

—Muy bueno en realidad. ¿Deseas que te lo cuente?

Asintió con la mirada serena. Mariené se acomodó un mechón tras la oreja y comenzó a narrarle la historia. Se perdió en el relato por un buen rato, mientras la escuchaba intrigado, extasiado. Ella manoteaba y se movía con ligereza explicándole. Maximiliano reía o se asombraba por lo que le iba diciendo, atento a cada una de sus palabras y es que narraba exquisito.

—Esa historia suena interesante… —confirmó dándole un dulce beso que la dejó algo ida. Asintió soñadora y es que su sabor era mágico y su tacto una urgencia vehemente de su ser.

—Es tu turno… Descríbeme un día tuyo, tengo curiosidad —lo desafió. Él se alejó un poco, torciendo el gesto—. ¡Ey!, no seas tramposo —lo reprendió por lo que el hombre la miró de reojo, riendo.

—Bien, aunque me gustaría hablar de ti todo el tiempo —refutó quejoso. Negó con su dedo índice, decidida.

—No diré nada más hasta que sacies mi curiosidad —le hizo ver. Éste aceptó con la cabeza, sin remedio.

Esa *piccola* lo manejaba sin problemas y aunque era algo a lo que en lo absoluto estaba acostumbrado porque implicaba ceder algo más que un deseo, con ella sabía que no peligraría, o eso esperaba porque no podía evitar quererla a su lado, de la manera que fuera y eso era algo que, aunque ya lo había admitido para sí, no debía dejarlo salir.

—Podría extorsionarte —dijo y giró acercándose a ese delicado cuerpo. Con agilidad lo hizo a un lado levantándose de la cama. Maximiliano la contempló con lujuria impresa en sus varoniles facciones.

—Me iré —sentenció alzando una ceja. En respuesta él se dejó caer en el colchón, vencido.

—Me manejas con un dedo —se quejó, ella se acercó con las manos en la cadera.

—Decide.

La tomó por la cintura y cayó sobre ese asombroso pecho, de golpe. Gimió al sentir su cuerpo bajo el suyo. Su sonrisa descarada le dio gracia y es que parecía que a él todo le daba igual.

—Me tienes en tus manos.

Iba a besarla, pero se hizo a un lado cayendo a su costado, riendo.

—Estoy esperando, Maximiliano —lo instó acalorada. Él soltó una carcajada.

—Bien… si te aburro, me lo dirás. —Alzó su mano prometiéndolo—. Despierto normalmente muy temprano, salgo a trotar y si el clima no me lo permite hago ejercicio en el apartamento. Me ducho, obviamente me visto así todo sexi, ya sabes—bromeó con frescura logrando arrancarle una carcajada— y desayuno…

—¿Comes lo que sea? —quiso saber aún risueña, observando el techo, igual que él. Maximiliano apretó esa mano que hacía un segundo había rodeado con sus dedos.

—¿Te refieres a una dieta? —preguntó intrigado mirándola de reojo, divertido—. Esa duda no te dejaba vivir, ¿cierto?

Ella soltó la risa, otra vez.

—Casi —admitió sin vergüenza.

—Sana, solo eso, intento no comer cosas que dañen mi organismo —explicó. Alzó las cejas, asombrada.

—¿Las hamburguesas son permitidas? —curioseó. Rio de nuevo.

—Sí, Mariené, solo que no suelo comerlas. Sobre todo ejercicio, una vida dentro de lo que se puede saludable, sin embargo, tampoco mido calorías ni nada de eso, mi complexión siempre ha sido ésta sin tanto esfuerzo.

—Pues eres afortunado… —señaló torciendo la boca. Se giró para verla, recorriendo su cuerpo, sobre todo esas piernas, con la mirada.

—¿Lo dices tú? —gruñó con deseo claro en sus rasgos masculinos. Ella se encogió de hombros. Era consciente de que tenía un cuerpo delgado; poco de todo, salvo piernas largas, nada del otro mundo.

—Dime más… —exigió ignorando esa clara señal de lujuria que despertaba en sus ojos azulados.

—Me voy a alguna sesión, o a revisar la administración de los negocios, junta con mi manager, siempre tengo algo que hacer, por la noche algún evento y si termina temprano desaparezco para tener un momento sin tanto ajetreo, relajarme, aunque no soy de sueño pesado, con unas horas me es suficiente, me agrada ver alguna película, leer algo interesante.

Enarcó las cejas, deleitada, escuchándolo.

—Yo duermo como un lirón —admitió con ligereza.

—Y lo haces de una manera imposiblemente dulce, *piccola*. Verte perdida en tus sueños me encantaba, aunque lo pude hacer poco…

Ella lo encaró girándose, intrigada.

—¿No te gusta ir de aquí para allá? Supuse que lo disfrutabas —continuó frente a él. Maximiliano acarició su mejilla, ladeando los labios, pensativo.

—Me gusta, no sé estar quieto y me agrada gastar la energía que siempre tengo dentro, pero… Desde hace unos meses descubrí que me aleja mucho de mis pensamientos —admitió absolutamente atento a ella. La joven se incorporó arrugando la frente.

—Si ya no te gusta tanto, podrías dejarlo… —se aventuró a decir, sin filtro. Casi de inmediato se arrepintió, como solía ocurrirle, pero ya no había remedio. El aludido se ubicó frente a ella, rodeó su mano negando observando sus dedos unidos.

—No es tan sencillo, no por ahora, además, no es que no me guste, Mariené. Entré en esto con plena conciencia, sé que no será eterno, por eso mis otros negocios, pero… aún es algo que gozo. En la pasarela existe una adrenalina indescriptible, o en una sesión de fotos es como si pudiera despersonalizarme, alejarme de todo, nada había logrado que mi mente abandonara mi cuerpo de esa manera hasta… hace poco —confesó frunciendo el ceño sin alzar la vista—. Seguir es lo adecuado, por ahora lo que debo hacer. Mi carrera es algo complicada, la vida detrás de todo eso no es sencilla, pero he logrado hacerme de personas que aprecio, que me conocen, que valen la pena, quizá… en un tiempo…

No terminó la frase.

Ella asintió un tanto desilusionada, pero ocultándolo.

—¿Puedo preguntarte algo? —quiso saber, curiosa.

—Lo que tú quieras… —la alentó. Ella se hincó sobre el colchón, alejándose un poco.

—¿Cómo fue lo de tu madre? —se animó a formular, un poco nerviosa. La quijada de Maximiliano se tensó sacando el aire de los pulmones de golpe. Ella se mordió el labio interno, necesitaba saber más de él, aunque tal vez la pregunta no debió hacerla aún. Cada uno tenía derecho a ser receloso con su pasado, con lo que lo afectaba—. Si no deseas contestar no importa, podemos hablar de algo más —propuso.

Sus ojos extraños se acentuaron y sus facciones que, ya de por sí eran duras, se tornaron más aun, tanto que sus palmas comenzaron a sudar.

—No me siento responsable, ya no por lo menos… —hizo una larga pausa—. Tenía once años, venía jugando en la parte trasera del auto con mi balón, ella acababa de pasar por mí a las clases de futbol, de pronto éste salió disparado hacia adelante, la desconcentré, se pasó un semáforo sin

percatarse y chocamos.

Hacía años que no hablaba de ese evento, de cómo fue; lo hacía sentir expuesto y vulnerable, de nuevo presa de ese tiempo tan difícil y lo que desencadenó, pero si Mariené necesitaba saberlo entonces podía decirlo intentando no tocar el sentimiento.

La joven abrió los ojos de par en par, impactada. Su voz masculina era tan ausente, tan ajena y su mirada turbia, lejana.

—Desperté semanas después, ella ya no estaba… falleció casi en el acto.

No imaginó algo semejante, menos el cómo aquello lo cambiaba ante ella. Bajó la mirada, respirando con dificultad, azorada.

—Lo lamento, Max —logró decir, descompuesta. Pocas personas entendían lo que era sentirse vivo. Su mano se enroscó en la suya. Alzó los ojos, la veía con inseguridad, midiendo su reacción.

—Lo sé, no te alteres por ello. Pasó hace años, tomé muchas terapias y ahora estoy bien… Fue un accidente —masculló.

—Y tú un niño, no me agrada pensarte en semejante situación.

Acarició su mejilla envuelto en ternura, aunque aún con el gesto endurecido.

—Eso es lo que te hace irresistible, Mariené, eres tan tú, tan sencillamente tú y sé que es real lo que dices —apuntó. La chica ladeó la cabeza para apoyarla en su mano.

—¿Es por eso por lo que huiste de México?

Al escucharla soltó su rostro, arrugando la frente, alejándose un poco.

—No hui, la oportunidad de esto se dio cuando terminaba la carrera… —se defendió, sin comprender cómo es que llegaba a aquella conclusión.

—No te acuso, es solo que prácticamente no vienes y se nota que tu padre te extraña —argumentó tranquila. Suavizó el gesto.

—Él… él merecía hacer su vida y me alegra mucho que encontrara una mujer como tu madre —zanjó poniéndose de pie, agarrando una botella con agua del servibar. Por mucho que fuese ella, sentirse como un libro abierto era algo a lo que no estaba habituado.

Lo observó silenciosa, sin saber qué decir, ni siquiera si debía moverse. Buscó con la mirada su ropa comprendiendo que probablemente era hora de partir. No era nadie para cuestionarlo de esa forma, ni alguien que debía esperar respuestas. Ella tampoco deseaba que indagara mucho más en su vida. Así todo estaba bien.

—Lamento haber sido tan intrusiva, no debí hablar de ese modo —se excusó bajando de la cama y se acercó a sus *jeans*—. A veces soy…

Una mano torno a su cintura la acalló.

—Demasiado ideal para mí.

Se detuvo, su aliento acariciaba su nuca, erizándola.

—Creo que es mejor que me vaya, ya es tarde y…

—Duerme a mi lado, esta noche pásala conmigo —suplicó perdiendo su nariz en aquel delicioso aroma que desprendía su cabello. Cerró los ojos ante su cercanía, su tacto. Dios, la doblegaba con apenas eso.

—Maximiliano —susurró rodeando las manos que apresaban su cuerpo recargando la cabeza en su pecho.

—Cada vez que dices mi nombre, no tienes idea de lo que generas —rugió al tiempo que la hacía girar de un movimiento arrancándole un respingo, estaba muy cerca—. La vida al lado de mi padre fue la mejor, es solo que yo no se lo puse fácil. Fui, después de aquello, muy complicado. Cargaba mucha culpa, verlo sufrir en silencio su muerte dolió más que mi propio dolor. Marienè, quería librarlo de mí, permitirle que dejara de estar preocupado por mí y es por lo que le he dado su espacio, eso es todo —explicó con voz ronca.

En respuesta, acarició su mejilla con lentitud, atenta a sus ojos que la atrapaban.

—Sé que nunca dejarás de ser lo más importante en su vida, él está bien, pero ambos se merecen más cercanía… —musitó con dulzura. Maximiliano, perdido en sus pupilas, torció los labios, reflexivo. Solo ella lograba hacerlo recapacitar por lo menos en ello.

—Lo pensaré, de acuerdo —convino. Asintió embelesada, ya aquella boca descendía hasta la suya—. Por ahora, disfrutemos de estos minutos, u ¿horas? —preguntó con un dejo de sensualidad que la aniquilaba.

—Inventaré algo en casa, pero… —Se alejó, así no podía pensar, no con esas manos trazando círculos en su cintura, o su aliento tan cerca de su rostro.

—A ver, muero por saber lo que encierra ese «pero» —la provocó cruzándose de brazos. Lo ignoró imitándolo.

—No más mensajes, no me buscarás más… Para mí no es tan sencillo pasar la página —se sinceró esperando su reacción.

Ese gesto masculino se endureció, se recargó sobre un muro, meditando, sin dejar de escrutarla. Lucía decidida, era evidente para él cómo buscaba alejarse de lo que fuese le generara. Marienè no era de las temerosas, pero tampoco de las que se arriesgaba por nada, los días en aquella playa lo detectó y eso lo atrajo aún más, casi hasta un punto enfermizo.

—No puedo… —soltó con simpleza. La chica resopló frustrada y es que su corazón bombeaba aún más rápido y su cuerpo lo sentía tenso.

—No quiero discutir, en serio, pero entonces dime qué es lo que quieres de mí. No me gusta esto. No puedes aparecer sin más, pedirme que nos veamos a escondidas y desaparecer, seguir con tu vida porque, entiende, yo no logro seguir con la mía… —Le importaba un cuerno soltarlo todo, necesitaba dejar claro lo que ahí ocurría.

Escucharla fue su fascinación, pero no lo demostró, después de todo esconder su ser era algo en lo que era experto así que su rostro continuaba congelado, sin reflejar ni una emoción, nada. Marienè solo pudo evocar al hombre que vio por primera vez en la boda; atractivo e inaccesible.

—No soy el hombre para ti, eso lo tengo muy claro —respondió. Negó molesta, eso no tenía sentido. Comenzó a buscar sus cosas, ¡al diablo!—. Pero no logro alejarte de mis pensamientos. Esto para mí implica romper todo lo que pienso, si estoy aquí no es por mero capricho, Marienè, sin embargo, sé que no debería dejarme llevar de esta manera.

Su voz tenía una mezcla de culpa e ira. Se detuvo al escucharlo, un segundo después, desconcertada, se acercó con su pantalón en la mano.

—No entraré en esto, no vendré a ti cada vez que se te ocurra, no te responderé los mensajes,

no jugaré con mi mente, con mis sentimientos, ¿comprendes? Puede ser que en tu mundo las cosas puedan mantenerse en este plano ante una atracción como esta, pero en el mío, en mi mundo, no, y no me haré daño si antes puedo alejarme —sentenció sin dudar.

—¿Tanto miedo tienes a vivir? —la desafió.

Sonrió negando, luego agarró sus calcetines que estaban sobre un sillón maldiciendo. Él no tenía una maldita idea de nada.

—Al contrario. Y puedes pensar eso, no me interesa, pero no soy idiota. Sé quién eres, quién soy, mañana te vas y seguirás, quizá en otra cama, a lo mejor con otras mujeres y no lo puedo ni siquiera juzgar, pero yo no seré la que te espere aquí cuando truenes los dedos. Me gustas, muchísimo, siento… cosas y lo sabes, sólo te pido que no las uses en mi contra, que dejemos esto que no llevará a ningún sitio.

—Jamás me permitiría dañarte —susurró con certeza. La hizo girar al tiempo que estampaba sus labios sobre los suyos, ávido, deseoso, con un dejo de ansiedad—. Nuevamente me juzgas sin saber. Tú eres diferente, lo tengo muy claro y es por lo que creo que tienes razón, esto no debería avanzar —sentenció. La joven sintió una piedra atascada en la garganta, era más fácil decirlo que escucharlo. Maximiliano, notando su turbación, esa misma que experimentaba, acarició su dulce rostro con suma atención, para después mirarla con esa potencia que lo caracterizaba—. Solo esta noche, déjate llevar hoy y me alejaré antes de poder lastimarte con mi vida, con lo que provoco… —prometió.

Estaba tan cerca de su mejilla y sus terminaciones nerviosas se sentían tan vivas a su lado que sin pensarlo más aferró su mano, esa que la acariciaba, consciente de lo que hacía y dejando de lado eso último que había escuchado.

—Solo esta noche, Maximiliano, no más… —advirtió.

Al escucharla cerró los ojos asintiendo, pegando la frente a la suya, aliviado porque con ella nunca imaginaba lo que sucedería el minuto siguiente, peor, le hubiese gustado poder abrirse más, exigir más, pero algo con Mariené lo detenía, algo que nunca había experimentado, algo que lo alejaba de su juicio y de ser todo lo que se prometió para no volver a provocar una desgracia más.

—No más, Mariené —acordó y la besó con demencia.

Capítulo 14

No tuvo problema con su madre; una salida con Bárbara y listo. Se ducharon, rieron, cenaron en medio de una charla relajada, se besaron sin cesar, tocándose.

Saber que esos serían los últimos momentos compartidos tornaba la situación más intensa. Mariené no tenía idea de cómo seguiría los días sin saber más de él, sin estar al pendiente de algún mensaje o una visita intempestiva como esa, pero sabía que era lo mejor. No era una mujer soñadora, no de esa forma y la realidad estaba ahí frente a ellos, era imposible pretender que no existía, algo en él la ahuyentaba y le gritaba que avanzara en dirección contraria.

Recostada sobre su pecho trazaba líneas sobre aquel duro abdomen. El silencio era lo único que podía escucharse y sus respiraciones pausadas, serenas. En algún momento los pensamientos los apresaron, por lo que dejaron de hablar.

—¿Ese chico…? —interrumpió Maximiliano aquella deliciosa paz. Con su delicado cuerpo adherido al suyo, sintiéndolo bajo su palma, con su aroma clavado en su mente, no recordaba nunca haber sentido tanta tranquilidad.

La joven supo de inmediato a quién se refería, alzó el rostro para verlo. Él también lo hacía.

—Mi mejor amigo —musitó despacio. Asintió tumbándose de nuevo con el brazo flexionado tras su cabeza.

—¿Qué piensas de mí? —soltó tomándola por sorpresa, observaba imperturbable el techo. Ella frunció el ceño, desconcertada.

—¿Por qué lo preguntas?

Se encogió de hombros, reflexivo.

—Tengo curiosidad —admitió. La joven dejó salir un suspiro, se alejó un poco cubriéndose con la sábana, sabía que la observaba.

—No te conozco lo suficiente… Pero creo que eres un hombre fuerte, decidido, que sabe lo que quiere y no se detendrá, algo impulsivo, que ama lo que hace y… —lo miró sonrojada por dejarse llevar.

—¿Y? —quiso saber volteando hacia ella, recargándose en un codo, intrigadísimo. Mariené pasó saliva; su torso desnudo se veía tenso y su cabello despeinado casi logró que le diera una arritmia. Desvió su atención, acalorada.

—Y… demasiado imponente —soltó incómoda.

Deleitado tomó su barbilla para que lo viera a los ojos y luego la estudió.

—No ibas a decir eso —atajó. La joven se humedeció los labios, ya secos gracias a él.

—Y… que sabe lo que genera en las personas —admitió bajito. Maximiliano sonrió asintiendo, satisfecho.

—En ti, ¿qué provoco, Mariené?

Pasó saliva, nerviosa y comenzó a jugar con sus manos repitiéndose que eso se acabaría esa noche. No deseaba abrirse más… de por sí.

—Ya lo sabes —farfulló y enseguida buscó alejarse. Él fue más veloz y la tomó de la cintura logrando que se recostara sobre el colchón apresándola con su cuerpo. Despacio pasó una mano por su delgada pierna, desde la rodilla, hasta la cadera. Ella sólo lo miró nerviosa, sentía de nuevo su la muestra de su deseo sobre su vientre. ¿Por qué le preguntaba esas cosas?

—Me gustaría escucharte —murmuró con voz ronca, su mano subió hasta su delicado talle, lento.

—Intriga… —confesó con la saliva espesa. Maximiliano abrió los ojos asombrado, pero sin detenerse, ya comenzaba a llegar a sus suaves senos sin soltar su mirada, esa que la enloquecía más que nada—. Que… me sienta una niña —aceptó atragantándose. Él sacudió la cabeza, obviamente no esperaba eso. Su mano rozó su pezón, ella soltó el aire pestañeando—. Que olvide todo y solo… desee mirarme en tus ojos —pudo decir ya entre jadeos.

Maximiliano dejó de sonreír, la traspasó con ese iris cargado de potencia completamente asombrado por lo que ella lograba, por esa conexión a la vida que le brindaba, que le coqueteaba, a la que no estaba logrando resistirse porque era más sencillo ir contra el instinto, en todo caso.

—Qué me hiciste, *vita*. —Acarició con la otra mano su cabello—. Me trastornas… —Un dulce beso siguió a esa declaración. Se lo devolvió sin dudar.

—Me gustaría que… las cosas fueran diferentes —se encontró diciendo, de pronto. Asombrándose a sí misma puesto que pese a desearlo no pretendía avanzar, precisamente por lo mucho que estaba sintiendo. Besó su mejilla dejando su estela de aliento cálido ahí.

—Tu mundo es demasiado bello como para complicarlo sin necesidad, muchas cosas de mi entorno podrían… no gustarte, o cambiar esa paz que tanto defiendes y que estoy seguro que debes seguir haciéndolo, lo mereces —refutó muy seguro. Mariené sintió cierto alivio, aunque se quedó estática debido a sus palabras, a cómo la percibía, sin embargo, ya la yema de esos delirantes dedos jugueteaban con la punta de su seno, torturándolo.

—Parece que me ves como una niña que apenas despierta a la vida —musitó gimiendo por lo que le hacía, odiando que tuviese esa percepción de ella, pero deleitada por su roce.

—Te veo como lo que eres; un ser que envuelve, que atrae, demasiado puro, demasiado dulce. No haré nada para que eso acabe en ti —aseguró sin estar muy seguro de poder lograrlo. Levantó su blusa y bajó su rostro hasta aquel lugar donde sus manos habían colonizado. La respiración de la joven se disparó y se arqueó nuevamente ante aquella humedad exigente, voraz—. Eres deliciosa, *minha vida*.

Con la respiración a tope, las luces apagadas, ese esculpido cuerpo envolviendo el suyo de esa forma tan posesiva, tan única, su mente no logró dejar de pensar en lo que le había dicho hacía unos minutos: «Su paz».

Qué había con eso, la mentaban tanto que no comprendía. Era una chica como cualquiera, quizá más aventurera, quizá más temeraria, quizá más reservada también, nada atípico. La realidad es que no siempre fue así, de pequeña su salud fue frágil, Marcia solía vivir preocupada por ella, pero después de muchas situaciones logró fortalecerse y a raíz de todo eso comprendió lo que era vivir y no se lo perdería por nada.

Envuelta en besos, jadeos, caricias sensuales desperdigadas por su cuerpo, de pronto fue consciente de cómo él se adentraba en ella logando así que soltara un gritito debido al éxtasis. La

llenaba, la colmaba y no podía pensar en nada que la hiciera sentir tanto.

—Irresistible, en realidad —completó él con un hilo de voz al tiempo que empujaba con mayor vehemencia para perderse por completo en ese cuerpo que ya comenzaba a convertirse en su santuario.



Por la mañana la despertó un cosquilleo en su cuello. Sonrió al sentir los brazos de Max en torno a su cintura, más aún cuando fue consciente de sus dedos trazando círculos sobre el abdomen. Rio enrollando los dedos en los suyos, deteniéndolo. El hombre se quejó besando su cabello.

Media hora atrás, había abierto los ojos y lo primero que notó, fue de ese esbelto cuerpo bien cerca del suyo. Aspiró su aroma, deleitado. La paz recorría su ser, la culpa y malos recuerdos lo habían abandonado durante ese tiempo a su lado, ese que compartía con ella; su delirio.

—¿Qué hora es? —preguntó adormilada, extasiada por su cercanía.

Dormir a su lado había sido muy fácil, más que eso, dulce.

—No es hora de preguntarlo —murmuró haciéndola girar. Lucía despeinado, con los ojos adormilados, aun así, perfecto. La joven acarició su cabellera, disfrutando de sus hebras entre los dedos. Él escondió su nariz en la curva de su delicado cuello respirando con profundidad—. Eres mucha adicción, *piccola* —susurró y comenzó a besarla con cuidado.

Gemir fue una reacción involuntaria de su cuerpo. El tacto de Maximiliano de inmediato comenzó a cobrar vida y casi como si fuese seda empezó a rozar su pecho, sus brazos, sus piernas. Dejó de pensar, permitiendo que la marea de emociones la sometieran, necesitaba que fuera así.

Más tarde, famélicos, ingirieron el desayuno en silencio, pero sin apartar la atención el uno del otro, con miradas cargadas de complicidad. Ella sonreía coqueta y es que se sentía tan mujer a su lado que la abrumaba, por otro lado, la vulnerabilidad que hacía años había logrado dejar de lado regresaba con cada segundo junto a él.

—Debo irme… —le recordó después de pasar largo rato sentada sobre sus piernas, besándose, sin emitir palabras, solo sonidos de placer.

Él gimió a manera de queja, asintiendo.

—Lo sé —gruñó mordisqueando uno de sus dedos, juguetón. Ella se irguió buscando aquella potente mirada, algo nerviosa, pero decidida.

—Max, cumplirás lo que quedaste, ¿cierto? —quiso cerciorarse. El hombre respiró despacio, sabía que eso era lo que quería y que era lo mejor para ambos, pero ¡mierda! No quería y lo enfurecía que esa dulce chispa de vida, sí. Lentamente la depositó sobre el suelo y caminó rumbo al baño. Mariené lo siguió un tanto irritada—. Lo prometiste.

—Después de esta noche, no debería hacer otra cosa, es lo justo —murmuró molesto, de nuevo con aquel semblante cargado de pedantería, buscando, de alguna manera, poner esa distancia que ya

era ridícula entre ambos—. Pero tal parece que tienes prisa para que suceda. No te obligué a quedarte, tampoco a nada —le recordó cruzándose de brazos.

—Piensa lo que quieras, solo aléjate. ¿Sí? No necesito una vida llena de complicaciones.

—Tampoco veo en qué momento te propuse algo así —refutó irritado, conteniéndose.

No era bueno para ella simple y sencillamente porque ella no quería ni averiguarlo, porque quizá veía solo «negro» al mirarlo, y no luz, que era lo que buscaba. No podía culparla porque también lo pensaba, pero lo enojaba. Mariené apretó los dientes, con la atención fija en su iris azul. Él ya reía con cinismo, ocultado su frustración.

—Es asombroso como en dos segundos lo arruinas todo —gruñó. Maximiliano negó decidido, se acercó a ese delicado cuerpo y rodeó su brazo, acercando su rostro al de ella.

—No soy yo el que quiere acabar siempre esto, quien tiene prisa por deshacerse de ti —agregó contenido.

—No quiero deshacerme de ti, pero tú dijiste que no quieres arrastrarme a tu vida y…

La besó sin permitir que acabara y es que ya no podía escuchar un rechazo más, no de ella. Lo cierto es que de alguna manera sentía que era mejor no avanzar, no más por lo menos. Su mente era un caos, pero su alma aún más y la de ella debía conservarse así; intacta.

El vacío que generaba en quienes lo habían amado no era algo que permitiría que Mariené viviera, no si podía evitarlo.

—Bien, ya, de acuerdo. Dije que me alejaría, mis razones ahora son más que las de ayer —rugió. La chica respiró agitada, notando su turbación y es que había algo poderoso que la detenía, que la frenaba con fuerza.

—Yo… Dios, ya no sé qué decirte —dijo, ansiosa. Él negó despacio, sonriendo sereno.

—Nada, *piccola*, nada. Anda, te acompaño afuera.

Observó cómo se vestía al tiempo que se enfundaba en un pantaloncillo de algodón y una camiseta blanca. Cuando estuvo lista, lo observó por última vez. Tuvo esa certeza de que dejaba ir algo que le pertenecía. La realidad era que no, nada ahí era suyo, ni lo sería nunca. Sonrió conciliadora. Maximiliano se colocó frente a ella, sujetó su barbilla y la meneó un poco.

—Eres la paz que cualquier huracán desea para sí, *piccola*, no lo cambies, ni siquiera por mí —pidió frustrado. Caminaron hasta la puerta, abrió rascándose la cabeza, respiró hondo.

—Suerte en Milán —expresó nerviosa.

¡Agh! Sabía que no debía hacerlo, menos ahí, en el pasillo, pero simplemente no lo resistió; era oxígeno para sus pulmones. Presa del impulso que solo con ella lo dominaba, la tomó por la cintura y la besó con arrebato.

—¿Mariené?

Ambos se separaron de forma abrupta, pero ella abrió los ojos de par en par, atónita. Maximiliano arrugó la frente notando como una vena absolutamente protectora, desconocida para él, crecía y se cernía en su anatomía. Rodeó su cintura acercándola a su cuerpo, tenso. La joven giró el rostro, temblando.

—Papá… —logró decir, lívida.

El brazo se aflojó enseguida.

—¡Me puedes explicar esto! —rugió aquel hombre de edad media, fulminando con la mirada a Maximiliano. Mariené cerró los ojos, nerviosa. La escena era culposa por sí sola. ¿Qué le podría explicar?

—Yo…

—Buenas tardes, señor —intervino Maximiliano ubicándose a su lado, comprendiendo la tensión, irritado por la maldita coincidencia, pero más por lo que eso podría generar en ella. El secreto ya no lo sería más y no tenía idea de las implicaciones, esas que a él le importaban poco pero que a ella era consciente de que no. El padre de la joven, prácticamente de la misma estatura que la suya, apretó los puños.

—¿Qué haces aquí? Saliendo a esta hora, así —gruñó y la señaló ignorándolo.

La chica nunca imaginó algo semejante, no tenía idea de cómo enfrentar la situación, aunque tampoco permitiría un drama.

—Yo, bueno, nada.

—¿Quién es este tipo? —preguntó su padre y luego lo observó fijamente. Maximiliano no se amedrentó, eso logró que ella retuviera el aire—. Te conozco.

—Soy Maximiliano Ratazzi —se presentó, serio.

Damián, el padre de Mariené, maldijo por lo bajo. Eso no podía estar pasando. Era bueno para los rostros y el suyo lo recordaba muy bien. No podía estar ocurriendo eso entre su hija menor y un tipo con esa clase de vida que, si bien podría ser derecha y honesta, estaba siempre rodeado de cosas que en lo absoluto le gustaban, mucho menos para alguien como ella.

Él pertenecía al grupo de hombres experimentados, de mundo, personas con egos enormes y que estaban acostumbrados a conseguir lo que deseaban; no lo quería cerca de ella, no permitiría que nadie la hiciera sufrir, a ninguna de ellas, pero en el caso de Mariené menos, no después de todo.

Mariené miró de reojo a Maximiliano, rogando que desapareciera de una maldita vez, pero tal parecía no tener planes de hacerlo.

—Eres su hijo… El modelo —bramó sin dar crédito. Ella se hizo a un lado de la puerta negándose a continuar ahí, en medio de esa tétrica escena.

—Debo irme —solo dijo.

Su padre la tomó por el brazo, desconcertado. Maximiliano se tensó en cuanto lo hizo. Al hombre le importó poco, era su hija, ¡carajo! Y la miró fijamente. Hacía unos meses que no la veía, pero charlaban continuamente, jamás pensó algo semejante.

—¿Qué hacías con él? ¿Por qué salías de su habitación, así? —quiso saber, furioso, aunque buscando tranquilizarse. Con Mariené ponerse así era sinónimo de perder, sin embargo, no lograba ahuyentar la ira. Ella apretó la quijada.

—¿Hace falta que lo diga?

—¿Qué hay entre ustedes? —exigió saber preocupado. La joven notó que Max hablaría, pero lo acalló con un vistazo cargado de advertencia.

—Nada, no hay ni habrá nada —rugió con la voz cortada, logrando con ello, que Maximiliano quedara estático.

—Ahora mismo hablaré con tu madre. Te aseguro que no pensará lo mismo —le advirtió y se

alejó rabioso, sacudiendo la cabeza y tecleando algo en su celular

Algunas personas se arremolinaban en el pasillo. Frustrada, incómoda, decidió hacer lo mismo: irse.

—Mariené —escuchó a sus espaldas, era Maximiliano quien la nombraba. Negó girando, alterada.

—Solo cumple tu parte, yo no te quiero en mi vida. No puedo —logró decir ahogándose.

Esa sí que era la primera mentira que decía en toda su existencia. El semblante de él se descompuso a tal grado que creyó que le gritaría gracias a la rabia que lo iba dominando.

Capítulo 15

Maximiliano cerró con fuerza, se tomó el cabello entre las manos notando como algo en su pecho se abría. La soledad lo volvía a someter, los recuerdos y el vacío.

Sentado en la orilla del sillón, minutos después, escuchó su celular. Debía irse, tenía el vuelo a Milán, pero necesitaba saber qué ocurriría cuando sus padres supieran, sobre todo Marcia. Algo le decía que no le haría ni un poco de gracia y no pensaba dejarla sola en esa situación. Vio la pantalla y rodó los ojos, aun así, respondió serio. Era su mánager, Jan.

—¿Dime qué mierdas hiciste? —lo confrontó fuera de sí esa voz que tan bien conocía—. ¡¿Qué carajos haces en México?! —rugió. Eso lo alertó. Arrugó la frente, desconcertado.

—¿De qué hablas?

—De que deberías estar en Milán, maldita sea, ¡en Milán! —gritó. Lo mandó al diablo, preocupado—. Revisa tu jodido teléfono… ¡Ya!



Mariené llegó a casa de una compañera justo a la hora que quedaron, se sentía alterada, en medio de un ataque de nervios y eso no le agradaba en lo absoluto, más porque los evitaba a toda costa. El celular no había dejado de sonar. Su mamá, su padre, pero nada de él.

No sabía qué hacer, cómo manejar todo eso. Lo que sentía, lo que ocurriría, lo que Marcia pensaría. Silvano, su hermana. Su vida fácil, lo que podría derivar de esto.

Casi a media tarde al fin terminaron y condujo hasta su casa. A mitad del camino se percató de que un auto la seguía. Arrugó la frente, desconcertada. Intentó que los nervios no la dominaran, pero era inevitable. Más aún con la propia situación de la ciudad.

En un alto el auto se colocó a su lado. Las palmas le sudaron. La luz de un flash la descolocó. Era un tipo cualquiera, bien vestido, lo cierto es que de nada podía confiarse ya lo sabía. Sin entender y absolutamente nerviosa, avanzó en el siga. No sabía qué hacer. Intentó perderlo, sin remedio le marcó a su madre por *bluetooth*. Respondió casi gritando.

—¡¿Por qué no respondes?! ¡Te quiero aquí, ahora! —rugió. Nunca la había escuchado así.

—Me están siguiendo, mamá —logró decir a punto de un ataque de pánico.

—Conduce hasta la casa. Entra sin detenerte. Todo tiene consecuencias, Mariené. Todo. ¡Increíble! —gruñó su Marcia y colgó.

Serpenteó las calles, temblorosa. Al llegar, tres personas aguardaban en la puerta. Abrió el portón

eléctrico con el corazón desbocado. Se acercaron, comenzaron a tocar los vidrios, le tomaron fotos. Pestañeó asustada, cubriéndose el rostro temblando. Al fin entró y cerró enseguida. No bajó del auto, intentaba llenar sus pulmones de aire.

¿Qué era todo eso?

Su mamá apareció en la cochera, bajó hasta donde se encontraba y abrió la puerta de un jalón. Marienè respingó volteando. El gesto de su madre estaba cargado de preguntas, de tristeza, de preocupación.

—No sé qué haré contigo —dijo—. Baja, debemos hablar.

Tomó sus cosas, temblando aún y obedeció. Entró y lo primero con lo que se topó fue con Silvano, tenso, y a su lado, Maximiliano. Lucía serio, decidido y agobiado. Todo junto.

Humedeció sus labios, aferrando el tirante de su bolso, confusa.

—Jamás imaginé esto, pero tenemos a la prensa de espectáculos afuera, a tu padre hirviendo de rabia, ¿qué más? —siseó su madre, alterada, aunque conteniéndose.

—¿Por qué me seguían? —pudo preguntar sin soltar los ojos azules que comían su ser, esos que no la desenganchaban. Él tenía un viaje a Milán, recordó atrapada en su esencia—. ¿Qué haces aquí? —añadió bajito.

Maximiliano no se movía, no gesticulaba, solo la observaba.

—¿Desde cuándo? —quiso saber su mamá, pero Marienè solo lo podía mirar a él.

—Te seguían por mí, porque te vieron hoy salir del hotel, porque hay fotos de la discusión en el pasillo circulando por internet, de nuestro beso —le informó Max suavizando su gesto de pronto.

Todo hubiese sido más sencillo sin saber eso. Su mundo se tambaleó, ese que tanto cuidaba, uno de los motivos por los que huía de él. Se recargó en un muro aledaño, respirando con rapidez. Negando.

—¿Internet? —repitió aterrorizada.

—Lo estoy solucionando.

—¿Cómo? Me encantaría saber cómo borrarán todo eso de la *web*, lo que se dice sobre ella, de ustedes. ¡Es el colmo! Eres un hombre de experiencia, cómo pudiste permitir algo así.

—No perdamos la calma, Marcia, esto es asunto de ellos. Permite que lo afronten —intervino Silvano, sin poder esconder su desconcierto, aunque no sorprendido. Lo vio con claridad desde Alghero; ese par emanaban chispas fuertes, fieras y ahí estaba el resultado.

—No tenía derecho, ella no está hecha para esto —explicó dolida—. Para alguien con tu vida, con tu experiencia, Maximiliano. No estoy de acuerdo, que quede muy claro. No lo estoy —repitió.

—No hay nada, ¿por qué no lo entienden? ¡No hay ni habrá nada! —insistió llorosa, por primera vez en años al borde de sí. ¿Cómo se había permitido llegar a eso?, ¿cómo?

—¡¿No hay nada?! Te estabas besando afuera de su habitación, pasaste ahí la maldita noche. Nunca has mentido y ya comenzaste gracias a él.

Maximiliano apretó los puños dentro de los bolsillos del pantalón. Estaba absolutamente irritado, aunque contenido. Desde que supo lo que pasó, se dedicaron Jan y él a intentar tranquilizar las cosas. Luego salió del hotel casi disfrazado y logró llegar a casa de su padre después de haberle marcado y éste, decirle que Damián estaba furioso, al igual que Marcia.

Al llegar se topó con una cara colérica de la esposa de su padre y un Silvano relajado dentro de lo que cabía. Sin perder tiempo les informó lo que estaba pasando sin ahondar en su tipo de relación, sino centrándose en los hechos. De ninguna manera quería arruinar la felicidad de su padre, pero ya era tarde para arrepentirse. Había cometido una imprudencia, una muy estúpida gracias a eso que ella le generaba y no huiría de las consecuencias.

—Es mi hijo, no lo olvides, Marcia —intervino Silvano. Mariené los observó preocupada. Nunca se hablaban de aquella manera y justo por ellos iniciarían.

—¿Y eso qué? Es de aplaudirse lo que ha logrado, pero no por eso lo quiero para una de mis hijas, menos para que juegue con una de ellas. No tiene intimidad, no tiene una vida común —rugió.

—No estoy jugando —contraatacó Maximiliano colérico.

La joven, envuelta en angustia, lo observó agitada, fuera de sí.

—No quiero esto, te lo dije allá y te lo repito aquí. Por favor.

Y sin esperar respuesta de nadie, subió corriendo harta. Entró a su habitación, aventó sus cosas en el sofá al lado de la entrada y respirando como una locomotora recargó las manos en su escritorio.

Simplemente no daba crédito, se sentía perdida, enojada, asustada, nerviosa.

Se limpió las lágrimas que escapaban. No sabía qué pensar, qué hacer, mucho menos qué decir. No lograba entender por qué todo había salido de proporción. Qué le importaba a nadie lo que ellos hicieran, lo que sentían. ¿Por qué ahora debía ser un tema familiar?, ¿por qué hasta la prensa se sentía con el derecho de inmiscuirse?

Alguien llamó a su puerta. Ésta se abrió un segundo después.

—Debemos hablar —dijo él que, silencioso, comprendiéndola. La siguió mientras su padre lo apoyaba con la mirada y Marcia se cruzaba de brazos, molesta.

Lo miró desde su posición, vencida.

—No quería esto, no lo quería así —murmuró la joven contenida. Cerró tras él, suspirando, notando su vulnerabilidad. Le aterraba debido a eso, a lo que acababa de ocurrir, de lo que se quiso alejar, de una de las cosas de las que ella quería huir—. Debes irte, yo estaré bien. Es mejor que te vayas, un segundo y ya estaban discutiendo —completó turbada y se giró para meterse al baño, darse una ducha y olvidarlo todo.

Pero lo planes de él eran otros. Ya estaban las cosas encima de ellos y no las evadiría y mucho menos permitiría que la dañaran. No a Mariené. La detuvo tomándola por el brazo.

Gimió llorosa, encarándolo. No lucía arrepentido, tampoco agobiado, en realidad molesto.

—Esos problemas son suyos, lo resolverán. No querías esto, lo sé. Pero ya no puedo escuchártelo decir una vez más —determinó con firmeza. Ella se intentó zafar; no pudo, en cambio Maximiliano se acercó más—. No me alejaré, no te quiero para un momento, no quiero saberte en brazos de nadie más. Y maldita sea, ¿qué he hecho para que me juzgues así?, para que quieras todo el tiempo huir de mí a pesar de querer estar a mi lado.

—No quiero problemas.

—Eso ya no se puede evitar.

—¿Qué propones? ¿Qué nos sigamos acostando hasta que te dé la gana? ¿Hasta qué te aburra?

—refutó y logró soltarse irritada, buscando aferrarse a lo último seguro que le quedaba; su vida sin él.

—Deja de verme de esa forma para protegerte. Yo no deseo que sufras, temo lo que mi carrera pueda implicar en tu vida, temo que lo que soy te lastime. Intenté protegerte, no pude. Lo que generas en mí fue más fuerte que mi cordura, que mi jodida razón. Así que deja eso ya, Marienè, es hora de afrontarlo —exigió.

—Esto ya es un enredo. Tengo fotógrafos afuera de mi casa, fotos mías ya están por todos lados. No quiero ser pública, no quiero que nadie me vea en la calle y sepa de mí. No quiero que conozcan mi nombre, qué hago de mi vida. No quiero que vean cómo te beso. No quiero tu mundo. ¡No quiero! ¡¿Cómo quieres que reaccione?! —cuestionó mientras él trataba de evitar que se le fuese de las manos y ella se escabullía, desesperada, nerviosa.

—Asumiendo lo que aquí ocurre, dejando de huir. Así debes reaccionar —bramó molesto.

Negó evadiendo su tacto.

—¿Y qué ocurre aquí? —replicó en susurros. Maximiliano sonrió torciendo los labios con impaciencia.

—Estamos juntos —declaró con simpleza. La joven arrugó la frente, retrocediendo un par de pasos.

—No, no lo estamos. Lo dijiste hace unas horas y estoy de acuerdo —trastabilló, con el corazón palpitando con fuerza.

—Sí, lo estamos, te guste o no. Y ya no lo podremos ocultar. Así que lo asumes, o de todas maneras tendrás que vivir las consecuencias de esto —atajó sin dudar. Marienè no daba crédito, lucía satisfecho con todo aquello.

—¡No te entiendo! —expresó temblorosa.

Él, tan perdido como ella, pero claro en lo que sabía que debían hacer, se acercó hasta quedar a unos centímetros de su rostro.

—Sí lo haces. Hace años que lo haces. Esa fiesta, en la boda, no logré sacarlo de mi cabeza, sé que tú tampoco. Por eso todo lo que ocurrió en Alghero —le recordó con simpleza, con cruda verdad. Sus ojos azules irradiaban seguridad y fuerza. Lo alejó sin saber cómo.

—No daré ese paso.

—Todos se están enterando ahora mismo de lo contrario —le informó agitado.

—No me importa. No estamos juntos. No puedo. Entiéndelo, no puedo.

—Sucederá de todas maneras. Y no me siento orgulloso por ello, pero negarlo, evitarlo, no logrará que cambie. Mi mundo es muy complicado, aun así, con lo mucho que me molesta saberte dentro de él, no puedo dejarte ir. Temo más eso que a las consecuencias de mi idiotez.

—Vete a Milán. Por favor —suplicó llorando. La sujetó por los brazos, negando.

—Solo acepta esto.

—No quiero sufrir, no quiero que sufras —murmuró bajando la guardia.

Sonrió con ternura, atribulado.

—Haré todo lo que esté en mis manos para que eso no ocurra —susurró cerca de su rostro, ansiando bajar de una vez sus defensas y sintiéndose miserable a la vez por desearlo.

—Tengo miedo.

—Lo sé. Yo también.

—¿Tú? —preguntó sin entender, con una lágrima resbalando por su mejilla. Él la limpió con suma atención y luego la probó, despacio. Ella entreabrió los labios, maravillada porque con tan solo eso lograba que lo deseara, que lo deseara de una forma ridícula y potente, casi vital.

—Representas mi desafío más grande, y no por lo que tú piensas, *vita* —confesó ya muy cerca de su boca. Ella humedeció los labios, esperándolo.

—Mi mamá no estará de acuerdo.

—Ni tu padre —completó él.

—No hay manera de que funcione, Max.

—Siempre las hay y si no, las inventaré.

Rodeó su cintura, despacio.

—No quiero fotos mías circulando por todos lados —logró decir ya casi con su aliento sobre su boca, sin despegar los ojos de los suyos.

—No podrás evitarlo, pero sé cómo podremos manejarlo. La efervescencia bajará, yo te lo aseguro.

—Nos conocemos poco —dijo como último argumento.

—Yo creo que nos conocemos los suficiente, *piccola* —determinó y la besó con suavidad embriagadora, aferrando con destreza uno de sus labios, luego el otro, para un segundo después, fundir la lengua con la suya.

Fatigada de esa lucha interna, rodeó su cuello acercándolo más, devolviendo el gesto. La aferró por la cintura y la alzó para besarla mejor. Se separó un segundo después, negando.

—¿Qué buscas en mí? —preguntó cansada.

—Todo, Mariené, lo busco y quiero todo —declaró e intentó acercarse.

Retrocedió. Era de locos porque quería, claro que sí, pero algo más fuerte que ella la detenía. No se sentía preparada.

—Necesito tiempo, necesito distancia, Maximiliano. Solo eso por favor —rogó y corrió hasta el baño, cerrando con seguro, agitada. Se recargó en la puerta, atónita, asustadísima.

—Tendrás tu tiempo —susurró tras la madera—. Pero eso no cambia para mí nada; estamos juntos. En Italia solo quería evitar esto, verte así. Lo lamento. Sé que no quieres arriesgarte, aun así, estamos aquí, con todo esto encima. Y no pienso dejarlo pasar, ya no. Temo hacerte daño, pero temo más no tenerte a mi lado.

Temblorosa rodeó sus rodillas, mordiéndose los labios. Se sentía absolutamente confundida, perdida. Y odiaba todo eso. Lo odiaba muchísimo. Él le dio un suave golpe a la puerta y escuchó sus pasos alejarse.

Deseaba salir tras él, decirle que sí, que también deseaba estar a su lado, en cambio se desvistió, agotada, y se dio una ducha ensimismada, perdiendo sus pensamientos en otro sitio, buscando de todas las maneras posibles mandar lejos lo que estaba ocurriendo y centrarse en lo seguro, en lo bueno, en lo certero. Lo cierto es que por primera vez en años no lo logró. Cuando se trataba de él

no podía diluir los pensamientos, las sensaciones y olvidar el deseo, la necesidad.

Se vistió con lo que encontró, desanimada. Borró los mensajes de su madre, de su padre y resopló temiendo lo que tras esos íconos de redes sociales o internet encontraría. Se sentía expuesta, muy expuesta ante personas que ni conocía y a las que evidentemente no debían importarles su vida.

Marcia entró tocando. Se miraron por unos segundos, en silencio, luego la mujer mayor se acercó cerrando tras de sí, cruzada de brazos, seria.

—¿Crees que no merezco una explicación por lo menos? —exigió sentándose en la silla de su escritorio.

Si Mariené se sentía atacada simplemente la dejaría de nuevo con la palabra en la boca y no por ignorarla, o hacerle un desaire, sino porque no entraría en una discusión en la que creía que no había nada que discutir, así era ella.

La joven dejó el celular sobre la cama y anduvo por la habitación hasta que se recargó en uno de los muros, sin verla a los ojos.

—No hay nada que explicarte. Acordamos que no habría nada entre nosotros.

—Pues afuera ya no piensan eso, se dicen mil cosas de ti y estoy furiosa porque, además, tuve que enterarme de esa manera —soltó con tono calmo. Mariené torció los labios, observándola al fin.

—Lamento eso, lamento todo.

—Él no se ha ido, está abajo, te espera… —le informó notando como los ojos de su hija se abrían de más y los nervios la trastocaban.

—Mamá, no lo planeamos… Sólo surgió —explicó ansiosa. Marcia asintió, examinándola.

—No estoy de acuerdo, no es para ti. Te crie, te vi crecer, estuve en todo momento y te conozco, por lo mismo me asombra saber que tienes algo con él, justo él. ¿Sabes la vida que tiene? No lo considero mal hombre, pero a leguas se le ve la experiencia. Domina ese mundo, uno del que tú no tienes ni la menor idea. Para Maximiliano esto es normal, para ti es algo que será muy difícil manejar. Además, hay algo en ese chico que no sé, carga con mucha tristeza, como con un vacío… No quiero que te absorba, tú eres todo lo contrario, mi amor.

—No sé qué haré. No sé qué quiero. Solo lamento que las cosas se dieran así, pero no lo que he vivido a su lado —zanjó con simpleza.

Marcia asintió levantándose, comprendiendo que su hija no hablaría más sobre lo que haría, que ella misma no lo sabía y que en ese momento no se sentía con ánimos para abrazarla y aconsejarla sencillamente porque la situación para ella también era incómoda, molesta, estaba decepcionada por la forma en la que las cosas se habían dado.

—Me asombra saberte envuelta en esta locura, Mariené. Iré a darme un baño a ver si así se calma esto que me tiene tan rabiosa; como dice Silvano, soluciónenlo. Tu padre vendrá más tarde y tú hablarás con él, yo, a partir de ahorita me mantendré al margen. No puedo hacer más, aunque quisiera.

Una vez sola, salió de su habitación, bajó despacio. Maximiliano estaba en la sala, serio, con las manos en los labios perdido en sus pensamientos. Lo observó por un segundo, el mismo que le tomó a él notarla ahí. Silvano estaba en el sofá contrario, con una copa en la mano y la atención fija en el jardín. El ambiente ahí no se sentía cargado, no como en su habitación hacía unos segundos, pero sí raro.

Al acercarse a ellos, él se levantó, estudiándola.

—Perderás tu vuelo —solo dijo, a unos metros. Maximiliano sonrió sin alegría, con las manos en los bolsillos del pantalón pues lo que en realidad ansiaba era sacarla de ahí, esconderse del mundo y tenerla a su lado disfrutando de lo que en su alma generaba.

—Hay que salir, decirles que estamos juntos… No debes responder preguntas, no nada. Solo permitir que te abrace y que yo hable. Prometo que esto pasará y probablemente luego se irán —explicó suspirando al terminar.

La expresión de Mariené lo agobió.

—Pero no es así y, además, no es seguro que me dejen en paz… —musitó atenta a sus ojos azules, esos que le daban más de lo que imaginaba.

Maximiliano se acercó despacio. No quería de nuevo que ella saliera huyendo, o lo dejara con la palabra en la boca como comenzaba a notar que era su forma de no continuar si una situación le molestaba o la incomodaba. Era dulce, sin embargo, absolutamente decidida, firme. La tomó de los brazos con cuidado, ella no dejaba de verlo, atenta, asustada y odió eso, tan solo ese sentimiento recorriendo su inocente ser.

—No lo sabremos hasta que lo hagamos, y no es una mentira, lo sabes… Quizá por ahora no lo quieras aceptar, pero es la verdad. Lo mejor en estos casos en ser sincero y eso haremos —susurró con seguridad.

—¿Y después? —quiso saber.

—Después tomaré ese vuelo y lo que pase es nuestro asunto, de nadie más.

—Pero, ¿no me seguirán? ¿Tomarán fotos?

Se soltó de su tacto un segundo, el mismo que le tomó a él abrazarla al sentirla tan vulnerable, al saberse responsable. Mariené, para su asombro le correspondió rodeándolo con sus delgados brazos con fuerza. Besó su cabello, acariciándola de forma relajante. Ella necesitaba calma y pese a no sentirla, se la daría.

—A veces, pero no será todo el tiempo. Solo recuerda siempre que ellos plasman su visión de la verdad para vender; desconocen lo real —agregó.

La joven se separó, arrugando la frente. Iba a cuestionar eso cuando notó que Silvano los observaba. Le sonrió con timidez. Maximiliano siguió su mirada.

—Tienen mi apoyo, Mariené, tranquila.

—Lamento esto.

—No lo hagas —dijo levantándose y dejando el vaso en la barra—. Era inevitable, espero que lo sepan manejar y aprovechar. Creo que esto les enseñará más de lo que piensan —dicho esto anduvo hasta la cocina.

Ella respiró hondo, se pasó las manos por el rostro y lo encaró de nuevo, él la miraba, atento.

—Vamos… —lo instó. Maximiliano sonrió satisfecho. No saber nunca cuáles serían sus reacciones lo mantenían atento a ella, pero debía confesar que eso le fascinaba, entre varias cosas más.

La tomó de la mano y anduvieron rumbo a lo desconocido, a un camino que les daría más de un sentido.

Capítulo 16

Afuera cinco reporteros se arremolinaron para tomar la mejor foto. Marienè apretó la mano de él. Éste, en respuesta, la rodeó acercándola a su cuerpo de forma protectora.

Maximiliano comenzó a hablar con fluidez, incluso a bromear y cuándo vio prudente admitió sostener una relación con ella. Las preguntas incómodas sobre el matrimonio de sus padres logró esquivarlas de tal forma que a Marienè no le quedó de otra salvo contemplarlo asombrada y sonreír abochornada. Lo cierto es que se sentía profundamente incómoda, deseosa de que aquello terminara. Solo asintió a algunas cosas y en cuánto él lo vio prudente, se despidió relajado.

Al cerrar la puerta ella lo soltó, alejándose, rodeándose con los brazos, observándolo sin pestañear. Se sentía ajena a todo, sobre todo a él. Había realizado una actuación formidable, pero ese no era el hombre con el que estaba acostumbrada a tratar.

¿Qué sentido tenía aquello? Fingir avanzar para acallar lo que esas personas pudieran decir. Así no debían ser las cosas, no eran las razones correctas. Sentía mucho por él y cada instante juntos eso aumentaba, pero sabía que toda esa pantomima la hacía para no afectarla, por la atracción que experimentaban y eso, eso no era suficiente razón para ella y, por otro lado, si hubiesen razones más poderosas, temía entregarse y que salieran lastimados. Se juró jamás exponerse al dolor innecesario y tal parecía que con él esa promesa se perdía porque ya lo había logrado sin siquiera proponérselo.

—Necesito estar sola… —musitó agobiada. Maximiliano asintió, serio.

—Lo entiendo, pero eso no cambiará nada.

—No hay nada.

—A lo mejor si te lo repites una y otra vez te lo terminas creyendo —y dio un paso para estar a un par de centímetros de su rostro—. Esto apenas comienza y ya no se trata de ellos —señaló a la puerta con desgarbo—. Debo tomar el vuelo, por favor cuídate, te llamaré.

Cuando Max pretendió meterse a la casa para ir por sus cosas, ella lo detuvo, temerosa.

—No sé si estoy lista para algo así, no sé si puedo con esto —admitió. Él sonrió menos defensivo. Tomó su rostro entre las manos y lo acercó al suyo.

—Vamos paso al a vez, solo eso, ¿sí? —sugirió, luego besó su frente y se alejó.

Quince minutos después Silvano lo llevaba al aeropuerto. Estaba aturdido, sin entender muy bien el huracán que acababa de generar, pero muy claro con su resolución, aunque no tan optimista.

—Milian, ¿estás seguro de todo esto? —preguntó su padre usando ese apelativo que desde hacía años no empleaba, ese que su madre solía usar para dirigirse a él.

Perdido en los autos que pasaban, suspiró con pesadez.

—No.

—¿Entonces? —quiso saber Silvano, intentando de alguna forma descifrarlo y es que si después del accidente fue un chico ensimismado y complicado, cuando se fue, se cerró completamente a él. Era como si algo le hubiese arrebatado la poca esperanza que guardaba.

—Era lo que debía hacer.

—Los vi en Alghero —anunció de pronto, logrando así que lo mirara, arrugando la frente.

—¿A qué te refieres?

—A cómo se veían, a cómo estabas atento a cada uno de sus movimientos, a cómo… cambiaba tu expresión cuando estaba cerca —finalizó. Maximiliano recargó la nuca en el respaldo, resoplando.

—Esto… No quiero arruinar lo que has construido con su madre, pero tampoco puedo retractarme.

—No lo arruinarás. Tampoco deseo que te retractes, además, eres un hombre cabal que sabe lo que hace, solo puedo decirte que Mariené no reaccionará siempre como lo esperas, que es una chica muy peculiar, no teme, pero si huele algo que pueda poner en juego su alegre vida, se aleja, importándole nada de quien se trate.

—Lo sé.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo mientras conducía. Su hijo asintió sin encararlo—. ¿Es un reto?

—En realidad un acertijo, no entiendo cómo hace para que sienta —admitió reflexivo, pasándose una mano por el cabello, serio.

Su padre sonrió comprendiendo, aliviado de que le respondiera y no lo evadiera como solía, pero un tanto asombrado por esa confesión, lo que implicaba.

—Entonces descífralo —lo instó. Maximiliano lo observó ahora sí, sonriendo también.

—Eso pretendo.

El padre de Mariené le marcó al estar afuera de su casa, una hora después. Marcia le dijo que lo hiciera pasar a la terraza, y así lo hizo, en silencio.

—Bien, ¿tienes algo que decirnos? —la presionó Damián.

La joven se recargó en uno de los muros, observándolos. Los amaba mucho, demasiado, pero no les hacía daño con lo que estaba ocurriendo, si acaso se lo haría a sí misma y aunque sabía que eso los lastimaría, no podían decir nada al respecto.

—No, esto es algo mío —susurró decidida. Marcia respiró profundo fritándose la frente.

—Escucha, Damián, yo me mantendré al margen, se lo dije hace un rato.

—Propicias todo esto y ahora te desentiendes —rugió molesto. Mariené se acercó negando, nerviosa, pero también enojada. Jamás la hablaba así a su madre.

—Tengo veintidós años, sé que aun dependo de ustedes en muchísimos aspectos, pero mamá no es responsable de mis acciones. Dejen de verme como una niña. No es su problema, es mío y de él,

no suyo —zanjó contenida, buscando por todos los medios permanecer ahí, sin dar la media vuelta y dejarlos con sus ideas, con su enojo. Ella ya tenía bastante.

Sus padres la miraron, serios.

—¿Sabes lo que se dice de ti por todos lados? —la desafió su padre, frustrado. La joven pasó saliva, asintiendo, aunque lo cierto es que no, pero lo imaginaba.

—Estamos juntos, qué tiene de malo.

—¡Qué es un tipo que te lleva años luz de experiencia y que está jodidamente expuesto todo el maldito tiempo! —rugió.

Marcia lo tomó del brazo, tranquilizándolo. Damián era un hombre sereno, tranquilo, si no estaban juntos era porque no buscaban los mismo de la vida, él era aventurero y ella quería un hogar. Pero lo consideraba un buen hombre y jamás dejó de cumplir como padre. Lo cierto es que después de lo vivido con la menor de sus hijas, él solo temía todo el tiempo perderla, que algo la lastimara.

—No hagas esto, papá. No evites que viva mi vida. No sé en qué pare lo que está ocurriendo, pero yo soy la responsable no ustedes. Entiendo su protección, su miedo, aun así, no lamento nada de lo que hice… Solo el no estar lista para enfrentarlo —completó y dio la media vuelta, agobiada. Casi cuando desaparecía por el umbral, giró de nuevo—. Los amo, gracias por preocuparse, pero esto es algo que debo vivir yo.

Una vez solos, se sentaron uno al lado del otro, perdiendo su atención en el oscuro jardín.

—No estoy de acuerdo —refunfuñó él, frotándose el rostro. Marcia suspiró.

—Es un buen hombre hasta donde sé. Debemos dejar que se arriesgue, que tome sus propias decisiones y viva las repercusiones.

—Si se tratara de Jess tendría también temor —argumentó más sereno. Marcia lo observó, asintiendo.

—Lo sé, pero no de lo mismo. Mi posición en esto es difícil, Damián, pero ellas siempre serán lo más importante. Debemos soltarla, con eso, con su terquedad de vivir sola. Pide a gritos que la demos espacio.

—Sí, sigue con eso. Me lo dijo la semana anterior, ya lleva reunida una cantidad. Es incansable.

—Hicimos un buen trabajo, Damián. Prometo estar atenta.

—Lo sé, siempre has sido una madre formidable. Lamento mi idiotez de hace un momento —dijo arrepentido. Marcia le dio un leve empujón asintiendo. Podían ser muchas cosas, pero entre ellos la cordialidad y respeto era una constante desde que la vida les enseñó que nada estaba escrito —. Qué dice Silvano.

—No pareció sorprendido. Creo que de alguna manera lo sospechaba. Pero prefiero mantener este tema lejos de nosotros. Es su hijo, después de todo.

—Cuídala, Marcia. A lo mejor si nos enfocamos en lo de su independencia, aunque la veo aún muy joven, se distraiga de esto —sugirió. La mujer rio.

—No lo creo. ¿No notaste cómo la mira? —lo cuestionó.

—Eso fue lo que más me aterró al encontrarlos juntos —confesó serio.



Mariené logró dormir al fin después de mucho dar vueltas por su habitación buscando infructuosamente distraerse con lo que fuera. Tenía muchísimos deberes y no daba una. Eso sin contar el trabajo; intentó leer por la madrugada, sabía que no debía malpasarse, pero no lograba ahuyentar lo que la agobiaba. Al final quedó rendida con el escrito en la mano, las gafas puestas y un desorden en su cama.

Despertó cuando alguien llamó a su puerta y sin esperar abrió. Jessica asomó la cabeza, sonriendo. Se frotó el rostro, cansada, se quitó las gafas y observó todo a su alrededor, recordando lo ocurrido. Bufó recargando la nuca en la cabecera.

—¿Te desperté? —preguntó pasando y cerrando tras ella.

Que la habitación de su hermana nadara en libros y papeles no era raro, que ella luciera hecha un desastre, tampoco, pero que no la mirara y sonriera serena, sí. Lo cierto es que ya sabía lo que ocurría, o por lo menos un poco de ello.

Había salido la noche anterior con sus amigos y una de ellas le mostró las fotos donde salía Mariené y Maximiliano Ratazzi juntos, besándose afuera de la habitación de un hotel. Luego buscó más, ofuscada y asombrada y dio con ambos afuera de esa casa, estaban juntos. Titulares insultantes, grotescos, morbosos, encabezaban algunas notas, otras fueron educadas y más respetuosas en la manera de dar la noticia.

Aun así, quedó pasmada y molesta por la manera en la que hablaban algunas de esos intentos de periodistas sobre su hermana. Idiotas. Era tan tarde que no se atrevió a buscarla, pero a primera hora se duchó decidida a averiguar la verdad. Su madre debía estar furiosa, lo cierto es que no lo podía creer, no de ella, de su hermana menor. ¿En qué momento ocurrió todo? Reflexiva unió piezas y se sintió una tonta: Alghero, bajo las narices de todos ellos… estuvieron juntos.

—Sí —musitó incorporándose, intentando acomodar su desorden. Jessica la estudió; continuaba sin poder creerlo.

Su hermana era preciosa, eso no era el problema, con una personalidad tan peculiar y dulce que podría tener a sus pies a quien deseara, pero ahí radicaba la cuestión. Nunca le había conocido a un novio siquiera, y los que lograban avanzar un poco, ella los terminaba ahuyentando por ver amenazada su intimidad, su mundo, su libertad.

Mariené no era como las demás mujeres, ella, por lo que vivió, cambió y eso la convertía en alguien que era difícil descifrar, alguien que se fusionaba con la vida, una mujer que amaba vivir, sonreír, apreciar lo bueno y para ello no debía permitir que lo malo entrara y huía de aquello que pensara que podría lastimar sin buscarlo.

Cuando Jess se sentía tensa, estresada, era tan simple como buscarla, hablar, seguir sus pasos suaves por algún jardín y todo se disolvía. Así era ella. Aunque no sabía si eso era bueno, porque la vida también se tenía que experimentar desde lo otro, lo que ella evadía.

—¿Cómo estás? —preguntó sin irse por las ramas, sentándose en uno de sus sillones. La menor

la encaró abriendo de par en par los ojos, comprendiendo el porqué de su visita. Pestañeó seria.

—Cansada, tengo mucho trabajo.

—No me refiero a eso, lo sabes. ¿Por qué no dijiste nada? —la cuestionó examinándola.

Mariené suspiró pesadamente y se sentó en su cama, cabizbaja.

—No quiero traerlo a lo real —murmuró pensativa. Jessica se acercó a ella y se acomodó a su lado.

—¿Quieres hablar de esto?

Su hermana negó desviando su atención a la mesilla de noche; su celular tenía alertas. Lo tomó nerviosa, al desbloquearlo dos mensajes de él. Respiró hondo. No quería abrirlo.

—Vaya, va en serio —murmuró Jessica, a su lado, fisgoneando la pantalla de su celular. Mariené la miró de reojo, avergonzada y lo dejó en el mismo sitio.

—¿Tú qué tal? —cambió el tema. Jessica sonrió, un tanto frustrada, otro tanto alegre.

—Acompáñame a desayunar a nuestro sitio, anda —la instó. Era obvio que todo aquello la agobiaba, no la Universidad, ni su trabajo porque esos la agotaban, pero no generaban esa expresión en su rostro.

Mariené aceptó, necesitaba distraerse. Se duchó y cambió sintiéndose en otra piel, ajena. Al estar lista su celular sonó, lo tomó respirando agitada, temblorosa, era él. Jessica sonrió con picardía.

—Te espero abajo, a ver si mamá ya despertó —dijo y salió más intrigada que nunca.

La menor se mordió el labio, debatiéndose entre dejarlo pasar o responder. No despegó los ojos de la pantalla durante unos segundos; el aparato no dejaba de sonar. Al fin se atrevió y deslizó el dedo llenando de aire sus pulmones.

—Hola…

—Hola… ¿Espero no haberte despertado? Son siete horas más aquí. Llegué hace un momento.

—No, iba de salida.

Su sola voz la alertaba, la tensaba y atraía. Se acomodó en la orilla de su cama jugando con una de las sábanas. Se sentía tan absurda.

—¿Todo bien ayer? ¿Fue tu padre?

—Sí, todo bien, ¿y tú?

No sabía qué más decir.

Maximiliano, desde el otro lado, resopló notando su lejanía, su turbación. No, las cosas no serían fáciles con ella, lo sabía, aun así, continuaría, no daría marcha atrás.

—Un vuelo largo, no logré descansar, vi algunas películas… Luego debo pedirte que me recomiendes un libro, tantas horas de viaje lo ameritan.

La chica logró relajarse con ello, no parecía presionarla, ni siquiera le preguntó con quién saldría.

—Tengo una lista larga, pero no sé si son de tu tipo, pensaré en algo.

—Me harías un gran favor, más si tú lo lees a la par y lo charlamos en algún sitio tranquilo cuando nos veamos de nuevo —propuso.

—¿Vendrás pronto? —quiso saber nerviosa, otra vez.

—No tengo idea, pero sí un buen motivo.

—Debo irme, Jessica me espera.

—Bien, te busco después, cualquier cosa estaré atento… —dijo con voz ausente, irritado, aunque intentaba que no se le notara.

—Te dije que no estoy lista —le recordó al percibirlo algo molesto.

—Lo sé, nos hablamos. Sólo cuídate.

Colgar así tampoco resultó cómodo. Se sentía novata, infantil, tensa… Todas esas emociones nuevas y que no sabía cómo controlar, además del temor e inseguridad.

Abrió la mensajería y sonrió al ver lo que encontró. Una foto de un libro, preguntando si lo recomendaba; la sinopsis se leía buena, admitió para sí. Luego otra imagen de sus pies con calcetines ya estaba en el avión, notó, y adjunto un mensaje como los que solía mandarle:

Max:

¿Esto cuenta para ti?

Sonrió sin remedio. Respondió el primero por primera vez.

Vita:

Me gusta la descripción, podríamos leerlo…

El segundo no lo respondió, aunque le hizo sentir un burbujeo potente ese simple hecho. Cuando salió de su habitación la alerta sonó de nuevo.

Max:

¡Respondiste!
Tomaré captura y guardaré la prueba de lo difícil que me pones las cosas, piccola.
Y de lo otro, me alegra, porque lo compré.

Y adjuntó una foto del libro en su mano.

Riendo, con las mejillas encendidas, le mandó:

Vita:

🤔Lo buscaré para comenzarlo en cuanto los trabajos me dejen.

Él seguía en línea, así que no se movió. Escribía.

Max:

No te presiones por favor… Puedo esperarte el tiempo que quieras, vita.

Se recargó en un muro, acalorada. Sabía a qué se refería y eso de algún modo la relajó.

Vita:

Te aviso en cuánto lo consiga.

Max:

Estaré atento y pásalo bien con tu hermana.

Vita:

Gracias, qué todo vaya bien allá.

Max:

😉😉😉

Al llegar al recibidor Jessica y su madre conversaban. Ambas la miraron.

—Buenos días… —la saludó Marcia, besando su mejilla, más tranquila, aunque evidentemente no había cedido. Jessica notó la tensión, algo tan atípico entre ellas que solo atinó a sonreírle y enroscar su brazo en el de su hermana.

—¿Nos vamos?

—Sí, pero debo regresar temprano e ir una librería —le hizo saber mientras avanzaban.

—OK, Ari, pero dejarás que me coma esos chilaquiles sin presiones.

—Nunca te presiono —se quejó y salieron discutiendo mientras su madre las escuchaba con una

taza en la mano, a un lado de la puerta de la cocina.

Solo esperaba que las cosas fueran bien, Mariené no merecía otra experiencia amarga en su vida, ni una más, lo cierto es que también era consciente de que no podía protegerla a tal grado, era su vida y debía vivirla, con lo que eso implicara.



En aquel restaurante al que acudían desde niñas, pidieron lo que solían. Hablaron un poco sobre tonterías, los viajes de Jessica y los trabajos de Mariené, sus planes para independizarse; calculaba que el siguiente año lo lograría si se organizaba. Tomaría una materia para la titulación y entraría turno completo a la editorial.

No eran dadas a hablarse por teléfono o verse todo el tiempo, pero sí procuraban una vez al mes ir a ese lugar para ponerse al día.

—Ya te dije que puedes irte conmigo, compartimos gastos —le recordó la mayor, sonriente. Mariené tenía ojeras y no podía evitar que eso la agobiara, pero no dijo nada, sabía que no debía hacerlo. Ella sabía cuidarse mejor que nadie y no le agradaba que la vieran mal.

—Gracias, Jess, pero necesito hacerlo sola.

—No tienes nada que demostrar, Ari, todos sabemos que eres capaz de eso y más, pero tienes veintidós, puedes ir con calma.

—Lo sé, pero siento que debo hacerlo… Es importante para mí —intentó explicarse. Jessica suspiró asintiendo.

—Bien, ya sé que eres terca. Ahora… ¿Me dirás qué está pasando? —la cuestionó sin rodeos. Mariené desvió la mirada pasándose una mano por su cabello húmedo aún.

—Ya lo sabes, lo sé.

—Solo lo que vi en internet —replicó con simpleza y tomó un sorbo de su café. Mariené pestañeó, agobiada.

—¿Qué dice? ¿Es tan malo?

—No sé bien a qué te refieres con lo segundo, pero ¡Dios! Estás con Maximiliano, quiero decir, ¿tienen una relación? No lo imaginé, creo que nadie. ¿Cómo? —quiso saber intrigada, asombrada, omitiendo lo de los estúpidos encabezados pues era obvio que ella aún no los leía y conociéndola nunca lo haría.

Su hermana se frotó la frente, nerviosa.

—Es extraño hablar de eso…

—Cuéntame, anda. Soy tu hermana y te envidio. Qué ejemplar te agarraste, Ari —silbó recargándose con desgarbo en el respaldo de la silla. Eso la hizo reír y relajarse un poco.

—Sí, es atractivo —admitió tímida.

—No, atractivo es el de aquella mesa —y señaló a un chico bastante agraciado a unos metros de ellas que leía atento algo en su celular—. Maximiliano es impresionante, y no es solo su físico, es lo que proyecta, el dominio de sí. Pero ya no diré más, mejor cuéntame, anda —suplicó.

Mariené era consciente de eso y mucho más, había cosas en él que sabía que nadie más conocía y, aun así, la alertaban en la misma proporción que la atraía.

—Fue raro, Jess, no sé ni cómo explicarlo… Comenzó creo que en la boda de mamá.

—¡En la boda de mamá!, ¿bromeas? —casi gritó por el asombro. Le relató lo ocurrido sin ser muy detallista, como sí solía ser, todo desde ese momento hasta lo ocurrido horas atrás—. ¡Mierda! Papá los vio —comprendió y se cubrió la boca.

—Y medio mundo al parecer —se quejó agobiada. Su hermana se cruzó de brazos, seria, pensativa—. Por favor no empieces con eso de que es un hombre que me come en experiencias y todo eso… No es lo que me detiene.

—No pensaba decírtelo, me imagino que ya lo escuchaste suficiente. Pero entonces, ¿qué te detiene? Él parece no tener problemas en avanzar por lo que me dices.

—Se siente responsable de esto, y sí, nos atraemos de esta forma absurda, casi ridícula. No puedo resistirlo, no sé si me explico… —formuló agobiada.

—No, la verdad no lo entiendo, pero quisiera poder vivirlo alguna vez, suena fuerte.

—Suena a muchas cosas que no entiendo, creo que ni siquiera él. Y de pronto estamos ya envueltos en algo que no hablamos, que no elegimos.

—¿Y qué tiene de malo? —la cuestionó. Mariené evaluó su taza por unos segundos, reflexiva.

—Qué no quiero arriesgarme, que me importe tanto que lo arriesgue. Que tengo miedo a que alguien como él derrumbe lo que he planeado, a que las inseguridades que comienzo a sentir me ganen, a que… me lastime o yo a él. No sé si soy adecuada para su vida, si lo es para la mía. Mira todo lo que está ocurriendo —expresó confusa.

Jessica se acercó y posó una mano sobre la suya, sonriente.

—Has vivido tanto en tan poco tiempo, has sido valiente, eres una guerrera y lo sabes, pero hay cosas, Ari, que se deben vivir cueste lo que cueste, implique lo que implique y si ambos sienten eso que dices, es normal que no se pudiera contener más.

—No lo conozco lo suficiente.

—¿Cuánto es suficiente?

—No sé, pero…

—Te estás protegiendo, lo haces desde que recuerdo y lo entiendo, pero quizá llegó la hora de soltar un poco eso y permitirte vivir arriesgándote.

—¿Y si no vale la pena? ¿Si no debía hacerlo?

—Entonces pasaremos un fin de semana encerradas, viendo películas románticas, comiendo sin cesar cosas que no nutren en lo absoluto y seguirás… Porque no conozco a alguien que sepa enfrentar las vicisitudes mejor que tú —le hizo ver con ternura. Mariené apretó su mano.

—Gracias, Jess.

—Solo piénsalo, ¿sí? Quizá sí vale la pena, quizá sí bebías hacerlo.

—Es… imponente, ¿sabes? No sé, no pienso siquiera al tenerlo cerca, o al escucharlo —confesó perdiendo su atención en el cielo.

—Y, aun así, seguirás siendo tú, no te asustes. Aunque yo en tu lugar tendría las bragas hechas yoyo —bromeó alejándose para reír. Mariené rodó los ojos, sonriendo también. Esas eran ellas juntas y eso le sentó bien.

—No tienes idea.

—No, la verdad no, pero solo alguien como él se atrevería a irrumpir en tu vida, ahora lo creo y lo veo con claridad. Mamá y papá lo irán asimilando. Después de todo parece que Silvano no está en contra. Ahora cuenta, cómo besa. ¡Dioooos! ¿Es así como se ve? —la pinchó divertida, con su manera ligera que la caracterizaba. Mariené le sacó el dedo medio, riendo.

—Mucho mejor… —respondió acalorada. Jessica se cubrió la boca con la servilleta gritando bajito y abanicándose la cara. Mariené soltó la carcajada, más relajada, quizá su hermana tenía razón.

Capítulo 17

Los días pasaron. Después de esa conversación con su hermana se encontró mejor, más ligera y sintiéndose de nuevo dueña de sí. Maximiliano le manaba mensajes cada tanto, sobre todo del libro. Ambos lo leían desde ese día.

Se mandaban audios explicando sus puntos, estando de acuerdo en algunas líneas argumentales y en otras no. No hablaban sobre ellos, sobre la prensa, sobre sus padres. Nada, solo del clima mandando alguna foto del cielo, o del estado de sus pies.

A veces él le enviaba algo gracioso que se encontraba en algún sitio, y fue a visitar a algunos lugares de Milán solo para mostrarle fotos, pues ya los conocía, tomaba un video, hacía una videollamada y se lo iba mostrando. Mariené supo que ya había terminado a lo que iba. Al parecer una pasarela y sesiones en algunos puntos estratégicos para una revista. Aunque no ahondó en ello. Lo cierto es que reía bastante con él y los minutos conversando se sentían como segundos. Todo iba fluyendo sin que diera cuenta, sin que los dos lo registraran siquiera.



David se enteró por ella ese lunes de lo que ocurría. Al escuchar la historia rio y se asombró en la misma medida.

—Así que mi amiga tiene novio —bromeó rodeando sus hombros, sacudiéndola con brusquedad. Mariené lo aventó rodando los ojos.

—No es mi novio —se defendió avanzando con prisa. Debía entregar un trabajo, pero además, ya no quería hablar de eso.

—¿Más mentiras? Se te está haciendo costumbre, señorita —la provocó. Ella se detuvo entornando los ojos, logrando así que su amigo tampoco avanzara.

—Deja eso, no miento.

—Si le pregunto a él, qué me respondería.

—¡Jódete! No es mi novio, y ya, no quiero hablar más de eso —advirtió. David rio de nuevo. Ya iba a decirle algo más cuando el celular de ella sonó. Lo sacó de su bolsillo y enseguida su semblante cambió, entre nerviosa y abochornada.

—Una hamburguesa a que es «tu no novio» —apostó. Mariené se dio la media vuelta riendo y respondió.

—Hola…

—¿No estás ocupada?

—Voy a entregar un trabajo, pero quería decirte que comencé el libro, es bueno…

Y dejó a David ahí mientras este se reía sacudiendo la cabeza. Su amiga ya había perdido algo más que la cabeza, comprendió al verla alejarse. No sabía si era lo correcto, si le haría bien, pero la realidad es que le alegraba que de alguna forma se arriesgara. Solo esperaba que ese hombre supiera en donde se metía porque si ella se abría a él, ya nunca querría tener a nadie más a su lado.



Maximiliano, en aquella fiesta, solo podía observar la noche, ya cada vez le ocurría con mayor frecuencia. Ese mes había sido tan extraño como bueno. Aunque lo cierto era que, como desde el día en que la conoció, ansiaba sentirla más cerca. Mariené iba cediendo, bajando las barreras y le permitía cada vez más ser partícipe de su mundo, de sus días, de sus sonrisas y ocurrencias, pero la lejanía no ayudaba por lo que temía las consecuencias que eso podría generar en la frágil relación.

El frío en Nueva York era intenso en esa época. La casa de Jan, en *Soho*, estaba llena de personas que conocía, con las que compartía eventos, contratos y a veces reuniones, cenas y viajes.

Esa era su vida y le agradaba bastante, lo cierto era que necesitaba más, ya eso no le era suficiente. Llegar a su apartamento en *Central Park* a veces lo ahogaba, pese a su acompañante silencioso, la soledad aparecía envolviéndolo y ni salir a trotar o pasar horas perdido en aquel sitio al que solía ayudar lo relajaba o le ayudaba, entonces se encontraba llamándola, mandándole mensajes.

Sorprenderla se había convertido en algo especial, hacerla reír en algo esencial.

—¡Hombre! ¡Al fin nos vemos! —escuchó a un costado.

Era Connor, su mejor amigo. Un modelo exitoso, pero lo que realmente lo enajenaba era coleccionar autos clásicos; estaba dedicado a sus negocios y su nuevo proyecto al lado de su pareja. Maximiliano giró alzando la cerveza, brindaron y éste se sentó a su lado, suspirando.

—Pensé que no vendrías —dijo dándole un trago, con desgarbo.

—Jan nunca admite un no, ya lo sabes. Además, Cloe me trajo a la fuerza —se quejó. Era su compañera desde hacía dos años, una diseñadora de interiores que tenía una vitalidad envidiable, además de una personalidad arrolladora—. Pero mejor suéltalo, cómo fue lo de esa chica. Te metiste en una grande, amigo —se burló.

—Mierda, qué no pueden dejar de ver internet —refunfuñó riendo con cinismo.

—Nah, la verdad no, de eso vivimos —aceptó con frescura. No se habían visto desde que regresó de Milán, pues él estaba en Brasil y Maximiliano no paraba de viajar—. Y sé que no mienten, desde ese viaje con tu padre estás así —y lo señaló con desenfado—. Como ensimismado.

—¡Anda! Ahora eres psicólogo.

—De todo un poco, ya sabes. Pero qué, ¿en serio están juntos? Hombre, es la hija de tu madrastra… —silbó bebiendo de nuevo.

Max rodó los ojos riendo.

—Lo es.

—Y qué… ¿Es real? o solo, ya sabes… —preguntó intrigado.

Nunca, desde que lo conocía, lo había visto enamorado, o persiguiendo a una chica, menos enfrascado en una relación, y lo comprendía, aquello que ocurrió años atrás lo dejó realmente trastornado, de no ser por Jan que enseguida se puso en marcha y él junto con Lenna que no le permitieron hundirse, Maximiliano Ratazzi hubiese acabado muy mal.

Lo cierto es que le debía mucho, se habían conocido en una fiesta como esa. Connor había discutido con unos tipos. Cuando pretendió alejarse, uno de ellos, drogado, se abalanzó sobre él con una navaja. Maximiliano, que en ese momento aún no estaba en el mismo estado etílico que su atacante, se lo quitó de encima.

Jamás había visto a alguien golpear de esa forma tan certera. Era un chico de veintidós y sabía usar los puños con una habilidad envidiable. Charlaron durante horas después de aquello y se hicieron inseparables a partir de ese momento.

Su amigo suspiró pesadamente, recargándose en la banca; el clima era congelante por lo mismo no había tantas personas como adentro.

—Me trae mal —admitió sin tapujos Max.

—Imagino los problemas, además en las fotos se ve muy joven.

—Veintidós, y sí, hubo problemas.

—Mierda, hombre, la cagaste. Aunque no te noto ni un poco arrepentido.

—No lo estoy, solo que es… difícil. Ella no quiere esto y huye. Es peculiar, diferente, Connor. Me pierdo.

—Suena peligroso una mujer así.

—Lo es, o lo era porque ahora ya estoy muy envuelto en todo esto.

—Debe ser así como para que te tomaran por sorpresa y se tuviera que descubrir todo. Ya imagino a Jan —exclamó divertido—. Ese día me buscó, pensó que yo sabría de ti porque no le tomabas la llamada.

—Sí se enteró, pero ya sabes, no le dura una y, además, yo decidí no mentir. Pero sí, no tienes idea. Esa chica, *merda*, nunca imaginé que existiera este magnetismo por alguien, es una jodida locura porque no pienso —confesó frotándose el rostro.

Connor posó una mano sobre su hombro.

—Quizá esa era la única forma de que dejarás aquello atrás —murmuró conciliador. Maximiliano lo miró de reojo, remembrando ese oscuro momento que lo consumía cada vez que lo evocaba y asintió despacio.

—Quizá… Pero no quiero que ella salga lastimada.

—Sucederá lo que tenga que suceder. Suelta el control, Max, no puedes seguir así.

La casa de Ané bullía; mucha de su familia materna, una pareja amigos de Silvano, junto con su único hermano que había viajado desde España, donde residía, para pasar esas fechas en México, por lo que ahí estaba junto a su esposa y su hija que debía tener la edad de Jessica y que los había acompañado. Primos, tíos, y sus abuelos maternos. Una reunión de treinta personas en su apogeo.

Todo adentro era un caos, mesas acomodadas para que pudiesen cenar, más la fuente de alimentos y la cocina rebosante.

Necesitaba calma en medio de esa revolución que si bien disfrutaba porque eran fechas llenas de dulzura y buenos momentos, la agotaban mentalmente y absorbían parte de su energía.

Un par de semanas atrás había sido su graduación y la fiesta, que ella había decidido evitar para ir a la playa durante unos días con David y otros compañeros con los que se llevaban bien. Al regresar de su viaje, en su habitación, encontró una pequeña cajita. La tomó intrigada, una tarjeta blanca estaba encima. La abrió sabiendo de antemano de quién era.



La abrió sintiendo esa marea cálida recorrerla, no le había dicho que se graduaba hasta la mañana en que iba rumbo al acto académico. Maximiliano solo le mandó un *Emoji* con los ojos achinados, y

un:

Max:

Esta vez me ganaste, pero no será siempre así, piccola.

Una cadena plateada, delgada, con un dije de una pluma pequeñito. Era sencillo pero hermoso. Sonrió sentándose para observarlo con atención. Agarró su celular, le tomó una foto y le mandó un mensaje.

Vita:

Gracias, es muy hermosa.

Max:

Eres mi paz, me alegra que te gustara, ¿puedo marcarte?

Sin responder lo hizo ella y se enfrascaron en una larga conversación.



De vuelta al presente, suspiro contrayendo sus pies que jugaban sobre el césped frío. Diciembre, Noche buena, y ella solo podía sonreír envolviendo aquel dije con su mano y sosteniendo sus botas con la otra mientas caminaba. Al fin tenía un descanso. La editorial había entrado en receso y se había graduado con excelencia. Asombrosamente todo iba muy bien.

En cuanto a él, era más fácil manejar las cosas con la distancia. Aunque la verdad era que lo añoraba. Cuando escuchaba su voz una electricidad deliciosa la dominaba y sus labios se sentían extrañamente vacíos, pero, por otro lado, así no pensaba pues no se sentía presionada ni en alerta.

Las cosas con su madre iban bien, ya había hablado varias veces con su padre y el tema había sido vetado por ambos. Con Silvano era diferente; tenían una complicidad que creció entre ambos, incluso ahora sabía que él fue quien le dejó aquel regalo en su cama. No hablaban de Max, pero era evidente que no se opondría.

—¿En dónde más podrías estar? —escuchó a sus espaldas esa voz que la despertaba, como ráfagas de fuego la perforó a un grado tal que su pensamiento se nubló. La potencia que le generaba

era nuclear.

Giró con cuidado, nerviosa, pestañeando. Maximiliano se encontraba ahí de pie, tan imponente como siempre, sonriente. Enfundado en un suéter de cuello alto y pantalones de gabardina oscuros, lucía impresionante.

Se hizo a un lado un mechón que cruzaba su rostro, respirando con pesadez.

Habían hablado el día anterior y nunca pensó que se aparecería ahí. La tomaba por sorpresa como solía y es que nunca estaba lista para lo que le despertaba.

—No sabía que vendrías —admitió turbada, sintiéndose de nuevo presa de esa avalancha de emociones que, si bien por teléfono aparecían, teniéndolo en frente la sometían.

El hombre avanzó extasiado, extendió una mano y rozó su mejilla pecosa, sonrojada. Era absolutamente hermosa. Mariené suspiro presa de él, de su tacto, de su mirada azulada que la atrapaba y arropaba a la vez.

—Te dije que no me ganarías de nuevo, *vita* —le recordó sereno, tomándola por la nuca con cuidado y acercándola despacio. Mariené entreabrió la boca, completamente perdida en su aroma, en esas sensaciones que le robaban cualquier atisbo de razón y permitió que la probara con deliberada lentitud.

Dejó caer los zapatos y rodeó su cuello, necesitando estar más cerca. Maximiliano, deleitado, aferró su cintura y profundizó ese beso que venía deseando desde hacía semanas.

—¡Ari! —Era su hermana. Se separaron de inmediato. Jessica, sonriente, se cubrió la boca desde el umbral al darse cuenta de lo que había interrumpido.

—Lo lamento, no sabía que estabas aquí —se disculpó riendo—. Pero sigan, diré que estás ocupada —dijo y se fue por donde vino. Mariené rio apoyando la frente sobre su pecho, negando, sintiendo sus manos rodearla de esa manera que adoraba y que aún no se atrevía a admitir que extrañaba tanto.

—¿No tienes frío? Debe estar helado —musitó él besando su cabello. Ella alzó la cabeza, negando, perdiéndose en sus ojos.

—Creí que estarías en otro lugar.

—Solo tenía uno a donde ir —declaró sin dudar.

Con delicadeza se puso de puntillas y besó su mejilla quedándose un poco ahí para absorber su aroma masculino. Maximiliano respiró hondo, con el deseo sometiéndolo. Mariené, con picardía lo notó y rozó sus labios, lo tomó de la mano y lo acercó a una banca que se encontraba en la esquina del jardín. Se sentó y él hizo lo mismo.

—Quítate los zapatos —pidió con suavidad, con esa voz dulce y tersa que poseía. Quería llevarlo a las sensaciones que ella experimentaba cada vez que lo hacía. Maximiliano, torció los labios, arqueando una ceja.

—Estoy contento con mi estado de salud, gracias —bromeó. Ella rodó los ojos, divertida por su tono sarcástico.

—Vives en Nueva York, por Dios, esto no es nada. Anda, quítatelos —lo instó impaciente.

—Si no qué —la desafió tomando una de sus manos y besándola con sensualidad, calmándola de inmediato. Su tacto era sin igual.

—Si no… No entenderás por qué me gusta tanto hacerlo —explicó con simpleza.

Aunque no había mucha luz, podía distinguir sus pecas, esas con las que soñaba cada maldita noche. Acarició su piel con cuidado, ella cerró los ojos, suspirando. La besó despacio.

—Si enfermo me cuidarás —sentenció soltándola, buscando algo de que aferrarse para no hacerla suya ahí, en pleno jardín, con la casa bien llena. Ané sonrió de esa forma tan suya, abriendo los ojos poco a poco, adormilada. No quería pensar, si lo hacía lo estropearía todo y se sentía de nuevo dentro de esa burbuja delicada que cuando estaban juntos en Alghero la arropaba.

—De acuerdo.

Lo observó desnudarse el pie y luego posarlo sobre el césped frío. Un escalofrío lo recorrió, pero enseguida se acostumbró. Ambos miraron sus pies ahí, cerca. Ella movió sus dedos, él también. Luego se levantó y le tendió la mano, la tomó y disfrutaron de ello.

La paz lo envolvió como si una tela de seda lo protegiera de todo lo que siempre lo acechaba. Con sus manos rodeando las suyas, su cuerpo cerca del suyo, en aquel lugar íntimo, con el ambiente electrizante que generaba el tenerla cerca.

—¿Y? —quiso saber Mariené alzando el rostro. Maximiliano rodeó su cintura y la acercó. Ella sonrió ante su mirada lujuriosa.

—Tú ganas, *piccola*.

Y la besó con exigencia.

Tomados de la mano, anduvieron en silencio durante unos minutos dando solo vueltas en aquel jardín que, si bien no era pequeño, tampoco grande, y es que las palabras no se necesitaban.

—¿Cuándo llegaste?

—Hoy, hace unas horas —respondió. Ella asintió mientras caminaban despacio, sin dejar de ver sus pies.

—¿Silvano?

—Él me abrió, *vita*.

—¿Cuándo te vas? —quiso saber fingiendo indiferencia, lo cierto es que ojalá pudiese estar más días ahí.

—El 29, aunque si me lo pides, puedo cambiar eso —expresó sin verla, solo mirándola de reojo. Mariené respiró nerviosa.

—¿Por trabajo?

—En parte, pero amigos más que nada. Volaré a Sídney.

La chica abrió de par en par los ojos.

—¿Ahí pasarás Año Nuevo?

—Este año sí, pero si tú tienes otro plan —susurró. La joven se detuvo, turbada.

—Nada como eso. Debe ser asombroso.

—Podrías ir conmigo —propuso de pronto. Mariené pestañeó negando, retrocediendo.

—No, solo, vamos caminando esto —pidió recelosa y es que con solo aparecer ya no recordaba ni lo que había hecho una hora antes, nada.

Él sabía que eso le respondería. Asintió sin adelantarse y acarició su mejilla, acomodando su cabello suelto con atención.

—Promete que mañana serás mía —casi le rogó—. No hablaremos de nada que no quieras —aseguró agachándose para acercarse a su rostro. Mariené asintió atolondrada.

—Me gusta que estés aquí —concedió con suavidad, rozando de nuevo su boca apenas si un poco.

—¿Dónde más podría estar, *piccola*? —preguntó besándola de nuevo.

—No pensé que venir fuera importante para ti.

—Prometí no hablar de más, pero hasta mi cuñada lo nota…

Su tono era ligero, así que lo miró negando con un mohín.

—No es tu cuñada.

—Lo es, solo falta que tú lo admitas —y le guiñó un ojo soltándola para reanudar el paso relajado que llevaban—. Dime, ¿cómo te sientes? Es raro cuando terminas los estudios. Yo aún lo tengo fresco.

—Aún me queda un semestre del seminario, ¿recuerdas? Pero sí, es extraño. Max, ¿cómo fue que te hiciste… modelo? —quiso saber, presa de la curiosidad.

Aislados del interior bullicioso de la casa, él comenzó: hubo una de esas fiestas patrocinadas, una mujer que no conocía lo vio y le dio su tarjeta. Llamó a los días con un poco de recelo y después de haber intentado investigar lo que pudo en la *web*, se presentó. Le hicieron pruebas, fue invitado a algunas sesiones y de pronto todo se disparó. Una casa de Nueva York le interesó, hablaron, un contrato y se marchó. Omitió bastante, cómo, por ejemplo, que era un chico complicado que, si bien había terminado sus estudios, nada le importaba demasiado. Discutía constantemente con su padre, llegaba al amanecer, tomaba de más, así que cuando todo aquello se dio fue como escape, algo que no pensó mucho pues ni planes tenía.

—Silvano, ¿no se opuso?

—Claro que se opuso, pero no había mucho que pudiera hacer. Las cosas entre los dos eran tirantes, como te dije, no fui fácil. Él siempre ha sido un excelente padre, pero yo necesitaba… alejarme de aquí —explicó serio.

—Lo de tu mamá… —dedujo.

Apretó su mano en respuesta.

—Y la culpa. Mi padre debía hacer su vida, sentía que yo se lo obstaculizaba.

—¿Crees que de verdad lo hacías? —indagó perdida en sus facciones masculinas, que prestaban atención a lo que los rodeaba, pero evidentemente con la mente en otro lado, quizá en su pasado.

Él se encogió de hombros.

—No lo sé, creo que en parte sí.

—A veces es inevitable que así sea —murmuró de forma extraña. Max arrugó la frente.

—¿Lo dices por algo en particular? —curioseó. Ella negó, pensativa. De algo se perdía, lo supo enseguida, pero prometió ir despacio por lo menos en ello, porque en su deseo jamás podría—. Tener un hijo debe hacer que las prioridades cambien, que dejes de verte todo el tiempo para ver por alguien más que depende de ti, pero eso no evita que sigas con tu vida.

—¿Y él no siguió?

—No, creo que no. Lo detenía, y nunca se dio el tiempo de procesar lo de mi madre, creo que hasta que se vio solo lo hizo. Mucho tiempo para dejarla ir, ¿no crees?

—Debía ver por ti, lo hizo cuando se sintió listo. Debe ser muy duro perder a quien amas —lo justificó. Ya el tema se tornaba algo incómodo y un nudo en la garganta apareció, junto con el miedo.

—Lo es —admitió él recordando momentos que aún, pese al tiempo, dolían. La culpa en cuanto aquello había menguado mucho, pero no del todo puesto que lo ocurrido años atrás se añadía y lo consumían. Ambos se detuvieron después de un largo silencio, sintiéndose observado, giró. Marienè lo estudiaba con cuidado, sin vergüenza, pero evidentemente reflexiva. Con tan solo eso todo lo que dolía, se esfumó, como si una ola majestuosa se lo llevara sin dejar nada salvo paz. Se acercó y rozó sus labios, despacio, con ternura—. Me trastornas, *vita*, en serio lo haces.



Minutos más tarde Silvano se acercó a ellos. Marcia y él los habían estado observado desde hacía un rato, en silencio, desde una de las ventanas que daban al jardín. Tenían sus manos entrelazadas con fuerza.

—Debe hacerte feliz que esté aquí —susurró ella, sin perder detalle de su hija caminando, sin zapatos ambos, en su jardín, sujeta de la mano de Maximiliano, compartiendo complicidad

Algo de esa situación la alertaba, pero a la vez la alegraba, se veían bien juntos. Debía sacudirse esa sobreprotección, ese miedo con lo concerniente a ella. Marienè era valiente, lo demostró desde muy pequeña, cuando muchos a esa edad solo pensaban en muñecas, ella ya veía y entendía la vida de otra forma, comprendiendo el valor de tenerla, por lo mismo de cuidarla y desde ese momento se tornó en ese ser especial.

Quizá la había resguardado demasiado, quizá le había acomodado que se protegiera así, pero ahora todo cambiaba y su niña volaba de la mano de alguien que sabía que había pasado cosas tristes, difíciles también y en el que se le adivinaban más aún.

Dolía soltarla, pero sabía en el fondo de su ser que debía hacerlo implicara lo que implicara.

—Mucho, y te agradezco que lo estés manejando de esta manera —contestó abrazándola. Ella se giró para mirarlo de frente.

—Es su vida, acepto que cuando se trata de ella soy un poco exagerada. Lamento lo de aquel día. No tengo nada en su contra, lo prometo. Solo me preocupa.

—Lo entiendo. Es muy joven, él ha vivido más. Pero tienen el mismo derecho que tú y yo a averiguar hasta donde los puede llevar eso que sienten —expresó sacudiendo con suavidad su barbilla.

—Sabes bien hasta donde los llevará, ves lo mismo que yo.

Silvano se encogió de hombros.

—Esa será su historia, por ahora yo estoy atento a la mía.

Y la besó con cuidado. Su esposa sonrió fijándose que nadie más los hubiese visto. Eso lo hizo reír.

—Iré a ver cómo va la cena, en unos minutos avísales que entren —pidió sonrojada.

Su marido asintió dejándola ir, perdiendo de nuevo la atención en el jardín. Su hijo la besaba ahí, donde no había mucha luz. Sacudió la cabeza, agradecido por poder tenerlo cerca, con vida de nuevo corriendo por sus venas. ¿Qué lo habría acabado de herir de aquella forma como para esconderse en sí mismo durante tanto tiempo?

Capítulo 18

La cena fue agradable. Max y Mariené se sentaron uno al lado del otro, junto con más familia. Más tarde él se enfrascó en una conversación con su tío que hacía años no veía, mientras ella hablaba y hablaba sobre libros con la prima de él. Todo se sentía natural y relajado, notaron al verse cada tanto para intercambiar una sonrisa, o una mirada de complicidad.

Después de eso se organizó un juego de regalos robados al cual él no entró, pero se deleitó contemplándola reír como una niña. Todos ahí la querían muchísimo y ella lucía alegre, irradiando esa paz delicada que siempre lograba alcanzarlo.

Charló con su padre, que se acercó al comenzar el juego y permaneció a su lado durante el mismo. Hacía tiempo que no experimentaba todo eso, que no se sentía parte de una fecha como esa, así; con familia, con calidez, con risas. La situación lo llevó a su madre, a aquellas cenas maravillosas. Silvano lo notó y posó una mano sobre su hombro.

—Estamos bien, Milian, ella lo sabe. Permítete vivirlo —le pidió sereno. Maximiliano asintió tomando un trago del ponche, sabía a quién se refería, a su madre. Lo cierto es que otro pensamiento lo embargó, cerró los ojos agachando la mirada.

¿Cómo habrían sido sus ojos?, ¿lo habría querido?, ¿habría hecho bien las cosas? Esas preguntas lo machacaban, así como lo ocurrido. No solo se trataba de Laurela, su mamá, sino de más pérdidas, una en especial que no podría superar, otra de la que no lograba dejar de sentirse también responsable, porque en parte lo era, lo tenía muy claro.

—Gracias, papá.

Sacudirse esas sensaciones particulares le solía llevar días enteros, pero bastó una mirada de ella cuando acabó el juego para que se desvaneciera y solo fuera consciente de esas pecas, de sus ojos, de esa energía dulce que lo arrastraba al más impresionante deseo.

Sí, todo eso le atraía de Mariené.

Más tarde, cuando la reunión concluía, se sentaron frente a la bocina que tenía un reproductor sonando, la joven conectó su celular y comenzó a pasar canciones. Ya había pocas personas en la casa, era de madrugada. Sobre la alfombrilla las escucharon, discutiendo si dejaban una o no, o ella cantando, él mostrándole otras.

Rieron bastante y a nadie parecía molestarle los cambios de ritmos, solo a ellos que se quitaban el aparato para poner lo que cada uno quería. Cuando al fin sonó una que a los dos les pareció bien, ella se levantó tendiéndole la mano.

—¿Bailas? —propuso con esa ligereza que no se había apartado de su semblante desde que la encontró en el jardín horas atrás, lucía ya cansada, pero alegre.

No se estaba resistiendo, pero eso tampoco indicaba que fuera avanzando, eso ya comenzaba a entenderlo. Se levantó y rodeó su cintura. La canción no era tan tranquila, pero al volumen en el que estaba y lo poco que le importaba, lograron que se amoldaran enseguida.

—Imaginé que te gustarían cosas más calmadas… —murmuró con la cabeza gacha, observándola.

Sonrió deleitada, meneándose con suavidad al igual que él, con su rostro apuntando al suyo dejando así que su cabello cayera como una cascada en su espalda mientras rodeaba su cuello con ambos brazos.

Cada experiencia que le daba lo doblegaba más y más. Lo vivía todo sin restringirse. Solo el momento, solo la sensación.

—Cualquier cosa que me haga sentido, me agrada escucharla —admitió bajito, mostrando sus dientes, riendo.

—Es la primera vez que bailas conmigo, *piccola* —dijo escondiendo su rostro en la cuna de su cuello, ella se recargó en su pecho, suspirando.

—Lo haces bien —solo dijo pegándose más. La rodeó con mayor firmeza y besó su cabello.

—Tú también.

La realidad era que se acompasaron casi enseguida como si sus cuerpos supieran en donde unirse, como seguir el ritmo y el compás de lo que escuchaban.

—Debo marcharme —anunció él minutos más tarde, notando que ya casi estaba desierta la casa.

Mariené lo observó contrariada, pero no objetó. Se había dejado llevar toda la noche, no se lo recriminaba, lo deseaba y en realidad hubiese querido estar a solas con él. Todo el tiempo esa sensación en el vientre la acompañó y las ganas de fundirse en sus brazos la dominaban. Aquello era mucho más fuerte que su voluntad y como descubrió desde Alghero, era mejor no luchar contra ello.

Deseaba a Maximiliano de una manera absurda y se sentía agotada de ir contracorriente. Lo cierto es que no hablar de ello ayudaba a su paz, a sentirse libre y tranquila, por lo mismo se había dejado llevar a su lado, como cuando nadie los veía en aquella playa. Sentirse así, con él, era multiplicar las sensaciones a las que estaba acostumbrada por mil y eso la convertía en adicta a su cercanía, aunque tampoco olvidaba su entorno, sus vidas opuestas, la realidad de su ser.

—No me mires de esa manera, quiero que esta noche termine como empezó, sin problemas —replicó Max sujetando su barbilla con su dedo índice y el pulgar—. Hacía mucho tiempo que no pasaba un rato así. Gracias —susurró y la besó con suavidad, ella respondió de la misma forma, sonriendo conciliadora.

Cuando fue a despedirse de su padre y Marcia, esta negó agobiada.

—Casi amanece, por Dios, hay un cuarto libre al final del pasillo —aseguró enroscando sus dedos en los de su marido, este le dio un apretón, agradecido.

—Gracias, Marcia, pero lo prefiero así —replicó conciliador. La mujer asintió, comprendiendo y a la vez agradecida con él. La casa era de Silvano y suya, lo justo era, pese a la incomodidad, ofrecerlo.



Quince minutos después de haber pasado por ella, como habían quedado, y no tan descansados

como deseaban puesto que apenas habían dormido unas horas, Max dejaba el auto en una cochera subterránea. Mariené arrugó la frente, al subirse no preguntó a dónde irían, lo cierto es que esperaba que a un lugar donde pudieran estar solos, casi no pudo dormir debido a lo mucho que lo ansiaba, pero creyó que llegarían a un hotel y la realidad era que para ese instante ya le daba lo mismo.

—¿Qué hacemos aquí?

Él le tendió la mano para que bajara; ya había abierto su puerta.

—Es un sitio que alquilé, es pequeño, pero ayudará en estos casos y cuando esté aquí.

—¿Gastaste en esto? —replicó mientras caminaban rumbo al elevador.

—No puedo estar llegando a hoteles cada vez que venga; ya viste lo que ocurrió la última vez.

—¿Vendrás tanto como para necesitarlo? —soltó sin pensar, enseguida se quiso cubrir los labios. Maximiliano, dentro del elevador entornó los ojos, la acorraló pegándola a una de las paredes metálicas y pasó la nariz por su rostro, lentamente.

—Tanto como para necesitarlo —confirmó ya sobre sus labios, pero sin besarla. Mariené tenía la piel electrizada, su respiración agitada y deseosa de él, no podía negarlo, así que sin pensarlo más lo tomó por el cuello y lo besó con arrebato. Maximiliano rodeó su delgado cuerpo y correspondió con brío, exigente. Un gemido escapó de ella y de pronto las puertas se abrieron. Una risita los hizo detenerse. Era una mujer como de cincuenta años, cargando a su perrito.

—Por mí no se detengan, feliz navidad, muchachos —bromeó. Mariené escondió su rostro en el pecho de él, mientras Maximiliano, sin soltarla, rio.

La mujer se bajó un piso después. Al verse solos, ella alzó la cabeza, despacio, se miraron por un segundo y volvieron a besarse. Semanas añorándolo y no se detendría en ese instante.

El shock que generó el saberse descubiertos por su padre y la prensa, iba disminuyendo, claro que había contribuido la cercanía que habían mantenido durante ese tiempo, sin embargo, no buscaba profundizar en ello.



Una vez fuera del ascensor, él la tomó de la mano y salieron con prisa, abrió la puerta gris de lado izquierdo y entraron. Mariené no se fijó en nada, solo en sus ojos azules, en esa boca que ansiaba. Maximiliano sonrió cerrando tras de sí, aventó las llaves a una encimera y la pegó al muro lateral para acariciarla con delirio.

La joven gemía tocándolo de igual forma, exigente, respondiendo con lujuria a cada roce. Le sacó aquel suéter por la cabeza sin perder tiempo, enseguida hizo lo mismo con su ropa, sin ternura solo con deseo y anhelo las prendas volaron quedando desperdigadas en la entrada de aquel lugar.

Pronto su boca se estacionó en sus senos, torturándolos, mientras que con las manos buscaba ese sitio entre sus piernas y se perdía ahí. Los jadeos que provocaba solo lo encendían más.

La besó de nuevo en la boca, lucía acalorada, agitada y otra vez descendió besándola. Su cuello,

sus senos, su vientre, hasta que se hincó, alzó unas de sus piernas acomodándola sobre su hombro, le urgía su sabor en los labios.

Mariené respingó cuando comenzó a besarla en aquel punto que solo él conocía. Un gritito al sentirlo darse gusto son sus pliegues, centrándose en aquel botón, la embargó. Se arqueó gimiendo, jadeando, humedeciéndose la boca, aferrando por instinto su cabello y con la otra palma abierta se sujetó del muro para no caer.

Jugó con su femineidad, extasiado por cómo se contraía en su boca, deleitado por percibir su asombro y deseo; su pecosa se derretía de placer.

Un calor aniquilador comenzó a recorrerla, sus terminaciones se sensibilizaron y de pronto un grito ahogado llegó hasta su garganta. La potencia de aquello la noqueó, no lograba regular la respiración, tampoco acomodar esas sensaciones. El orgasmo arrasó con todo en su ser, dejándola sudorosa, laxa. Maximiliano la soltó, satisfecho y maravillado para volver a posar sus labios sobre esa boca que lo enloquecía.

Mariené detectó su propio sabor en él, era extraño, pero ahora lo deseaba más, aunque sentía que no podría dar un solo paso después de eso. El hombre la sujetó con firmeza, deleitado en su piel, en cada ruido que hacía, perdido en el momento.

—Te necesito ahora, *minha vida* —logró decir mientras lamía su oreja. Ella aferró su cabello, asintiendo.

—Yo también —murmuró casi lagrimeando, turbada hasta lo indescriptible debido a lo que estaba ocurriendo.

La soltó un momento en el que Mariené, desnuda, intentó recobrar la compostura, aferrada a la pared, agitada, observándolo protegerse, contemplando ese cuerpo que la adentraba en un frenesí inexplicable.

Un segundo después él la cargó para que enrollara sus delgadas piernas en su cadera y entró en ella de un solo movimiento. La joven se encorvó escondiendo el rostro en la cuna de su cuello, deleitada, él aspiró el aroma de su cabello, extasiado por la forma en que esas tiernas paredes lo envolvían y apresaban a la vez.

—No, no pares —suplicó Ané, aferrada a su cabeza, buscando sus labios. Max sonrió confiado y comenzó a moverse, besándola con exigencia, ella devolviéndoselo con certeza.

La sensación de estar donde debían, los envolvió, aunado al rugido de posesividad primitiva que los envolvía en aquel juego bravío, donde ella lo reclamaba y él la penetraba sin reparos.

Ambos sintiéndose dueños del placer, de cada arrolladora sensación, de esos besos urgentes, de ese empuje impetuoso, de esa satisfacción inaplazable, permitieron que un nuevo orgasmo los arrastrara. Él rugió sobre su boca, ella gritó en su garganta y segundos después, sus cuerpos comenzaron a relajarse.

Medio recuperado rozó sus labios, Ané sonrió lánguida, con las mejillas enrojecidas; su cabello que había estado sujeto por una coleta floja era ahora una maraña desordenada alrededor de ese rostro por el que ya sabía que haría lo que fuera.

—Quiero pasar aquí el día —declaró con esa voz dulce, aún aferrada a él con las pocas fuerzas que tenía después de aquello.

Los ojos azules de Maximiliano la escrutaron en silencio, apresándola, contagiándola de esa estupefacción que lo invadía debido a lo fuerte e intenso de ese encuentro, y es que en ese

particularmente comprendió que esa mujer lo tenía en sus manos y solo rogaba jamás herirla.

La llevó en brazos hasta la cama. La depositó ahí con cuidado y desapareció un segundo en lo que supuso era el baño. Al regresar se tumbó a su lado, abriendo las cobijas blancas.

—De nuevo estamos de acuerdo en algo, *piccola* —murmuró satisfecho y la atrajo a su pecho.

Unos minutos de silencio transcurrieron mismos que sus cuerpos aprovecharon para recuperar el aliento. La joven, intrigada, al fin comenzó a analizar su alrededor. El sitio era agradable, sencillo, aunque elegante e iluminado.

—¿Te gusta? —preguntó él sacándola de su pensamiento. Ella alzó el rostro y recargó parte de su pecho sobre el suyo, asintiendo.

—Sí. Cuando salga de casa quisiera conseguir algo la mitad de agradable que este —admitió sonriente. Maximiliano acomodó uno de sus mechones tras la oreja, arrugando el ceño.

—¿Salir de casa? —repitió sin comprender; no solían hablar de cosas realmente importantes, nada del futuro por regla en sus llamadas. Mariené era experta en eludir, protegerse y cambiar de temas cuando algo no le parecía o incomodaba, ya lo había notado, aunque tampoco era de las que se quedaba con lo que realmente pensaba. Necesitaba acabar con ello, con su resistencia, sin embargo, lo detenía su propia limitante, esa que lo ató a sentirse un ser generador de dolor o pérdidas.

La joven asintió torciendo los labios con su barbilla sobre sus manos.

—Quiero irme a vivir sola —explicó seria. Maximiliano se sintió perdido.

—¿No van bien las cosas en tu casa, es por lo nuestro? —quiso saber de pronto preocupado. Ella negó sonriente, tranquila.

—Todo va muy bien. Pero quiero hacerlo, necesito mi espacio.

—¿No tienes suficiente libertad ahí?

Necesitaba entenderla, después de todo tenía veintidós años, no había prisa.

—No es libertad, es algo más. Quiero eso… Trabajar en lo que me gusta, llegar a mi espacio silencioso y mío, solo mío —declaró con firmeza, sin soltar sus ojos.

El hombre asintió serio, ahí seguía implícito lo poco o nada que avanzaban, no es que prensara en que podrían vivir juntos, no se atrevería ni a sugerirlo puesto que no tenía ni pies ni cabeza eso, pero quedaba claro que Mariené solo estaba viviendo lo que sentía, el momento, y eso, pese a ser lo sano, lo irritó porque ya comenzaba a verla en su futuro, aunque una parte de él no se sintiera merecerlo.

—¿Marcia y tu padre están de acuerdo? —continuó investigando.

Notaba cómo la cuidaban, si bien lo entendía debido a lo que él era, a lo que se dedicaba, a sus edades y ritmos de vida, desde Alghero detectó algo más. No era que la esposa de su padre no estuviera atenta a Jessica, pero se notaba una relación más relajada, más bilateral, en el caso de Mariené, era más quisquillosa, cuidadosa.

Se incorporó cubriendo su pecho con la sábana, encogiéndose de hombros, dejando expuesta su delgada espalda ante sus ojos. Se quitó la goma que ya sujetaba poco de su cabello y jugó con ella entre sus dedos, perdiendo su atención en la gran ventana que estaba frente a ellos.

—No del todo. Pero… Lo haré, no pienso quedarme con ganas de nada —argumentó con

simpleza. El hombre se incorporó, besó su hombro haciendo a un lado su melena que lo cubría y suspiró.

—No hay prisa… ¿O sí? —cuestionó con voz calmada. Mariené sintió algo incómodo que se removía en su pecho, lo miró de reojo, resoplando.

—Tengo ahorros, si con la editorial todo va bien creo que puedo hacerlo el siguiente año, en verano —solo dijo.

No era experto en leer a las personas, pero era obvio que algo ahí ocurría, no obstante, así como él también escondía sus momentos crudos, comprendió que ella podría estarlo haciendo, aunque con esa manera que tenía de ser no podía imaginar qué le habría sucedido.

—Espero que me permitas ayudarte en lo que pueda —susurró conciliador. Eso cambió el semblante de ella, giró y lo besó desinhibida.

—Te traje un regalo —soltó sonriente. Abrió los ojos, intrigado.

—¿Y dónde está? —quiso saber, tomándola por la cintura para sentarla sobre sus piernas. La chica, desnuda, se sentó a horcajadas sobre él, mirándolo con coquetería, de forma picara.

Sonrió aún más intrigado, de nuevo excitado.

—En mi bolso, pero ahora mismo quiero… tocarte —anunció besándolo despacio, bajando la mano entre ambos, tomándolo con timidez y aunque lo había hecho un poco en Alghero, no estaba del todo familiarizada, sin embargo, sentía urgencia por ello. Maximiliano gimió de forma masculina al sentir sus dedos envolviendo su hombría más que lista. Aferró su cabeza y la besó con deseo.

—¿Es venganza por lo de hace un rato, *mia piccola*? —logró decir con voz ronca. Ella negó embelesada por lo que lograba en ese hombre que le estaba abriendo un mundo que nunca siquiera fantaseó.

—No, solo quiero hacerlo. Dime cómo —casi le rogó. Con delicadeza tomó su mano delgada y le mostró cómo, sin liberar esos ojos bicolor que lo alucinaban. Mariené negó, sin soltarlo—. Quiero probarte —susurró cohibida. Maximiliano aflojó su agarre, pestañeando.

—Yo no te tomé así esperando que tú lo hicieras conmigo —aseguró cauto. Si la boca de esa *piccola* lo probaba, sabía que colapsaría, pero no quería de ninguna forma que ella pensara que debía.

La joven sonrió y lo besó de nuevo, despacio.

—Si no quieres, no lo haré —replicó con suavidad, sobre sus labios. Él sonrió negando.

—No sabes lo que dices, tú me aniquilas de todas las formas posibles, es solo que…

Mariené silenció su boca con una de sus manos adivinando sus razones y comenzó a besar su cuello, su pecho. Lo recostó sobre la cama, despacio, enseguida lo escuchó gemir y notó cómo se cubría el rostro. Sonrió expectante. Quería verlo envuelto en el placer que ahora ella le pudiera dar, sometido a ella.

Cuando llegó a donde deseaba, él se tensó. Nunca lo había hecho, pero no era tan ingenua como para no tener las nociones básicas. El hombre rugió al sentir su boca lamerlo, besarlo y probarlo con desenfado, en respuesta se aferró a las sábanas, tensándose.

—Si te lastimo o te incomoda, ¿me dirás? —advirtió con suavidad, en medio de roces, y reanudó.

—*¡Merda!*

No creyó que darle placer fuese tan asombroso pues en la medida que se lo daba, su deseo por él aumentaba, estaba húmeda, con esa tensión ya tan familiar en el centro de su ser.

Maximiliano tomaba con delicadeza contenida su cabeza, jadeando, evidentemente perdido en las sensaciones. De pronto se irguió sujetándola por los hombros, fuera de sí.

—No sigas, no sigas —rogó tomando su rostro para acercarlo a su boca. Se besaron con desespero, logró protegerse en medio del frenesí y permitió que la joven marcara el ritmo cuando al fin volvía a estar clavado en su cuerpo. Ahuecó uno de sus delicados senos y ayudó con su otra palma a esa estrecha cadera a que se moviera y fue así como se dejó llevar mientras ella se impulsaba con las manos sobre su abdomen, moviéndose con urgencia.



Media hora después la joven ya estaba adormilada sobre su pecho. Él aún no lograba deshacerse de esas sensaciones que le había regalado Mariené, estaba conmocionado en realidad, porque cada vez que se entregaban todo era mucho más intenso. Su osadía mezclada con ingenuidad, su mirada cuando se lo pidió, la manera en la que lo probaba. Lo estaba volviendo loco, peor, un adicto a ella.

—¿No lo hice bien? —se atrevió a preguntar con voz pastosa, pero evidentemente cargada de dudas más tarde. El hombre bajó el rostro y con su mano sujetó su barbilla para que lo mirara.

—Casi acabas conmigo, *minha vida* —confesó con ternura. Mariené sonrió satisfecha y se volvió a acurrucar.

—Sabes hablar portugués e italiano —expuso lánguida.

—E inglés. Mi madre era portuguesa. Ella solía hablarme en ese idioma, mi papá en italiano.

—¿A qué edad llegaron aquí?

Los recuerdos retornaron, pero logró hacer a un lado las sensaciones dolorosas, de nuevo gracias a ella.

—Yo tenía diez años.

Mariené alzó el rostro, un tanto despabilada.

—¿Ya hablabas español?

—No mucho, aunque mi papá lo usa desde siempre y poco antes de llegar aquí ya nos enseñaba. Fue duro al inicio… —admitió acariciando su brazo y su cintura a la vez.

—Cambio de ciudad, de país, de amigos, de vida.

—Sí…

Y sin pensarlo en lo absoluto, se encontró charlando un poco sobre aquella época, recordando momentos que pensó había olvidado, los detalles: Fueron una familia unida, sus padres siempre se sintieron como su mayor contención, sus pilares. Logró aquel año superarlo de buena manera gracias a ellos. A Silvano le iba de maravilla y su madre estudiaba a las etnias de la región, tema que la

apasionaba por lo que los dos la acompañaban a sus investigaciones y pasaban fines de semana de lo más peculiares, interesantes y cálidos.

La joven lo escuchó atenta, sin siquiera desear moverse y es que era consciente de que no debía ser fácil recordarlo.

—Me gusta cuando usas los dos idiomas, es como… diferente —confesó recostándose de nuevo cuando él terminó de hablar, ya lo notaba algo turbado así que prefirió cambiar de tema.

—Es difícil erradicar a veces ciertas expresiones con las que aprendiste a hablar.

—Cuatro idiomas son bastantes. ¿Me enseñarás?

—Lo que tú quieras, *vita*. Solo debes pedirlo —respondió rozando su trasero de forma sugerente. Su piel se erizó. ¿Cómo lograba despertar así de fácil su deseo?

—Sé inglés. Así que sólo un poco de los otros dos —zanjó sonriendo, cerrando los ojos. Maximiliano besó su cabeza aspirando su aroma.

Se sentía absolutamente tranquilo, tanto que le hubiese gustado guardar ese instante para que le alcanzara toda la vida.

—Será un placer. Y… ¿me dirás ahora qué es mi regalo? —curioseó. Mariené ronroneó acurrucada—. Muero por verte ir hacia tu bolso —la provocó. Ella rio.

—Te lo daré luego, ahora solo quiero dormir —soltó somnolienta.

—Yo también tengo un regalo —admitió acariciándola.

—No harás que vaya por mi bolso desnuda —sentenció notando su desafío.

—En algún momento tendrás que salir de esta cama, *vita.*

—Ya veremos.

Más tarde, al despertar, él dormía plácido a su lado. A hurtadillas fue hasta donde había quedado su ropa regada, se puso las bragas, el suéter y tomó lo que había dentro. Era simple, pero al verlo pensó en él de inmediato. Una litografía de Italia que no pudo evitar comprar y que le parecía hermosa. Cuando regresó él arrugaba el ceño, adormilado, riendo al verla semi vestida.

—*Sei un pericolo, piccola* —musitó con voz ronca, incorporándose, mientras ella se acercaba a él, sonriente.

—No tengo la menor idea de lo que dijiste, pero ya que despertaste. Toma —dijo y se lo tendió. El hombre abrió los ojos, intrigado. Lo abrió con cuidado y observó aquello con detenimiento—. No es la gran cosa, pero lo vi y….

Maximiliano la besó de inmediato.

—Sé exactamente donde lo pondré y me encantaría que fueras pronto para ver cómo queda ahí —murmuró mirándola.

—Me alegra que te gustara, Max.

—Casi tanto como tú.

Capítulo 19

Los días posteriores fueron absolutamente reveladores. Descubrieron que, si no hablaban sobre lo que había entre ambos, o las implicaciones de ello, era fácil. Y salvo un día antes de que se fuera, donde discutieron al notar que un par de fotógrafos los seguían. No hubo más situaciones molestas.

Cenaban en un restaurante no tan concurrido, pero en una calle transitada que estaba de moda en la ciudad. Reían por algo que él había dicho cuando ella notó que en otra mesa unas chicas de su edad, quizá, le tomaban fotos. Pronto se acercaron, risueñas. Le pidieron un par de fotografías reconociéndolo, sin mirarla siquiera. No era que se sin embargo, sus ojos eran impresionantes e inconfundibles. Lo observó interactuar, fingiendo no darle importancia. Max se tomó la foto, les firmó unos papeles y luego de eso, un par más llegaron.

—Creímos que ya no estaban juntos —dijo una de las intrusas, que de solo verlo casi babeaban.

Su actitud la molestó, más por la manera cizañera y poco cortés en la que llegó esa joven. Mariené sonrió tensa.

—Lo estamos —corrigió él conciliador, enseguida se puso nervioso; las intrusas ahora la miraban a ella y estaba seguro de que no saldría nada agradable de esas bocas.

—Ah, es que como vimos esas fotos tuyas con tu compañero, David se llama, ¿no? Isis —le preguntaba a su amiga, esta asintió temblando de la emoción—. Creímos que ya no salían porque se ven tan cercanos que bueno... Pero qué suerte tienes.

La chica se acercó con confianza extrema y apretó el hombro de Ané, con fuerza. En respuesta pestañeó alejándose desconcertada. No las conocía, ¿qué ocurría con ellas? Maximiliano se colocó entre ambas, irritado.

En la Ciudad de México podía pasar desapercibido, aunque solía ser cuidadoso, lo cierto es que no solía tener encuentros así. Una foto, sonrisas, quizá firmar algo y listo.

—Escuchen, chicas, estábamos cenando y…

—Solo una foto más —lo interrumpió la joven que había dejado perpleja a Mariené.

Al encontrarse al fin solos, la observó intrigado, sabía que algo le diría, pero solo siguió comiendo, silenciosa. El resto de la velada que había comenzado bien y divertida, se tornó incómoda. No dejaban de verlo, de cuchichear y pronto el gerente del lugar se acercó, presentándose. Un modelo extranjero en su local. ¡Debía aprovecharlo!

Ya querían irse, pero no se les permitió pagar. Obviamente más fotos donde lo etiquetaron, adivinó Mariené por los comentarios, y cuando ya tomaban sus cosas, un par de reporteros, de esos mismo que había visto aquel día del hotel, aparecieron fingiendo camuflarse entre la gente y no cesaron de fotografiarlos. Patético.

Maximiliano era consciente de que aquello podría pasar, pero no le gustó la manera, aunque nunca solía ser la mejor. Lo cierto es que no podían vivir escondidos y ella debía asumir lo que en realidad era él.

Una vez en el auto, la confrontó.

—Sé que no fue agradable, pero…

—¿A qué fotos se refería? ¿Cómo conocen a David? —preguntó cauta, buscando en su rostro sorpresa. No, no hubo, solo esa manera que tenía de marcar la quijada cuando algo lo tensaba, ya comenzaba a conocerlo.

—Creí que lo sabías —respondió. Ella negó irritada, incómoda.

—Cómo podría saberlo si no uso las redes y mucho menos después de... ese día —murmuró atribulada, vulnerable.

—Estamos juntos, esto es parte de ello. No hagas caso.

—Pues diles que no lo estamos y acaba con eso —exigió molesta, nerviosa. Pisaba un suelo desconocido, uno que la hacía sentir insegura y que le mostraba lo vulnerable que era a su lado.

Sus palabras lo enojaron; después de esos días juntos esa era la simple respuesta que se le ocurría.

—Deja de repetirlo —rugió por lo bajo.

—No quiero discutir. Déjame en casa y ya —sentenció encrespada también.

—Conmigo las cosas no son así, Mariené. Habla y di lo que sea, pero no te darás la media vuelta y me dejarás con la palabra en la boca simplemente porque no deseas que nada malo entre en tu vida, nada que no puedas manejar o que no te haga reír. A veces la vida también es esto. Así que dilo —ordenó.

La chica se cruzó de brazos colérica por su tono, por sus palabras, por la manera en que ya la conocía pese a no estar todo el tiempo juntos.

—No me puedes obligar a entrar en una discusión —sentenció perdiendo la atención en la calle.

—No iremos a tu casa para que te escondas de mí —advirtió.

—Me bajaré en un semáforo —replicó. Maximiliano le dio un golpe al volante que logró hacerla respingar.

—Deja de esconderte, ¡maldición! Todos tenemos miedos en esta vida y créeme, estar contigo hace que enfrente los más grandes. Así que deja de hacerlo.

—No quiero esto. No quiero pelear. No quiero que sepan el nombre de mi amigo y que inventen cosas de él, a dónde voy, con quién, que hablen —explotó. Maximiliano, exasperado, le tendió su celular.

—Búscame en la red. Busca todo lo que quieras. Hablaremos, Mariené. Sin alzar la voz y sin escondernos. Como dos adultos hablaremos. Huir en nosotros nunca ha resultado y lo sabes.

—Tú ya sabías de esas fotos —lo acusó frustrada. Él asintió sin remordimientos, conduciendo. Mariené suspiró pesadamente—. Esto no tiene sentido —murmuró con su celular en la mano, sin

verlo.

—Busca —la presionó cada vez más desesperado por notar cómo se alejaba y se colocaba en ese lugar seguro al que no le daba acceso.

—¿Para qué? No entiendo. Si dices a todos que no estamos juntos dejarán de seguirme, de hacer eso.

—No, eso no pasará.

—Sí, si lo dices sí. ¡Entiende!

Maximiliano aferró con más fuerza el volante, le urgía llegar al estudio, pero faltaban unos kilómetros y tránsito por avanzar, así que se estacionó en una calle cualquiera, respirando hondo. Ella lo observó pasando saliva, con el corazón agitado. Veía el exterior, serio, apretando la quijada.

Ané quería irse, olvidar todo incluso sus caricias, pero no pudo, por primera vez no logró moverse de ese lugar simplemente porque algo en su cabeza le advirtió con firmeza que no lo hiciera, que no debía.

—No diré eso simplemente porque no estoy en esto por ellos. Porque seguiré buscándote y tú seguirás deseando que lo haga, porque… —y la miró atrapándola con su mirada férrea—, como tú, estoy sintiendo más allá de mi entendimiento y ya no puedo pensar en no tenerte en mi vida. Lo lamento —admitió sin dudar con aquella voz varonil que la atravesaba como fuego.

—¿Esa es la razón de todo esto? —preguntó cauta, temblando, presa de una marea eléctrica que la recorría con frenesí.

—¿Realmente quieres que me aleje? ¿Crees que fingir y evitar esto nos ayudará? ¿Eso quieres de verdad? —indagó despacio. Mariené bajó la vista, perdiendo el contacto con él. Segundos después negó con suavidad y lo encaró de nuevo.

—No —respondió al fin—. Me aterra lo que está pasando y cómo avanza, pero… no, no quiero que te alejes —concluyó esto último con un hilo de voz.

—Si miento a los medios resultará peor, créeme. Necesito estar cerca de ti.

—Estamos solos y lo olvido todo, siempre ha sido así. Me intimidas y atraes de igual forma. Me siento vulnerable, casi siempre una niña, estoy a la expectativa y te necesito… todo el tiempo te necesito. Rompes mis esquemas, tambaleas mis decisiones y forma de vivir. Me pone nerviosa sentir tanto, eso es a lo que más temo. Pero también que los demás opinen de ello, si de por sí yo no lo entiendo —explicó turbada.

—Estoy aquí, presa de lo mismo que tú. Solo continuemos así… —pidió sujetando con dulzura su barbilla. Ella se acercó y rozó sus labios despacio. Maximiliano respiró profundamente notando que había logrado pasar una batalla más, una reveladora a decir verdad y que, para variar, lo había sorprendido con sus reacciones.

—Vámonos de aquí, Max —rogó con timidez y urgencia. Él sonrió posando la frente sobre la suya, sintiendo lo mismo.

—Estamos juntos, *minha vida*, lo admitas o no —murmuró besándola de nuevo.

Después de que el deseo los sometiera en el único sofá del lugar, que ya había presenciado varios encuentros entre ambos, Mariené decidió hacer lo que le dijo y abrió la web desde su celular.

Con él a su lado, observó imágenes, leyó cosas. Maximiliano reía con algunas, otras, le explicaba en cómo fijarse para no caer en trampas. Fechas, lugares, coincidencias y, aun así, un montaje en

cuanto a ellos mismos o los que lo fotografiaban.

—A veces se truquean, o se cuelgan de un evento que fue tiempo atrás.

La vista de Mariené se detuvo en una imagen: él abrazando a una chica, guapísima como la que vio en Alghero, ambos reían y lucían felices. Pestañeó buscando más información, él esperó a que hiciera sus indagues, serio.

—¿Quieres saber de eso? —señaló la imagen. La joven lo miró de reojo, nerviosa, pero asintió —. Fue un evento. Es una compañera que conozco desde hace tiempo. Si vas a Nueva York, podría presentarte a muchas de las personas que salen en esas fotos. No hay nada entre ella y yo como ahí insinúan, si nos ven juntos es porque trabajamos con el mismo mánager, en la misma agencia. Eso es todo —explicó sereno. Ella asintió despacio—. Nunca he sostenido una relación con alguien, Mariené —afirmó serio. La joven abrió los ojos de par en par—. Hasta ahora —completó.

—¿Estás diciendo que… tenemos una relación, Maximiliano Ratazzi? —quiso saber, burlesca.

—Milian —la corrigió dejándola confusa—. Solo las personas que me importan me llaman así —explicó con simpleza. Mariené sonrió sonrojada—. Y bueno, en cuanto a lo otro, la *piccola* que está volteando mi vida no lo admite aún, pero sé que en el fondo de ella sabe que es así. Le gusta estar conmigo —habló medio bromeando, medio serio.

—Te lo pone difícil, entonces.

—Mucho, desde el primer momento. Pero así me fascina —murmuró acariciando su mejilla, pasando un dedo por su nariz pecosa. Mariené la parecía la mujer más hermosa de la Tierra, ahí, despeinada como casi todo el tiempo la había visto, sonriente y vital, dueña de sí, con esa ingenuidad y dulzura que continuaba, pero tan aventurera que lo trastornaba cada día más.

—Sabes que a ella también le gustas.

—Oh, sí, lo sé. Jamás la obligaría a nada, sé que cederá, pero es obstinada —expresó arrugando la nariz un poco.

—¿Ya no temes que pierda su dulzura? —lo cuestionó recordando aquellos momentos que se sentían tan lejanos.

—Sí, cada maldito segundo.

—¿Entonces?

—Entonces intentaré cuidarla lo mejor que pueda, esto es algo que ya no se puede frenar —zanjó decidido.

Ella sonrió con timidez y ternura.

—Viajas mucho —cambió de tema, lo notó enseguida, pero ya se iba acostumbrando. Y se enfrascaron en ello. Le mostró su perfil en las redes sociales y pronto se encontró riendo por las ocurrencias que posteaba—. Eres peor de lo que pensé —murmuró divertida. Él solo se encogió de hombros.

—La gente ve lo que quiere ver. Además, no soy un amargado —se defendió fingiendo indignación.

—No pensaba eso, solo que eres serio.

—Lo soy en algunos aspectos de mi vida, aunque también me gusta divertirme.

—Ya lo veo. ¿Y eses es tu apartamento allá? ¿Tienes un gato? —preguntó señalando una imagen.

—Solo lo sabrás si vas —propuso arqueando las cejas. Mariené arrugó la frente, haciendo un mohín.

—Ya te dije que estoy ahorrando para irme a vivir sola. Eso es un gasto que no puedo hacer, Max —explicó con afabilidad. El hombre la besó con cuidado.

—Te estoy invitando yo —la corrigió esperando su reacción. Ella se alejó, despacio, observándolo fijamente.

—Yo… lo pensaré, ¿sí? —aceptó al fin.

—Me voy mañana y no pude convencerte de que me acompañes. Por lo menos dame esto. O la promesa de un viaje solos tú y yo. Un fin de semana a Los Cabos, por ejemplo —sugirió jugando con su vientre, llevaba solo el sujetador y braga encima, y la tenía casi recostada en sus piernas.

—¿Un fin de semana?

—Sí, pronto.

—Yo… Está bien —consintió notando como su mano lentamente se iba perdiendo en su ropa interior, como su pupila se dilataba comiéndose al azul que tanto la trastornaba, como la lujuria llegaba.

—Te echaré mucho de menos, *mia piccola* —declaró con voz ronca y comenzó a tocarla con sensualidad delirante. Mariené se arqueó de inmediato.

—Y yo a ti… Milian.

El hombre rugió al escucharla y cualquier atisbo de consciencia se evaporó.



Mensajes y llamadas iban y venían. Los dos envueltos en su exigente cotidianidad. Mariené continuó manteniéndose al margen de su vida evitando las redes. David y ella salían y le importaba poco si la fotografiaban, era su mejor amigo, no cambiaría nada de lo que amaba por miedo, nunca.

Bárbara, su mejor amiga, sí lo seguía en redes, de hecho, le encantaba por lo que cuando se veían era un tema de conversación recurrente. Solo la escuchaba puesto que no estaba dispuesta a ir más allá, aunque cuando salía a colación lo bien que parecía pasarla en algún viaje, o imágenes de él en alguna campaña de marca prestigiosa, se sentía tensa.

La realidad era que sí veía una fotografía que tenía de él muy de vez en cuando en silencio cuando tenía esa paz que solía buscar; la había guardado tiempo atrás en su galería, se perdía en sus facciones, en esos gestos masculinos y fuertes.

Estaba enamorada, muy enamorada y eso solo servía para que la aprensión creciera más y más.

Sus padres mantuvieron una distancia respetuosa sobre el tema. Además, ahora lo que los tenía ocupados era esa urgencia por independizarse. Lo lograría en verano, ya no tenía duda. Se estaba organizando sin fallo para ello y sabía que, si bien no viviría holgada, alcanzaría para lo que

necesitaba pues en la editorial le estaban pagando bien ya que era eficiente y puntual en sus entregas, además de rápida y meticulosa.

Sí, no tenía tiempo ni de respirar, pero amaba eso, era lo que había elegido y, además, la ayudaba a tener la cabeza ocupada sin pensar a todas horas en esos ojos azules que la hipnotizaban.

Él ya había retornado un fin de semana sorpresivamente. Horas sin despegarse no fueron suficientes. Así que en esa ocasión planearon aquel viaje poniéndose de acuerdo en las fechas.

Trabajaba todo el día, aun así, se daba el tiempo para sí, porque sabía que era importante: caminatas en algún parque descalza, meditar, planear su alimentación, leer, buscar los momentos silenciosos. Costumbres que para ella eran vitales después de lo que vivió.

Estar conectada al mundo, a su ser, la hacía sentir fuerte, pero ahora también él, sus manos, su piel, su aroma y su voz, sobre todo sus ojos y la potencia que emanaban.

Aquel viaje fue fantasía pura. En un lugar aislado, con bungalós que daban al mar, pasaron dos noches con sus respectivos días. Las caricias jamás eran suficientes, los besos, las miradas.

La pasión no lograban mantenerla a raya. Pero la paz, la serenidad, el silencio entre ambos, la tranquilidad también era inherente. Mariené sin comprender cómo, se sentía libre con él y Maximiliano asombrosamente vivo, esperanzado.

Despedirse siempre era complicado y cada vez más doloroso. La inminencia de lo que entre ambos crecía era asombrosa, vertiginosa y ninguno de los dos buscaba ya explicárselo, lo cierto es que las discusiones no llegaban, hablaban y si en algo no concordaban Maximiliano y ella lograban superarlo. Eran distintos en muchísimas formas, pero tenían esa ansiedad por vivir que no les permitía estar quietos, esa necesidad de sentirse que no los dejaba siquiera pensar en más que su cercanía.

—Es tu cumpleaños, quiero regalarte eso. Lo pasaremos bien. Anda —insistió mientras hablaban por video llamada un domingo de abril por la tarde. Ella se hallaba recostada sobre el césped, él en *Central Park*, en una banca del lugar.

—Debo pedir permiso en el trabajo y acabo de entrar… No quiero arriesgarlo, además el seminario —argumentó perdida en sus rasgos. Dios, lo necesitaba, aceptaba con los latidos del corazón desbocados.

—Habla con los profesores, sé que puedes. Y de tu trabajo, no vas todo el tiempo. Puedes avisarles y trabajar aquí, en Nueva York. Di que sí. Son cinco días. Dos no son hábiles. Vamos, *piccola* —suplicó con una urgencia frustrada por tenerla a su lado, porque viera su mundo, su entorno.

—Bueno, hablaré con ellos y te diré.

—Con eso me basta.

—Cómo fue todo en Dubái —preguntó cambiando de tema y es que esa semana poco habían podido coincidir, cosa que los mantuvo secretamente en vilo a los dos. Lo cierto es que entre más avanzaban, más los desconcertaba.

Mariené no tenía mucha idea de cómo continuarían funcionando. Su vida era ahí y la amaba, la de él, era esa opuesta que también era notorio que disfrutaba, además de sus negocios, tantos viajes, rodeado de personas todos los días y aunque no husmeaba en su carrera, a veces su amiga sí, por lo que era inevitable no saberlo al lado de gente con los que compartía eso que ellos no.

Le quemaba, pero más el notar lo fuerte que ya era el sentimiento en su interior. Maximiliano no

le había dado un solo motivo de duda, de enojo siquiera, algo de qué aferrarse para terminar aquello y sentir que llegaba a un puerto en calma.

Al contrario, era dulce, cariñoso, detallista y siempre atento a ella, no la presionaba y le hacía sentir tanto.

Sí, era de ideas fuertes, arrasador, pero no se sentía incómoda o en desventaja debido a ello. Él había encontrado la manera de adentrarse de una forma contundente en su vida y ahora no sabía cómo manejarlo.

Temía al futuro y hacía años que se prometió no pensarlo por lo mismo, vivir el aquí y ahora era su bandera, pero con ese hombre ya no lo podía evitar, así como el temor de que algo, en algún momento la lastimara sin previo aviso.



—¿Cómo va todo con tu chica? —preguntó Jan, su manager, mientras revisaba junto a un conocido fotógrafo la sesión que acababa de tomar para una marca de ropa bastante afamada y que a él le daba lo mismo ver. Pero su representante era quisquilloso con lo referente a su trabajo. Comandaba las carreras de varios modelos más, cuentas fuertes, pues estaba muy bien posicionado en el mundo de la moda, tenía los mejores contactos, conseguía los mejores contratos, no solían tener problemas con los pagos y, además, se llevaba bien, algo que no podía presumir la mayoría en eso tan complicado del modelaje.

Abrió una botella de agua y se sentó con su desenfado habitual encogiéndose de hombros perdiendo la vista en la enorme ventana. Se encontraban en un estudio con poco mobiliario que contaba con el equipo necesario.

Jan lo observó de reojo, sonriendo de forma torcida. Max Ratazzi era un tipo sin muchas complicaciones, poco pretensioso, sencillo decían muchos porque, así como llegaba salía. Maquillarlo, si es que lo hacían, peinarlo y demás, era cosa rápida puesto que se dejaba sin objetar y se vestía en un santiamén. El favorito de varios en realidad, y de muchas marcas, un rostro que daba a ganar varios millones pues estaba en la cima de su carrea desde hacía varios años.

Ya había sido acreedor para estar en *Forbes* como el modelo masculino mejor pagado, así como sitios de gran influencia y relevancia en el mundo de la moda. Sostener el lugar número uno como el más importante modelo, arriba de varios que nunca se imaginarían, era algo casi natural.

De su vida no se sabía mucho, era receloso, en general muy agradable, pero de difícil acceso si se deseaba conocerlo más, aunque tenía una manera tan galante de evitarlo que era complicado percatarse.

Cuando lo vio por primera vez supo que ganaría y no se equivocó. Lo había traído de una agencia de modelaje. Nada fue sencillo al inicio debido a lo difícil que era, pero como enseguida fue requerido por buenas marcas, lo explotaron de más, consumiéndolo, abusando de jornadas y exponiéndolo hasta que las cosas acabaron en aquella tragedia que lo cambió de forma brutal, para bien, debía admitir, sacando de él una fuerza que se vio reflejada en su carrera y que generó arrasara

con lo que le pusieran enfrente.

Después de eso despuntó a tal punto que no se daban abasto. No, no podía perder ese rostro, esa imagen nunca. Sin embargo, también existía esa amistad y camarería entre ellos debido a lo compartido y lo bien que les iba juntos. Años de complicidad habían cerrado ya vínculos, aun así, no era sencillo sacarle conversación sobre temas íntimos, como lo era esa chica con la que salía y de vez en cuando se escapaba para visitar.

—Todo bien —musitó después de darle un trago, pensativo. Jan sonrió asintiendo.

El fotógrafo se despidió minutos después, bromearon un poco como solían y salieron también de ahí.

Para Maximiliano vivir en Nueva York era agradable, se sentía libre en el ir y venir. Y la realidad era que se tenía esta idea de que por ser modelo en cualquier sitio lo reconocían, no era así, podía pasar desapercibido en muchas ocasiones, sin embargo, jamás le había molestado tomarse fotos con algún seguidor, quizá firmar algo, no antes, pero ahora con Mariené las cosas cambiaban y sí lo tensaba. Sobre todo, después de aquel encuentro en ese restaurante en la Ciudad de México donde las chicas que se acercaron incluso habían sido bruscas con ella y aunque hubiese querido apartarla de un jalón, sabía que eso solo empeoraría todo. Frustrante si era sincero.

—Va en serio, ¿eh? —curioseó Jan, a su lado, mientras se acercaban a sus autos.

—Me conoces, tantas molestias por un absurdo no es mi estilo —argumentó abriendo la puerta de su deportivo. Tenía una cita con el administrador al otro lado de Manhattan, luego debía tomar el vuelo a Suecia, donde estaría unos días, y después a Los Ángeles.

—No, eso me queda claro desde aquel día —concedió riendo.

—Debo irme, te veo luego.

—Sí, buen viaje. Ya confirmé todo lo que te mandé. Cualquier cosa estamos en contacto y espero… conocerla pronto —completó con tono ligero.

—No es fácil, pero en eso estoy. Nos vemos —y arrancó.

Jan sonrió negando. Poco sabía de ella, lo que se podía averiguar en redes sociales, o la web, tenía personal al pendiente del asunto puesto que debía saber antes que nadie lo que ocurriera que pudiese comprometer o manchar la carrera de cada uno de sus modelos, pero en el caso de Ratazzi, había mucho más dinero de por medio, por lo mismo una carrera intachable como la que llevaba era básico; ese misterio, esa manera de ser lo había llevado a la cima y no pretendía que algo cambiase.

Lo cierto es que el hecho de que fuera la hija de la esposa de su padre generaba morbo, además, de lo contrastante que eran sus vidas y si bien eso había provocado un desborde en redes, también público que no aportaba mucho.

Después de *aquello* nunca lo había visto relajado como a últimas fechas. Si bien tenía un sentido del humor peculiar y era de buena conversación, siempre parecía tener prisa, pasar por las cosas sin realmente sentirlas y, a pesar de que en aquel entonces no lo conocía del todo, podía jurar que algo se había roto en su interior con ese suceso que era innombrable y del cual muy pocos sabían; Connor, Lenna y él. Nada más.

Sin embargo, después de ese verano en Italia regresó diferente, caminaba más pausado y ya no solo parecía lograr extraviarse y dejarse fluir en una sesión, o alguna filmación, o algo relacionado a esa carrera que sabía, de alguna manera, lo había sacado a flote, sino que ahora parecía que conectaba por decirlo de alguna manera y era cada vez más común saberlo solo, o perdido en sus

pensamientos.

Sí, ese Maximiliano era más receptivo y se notaba, tanto que se daba el lujo de rechazar trabajos por la falta de tiempo, ahora lo solicitaban más que antes.



Después de la reunión con el administrador y gerente de las tiendas que tenía ahí, en Nueva York, y en algunos puntos importantes en Estados Unidos, habló con el gerente de los dos restaurantes en LA y así afinar los detalles de la reunión que se daría en unos días.

Cuando por fin llegó al apartamento apenas si tenía el tiempo justo para darse un baño y darle de comer a su gato, Glu, que dejaba encargado con la mujer que iba a hacer labores de limpieza tres veces por semana.

Ese felino era su amigo, más que su mascota por lo que era común encontrarlo frente a la pantalla del televisor, jugando con cosas que le compraba o hallarlo echado en su regazo, acariciándolo mientras trabajaba, pero a diferencia de él, Glu era perezoso y un «fácil», le decía, porque mientras se le ofreciera una galleta o una caricia, él acudía sin remilgos, lo cierto es que blanco, con esos ojos tan azules, lo hacían casi irresistible.

Años atrás lo había encontrado en la calle, no pudo dejarlo ahí, desde ese momento estuvieron juntos y él se dedicó a ayudar en su tiempo libre al rescate de animales.

Rumbo al aeropuerto le mandó un mensaje a su *piccola*. Adoraba ver la foto de su perfil; era su cara recién lavada, sonriendo con pose dormilona y esas pecas decorando sus delicadas facciones mientras su cabello castaño se escurría sobre sus hombros.

Su última conexión había sido a mediodía, cuando le mandó un video de un pajarillo sobre la rama de un árbol que no se amedrentó al verla acercarse y, luego una toma de su rostro, sonriendo dormilona, con esa chispa tan suya, mandándole un beso con la mano.

Era sensacional porque no es que escribiera palabras dulces, o lo estuviese buscando, o esperando una respuesta. Simplemente le enviaba alguna imagen, la frase de un libro o una Emoji graciosa que explicaba sin palabras lo que hacía. Por supuesto él no se resistía, imposible con ella, y le respondía enseguida, cauto.

Con Mariené había aprendido que debía ser contundente, sorpresivo, pero también a avanzar con cuidado puesto que con la lejanía cualquier sensación tendía a intensificarse más, por lo menos en su caso así era.

El día anterior, después de hablar con ella sobre lo de Nueva York, se topó con una imagen que lo hizo rugir por lo bajo. ¿Cómo la vio? Cenaba con Connor y Cloe en un Bristo, cuando ella, que estaba atenta a esas cosas, torció los labios.

—Parece que no la dejan en paz… El morbo por lo suyo continúa —dijo y le mostró un artículo de una página web dedicada a temas de moda y de vez en cuando chismes.

Lo primero que vio fue a ella, Mariené le susurraba algo a ese tal David, un tipo alto, casi como él, que seguramente no tenía problemas para tener a la chica que deseara pero que pasaba gran parte del tiempo con la suya.

Era la segunda vez.

En otra imagen ambos reían mientras esa pecosa que lo trastornaba señalaba algo y él estaba muy cerca de su cuerpo, ese maldito cuerpo al que no se resistía. No quiso leer lo que decía, solo vio la fecha. El fin de semana anterior.

—Es la hermanastra, claro que no lo dejarán —refunfuñó Connor mientras Max le regresaba el celular a su amiga, tragándose los celos, la marea ardiente de impotencia, recordándose que lo que se veía no solía ser. Lo cierto era que no podía negar la cercanía de ellos dos y lo lejos que él se encontraba casi todo el tiempo.

No tenía idea de a dónde los llevaría aquello, que fuera de irse apagando, chispeaba más, lo envolvía más, lo aniquilaba más. La ansiaba, pero no solo por sentirla, sino por escucharla, por perderse en su aroma, en su cabeza, por ser parte de esa paz y amor a la vida que tenía.

Estaba enamorado, eso lo sabía desde hacía tiempo, absolutamente estupidizado, pero también era consciente de que en algún punto aquello tronaría y Mariené, por su manera de ser, acabaría con ello. Era fiera para defenderse, para esconderse, para vivir y para cuidar su independencia, en algún momento notaría eso que él, desde el inicio supo, y entonces, ¿qué haría? Se preguntaba con recurrencia.

—¿Te afecta? —preguntó Cloe de pronto. La observó casi sin pestañear, serio—. Quiero decir, todo esto. La propia situación —explicó. Se llevaban bien, conversaban de cosas importantes, pero Max no era tan abierto con ella como con Connor o Lenna, que vivía en Holanda.

—Mentiría si dijera que me causa gracia. Pero es parte de esto, no hay mucho qué hacer.

—Se ve muy dulce, muy… joven.

—Lo es, mucho de ambos.

—¿Qué dice ella de todo esto? —preguntó Connor, notándolo receptivo. Maximiliano le dio un largo trago a su vino, alzando las cejas.

—Ella… Ese es todo un tema, hermano. No le agrada, no le agrada en lo absoluto —admitió inescrutable.

—¿Sabe que la siguen, que la fotografían? Porque esta reportera creo que está bastante avocada a eso —apuntó la morena cruzándose de brazos sobre la mesa.

—Si lo supiera ya me habría mandado al carajo. Y sí, esa mujer se está excediendo. Pero no hay más qué hacer. Así son las cosas.

—¿Dejarías esto por ella? —se encontró preguntando la mujer. Connor le dio un empujón abriendo de más los ojos, regañándola con la mirada. Ella lo ignoró atenta a Max y es que desde se enteró de esa relación, él ya no era el mismo.

—Creo que aún no descubro hasta donde llegaría por Mariené, Cloe, pero sospecho que cosas que nunca me planteé —admitió para un segundo después meterse un bocado a la boca.

Capítulo 20

En medio del ajetreo cotidiano se mantenían en contacto de forma rápida. Por algún motivo eso la hizo sentir extraña. Maximiliano parecía estar muy ocupado y, aunque ella también, logró permiso para trabajar de manera remota. Su jefa, una mujer agradable, no se opuso con la condición de que la revisión estuviese en su correo el día acordado. En cuanto lo supo le mandó un mensaje. Maximiliano le marcó enseguida.

Durante esos días apenas si había tenido tiempo de respirar; ir, venir, un vuelo, luego otro, sesiones, locaciones alejadas, una reverenda locura y por lo mismo hablar con ella por más de cinco minutos se había convertido en una faena. Mariené, como era de esperarse, no se quejaba ni daba el menor indicio de molestia, pero eso tampoco lo tranquilizaba, era como si no encontrara problema en seguir adelante sin él y molestaba, tanto como aquellas fotos, tanto como la maldita situación en sí.

Se sentía más demandante, más necesitado, más urgido de ella. La realidad era que no había mucho que hacer al respecto salvo eso; robarla de su realidad cuando podían, pasar horas intercambiando mensajes cuando los dos estaban libres, leer algún libro en conjunto o hacer una videollamada si sus horarios coincidían.

Desde el inicio supo que ese sería el camino, pero no creyó que lo incomodaría tanto. ¿Hacia dónde iban las cosas pese a estar creciendo de esa forma ridículamente absurda? Porque si bien estaban intentando esa relación a distancia y en el transcurso de esos meses ya se habían visto un par de ocasiones, no era idiota, Mariené tenía su mundo en México, él en NY, maneras de vivir completamente equidistantes, que si bien lograba que ese magnetismo creciera y la intensidad de lo que sentía también, no tenía para dónde ir.

Caminar conforme las cosas se iban dando funcionaba y se aferraba a ello, pero sentía como su tiempo se agotaba a pesar de estar empezando en cierto sentido.

Lo suyo era contacto, química, ansiedad y deseo, que había desembocado en sentimientos, y sin ello, costaba demasiado continuar, pero lo peor era saber que no había otra opción, si la quería consigo, era la forma y no la cedería, ya no.



Hacía su equipaje con los audífonos en los oídos cuando Bárbara llegó. No la veía con tanta frecuencia como antes, más porque ambas estaban ocupadas con mil cosas, pero cuando le dijo que se iría a ver a ese supernovio suyo, le rogó que se encontraran. El miércoles por la noche llegó, como habían quedado. Mariené saldría en la madrugada y apenas estaba haciendo su equipaje, muy típico de ella; dejar esas tonterías, como le decía, para el final.

Le quitó los audífonos riendo, se contoneaba al ritmo de lo que fuera que escuchaba, relajada. Sonrió rodando los ojos. Ella y su mundo.

—¡Ey! En serio no tienes remedio, apenas estás haciendo esto —la reprendió señalando la ropa esparcida sobre la cama. Mariené, sonrió y dejó su celular en el buró.

—¿Con cuánto tiempo de antelación se te antojaría que hubiera comenzado, Barb? —curioseó divertida, doblando un suéter con cuidado y de esa manera pausada que tenía. Su amiga se encogió de hombros, revisando un poco de lo que llevaba.

—En cuanto supiste que irías —formuló de manera simple. Mariené rio negando.

—Estás loca. Solo voy unos días —se defendió removiendo un poco de lo que había sacado. Maximiliano le había dicho que el clima estaba fresco, por lo menos para ella. Tomó un vaquero más y otro suéter.

—Pero con él, o sea, no con cualquier tipo, sino con él. Conocerás gente famosa, lugares ¡Guau! —exclamó y abrió su teléfono para mostrarle fotos, solía hacerlo. Mariené rodó los ojos ignorándola.

Para ella era un hombre especial, alguien importante en su vida, pero no por lo que su amiga pensaba. Lo sentía cada vez más clavado en su pensamiento, en sus momentos de soledad que antes gozaba como ninguna otra cosa y donde ahora lo añoraba. Deseaba oír su voz, sentir su calor y notar cómo su cuerpo se derretía de esa manera tan peculiar cuando la tocaba, cuando estaba siquiera cerca.

Sí, estaba completamente perdida por él, pero ir con cuidado era lo mejor… ¿Qué podía cambiar entre ambos?, ¿cómo podrían avanzar las cosas? Era como si estuvieran llegando al punto máximo de coincidencia que conseguirían tener y eso la frustraba mucho. Sin embargo, sabía que no podría ser diferente y rogaba que eso que crecía y crecía, que la consumía y ya dolía debido a la ausencia, no la lastimara hasta el punto de que estaba sospechando.

De pronto notó callada a su amiga, giró intrigada después de meter unos calcetines. Bárbara lucía seria, incluso molesta. Se acercó de un paso tomándola por sorpresa. Su amiga se sobresaltó, pero ya era tarde.

Una foto de Maximiliano abrazando a una mujer, una como las que ya sabía que conocía, lo cierto es que sus rostros estaban muy juntos, se miraba riendo. Respiró con dificultad. Su amiga la observó agobiada.

—Debe haber una explicación —murmuró apagando el aparato. Mariené se irguió seria. Esa molestia que entró como si una pedrada se tratara, aumentó de forma desaforada y no podía sacarlo de su cabeza—. Además, tú sales con David en varias fotos y no hay nada entre ustedes. Recuerda eso.

Mariené arrugó la frente.

—¿Han tomado más? —preguntó descompuesta, con náuseas. Bárbara asintió notando que ella tampoco sabía—. Dónde, ¿me las muestras? —solicitó. Su amiga asintió agobiada. Mariené lucía algo pálida, pero no presa de la rabia, sino del dolor, de la frustración.

Las buscó y se las mostró. Vio las fechas, unas semanas atrás, las imágenes por si sola eran culposas, incriminatorias. Sintió enojo, indignación. Maximiliano no le había dicho nada al respecto. Cerró los ojos serenándose, pasando una mano por la frente, buscando respirar.

—Estás muy enamorada, ¿verdad? —murmuró su amiga, poniéndose de pie, notando su turbación.

Jamás pensó verla así, pero de pronto, llegó ese hombre y ella, si bien continuaba fiel a sí misma, lo había dejado entrar a su mundo, es más, casi podía asegurar que él no le pidió permiso y tumbó todas sus defensas y ahí estaba enrollada en una relación asombrosa pero que sabía no debía ser para nada sencilla.

Mariené la miró pestañeando, mordiéndose el labio.

—Sí.

—No deben ser nada —dijo quitándole importancia.

—Seguramente no —respondió con una opresión en el pecho. El hecho era que ella no estaba ahí, que él pasaba días y semanas al lado de personas como esa chica y no a su lado, que eso era su realidad, la verdad de su relación. Dolió como nunca ver esa imagen y desear, con todas sus fuerzas, que las cosas fueran más fáciles.

Ese era uno de los motivos por los que no quería avanzar, por los que no quería reconocer algo entre ellos, pero era tarde… Su pecho ardía, la ansiedad viajaba por su cuerpo y comprendió que lo que experimentaba eran celos, muchos celos.



Horas después, lista para dormir, solo podía pensar en eso que vio. Dio vueltas en la cama. Quería verlo, borrar eso que la estaba atormentando a un grado tan absurdo que el nudo en la garganta y opresión en el pecho no se iban, al contrario, crecía.

Avanzar… Quizá en su reticencia a nombrar estaba un poco de su inseguridad, de su miedo. Se sentó sobre el colchón, despeinada, resoplando. No, ya no. Maximiliano tenía esa vida, esa era su realidad. Sí, las cosas no tenían un futuro dulce o prometedor, de hecho, no veía alguno probable. Pero apenas llevaban unos meses juntos y aunque todo crecía y crecía de una forma desmesurada, podía dejarse llevar…

Era probable que el tiempo, como solía, se encargara de poner la situación en perspectiva, en su lugar y preocuparse habría sido en vano. Había aprendido a tomar de la vida lo que ésta le brindaba, sin pensarlo mucho, solo sintiendo y con él se había limitado por razones que para su razón eran válidas, dolientes. La vulnerabilidad era una de las sensaciones a las que más le temía, pero quizá era momento de soltar, soltar y realmente experimentar… hasta donde se sintiera segura.

Max le mandó un mensaje justo en ese momento. Respiró nerviosa. Esos días poco habían podido hablar, ambos inmersos en sus quehaceres, en medio de ese ritmo alocado que llevaba sus vidas. Incluso ella ya había cruzado por un par de migrañas que gracias al cielo no fueron tan intensas, pero por lo mismo su madre, al saber que iría, la apoyó. Se estaba presionando mucho y lo sabía, pero no podía evitarlo, era parte de su vida, de lo que quería, de sus metas y sueños y su cuerpo no se lo impediría.

Max:

Vita, lamento buscarte hasta ahorita.
Todo está listo para tenerte aquí sin interrupciones.
Cuento las horas.
Descansa...

Lo leyó pestañeando, con las mejillas caldeadas. Solo eso y ya sus labios se sensibilizaban de una forma absurda.

Vita:

También estuve con muchas cosas, cuento las horas.

Admitió esperando.

No solía responder de esa manera y eso la hizo sentir insegura enseguida, su estómago se revolvió incluso.

Maximiliano, desde su apartamento, sonrió triunfante al leerla. Sabía que lo que respondiera sería importante, Marienè estaba soltándose, primero al aceptar ir, ahora esas simples palabras.

Max:

Haré que valga cada una de ellas, minha vida. Confía en mí.

Vita:

Eso lo sé. Te veo mañana...

Max:

Eso suena a lo mejor que he leído en semanas.
Te veo mañana, piccola.
Cierra los ojos, debes dormir.

Vita:

😎😎😎😎😎

Marienè rio. Él era así: una mezcla de seriedad y frescura que la devastaba. Sabía lo que quería decir con tan solo eso. Y le mandó por primera vez otra igual, sintiéndose atrevida por algo tan ridículo.

Maximiliano al recibirla abrió los ojos, se pegó el celular a la frente, negando aliviado. Al fin las cosas iban tomando un curso y le mandó un Emoji de asombro. A lo que ella ya solo respondió con uno de sueño.

En cuanto aterrizó, la expectación creció y le mandó un mensaje avisándole. Él ya la esperaba. Sonrió con la piel erizada.

Volar era algo que disfrutaba, así que el viaje lo gozó mientras leía un manuscrito que para su buena suerte resultó interesante. Ya había leído otros que no, no obstante, debía acabarlos y hacer comentarios al respecto, esa era la parte no tan grata de su trabajo, pero la realidad era que en general les encontraba algo salvable y otros, simplemente le encantaban.

Con su equipaje rodando, al fin vio la salida. Anduvo nerviosa el tramo donde las personas se aglomeran para esperar hasta que lo vio, al final, con los brazos cruzados, devorándola con un deseo que no parecía pretender esconder.

Vaqueros, camiseta cualquiera, sudadera clara y un gorro gris. Era como iba vestido, sin embargo, lucía asombroso con aquellos ojos azules que la sometían sin poner esfuerzo en ello. Sonreía de forma sensual, atento a sus movimientos. Ella hizo lo mismo, sonrojada.

Cuando la tuvo a tan solo unos pasos, se acercó entrelazando sus dedos con urgencia para sacarla del tumulto. La condujo hasta una de las ventanas arrastrando su maleta y cuando se detuvo, la miró ya muy cerca de sus labios.

Mariené sonrió acercándose y enganchó una mano en su nuca, Él cerró los ojos por un segundo, deleitado.

—Te he echado mucho de menos, *vita* —aceptó con voz ronca y la besó sin esperar respuesta. Su sabor a menta la envolvió, así como su mano aferrando su cintura, con esa forma tan única de tocarla, de reclamarla.

—Y… yo a ti —admitió logrando así que éste sonriera satisfecho. Su dulce voz, sus ojos bicolores, su piel pecosa, lo paralizaron unos segundos en los que decidió que contemplarla era una urgencia que debía saciar.

—Eso me alegra, *piccola* —susurró y volvió a atrapar sus labios con lujuria, mordisqueándolos posesivo, dejando en ese gesto la promesa de lo que deseaba hacer con ellos más tarde.

Un auto deportivo azul oscuro aguardaba en el estacionamiento. Salir tomó su tiempo, pero a ella le importó poco, Max tenía su mano rodeada y la besaba cada tanto mientras charlaban sobre el vuelo, o el libro que había estado leyendo.

Condujo por las calles de Nueva York y Mariené no perdía detalle. Señalaba sitios y él le explicaba relajado. La joven lucía alegre, expectante y atenta a todo, maravillada, por lo que Maximiliano solo podía contemplarla con aprensión. Esa mujer estaba enterrándose más allá de lo que alguna vez imaginó que alguien pudiese llegar y eso, tratándose de su pecosa, lo agobiaba y fascinaba en la misma medida.

Media hora después se estacionaba en una calle arbolada, donde gente iba y venía sin reparar en nadie. Disfrutando de lo que sus ojos absorbían pues nunca podía cansarse de ir acumulando recuerdos, estudió su alrededor. De pronto sintió la mano de él enrocarse en la suya, lo miró sonriendo ya fuera del auto.

—¿Aquí vives? —preguntó alzando el rostro, el edificio se perdía un poco entre los árboles.

—Aquí vivo, *piccola* —confirmó juguetón.

¡Mierda!, sí la había extrañado demasiado, sí, a ella y a esa vida que llevaba consigo, que lo contagiaba y hacía desear más, mucho más de lo que el destino tuviese preparado para él.

Entraron a aquel lugar, un conserje uniformado los saludó con una inclinación de cabeza, que ella respondió sonriente. Ingresaron a uno de los dos elevadores, ella lucía inquieta, miraba los pisos que iban avanzar, mordiéndose los labios. Max apretó su mano.

Era fascinante verla a punto de los brincos, percibir su entusiasmo y expectación. Sabía que era su primera vez en Nueva York, pero no era eso lo que la tenía así, sino el hecho en sí, ella disfrutaba de indagar, averiguar, aventurarse y eso era lo que ocurría en su interior; Mariené bullía.

Salieron en el piso quince, el último. Ella avanzó hasta una de las ventanas perdiendo su atención en el exterior.

—Dios, es asombroso.

Max rodeó su cintura, asintiendo.

—¿Verdad? Es una las razones por las que compré este apartamento —explicó. Ella sonrió comprendiendo; la vista era increíble y el sitio ni se diga.

Dos puertas negras, anchas, en direcciones opuestas. Piso de madera, muros oscuros contra claros. Era moderno y sobrio a la vez. Max se dirigió a la del lado izquierdo y abrió. La chica, entusiasmada, avanzó ante su invitación.

En la entrada abrió los ojos de par en par. Muros de ladrillo rojo, pisos de concreto pulido, vigas de madera clara sostenían parte de la estructura y coincidían con las escaleras y más detalles del lugar. Plantas, colores masculinos, pero no obscuros, sino contrastantes.

Anduvo un poco más, atenta.

Alfombrillas, sillones de piel café antiguo, con cojines crema y tintos, nada tenía correspondencia y a la vez todo. Cuadros, adornos cuidadosamente colocados, pero no había rigidez.

—¿Y? —quiso saber él, a un metro de ella, cruzado de brazos. Mariené, sintiéndose exultante, giró para encararlo. Nada se podía comparar con esas delicadas facciones, la suavidad de sus gestos y ojos vivaces. La estudió aguardando.

—Y… —murmuró acercándose despacio, coqueta—. Es genial, me gusta casi tanto como tú —admitió con las mejillas sonrojadas, osada. Maximiliano alzó las cejas.

Desde el día anterior la había notado menos resguardada. Entornó los ojos, sonriente.

—Casi…

—Casi, *il mio bell'uomo*[1] —musitó acalorada, como una pequeña que no tenía idea de lo que acababa de hacer, pero que no daría un paso atrás. Maximiliano dejó de respirar, su gesto se contrajo y sus pulmones se comprimieron con tan solo esas palabras salidas de esos labios que lo enloquecían. Mariené, nerviosa al notarlo estático, pestañeó acercándose un poco. Había practicado durante varios días, y no solo eso, sino otras frases que esperaba atreverse a decirlas, aunque la más importante, gran parte de la madrugada—. ¿No lo dije bien? —quiso saber, jugando con sus manos.

El hombre se frotó el cuello, suspirando, mirándola por debajo de sus pestañas, de una forma felina, peligrosa. Y un segundo después la cargó como un costal de papas.

—Ahora sí no tienes retorno, *piccola* —advirtió caminando con ella a cuestas. Mariené gritó ante su arrebato, riendo.

—¡Ey! No, bájame. —Él comenzó a subir las escaleras—. No, ya… Max.

Pero no se detuvo y ella no paraba de reír y luchar para que la bajara mientras subían las escaleras de madera. De pronto sintió como se detenía y la depositó sobre una superficie blanda. No le importó dónde se encontraba porque sus ojos azules, fieros, cargados de lujuria, la atraparon. Sus respiraciones iban deprisa.

No, no podía más, comprendió desesperada. Se levantó de un brinco y lo tomó por el cuello para besarlo con exigencias, mientras las manos de ese hombre que la hacía delirar la tocaban hambriento.

Pronto no hubo ropa entre ambos, la ansiedad los tenía completamente sometidos, las ganas de unirse, la necesidad de ser lo que el otro buscaba y siempre encontraba.

Mariené se sentía encendida, como si una ola de lava la estuviese quemando por dentro. No quería esperar, no podía. Maximiliano estaba igual y por Dios que eso lo ponía peor.

Rasgó la protección y cuando estuvo listo la hizo girar para que su perfecto trasero y espalda quedaran frente a sus ojos. La chica gimió cuando su cabeza quedó sobre el colchón y él, de un movimiento se adentraba en su ser sujetando sus caderas.

Ella se aferró a las sábanas soltando un jadeo profundo ante la invasión. Lo sintió hundirse más y más. En el borde del placer, asombrada, sintió que no podría soportarlo, eso era mucho. El hombre se agachó jadeando, a punto del colapso, buscó con una de sus manos su centro y con movimientos rítmicos la puso peor. Mariené se contorsionó al sentir ese cúmulo de sensaciones que sabía solo con él podrían sentirse.

Yendo y viniendo se perdió en aquel sitio que iba en subida. Gruñendo, gritando, jadeando y de pronto él la alzó un poco, profundizó el agarre tomándola por un pecho y fue todo peor. No pudo más, eso era impresionante, se aferró a su espalda como pudo mientras él rugía en su cuello de forma primitiva y única.

Todo explotó un instante después dejándolos agotados, lánguidos sobre la cama, agitados.

La joven cerró los ojos, temblorosa, con Maximiliano tras ella, rodeándola con firme suavidad.

—*Merda* —lo escuchó decir apenas entre jadeos. Ella sonrió extenuada, ya acostumbrada a la fuerza de lo que los unía, a lo mucho que continuaba impactándolos. De repente sintió su mano rozando su mejilla con ternura—. Si algo no… te gusta, dímelo —rogó aún asombrado por cómo se había dejado llevar. La joven se acurrucó más, serena, con gesto apacible.

—Me gustó… Sí que me gustó —confirmó lánguida, satisfecha. Maximiliano besó su mejilla quedándose un poco ahí, absorbiendo su aroma.

Nunca se había sentido más animal como cuando se trataba de ella, de esa mujer que parecía hecha para darle placer, para mantenerlo atento, para perder cualquier resquicio de razón.

Un segundo después besó su hombro y sintió su ausencia. Se removió aspirando con fuerza. Buscó su blusa y al encontrarla, se la puso inspeccionando la habitación. Varonil, esa era la palabra. Muro de cemento pulido, una cama grande de sabanas y acolchado blanco, un sofá enfrente, una enorme pantalla, ventanas que dejaban ver la ciudad y que de inmediato acapararon su atención.

Se puso las bragas y se acercó, las cubrían unas cortinas de gaza blanca. Nueva York.

—¿Estás bien? —preguntó él rodeándola por la cintura. Mariené aferró sus manos asintiendo al tiempo que se recargaba en su pecho, suspirando.

—Te aseguro que si algo no me gusta te lo diré —murmuró con suavidad. El hombre la hizo girar, bajó el rostro y acarició su mejilla, mirándola fijamente.

—Me dejé llevar, pero es que eso que dijiste… —susurró dejando un beso dulce sobre su boca aun hinchada. Ella sonrió recargando la cabeza en su mano.

—No es lo único que aprendí —confesó soltándose con picardía, perdiendo la vista en los detalles de esa recámara.

Tenía una lámpara que iluminaba una mesa junto a ese sillón. Sonrió al ver los libros que ambos habían leído ahí apilados. Maximiliano arrugó la frente, intrigado, fascinado.

De pronto ella salió de ahí, mirándolo por encima del hombro con una coquetería que con él había descubierto. La observó atento; esa Mariené estaba mucho más osada y le gustaba aún más porque pese a ello su dulzura continuaba impresa en cada una de sus facciones, de sus movimientos delicados.

—Pero si te lo digo, no comeré y tengo hambre.

Un segundo después salió tras ella. La detuvo en el pasillo rodeando su cintura, la joven rio ante su arrebato.

—No puedes decir eso y luego dejarme así… —gruñó pegándose a su delicado cuerpo.

—Si te lo digo, ¿comeremos después? —preguntó con inocencia, perdiendo una mano en su cabello despeinado. Maximiliano la besó de forma sutil pero exigente.

—No puedo hacer esa clase de promesas.

—Max… —se quejó haciendo un mohín de ruego.

Rio asintiendo.

—Lo intentaré.

—Practiqué algunas. Pero me dirás si no las pronuncio bien.

—Te lo diré —confirmó atento a sus ojos y boca, sin soltarla.

—*Mi piaci* —dijo en italiano. Él sonrió deleitado.

—Lo dices bien. *E anche tu mi piaci molto* —respondió con un acento que la hizo delirar—. Tú también me gustas mucho —tradujo despacio, con voz oscura.

La joven acarició su rostro, fascinada. Sí, le había hecho mucha falta sentir esa libertad que con él experimentaba, no esa a la que estaba acostumbrada, sino a la que permite dejarse llevar más allá del cuerpo y el pensamiento.

—*Siamo insieme,* ¿se dice así? —dijo atenta a su reacción, a sus ojos azules que al escucharla se estacionaron atónitos en los suyos, revolcados. No parpadeó por más de lo que pudo imaginar. Sus manos en torno a su cuerpo se habían detenido.

—Sí… así se dice —logró responder y despacio acarició su barbilla, con un dedo su labio inferior y delicadamente bajó hasta que se unieron de la forma más cuidadosa y delicada que hubiese experimentado hasta ese momento. Sin prisa se besaron sintiéndose, probándose, adentrándose más y más a aquello que sin retorno los iba atrapando.

—*Siamo insieme, vita* —murmuró contra sus labios de forma contundente y sensual. Mariené sintió de nuevo correr un vertiginoso deseo.

—Puedo comer más tarde —concedió con los ojos cerrados, deleitada por lo que entre ellos pasaba.

Eso no era pasión, no era deseo, era mucho más, tanto que no cabría en su ser. Maximiliano, sin dejar de besarla la cargo mientras ella rodea su cuello mordisqueando uno de sus labios.

—Me alegra, *piccola* —solo dijo y después, después todo fue una nube de ternura, seducción y compenetración.

Sentados sobre aquél mullido colchón se tocaron despacio, reconociéndose, con cuidado. Nada de movimientos acelerados, nada de urgencia, solo eso que los envolvía de una forma delicada, trastornándolos, sacándolos de este mundo para encerrarlos en otro que tendrían que aprender a cuidar y aprovechar, con un lazo férreo que con cada segundo se fortalecía, que con cada mirada se hundía más y más. La hizo suya sin soltar sus ojos, con delicadeza suprema, mientras ella respondía acariciando su rostro una y otra vez, perdiéndose en su iris cada vez que lo sentía más parte de sí.

Hacer el amor, hasta ese momento tuvo sentido.

Recostada a su lado, saciada de todas las maneras que se podía estar, suspiró pegada a su cuello, entre las sábanas revueltas, con su mano rodeándola.

—Hoy no quiero salir de aquí —anunció caprichosa. Maximiliano besó su cabellera castaña, aun intentando acomodar lo que ya sabía que sentía por ella, pero que ahora aparecía con absoluta claridad.

—Entonces eso haremos.

—¿Tenías algo pensado? —preguntó alzando su pecoso rostro. Sonrió negando, consciente de la profundidad que ella le generaba.

—Había pensado mañana ir a *Central Park*, un día para que lo conozcas. Y después, quizá ir a cenar a casa de unos amigos. ¿Te parece? —interrogó atento a sus reacciones.

No hubiese querido compartirla esa era la verdad, pero necesitaba que conociera su vida ahí, lo que hacía, las personas que lo rodeaban. La chica respiró hondo asintiendo, entendiendo lo mismo que él.

—Sí, me parece.

Maximiliano acarició su mejilla, haciendo un mechón a un lado.

—Son mis amigos, una pareja, Jan, mi representante, también con su pareja. Y otro par. Nada grande ni formal —explicó acariciando su espalda. La joven beso sus labios de forma fugaz y asintió recargándose en su pecho de nuevo.

—Te vi en unas fotos —murmuró de pronto, cambiando de tema y es que así era ella. Maximiliano no pudo detectar más en su voz porque sonaba lejana—. Sé que me tomaron otras con David —completó despacio. Se incorporó hasta quedar su espalda sobre la cabecera, logrando que ella hiciera lo mismo. La observó cubrirse con las sábanas, un poco nerviosa, otro poco seria.

—¿Y qué piensas de eso? —cuestionó sin soltar sus ojos, con su cabello castaño un poco alborotado. Ella resopló aturdida.

—No sé, no me gustó. Yo… No me gustó verte con esa chica, sentí… —y desvió su atención —. No me gustó —atajó bajando la mirada. El hombre pasó su dedo índice bajo su barbilla. Marienè lo enfocó.

—Tampoco sonrío al verte con él en cada imagen, Ané —replicó sereno.

—Pero somos amigos, es mi mejor amigo… No hay nada y lo sabes —se defendió. Él tomó su mano, entrelazando sus dedos.

—Sé que no estarías aquí si fuese diferente. Y lo mismo aplica en mí. Conozco a muchas mujeres, trabajo en algo que es más para ellas que para mí. Son algunas conocidas, otras compañeras de eventos, campañas, pasamos tiempo juntos cuando de algo grande se trata… pero nunca me ha interesa jugar al Don Juan, menos ahora —admitió serio, sin dudar.

Mariené pasó saliva, suspirando.

—Quisiera solo dejarme llevar —confesó perdiéndose en la potencia de su iris azul.

—Entonces hazlo. No pensemos tanto. Ahora mismo estamos aquí y eso debe valer para ambos.

—Eso hago. Por eso necesitaba dejar de lado mi resistencia. Por eso te dije eso hace un rato. Es verdad, estamos juntos y quiero simplemente vivirlo, sin pensarlo, sin preocuparme, sin asustarme.

Esas palabras lo derritieron por completo, se resguardaba tan bien… que sí, a veces temía, pero nunca sabía cómo actuaría al minuto siguiente y fuera de enfurecerla aquellas fotos la habían orillado a asumir lo que en realidad ocurría, a al fin bajar parte de sus defensas y eso, en Mariené, era muchísimo.

La tomó del cuello y la besó atrayéndola a su pecho para rodearla protector.

—Caminemos esto, vayamos paso a la vez.

—Nada nunca se sintió tan correcto —completó ella. La volvió a besar y junto la frente a la suya.

—Nada nunca, *minha vida* —coincidió cerrando los ojos.

De repente el peso de algo sobre sus pies la sobresaltó, giró de inmediato. Un gato blando de ojos impactantes azules, se acurrucaba perezoso sobre ella. Maximiliano soltó una carcajada orgullosa.

—Es Glu, estaba escondido por ahí —soltó acercándolo a ella. Mariené lo observó atenta.

—¡Así que sí era tuyo! Tiene unos ojos increíbles —declaró acariciándolo con ternura. El gato maulló—. ¿Se deja agarrar? —preguntó intrigada, fascinada.

—Es el gato más fácil que podrás conocer —se quejó poniéndoselo en su regazo. La chica sonrió con alegría, acariciándolo.

—Es hermoso.

—Es mi amigo Glu. Glu, ella es mi *piccola*. *Piccola*, este es mi *gatto pigro*.

—*¿Pigro?*

—Perezoso, ya lo ratificaras estos días —sonrió relajado. Mariené lo observó mientras él admiraba a su gato. Esa era una faceta que no imaginó jamás y le gustó, le gustó bastante.

Más tarde él preparó algo de comer mientras ella deshacía su equipaje y se duchaba. Lo interceptó en la cocina, ya había investigado el lugar perdiéndose en los detalles. Tres habitaciones. Una de invitados, supuso, elegante y moderna. Otra con aparatos de ejercicio, una computadora y aditamentos electrónicos, muros blancos decorados con cuadros de bandas de rock.

Estudió cada elemento y le fascinó. Bajó vestida con una blusa de algodón y mallas oscuras, descalza, observando. Él le sonrió mientras picaba algo sobre una tabla de madera, en la barra de la cocina.

—¿Los zapatos? —preguntó metiéndose un pedazo de zanahoria a la boca. Ella sonrió rodando los ojos, rodeándose con los brazos. Ahí el clima era agradable.

—Ya sabes que prefiero estar así —murmuró paseando la mirada por el comedor; una mesa de billar que se hallaba de lado derecho a la cocina y, detrás, un ventanal que daba a una terraza. Se acercó intrigada, lo abrió de par en par. Piso de exteriores, muebles de terraza y una vista espectacular además de plantas bien cuidadas.

Permaneció ahí, escuchando los ruidos de la ciudad, contemplando todo lo que sus ojos le permitían, sintiendo el bullicio entrar por su piel, deleitada por como el aire iba secando su cabello húmedo, meciéndola con suavidad. Suspiró con la cara apuntando al cielo y cerrando los ojos un segundo después.

Maximiliano la observó desde el marco de la puerta, serio. La vida pasaba a través de ella y retornaba nuevamente, como en un viaje eterno, si ese fuera su motivo.

Esos meses, desde que esa pecosa apareció, la tortura del pasado se iba alejando, enfriando, aunque jamás dejarían de doler las implicaciones, ni dejaría del lado la impotencia por lo ocurrido. Sin embargo, con ella, ahí, sabía que el futuro le estaba dando una nueva oportunidad, una que no debía desperdiciar, la más importante de su existencia para redimirse ante sí.

Mariené había llegado en un momento particular, uno en el que existía sin pensar, donde las sensaciones ya no lo alcanzaban, donde ver pasar los días lleno de ocupaciones era la única forma de avanzar. Sí, esa joven con su dulzura, con su manera, con su vitalidad, le había de vuelto algo que jamás creyó extrañar: ganas de vivir, de querer más, de ser feliz para hacer feliz a los demás.

PARTE DOS

Siamo insieme



Capítulo 21

Comieron en medio de risas y charla amena. Ella lo había ayudado a terminar de preparar los alimentos, lo cierto es que solo se las averiguaba más que bien. Carne, puré de papa y espárragos, todo en su justo punto, admitió disfrutando de cada bocado.

—Está delicioso… —dijo recargada en la silla, saboreando lo que ingería. Max sonrió, complacido, bebiendo un poco de vino.

Había pensado en algo así; en todas las ocasiones en que se encontraban, Mariené elegía la comida consistente, pero natural. Sabía que el peso no le preocupaba, porque no media sus porciones, sin embargo, sí la había visto leer etiquetas, escudriñar lo que contenían, declinar cosas muy procesadas y pensó que era congruente con ella, con su manera de ser, de vivir esa vida que tanto amaba, así que preparar aquello le pareció lo adecuado.

Más tarde conversaron en la terraza, ella sobre sus piernas, riendo por alguna broma dicha, discutiendo sobre el libro que ambos venían leyendo. Sus posturas solían ser diferentes y si él defendía a uno de los personajes, Mariené encontraba argumentos para desmoronarlo.

La historia, esa vez, fue de misterio. Así que por más de dos horas se perdieron en aquello. Maximiliano adoraba hacerla renegar porque por mucho que deseara enojarse lo cierto es que con esa dulce vocecilla poco contagiaba salvo una calidez siempre anhelante que lo atraía como abeja a la miel.

—Pero él los mató —sentenció Maximiliano, mientras la seguía por las escaleras, negando. Ané había decidido que necesitaba un suéter ya que afuera la temperatura se sentía incluso fría.

—Solo si piensas que manipuló la mente de esa chica, si no, fue todo coincidencias.

—No son coincidencias. La orilló —masculló.

—Ella no estaba bien desde antes, no fue él, fueron sus sueños rotos, su frustración… Su propia vida —expuso son simpleza, abriendo el cajón donde había puesto sus cosas. Encontró uno cualquiera y se lo puso. Maximiliano se detuvo cruzándose de brazos en el marco de la puerta, serio. De repente algo que no había siquiera relacionado tomaba una forma incómoda.

—¿Y eso lo exonera? —cuestionó percibiendo cómo ese vacío silencioso que había reinado en su vida los últimos años aparecía, y es que podía casi tocarlo, pero por alguna razón no logró adueñarse de él.

Mariené torció la boca, examinándolo. Lucía extraño, retraído. Similar a ese hombre frío de meses atrás, la diferencia era que ya no la intimidaba, no de esa forma por lo menos. Ladeó el rostro y se acercó, intrigada.

—Solo si en realidad no lo hizo con ese afán. Quizá debamos terminarlo, Milian, y averiguar si es así. Aunque la verdad es que creo que no, sucedió porque ellos eligieron, decidieron y eso… aunque él hiciera lo que hiciera, no hubiese podido cambiarlo. Existir no se elige, pero vivir sí —determinó dejando un dulce beso en su mejilla, saliendo de ahí.

Maximiliano no se movió durante unos minutos, los mismo que le llevó acomodarlo todo. Al bajar la encontró leyendo los títulos de los discos de vinilo que coleccionaba junto al billar, con el

gordo de Glu en los brazos.

Se veían graciosos, pero absolutamente tiernos. Sacó su celular y capturó la imagen. Ella despeinada, con esa coleta floja, alta, en aquella sudadera, con sus mallas, cargando a Glu con esfuerzo, medio agachada, susurrándole mientras pasaba uno tras otro.

Al escucharlo giró, sonrojada.

—Tienes muchísimos —apuntó maravillada. Se acercó con ligereza. Tenerla ahí se sentía natural, lo lógico y lograba que todo en ese apartamento que tanto le gustaba se sintiera diferente; acogedor.

—¿Quieres escuchar alguno? —preguntó colocándose a su lado. Ella asintió entusiasmada y le tendió el que deseaba, uno viejo de Sinatra; su madre solía escuchar mucho esas canciones cuando algo la agobiaba y de alguna manera siempre le habían gustado. Él alzó las cejas ante su determinación—. Es bueno —admitió poniéndolo en el tocadiscos que se hallaba entre dos sofás de piel rojiza desgastada.

Something stupid llenó el lugar. Mariené sonrió con amplitud y comenzó a cantarla en susurros, contoneándose apenas. Se veía tan joven, tan fresca y relajada que no lo pudo evitar y la invitó a bailar con un gesto caballeroso como los de antaño, inclinándose y extendiendo la mano. Ella se la dio con delicadeza, riendo y comenzaron a moverse despacio mirándose a los ojos mientras la cantaban bajito.

Las burbujas de lo que sentían los iban envolviendo cada vez con mayor fuerza, dejándolos perdidos en ese mundo que se fabricaban cuando estaban juntos, ese que solidificaban con cada momento juntos, con cada defensa caída, con cada instante entrelazándose en sus cuerpos.

El resto del día sucedió así: escuchando música en la alfombra, riendo, conversando y él narrándole cómo había ido consiguiendo cada uno, o los que recordaba. Para la noche los besos y la ansiedad retornó, era imposible que escaparan de ella, más con tantas semanas alejados.



El día siguiente lo pasaron fuera. *Central Park* no les dio tregua. Rentó unas bicicletas como sabía que era necesario para que rindieran las horas y no cesaron. El día era ideal y Maximiliano la arrastró a todo lo que sabía podría maravillarla: subirse a una barca mientras él remaba y ella contemplaba todo absorbiendo de esa manera única el paisaje. Caminando por ahí a ratos. Almorzando sobre una frazada en *Sheep Meadow*. Deteniéndose a escuchar lo que cantaban o tocaban aquellos músicos que mostraban su talento al mundo esperando una moneda.

Mariené era desinhibida en ese aspecto, ya lo sabía. En Italia, como en Los Cabos, lo pudo constatar, tanto que un grupo de chicos que llevaban tambores la invitaron a bailar junto con otros espectadores y lo hizo sin vergüenza, con las mejillas sonrojadas y para su admiración con mucho ritmo.

Visitaron el castillo Belvedere más tarde y luego pasaron un tiempo en silencio perdiendo la atención en algunas de las cataratas, sentados uno al lado del otro, dejándose llevar por los ruidos del

lugar, del agua cayendo.

Para el anochecer Mariené estaba exultante, se ducharon en medio de caricias y jadeos, era una batalla perdida siquiera intentar mantener las manos alejadas uno del otro, así que ya no lo intentaban, ese magnetismo los había consumido desde el primer día, no había manera de escapar y lo sabían de sobra.

Se puso un suéter blanco de cuello, vaqueros oscuros y se onduló un poco las puntas, se maquilló con mayor cuidado, todo bajo la mirada de él que iba vestido de forma casual, como ella, aunque con apariencia desenfadada que proyectaba esa seguridad masculina que lo caracterizaba.

Recargado en el marco de la puerta, su cabello iba despeinado y no como en aquellas fotos en las que lo había visto… Así lucía cuando estaban juntos, esa era su realidad, no la otra, comprendió mientras le sonrió por el espejo y él, cruzado de brazos, solo la contemplaba.

—Estoy nerviosa —admitió girándose y se recargó en el mueble de baño. Maximiliano, absolutamente noqueado por lo preciosa que se veía con apenas un poco de más de maquillaje y su cabello así, se acercó para acorralarla.

Mariené sonrió bajando la cabeza.

—Y tienes motivos, *piccola*, aunque no sé si podré quitarte las manos de encima —confesó buscando su boca. La joven rodeó su cuello y reclamó su sabor a menta.

—Sería muy grosero no llegar… —logró decir entre jadeos que le provocaba el sentir sus labios sobre ese punto en el cuello que la atormentaba y él lo sabía.

—Debí decir que no —gruñó sobre su oreja, mordiendo con cuidado su lóbulo. Mariené junto todas sus fuerzas y lo alejó agitada.

—Necesito conocer tu mundo —aseguró con firmeza, perdiéndose en su iris azul. Maximiliano, buscando regular su respiración, acarició su rostro asintiendo.

—Supongo que por esta ocasión tendré que soportarlo —gruñó y enseguida la besó con arrebato, dejando ahí la promesa de lo que más tarde, una vez solos, ocurriría.

Minutos más tarde se detuvieron frente a un edifico de ladrillo rojo. Subieron dos pisos por el ascensor y una mujer morena, de ojos enormes y rizos preciosos, abrió sonriendo.

—¡Vaya! Hasta que te conocemos —exclamó alegre. Era muy expresiva, notó Mariené sonriendo sin soltar la mano de Maximiliano que la acariciaba con su dedo pulgar. Le dio un beso a él en la mejilla y luego un abrazo a ella. La chica le correspondió aturdida por tanto aspaviento—. ¡Bienvenida, Mariené! Pasen, ya llegaron los demás. Soy Cloe y estás en tu casa —se presentó haciéndose a un lado.

—Gracias —solo dijo mientras Max le guiñaba un ojo. Estaba absolutamente tensa.

El apartamento era agradable y lleno de cosas. Al entrar un grupo de personas los miraron desde

la sala gris oscuro, tres hombres y una mujer se levantaron, evitando escudriñarla de forma descarada, lo cierto es que todos ahí tenían curiosidad.

—¡Ey! —salió Connor de la cocina con un delantal y un trapo con el que se limpiaba las manos, riendo. Mariené lo observó nerviosa. Era guapísimo. El hombre la observó con frescura—. Soy Connor, amigo de este granuja —dijo y le tendió la mano. La joven le devolvió el gesto, notando lo relajados que eran. Ellos se saludaron con un apretón y después Maximiliano saludó desde su lugar y la presentó.

Jan, su manager, era un hombre delgado, alto, de cabello rubio, muy atractivo. A su lado, Louis, o Lou, como le decían, pareja de él. Un hombre alto, como ellos, de tez oscura, como la de Cloe y sonrisa ligera. Guapísimo, si debía admitirlo.

—¿Cómo te trata Nueva York? —preguntó Lou dándole un beso en cada mejilla, mientras Jan solo la escrutaba interesado, pero sereno.

—Bien, gracias —respondió tranquilizándose al notar la atmósfera fresca.

—¿No te interesa el modelaje? —preguntó Jan medio bromeando, medio no, y es que con esas piernas y esa cara, seguro podrían hacer algo interesante. Ella lo miró arrugando el ceño, riendo y negando a la vez. Max la rodeó al notarla extrañada, lo cierto es que así era su manager.

—¡Ey! No empieces —lo reprendió divertido. El hombre rio y colocó una mano en el delgado brazo de ella, guiñándole un ojo.

—No le hagas caso, si te decides ya sabes y tú, no seas celoso —refunfuñó bromeando. Mariené, con esos gestos, logró sentirse relajada, se sentó en medio de Jan y Louis pues estos la acapararon de inmediato, bromearon, discutían entre sí en un español muy gracioso mezclándolo con inglés.

Al final logró sentirse a gusto mientras Max la observaba a la distancia bebiendo una cerveza junto a Connor después de haberla presentado con la otra pareja. Todo se sentía natural, correcto, fluyendo mejor de lo que pensó.

La velada pasó rápido, hablaron sobre cosas relacionadas al mundo de la moda, aunque supo más de cada uno y contó un poco sobre sí misma.

Maximiliano reía con soltura, pero resultó evidente para su novia que mantenía cierta distancia pues no profundizaba en nada. En general escuchaba con atención, sin soltar su mano y acariciando con sus dedos los suyos. Cuando debía intervenir, lo hacía de alguna forma graciosa, otra, con un punto de vista oportuno. Nunca decía más de la cuenta, aun así, no parecía ajeno sino discreto.

La enamoró más conocerlo en su elemento, percibirlo relajado y siempre con sus ojos sobre ella sin pretender ocultar la fascinación que le provocaba, que sentía por tan solo tenerla cerca.

Para todos ahí quedó claro la forma abrazadora en la que esa relación había avanzado, la complicidad y deseo que compartían, pero sobre todo la magnitud de ese sentimiento que parecían no querer notar.

—No, nunca he ido a una pasarela —admitió Ané mientras se llevaba a la boca un pedazo de tarta de fresa que había servido Connor. Jan gruñó negando, mientras los demás reían.

—¿Te gustaría ir a una? —preguntó su novio. Ella negó relamiéndose los labios, acción que lo prendió de inmediato y entornó los ojos pues notaba que lo hacía con alevosía. Era pícara y se había convertido en una *piccola* provocadora.

—Me gustaría verte a ti en una —enfatizó alzando de nuevo las cejas. Connor se carcajeó mientras Jan reía al igual que Louis y la otra pareja brindaba entre sí. Mariené arrugó la frente.

—Odia la pasarela—intervino Jan, riendo—, pero yo te invitaré a una, ¿quieres? —propuso el representante de Max, evidenciándolo. La joven no lo podía creer, observó a su perdición de ojos azules, desconcertada. El hombre meneó su bebida, sonriendo de una manera torcida.

—No es muy cómodo, es cansado y todo es tensión. A veces la ropa raya en lo absurdo. Pero me encantaría que fueras a una —admitió estudiándola con atención, deleitado por la forma en la que se había abierto a su mundo, por su vivacidad y ligereza para relacionarse pese a saberla más ermitaña que sociable.

Ella lo miró dormilona, se mordió la boca y asintió.

—Entonces quiero ir —dijo decidida.

—Dentro de un par de meses hay una, ¿no, Jan? —preguntó Louis soñador, y es que ese par por mucho que no lo buscaran, compartían magnetismo puro, ese con el que todos fantaseaban y muy pocos alcanzaban.

Amaba a Jan más que nadie, pero no llegaban a ese nivel de atracción, lo sabía bien.

—Sí, aquí te esperamos, será divertido —respondió Jan intrigado por lo que notaba que existía entre esa dulce joven y Max.

Al llegar al apartamento, en la madrugada, no pudieron esperar más y en cuanto cerraron la puerta ella buscó sus labios sin perder el tiempo. Milian los dirigió a la habitación mientras se iban desvistiendo.

Se protegió y entró en ella expulsando un ronco rugido de satisfacción cuando su interior lo recibió de esa cálida manera. La besó con apetito voraz, gemían de forma discorde debido a la urgencia latente y constante de no conseguir conectar ni un solo pensamiento.

Aun recuperando la respiración, con ese cuerpo fuerte sobre el suyo, Ané volteó para mirarlo deleitada, eternamente saciada.

—Lo pasé bien —admitió en susurros. Max sonrió irguiéndose, acariciando su rostro pecoso con delicadeza.

—Yo solo pude pensar en que las horas pasaban muy lentas, ya necesitaba estar dentro de ti, *vita* —admitió posesivo. Mariené rio.

—Milian… —lo nombró apenada. Él besó su frente, riendo. Le excitaba que le dijera de esa forma, gracias al cielo solo lo hacía cuando estaban solos.

—Es la verdad, te deseo hasta dormido, existes para provocarme —la acusó dejando besos desperdigados por su dulce rostro.

—Eso me agrada —admitió sonriente y como para comprobar que no mentía, la masculinidad de su novio se endureció sobre su cadera.

—Me alegra que te guste porque es al inevitable, solo dame un segundo para demostrártelo —propuso enronquecido, dejando besos húmedos en su cuello.

En medio de jadeos que le arrancaba, no notó cuando se protegió de nuevo, solo fue consciente de su lejanía cuando la hizo girar para que su espalda quedara pegada a su pecho, le alzó una de sus delgadas piernas sobre la suya y la penetró de un solo empuje, a la vez que jugaba con su centro.

La joven soltó un grito arqueándose, aferrando su cadera con fuerza; le ocurría lo mismo que a él, eso no podía negarlo: Maximiliano existía para provocarla.



Cuando aquel maremoto de emociones y sensaciones decidió darles tregua, él descasaba la cabeza sobre uno de sus senos, acariciando de forma distraída el contorno del otro, mientras Mariené jugaba con su cabello.

—No estoy tomando precauciones —soltó de pronto. Maximiliano alzó la cabeza, arrugando la frente, un tanto confuso—. Anticonceptivos —aclaró seria, con los labios hinchados y enrojecidos. Él ladeó el rostro, estudiándola—. He estado revisando algunos, y…

—Yo me he hecho cargo, no tiene que ser tu responsabilidad —aseguró interrumpiéndola.

—Debería ser algo de los dos, pero por las migrañas y eso… Es mejor no tomar hormonas, estoy viendo otros métodos —explicó. El hombre se recargó sobre su codo, a su lado y con una mano la hizo girar sobre sí para que lo viera de frente.

—Tener ahora un hijo sé que no es lo ideal, menos para ti con todo lo que traes entre manos, pero debes saber que no me asusta, *minha vida.*

Su tono duro y decidido la tomó por sorpresa.

El hombre la estudió serio. Ella, más que nadie jamás, debía tenerlo bien claro.

—Tengo veintitrés, además esta relación es… bueno, complicada por la lejanía y todo eso, tú tienes tu mundo y ocupaciones, yo mis sueños y no, definitivamente no podemos ser descuidados —argumentó con suavidad, pasando una mano por su cabello despeinado.

En respuesta la besó con cuidado.

—Lo sé, pero solo quiero que sepas que yo puedo continuar cuidándonos sin problemas y que asumo las consecuencias de lo que suceda, aunque haremos lo necesario para que no ocurra, no ahora por lo menos —murmuró con tono juguetón, pinchándole la costilla. Ella rio alejándose, pestañeando algo descompuesta.

—¿Quieres hijos? —inquirió. Este negó ante su tono de sorpresa e incredulidad. La rodeó por la cintura para pegarla de nuevo a su cuerpo.

—No quiero hijos, quiero *tus* hijos —remarcó alzando las cejas. Mariené quedó sin habla, aturdida. Esa era una declaración que no esperaba y que, además, despertaba los miedos que intentaba enterrar. Al notar su turbación besó su frente y salió de la cama, riendo—. Iré a darle de comer a Glu antes de que venga a despertarnos al amanecer —avisó y desapareció dejándola aturdida.

Maximiliano sabía lo que sus palabras implicaban, no le molestaba que lo supiera, era así, pero le daría espacio para que las asimilara.

Cuando regresó ella aún se encontraba acurrucada, meditabunda, se metió bajo las cobijas y la acercó a su cuerpo necesitando su calor.

—Descansa, *vita*, mañana será un día largo —susurró junto a su oído. La percibía aún tensa,

desconcertada. Sonrió adormilado y cerrando los ojos. No esperaba nada de su boca, pero su actitud le decía mucho. La dejaría con sus pensamientos.

Una hora después Ané logró conciliar el sueño, después de haberse girado para poder observarlo en la penumbra con suma atención; un nudo en la garganta la atormentó. Hijos… Ella tener hijos, suyos… Nada se escuchaba más ideal, más osado, pero…

Estudió sus duras facciones, nerviosa. Él era todo, lo tenía claro. Estaba absolutamente enamorada o quizá, para esa altura, era algo mucho más fuerte, más real, pero no sabía cómo dejarse llevar porque ya no tenía miedo de lastimarse, sino de lastimarlo, de no ser lo que merecía.

Max había pasado por lo de su madre y por algo más, estaba segura, algo que lo marcó, lo percibía tanto como a sí misma, y sabía que él intuía algo en su pasado también, pero ninguno se había atrevido a pasar de ese punto…. Sin embargo, sí, ella también deseaba sin duda, en algún momento, de tenerlos, que fuesen suyos, solo suyos.

¿Cómo era que un huracán entraba a su vida sin avisar y ella le permitía tambalear aquello por lo que luchó y construyó? Las preguntas que siempre se había planteado regresaron: ¿Era posible que alguien llevara a un extremo tal en el que reconocerse fuera simplemente absurdo? O ¿Es uno quien se deja llevar porque existe un deseo oculto de vivir más allá de lo que siempre se creyó, llevando al límite los sentidos, las ideas, la mente y el corazón?

Sí, la respuesta era sí, pero solo por alguien como él, que la hacía sentir como él.

En realidad, no sabía si en algún momento eso que usaba para protegerse y proteger caería o cedería, pero si sucedía, definitivamente solo podría ser por ese hombre que la mantenía en vilo, pese a la contradicción que eso implicaba.



Al día siguiente Max despertó y ella ya no se encontraba en la a su lado, donde era su lugar, extrañado se puso algo encima. El olor a café llegó a su nariz cuando salió de la habitación. La encontró en la terraza sentada con Glu en su regazo, perdida en sus cavilaciones, observando lo que la rodeaba.

Podría despertar así toda su vida, sabiéndola cerca. Pero no era el momento, no aún, a pesar de sentirse listo. Esa vida que llevaba sería un obstáculo y lo sabía, por otro, ella, sus propias barreras, su edad, lo que le faltaba por vivir. Debía esperar y estaba dispuesto a hacerlo, mientras tanto, iría perfilando su vida hacia ello. Mariené lo valía, era ella.

Se acercó con sigilo, su pecosa notó su presencia de inmediato, sonrió adormilada y le hizo un hueco a su lado como por reflejo. Max se acomodó y la rodeó territorial. Glu, al verse incómodo, saltó y se alejó, ambos rieron.

—¿Dormiste bien? —quiso saber besando su cabeza, aspirando su aroma. Mariené le tendió su taza, asintiendo.

—Solo quería tomar un poco de aire fresco, pero estabas muy dormido, no quise despertarte —

argumentó acurrucada en ese cuerpo que lo sentía tan suyo que la asombraba. Max le dio un trago a la bebida y besó de nuevo su cabello, deleitado.

—Ayer me dejaste exhausto —fingió quejarse haciéndole un poco de cosquillas. Ella rio removiéndose.

—Aún me quedan dos días aquí —replicó alzando el rostro y besando su cuello, provocativa. Los sentidos de Max despertaron enseguida, dejó el café en la mesilla al lado del reclinatorio y buscó sus labios sin darle tiempo de nada, para saborearla, invadirla. Mariené gimió apresándolo con ansiedad.

—Y pienso aprovecharlos, el descanso está sobrevalorado —dijo decidido, se puso de pie con ella a cuestas y entró al apartamento sin soltar sus labios.

Capítulo 22

Visitaron la Estatua de la Libertad. Después recorrieron el *High line*, más tarde, cuando vio que era el momento ideal, subieron al *Empire State*, donde por supuesto Mariené quedó atontada contemplando el ocaso desde ese majestuoso sitio. Aferrada a su mano no articuló palabra, sonrió complacido, hechizado, solo podía pensar al verla que no existía algo más hermoso que ella en todo el planeta. Sí, lo tenía en sus manos sin duda.

Cuando logró bajarla de ahí, llegaron a tiempo a un musical en *Broadway*. La joven chispeaba, casi bullía. En todo el día no dejó de sonreír, de sujetar su mano y permitir que la guiara sin preguntar a los sitios que él decidiera, ninguno la había decepcionado. Al terminar la obra, se sentía en las nubes, pero cansadísima.

—Max, no puedo más —admitió al ir de regreso. Él se llevó una de sus manos a lo labios.

Preocupado, temió por un momento haberse excedido y que un ataque de migraña apareciera. Después de ese día en Alghero, había investigado a conciencia sobre el tema y descubrió qué cosas solían provocarlo, por lo mismo había sido cuidadoso con los horarios de comida, el tipo de alimentación y sí, era hora de dormir más porque estaba seguro de que la noche anterior después de su declaratoria ella no lo había hecho del todo.

—Vamos a casa.

Ella sonrió en respuesta fascinada por cómo se escuchaba aquello, aún con sus palabras rondando en la cabeza.

Al llegar la desvistió con suavidad y comenzó a frotar sus pies, sus piernas, masajeando mientras Ané ronroneaba sintiéndose en el filo del deseo y el agotamiento. Sus manos fuertes pasaron por su cuerpo sin buscar provocarla, deshaciendo nudos de sus muslos, de sus brazos, aflojando cada extremidad.

—¿Te gusta? —preguntó excitadísimo, pero controlándose; la quería serena. La joven gimió relamiéndose la boca cuando la hizo girar y masajeó su espalda baja. Él sonrió ante su respuesta y continuó, pero de pronto, cuando llegaba a su cabeza, su pecosa giró, lo tomó de cuello y lo besó ávida. Gruñó en respuesta.

—Te necesito ahora, Max —exigió sin remilgos. No tuvo que pedirlo de nuevo, hambriento la hizo suya una vez más, dejando la suavidad del masaje olvidado, mientras ella, extraviada en el placer, lo aferraba con fuerza, reclamándolo para luego caer rendida sobre su pecho.

Los planes del domingo no dieron tregua tampoco; pasearon aún más que el día anterior. Juguetearon disfrutando del estar tan juntos, charlaron y bromearon.

La visita de Ané estaba resultando mucho mejor de lo que pensaron, era fácil cuando estaban juntos, cuando solo verse o tocarse bastaba, cuando la pasión los acorralaba y le daban rienda suelta, cuando su tacto traspasaba la piel, cuando llegaba a un sitio mucho más profundo, hondo.

Maximiliano no tenía idea de cómo enfrentaría su ausencia una vez que ella partiera, lo había llenado de vida con tan solo estar ahí, las risas resonaban, la música que ponía todo el tiempo y que bailaba ya era parte del ambiente con Glu pegado a sus piernas…

Momentos infinitos de intimidad que no creyó posible experimentar.

Se detuvieron pare cenar en un sitio algo concurrido, que a Maximiliano le pareció ideal. Al llegar, aunque estaba lleno, consiguió mesa con rapidez. Durante el viaje nadie los había detenido para una foto y él se movía con mayor ligereza, dueño del lugar, conocedor de todo y, además, era evidente que se sentía seguro por esas calles pues no se ocultaba.

Mariené debía ir al sanitario, así que una vez acomodados y después de haber ordenado bebidas, se alejó bajo el escrutinio de Max.

No podía simplemente quitarle los ojos de encima y no tenía una maldita idea de si era normal o no, simplemente lo atraía de una forma tan absurda que cualquiera de sus pensamientos terminaba en su dirección.

Era aún tan joven, y no solo en la edad, sino en muchos sentidos, merecía vivir y experimentar mucho más, y él… él le llevaba años luz en muchísimos sentidos, sin embargo, no se sentía ya capaz de dejarla.

Abstraído, comprendiendo que era hora de tomar decisiones, sintió una mano resbalar por su hombro. Volteó tranquilo, sabía de sobra que no era las manos de su *vita*, esas las tenía bien identificadas.

—Hace tanto tiempo… —murmuró la mujer sentándose de golpe en sus piernas y besando la comisura de sus labios. Alyn y él, años atrás, habían sostenido una aventura, no una relación, simplemente se encontraban en algún sitio y las probabilidades de que compartieran cama se daba. Era guapa, claro, una mujer codiciada en el mundo de la moda, pero nunca surgió nada ni le interesaba, la verdad es que pasaban unas horas de placer y listo, cada quien a su vida.

Desconcertado, buscó quitársela de encima.

—No vengo solo —dijo logrando que se levantara mientras la trigueña hacía un puchero, para luego sonreír seductora percibiendo su incomodidad.

Se pusieron de pie y de pronto la vio, ahí, a unos metros, seria, sin siquiera pestañear. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! La mujer notó su gesto congelado y el temor ácido en su mirada, esa que le fascinaba, siguió sus ojos y se topó con aquella joven de cabello castaño, pecosa, delgada, de ojos enormes y boca envidiable. Arrugó la frente comprendiendo que había cometido una indiscreción. Esa chica estaba con él y por la forma en la que la miraba, no eran solo amigos.

—¡Oh, Dios! ¡Qué pena! —murmuró acercándose a Ané, sonriendo—. Soy Alyn, no sabía que estaba acompañado —se disculpó con dulzura, arrepentida.

Mariené soltó la mirada potente y peligrosa de Maximiliano que la arrastraba a confines desconocidos, y se permitió observar a la portadora de aquella voz. Había visto cómo se sentaba en sus piernas con familiaridad y besaba la comisura de su boca, esa que no soportaba que se posara en nadie más, esa que la enloquecía a un grado tal que había olvidado quién era él, su mundo, su realidad.

Sus palmas sudaron y le costó trabajo respirar. La mujer era impresionante y no había más que agregar. La observó durante un segundo, luego asintió concentrándose para recordar lo que le había dicho.

—No pasa nada. Mucho gusto —respondió intentando sonreír, aunque no lo logró y pasó a su lado para sentarse en el lugar frente a él.

Alyn notó su enojo. Ni hablar, no lo había hecho a propósito. La intrusa se acercó a

Maximiliano, le sonrió con culpa y le dijo sin voz que luego hablaban. Ané leía el menú ignorándolos deliberadamente. Por primera vez en su vida sentía una violencia furiosa apoderarse de su cuerpo, buscando agredir a la responsable de su molestia para luego arañarlo a él y gritarle hasta quedar sin aliento. Esa marea de sensaciones la sorprendió, no estaba habituada a experimentar con esa intensidad. ¿Qué se hacía en esos casos?

El hombre se sentó, serio.

—Es alguien que conozco desde hace mucho tiempo, no hay nada entre nosotros —aseguró evaluándola. La joven asintió sin quitar la vista del menú.

—Quiero una ensalada griega —anunció dejando el tablón de madera, donde estaba escrito lo que ofrecía el restaurante, sobre la mesa, recargó su barbilla en la palma de su mano y perdió la vista en el abigarrado lugar.

—¿No dirás nada? —cuestionó cauto; se retraía. Temió enseguida lo que en su cabeza estuviera surgiendo.

—Ya dijeron todo. ¿Podemos ordenar? Tengo hambre —susurró con frialdad.

—Bien. No será ahora, pero hablaremos —decretó irritado y absolutamente perdido.

—Me voy el martes, no hay nada de qué hablar… —lo contradijo con ira emergiendo, esa que estaba intentando controlar, con la que no estaba acostumbrada a lidiar. Y es que solo mirarle los labios dolía. Eso no era normal, sin embargo, ardía su ser completo. Maximiliano apretó los puños arrugando el ceño. ¿Qué diablos era eso?

—Perdón, pero no entiendo —refutó serio, impotente. Debía sacarla de ahí para conversar, y eso haría. Mariené se estaba conteniendo. Él no hubiese sido tan condescendiente, estaba seguro. La joven lo evitaba, así que sacó un billete de la cartera, lo dejó en la mesa y se puso de pie—. Vámonos —ordenó. Mariené al fin lo miró de nuevo a los ojos, respiraba con rapidez, como si hubiese corrido.

Por un momento pensó en ponerse obstinada y no permitirle comandar nada, lo cierto era que necesitaba sacar lo que la estaba consumiendo y ahí definitivamente no lo haría. Sus manos cosquilleaban, la garganta ardía y el corazón pesaba. Se puso de pie y salió consciente de que él venía detrás. Ya afuera, Maximiliano pidió un taxi en medio de aquel lugar transitado.

Llegaron al apartamento media hora después que fue eterna, donde ninguno de los dos habló.

Al cerrar tras de sí la observó. Mariené avanzó abrazándose a sí misma, ensimismada y no sabía qué era peor, que le gritara como cualquier mujer embravecida, o eso que lo acribillaba.

—Dime lo que sea, pero no te quedes así —rogó a un par de metros. La joven, nerviosa, sintió un malestar generalizado.

—No sé qué quieras que te diga —musitó despacio, con esa voz suave que lo torturaba. Se acercó ubicándose frente a ella.

—Hacía mucho tiempo que no la veía, no sabía que estaba contigo —explicó buscando sus ojos, esos llenos de dulzura que ahora lucían perdidos, tensos.

—¿Hay muchas como ella? —preguntó de pronto. Maximiliano se pasó una mano por el cabello, negando, sin soltar su iris.

—Antes de Alghero, había algunas. Un momento, eso era todo —intentó explicar. Ella asintió, pasando a su lado, pensativa, con el pecho estrujado.

—No me gusta esto que siento.

—¿Qué sientes? —quiso saber a un metro de ese delgado cuerpo que lo enloquecía. Tenía una urgencia absurda de adentrarse en ella y sosegarla, abrazarla y hacerle ver que no tenía nada de que temer, no en ese tema.

—Quiero… quiero —comenzó y giró para encararlo descompuesta— gritar y golpearla, quiero gritarte a ti, empujarte y alejarte y…

Sus ojos se empañaron.

—Hazlo, aquí estoy —dijo serio. Ella negó y subió corriendo las escaleras. Un segundo después escuchó una puerta cerrarse.

Maximiliano podía con una conducta típica, no con eso. ¿Qué debía hacer? Pensativo comprendió que Mariené necesitaba espacio, aunque le molestaba que estuviera huyendo ante la situación, aunque no había salido del apartamento como temió en algún momento que lo hiciera. Sacó comida de la nevera y se dispuso a preparar algo, no permitiría que se malpasara, menos por su culpa.

Subió más tarde y tocó la puerta de la habitación de invitados. La escuchó acercarse y, tensó, vio que le abría. Su rostro se encontraba sereno. Lo dejó pasar con la comida que llevaba cuidadosamente acomodada en una charola de madera.

—Entiendo que no quieras hablar conmigo, pero debes comer —murmuró al tiempo que dejaba lo que cocinó en una mesilla. Al girar la encontró frente a si, mirándolo fijamente de esa forma única que tenía, examinándolo con profundidad, buscando muy adentro de su ser.

—Promete que no me fallarás, promete que puedo confiar en ti sin miedo y lo haré —pidió con ansiedad y temor impreso en su voz. Maximiliano sintió una descarga recorrer su cuerpo. Sacudió la cabeza apenas si un poco y acarició su mejilla despacio, asintiendo.

—No me atrevería jamás a dañarte, no de forma deliberada. Puedes confiar en que haré lo que esté en mis manos para no herirte —respondió cerca de su rostro, agachándose para acortar la distancia.

—Sé que este es tu mundo, que en él las cosas son distintas al mío, y temo casi todo el tiempo, pero no quiero alejarme de ti —admitió con sinceridad.

—No te alejes. También temo casi todo el tiempo, pero por ti estoy dispuesto a enfrentar más de lo que imaginas —aseguró. Mariené cerró los ojos y ladeó su rostro para recargarlo en esa fuerte mano que acariciaba su mejilla y suspiró.

—Tuve celos —reconoció al fin abriendo sus párpados. Maximiliano la contempló como si fuese todo en su vida. Terminó con la distancia y la besó despacio.

—No tienes motivos, tú no —declaró con firmeza y profundizó su roce. La joven rodeó su cuello.

—Yo también estoy enfrentando más de lo que imaginas —replicó sobre su boca exigente, dulce.

Después de comer, salieron a terminar su recorrido y todo fue aún más intenso. Se besaban en cada oportunidad, se tocaban y no paraban de tocarse con necesidad. Algo, lo que fuera que ya habitaba en cada uno de ellos, había crecido y se había alojado en el medio de sus seres para no pretender irse, para sacudirlos y mostrarles la fuerza de su camino.

Por la mañana del lunes la sorprendió con un bellísimo pastel decorado con plumas suaves. Se sentó a su lado, y con Glu en las piernas la felicitó, y alentó a apagar la vela. Era su cumpleaños. Rieron tanto mientras a mordidas comían. Terminaron sucios de todo el rostro, se ducharon y al salir él le dio su regalo. Lo sacó de una pequeña cajita, un anillo dorado, muy delicado en forma de pluma, como el de su graduación. Sonrió poniéndoselo en el dedo.

—¿Por qué plumas? —quiso saber intrigada.

—Porque son las que se necesitan para volar, para ser libre, y tú haces ambas sin esfuerzo, *minha vida* —declaró para un segundo después robarle un beso.

Almorzaron en un rascacielos, la llevó a un par de lugares más y luego organizó una pequeña velada en la terraza de su apartamento. Velas, vino, comida cuidadosamente elegida y música deliciosa de fondo.

El martes llegó y fue aterrador para ambos, pero tomaron las cosas con tranquilidad. Esa mañana no salieron del apartamento y él le prometió en un mes ir, la ayudaría a buscar apartamento pues esa idea no la soltaba y le fascinaba escucharla hablar de ese tema. En dos meses regresaría para aquella pasarela y pronto se cumpliría un año desde que ese magnetismo los sometió en Alghero para no soltarlos al parecer.

En el aeropuerto estiraron el momento lo más que pudieron. Entre besos y caricias que mostraban esa intimidad que compartían, permanecieron hasta que fue el momento.

—*Stiamo insieme, mi vita* —susurró en su oído provocando así que su piel se erizaba. Que le hablara en ese idioma la aniquilaba, que usara esos apelativos, más.

—*Stiamo insieme, mio bell'uomo* —respondió logrando que la besara con fervor en aquel bullicioso lugar.

—*Sono tuo, mi vita.*

Los días dieron paso a las semanas y la lejanía se sentía aún más pesada entre los dos, se buscaban más, se hablaban más. Mariené traía un ritmo alocado de trabajo, cuestión que secretamente no le agradaba. Ya había tenido un episodio de migraña al regresar de Nueva York.

No había sido como aquel que presenció en Italia, pero requirió desconectarse todo un día, pasó agobiado aquellas horas, quería estar ahí, con ella. No soportaba saberla mal, lo peor fue que al sentirse mejor, se metió en su trabajo como si el tiempo la apremiara para reponer las horas perdidas. Así era ella, atenta, viva, pero siempre con prisa por experimentar, por avanzar, por hacer. Contradicciones, fuerza e inteligencia, reunidas en aquel cuerpo que lo tenía loco.

Con el paso del tiempo, notó que los momentos lúgubres se alejaban más, tenía claro que no lograría jamás perdonarse por completo, pero la vida que ella le inyectaba le daba esperanza y lo hacía sentir capaz de gozarla por primera vez.

Su profesión no era sencilla, a pesar de ello se sentía tranquilo porque era evidente que Marienè lidiaba el asunto con aplomo y si algo la molestaba: una foto, una declaración, lo que fuese, se lo decía, lo hablaban y pasaba, no se atormentaba, no se ahogaba en la nada.

Sí, estaba absolutamente enamorado y estaba seguro de que esa dulce pecosa lo sabía muy bien, por eso le creía.

En su tiempo libre comenzó a pensar en la mejor manera de ir acomodando su vida sin que ella sintiera que buscaba presionarla. Amaba el modelaje, dedicarse a ello lo sacó a flote cuando más lo necesitó y no deseaba abandonarlo, aunque sí podía disminuir la carga y pasar un poco más de tiempo a su lado sin interponerse en sus planes, en sus proyectos, porque ella merecía conseguir lo que anhelaba, y él quería estar a su lado cuando ocurriera.

Ya no se defendía tanto, tampoco se ocultaba, en realidad se mostraba abierta y fluía con las situaciones. Si discutían por alguna tontería, no temía ya que lo dejara con la palabra en la boca como había hecho antes de ese viaje revelador, sino que lograba enfrentarlo y hablar, al igual que él, que buscaba sosegarse y solucionar lo que fuese de la manera más serena e inteligente.

La relación con su padre curiosamente se fue acercando. Hablaban con mayor frecuencia, se perdían en debates sobre absurdos como una película o lo que fuera y sentía que al fin también iba recuperando esa parte que dejó ir por temor a seguir lastimándolo con esa manera hiriente que solía emplear para alejar a las personas y así no arrastrarlas a su oscuridad.

Sabía que Marienè continuaba con su amistad tan cercana con David, no le causaba tanta gracia, pero jamás se atrevería a decir nada al respecto. Jessica y ella solían verse una vez al mes, supo, y desayunaban en el mismo sitio desde hacía años.

Más libros fueron y vinieron. Películas, charlas interminables. Buscaban a la par apartamentos por internet, concertaron citas… Ella fue a algunas, le mostraba en video el lugar y él le daba su punto de vista. Su madre o David la acompañaron en algunas ocasiones, sin embargo, siempre le encontraban algún pero, la realidad era que no estaban muy convencidos con su plan, a diferencia de Maximiliano que la aconsejó sobre qué preguntas eran las adecuadas, en saber qué y cómo buscar.



—¿Cómo va todo con tu modelo, Mar? —preguntó David el lunes.

Su novio llegaría ya en unos días; se encontraba deseosa y desesperada porque hasta su piel lo reclamaba. Era absurdo, pero incluso por las noches despertaba de pronto añorándolo, ansiando su boca, su voz, sus caricias y eso era mucho como para admitirlo, así como el hecho de que perdía la mano en sus bragas para tocarse pensando en él, en sus ojos, en la manera arrebatada y furiosa que le arrancaba gritos de placer.

Lo necesitaba, lo quería, lo amaba.

Saberlo dolía de varias formas; Max vivía su vida, ella la propia, tenían sus sueños, sus anhelos opuestos, lo sabía y, aun así, no lo pensaría mucho más pese a que el miedo crecía tanto como el

sentimiento.

El miedo… Ese siempre la había acompañado, era el motivo por el que había fabricado un mundo, por el que se mantenía ajena y vivía con tanta fuerza, ese mismo que la había alejado de permitirse sentir más allá. Pero con él nunca tuvo opción, apareció y se introdujo en su vida sin preguntar, con esa forma avasallante, decidida y firme.

Esa noche había quedado en cenar con su mejor amigo, la realidad era que no se veían tanto como antes debido a sus ocupaciones y horarios poco coincidentes. Marienè asintió relajada, metiéndose un bocado a su boca. Esa mañana había hablado con Milian, como solían cuando estaba en su lado del hemisferio. Una video llamada al despertar y algo en su pecho pesó más que nunca.

—¿Qué opina sobre tu movimiento de independencia? —quiso saber, dándole un sorbo a su café, intrigado.

Marienè con él siempre había sido un libro abierto, pero todo lo referente a ese hombre no lo profundizaba. Tenía claro que su amiga estaba profundamente enamorada de Maximiliano Ratazzi y debía aceptar que él se había estado comportando a la altura e incluso admiraba su tenacidad; lograr llegar hasta donde había llegado con una mujer como ella era de esos logros que muy pocos pueden ostentar.

—Deja de burlarte, ya sé que estás del lado de mamá —refunfuñó achicando los ojos. David rio negando.

—No es eso, no es por lo mismo, ya sabes que ella es super protectora contigo y quizá yo sería igual, pero la verdad es que creo que puedes esperar.

—¿Tú planeas vivir en casa de tus padres por siempre? —preguntó alzando una ceja, desafiante.

—Eres dramática, acabo de cumplir veintitrés, puedo esperar un par de años a terminar mi maestría, quizá antes, pero tú pareces tener prisa —refutó acercándose—. ¿Por qué? —indagó atento. Su amiga pestañeó confundida.

—No entiendo tu pregunta, tampoco tu miradita de psicoanalista. Quiero y ya. Sabes bien que amo a mi familia, pero necesito un poco de espacio.

—¿Marcia se ha mantenido al margen sobre lo de tu… novio?

Marienè asintió, sonriendo.

—Sé que no los mata de la emoción que estemos juntos, pero la verdad es que no veo el problema para ellos, no les ha dado motivos.

—No, ciertamente se ha portado mucho mejor de lo que incluso yo mismo pensé. Lo tienes en tus manos —soltó divertido, aunque sin bromear.

—Creo que todos lo juzgamos sin conocerlo —admitió metiéndose otro bocado a la boca.

—No respondiste mi pregunta…

—No es un «movimiento de independencia» —se defendió—. Y él me apoya, qué podría opinar. Este fin de semana veremos unos sitios juntos. Quizá hasta lo encuentre sin ustedes poniendo *peros* todo el tiempo —replicó riendo, mostrando los dientes.

—Ya se había tardado en venir…

—Percibo que no te cae bien del todo. ¿Estoy mal? —preguntó intrigada. David negó serio.

—Siento cierto escepticismo, no sé.

—Eres mis padres vueltos a nacer. ¿Estás seguro de que no eres mi amigo solo para estar cerca de ellos? —curioseó con suficiencia. David carcajeó.

—Eres odiosa cuando te lo propones.

—Quiero estar con él, estoy con él, y créeme, no es él quien me asusta.

—Lo sé, sé qué te asusta. Siempre lo he sabido —admitió en tono neutro.

Ella asintió, nunca habían hablado de eso, no desde hacía años, cuando se conocieron y Marienè pasó por un temor similar al de antaño y él estaba ahí. Dejó de ofrecer aquella ayuda y se alejó de lo que la martirizaba. Le contó su historia llorando y desde ahí se hicieron inseparables. Solo su familia, Bárbara y David sabían lo que pasó, eso que buscaba enterrar y con lo que luchaba para que no comandara su vida pero que no era tan fácil hacer a un lado.

—Bueno, no importa. Sé que encontraré pronto el lugar, el otro día vi un librero hermoso, lo tuve que comprar, ya casi no cabe nada en mi habitación… Mamá tendrá que echarme de casa, no tendrá remedio —bromeó con tono ligero. David asintió riendo. La había estado acompañando a comprar cosas que iba viendo, nada grande o costoso. Marienè sabía sumergirse en todos aquellos lugares extraños donde vendían cacharros que parecían inservibles y que ella le encontraba una utilidad—. Ahora que venga quiero que cenes con nosotros, quiero que se conozcan —murmuró de pronto cambiando el tema.

Su amigo alzó las cejas, recargándose en el respaldo, cruzándose de brazos.

—Me debe odiar con tanta estúpida foto que nos toman, yo me odiaría —admitió entre divertido e indignado.

Aborrecía estar en aquellas imágenes, pero no había dicho nada al respecto por su amiga, pero aquella chica que no lograba conquistar, argumentaba una y otra vez, que por algo los medios insinuaban eso de ellos dos.

—Lo lamento, sé que no debe ser agradable… Yo aún no lo acepto —susurró perdiendo la vista en los comensales.

Se escuchaba sencillo e incluso emocionante el hecho de que su novio fuese un modelo de renombre, pero nadie imaginaba lo mucho que costaba y la impotencia con la que se lidiaba constantemente. Peor era que personas como su amigo debían pagar por elecciones que ni siquiera eran suyas.

—Tranquila, por mí no hay problema, solo me avisas cuándo y estaré ahí —respondió sereno. No quería agobiarla, de por sí ya le parecía que tenía demasiado en mente, era inevitable no estar al pendiente de si lucía más delgada o pálida, de sus ojeras, o si esos dolores de cabeza regresaban y ¿cómo ella podría hacer a un lado aquello si ni siquiera ellos que la querían, podían?

La semana pasó rápidamente. El viernes por la noche salió entusiasmada junto a Silvano. Él había

sido cómplice de sus movimientos, era quien más la asesoraba en cuanto a qué buscar, cómo. La ayudaba con algunas de las compras que había hecho para su nueva casa y se había ofrecido como aval si lo necesitaba, así como un préstamo si sentía que las cosas la abrumaban.

Marcia estaba al tanto pero no opinaba, solo sacudía la cabeza y los dejaba ahí, en sus cosas. Hubiese querido participar más, pero el temor la abrumaba, esa maldita aprensión así que solo observaba y se dedicaba a estar cuando Ané se lo pedía, que no era con recurrencia pues solía encontrar algún *pero* a su decisión, cuestión que luego se auto recriminaba porque generaba que su hija no acudiera a ella cuando lo necesitaba.

Uno, a lado del otro, esperaban a que Max saliera por aquella puerta. Ané burbujeaba, nerviosa, ansiosa, ya no podía ocultarlo, mejor, ya no quería ni hacerlo. Silvano la miraba de reojo, sonriendo. Esa joven era chispa en lo más literal de la palabra y se sentía muy agradecido porque de alguna manera su cercanía había logrado que él, su hijo, al fin se acercara después de tantos años de haberlo sentido perdido.

Mariené reía por una broma que Silvano le había dicho, cuando sintió unas manos enredadas en su cintura. Perdió el aliento. Giró enseguida, acalorada. Su aroma la atravesó de manera certera, sus ojos azules se adentraron en los suyos y el momento se detuvo, como suspendido en el tiempo.

—*Vita* —solo escuchó porque lo besó, sin importarle la gente o cualquier otra cosa.

Maximiliano la alzó para profundizar ese roce que tanto echó de menos, que necesitó como un adicto.

—Mhmh —oyeron de pronto. Mariené se separó, lo abrazó y se bajó acalorada. Se había olvidado de Silvano. Maximiliano besó su cabellera extasiado por ese recibimiento y con alegría saludó a su padre.

—No quería hacer mal tercio, pero esta señorita dijo que eso era imposible —se defendió divertido. Mariené sonrió negando, ligera, mientras Max la pegaba a su costado, absorbiendo ese olor que tanto añoró.

Después de semanas otra vez se sentía en puerto y era inigualable.

—Y es verdad —aseguró avergonzada.

—Me alegra que vinieras, papá, que Ané te convenciera —admitió apretando esa cintura delgada con la mano.

—A mí también estar aquí —dijo el hombre mayor.

—¿Estás muy cansado? Porque pensé que podríamos ir a cenar, ¿quieren? —propuso la joven, alegre. Los dos sonrieron de diferentes maneras, uno agradecido, el otro deleitado.

—Me parece perfecto. Vamos.

Pasaron una velada divertida, en un restaurante íntimo que Silvano propuso, rieron y charlaron sin cesar hasta que dio la madrugada. Cuando la joven ya no podía más, decidieron que era hora de irse. Dejaron a Silvano en su casa y luego se dirigieron al apartamento de él. Maximiliano tenía encerradas unas cuantas preguntas, así que una vez solos y luego de que la devorase con exigencia en el auto, las formuló:

—¿Marcia estuvo de acuerdo en que durmieras conmigo? —indagó cuando ella arrancaba. Mariené asintió, aunque no con esa frescura suya—. Si te causa problemas, lo entiendo. No tienes que tener problemas por mí —argumentó serio. Su novia lo miró de reojo por un segundo.

—Ni siquiera ella podría evitar que pase la noche contigo, Milian —aseguró sin dudar.

El hombre alzó las cejas, asombrado por su determinación y deleitado por la manera en la que pronunciaba aquella abreviatura de su nombre; rodaba en su lengua de una forma inigualable.

—Bueno, quién soy yo para llevarte la contraria. Solo no quiero que las cosas marchen mal, menos ahora que estás por salirte de casa.

—No brincó de alegría, pero no tiene ya muchas opciones, sabe que me iré en cuanto encuentre algo. Hemos viajado juntos, sería absurdo que ahora se opusiera a esto.

—Pero podría.

—¿Prefieres que te deje y me vaya? —lo cuestionó de repente preocupada, tensa. Maximiliano rio abiertamente, acercó una mano a su pierna y la apretó un poco.

—Eso, *piccola*, es lo más absurdo que te he escuchado decir desde que te conozco —refutó con voz ronca. Mariené sintió viajar esa electricidad por todo su cuerpo y enseguida su ser se vio embargado por una ola de calor, se humedeció los labios, ansiosa.

—Mejor cuéntame cómo fue tu viaje. Me desconcentro y tendremos un accidente —rogó con las mejillas hirviendo.



En medio de jadeos lograron cruzar la puerta de aquel sitio que era testigo del fuego que existía entre ellos. En cuanto la tuvo para sí, se desvistieron, ella enrolló sus piernas en su cadera y le permitió avanzar. Una vez en la cama, perdidos en las caricias, en el instante y después de protegerse, la hizo suya con fiereza, con agonía. Ambos jadearon con fuerza al unirse, en el vaivén ninguno se detuvo, al contrario, se exigieron con locura, sujetándose con tanta posesividad que era imposible distinguirlos, eran uno.

Cuando la lujuria y la pasión disminuyeron, sin haber recobrado aún el aliento, se miraron sonriendo, agitados, con las manos entrelazadas.

—Te eché de menos, Max —admitió Mariené con sinceridad. El hombre la mantenía atrapada en aquella mirada azulada. Su gesto se suavizó, volteó, acarició su mejilla y la besó con cuidado.

—No existe otro sitio en el que desee estar, *minha vida*, ya no —murmuró y volvió a rozar sus labios de manera dulce y delicada.

Mariené cayó en el sueño profundo casi enseguida, a pesar de resistirse, después de que él la hubiese besado desde los pies hasta la cabeza con esa parsimonia que la mantuvo en el límite de sí misma por varios minutos, para luego hundirse en su interior con deliberada lentitud, estirando ese placer con el que ya estaban muy familiarizados.

Capítulo 23

La mañana siguiente vieron tres opciones de apartamentos. Max no perdía detalle, pero se mantenía silencioso, aunque si ella requería su opinión se la daba y coincidía con sus propias dudas.

En el quinto, la notó desanimada. Se detuvo frente a un parque y la instó a quitarse los zapatos. La joven obedeció viendo cómo él hacía lo mismo, sonriendo. Caminaron en silencio durante un rato. La siguiente cita no era lejos de ahí.

—Quizá deba esperar, quizá no es el momento —susurró perdida en sus pasos, con su mano entrelazada.

—Quizá el adecuado te está esperando y por eso los demás no han sido de tu agrado, *vita* —argumentó conciliador. Lo encaró sonriendo, le gustaba su manera de pensar, lo que decía, cómo lo decía. Max acarició su mejilla e hizo a un lado un mechón castaño que cruzaba por su pecoso rostro. Besó su frente y luego la recargó en la suya.

—Hablas a veces de una manera…

—Disfruta el proceso y confía, si tú quieres, es porque estás lista. Aparecerá, lo sé.

—Ya he visto un montón —se quejó.

—Y quizá veas más.

Ella torció los labios en un mohín.

—Eso no me anima, Max.

Él besó su nariz, riendo.

—Nos quedan varios, solo quiero que estés alegre. Yo me he divertido hoy, la verdad —admitió con esa sonrisa sensual.

Y era cierto, cuando podía le tomaba el pelo al casero o la empresa inmobiliaria con preguntas extrañas que los desconcertaba, o fingía ser un marido mimado, o cosas así que la realidad era que sí, le habían aligerado el momento. Era tan extraño verlo tan relajado; con los demás no se comportaba de esa manera, solo con ella, ya lo había notado y eso la hacía sentir importante, única para él.

—OK, tú ganas. Sigamos. Pero deja de divertirte a mi costa —advirtió entornado los ojos, aunque la realidad es que no le importaba en lo más mínimo.

—Lo intentaré, pero no prometo nada. Hay personas con las que me es imposible aguatarme —confesó besando su boca con cuidado.

—Eres desesperante —susurró contra esos deliciosos labios. La besó con mayor ahínco, recordando la primera vez que lo había dicho.

—Y estás aquí, gracias a ello —murmuró besándola de nuevo con arrebato.



Ya habían terminado de ver todas las opciones que agendaron, Mariené se sentía un tanto frustrada, aunque sabía bien cómo manejar esas sensaciones. De pronto Max vio un letrero. Se detuvo. Marcó el número sin mencionarle nada, ella estaba inmersa en una canción, tarareándola, riendo por la letra.

—Anda, vamos —la instó a bajar al colgar.

La joven lo miró arrugando la frente. Diez minutos después llegó una mujer. El sitio se encontraba cerca de una un parque y abajo había una boutique. La casera, que quizá rondaba los cincuenta, los recibió sonriente. El alquiler entraba en su presupuesto, así que no había mucho que perder.

Era iluminado, diminuto, pero en perfectas condiciones. Ventanas con protecciones, tercer piso, un baño, y apenas un espacio para un sofá pequeño, uno mediano y como comedor una barra frente en la cocineta. El ropero era precario, pero tenía mucho potencial. Un pequeñísimo balcón fue lo que la terminó de convencer.

Maximiliano la observó andar por el minúsculo espacio de aquí para allá, llenando de preguntas a la mujer que se las respondía con tono amistoso. No intervino esta vez, supo en cuanto entraron que ese sería su sitio y decidió esperar en el marco de la puerta contemplándola. Sonreía todo el tiempo, se movía de esa manera grácil y enseguida congració con la mujer.

Minutos después se acercó a él, alegre.

—¿Qué te parece? —quiso saber rodeando su mano. Éste la besó despacio, sonriendo, mientras la dueña los ojeaba con disimulo.

—Creo que ya elegiste.

—No necesito más y tiene tanta luz. Me gusta —admitió entusiasmada.

—Después de todo no fue tanta la búsqueda —señaló con ese tono que denotaba algo más. Ella lo miró intensamente congelándose en el momento, negando y es que ya no recordaba nada de su alrededor.

—No, creo que él me encontró a mí.



Esa misma noche tuvo los papeles y los dio para que se revisaran, le mostró a Max lo que ya había comprado mientras este disfrutaba de haber podido acompañarla en un momento tan importante.

Su habitación estaba atiborrada de cosas muy puntuales, era evidente que estaba más que lista. Solo faltaba encontrar el sitio. La mujer le había dicho que al día siguiente podrían firmar el contrato si todos los papeles estaban en orden.

Cuando bajaron, se toparon con sus padres que preparaban la cena en la cocina. Marcia la escuchó atenta, ojeando de vez en vez a Maximiliano que permanecía en el marco de la puerta estudiando cada uno de sus movimientos, ajeno a todo, mientras Mariené manoteaba sonriendo, describiendo el lugar.

La mujer debía admitir que todo había marchado a lo largo de esos meses mejor de lo que imaginó. Ané lucía serena en cuanto a él y enamorada, muy enamorada, cuestión que creía difícil que ocurriera en ella con ese miedo bien arraigado a entregarse más de la cuenta, que solo le permitía acumular y acumular experiencias no sentimientos.

Por otro lado, sabía por su esposo que Max había tenido una adolescencia muy complicada y no podía juzgarlo, perder de aquella manera a su madre era algo difícil de superar, pero luego, esa forma en la que se marchó para seguir aquel proyecto de modelaje, después de ello cambió tanto que a veces no lo reconocía.

Sin embargo, a últimas fechas, la relación entre ellos también estaba modificándose; se hablaban constantemente y notaba cierta complicidad con lo relacionado a Mariené. No le incomodaba, reconocía que la situación en casa estaba tan serena y relajada gracias en parte a la relación intensa entre ese par.

Aun así, ese chico la seguía intrigando, algo le había ocurrido, algo que lo hería casi en cada paso, algo que parecía solo su hija aliviaba, porque eso sí, la veía y era evidente que no existía nada más para él y eso, siendo una madre que amaba tanto la existencia de su niña, lo agradecía muchísimo. Solo rogaba, suplicaba a la vida, que todo fuese bien, que Mariené no saliera lastimada, que las cosas entre ambos no se torcieran, que su pequeña pudiese vivir eso de forma plena.

Quedaron de verse ahí al día siguiente para ser Marcia su aval. El entusiasmo de su hija contagiaba, así que no tuvo nada que hacer salvo apoyarla. Estaba haciendo las cosas de manera responsable, meticulosa. Contaba con buenos ahorros así que podría con los gastos iniciales, aunque ya le había hecho prometer que si la necesitaba acudiría a ella, lo cierto es que no tenía duda de que sería su última opción, así era Mariené.

Después de la firma, se encontraron en el restaurante donde acordó con David. Un par de días antes de que llegara le había dicho que deseaba presentarlos de manera más formal. Maximiliano no sintió gracia por ningún lado, de hecho, solía sentirse ridículamente molesto con ese chico pues podía estar con ella que cuando él no y, eso sin contar las fotos constantes que lo tenían harto, pero que jamás reclamaría. Así que no había quedado otro remedio que aceptar, esa *piccola* hacía de él lo que quería y tampoco le molestaba ocultarlo, no tenía sentido.

Al entrar a aquel pequeño lugar de comida griega, la joven alzó la mano, siguió su mirada, ahí estaba su amigo, acompañado por una linda chica.

Bueno, por lo menos era de parejas el asunto, se dijo.

Mariené sonreía, mientras Maximiliano avanzaba tras ella con las manos entrelazadas a las suyas. En cuanto estuvieron frente a la mesa, ambos se levantaron para saludar. Los dos hombres se dieron un fuerte apretón sin soltar sus ojos, sin pestañear. Mariené fingió no notarlo y en medio de un ambiente extraño se sentaron.

Ané sabía que la acompañante de su mejor amigo era ka conquista que se resistía. No la conocía en realidad, pero ya le caía bien. Maximiliano, al igual que David, se mostró educado, quizá Max más

que su amigo; era de ademanes masculinos, pausados y elegantes, en contraste con los de David, que todo le daba lo mismo.

Para romper el hielo comenzó contando lo ocurrido en su día. Su casi hermano, que iba vestido con desgarbo y con ese moño alto que sujetaba sus rizos dorados, se mostró alegre y asombrado cuando la escuchó narrar toda su aventura, mientras la otra joven lucía nerviosa con la presencia de Maximiliano. Fue evidente que sabía quién era, cosa que logró que David perdiera el interés casi de inmediato, o bueno, casi todo.

La velada transcurrió bien. Aunque eso no evitó que David evaluara de vez en vez a Maximiliano, quien lucía sereno, serio, agradable y, sobre todo, atento al mínimo gesto, opinión o movimiento de Mar. Eso le complació. Él simplemente se dedicada a estar y era seguramente eso lo que tenía a su mejor amiga tan enamorada.

Al despedirse se dieron un apretón mucho más amigable, aunque la barrera que Maximiliano sostenía no se había movido ni un poco, y le sorprendió a David notar cómo ambos eran infranqueables, pero juntos, la llave de una presa que necesitaba ser abierta. Mariené no es que fuera diferente estando con él, pero sí lucía más mujer, con esa mezcla de ingenuidad y bravura que la caracterizaba siempre presente, solo que diluida en la personalidad de ese hombre que solo tenía ojos para ella.

Sí, estaban muy enamorados, corroborarlo le dio tranquilidad, ella lo merecía y si él había logrado llegar a donde nadie nunca, entonces también.



En el apartamento se ducharon entre besos y gemidos, terminaron en la cama, húmedos, jadeando. Maximiliano se sentía exultante, sereno a pesar de tener una carga ridícula de trabajo que estaba intentando irónicamente disminuir.

Tenía que regresar el lunes por la mañana, pero decidió ahí, tendido junto a ella, que no lo haría. ¡Al diablo!, la ayudaría a mudarse. Una semana bastaría por lo que notaba y era la diferencia entre irse tranquilo o con un malestar doliente por dejarla en ese momento importante.

—Siempre eres tan serio —habló ella, sobre su pecho, con su barbilla recargada en sus manos. Max acarició su rostro pecoso con delicadeza, sonriendo.

—No es verdad.

—Sí, cuando estamos juntos no, pero luego están los demás y es como si te… cerraras a ellos —murmuró sintiéndose imprudente, pero no podía evitar hacérselo notar.

—¿Te molesta eso? —curioseó acomodando sus mechones húmedos.

—No, es solo que no comprendo. Incluso con tus amigos no eres así como lo eres conmigo.

—Quizá solo tú abres eso que sí soy.

—No bromees, dime. ¿Lo haces consciente? —quiso saber. Maximiliano alzó una ceja, negando.

—Tú eres también seria, no lo niegues, *piccola* —se defendió. Ella rio rodando los ojos.

—Cuando no conozco. Quizá no soy la de más amigos, pero con los que tengo no lo soy, ya me viste —replicó intrigada, aunque sin saber hasta dónde podría presionar. Maximiliano la observó lo que parecieron horas, solo acariciando su antebrazo de forma suave.

—No bromeo. Tú logras cosas en mí que nadie nunca ha logrado, *vita* —admitió—. Estar contigo me da sosiego, me da paz… Me recuerdas con tu presencia lo mucho que vale estar aquí, en este mundo —continuó mientras ella aguardaba, atenta—. Soy como soy ante los demás porque no me interesa ser de otra forma, pero tú… tú con tan solo mirarme como lo estás haciendo me desarmas y me muestras otro yo que no conocía, que quizá enterré hace mucho tiempo —explicó despacio, sin soltar sus ojos. Ané, conmovida, se acercó a sus labios y lo besó despacio, con ternura.

—No sé qué decirte —admitió bajito. El hombre la hizo girar sonriendo con picardía, con el cabello desordenado por su frente, ya seco debido a que no era largo. En respuesta gimió acalorada.

—No hace falta que digas nada, con lo que haces es suficiente; que existas ya es para mí más de lo que buscaba —aseguró para enseguida adueñarse de a su boca.



Por la mañana le informó su decisión de quedarse hasta el domingo siguiente. Su novia. lo primero que hizo fue abrir la boca en una O enorme, después, corrió hasta él, se colgó de su cuello y lo besó con ganas.

—No tenías algo el lunes por la tarde —recordó pestañeando, aún con sus piernas alrededor de su cadera. Él volvió a besarla.

—Una mudanza, me parece —bromeó pasando su nariz con la suya. Ella pestañeó confusa.

—No quiero que tu trabajo se vea afectado, puedo…

No la dejó terminar porque la acalló mordisqueando uno de sus labios.

—No hieras mis sentimientos, *minha vida*, sé que puedes sola, es solo que no quiero que sea así. Quiero estar aquí, quiero acompañarte, quiero ayudarte, quiero apoyarte —murmuró sereno.

Tomar esa decisión sí que había costado dinero, también el evidente enojo de Jan, que no se lo tomó nada bien, al contrario. Pero no era ni su jefe, ni sacrificaría lo que valía por algo que, si bien le daba una muy buena vida, no lo hacía sentir vivo.



Esa mañana firmaron. Mariené parecía una cría de cinco años; impaciente, orgullosa, exultante.

—Creí que eras feliz en casa —musitó su madre, torciendo los labios a su lado, con los brazos cruzados, mientras su hija sonreía radiante. Mariené la abrazó con fuerza.

—No es por eso. Lo necesito —murmuró buscando sus ojos—. Gracias, ma, gracias por todo, siempre. Gracias por ser todo lo que necesité para estar hoy aquí y lograr este sueño —susurró con la voz quebrada, pero feliz. Marcia no pudo evitar que sus ojos se anegaron. Verla así, era algo que agradecería por siempre a la vida, a Dios, al Universo.

—Eres un ejemplo de perseverancia y fuerza, mi Ané, estoy muy orgullosa —respondió separándose un poco para colocar ambas manos en sus mejillas. Se miraron durante unos segundos, recordando el camino andado y lo mucho que costó—. Siempre, pase lo que pase, sea lo que sea, siempre estaré para ti.

—Siempre lo he sabido —confirmó rodeándola de nuevo.

Maximiliano les dio su espacio al igual que Silvano, bueno, lo que podían; el lugar era pequeñísimo.

—Así que hasta el domingo —dijo su padre, colocando una mano sobre su hombro. Maximiliano asintió sin dejar de verla.

—Debo estar con ella.

—Lo descubriste, hijo —asumió recordando aquella conversación meses atrás. En respuesta Maximiliano asintió un tanto asombrado.

—Lo descubrí, papá.

Éste sonrió complacido.

—Pues tienen mucho que hacer —cambió el tema evaluando su alrededor.

—Sí, pero ella tiene la energía de diez hombres, acabaremos pronto —admitió riendo también.

—Es un torbellino y sé que así será porque tú no te quedas atrás.



Le dieron las llaves y ya no hubo marcha atrás. Compraron lo que necesitaría para limpiar el lugar. Su madre se ofreció junto con Jessica a hacerlo mientras ellos iban por las pertenencias de Ané en una pequeña camioneta que Silvano les facilitó. Cuando llegó el cargamento y descargaron, todos estaban agotados, así que se despidieron dejándolos solos con aquello que aún no tenía forma pero que sabían pronto lo tendría.

Una vez solos, por la noche, exhaustos, se dejaron caer en el colchón con la mirada extraviada en el techo.

—Comamos algo, luego seguimos y nos vamos para que descanses. Mañana trabajas y tienes curso —propuso él. Ella lo miró haciendo un puchero.

—Quería pasar aquí la noche.

Max rio negando, girándose.

—Es un desastre, *piccola*.

—Pero es perfecto y quiero hacerlo —murmuró volteándose también para rozar sus labios apenas.

—Sé cuándo algo está perdido así que no gastaré mi tiempo —replicó y la besó con dulzura—. Pediré algo y seguimos —propuso muy cerca aún de ella. La mirada de Mariené se iluminó, más si era posible.

—¿No piensas contradecirme jamás? —cuestionó acariciando uno de sus carnosos labios mientras él la contemplaba: sin una gota de maquillaje, con ese moño alto mal hecho, mallas deportivas, blusa holgada y, pese a ese desorden, lo más atractivo que nunca había visto.

—Si es a mi lado lo que pretendes, no, de otra forma ya sabes que no cedo —admitió acariciando su mejilla.

—Mientras tú pides la comida, acomodaré algunas cosas —informó dejando de lado el tema, como solía y levantándose de un brinco. La observó por un segundo, atento. Esa pecosa era difícil, pero sabía que ya la había doblegado, aunque no lo admitiera y su renuencia la entendía.

Maximiliano llamó a un sitio de ensaladas y sándwiches e hizo la orden. La ropa de Mariené en su mayoría estaba en maletas, su ropero era pequeño, pero ya le había dicho que tenía en la mira uno extra. Su escritorio lo había ubicado al lado de la ventana del balcón y la cama en la minúscula habitación que en realidad se dividía del resto de lugar solo con un par de muros hechos de tablaroca. No tenía muchas cosas así que calculaba en dos horas habrían terminado.

Tomó nota mental de lo que creía que le haría falta y ayudó con lo que ella le iba pidiendo. La comida llegó y justo cuando cerró la puerta del apartamento, la luz se fue y Mariené se quejó asombrada.

—Mierda —la escuchó decir. Rio desconcertado, nunca empleaba esas palabras, le pareció gracioso. A oscuras dejó con ayuda de la lámpara del celular la comida en un lugar seguro.

—Se fue la luz —dijo relajado.

—No —chilló a unos metros de él—. La lámpara, es nueva y la conecté, hice un corto, Max —musitó incrédula, agobiada. El hombre se acercó a ella en la penumbra, su tono era de total desconsuelo.

—¿Tú estás bien? —debía asegurarse de pie a su lado, aluzando un poco. La vio asentir; su gesto era de total decepción.

—Era mi primera noche aquí… —susurró abatida, mirando el enchufe en sus manos.

—Bueno, *piccola*, estas cosas pasan. Saldré a ver que no haya sido en todo el edificio y ahora regreso. Tranquila —pidió con ternura y luego besó sus labios, despacio. Mariené sonrió al sentir esas burbujas en su estómago gracias a su roce. Qué hubiera hecho sin él ahí.

Regresó unos minutos después, con esa aura tranquila que lo caracterizaba.

—No, fue solo aquí. Mañana me haré cargo. Un electricista y listo. Cuando regreses de tu trabajo habrá luz.

Lo escuchó encender algo, se acercó aluzando con su celular. Era patético que eso hubiera

ocurrido con esa odiosa lámpara que tanto soñó en usar. Maximiliano prendía dos velas con unos fósforos.

—¿De dónde sacaste eso? —quiso saber intrigada, a su lado.

—Una de tus vecinas iba saliendo de su apartamento, se presentó, le dije que nos habíamos quedado sin luz y me ofreció estas velas —explicó alzando las cejas. Mariené se cruzó de brazos torciendo la boca, molesta de repente.

—¿Le coqueteaste? —refunfuñó irritada, tantas emociones en un día la estaban sacando de su centro. Max rio volteando para pegarla a su cuerpo de un movimiento.

—No coqueteo con nadie, me dio unas velas, ¿estás celosa, *minha vida*? —preguntó bromeando. Ella giró el rostro, aún tenía los brazos cruzados, estaba absolutamente frustrada.

—¿Eso te haría feliz?

—Eso me heriría, en realidad —admitió logrando con ello que desdoblara sus manos y lo mirara.

—Hay veces… que…

Y desvió su atención a sus labios; su masculinidad la percibía más peligrosa de lo común.

—¿Qué? —la instó.

—Nada, yo… Mejor vámonos y mañana vemos esto —propuso intentando zafarse. Maximiliano entornó los ojos, negando, sin soltarla. La joven gimió al ver que no la dejaba ir.

—No me quieres decir, bien, aunque preferiría saber lo que te ocurre respecto a mí. Lo que no voy a permitir es que esto arruine tu gran día. Quédate aquí y espera.

La soltó y se alejó. Lo medio observó ir y venir, poner algo al centro del salón, en el piso, sacar algunas cosas que él mismo había acomodado y luego se acercó rodeando su cintura. Ella sonrió fascinada, comprendiendo lo que hacía.

—Bienvenida a la primera cena en su nuevo hogar, señorita Franco —dijo solemne, guiándola con suavidad—. Puede tomar asiento, todo está dispuesto.

Sobre el piso la comida que había llevado, las velas en el centro, incluso una maceta con un cactus que ella había traído de su antiguo hogar. No tenía idea de cómo lo había conseguido, pero era hermoso, íntimo y supo que no podría olvidar gracias a él ese maravilloso día que cerraba de esa manera.

—Qué galante, señor Ratazzi —respondió siguiéndole el juego, dejando de lado sus malestares.

—Solo por usted, señorita Franco.

Se acomodaron, uno frente al otro. Él con elegancia le explicó el menú y le sirvió té helado en una taza. Casi no tenía utensilios, eso requirió otra nota mental. Alzó su bebida y buscó sus ojos sonriendo de forma torcida.

—Por un logro más —brindó hechizado, perdido en sus rasgos.

—Por poder compartirlo —completó.

Cenaron conversando con ligereza. Ella le narraba sus planes y fueron notando las cosas que harían falta y debían comprar. Quería un par de muros de color, así que al día siguiente eso se haría, si es que el tema de la luz se solucionaba, cosa que aceptó que él se hiciera cargo.

—No sabía que tenía tanta hambre. Fue un día de locos —expresó Ané sonriente, frotándose el

estómago.

—Aún no se acaba —informó Max, levantándose. Prendió el reproductor de su celular y aquella canción que habían bailado en su departamento llenó el lugar de forma suave—. Baila conmigo —pidió tendiéndole la mano.

Embrujada la tomó y pronto lo tuvo tan cerca que su respiración se mezclaba con la propia. Se recargó en su pecho suspirando mientras él los iba moviendo de manera dulce, cuidadosa.

—Esto ya suena a insuperable —murmuró tan pegada a su pecho que no encontraba en su registro un mejor lugar que ese, adherida a él, a su aroma, a su ser fuerte, potente.

Maximiliano besó su cabellera, deleitado, satisfecho por haber logrado que ese inconveniente quedara del lado. Lograr que riera, que se sintiera en paz como ella lo conseguía con él era algo imperioso casi todo el tiempo y cuando ocurría, se sentía como una guerra ganada.

—Esa era la idea, *vita* —musitó con voz ronca.

Mariené experimentó esa eléctrica sensación que él despertaba, esa sincronía de sus cuerpos al ansiar lo mismo. Lo deseaba en ese momento y no pensaba esperar. Alzó el rostro, su iris azul ya estaba sobre los suyos, acarició su mejilla despacio, luego fue viajando hasta sus labios con el dedo índice dejando con su tacto dulce una estela de antelación que él ya conocía.

Se dejó llevar por ese ser envolvente que lo hacía vivir, sintiendo esa excitación dolorosa que solo Mariené había logrado generar. La chica, cuidadosa, presa del momento, lo tocó despacio.

Permitió que su dedo bajara por la barbilla rasurada, para luego ir llegando a su cuello y pasar por la prominencia laríngea hasta la clavícula. Max pasó saliva ante su exploración.

—Si sabes lo que generas, ¿verdad? —preguntó agitado con ese simple tacto. La joven, sin alzar el rostro asintió medio sonriendo—. Eres perversa.

—Me has enseñado bien —dijo viéndolo tan solo un momento, pasando por su pecho sobre la tela, despacio llegó hasta donde la camiseta terminaba e introdujo su dedo ahí—. Hoy es mi día, hoy quiero yo amarte. ¿Me dejarás, Milian? —preguntó cauta mientras subía la prenda.

—Lo intentaré, *vita*, lo intentaré —respondió con la respiración entrecortada.

—Con eso me basta.

Capítulo 24

Lo fue desnudando así, con una parsimonia inaudita. En medio de aquel lugar iluminado de con esa luz cálida y débil que les regalaba ambas velas. Con el sonido de la música del celular de fondo, con nada más que ellos y esa oscuridad que aumentaba la tensión.

Colaboró expectante, la observó aturdido, conteniéndose y maravillado a la vez. Esa mujer era todo, lo tenía ya tan claro.

Cuando quedó solo en bóxer, ella se irguió y besó apenas sus labios.

—Ahora es cuando debes intentar cumplir tu promesa —apuntó rosando su boca, extraviando las manos dentro de aquella prenda para hacerse dueña de esa maravillosa excitación. Maximiliano intentó apresar su cuello para profundizar su beso, pero ella lo impidió, negando, divertida y lánguida a la vez—. No, quiero que este hermoso día termine así, regálame eso —pidió acalorada.

Maximiliano, al límite de sí, sintiendo sus pequeños dedos envolviéndolo, moviéndose de forma segura pero sutil, se pasó una mano por la cara, asintiendo contrariado.

—Lo intentaré —pudo decir en un rugido tembloroso.

Mariené fue descendiendo dejando besos pringados por todo ese recorrido que antes había hecho con su mano. Gruñó al sentirla sobre su ombligo, alzó la cabeza con las manos en la nuca. Eso era demasiado incluso para él.

De pronto aquellos dedos, con ayuda de sus manos fueron bajando su prenda. Colapsaría, estaba seguro.

Planeaba seducirla como adoraba hacer, como anhelaba cada segundo, pero nunca pensó que las cosas se voltearían, menos en ese instante. Gimió apretando los dientes cuando sintió su boca envolverlo con seguridad. Jadeaba, temblaba, con cuidado apresó su cabello mientras con la otra mano intentaba mantener el equilibrio ahí, en medio del salón.

Lo acariciaba de una manera que no podía ser normal. Sabía que no tardaría en terminar, que aquello estaba sobrepasándolo.

—*Vita, merde*, no. Me correré —logró decir con voz estrangulada intentando con su mano alejarla.

Ella se la quitó despacio, entrelazando sus dedos y siguió. Asombrado gruñó. En medio de aquel salón llegaron los primeros espasmos a manera de rugidos silenciosos que a Mariené se le antojaron maravillosos.

Amarlo así era algo que ansiaba, que le permitiera comandar hasta el final fue como una fantasía realizada. Su sabor en su boca era extraño, pero viniendo de él no la perturbó, al contrario.

Maximiliano transpiraba y sabía lo mucho que le había costado permitirle correrse en su boca, ya en algún momento le había dicho que no esperaba eso de ella, que podía ser incómodo y no lo necesitaba mientras pudiese perderse en su interior. Lo cierto es que Ané también quería probarlo, degustarlo, nunca pensó que podía llegar a sentir esa necesidad, pero con él se había acostumbrado a nos buscar explicaciones.

Conmocionado se agachó un poco, la alzó y besó probándose a sí mismo con una pasión abrazadora, una que lo quemaba, que lo consumía.

—Qué mierdas me hiciste, pecosa, ¿qué? —rugió perdido.

Terminaron sobre el colchón. De nuevo excitado y no podía ni quería esperar. Marienè se desvistió con su ayuda en un santiamén, se adhirió a él febril, absolutamente fuera de su piel.

—Ahora, Max, te necesito ahora —chilló al verlo desnudo y de nuevo listo para ella.

El hombre se protegió y se adentró con brío, arrancando sus jadeos, absorbiendo sus gritos, disfrutando sus gemidos, buscando adentrarse no solo en su cuerpo sino en cada centímetro de ella y lo logró. Un orgasmo arrollador los hizo gritar al unísono mientras sus labios permanecían unidos, con una potencia sin precedentes, consiguiendo con ello olvidar donde se encontraban, los días de ausencia, los momentos de miedo que habían sido firmes presencias en sus vidas.

Respirando con mucha dificultad quedaron tumbados, uno al lado del otro, sobre el colchón desnudo.

—Debiste avisarme —pudo decir él, sonriente, satisfecho.

—No lo planeé, pero necesitaba hacerlo —admitió girándose. Maximiliano la arropó con su cuerpo, besando su cabeza, rodeándola por completo.

—Me noqueaste.

—Te amé, Milian —susurró lánguida. Él sonrió besando su cabeza de nuevo.

—Joder, cómo te amo —confesó sin titubeos. Ella, en respuesta, se pegó más a él y aturdida escondió su rostro en la cuna de su cuello. La realidad es que sus palabras la calaron hondo, ella sentía lo mismo pero no se sentía preparada para decirlo.

Maximiliano sonrió resguardándola aún más. Hubiese deseado que se abriera ya por completo a él, que lo dijera, pero con esa joven había aprendido que todo a su tiempo, a su paso y no planeaba presionarla respecto a eso, ni respecto a nada, solo a su presencia en su vida, en eso no cedería.

No era imbécil, sabía bien lo que esa mujer sentía por él, pero también sabía que temía sentirlo siquiera y aun no lograba descubrir la razón. Los miedos que a él lo habían gobernado por años no habían desaparecido, claro que temía fallarle, que no fuera lo adecuado para su vida, pero estaba decidido a cambiar eso, a intentarlo… aunque el miedo a repetir ese círculo sin fin lo atormentaba.

—Vamos a dormir, estoy molido. Mañana hay que solucionar lo de la electricidad, espero que tengas la nota de la lámpara —dijo como si estuviesen hablando del clima.

Cuando iban a salir, lo detuvo agobiada.

—Max… yo.

El hombre silenció sus labios con un beso y luego recargó la frente sobre la suya, con ternura.

—Tú llevas tu tiempo, eso ya lo aprendí, pecosa. Aunque eso no quiere decir que permitiré que te alejes. Sabré esperar —aseguró mirándola de forma penetrante, atravesando la tristeza de sus ojos.



Durante el trayecto no pudo articular palabra, lo amaba, ¿qué otra cosa si no?, pero… decirlo, decirlo sería cederse por completo y no sabía cómo sentirse al respecto, cómo manejar esa responsabilidad porque de alguna manera se encontraba irritada de que ese hombre sintiera eso por ella.

Cómo enfrentar su más grande miedo; permitir que alguien se adentrara en su vida y no poder hacer promesas, ¿cómo? Ese maldito miedo la había gobernado, por mucho que luchaba contra él; vivir se había convertido en una meta, en su fin, pero siempre con la consigna de no aumentar la lista de las personas que podría lastimar si aquel dolor retornaba.

¡Dios! Debía regresar al psicólogo, no podía ensuciar lo que estaban construyendo. Era el adecuado, lo supo desde que la miró por primera vez.

Al día siguiente Maximiliano se hizo cargo de llevar al eléctrico. Cambió la lámpara y compró algunas cosas que creyó ayudarían en aquella andanza. Mariené llegó a media mañana con las cubetas de pinturas y brochas. Se asombró al ver lo mucho que su novio avanzó con detalles que nunca pensó.

Comieron emparedados que entre los dos prepararon y luego le propuso elegir cortinas, deseaba regalárselas. Se negó, pero al final accedió. En ese mismo momento citó para que tomaran medidas. Ya había algo de comida en el pequeño refrigerador que tuvo en la cochera de su madre durante un mes, el baño estaba ordenado, había gas e incluso un par de plantas.

—¿A qué hora hiciste todo eso? —quiso saber contemplando su alrededor.

Ella asistía al diplomado de titulación. después iba a la editorial. Sin embargo, muchas veces trabajaba desde casa; leer y revisar no requerían su presencia y en ese momento iba al día. Lo malo era que tenía mucho que leer de la Universidad. Se sentía agobiada, pero exultante, por otro lado, profundamente agradecida de que estuviera a su lado. No se tomaba atribuciones, solo solucionaba y eso era demasiado para Ané.

El hombre se encogió de hombros dándole una mordida a una manzana. Trabajar en esos detalles durante la mañana fue algo que disfrutó como un niño. Pensarla en ese lugar cada día segura y cómoda, lo entusiasmaba, aunque de pronto la idea de compartir un sitio para ambos apareció tomándolo desprevenido y ya no pudo alejar esa idea de su mente.

Su vida en Nueva York se sentía lejana inmerso en esos momentos a su lado; necesitaba encontrar la cuadratura para poder conseguirlo. Sí, sabía que era absurdo pensarlo si ni siquiera Mariené podía ponerle palabras a lo que sentía. Y no lo lastimaba, pero le dejaba claro la postura de ella; después de todo era una chica de veintitrés descubriéndose independiente. Sí, mucho más madura que la mayoría, pero eso no la eximía, además, su trabajo, lo que existía alrededor de él, la distancia, seguramente era lo que la orillaba a protegerse.

Después de todo ese era su mundo, no el de ella y había estaba seguro de que había algo más, algo mucho más fuerte que la controlaba y no lograba dar con la razón por mucho que se esforzaba. Pronto un año de que todo comenzó y era consciente de que sus vidas ya estaban entrelazadas hasta

un punto sin retorno, sin embargo, los tiempos de cada uno no ayudaban, al contrario, lo entorpecían.

—No fue tanto, me gusta estar ocupado.

—Gracias, Milian. Me ha gustado mucho que estés aquí.

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Los demás si bien me apoyan, siempre insistían en que no tenía que hacerlo, en que no tengo la necesidad.

—Y es cierto, pero si tú quieres, eso es suficiente. Aunque me gustaría que en algún momento me contaras las verdaderas razones —solicitó serio, escrutándola.

La joven arrugó el entrecejo dejando su agua sobre la pequeña barra.

—¿Razones?

—Yo también me fui de casa joven, sé que no es por nada.

—Bueno, en mi caso es porque quiero, nada más. Siempre he tenido ilusión de esto —argumentó extrañada.

En realidad, era feliz junto a Marcia. La vida con Silvano y su madre era fácil y agradable, pero tenía la urgencia de hacer todo lo que pudiera hacer. Notó cómo Max la examinaba con esa mirada extraña que lo caracterizaba, que la hacía temblar y sentirse una niña de cinco años.

—OK, pues lo lograste. ¿Qué sigue? —quiso saber mordiendo de nuevo la fruta. Mariené se quedó apresada en su iris azul, perdida.

—No sé. Acabar este curso. Tengo un libro que quiero terminar de escribir. Seguir aprendiendo. Quizá una maestría en cuestiones editoriales.

—No me refiero a lo profesional —habló con voz gruesa, acercándose.

—Yo… no sé. Quiero viajar, conocer más sitios. Quiero vivir, eso quiero —murmuró sincerándose sin pestañear. Maximiliano alzó una mano y rozó sus labios con cuidado.

—Dudo que alguien lo haga a mejor que tú —determinó y la besó despacio. Un segundo después se alejó—. Hay que pintar ahora que hay luz —cambió de tema tomándola por sorpresa.



Las cosas entre ambos iban creciendo a paso vertiginoso, a la par de que se tornaban tan intensas como extrañas. Esa aventura sin él a su lado no hubiese sido lo mismo, admitió cuando lo observó pintar uno de los muros, atento a lo que hacía, olvidando el modelo asediado y cotizado que era, dejando de lado todo aquel mundo para sumergirse en uno tan simple como el suyo.

Ese hombre la tenía completamente prendada, daría ya mucho más de lo que estaba dispuesta a aceptar por él. No quería pensar en el día que tuviese que regresar a Nueva York, lo vacía y sola que

se sentiría, con cada espacio en ese sitio impregnado de su esencia. ¿Habría sentido lo mismo Max cuando ella se fue de su apartamento?

Las palabras dichas la noche anterior eran las lógicas, pero aún rebotaban en su cabeza. Las preguntas, la manera en la que la miró. ¿En qué dirección iba todo aquello? ¿Cuánto durarían de esa manera? ¿Cuánto lograrían soportar?

Esa noche decidieron pasarla de nuevo en el apartamento de él, el olor a pintura estaba por doquier y las cortinas las instalarían al día siguiente. Lo abrazó toda la noche después de haber hecho el amor lánguidamente, despacio, sin prisa, disfrutando de esa manera única que tenía de adentrarse en su ser estirando su placer de una manera absurda, pecaminosa.

Sentía miedo, mucho y eso no le agradaba en lo absoluto.

Por la mañana Max discutía con Jan. Mariené estaba por irse cuando lo escuchó hablar en inglés, molesto. Lo observó por un segundo, atenta. Él le daba la espalda, solo llevaba puesto un vaquero y podía diferenciar cada músculo de esa espalda que conocía tan bien. Su respiración se vio atrofiada como siempre y es que lo lograba sin proponérselo y ella ya había dejado de luchar contra ello; veía por la enorme ventana sin percatarse que estaba tan cerca. Su manager le había marcado.

—Cancélala, te lo dije. Llego el domingo. No hay más que discutir —rugió con calma en aquel idioma.

Se puso nerviosa, no le agradaba generarle inconvenientes, por otro lado, no deseaba que se fuera… nunca, aunque sabía que eso era inevitable.

Maximiliano sintió un hormigueo en el cuello que solo esa dulce mujer provocaba. Estaba de pie a un lado de la pequeña cocina, con su bolso colgando, enfundada en pantaloncillos cortos, una blusa cualquiera y esa coleta alta junto con sus gafas. Le quitaba el aliento y… estaba preocupada.

—Te marco en diez minutos —avisó y colgó importándole una mierda qué estuviesen en medio de una discusión. Aventó el celular al sillón, se acercó como un depredador y la besó con exigencia.

—No quiero causarte problemas —logró decir agitada, buscando sus ojos, atolondrada por sentirlo medio desnudo tan cerca. Maximiliano rozó con un dedo sus mejillas sonrojadas.

—Ya es tarde, volteaste mi mundo. Debo pagar el precio —susurró bromista. Ella se alejó, negando acalorada.

—Discutías.

—Sí, no es la primera vez. Sé que no será la última.

—Pero tenías compromisos.

—Ya te dije que ninguno tan importante como tú. Ahora —cortó acercándose, tomó su mano y la besó con dulce sensualidad— debes irte o no llegarás a tiempo. Te veo allá más tarde. Jan y yo superaremos esto —aseguró con tono ligero.

Mariené lo tomó por el cuello y lo besó hambrienta.

—Me gusta tenerte en mi vida —admitió saliendo con prisa de ahí. Maximiliano se pasó una mano por sus labios, sonriendo.

—No será de otra forma, *vita* —determinó para sí, optimista.



Jan estaba rabioso, su decisión costaría no solo dinero sino prestigio, renombre, pero ni por todo eso regresaría. Nunca había fallado, en lo absoluto era irresponsable. Sus negocios, modelar, eso había sido su vida y lo atendió sin falta, sin errores, ahora era otro momento, necesitaba estar ahí, lo entendieran o no.

Por la mañana, y después de muchas llamadas, lograron hacer algunos cambios en su agenda, otros quedaron al aire. Entre ambos suavizaron las cosas y para mediodía que ella llegó ya había resuelto gran parte del asunto y su representante estaba menos iracundo.

Esa tarde la acompañó a comprar el armario, lograron entrega inmediata; Mariené notaba como a Maximiliano nada se le complicaba: llamadas, poder de persuasión y listo, las cosas sucedían. Debía aprender de eso, admitió para sí.

Por la noche, ya con el lugar prácticamente listo, decidieron dormir ahí. Max salió por una muda y algo para merendar. Estaban cansados, pero él debía revisar unas cuestiones administrativas que le habían enviado y ella continuar con sus labores pues sin tener idea de cómo, hasta internet había en el apartamento. Uno al lado del otro, en aquel colchón con sus *laptops* en las piernas, estuvieron atentos a sus pendientes hasta la madrugada.

—Urge una base, el colchón está muy bien, pero siento que dormí en el piso —refunfuño él al verla danzar sonriente la mañana siguiente por el apartamento.

—No seas quejoso, ni siquiera te moviste —le hizo ver, riendo, mientras escogía su ropa.

Y era verdad, después de adentrarse en ella y dejar que el deseo los sometiera, quedó casi noqueado abrazándola. Pasó un buen rato contemplándolo, era raro verlo dormir, generalmente sucedía al revés. Pero debía admitir que de alguna manera se las había arreglado para llevar lo más pesado de esa mudanza, e incomodarla lo menos posible.

De no haber estado ahí, ese apartamento hubiese estado listo quizá en dos meses, no en tres días. Max estaba alojado en su corazón, peor aún, ya era parte de él, comprendió perdiéndose en sus rasgos masculinos, rudos, potentes. Era mucho más que un bello rostro, era un ser vibrante, aguerrido, decidido y bueno, dulce si quería, ardiente y certero, eso la enloquecía más que cualquier cosa.

—Deja que te regale una base, por favor —rogó él juntando las manos, despeinado, terrenal y tremendamente varonil así, desnudo, son tan solo esa sábana encima.

—No.

—Sí, quiero dormir estos días bien.

—Milian —se quejó haciendo un mohín deteniéndose solo con aquella braga y una condenada blusa de tirantes que la verdad no le cubría mucho.

—Mariené —imitó su tono riendo, humedeciéndose los labios mientras la contemplaba.

—Ya has hecho mucho, es mi responsabilidad.

—Lo sé, pero llegará diciembre y sé que no tendrás tiempo. Por mí, *piccola* —pidió en un ruego que Mariené no pudo eludir.

—Solo la base —sentenció aventándole una blusa que llevaba en la mano. El hombre la cachó victorioso.

—Ahora tendrás que venir por ella, *vita* —la desafió con voz ronca. La joven negó riendo.

—Si llego tarde es tu culpa.



Para el jueves todo parecía ser una rutina natural, llena de paz. Su madre, al igual que Jessica, ya habían pasado a ver los avances del lugar. Se quedaron asombradas al no poder reconocerlo. Max había salido con Silvano, así que aprovechó para mostrárselos. Cenaron fuera sin escatimar en detalles, narrándoles, sin vergüenza, lo mucho que él había hecho. Rieron bastante, aunque Mariené, para los once de la noche, ya estaba exhausta, pese a no excederse, sabía que había sido una semana agotadora en muchos sentidos.

Apenas entró al apartamento cuando las náuseas la atacaron. Negó agobiada, sudorosa. No quería que él la viera así, pero fue tarde porque al ir rumbo al baño, Max abrió la puerta y notó que algo ocurría. Dejó las llaves deprisa en la pequeña barra de la cocina y corrió hasta Ané. Ella ya se hincaba en el inodoro y devolvía todo.

Se mantuvo tras ella, aguardando. Cuando la joven se irguió lo miró suplicante. Se lavó los dientes, temblorosa, negando.

—¿Te cayó mal algo? —quiso saber a menos de un metro de ella.

La joven negó pálida, mirándolo por el espejo. El recordatorio de aquello era esa maldita migraña y nada era peor que apareciera justo en esos días que él estaba ahí.

—Debes marcharte, Max. Tendré una noche pésima y…

—Migraña —comprendió serio, recordando aquella vez en Alghero y los artículos que ya había leído.

—Sí, y no es agradable… Lo lamento —dijo y pasó a su lado, irritada, frustrada con unas inmensas ganas de llorar. Max la tomó de la muñeca. Mariené lo miró con los ojos anegados. No tenía una maldita idea de cuando aparecería, pero el vómito avisaba que sería de las fuertes.

—No me iré a ningún lugar, Mariené. No estoy a tu lado para pasarla bien, sino para estar contigo. Dime qué necesitas que haga y lo haré. No estarás solas, aunque lo quieras.

Con una presión molesta en el pecho, respiró hondo perdida en su fiera mirada.

—No es fácil. En serio, mañana te llamaré… —buscó convencerlo.

El hombre, tensando la quijada, la acercó de un movimiento.

—¿Qué no te das cuenta de que no lo discutiré? Eres mi pareja, mi mujer y estar aquí es lo que

debo y quiero hacer. Así que no lo pongas difícil tú. ¿Qué necesitas?

Una lágrima resbaló por su pecosa mejilla. Odiaba sentirse vulnerable, cualquier cosa que la debilitara, pero en definitiva más que él lo presenciara, lo cierto era que no quería que se alejara. Terminó con la distancia que los separaba y rodeó su cuello, derrotada.

—Gracias —susurró perdida en su aroma. La arropó con suavidad y firmeza, besando su cabellera una y otra vez.

—De nada, *piccola*.

Unos minutos después regresó al baño mientras él acariciaba su espalda, impotente por no poder hacer nada para que ella, su *vita*, se sintiera bien. Mariené picó fruta y lo mezcló con un yogur en un gran tazón. Minutos más tarde corrió de nuevo hasta el baño. Lucía ya demacrada y eso lo crispaba, lo consumía. Se dieron una ducha, la mantuvo pegada a su piel, regalándole caricias y un masaje suave.

Al salir detectó el aura. Gimió agobiada.

—Creo que ya no tarda, Milian. Debo dejar todo listo porque no sé cuánto dure. Las últimas han sido muy cortas, pero esta se siente como aquella en Alghero —murmuró angustiada, mordiéndose el labio, envuelta en la toalla. Maximiliano asintió serio.

—¿Qué hago? —quiso saber expectante. La joven lo observó preocupada, pálida.

—Nada, solo… No es fácil y suelo pasarlos sola —le hizo ver con voz ahogada.

—Nada ha sido fácil contigo, y ya no estás sola. Sabré acompañarte —advirtió con certeza, en respuesta obtuvo una dulce sonrisa.

—No sé si hay hielo, me lo suelo poner en la nuca, ayuda. Yo avisaré a una compañera del curso, mandaré los trabajos pendientes, luego no toleraré ninguna luz.

Una hora después Mariené dejó de lado la *laptop* gimiendo. Maximiliano, listo, se la quitó.

—Solo falta darle enviar —logró decir, contraída por lo que sentía, por la fuerza.

En cuanto hizo lo que le pidió, la apagó, así como las luces, dejando solo una tenue del otro lado del muro que dividía la habitación del resto del apartamento y fue por el hielo. Ella ya se tomaba el medicamento, encorvada a la orilla de la cama, absolutamente desaliñada.

La recostó con cuidado y le colocó el hielo. No habló, no quería perturbar más su dolor que parecía ser durísimo pues se aferraba a la funda de la almohada y se retorcía. Ya le había advertido que no había mucho más que hacer y que en caso de que no lo soportara le pediría que la llevase a urgencias.

Estaba preparado para hacer lo que le indicó.

Pasaron las horas y ella a ratos dormitaba, de pronto despertaba gimiendo, contrayéndose. Fue aterrador presenciar eso, también impresiónate verla manejar de esa manera el dolor.

Más hielo, la abrazó en algún punto y ella, cada vez que aquellas agujas que sentía la atravesaban, aparecían con fuerza, aferraba su camiseta. Más de una vez se sentó en la orilla del colchón meciéndose, no podía estar quieta, luego lo veía suplicante, se acercaba, la rodeaba y la contenía de forma suave.

Entrada la mañana siguiente el dolor comenzó a disminuir, hubo un momento por la madrugada que la vio lagrimeando en el que pensó ir al hospital, aunque se opusiera, pero no lo hizo, debía

respetarla y eso implicaba solo acompañarla tal como se lo indicó. Se comió la impotencia, la ansiedad y se mantuvo firme.

—Duerme —pidió ella al notar que el dolor iba cediendo, sonriendo agotada.

Nunca se hubiese imaginado pasar eso al lado de nadie. Odiaba ese estado de enfermedad y más que se reflejara, peor la preocupación que despertaba, pero él, como en todo, supo estar, hacerle pasar las horas de una manera más llevadera pese a que el dolor fue aniquilante por momentos. Sabía que lo peor había pasado, pero a diferencia de ella, Maximiliano no había dormido en ningún momento.

Lo amaba, lo amaba de una manera aterradora, abrumadora, absoluta.

El hombre, agradecido por saber que ya iba saliendo, negó sereno besando su mano delgada.

—Ahora mismo solo necesito que tú lo hagas —susurró a su lado, en la cama revuelta. Mariené besó sus labios despacio y se acurrucó en su pecho.

—Creo que esta semana solo te he dado las gracias, pero debo dártelas de nuevo; gracias.

Él besó su cabellera, fatigado.

—No son necesarias, *minha vida*, sabes por qué lo hago —respondió adormilado. Mariené alzó el rostro y lo observó con cuidado, su iris la atrapó enseguida.

—Lo sé —musitó besando su mejilla y recostándose de nuevo. Aún no se sentía del todo bien y sus párpados pesaron.

Capítulo 25

El sábado despertó escuchando ruido a su alrededor. Gimió atolondrado. Mariené ya iba y venía, algo hacía en la cocina y había abierto las cortinas de afuera. Sonrió, ahí estaba de nuevo su pecosa. Cerró de nuevo los ojos y a los minutos sus dulces besos lo trajeron a la vida. Despertar así podría ser un regalo para el resto de sus días.

—*Il mio bell'uomo,* quisiera no despertarte, pero no pienso perderme tu ultimo día aquí —dijo dejando besos por todo su rostro. Maximiliano sonrió enfocándola; llevaba solo una blusa interior y bragas, su cabello caía suelto enmarcando su dulce rostro.

—Si me vuelves a hablar en italiano, no respondo —logró decir con voz ronca. Mariené sonrió alegre.

—Después de desayunar no te limitaré —admitió agachándose y alzando una charola con comida. El hombre abrió de par en par los ojos, se sentó asombrado recargando la espalda en las almohadas.

—¿Me cocinaste?

No lo había hecho desde que estaban juntos, solían preparar uno al lado del otro lo que comerían, o en su defecto él, que solía estar al pendiente de sus horarios y que por lo visto no había servido de mucho porque ese jodido dolor la atacó, y aunque su semblante era mejor, lucía todavía ojerosa y algo pálida, aun así, hermosa.

—Sé hacerlo tan bien como tú —aseguró tomando uno de las tostadas con mermelada y alzando las cejas mientras la mordía.

—Ahora te digo —bromeó metiéndose un trozo de huevo a la boca y comenzó a masticarlo como si fuese un manjar. Mariené rio ante sus gestos exagerados.

—Lo haces bien, *piccola*, pero tu comida podría ser aterradora y de todas maneras me tendrías a tu lado —advirtió cuando entre ambos ya acababan, entre risas y juegos.

—Es ahí donde me gusta que estés —admitió cohibida, pero sincera, mirándolo de una manera única. Ya entendía sus señales.

—Me alimentaste con una intención en mente… Eh —comprendió seductor, extasiado. La joven se levantó y le quitó la charola, negando.

—Solo quería compensarte lo de ayer —soltó mirándolo por encima del hombro. Él sonrió, se puso de pie, tomó lo que necesitaba y luego la encontró en el baño, se echaba agua al rostro.

—Debo darme una ducha —solo dijo, viéndolo por el espejo. Max sonrió de forma lujuriosa, frotándose la barba incipiente, con el deseo pujando de una manera fiera. La observó con intensidad, alzando la barbilla, imponente. La joven no pudo moverse.

—Quítate la blusa —ordenó con la lascivia impresa en esos rasgos. Mariené parpadeó ante su tono y la forma, sin embargo, obedeció sin girar, quedando solo en bragas. Maximiliano recorrió su tórax con los ojos despacio, era como si la tocara. Él tampoco llevaba nada encima salvo el bóxer. Pasó saliva, con las mejillas ardiendo. Adoraba su figura, pero más conocerla a un punto tal que no

podría ya pensar en otra tan perfecta—. ¿Quieres que te toque? —La pregunta tenía una pizca de perversión, otro tanto de preocupación. Ella, respirando agitada, importándole poco los motivos pues se trataba él, asintió despacio, sin voltear. El hombre, cauteloso, se acercó. Al sentir su pecho en la espalda, soltó un jadeo y se recargó cerrando los ojos pues sus manos ya estaban apresando sus senos con esa posesividad única—. No, *vita*, observa. Míranos —exigió.

Obedeció lánguida.

Sus manos comenzaron a tocarla de una forma abrazadora pero delicada, arrancándole en cada movimiento suspiros. Sus dedos jugaban con las puntas de sus pequeños senos mientras besaba su cuello de forma perversa, alzando el rostro cada segundo para encontrarla atenta a él en el espejo. Lamió su oreja sin perder contacto y descendió, a la par que una de sus manos. Mariené jadeó al sentirlo en su interior.

—¿Te gusta? —preguntó torturándola. La joven asintió con la garganta seca. Él, en respuesta, la invadió aún más. Mariené buscó aferrarse al lavamanos, casi gritando debido al cúmulo de sensaciones. Max no le daba tregua—. Estás muy húmeda, *vita* —musitó jugueteando con su otro seno, sosteniéndola, notándola al límite.

—Milian, Dios —logró decir al sentir como le iba bajando la prenda que le faltaba y sentir su deseo expuesto en la espalda.

—¿Quieres terminar así? —preguntó sin detenerse, con su mano enterrada en su ser. La mujer, contorsionándose en sus brazos, mirando como la sometía, negó con seguridad—. ¿Qué quieres, entonces, *minha vida*? —rugió contenido.

—A… ti. A ti —logró decir—. Dentro de mí. ¡Milian! —chilló doblándose.

El hombre besó su nuca y la mantuvo así, se preparó, abrió sus piernas con cuidado y sin soltar su placer, se adentró de un movimiento consiguiendo con ello que Mariené se arqueara asombrada y fue en ese momento que sus miradas se volvieron a encontrar en el espejo. Max respirando en su oreja, gimiendo como ella, sin apartar su iris del suyo, empujando con más brío, con más fuerza, mientras sus pliegues los envolvían sin resistirse.

El deseo aumentó, y crecía en su vientre de una manera doliente, inquietante, una lágrima escapó de sus ojos al sentir como su cuerpo se convulsionaba y como el de él la colmaba llegando al mismo sitio. Los ruidos ahogados de sus gargantas fue imposible frenarlos, la potencia de lo compartido no podía ser contenida de ninguna manera.

No podía sostenerse, sus piernas temblaban, su cuerpo también. Nunca imaginó algo así y es que a su lado siempre descubría diferentes maneras. Maximiliano, atontado aún por lo arrollador de aquel encuentro, la sujetó con fuerza, intentando recuperarse.

—No puedo dar un paso —admitió Mariené, completamente recargada en él. Maximiliano perdió su nariz en la curvatura de su delicado cuello.

—Te tengo, *vita* —respondió absorbiendo su aroma.

—Iba a ducharme —dijo apresando sus manos torno a su cintura, lánguida, satisfecha.

—Creo que lo necesitamos —concordó haciéndola girar para darle un beso profundo que la dejó sin habla.

—No pensaba dármelo sola, *il mio uomo.*

La besó de nuevo.

—¿Estás bien? —necesitó preguntar para asegurarse. Entrar en esos juegos y tomarla de aquella manera no era algo que planeó, pero no pudo evitarlo al verla así, con esa mirada dormilona y coqueta que ya tan bien conocía.

—Fue diferente y… —se mordió el labio alejándose un poco para verlo a los ojos—, estoy más que bien —admitió sonriente. Él besó su frente con dulzura.

—Aprovechemos estas horas, *piccola*.



El domingo llegó absurdamente rápido, en el aeropuerto intentó mostrarse fuerte pero mucho había cambiado entre ambos, y tal parecía que cada vez que se veían las cosas avanzaban a paso de gigante… no despacio como podría ser considerado normal. En esta ocasión se abrazaron durante un buen rato, perdido en aquel mar de gente que iba y venía.

—Vivir este sueño no habría sido igual si ti —admitió turbada. Max la separó con ternura.

—Cuídate, no te excedas, hazlo por mí. Regresaré en cuanto pueda, un mes es demasiado, no resistiré hasta que vayas a Nueva York —musitó acariciando su melena castaña.

—Aquí estaré esperándote, entonces, *il mio uomo* —dijo rosando sus labios, despacio. La piel de Maximiliano se erizó, como cada vez que ella hablaba así y sonrió de manera torcida.

—Esta me la debes*, piccola* —gruñó por lo bajo, mirándola con deseo, ese que ambos ya conocían muy bien.

—Ya sabes donde vivo —lo provocó guiñándole un ojo, juguetona. Juntaron sus labios con vehemencia, luego besó su frente y se alejó con rapidez; así jamás se iría.

Mariené lo vio desaparecer con el corazón comprimido, costándole incluso respirar, sus ojos se anegaron y eso la trastornó aún más, no quería estar sin él, ya no.

Desanimada pasó el resto del día perdida en trabajos, lecturas. Maximiliano la estuvo mandado mensajes como solía; pies sin zapatos, proponiéndole algún libro que encontró en el aeropuerto y bromeando, lo cierto es que eso solo generaba melancolía e impotencia.

No tenía idea de cómo manejar todo eso y, cada paso a su lado solía ser así; arrollador, definitivo y trascendental, cambiaba su mundo, sus ideas e incluso lo que había ideado como un futuro perfecto.

Mirando el techo de ese lugar que tenía su esencia en cada esquina, suspiró vencida. Podía recordar con claridad cuando lo vio por primera vez; algo la jaló, ese magnetismo que entre ambos existía con tan solo tenerlo cerca la revolcó a tal grado de que a lo largo de dos años no olvidó su voz, sus ojos, la potencia de su personalidad. Luego… ese viaje y ahora entendía por qué temió tanto, por qué se había resistido: él entraría en su mundo sin pedir permiso, sin detenerse, como dardos certeros abriéndose paso para llegar al centro de su piel, de su ser, de su alma.

Volteó a la ventana, perdiendo su atención en el cielo y copas de los árboles.

Vivir siempre había sido lo primordial, sentir, vibrar con el viento, perderse en momentos como ese, dejarse llevar por lo que la vida le iba mostrando, pero a la vez, eligiendo.

A lo largo de esos años jamás se había quedado con ganas de nada, había experimentado cosas maravillosas, en muchas ocasiones se había sentido incluso conectada con el mundo. Los ruidos del silencio le cantaban y observar lo que nadie veía la embelesaba, pero… ahora necesitaba más y comprendió que, pese a haber vivido con todos sus sentidos, lo había hecho con miedo, ese que apareció cuando con Max las cosas avanzaron.

Durante años no se planteó una pareja, hijos, familia, tampoco lograba pensar en un futuro muy lejano, no se daba permiso para ello, pero con él ahí, mirándola de esa manera, tocándola de esa forma, adentrándose en sus células, en sus neuronas, en su existir, todo eso surgía y con ello el terror genuino de lo que algún día vivió. Tenía que decírselo, hablar de su verdad, pero debía encontrar el momento, la fuerza, sin embargo, ya no podía tardar tanto.



—Una semana… ¿Sabes lo que implica una semana? —volvió a quejarse Jan, mientras Maximiano Ratazzi se dejaba vestir por una de las chicas del diseñador, serio. Ésta le sonreía cada vez que podía y lo tocaba de más para —según ella— acomodar bien la prenda, cosa que en realidad le irritaba pues si bien antes les sonreía de manera descarda y si le agradaba, coqueteaba para terminar en algún lugar pasando un buen momento, ahora simplemente no lo soportaba. Solo quería unas manos sobre su piel, solo quería un aliento enredado en el suyo, solo quería enterrarse en un ser, escucharla gemir solo a ella, por él.

Cuando la joven se acercó a su entrepierna, la hizo a un lado, molesto. Giró hacia Jan, importándole una mierda que la joven se quedará atolondrada.

—Lo has repetido tantas veces que puedo hacer un letrero y pegarlo en mi apartamento —gruñó. Con un ademán el manager despidió a la chica, así como al resto del equipo. Tenía una sesión, todo estaba listo, pero Maximiliano lucía al borde, si era sincero así se encontraba desde que regresó tres días atrás.

—No tienes que tratar así a la modista —soltó el hombre, escrutándolo. Lo conocía bien y sabía que ahí venía una muestra de ese carácter que solía guardar.

—No tiene que estar manoseándome, no soy un juguete. Y va lo mismo para ti. Este es mi trabajo, sé lo que hago, pero mi vida, lo que hago en ella es mi asunto, Jan.

—Pediré que te vista otra —concedió sereno.

—Me sé vestir solo, carajo —renegó y se puso la chaqueta de lino.

—No andas de humor, por lo que veo —señaló cruzándose de brazos, alzando una ceja contorneada, admirando lo bien que le sentaba ese conjunto.

—Solo deja de repetir lo mismo una y otra vez. El modelaje es mi pasión, pero sabes que no es mi única opción, si me da la puta gana lo dejo —advirtió serio, posando esos impresionantes ojos

azules en los suyos.

Nadie, bajo esa mirada, lograba mantenerse imperturbable. Se rascó la cabellera rubia y se alejó, pensativo.

—Estás en tu mejor momento, lo sabes.

—Y doy a ganar mucho dinero.

—Que te llega a los bolsillos, por eso tienes esos negocios —le recordó.

—Por eso tienes ese auto, esas casas, esas cuentas. No me vengas con idioteces.

—Bien, no hablaré más sobre ello. Solo te pido que si planeas ausentarte tanto tiempo me lo hagas saber y así organizamos la agenda para no tener contratiempos o fallar en los contratos —pidió conciliador. No era la primera vez que discutían y es que, a él, a diferencia de muchos modelos, no podía manejarlo a su antojo.

—Bien. Ahora ¿podemos terminar con esto? —presionó sentándose en la silla para que lo peinaran. Jan lo observó por el espejo, asintiendo, reflexivo.

—Estás enamorado, Ratazzi —murmuró comprendiendo de pronto lo que ahí ocurría. Maximiliano se frotó la barbilla, perdiendo su atención en un punto del lugar.

—Ojalá solo fuera eso —admitió sin tapujos, sin verlo. El hombre colocó una mano sobre su hombro, sonriendo.

—Ya está todo listo para que te vea en la pasarela. Solo espero que puedas concentrarte —bromeó buscando aligerar el ambiente con ello, pues eso no era algo que le encantaba hacer. Maximiliano sonrió apenas.

—Espero.



Dos semanas pasaron cuando él tocaba la puerta de su apartamento, tenía llaves, pero no quería invadirla de esa manera. Sabía gracias Silvano, que estaría ahí, pues le dijo que pasaría a dejarle algo, todo era una treta para ayudarlo. Mariené estaba terminando ya el curso de titulación, pero no pudo evitar mover un poco su itinerario y pasar a la Ciudad de México antes de viajar a Dublín, el domingo por la noche. La joven, extrañada y fatigada después de estar por horas en la computadora, abrió intrigada, al verlo ahí, se llevó las manos a la boca.

—Vengo a que pagues, *vita* —ronroneó contemplándola. Mariené sonrió con las lágrimas de alegría pujando por salir. Lo tomó por la camisa, lo metió y besó al mismo tiempo.

—Menos mal que sabes donde vivo…

Las horas juntos pasaron como agua, no habían salido ni del pequeño apartamento, ni de la cama.



Quince días después al fin terminó el curso. Estaba exultante. Esa noche, mientras celebraba en un bar con sus amigos, le marcó. Simplemente necesitaba escucharlo.

—¡Lo logré! —exclamó cuándo le respondió. Max rio alejándose del bullicio. Estaba en una fiesta patrocinada, amigos y conocidos del ramo se encontraban ahí. Se dirigió a uno de los jardines del increíble lugar en el sur de Montreal, donde estaba desde hacía un par de días.

—Evidentemente, *piccola*, ¿qué te detendría a ti? —preguntó escuchando el barullo donde ella también se encontraba y de pronto, saberla festejando lejos, sin él, dolió.

Cada maldito día costaba más todo aquello. No pretendía estar adherido a ella, o viceversa, sabía que eso era absurdo y que sus personalidades jamás lo permitirían, pero la lejanía ya estaba causando estragos que aborrecía. Cada vez era más clara, cada vez la odiaba más, cada vez se encontraba pensando en cómo acortarla.

En una semana estarían juntos y ese parecía ser el ciclo interminable a menos que hiciera algo al respecto… Pero no quería presionarla, no debía y eso lo detenía.

—Lo sé, estoy muy feliz. En unos meses llegan mis papeles y entonces será oficial. ¿Dónde estás? —quiso saber al escuchar voces. Sabía en qué ciudad se encontraba, pero no si tenía evento, aunque era lo común, así como los celos y ansiedad que la embargaban al saberlo tan lejos, cerca de otras personas que no eran ella, con todas esas mujeres impresionantes a su lado, riendo, conversando y quizá esperando más de él.

—En una fiesta de la marca, ¿y tú?

—En un bar —respondió con voz apagada. Ambos guardaron silencio durante unos segundos.

—*Piccola*, ¿qué tal luce el cielo hoy allá?

Solía distraerla de esa manera, ella sonrió y perdió la vista en el negro espesor.

—Vacío —admitió perturbada, con un nudo en la garganta. Cerró los ojos y dejó que el aire la relajara—. Pero el viento es agradable, creo que lloverá.

Maximiliano tensó la quijada, sintiendo el deseo recorrerlo de solo imaginarla de pie, entregándose a esas sanciones como solo ella sabía.

—Aquí hay estrellas, es hermoso… Me gustaría mostrártelo.

—Cuéntame, cómo son —lo alentó con voz soñadora. Y durante un rato se perdieron en ese cielo que era lo que los unía a la distancia, imaginando, recreando, extrañándolo.



Una semana más tarde Luois la maquillaba un poco; la joven no necesitaba casi nada y le agradaba ese look natural que poseía. Después de convencerla para usar un conjunto casual, de pantalón amplio ajustado por la cintura y un top a juego que parecía hecho para su silueta escueta y resaltaba lo justo, salieron de ahí.

Mariené no estaba acostumbrada a llevar algo de ese tipo que, si bien no mostraba nada salvo un poco de su abdomen, la hacía sentir extraña, pero aceptó que se le veía bien y la ligereza de Louis la acabó de convencer.

—Te ves perfecta, Ratazzi no podrá ni pensar, confía en mí —la tranquilizó el chico riendo cuando subían a un auto que pasó por ellos.

En unas horas sería la pasarela y Max tuvo que irse antes, como era común en esos eventos. Había llegado la noche anterior y, para no variar entre ellos, acabó enredada en su cuerpo, desesperada por sentirlo más allá de cualquier ilusión guardada aquellos días de ausencia.

Su novio le explicó la logística y luego, sin muchas ganas la dejó en manos de la pareja de Jan. Cloe apareció una hora más tarde junto a Connor, también asistirían al desfile, los cuatro partieron para el evento que sería en el centro de Manhattan.

—¿Estás segura de que no quieres cambiar de profesión, preciosa? —silbó Jan cuando aparecieron en el moderno lugar. Mariené sonrió agobiada, sintiéndose extraña, pero bien.

La gente entraba; prensa, personas que parecían ser conocidas por los medios en el mundo de la moda, flashes iban y venían, pero Louis no se alejó de ella como Max le había pedido unos días atrás, preocupado por cómo se sentiría en medio del evento.

Observó a Connor desenvolverse de una manera asombrosa; sonreía, conversaba con las personas y sabía agradar. Así era Max, comprendió estudiándolo. Cloe en momentos lo acompañaba, otros, permanecía con ellos, aunque era evidente que también conocía de ese mundo donde se sentía ridículamente fuera de lugar.

El recinto era como un palacete, donde meseros iban y venían ofreciendo algo de beber, o canapés.

Minutos más tarde, después de que Louis le mostrara algunas personalidades que se encontraban a lo lejos o le contara algún chisme de tal o cual modelo, la morena y el mejor amigo de Max, se acercaron y la condujeron por el lugar sonrientes, bromeando.

—¿No nos presentarán? —preguntó una voz masculina tras ellos. La comitiva giró, un hombre de porte asombroso, que debía rondar los treinta, se comía de la manera más literal a Mariené con la mirada. Todos lo notaron enseguida, incluso ella, que se sintió incómoda.

—Dorian, hace tiempo que no te veía. No desfilarás, por lo que veo —murmuró Connor, tomando el control de la situación, sonriéndole con frialdad.

—No, llegué por la mañana, no había tiempo para el *fitting* —respondió ligero y sin preguntar

sujetó la mano de la joven que había visto desde que llegó, minutos atrás, y que desentonaba en ese lugar; era evidente que no pertenecía a ese mundo, para llevársela a los labios con fingida galantería.

—¿Y tú quién eres, hermosura? —curioseó con interés.

Ané retiró su mano en cuanto sintió sus labios calientes y lengua sobre su piel. ¿Por qué hacía eso? Lo miró fijamente, sin amedrentarse, pero con las mejillas sonrojadas. Era consciente de que estaba en un sitio del que no tenía idea como se manejan las cosas y eso la puso nerviosa enseguida. Los ojos de ese hombre no ocultaban sus intenciones.

—Mariené.

—Viene con Ratazzi —advirtió Louis. El hombre alzó las cejas, asombrado, recorriendo su cuerpo para terminar con sus ojos, de una manera que le dio ganas de escupirle.

—Siempre ha tenido buen gusto. Cuando te aburras, ya sabes… —intentó acercarse. Ella se alejó, enseguida Connor la tomó del antebrazo para acercarla. Si Maximiliano sabía de ese encuentro, las cosas se pondrían complicadas.

—No, no sé y no me interesa saberlo —determinó indignada, dejando perplejos a los presentes. Connor se rascó la nuca, sonriendo, satisfecho. Mariené se sentía incomoda y es que para donde volteara, notaba coqueteo, miradas, complicidad retorcida.

—Eso dices ahora, ya veremos —respondió dándole un trago a su bebida. Mariené hubiese deseado tirársela en el rostro engreído que tenía, pero se limitó a rodar los ojos y alejarse. Louis la siguió enseguida.

—Estará en mi cama —declaró Dorian, fascinado.

—Conoces a Maximiliano, solo si quieres un verdadero problema con él te vuelves a acercar a ella esta noche o repites algo como eso —soltó Connor.

Dorian era así; descarado y siempre iba por las sobras de Ratazzi, eso todos lo sabían.

—Es la hijastra de su padre, ¿no es cierto? —comprendió observándola entrar al recinto. Connor colocó una mano en su hombro; se conocían desde hacía mucho tiempo. Jan manejaba su carrera también, pero ni por asomo tenía la trayectoria de Maximiliano.

—En serio, no busques por ahí, puedo decirte por primera vez que esta sí no te la pasará —lo puso sobre aviso, tomó la mano de Cloe y se fue en búsqueda de ellos.

El lugar estaba cargado de dorado, candiles y en medio, la pista donde desfilarían. Ané sonreía intrigada, ansiosa. Pronto las luces se apagaron, una pantalla enorme comenzó a pasar imágenes de los modelos que participarían junto con sus nombres. Silencio. Expectación. Max fue el último en esa larga lista. Se veía increíble, sintió su estómago flotar.

Un telón se abrió y entonces, de pie, serio e imperturbable, él al centro y dos chicos más flanqueándolo. La música comenzó y todo se detuvo menos Maximiliano que avanzó ataviado con

un traje gris brilloso, con el cabello engomado completamente adherido a su cabeza, dueño del momento, de su cuerpo, de la situación. Detrás, lo otros chicos fueron saliendo uno a uno. Mariené y los demás, se hallaban sentados en una de las primeras filas, así que lo vio pasar, pestañeando, con la respiración agitada.

Ese era el mundo de Maximiliano, su vida y ahora lo veía todo tan diferente. No volvió a salir, pero disfrutó de cada detalle, deleitada, observando los bellos y a veces extraños rostros de quienes pasaban frente a ella. Maximiliano, si la vio, no dio acuse de ello, pero no le generó nada salvo esa sensación astronómica de comprender mucho más al hombre que amaba. En ese momento, pensarlo en su departamento de México, haciendo cosas tan banales, le pareció irreal y, sin embargo, sí, ese también era él.

Estaba en su elemento, lo manejaba con una facilidad tal que parecía haber nacido para ello. Después de media hora lo volvió a ver, él de nuevo encabezaba y cerraba la pasarela, iban excéntricamente ataviados, pero ninguno lo demostraba; lo hacían lucir como si cualquier mortal pudiese ponérselo al día siguiente y sentirse cómodo. Anduvo de nuevo el pasillo, se detuvo en la punta, miró a su alrededor de esa forma tan peculiar y regresó envuelto en esa pose. Estaba perpleja.

Al acabar todos los modelos salieron desfilando mientras un grupo de música conocido que nunca pensó ver en vivo, hacía su aparición. Al acabar, las luces se encendieron, las personas se buscaron entre sí, ellos aprovecharon para salir y Mariené se sentía adherida al asiento.

—Pareces conmocionada —dijo Louis riendo, al tiempo que se sentaba a su lado. Ella parpadeó mirándolo un segundo para luego asentir.

—Él es eso, esta es su vida —musitó como para sí.

El joven le sonrió comprendiéndola. Toda aquella fachada podía ser muy llamativa, imponente. Pero si algo había notado ya en Max, era que desde que estaba con ella reía más, se le veía más relajado y sereno, feliz en cierto modo.

Apretó su mano, conciliador.

—No, él es mucho más, y lo sabes —murmuró captando su atención—. Maximiliano es lo que tú sabes de él y creo que su vida, tú mejor que nadie la conoce. Te lo aseguro —determinó y le tendió la mano para que salieran de ahí. Jan los interceptó, pidió disculpas a un par de personas con las que conversaba y le sonrió intrigado.

—¿Qué tal? ¿Te gustó? —quiso saber enfundando en aquel traje negro que lo hacía ver muy atractivo.

—Fue… increíble —admitió buscando sonreír.

—Max está en la cima, por eso desfiló al final. Tienes al mejor modelo masculino actual en la mano —bromeó Louis dándole un empujón con la cadera. Mariené rio intentando acomodar esas palabras. Jan sonrió secundando lo dicho.

—¡Eh! ¿Y Connor? —se quejó Cloe.

—Un dolor de cabeza, sabes que cada vez está más alejado de esto —le recordó el manager, riendo—. En unos minutos saldrá, Cloe, ya saben dónde encontrarlo. Lou, acompáñame, necesito que me ayudes con un par de asuntos, la lenta de Sue no se da abasto. —Un minuto después supo Ané que se trataba de su asistente gracias a su acompañante—. Nos vemos más tarde, no se pierdan, jovencitas.

Había una enorme recepción después de aquello y cuando Max le había preguntado si le gustaría

asistir, había decidido hacerlo; debía conocer más su entorno y esa era la forma, aunque ya no estaba tan segura.

—¿Connor ya no modela? —curioseó mientras caminaban entre la gente. Cloe sonrió negando.

—Sí y no. Ya sabes que, como Max, tiene negocios y estos cada vez le están exigiendo más tiempo, además, queremos tener familia y ambos estamos orientando todo para una vida menos ajetreada —explicó con simplicidad—. Pero bueno, a diferencia de Max, él fue más de fotografías y poca exposición por lo que no ha sido tan difícil. Max —silbó alzando las cejas, al tiempo que movía los dedos de la mano—, Max ha llegado más lejos que cualquiera en esta carrera, créeme, es el mejor pagado desde hace años y como notaste, lo hace natural.

Hablaba sin percatarse de lo que sus palabras iban generando en Ané que, si bien no la asombraban, no entendía por qué la agobiaban y comprimían el pecho. Todo aquel evento estaba resultando una revelación.

Capítulo 26

Sentadas en medio del barullo, Connor apareció y enseguida unos brazos que reconocería incluso en otro planeta, la envolvieron.

—Recuérdame vengarme de Louis, *vita* —susurró en su oreja, mordisqueándola con suavidad. Mariené volteó atontada, sonriendo, olvidando su extraño malestar. Maximiliano, al verla de cerca, solo pudo abrir los ojos, hizo que se pusiera de pie y la giró deleitado—. No me vengaré, lo asesinaré —sentenció pegándola a su cuerpo, sonriente—. ¿Qué tal? —quiso saber importándole un carajo todo a su alrededor, incluso las miradas intrigadas que no perdían detalle, las cámaras que, sin dejar pasar esa ocasión, los fotografiaban.

—Electrizante, Max, creo que esa es la palabra —logró decir antes de que la besara con suavidad.

—No fue fácil sabiéndote ahí. No volveré a aceptar algo así.

—Exagerado.

—*¡Merde!* ¿Ya te viste?

—Sí, y este top es muy corto —se quejó jalándolo de un lado.

—*Você parece perfeita* —dijo en portugués, dejándola hechizada, aprisionando sus ojos con fuerza, esa que la sometía y se adueñaba de su última célula, que la hacía sentir una pequeña.

—¡Vámonos! —escucharon a Connor por detrás, recordando de golpe donde estaban.

Salir fue tardado, tuvo que saludar a muchas personas, presentarla cuando lo veía oportuno, aguatar las miradas lascivas sobre ella, esas que la gran mayoría en ese mundo sabía maquillar pero que él conocía a la perfección.

Llegaron a una camioneta con chofer que los esperaba, éste al ver a Maximiliano, lo saludó con cálida cortesía. Mariené se dejaba llevar, lo cierto era que no terminaba de asombrarse. Connor y Cloe también entraron, así que el interior se llenó de comentarios sobre el desfile y palabras que ella no comprendía pero que tenían que ver con la moda. Max mantenía su mano aferrada, hablando, mientras ella no dejaba de verlo, atenta, un tanto aturdida.

—¿Pasa algo, *piccola*? —preguntó al notar su actitud taciturna, extraña. Mariené negó sonriendo con suavidad, perdida en sus facciones—. Te ves hermosa hoy, Mariené.

—Louis lo hizo todo —aseguró cerca de él.

—Lo sé, tiene su sello, aunque… —y se acercó más a su oreja—. Con esos vestidos de playa, o sin ellos, me gustas más —bromeó con lujuria. Las mejillas de la joven se enrojecieron y se volteó acalorada, sacudiendo la cabeza con delicadeza. No estaban solos. Max la notaba extraña, cerrada a él, eso lo desconcertó, así que tomó su barbilla e hizo que lo mirara pues ya no estaba habituado—. *Minha vida*, eso eres —declaró. En respuesta acarició su mejilla y pasó una mano por su cabello perfectamente bien peinado.

—Y tú la mía —admitió sin soltar sus ojos. Maximiliano sintió el regocijo de otra pequeña victoria al escucharla. Besó su mano sonriendo.

Ya habría tiempo para saber qué pasaba en esa peculiar cabeza, mientras tanto estaba listo para lo que seguía, esas fiestas eran espectaculares y estaba seguro que de alguna manera ella lo pasaría bien, o quizá no.



El lugar era majestuoso, lleno de luces, colores, una casa ostentosa, autos impagables, música viajaba por el lugar y ellos, de la mano, entraron. Maximiliano conocía a muchísimas personas, a cada una se las presentó como su novia y no la soltó en ningún momento. Varios salones de diferentes temas, decorados con sofisticación, reconoció a lo lejos a alguna celebridad. Eso era indefinible. Los invitados reían, bebían y comían de aquellas fuentes inagotables de comida estratégicamente colocadas.

Se sentaron en una mesa donde Connor charlaba con varios modelos más y Cloe a su vez, con otras personas. Los observó atenta. ¿Cómo lograr eso si la distancia los alejaba siempre de sus realidades, si a pesar de que todo aquello la asombraba no le encontraba un sentido?

Max estaba atento a cada uno de sus movimientos, a cada gesto y comprendió un poco de lo que en su mente ocurría, pero no dijo nada. Mariené, como solía, iba a su paso, entendiendo y comprendiendo lo que a su alrededor ocurría y sí, esa era su vida, una que hasta ese momento ella no conocía y la que descubrió al tenerla ahí, que ya no le hacía feliz, que nunca lo había llenado, que jamás la notó tan vacía.

—¿Estás cansada? ¿Quieres comer algo? —preguntó a su lado, en medio de aquel silencio a pesar de la fuerte música.

La joven volteó pestañeando, saliendo de sus cavilaciones. Max estaba listo para abandonar el lugar, sabía que su pecosa no se sentía cómoda y aunque lucía espectacular, entendía que no estaba habituada a esa ropa. En cambio, Mariené le sonrió de esa forma cándida y acarició su mejilla.

—Sí, busquemos algo que comer, luego quiero entrar a ese sitio que parece tener mucho movimiento. —Maximiliano alzó una ceja, ¿acaso esa chica siempre sería un acertijo?

—¿Segura? —repuso intrigado. Con un gesto dulce, volvió a asentir. Besó su frente y se alejaron en busca de algo para ella.

Ané llenó su plato con uvas, quesos y algunos embutidos finos. De pronto le daba uno en la boca a él para que probara, luego volvía a su labor mientras Max era interceptado una y otra vez por personas que lo saludaban y algunas otras con las que intercambiaba pocas palabras sobre el desfile o un tema de la moda que para ella era ajeno. Cuando estuvo lista, él consiguió una mesa en un salón igual de concurrido.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó notándola de pronto relajada, comiendo y saboreando a su vez.

Era divertido verla, además de un festín para los sentidos; su femineidad era inherente a lo que pudiese vivir y su suavidad, además de su paz, algo que nunca la abandonaba. Detuvo la excitación

que le generaba esa inigualable mujer y se alejó cuando ella le dijo qué le apetecía.

—¡Ey! Hemos escuchado mucho de ti.

Esa voz la hizo voltear, un trio de chicas esculturales se encontraba de pie a su lado. Les sonrió amigable.

—Hola —respondió.

—Max Ratazzi… ¡Guau! No cualquiera. Ese hombre es colosal y en la cama, uf. ¿No? —dijo una trigueña de melena envidiable.

Mariené abrió los ojos de par en par, ¿en serio alguien se atrevía a decirle algo como eso sin el mayor empacho? Pero, por muy ingenua que fuera, no era estúpida, leyó enseguida lo que buscaban así que sonrió. No les daría el gusto. Meses atrás quizá simplemente se hubiese levantado y alejado, pero ya no, no con lo que sabía debía defender y eso era él, lo que sentían, lo que le demostraba desde hacía tiempo.

—Sí, lo es. La verdad es que pocos se le comparan —completó la otra.

La joven se puso de pie, ellas eran varios centímetros más altas, pero eso le importó poco, tomó un trozo de queso y las observó relajada.

—¿Quieren saber si me tiene satisfecha? —investigó para después meterse el trozo a la boca desenfada. Las tres asintieron desconcertadas. Mariené se mordió el labio, fingiendo vergüenza, aunque por dentro quería darle una bofetada a cada una—. ¡Uf! Es más que eso, aunque no tengo que asegurarles nada. Ya lo saben, ¿no? —replicó tranquila.

De pronto sintió aquellas manos enroscarse en su cintura y las miradas de las modelos puestas en quién estaba detrás.

—Hola… —las saludó él, con los ojos entornados. Las conocía de sobra y aunque llevaban buena relación, no se confiaba pues algo en Mariené lo alertó.

—Max, tus amigas, o no sé qué sean en realidad, pero asumo que tus amigas, están algo preocupadas de que tu desempeño conmigo sea satisfactorio. Parece que te conocen muy bien. Y bueno —giró un poco para verlo de perfil, él lucía atónito al igual que ellas—. Ya les dije que es así, aunque quizá quieran que tú les des detalles perversos de nuestra intimidad —musitó medio en broma.

—¿Cómo? —cuestionó él lleno de incredulidad por lo que ahí pasaba. Las mujeres le sonrieron conciliadoras.

—Mira, voy a buscar los sanitarios y ahora regreso, mientras tanto él podrá contestar sus preguntas —repuso con fingida candidez. Alzó la mano despidiéndose de ellas, sonriendo con ingenuidad y se perdió entre la gente. Maximiliano no atinó a moverse, solo a arrugar el entrecejo, siguiéndola con la mirada.

¿Qué mierdas fue eso?

—Esa chica vale la pena, Ratazzi —escuchó a una de ellas. Volteó, ésta le sonreía entre desconcertada y asombrada.

—Además es muy hermosa. Cuídala de los lobos que por aquí andan —le aconsejó la otra.

—En eso estaba hasta que aparecieron. Ahora tendré que arreglar esto, gracias —refunfuñó frotándose el cuello.

—No creo, se ve que no tiene duda sobre lo que hay entre ustedes. Pero, sí, ve y arréglalo. Nos vemos luego… Ah, y fue un desfile genial —concluyó la otra. Éste solo asintió rodando los ojos y se frotó el rostro.

No solo debía espantar tipos, sino que ahora mujeres. ¡Bonita putada!

Mariené regresó unos minutos después, se sentó sonriendo y continuó comiendo como si nada hubiese pasado.

—Debes saber algo antes de que pienses mal —habló Maximiliano, evaluándola. Ella sonrió, negando.

—No hace falta. Tú estás conmigo. Imagino que no a todas les hará gracia. ¿Ya probaste esto? —murmuró alzando un trozo de jamón. Él sonrió negando, amaba a esa mujer, le dio una mordida llegando hasta sus dedos para pasar la lengua en la punta de ellos, con arrebatada sensualidad. La piel de Mariené se erizó y majestuoso fue notarla excitada también.

—En este momento lo único que pienso es en estar dentro de ti, *vita*, pero debes saber algo… Ellas, bueno, les gustaste tú, no yo —soltó metiéndose una uva a la boca, divertido, aguardando su reacción.

La chica abrió los ojos de par en par olvidando el calor que ya recorría su cuerpo.

—¿Yo?

—Sí, mi pecosa, lo lamento. Sé que fue incómodo, pero creo que las prendaste —susurró colocando un codo sobre la mesa y frotándose el cuello. Mariené después de parecer pasmada, soltó la carcajada.

—Dios… ¡qué locura! Nunca lo pensé.

—Lo sé.

—Qué pena.

—Les diste un revés que seguirá saliendo a relucir por mucho tiempo, créeme.

—Fue divertido —admitió metiéndose otro bocado a la boca. Maximiliano rio, recargándose en el asiento.

—Tú eres única, de verdad.



Música de un *Dj* famoso entró por sus oídos. Abrió los ojos asombrada, dejando a un lado su bebida, mirando a Max, interrogante porque la gente como abejas a la miel seguían el sonido. El hombre asintió contestando su duda silenciosa.

—¿En serio? ¿Está aquí? ¿Qué clase de personas son ustedes? —expresó sintiendo la electrizante sensación que ya impregnaba el lugar.

—¿Quieres ir? Sabía que te gustaría. —

La joven se levantó animada.



El domingo hicieron ovillos junto con Glu y por la tarde decidió mostrarle algo más de él, así que la llevó al sitio donde solía ir a ayudar cuando podía. Era el momento de mostrarse más.

—¿Quieres una tarde ocupada? —inquirió relajado, contemplándola. La joven, al leer el letrero de aquella casona adaptada, arrugó la frente. «Centro de rescate de animales».

Sacudió la cabeza desconcertada.

—¿Adoptarás otro gato? —quiso saber intrigada. Max sonrió negando. De pronto algo en su mirada le aclaró todo. Su iris azul la observaba cauto. Lo detuvo en la acera, con el corazón en un puño, se humedeció los labios acercándose despacio.

—¿Ayudas aquí? —comprendió patidifusa, con un agujero en el pecho. Él sonrió asintiendo con tranquilidad, como si fuese lo más común del mundo. Mariené sintió como su pecho se hundía más, así como lo que sentía por ese hombre aumentaba. Ya no sabía qué más podría esperar de Max, pero era realmente más de lo que nunca imaginó.

—Glu es rescatado, lo encontré sucísimo en un callejón, aullaba de hambre, no pude dejarlo y lo llevé a que lo revisaran. Estaba bien, solo hambreado. Este centro comenzaba, la causa me gustó enseguida. Cuando puedo colaboro de la manera que sea —explicó como si fuese cualquier cosa. La joven pestañeó aturdida, ladeó el rostro y lo acercó a ella para besarlo. El tiempo de decirle eso que la torturaba se agotaba, comprendió agobiada—. Este sitio cuenta con albergue, así que paso por acá unas horas cuando el tiempo me da tregua, siempre se necesita ayuda. ¿Quieres entrar?

—Sí, sí, quiero —aceptó sonriendo.

El lugar estaba en buenas condiciones, aunque imaginó que no en todos lados sería igual. Enseguida chicas y chicos que ahí colaboraban se acercaron a saludarlo como si fuese uno más.

Un joven de quizá su edad, que parecía ser el encargado, le dio la mano sonriente y la observó intrigado, aunque también con un dejo de agrado que a Max no le causó gracia. La rodeó por la cintura y se la presentó.

—Wayne, Mariené, mi novia. Wayne es uno de los responsables de aquí —dijo notando cómo enseguida la actitud del chico cambiaba, pestañeando. Sí, Ané le había gustado, pero ella solo sonreía como si nada, pegando la mejilla a su pecho, lánguida.

—Un gusto —respondió Wayne extrañado al notar la posesividad de él. Jamás lo había visto con alguien de esa forma. Le sonrió a Mariené amigable, leyendo el territorio prohibido por todos sus ángulos—. Nos gustaría lanzar otra campaña de concientización, quizá ahora con recaudación —le propuso a Max, más formal y le explicó a grandes rasgos. A Max le agradó la idea, pero no quería aburrir a su *piccola*.

—¿Por qué no pasan a las duchas? —propuso Wayne al terminar la conversación. Maximiliano era uno de los mayores activistas en ese ramo en Nueva York, influyente y, además, siempre estaba dispuesto. Eso sin contar que había ayudado a montar esa red de rescate que se extendía por la Costa Este del país y que era financiada de manera recurrente gracias a los eventos y cosas que se le ocurrían o a las que ayudaba sin buscar nada a cambio, como todos los que ahí colaboraban—. Hoy tenemos varios chicos muy sucios, ayer se hizo un rescate en las afueras —explicó mientras andaban por el corredor.

Minutos después ya estaban en un área de mosaicos blancos donde bañaban a perros y ella duchaba a uno riendo porque no se dejaba. Era pequeño, pero contaba con una voluntad de elefante. Una rescatista se le unió y entre las dos lo bañaron mientras Max lavaba a otro enorme, que parecía triste y éste, a su vez, le murmuraba cosas al tiempo que lo acariciaba y trataba con esmero.

Ané se encontró observándolo más de una vez, conmovida hasta lo inimaginable. Nunca lo hubiese pensado, lo cierto es que tampoco la asombraba, ese hombre tenía un corazón enorme y por eso le había entregado ya el suyo.

—Es muy bueno en eso, los perros suelen dejarse sin problemas cuando los baña, tiene como un don con ellos —expuso la voluntaria, notando cómo miraba a ese hombre por el que todas babeaban, pero con el que nadie había buscado ir más allá. Mariené sonrió amistosa—. Este lugar no sería lo que es si él no fuera de esa forma, seres humanos así es lo que faltan en este mundo —completó la chica mientras frotaba con esmero la patita del perrito revoltoso.

Al terminar, él continuaba con su labor, y Sabine, la voluntaria, le pidió que la acompañara al área donde estaban todos los perros y gatos rescatados pues Mariené lucía curiosa y preguntaba de todo, sin embargo, al pasar por uno de los pasillos, un perro grande recostado sobre una camilla blanca, con una mirada triste, la detuvo.

—¿Está enfermo? —preguntó intrigada. El animal la observaba, sereno, pero sin moverse.

—Sí, tiene cáncer. —La piel de Mariené se erizó, pasó saliva y no pudo alejar su mirada de él, nerviosa—. Llegó hace dos días, va a morir, pero es valiente y hoy se la llevará una pareja a que pase sus últimos días llena de amor. Al parecer la abandonaron hace poco.

Mariené sintió una fuerte opresión en el pecho y su corazón acelerarse.

—¿Puedo acercarme? —quiso saber dudosa, con un picor molesto en los ojos. Eso siempre le ocurría.

—No te gruñó, así que sí. Adelante. Cuando no quiere, muestra los colmillos.

Con pasos suaves fue hasta ella, la perra no le quitaba los ojos de encima, seguía inmóvil. Cuando la tuvo cerca, estiró la mano y perdió los dedos en su pelaje negro. El animal cerró los ojos y permitió que lo acariciara.

—Puedes acompañarla si quieres, hacerlos sentir bien también es nuestro trabajo. Se ve que lo ha tenido difícil.

Sabine le contó que la habían encontrado herida a unas cuadras, la revisaron y ahí detectaron el cáncer en el estómago. Estaba muy avanzado y ella débil. Ya no había nada que hacer.

Las siguientes dos horas permaneció acariciándola, contándole anécdotas de su pasado, un pasado que enfrentó en su momento pero que buscaba olvidar y que lo sentía ahora más presente que antes.

Murmuraba afligida, reconociendo en su ser el miedo y dolor. Le puso música en el reproductor de su celular y le tarareó por un rato. Los recuerdos estaban abiertos ya a un punto sin reversa, las sensaciones disparadas y de pronto comprendió que era el momento de hablar sobre eso con él.

Merecía conocer su vida entera, permitirle decidir si valía la pena continuar. La amaba, sí, y ella a él, pero aún estaban a tiempo de rectificar si es que era lo que deseaba y lo entendería, por mucho que doliera lo haría. Max merecía mucho más.

—Sabine me dijo que aquí estabas… ¿Todo bien? —quiso saber su novio, notando sus ojos anegados. Mariené alzó la vista y dejó salir las lágrimas.

Dios, ese hombre era hermoso, un ser que la había confrontado como nadie nunca, que le había enseñado a conocerse, a sentir más allá de sus sentidos, de lo descifrable, a aventurarse, desear mucho más.

El semblante de su *piccola* lo alertó, sabía que ahí estaba segura, conocía a las personas de ese sitio y no le harían ni un desplante o desaire.

—Debo hablar contigo —solo dijo, con voz estrangulada.

—¿Estás bien? —indagó acercándose. La perra alzó la cabeza, lo miró un segundo y luego descansó de nuevo. Mariené asintió nerviosa, pegó la frente a la del animal, acarició su cuello y le susurró con voz rota, con el nudo en la garganta ardiendo.

—Piensa que esto pasará, que eres fuerte —susurró y salió de ahí con el llanto amenazando con ahogarla.

Max la siguió sin detenerse. En la calle ella miró a los lados, vio un área verde y anduvo hasta ahí, respirando con dificultad.

—¿Qué sucede? —peguntó él, despacio, notando su vulnerabilidad y aflicción.

¿Qué pudo ponerla así de pronto? Se preguntó. Mariené no tenía ese tipo de reacciones por nada. La rodeó buscando acercarse, ella lo evitó encarándolo con el rostro húmedo y un tanto agobiada.

—Yo… Max, he sido cobarde y lo lamento tanto —murmuró culpable, con esa urgencia de sacarlo todo y acabar con lo que la consumía—. No sé por dónde comenzar, pero debes saber que cuando te vi la primera vez sentí esto —dijo y los señaló a ambos.

El aire despeinaba su cabello castaño, gente pasaba, pero el área que había elegido estaba desierta. Lucía tan frágil que sus manos cosquillearon. Siempre le había generado esa sensación de querer tomarla entre sus brazos y envolverla en su ser. Ella continuó:

—Pero pasó tanto tiempo sin volver a verte que lo dejé pasar, era imposible que algo más se diera y era lo mejor. Luego, en Italia, sí, tenía miedo de ti, de tu vida, pero mucho más de mí, de sentir algo que me nublara la razón, y sucedió. Intenté… —hipeó, frotándose la nariz enrojecida, sin quitarle los ojos de encima—, intenté no sentir tanto en tan poco tiempo. Huía, buscaba alejarte y eso solo generaba que te acercaras más y luego todo explotó. Tenía miedo a sufrir para ese momento por lo que no sabía de ti, pero más hacerte sufrir por lo que veía ya sentías por mí. Me enamoré de ti en Alghero y ¡por Dios! Cómo no hacerlo. Entraste en mi vida de esa manera intempestiva y de pronto ya no podía parar de pensarte, de ansiarte, de necesitarte.

Max dio un paso, ella lo retrocedió. No soportaba verla así. No entendía nada.

—Escucha, solo escucha —suplicó llorosa. Él asintió serio, a un metro de ella, estudiándola contenido.

¿Qué ocurría? Sintió miedo, pánico en realidad. Con Mariené nunca se podía dar el lujo de adivinar sus reacciones, aunque la realidad era que todas y cada una lo habían puesto en ese punto donde escucharla decir que se había enamorado de él desde ese viaje lo hacía flotar.

—Siempre viví al máximo, buscando ir más allá que los demás, disfrutando de cada segundo porque sé que es tenerlos contados, porque sé lo que es pensar que quizá nunca vuelvas a tener la oportunidad de experimentarlos y desde hace años, cuando vi tanta muerte y dolor a mi alrededor, me prometí disfrutar del hecho de yo estar viva, pero también que no acumularía personas en mi camino a las que pudiera lastimar si mi salud volvía a… jugar en mi contra. Maximiliano, tuve leucemia.

El hombre la observó atónito, sin parpadear. Imaginó muchas cosas, pero nunca eso. Una electricidad extraña lo recorrió, una que lo alertó y agobió hasta un punto desconocido, una que lo asombró pero que a la vez lo afianzó.

—La enfermedad se fue, pero… puede regresar, se le llama remisión. Esas cosas pasan con más frecuencia de la que imaginamos. Yo… —temblaba, sus dientes castañeaban—. Yo te amo y lamento mucho no habértelo dicho antes, no tenía derecho a…

Los labios de él sobre los suyos la silenciaron de forma abrupta. Presa del llanto lo rodeó y besó con ansiedad. El hombre, asombrado y comprendiendo al fin a esa mujer por la que daría su mundo entero, la separó un poco, tomó su rostro entre las manos y la miró fijamente.

—Te amo, Mariené, con todo lo que soy, con todo lo que eres. Tranquila, está bien, no me iré, aunque esté todo en contra, ahora menos que nunca —la buscó tranquilizar pues ella apenas si lograba respirar por el llanto.

Nunca la había visto así y aunque el miedo lo azotó, supo que esa mujer era su fin, su hogar.

La arropó en su pecho mientras el llanto disminuía, la sentía entre sus brazos más vulnerable que nunca y entendió al fin todo… Sus padres, su hermana, sus actitudes, esa vida que circulaba en cada parte de su ser y lo contagiaba, su miedo, su manera cauta, su prisa, todo.

Mariené se separó en cuanto sintió que podría hablar, se alejó un poco y lo miró agobiada, amándolo más si eso fuese posible.

—Me lo diagnosticaron a los once años —comenzó con voz suave, sin soltar sus ojos azules que lucían descompuestos pero decididos.

—Si no quieres hablarlo, no lo hagas —musitó acariciando su mejilla. Mariené sorbió la nariz.

—Debes saberlo, yo debo decirlo, no es un secreto, solo algo muy íntimo, doloroso —atajó afligida.

Éste asintió, enredó sus manos y la guio hasta la sombra de un árbol, se quitó los zapatos y luego le quitó a ella los suyos. La joven lagrimeó con ese gesto.

Si la vida tenía su lado oscuro con él le había mostrado el opuesto, comprendió.

—Entonces te escucho —dijo con voz calma, asustado de lo que escucharía.

Le dolía como si lo quemasen con hierro ardiendo pensarla en medio de una situación semejante, pero ya entendía por qué sus vidas se habían conectado. Él necesitaba volver a vivir, ella, también paradójicamente, creer en ella, tomar todo lo que pudiera ofrecerle.

—Yo no entendía nada, pero tuve que hacerlo. Estaba cansada todo el tiempo y recuerdo cosas de forma vaga, no muy clara. Imagino que las he ido bloqueando. Solo que fuimos al médico una vez

y luego… ya no dejé de ir. Mis padres sufrieron muchísimo. Jessica no se separaba de mí y yo solo sabía que estaba muy enferma, qué debía luchar y obedecer para mejorar. Pronto tuvieron que explicarme mi condición.

«Tenía leucemia linfocítica aguda, grave, pero de alguna manera no la peor. Aun así, no pude ir a la escuela por un tiempo, me daban clases particulares cuando estaba en condiciones de recibirlas porque el tratamiento me dejaba agotada, náuseas, dolores de cabeza. Ir a la escuela cuando podía era tan maravilloso como una tortura; ver a mis compañeros jugar, ir y venir, con cabello, pero… por otro lado, me daba la oportunidad de sentirme normal.

Así transcurrieron poco más de dos años, había momentos en los que pasaba días internada, algo se complicaba y luego de regreso a casa. Escuchaba a mis padres discutir, vi muchas veces a mi madre llorar y, sobre todo, notaba el miedo que sentían, cómo me veían. Cada día era como un milagro en sus vidas… Por eso son así. Lo lamento —susurró hablando con mayor claridad, pero llorosa aún. Max apretó esa mano que tenía de nuevo entrelazada.

—Lo sé, ahora lo entiendo.

—Cuando tuve más de trece, al fin logré darle la vuelta. Pero fue un camino que me cambió. De pronto ya no me sentía como los demás y no podía pensar igual. Ver el cielo cada mañana era insuperable, andar descalza con el césped bajo mis pies fue lo que me salvó miles de veces para no derrumbarme.

«Era pequeña, pero ya sabía que podía morir, lo entendí al poco tiempo de comenzar el tratamiento. Una niña, un año mayor, iba los mismos días que yo. Jugábamos, charlábamos, nos hacíamos pelucas de estambre y bromeábamos sobre quien vomitaba más. Conversaciones que para nadie tenían sentido para ella y para mí sí. Ella, Cathy, murió… murió y lloré mucho por mi amiga, pero también porque comprendí lo que podía ocurrirme.

Recuerdo no haber podido dormir durante noches enteras y terminar en cama de mi madre, angustiada. Aprendí que si no podía tener la certeza debía tomar todo de la vida, así, de un jalón y lo hice, por mucho tiempo lo hice. Mis padres se divorciaron. Vi cómo muchos se curaban, como muchos morían, como otros aprendían a vivir con el tiempo contado.

Después llegaron las migrañas. Mis papás se asustaron tanto como yo, me sometieron a muchos estudios y no encontraron nada, así que decidieron que era un efecto secundario de las quimioterapias, hay casos así, yo fui uno de ellos. Crecí y el tema seguía siendo importante para mí por lo que busqué ayudar un poco en aquel lugar donde me salvaron.

Mis chequeos cada año, a veces en menos, porque siempre debo estar atenta a cualquier cambio y me sentía en ciertos aspectos más cercana a esos niños, que al mundo en general. Ellos sabían los que era agradecer cada segundo aquí, pasar cada examen victorioso, ver a quienes quieres sufrir y rogar porque, si faltas, logren salir adelante, desprenderte de las cosas que sabes que no puedes controlar y dejarte ir.

Mientras estuve ahí, en una especie de labor social los fines de semana, leyéndoles cuentos en el área de oncología, organizando juegos, más niños murieron. Me enteraba de casos tristes, mujeres con hijos que terminaban dejándolos solos, maridos y esposas llorando cuando perdían a alguien que amaban, casos de esterilidad por los tratamientos pese a haberles dicho que no se habían visto afectados, en fin… —suspiró con lágrimas, jugando con los dedos de él, que no la soltaban.

—Yo entré a la universidad, conocí a David y… de nuevo algo en mí no iba bien. Fue otro golpe porque te confías hasta cierto punto, ¿sabes? Tratas que el pasado, el miedo, no te dominen, pero al final está ahí, como algo que es parte de ti.

«Los síntomas fueron similares, él estuvo a mi lado y supo lo que había vivido años atrás. Al final tenía anemia, y eso era delicado porque es un síntoma en estos casos, pero me cuidé, seguí todo al pie y logré revertirla también. Mi madre me rogó que dejara el área de oncología, ya no me estaba sentando bien y con ayuda de un psicólogo, logré seguir. Pero fue en ese momento que decidí no involucrar a nadie más en mi vida. He visto mucho sufrimiento como para saber que yo puedo evitarlo en alguien que tenía la opción de no sentirlo.»

Y lo encaró llorosa, los ojos de Max estaban enrojecidos, lucía pasmado, aturdido y conmocionado. Ané continuó:

—Entonces esa boda y… te conocí. Debí decirte todo esto antes, quizá hubiese cambiado las cosas y…

Max acercó una mano a sus labios y negó con firmeza.

—No lo habrías podido evitar. Nada hubiese sido distinto, estás en mí desde ese día, no fuiste culpable salvo de existir y ser alguien que me despertó al fin, *vita* —determinó. Una lágrima resbaló de sus ojos azules. Mariené la observó derramando más, acercó una mano y se la retiró temblorosa.

—¿Y si regresa? —lo interrogó agobiada. Max tomó su mano y la besó, despacio.

—¿Y si no?

—Mis probabilidades no son las de los demás.

—Estás aquí, estamos juntos. Nada está escrito y la vida es apenas estos segundos que pasan y apresamos. Eso quiero, eso me hiciste. —Tomó su rostro entre las manos y pegó su frente a la suya admirándola como nunca a nadie—. Solo vivamos, Mariené, hazlo a mi lado. Suceda lo que suceda yo asumo el riesgo. No temas… Eres lo que quiero.

La joven asintió al tiempo que lo besaba con fuerza.

—Lamento tardarme tanto en contarte esto —dijo al fin, perdida en sus ojos.

—Y yo que pasaras por algo así, muchísimo, pero me alegra al fin comprenderte por completo, *minha vida*. Te entiendo y gracias por ese «te amo», ya lo necesitaba —admitió medio bromeando. Ella sonrió al fin.

—Sé que lo sabías —se defendió.

—Sí, pero escucharlo de tu boca le da otro sentido, Mariené, otro completamente.

—No quiero que me trates diferente ahora que lo sabes —pidió alejándose un poco, agobiada—. Y si en algún momento no te sientes listo, lo entenderé.

—Fingiré no haber escuchado lo último, en cuanto a lo otro; cuidarte es algo que disfruto, pero mi imagen de ti cambió, ahora te amo más y te deseo mucho más, *la mia piccola* —aseguró pasando la nariz por su rostro, de forma delicada.

—El miedo sigue —admitió entre jadeos.

—Lo sé, pero no podemos permitir que nos diga qué hacer, ni cómo, ya no. Bésame, Ané, solo eso —exigió gruñendo. Ella obedeció con dulzura.

—Te amo, *il mio uomo.*

—*Per sempre, la mia donna.*

—Quiero irme a casa —pidió en medio de un beso, aun vulnerable, pero con ese brillo tan suyo. Se pusieron de pie, la pegó a su cuerpo y la miró intensamente.

—Aunque la vida se acabará en este momento, puedo asegurarte, Mariené Franco, que contigo pagó todas las deudas que tenía conmigo. Jamás lo dudes.

—Pensé que vivía al máximo, hasta que tú me hiciste vivir de verdad.

Capítulo 27

Ella se marchó el martes temprano, el tiempo que les restó juntos no lograron apartarse. Max se sentía como nunca unido a nadie y aunque sabía que había llegado el momento de contarle su parte, no quería agobiarla después de haber descargado lo que en su interior habitaba.

Escuchar cada palabra de su boca lo conmocionó como jamás imaginó que sucedería, pero logró, con ello, que el rompecabezas quedará al fin con todas las piezas puestas.

La amó más, mucho y descubrió que ya no quería de ella esos momentos fugaces, la quería cada mañana, cada día, cada anochecer. No había mucho más que pensar. Planearía todo y entonces, cuando hubiese logrado acomodarlo, daría ese paso que solo con ella se imaginaba dar. Ahora sabía que no lo rechazaría, lo sintió en esas miradas, en las palabras dichas durante las horas juntos. Llevaría unos meses si quería hacerlo de forma gradual, pero correcta. Para diciembre quizá lo conseguiría.



Junio, la titulación de Ané a la cual fue lleno de orgullo, dio paso a julio y este a su vez al siguiente mes y el otro. Viajes a la playa, encuentros sorpresa, atardeceres a caballo frente al mar de algún sitio. Risas y ella fluyendo como nunca imaginó verla.

Se abría más a él, estaba mucho más receptiva e incluso, en algún momento lo asombró con un álbum de su niñez en la sala de casa de sus padres en algunas de las comidas a las que llegaron a ir para que viera a Silvano. Marcia, al ver cómo le mostraba imágenes de aquella época tan dura, lagrimeó, pero pronto se sentó junto a ellos y les narró lo que recordaba. Eso los reconcilió definitivamente.

En una ocasión comieron con Damián que había ya bajado la guardia sin remedio pues la notaba bien, serena y aunque no estaba de acuerdo en que su hermoso rostro estuviera circulando por la web, comprendió que era asunto de ellos.

Conoció a Bárbara, su amiga, que casi le dio un síncope al verlo, pero que logró salir avante.

En otra ocasión fueron con David a una obra de teatro a la que la acompañó. La ayudaba cuando podía a terminar de decorar su apartamento, que a pesar de ser un pequeño desastre siempre se encontraba aseado y se sentía cálido.

No había planes aún, a Mariené le estaba yendo muy bien y estaba decidida a entrar a una maestría en la que su padre deseaba apoyarla a inicios del siguiente año. Aún no se decidía en cuál, pero estaba llena de proyectos, de metas, de sueños, sin embargo, le era notorio como ahora muchos de ellos iban de la mano con él.

En cuanto a Max, los negocios marchaban mejor que bien, el modelaje estaba en un punto álgido y también en esa época tuvo que viajar más de la cuenta, cosa que no le agradó, pero que debía cumplir pues los contratos estaban firmados.

A Jan le informó su decisión; planeaba alejarse de eso y necesitaba que lo supiera porque no firmaría nada más, su plan, era que Mariené terminara sus estudios y luego, si quería, podrían irse a vivir a L.A. frente a la playa como le había escuchado alguna vez decir que era su sueño.

Lo que hacía podría ser remoto sin problemas y él tendría más cercanía de sus negocios. Viajaría, pero no tanto si se asentaba dónde estaba uno de ellos. NY ni lo pensó puesto que, aunque tenía su vida, sabía que era muy ajetreada y necesitaban paz, ambos.

Su representante, tal como imaginó, no le hizo ni un poco de gracia, sin embargo, lo aceptó sin chistar, solo rogándole que fuese paulatino y que aceptara algunos que otros contratos de vez en cuando para no afectar la imagen de todos.



El teléfono sonó dentro de su bolso una mañana de sábado, jugaba con el lápiz, en el apartamento; ese texto estaba resultando aburridísimo, bostezaba cada tanto y sus ojos lagrimeaban por el sueño que le provocaba. Ya se había dado una ducha, comido algo que la energizara, pero nada y peor era saber que Max estaba en Japón. Sus horarios esa semana habían coincidido tan poco y eso cada día la tensaba más.

Esos meses, después de contarle sobre su enfermedad, se había sentido tan libre como nunca. Las risas, las conversaciones, el deseo, todo era parte de lo mismo y ese magnetismo no hacía más que crecer cada segundo.

Dos semanas atrás habían escapado a Cancún y tres días no bastaron, porque la realidad era que ya nada lo hacía. Jugaron en el mar, comieron en diferentes lugares, caminaron bajo el sol, hablaron sin cesar y se perdieron en medio de las sábanas de aquella casa que alquiló, más veces de las que ya podía recordar. Era tan fácil estar a su lado y dejarse atrapar por su mirada.

No reconoció el número, aun así, respondió después de varios timbrados.

—¿Sí?

—Ey, Mariené, soy Jan, ¿cómo va todo? Lou me pasó tu número.

Louis y ella desde la pasarela en NY habían intercambiado teléfonos y de pronto se mandaban videos graciosos, o chistes, a veces charlaban de cualquier tontera; ese chico era pura diversión y sentimentalismo.

—¡Ey! Bien, todo genial, ¿y tú? —respondió en inglés, intrigada de que le marcara, aunque en alguna video llamada con Lou lo veía y la saludaba sonriente. Le caía bien, aunque era algo serio. Pero no podía criticarlo, Milian era igual.

—De maravilla, querida, perdón si te interrumpo, pero pronto será el cumpleaños de Max y

estamos organizando una fiesta sorpresa en mi casa, obviamente tú serías parte del regalo, ¿qué dices? Es el segundo fin de semana de octubre, ¿puedes? Por los gastos no te preocupes, yo pago el avión —explicó con voz entusiasta.

Sí, pronto cumpliría y aun no se podían poner de acuerdo para su celebración. Ella pensaba en una cena con su padre y luego algo divertido en el apartamento. Pero eso sería el siguiente fin de semana, pues tenía una sesión que acabaría tarde el sábado y el lunes viajaba a Singapur. Por lo mismo, Max le prometió ser suyo completamente el siguiente fin y la semana. Solo quería estar a su lado y de ahí en fuera le daba lo mismo, así que Ané ya maquinaba el plan con cuidado. Después de todo aún era la última semana de septiembre y tenía tiempo.

—No puedo aceptar que lo pagues, Jan, cómo crees. Y claro que ahí estaré.

—Si no lo aceptas enojaré, Mariené, y Lou también. No pasa nada, anda. Llegas el sábado al anochecer, mandaría a alguien por ti al aeropuerto y te llevarán directo al lugar. Así no tendrás tanto problema con tu trabajo. El regreso tú decides, imagino que querrás agotar el tiempo aquí. Max tendrá una sesión muy importante que no pudimos cambiar, pero el domingo estará libre, aunque el lunes viaje y seguro se alegra mucho de que estés aquí justo cuando en su día —murmuró con tono juguetón.

La joven suspiró sintiéndose incómoda con aquello. Una cosa era que Milian llegara con los boletos siempre y sin opción a quejas y otra, eso. Pero era una fiesta sorpresa y el primer cumpleaños juntos, debía estar ahí.

—Dios, está bien. Pero con la condición de que lo pagaré después.

—No, jovencita, eso ni lo discutiré. Tú solo llega a tiempo. Te mando en la semana el itinerario y no le menciones nada, recuerda que es sorpresa y no lo sospecha.

—Gracias, Jan.

—A ti, preciosa. Cuídate.

Colgó entusiasmada. Qué se pondría, pensó banalmente torciendo los labios. Miró un segundo ese aburrido texto y decidió por primera vez ir de compras para la ocasión. Quería apantallarlo y sabía quién le ayudaría.

Jessica se mostró feliz y excitada, primero porque la buscara, la veía cada mes en su lugar favorito, pero no hablaban tanto, aunque la notaba feliz. Ya le había contado que se sinceró con él, confesión que le sacó algunas lágrimas, y su madre, lo mucho que le enterneció verlos aquel día pasando las imágenes de ese álbum que celosamente guardaba.

Se amaban, eso era claro para todos y asombrosamente estaban logrando salir airosos de la resistencia de Mariené, de la vida de Maximiliano. Su hermana florecía, se le percibía libre, soltando aquello que siempre la detenía para ir hasta donde solo ella podía. Iba y venía, no cesaba, visitaba con frecuencia a Marcia, continuaba con su vida normal, ni se inmutaba por las fotografías que salían de ella en la red porque simplemente las ignoraba y cuando él aparecía, se perdía en ese mundo que ambos habían creado. Su hermana merecía eso y ese hombre había logrado lo que nunca nadie; arrancarla de ese sitio en el que se recluyó por miedo.



No mencionar el festejo le costó un montón. Max se escuchaba a veces distante, los horarios extraños que manejaban no ayudaban, cuando Mariené iba a dormir él apenas despertaba, lucía cansado y algo molesto. Pero era complicado ponerse a hablar de cosas profundas por video llamada.

—¿Milian, pasa algo? —quiso saber mientras hablaban por *facetime*, ella recargada en su cama, él con Glu en el regazo. El día anterior había llegado de ese largo viaje.

El hombre la contempló negando, arrugando el entrecejo. Poder perderse en sus ojos a la distancia, en sus palabras, ya era una jodida tortura. Esa maldita semana apenas si tuvo un tiempo libre, se sentía atrapado, cosa que jamás pensó. Los contratos estaban desbordados y le robaba horas al tiempo para poder a veces tan solo mandarle un maldito mensaje.

Sí, sí pasaban un sinfín de cosas, pero ninguna que ella pudiese cambiar, si no él, de las que definitivamente ya se estaba ocupando. Necesitaba tenerla a su lado. Ané lucía expectante la mayor parte del tiempo, sobre todo esos días que estuvo tan poco comunicado en Japón y odiaba el simple hecho de que se sintiera insegura en cuanto a él.

—Te necesito, *vita*, ¿qué más puede ser? —respondió sonriendo de esa manera sensual mientras Glu ronroneaba al ser acariciado por su dueño. La joven sintió esa corriente que solo Max generaba, recorrerla e inundarla. Cerró los ojos, humedeciéndose los labios, unos días y podría perderse en sus besos, solo dos, se recordó.

—Yo a ti… Es solo que te he notado distante, pensé que algo ocurría —soltó sin pretender quedarse con nada, eso era lo más sano. Decir lo que pensaba era una manía suya de toda la vida, pero hablar de su sentir no. Así que ahí estaba, aprendiendo. Max se irguió, serio.

—Muchas cosas, la principal; este jodido aparato que no me permite tocarte, olerte… —gruñó decidido. Mariené sonrió con dulzura. Él era una mezcla única; masculino hasta lo indescifrable, sensual hasta el infierno, pero con ella tierno como nadie. Cualquiera podría amedrentarse ante su potencia, pero Mariené ya no, al contrario, la devastaba y atraía muchísimo con cada segundo compartido.

—Es lo que hay, pero pronto estarás aquí. Te tengo algunas sorpresas —dijo con picardía, entusiasmada. El hombre abrió de par en par los ojos ante su tono.

—¿Habrá algún adelanto? Mira que falta demasiado, *piccola* —se quejó sin soltar sus ojos. La joven permitió que la apresara en su mirada de esa manera que solo él tenía.

—Nop, si no ya no serán sorpresas —dictaminó después de un rato.

—¿Cómo pretendes que pase otra maldita semana sin ti, ahora sabiendo esto? Las duchas heladas ya no me están funcionando, *minha vida*, ¿lo sabías?

—Sí, lo sé —admitió despacio. Max se congeló, cada vez iba más allá con ella. Arrugó la frente comprendiendo el sentido de sus palabras: Ané también lo pasaba difícil en ese sentido. De pronto le urgió sentirla más, ir más allá.

—¿Dónde desearías ahora mismo mi boca, *piccola*?

La pregunta la tomó desprevenida, aunque a veces buscaba jugar de esa manera, y lo esquivaba, pero ese día no ya no pudo; algo dentro de ella estaba creciendo de forma desmesurada, la ansiedad por tenerlo cerca ya la estaba consumiendo. Así que señaló su cuello ladeándolo de forma suave, entreabriendo los labios, expectante, nerviosa.

Maximiliano, del otro lado, respiró con fuerza, nunca se lo había permitido… Sintió la sangre bombear por todo su cuerpo.

—Pasa tu mano por donde deseas que mi boca te pruebe —comenzó con voz ronca. Y lo hizo, de manera sugerente, despacio, cuidadosa, pero sin dejar de verlo. Burbujeaba por dentro, nunca se imaginó haciendo algo así, pero ya no podía pasar una noche más sin sentirlo. Y ahora sabía que por Max haría eso y mucho más.

Verla tocarse, llegar al orgasmo con su mano dirigida por él fue mucho más de lo que fantaseó en algún momento, pasó saliva consciente de que la ducha tendría que llevar hielos enormes para arreglar ese deseo que como fuego lo quemaba. Apretó sus puños y se juró que eso no volvería a pasar, él estaría ahí para acallar sus jadeos, esos que lograba arrancar cada vez que se adentraba en su ser. Odió más aún la distancia, cuando se vieran en unos días debían hablar, ya lo necesitaban.

—Te amo, lo sabes, ¿verdad, *vita*? —logró decir al notar su vulnerabilidad después de ese orgasmo que él había promovido. La percibía desconcertada y le dolió aquello. Quizá podrían acostumbrarse, quizá no era para tanto, pero definitivamente no era lo que quería, no para ellos. Sus miedos ya no lo sometían, era quien debía ser y sería lo que ella necesitaba, el momento ya había llegado.



Después de haberse quedado dormida con algunas lágrimas resbalando y es que ya no podía ocultar la enorme impotencia de no tenerlo cerca, se duchó sin muchas ganas, debía acabar una lectura que por lo menos esa vez estaba divertida e iría a comer con David.

Durante la mañana se sintió desganada, cansada en realidad. No había dormido bien, además sentía como si pudiese quedarse en cama por días y días. No le gustó esa sensación, aunque la ignoró y luchó contra ella hasta la hora que acordó con su amigo.

En el restaurante pidió camarones a la plancha, como tanto le gustaban, pero cuando llegaron a la mesa unas náuseas terribles aparecieron, apenas sí logró llegar al baño. Molesta se limpió el rostro, atenta a su reflejo en el espejo.

Eso podría ser un aviso de migraña, pero no lo sentía como solía, por otro lado… temió que estuviera ignorando algo más. El maldito miedo regresó de esa manera en la que solo él sabía llegar. Negó respirando agitada. Salió unos minutos después, agobiada.

—¿Estás bien? —quiso saber su amigo, que no había ni probado su plato, aguardando. Miró de nuevo los camarones y no los resistió, se tapó la nariz.

—No sé qué me pasa, pero el olor me está dando náuseas de nuevo —admitió girándose un poco, bebiendo agua para aliviar la sensación.

—¿Estás enferma del estómago o viene una migraña? Te ves cansada —expuso haciendo a un lado su platillo, su amiga se lo agradeció con la mirada, aunque nerviosa.

—No sé, no me siento bien —aceptó fastidiada, perdiendo la atención en su vaso—. Iré mañana a que me hagan análisis —decidió. David pasó saliva estando de acuerdo, acercó una mano a la suya sonriéndole conciliador.

—Ya sabes que no necesariamente es algo malo, ¿cierto? —le recordó. Mariené sintió la garganta adolorida gracias a ese maldito nudo generado por el recuerdo del miedo.

—He comido bien, me cuido. Pero esto nunca se va, vive ahí… siempre ahí… Cuando logro olvidarlo algo hace que lo recuerde.

—¡Ey! Todo está bien. Te lo aseguro. Yo te acompaño y después me voy al campus.

—No te preocupes, como dices, debe ser algo más… O quizá solo un malestar, infección, yo que sé. Come, yo pediré otra cosa.

—¿Segura? Amas esos camarones.

—Pues ahorita no.

Y de solo verlos salió de nuevo directo al baño. David pidió su comida para llevar, decidió que ir al médico era lo mejor, aunque dijera lo contrario.



Ya en el auto ella se quejaba, le importó poco. La verdad era que nunca estaba al pendiente de algún malestar o si estaba más ojerosa, o pálida, o lo que fuera referente a su salud. Sabía que eso la alteraba, la desquiciaba en realidad.

Años atrás conoció su historia y comprendió que buscaba ser una chica como cualquier otra, aunque jamás lo logró, si era sincero; borrar esas huellas ondas que el cáncer le dejó no era cualquier cosa.

Lo cierto es que sí, en secreto era algo que tenía presente, aquella anemia la había desestabilizado tanto que se había metido a fondo a cuestiones de alimentación, de vida sana y aunque nunca hablaba de eso a todos los que sabían de su pasado cualquier cambio los preocupaba de forma silenciosa.

En esta ocasión no le agradó su semblante grisáceo y se repetía a sí mismo que lo mismo hubiese hecho por una de sus hermanas pese a siempre haber sido saludables, algo en el estómago podría ser delicado, o una bacteria.

—Tú no eres negligente. Solo vamos y listo. Te revisan, sales de dudas. Duermes porque, además, con la pura idea rondando en la cabeza no lo harás, lo sabes.

—OK, tú ganas. Vamos —refunfuñó. Sí, odiaba los hospitales, pero más la incertidumbre y lo que fuera, que fuera ya, decidió.

Llegaron a emergencias y pidieron que la revisara un médico de guardia. David la esperó afuera guiñándole un ojo cuando ingresó. La sentaron en una camilla, le tomaron la presión y comenzaron a interrogarla, pronto les dio sus antecedentes tal como se los pidieron, pero todo se detuvo cuando la doctora le preguntó el día de su última menstruación.

Era regular, sí, salvo en contadas ocasiones.

Sus pulmones se detuvieron. Pestañeando sacó su celular, abrió su calendario y quedó estática. La mujer la estudió con atención, ya comprendía lo que ahí ocurría con tan solo su semblante. Mariené le mostró la fecha sin dar crédito. Llevaba más una semana de retraso.

—¿Hay probabilidad de embarazo? —quiso saber la doctora. Ané, helada, la observó enmudecida.

—Si…empre nos hemos cuidado —afirmó sin moverse, con la boca seca.

—Y ningún método es infalible. Te haremos antes de nada una prueba, si sale positivo entonces podemos asumir la razón de tus malestares y saber qué sigue. ¿De acuerdo? De lo contrario, haremos otros estudios.

No pudo responderle, solo asintió aturdida. Le sacaron sangre con cuidado y le pidieron que esperara afuera. Al salir David se levantó preocupado, lucía ida, lejana, aturdida. Eso era muy raro en ella.

—¿Qué pasó? ¿Qué te dijeron? —deseó saber impaciente. Ané lo miró con los ojos bien abiertos y enseguida lo rodeó con fuerza. No tenía ni idea de qué sentir, pero de alguna manera sabía cuál sería el resultado, de repente no había más respuestas para su malestar.

—Debo… esperar, me hicieron unas pruebas —respondió soltándolo, confundida.

No quería pensarlo mucho, no por miedo a la reacción de Max pues si bien era consciente de que lo sorprendería, aún no olvidaba sus palabras aquel día en Nueva York. Si de algo estaba segura ahora era de él, paradójicamente.

Lo que la mantenía suspendida era la propia situación, la distancia, sus vidas lejanas y… ella; siempre dio por descartado eso, era lo mejor pues nadie le garantizaba que sí pudiese ser madre y, aunque no era lo que anhelaba en ese momento, siempre lo había añorado con miedo a que nunca sucediera.

Se limpió las palmas sudorosas en el pantalón, mientras David la estudiaba en silencio, no podía detener a su mente que iba de un lugar a otro. Pensaba en lo diferente que habría sido ese momento si Maximiliano viviera ahí; estarían quizá aguardando juntos los resultados, no sentiría quizá esa opresión, ese desasosiego, la angustia. Intentó mil veces poner la cabeza en blanco, más de una vez estuvo a punto de tocarse el vientre, pero lo eludía suspirando.

—No te ves bien, algo te dijeron —insistió su amigo, consciente de su tensión. Mariené le sonrió apenas, con aquellos enormes ojos bicolor, un tanto desenfocados.

—No sabré nada hasta dentro de unos minutos.

—Pero ¿una infección estomacal, una bacteria? Yo qué sé. Lo que sea —gruñó.

Mariené nerviosa le volvió a sonreír. Su celular vibró, lo ojeó y sintió que el mundo se abría bajo sus pies. Milian le preguntaba algo sobre el libro que leían, ya le había enviado un «buenos días» muy

sensual por audio que devolvió con una foto de ella mandándole un beso. No pudo responderle, no hasta estar segura de lo que pasaba, aunque ya lo sabía.

La enfermera la llamó en ese instante, se levantó bajo la mirada agobiada de David. Esperó de pie en el cubículo, abrazándose a sí misma, la doctora apareció con el papel en la mano, la miró y fue suficiente, se lo tendió y al leerlo todo, absolutamente todo cambió de dirección.

—Tienes seis semanas de embarazo —informó. Mariené la observó a ella y después al papel, de nuevo. Por instinto llevó la mano a su vientre bajo, asombrada. No estaba en sus planes, sin embargo, había sido posible. Sería madre.

—¿Está segura? —quiso saber temblorosa. La mujer le sonrió comprendiendo de inmediato que la noticia no era funesta en su caso, como ya le había tocado ver en muchos otros. Los ojos de la joven se anegaron.

—Debes visitar a un ginecólogo, ponerlo al tanto de tus antecedentes, si te sientes más segura ve a tu oncólogo. ¿Quieres que hagamos un chequeo? —propuso al notar como mantenía la mirada fija en su mano que acunaba su estómago plano.

Negó despacio, sonriendo, nerviosa.

—Lo haré después, muchas gracias.

—Cuídate, los achaques les dan más a unas que otras, pero no tardes en revisarte. Comienza ya con ácido fólico y estas vitaminas. ¿Sí?

Salió con la hoja aún abierta en la mano y la otra en su vientre. David se levantó de nuevo, desconcertado. Mariené corrió hasta a él y lo rodeó dejando salir las lágrimas en ese momento. Su amigo la arrastró hasta un sitio más íntimo, permitiendo que sacara lo que tenía, pero más angustiado que nunca en su vida.

—No me hagas esto. Dime qué sucede —rogó con el cabello rizado ya suelto, y sus ojos claros llenos de preocupación.

Se limpió las lágrimas sopesando si decirle o no. Max era el que merecía saberlo primero, pero tampoco era una noticia que podía darla por video llamada, o teléfono. Lo vería en unos días, entonces frente a frente se lo comunicaría, haría las citas correspondientes para la semana que estaría en la ciudad y así pudieran ir juntos.

Se sentía feliz, con un miedo enorme, ansiosa y confusa. Él vivía allá, un bebé en su vida ¿cabría? Tenía miles de dudas, una comía a la otra como si fuese un depredador a su víctima y sucesivamente.

—No aquí, vámonos, ¿sí?

En el estacionamiento subterráneo le dio el papel. Sí, definitivamente necesitaba contarle a alguien, no podría sola esos días con semejante noticia, pero dolió que no fuese él, aunque su parte racional lo entendía.

David lo leyó y abrió los ojos de par en par.

—Estoy igual. No lo puedo creer —admitió Mariené, despacio.

—Mar… Estás… —No lograba decirlo en voz alta. Ella sonrió con dulzura.

—Embarazada, David. Tendré un bebé —murmuró y sus ojos se anegaron de nuevo—. Creí que quizá no podría, no sé. No tenemos nada seguro, él vive allá, yo acá, está su carrera, mi maestría en enero. No tengo idea de qué ocurrirá, pero una parte de mí por años creyó o quiso creer que yo no podría… y ahora está en mí, adentro, creciendo. Y lo amo, solo por eso —admitió llorando otra

vez rebosando de alegría e incredulidad.

Su amigo la abrazó de nuevo, asombrado. Aún no lograba asimilarlo, pero tal parecía que ella, pese a toda la incertidumbre, ya lo había hecho y de Maximiliano, aunque no lo conocía bien, casi podía asegurar que sería lo que ella necesitaría, incluso que se alegraría.

—Serás la mejor mamá, Mar, estoy seguro de eso —dijo frotando su delgada espalda, en *shock* aún. La joven se alejó y se encogió de hombros, suspirando con fuerza, sonriendo a la vez.

—Quiero ir a mi casa, ¿me llevas? —pidió con suavidad. Asintió justo cuando una llamada entraba en el celular de Mariené. Era él, notó al ver su semblante tenso.

—¿Cuándo le dirás?

—En cuanto lo vea. Recuerda que voy a su fiesta sorpresa, quizá esa noche si se da la oportunidad o el domingo.

—¿Cómo crees que lo tome?

—No estoy muy segura, pero siento —y aferró esa pluma que él le había regalado meses atrás y que nunca se quitaba—, que estaremos bien.

Su teléfono sonó, no podía responderle. En cambio, le mandó un mensaje. Necesitaba unos minutos para procesar lo que ocurría.

Maximiliano la leyó frunciendo el ceño. Una carita feliz y un: «Te marco en media hora». No era ya lo común. Aún pensaba en lo ocurrido la noche anterior y por muchas vueltas que le daba le seguía irritando recordar lo ocurrido, no por el hecho, si no por la razón, aunque por la mañana su carita lucía hinchada, sonreía.



Ané entró a su apartamento en medio de una ensoñación extraña. Leyó el papel una y otra vez. Sonrió y se acurrucó un momento con la mano en su estómago, mirando por la ventana.

—Me hace feliz saberte en mí —declaró con dulzura.

Debía marcarle, pero aún no sabía cómo lo vería a los ojos y podría ocultar algo tan importante, trascendental. Lo cierto es que no sería justo decírselo así si podía aguardar unos días. Reunió el valor y tecleó su número. Enseguida respondió apareciendo por la pantalla del celular, así, hermosamente masculino como solo él era.

—Hola, *vita* —murmuró estudiándola, atento.

Ané estaba recostada sobre su cama, lo observó silenciosa y enseguida sintió ganas de llorar, no lo hizo, pero no pudo contener un par de lágrimas.

—Te amo, *il mio uomo* —logró decir invadida por las emociones.

El hombre casi ruge ante sus palabras, ante ese par de lágrimas que resbalaban por sus mejillas. ¿Qué mierdas estaba pasando entre ellos? Algo incontenible los estaba envolviendo.

—No lo hagas, *minha vida*, no cuando estoy tan lejos —rogó agobiado—. ¿Por qué lloras? —quiso saber con impotencia, pasándose una mano por el cabello aún sin fijador. Mariené se mordió el labio y pasó un dedo por el rostro en su pantalla.

—Estoy sensible, no es nada. Es solo que… ya quiero verte —admitió con esa voz dulce que lo aniquilaba. Max asintió algo descompuesto. Percibía que algo omitía, pero quizá también era su ansiedad, esa que lo estaba acribillando y que le pondría fin en cuanto se vieran.



Los siguientes días decidió adoptar una actitud más optimista y relajada, realizó las citas correspondientes, tomó sus vitaminas y luchó contra el sueño. En semana y media él estaría ahí, ya enterado del nuevo ser que crecía en su vientre, lo conocerían juntos y casi sentía ganas de dar brinquitos por la emoción. Nunca se vio como madre, pero en ese instante ya no lo podía quitar de su mente.

Se sentía cansada, las náuseas ya no aparecieron salvo en otra ocasión que olió un restaurante donde vendían donas, lo bueno fue que nunca le habían gustado demasiado y pudo esquivar el expulsar todo de su sistema sin problemas.

Se encontraba en realidad exultante, le hablaba a su bebé cuando estaba a solas y en días ya lo había convertido en parte de su vida. No quería pensar en el futuro, o cómo harían las cosas, solo deseaba en ese momento vivir lo que ocurría. Ya cuando lo hablaran entonces se ocuparía de ese tema. Sonreía, trabajaba y ansiaba verlo ya.

Max, por su parte, se tranquilizó ante la actitud serena de Ané, aunque sí estaba contenido, quizá un poco irritado por la lejanía. Cada día era más complicado. Esa semana que la viera la estaba aguardando con ganas, ya tenía en la caja fuerte el objeto que sellaría su futuro y que rogaba le aceptara. Mariené, de alguna manera, lo había curado, lo había sacado a la vida y ahora estaba dispuesto a vivirla completa y absolutamente.

PARTE TRES

Il mio uomo



Capítulo 28

Por la mañana le había mandado a Milian un video sosteniendo un pequeño pastel y un sombrero de fiesta sobre la cabeza. Rieron mientras ella le aseguraba que el relleno estaba buenísimo, saboreándolo de forma dramática. Apenas si pudieron hablar porque él debía irse a la sesión, pero Ané sabía que la sorpresa y sus locuras, le habían arrancado varias sonrisas por lo que colgó satisfecha.

El viaje a Nueva York fue placentero y cargado de esa ansiedad que produce la antelación. Todos en casa sabían del festejo y cómo fue invitada, no había logrado ser discreta con su familia.

Al llegar se mudó de ropa en el baño del aeropuerto, había alisado su cabello y se maquilló un poco. Se sentía bien con aquel vestido corto que Jess le ayudó a elegir; audaz y dulce a la vez. Al salir un chofer en un auto último modelo la esperaba, tal como prometió Jan.

El hombre le ofreció caramelos, bebidas, una botella de agua. Ya era de noche, la fiesta había empezado. Lamentablemente no hubo manera de salir más temprano pues los vuelos resultaron llenos.

Al llegar a aquella gran casa llena de recovecos y de colores vivos en contraste con oscuros, se sintió extraña, pero nada importaba si al final estaría a su lado. Gracias a él había aprendido a aferrarse a lo que realmente la hacía sentir más viva que cualquier otra cosa en el mundo: su amor.

El bullicio era notorio, muchísimas personas se encontraban ahí, tantas que costó un poco abrirse paso, para su alivio Jan la interceptó a tan solos unos pasos del recibidor. La saludó tenso, como si se sintiera nervioso de pronto. Ané tenía las palmas húmedas; le urgía verlo, besarlo, escucharlo y sentirlo por toda su piel, darle la noticia que había estado callando.

—Dios, ¡es un festejo grande!

—Lo es, y tú te luces preciosa, Me alegra que todo saliera a tiempo, ¿quieres algo de tomar? —preguntó cortés. Ella declinó, aún tenía la botella que tomó del auto.

—Es una gran casa.

—A tu disposición. Pero pasa, Max debe estar en la parte trasera, hay un pequeño jardín, seguro lo encuentras. Ahora te alcanzo —expresó un atareado, estaban llegando demasiados invitados.

—Tranquilo, yo lo busco. Nos vemos por ahí.

La detuvo sonriendo, agobiado.

—Gracias por venir. Disfruta la noche, Mariené —pidió más relajado. Le guiñó un ojo en respuesta y avanzó tomando pequeños sorbos de su agua, Dios, se sentía tan nerviosa, expectante.

Tenía calor, bastante, notó pese a que afuera estaba fresco ahí no. Anduvo por el lugar observando a las personas reír, bailar, tomar y coquetear. El glamour se podía incluso oler. La casa era bellísima, enorme. Dio al fin con un patio trasero unos minutos después. Tomó aire.

La entrada era una gran ventana por uno de los pasillos, distinguió plantas, jardín, aunque a él por ningún lado. Suspiró alisándose el vestido, sonriendo por la antelación. Se acercó y cuando iba a abrir lo vio de perfil. Se detuvo con la manija en la mano. Maximiliano rodeaba de forma protectora

a una chica, o bueno, no cualquier chica, era la misma que había conocido en Alghero y de la que no lograba olvidar su nombre: Lenna.

Él acariciaba su mejilla susurrándole cosas muy cerca de su bello rostro, mientras la mujer lo miraba a los ojos, asintiendo. A pesar de la poca luz pudo presenciar todo con claridad. Ardió, quemó. Rodeó su vientre con los brazos, arrugando el ceño, confundida.

Partículas de cristal explotaron lentamente mostrándole algo que no comprendía, no de él. Un dolor agudo como una bola de púas se instauró en su garganta, respiró con dificultad, pestañeando, desconcertada.

¿Qué hacía Milian con ella? ¿Por qué la trataba así? ¿Qué estaba ocurriendo?

Dio un paso decidida a abrir esa maldita puerta y preguntarle, porque definitivamente no se iba a permitir pensar más allá, aunque lo hacía sin remedio. Él, su hombre, no soltaba a esa mujer, había mucha intimidad en esa escena.

Apretó los puños. Eso eran celos, comprendió desconcertada.

—Mariené —escuchó a sus espaldas sintiendo un frío congelante recorrer su columna vertebral. Respingó y giró aturdida, con el mundo tambaleándose. Era Jan. La miraba con aflicción. Eso la perturbó aún más. Abrió y cerró las palmas varias veces. Mordiéndose el labio, buscando valor para salir y hablar con claridad. Eso debía tener una explicación, aunque no sabía cuál. Estaban tan cerca uno del otro.

—Yo… —logró decir, descompuesta.

—Ven, estás pálida, así no debe verte —decidió el hombre y la tomó de la mano sacándola del bullicio mientras su cabeza buscaba acomodar la confusión.

Sí, tenía ganas de llorar, pero más de ir a donde él y enfrentar lo que fuera. Dios, ¿por qué la rodeaba así? No, no, debía calmarse, buscarlo, averiguar. Comprendió aún sumergida en esa marea de molestia y celos que no le permitían pensar con claridad.

Llegaron a la planta alta, Jan abrió una puerta y entraron. Ella negó una vez dentro. Sin embargo, la expresión de él la confundió más, porque de alguna manera ratificaba lo que no deseaba que fuese real.

—No sabía que estaba con Lenna. Lo lamento —murmuró pasándose la mano por el rostro, apenado.

Mariené frunció el ceño, aquello no tenía sentido. Podría dudar, sí, pero no después de lo que habían vivido, de cómo la tocaba, la miraba, la amaba. Ella se había abierto por completo y estaba segura de que no se había equivocado, Max lo valía. ¿No?

Decidió salir a buscarlo, pero sus extremidades se sintieron laxas al intentarlo. Se sentó en la orilla de la cama, sudorosa, con un repentino entumecimiento.

—Iré a hablar con él. Es… solo su amiga —decidió con voz pastosa, transpirando como si estuviera en la playa, en pleno verano. Jan le abrió la botella que llevaba entre las manos, hincándose frente a ella, la alentó a terminarla. Lo hizo porque sentía los labios tan secos como en un desierto, la lengua extraña.

—¿Lo conoces? ¿Estás segura? Eres una mujer inteligente, lo sé. Mariené. Maximiliano no es buena persona y ya es momento de que alguien te abra los ojos: juega con ustedes, con varias. Es un hombre hábil, sabe cómo hacerlo y por lo mismo estoy seguro de que nunca te habló de la mujer que lo habría hecho padre, de como él fue responsable de su muerte —soltó irguiéndose al notar

cómo sus ojos comenzaban a bailar y se cerraban.

Mariené se aferró al acolchado, aturdida. Algo no iba bien, nada bien en realidad, pero esas palabras lograron que no cediera enseguida. Se tensó observándolo. No, eso no era cierto, nada lo era. Ella lo amaba, él a ella. No podía ser todo un juego, no él, no así.

—¿De qué hablas? ¿Por qué haces… esto? Voy con él —determinó. No pudo levantarse. Se asustó al notar cómo el semblante de aquel hombre cambiaba, ahora parecía odiarla con esos ojos grises clavados burlescos en su cuerpo trémulo. Se sintió absurdamente vulnerable, como hacía años no.

¡Debía salir de ahí!

—No lo podrá negar porque no miento. Maximiliano es responsable de la muerte de una mujer y del bebé que crecía dentro de ella. Él no es lo que piensas.

La joven ya no lograba sentir ni una parte de su cuerpo, un mareo atroz la envolvió. Debía marcharse, pero no llegaría ni a la puerta. Gimió. Se pasó una mano por la frente sin poder quitarse de la cabeza la imagen de él abrazando a aquella mujer, las palabras maquiavélicas de Jan, el bebé que llevaba en su vientre.

—Dios, no me siento bien, ¿qué me diste? —solo pudo decir adivinando lo que ahí ocurría.



Abrió los ojos sintiendo la piel húmeda, no lograba conectar la mente con su cuerpo, pero sentía sobre si un peso. Logró ver cómo un hombre que recordaba de algún sitio la besaba en el cuello. Intentó hacerlo a un lado, pero la bruma en la que se encontraba inmersa se lo evitaba. Él la tocaba, cerró los ojos ante lo discorde de lo que sentía. De nuevo volvía en sí y unos labios extraños la besaban. Lloriqueó buscando alejarse, pero esas manos fuertes la sometían clavándole la lengua sin preguntar, ignorando su oposición. No entendía nada y el vacío de nuevo la absorbió.



Despertó con un dolor espantoso de cabeza, no era migraña, sino como el que da no haber tomado agua por mucho tiempo. Gimió moviéndose. Apenas podía distinguir lo que la rodeaba debido a la luz tenue. Alzó el rostro y enseguida notó que estaba desnuda. Abrió los ojos de par en par, irguiéndose. Se sentó sobre el colchón con el corazón martilleando como demente, se cubrió el pecho con las manos temblorosas.

En medio de aquellas inmaculadas sábanas blancas, dos hombres, desnudos. Jadeó cubriéndose la boca, ahogando un grito de horror, evocando aquellas sensaciones paralizantes. Respirar no fue sencillo, tenía los pulmones comprimidos, tensos, así como sus músculos, la boca seca, la piel pegajosa.

No, eso no.

—El despecho es un arma letal —escuchó de repente. Volteó temblando como una hoja y, en una silla, sentado de forma casual estaba Jan, observándola, serio, satisfecho.

—¿Qué… qué es esto? —lloriqueó buscando algo con que cubrirse, horrorizada, asqueada. Las arcadas llegaron a su garganta de forma abrupta.

—El baño está ahí y tus cosas también. Vístete —ordenó el hombre con tono rabioso.

Mariené, más asustada que nunca, corrió hasta ahí, aseguró la puerta después del segundo intento pues sus manos no daban una y vomitó una y otra vez. Cuando no hubo más lloró con fuerza aferrada al inodoro.

¿Qué era todo eso?

Minutos después y con el terror de que ese tipo entrase, se levantó. El frío piso estaba en sintonía con su ser. Ese baño elegante parecía burlarse de su estado deplorable, de la devastación interna que experimentaba.

Se lavó el rostro, temblando, sus ojeras eran pronunciadas, su maquillaje estaba completamente corrido. Llorando, sintiéndose sucia, pero sin atreverse a usar la ducha, notó que su bolso estaba ahí. Sacó lo que pudo, se lo puso con urgencia. Necesitaba irse. Era lo único que pensaba con claridad. Debía salir de ese maldito lugar, alejarse de ese maldito loco.

Al abrir Jan la tomó por el brazo con fuerza y cubrió su boca. Buscó con desesperación quitárselo de encima. Sin esfuerzo, debido a su tamaño, la sacó al pasillo, silencioso ordenándole que no hablara al tiempo que la soltaba. Mariené lo miraba sin pestañear, odiando por primera vez en su vida a alguien, notando cómo la sensación carcomía y crecía. Lo cierto era que el miedo se encontraba atascado en la garganta. Aun así, forcejeó hasta que la soltó al fin. Se sentía en medio de una pesadilla y debía alejarse.

Segundos atrás, al salir del baño, había reconocido a uno de ellos pues ya estaba despierto y le guiñaba un ojo, comiéndosela con la mirada. Era el tipo que conoció en la pasarela, ese que la miró de forma lasciva. Dorian.

—¿Por qué todo esto? —quiso saber al borde del colapso, rota, por primera vez verdaderamente rota. Eso no podía estarle ocurriendo.

Abrió otra puerta y entraron. Ese parecía ser su estudio, aunque no pudo fijarse en los detalles.

—Quiero irme —exigió rabiosa, con los ojos desbordando lágrimas.

—Te irás, para siempre, querida —aseguró—. Escucha, Maximiliano Ratazzi es un negocio de muchísimos millones, creí que al verlo con ella saldrías de aquí haciendo una escena y, de esa manera, no continuarías metiéndole ideas para alejarse de esto que es su jodido mundo, por el que tanto hemos trabajado y sacrificado. Pero veo que eres estúpida y lo suficientemente idiota para perdonarlo. Así que como nunca dejo nada al azar…

Le mostró un video en el celular donde ella estaba con esos hombres horas atrás, la besaban, y la tocaban, y gemían.

Su respiración se ralentizó a un punto peligroso. Abrió de par en par los ojos sin poder creer lo que veía, lo que ocurría. La habían…

Negó alejándose, aterrorizada, conmocionada. Con una mano en la boca negando.

—Sí, ahí estás tú y sí, todo el mundo lo sabrá. Sabes que puedo destruirte en un segundo. Así que terminarás con él, harás que te olvide y esta vergonzosa grabación se quedará guardada, ¿entiendes?

Mariené trastabilló de nuevo alejándose, asombrada por esa monstruosidad, por lo que había ocurrido, sintiéndose sucia hasta en el alma. Buscó marcharse, la detuvo con fuerza.

—Estás demente. Suéltame —ordenó entre sollozos. No lo hizo, la tenía justo donde la quería. Se acercó a su oído sonriente.

—Si se entera de esto, desearás jamás haberme desafiado, niña. Te lo aseguro. Así que dejemos las cosas claras: me importa una mierda cómo hagas, pero acaba con esto y así tú y yo jamás volveremos a cruzarnos —sentenció. Mariené le dio una bofetada, asqueada y colérica.

—Eres basura, tú mundo es basura —bramó con odio. Jan, irritado, la tomó por la barbilla con fuerza.

—No más que él, que ahora mismo debe estar amaneciendo con otra en su cama. Ahora, adiós, Mariené, el chofer te espera.

Y le abrió la puerta. No dudó y con sus cosas colgando en un hombro, corrió para salir de ese asqueroso lugar.

El aire frío de octubre la golpeó en el rostro, apenas si llevaba puesta una blusita y *jeans*, amanecía, pero le importó poco, se alejó de ahí ignorando al hombre que le abría la puerta, horrorizada.

No podía ser real, nada de lo que había vivido las últimas horas podría haber sido real. No tenía idea de a dónde ir, aun así, no se detuvo. Chilló de forma ahogada, no podía borrar las imágenes de su cabeza y no entendía nada, no entendía por qué él la había lastimado así, por qué ese hombre había llegado tan lejos para alejarla, por qué todo su mundo se venía abajo, así, porque sí. Intentaba acomodar algo de esa atrocidad, pero le era imposible.

Dio a una avenida y detuvo a un taxi. Entre sollozos le pidió que la llevara al aeropuerto. El alma hecha pedazos, el vacío que lo consumía todo, el engaño, la vejación. Todo se unía en un espiral de dolor y ahogo que no le daba tregua, solo desasosiego, desesperanza, dolor e ira, mucha ira.

Logró cambiar su vuelo en medio de miradas curiosas de las personas pues lucía desaliñada, aunque en realidad estaba destruida y no le importaba ocultarlo. Cerraba los ojos y las imágenes inconexas de esos asquerosos momentos la acribillaban.

Pasó la inspección ya sin derramar lágrimas, recluida en un sinsentir, sinpensar que la mantuvo a flote hasta que aterrizó en la Ciudad de México, mientras sus palmas sentían el dolor agudo de las uñas que mantuvo fuertemente encajadas.

En el aeropuerto no experimentó alivio, ni tranquilidad, las sensaciones continuaban ahí, como si estuviese aún en ese maldito lugar. Se miró en el espejo de uno de los sanitarios, apretando la quijada, tensa, rabiosa y con las pupilas dilatadas aún.

Decidida fue directo a un hospital; por muy choqueada que se encontrara, sabía lo que debía hacer. Relató en emergencias lo ocurrido y describió su estado, en tono neutro, casi ausente. La doctora en turno, aturdida e indignada, la examinó con cuidado notando cómo la paciente mantenía

la mirada puesta en el techo, extraviada en algún sitio.

No descartaron intercambio de fluidos en sus zonas íntimas. Le tomaron muestras de sangre y la hidrataron por un par de horas vía intravenosa en las que Mariené solo habló lo necesario. Lo único que tenía presente y evitaba que se desmoronara, era el bebé. La preocupación de que lo dañaran con eso que le dieron.

La doctora la buscó calmar; debía estar atenta a cualquier situación atípica, pero al no ser algo recurrente solo había de esperar que el cuerpo se restableciera, tomar mucho líquido. A todo asintió como un autómata, ida.

Se sentía entumida, aislada, ajena a todo. Le aconsejaron dar parte a las autoridades con el parte médico que le extendieron, aunque siendo extranjeros era complicadísimo que algo ocurriera, menos sin tener nombres, aun así, lo hizo, decidida, quizá en algún momento eso sería útil y le valía una mierda, habían puesto a su bebé en peligro, además de agredirla hasta un punto en el que no sabía cómo volvería a respirar sin recordar esos momentos de lucidez que la asqueaban.

Entró a su apartamento, casi anochecía, cerró tras de sí y entonces… se permitió volver a llorar sin detenerse. Gritó con la angustia atorada en medio de la garganta, con la impotencia impresa en cada nota que desgarraba sus cuerdas bucales. Golpeó el piso con los puños ahí, recargada en la puerta de ese lugar que ya no sentía seguro, que estaba lleno de él.

Quitó con rabia cualquier cosa que Maximiliano hubiese llevado, lo que hubiese tocado y al acabar, en medio de un absoluto desastre, se denudo y corrió a la ducha, con agua helada se frotó la piel rabiosa, cuando notó que se estaba lastimando se dejó caer sobre el mosaico y lloró de nuevo. ¿*Por qué*? Sollozó mientras el agua caía sobre su espalda fundiéndose con sus lágrimas. ¿*Por qué*?

Salió adormecida y exhausta, se puso una muda cómoda y se ovilló en su cama que ya no tenía ese acolchado que entre los dos habían elegido meses atrás. Aturdida, asustada, preocupada. La droga que le dieron había sido fuerte para alguien que nunca había tenido contacto con ellas, pero confiaban en que el bebé no hubiese estado tan expuesto.

Aferró su vientre con furia.

—Lo lamento, lo lamento tanto, bebé. Eres mi milagro, no me dejes —suplicó. Y volvió a llorar.

Su celular sonó, lo ignoró tanto como pudo hasta que lo silenció colérica al ver varias llamadas de él perdidas y mensajes.

Podía aún verlo de pie, rodeando a esa mujer, susurrándole algo tan cerca, con su vista fija en sus ojos. Y dolía, dolía muchísimo porque, aunque sabía que debía existir una explicación, en ese momento no podía pensar en nada con claridad, solo en su corazón expuesto, abierto y sangrando, en la humillante e hiriente situación que acababa de pasar, en ese mundo de mierda al que le temió y por ser él, decidió olvidar.

Las palabras de ese monstruo llegaron… ¿En serio había perdido ya a un hijo? ¿Era responsable de una muerte? Se cubrió el rostro con la almohada, sollozando. Qué más daba, ella estaba deshecha por dentro y ese era su mundo, no lo quería cerca.

No logró dormir, tampoco lo intentó, aunque sabía que debía. Recuerdos de esos meses juntos se entremezclaban con lo ocurrido, lastimándola aún más.

Aquel día que lo vio por primera vez, luego esa playa que le mostró lo escondida que había estado del mundo, lo mucho que aún le faltaba por conocer. Sus ojos, sus manos, esa voz y esa manera de estar a su lado… No tenía idea de qué hacer, cómo, solo que necesitaba encontrar de nuevo la fuerza para levantarse y continuar.

Lloraba y luego paraba, devolvió el estómago un par de veces y no pudo probar bocado pese a que se lo plantó enfrente. En la madrugada fue al baño, tanta agua en su sistema tenía sus efectos. Un pequeño sangrado la paralizó. Negó ya aterrada. ¡No, eso no! Temblando no supo qué hacer, trastabillando y gimiendo de terror, marcó con dedos temblorosos el teléfono, David nunca apagaba el celular.

—¿Mar? —respondió con voz pastosa. Las lágrimas retornaron.

—Perdón por la hora, pero… necesito que vengas por mí. Estoy teniendo un sangrado —logró decir agobiada, sudorosa. No sentía nada, ni un dolor, pero no quería ni pensar en conducir o llegar sola a aquel sitio.

Ya no podía más, simplemente no podía. David se despabiló enseguida.

—¿Dónde estás? —preguntó buscando con la mirada una camiseta.

—En mi apartamento.

—No te muevas, voy para allá. No te asustes. ¿Sí? —rogó y colgó.

Llegó veinte minutos después. Subió de dos en dos los escalones, Mariené abrió la puerta despacio. Al verla con el cabello revuelto, la boca seca, con esas profundas ojeras, pálida y abrazándose con genuina inseguridad a sí misma, arrugó la frente. Esa no era ni por asomo su amiga. ¿Qué mierdas había pasado? Desvió solo un poco la atención al interior de su apartamento; era un caos.

—¿Qué ocurre? —inquirió acercándose. La joven, temblando, acortó la distancia y lo abrazó buscando consuelo. La ira lo embargó, eso era resultado de Maximiliano, estaba seguro.

—No quiero perderlo… Lo quiero conmigo —comprendió que se refería al bebé. El motivo por el que estaba ahí. Cerró los ojos aspirando con fuerza. Más tarde sabría qué carajos había sucedido. Mariené lucía devastada y eso no era para nada normal en ella. Su amiga cerró la puerta despacio, metió las llaves en su bolso y él, sin preguntarle, la tomó en brazos, ella se aferró nerviosa, tensa.

—Si algo va mal, bajar las escaleras no es lo ideal —explicó cuando ella sujetó asustada a su camiseta, aguantando la respiración.

¿Qué estaba pasando? Se preguntó preocupado.

Condujo en medio de un silencio que le resultó tenebroso, más tratándose de su mejor amiga que era un libro abierto regularmente, sino parlanchina, si una máquina de ideas y de palabras sueltas, de buena conversación

Entraron al hospital y enseguida la ingresaron al área privada. Le importó un carajo si era grave, Marcia debía saberlo, así que le marcó. Minutos después en los que no supo nada de Mar, la mujer llegó junto a Silvano.

—¿Qué ocurrió? ¿Qué tiene? —quiso saber la madre, llorosa, nerviosa como siempre que se trataba de su hija y hospitales en un mismo enunciado. Por un segundo él se sintió culpable, pero sabía que eso era lo correcto.

—No quiero ser indiscreto, pero Mar no está bien. Me acaba de marcar, la traje, pero creo que es ella la que debe decirte, sin embargo, este es tu sitio, el de ambos, creo —admitió mirando por un segundo a Silvano que arrugó la frente, desconcertado.

La llamada los había despertado, en cuanto supo que se trataba de Mariené, los dos salieron apresurados de casa. Marcia no podía ni conducir, él temía que algo malo hubiese pasado, algo como

lo vivido hacía años.

Una mujer salió buscando algún familiar en ese momento. Marcia enseguida se acercó.

—Siendo su madre, entonces pase. La paciente podrá irse a casa, aunque deberá ser cuidadosa —informó. La mujer siguió a la enfermera, mientras Silvano quedaba aturdido.

—Está embarazada —conjeturó atónito, uniendo las palabras. David asintió lentamente, observándolo—. ¿Mi hijo está enterado? —necesitó saber con la vista fija en el lugar donde su mujer acababa de desaparecer.

—No lo sé. Algo fue mal allá. Su apartamento está literalmente destrozado y ella no está mejor —respondió preocupado. El hombre asintió perturbado, apretando los puños dentro de los bolsillos del pantalón. No debía inmiscuirse, pero resultaba complicado, sin embargo, debía esperar.



Marcia la siguió por el área de emergencias. Al ver a su hija recostada mortalmente pálida en esa camilla, sus piernas temblaron. Mariené hablaba con un médico, atenta. Se acercó cauta, al verla ahí, la joven abrió los ojos de par en par y enseguida se le empañaron. No lo esperaba, pero no pudo evitar sentir alivio, uno que solo puede dar un ser tan vital como su madre.

—Mamá —pudo decir. La mujer saludó al médico de forma cortés y besó la frente de su hija, preocupada.

—¿Qué pasa, Ané?

La joven lagrimeó un poco más, tenía su estómago descubierto y una máquina de ecografías al lado.

—Yo… estoy embarazada y…

No pudo seguir, el nudo en la garganta no se lo permitía.

—Mariené presentó un pequeño sangrado, pero el bebé está bien implantado, las medidas son las correctas —manifestó el hombre dejándola pasmada. Un segundo después, el que le llevó acomodar la noticia en su sistema, se llevó las manos a la boca y sus ojos derramaron lágrimas, sin soltar los ojos de su hija, asombrada.

—¿Embarazada? —repitió sorprendida. Mariené asintió—. No nos dieron muchas esperanzas —le recordó aferrando su mano fría, evocando aquellos años dolientes, las decisiones que tomaron en aras de salvarle la vida.

—Lo sé, pero lo estoy y no quiero perderlo —murmuró ojerosa.

—Reposo absoluto tres días. Luego deben ir a consulta. Haré el parte médico. Me parece que estás en medio de un cuadro de estrés, intenta tranquilizarte. Las dejaré solas y vengo para entregar instrucciones. ¿De acuerdo? —Ambas asintieron. Mariené luchaba contra ese sentimiento de vacío y dolor que la consumía, en ese momento solo importaba que su bebé estuviese bien y lo demás, debía esperar, porque si intentaba lidiar con todo a la vez enloquecería, lo sabía.

La vida le había enseñado ir paso a paso, en sus peores instantes eso hizo, debía hacerlo de nuevo porque todo lo que estaba pasando la consumía más que mucho de lo ya vivido, lo cierto es que estaba ahí, siendo algo que nunca pensó poder llegar a ser.

Sabía que sus óvulos eran pocos, que entraría a la menopausia probablemente antes de tiempo debido a la quimioterapia, incluso años atrás habían decidido congelar algunos por si llegaba a desear ser madre y ya no pudiera, aun así, no se garantizaba nada. Así que en medio de esa aterradora situación que la consumía, estaba él, su milagro y se aferraría con todo lo que tenía porque nunca pensó poder dejar algo suyo en este mundo, porque hasta que se enteró de que no podría con facilidad concebir supo que ese era un medio de trascender, de ser, de crecer y que para ella quizá sería negado pese al esfuerzo. Su vida, en ese momento, ya había valido otra y eso contaba más que cualquier cosa.

—Dime por qué estás aquí. ¿Max sabe? ¿Se lo dijiste en Nueva York? ¿Qué ocurrió? Te ves muy ojerosa, mi amor. ¿Qué pasa? ¿Puedes decirme? —suplicó.

Los labios de Mariené temblaron, no quería mentirle, pero su matrimonio peligraría ante una cosa de esas y no quería hacerle daño.

—Tuve una discusión con él. No quiero hablar de eso —dijo al fin.

—¿Sabe que estás embarazada? —quiso saber. Mariené negó mordiéndose el labio, protegiendo con ambas manos su vientre. El gesto no pasó desapercibido para su madre quien lagrimeó de nuevo, posó la mano sobre la suya—. Ay, mi niña. Todo estará bien, ya lo verás.

—No quisiera estar sola, ¿puedo irme a tu casa mientras esto pasa? —preguntó con voz suave, agotadísima, necesitando contención. Sola no lo lograría, eso lo sabía. Marcia se acercó y tomó su delgado rostro entre sus manos, seria.

—No debes siquiera pedirlo, mi amor. Estarán bien —aseguró. Mariené la abrazó con fuerza derramando más lágrimas silenciosas, no tenía idea de cómo, pero si ella lo decía le creía, porque siempre había sido así.



Llegaron a la casa, David la ayudó a subir bajo las miradas cargadas de intriga de Silvano y la preocupación de Marcia. Amanecía.

—¿Me dirás qué ocurrió, Mar? —preguntó al dejarla sobre la cama. Lucía… apagada, ausente. No, esa no era ella. La joven desvió su atención, llorosa, ya no quería lagrimear más pero no podía evitarlo.

—Debes ir a dar clases. Gracias por todo, estaré bien. No te preocupes.

—Eso lo sé. Pero te ves mal. Tu apartamento, no eres así. ¿Qué ocurrió allá? —inquirió en voz baja, por miedo a que alguien entrara y escuchara.

—No puedo hablar aún de eso, no puedo —admitió rompiéndose pues las imágenes aparecieron

enseguida, consumiéndola. David la observó agobiado, no la reconocía. Sin remedio aceptó, apenas si tenía tiempo para cambiarse e ir a la Universidad. Besó su frente y prometió volver más tarde.



Recostada, escuchó que la casa comenzaba a despertar. Las chicas que ayudaban ya estaban en la cocina como era común, los olores familiares se entremezclaron y los murmullos se hicieron presentes. Su celular vibró en el buró. Entumida lo tomó con cuidado, era él. El dolor agudo se encajó más en su pecho, la rabia, la confusión, miedo, todo. Apagó la pantalla, pronto se quedaría sin batería y le importaba poco. Lloró un poco más y de pronto el sueño la venció.

Esos labios adentrándose en los suyos, la sensación asquerosa de ser invadida sin permiso, la violencia con la que la sujetó para adentrarse aún más. Gritó aterrorizada, sudando, llorosa. Temblando comenzó a refregarse el cuerpo con las manos, no podía contenerse. ¿Cómo sacar eso de su sistema? ¡Cómo!

Marcia y Silvano entraron enseguida, asustados. La primera, al verla ida, haciéndose daño, corrió a frenarla. Sujetó sus manos a los costados con firmeza.

—Para, Ané, ¡para! ¡Eh! —habló con fuerza; su hija forcejeaba. Mariené la enfocó al fin, respirando como locomotora a toda velocidad. Su madre, al notarlo, tomó su rostro entre las manos, le quitó el cabello sudoroso que cruzaba por sus mejillas y la acercó a sus ojos—. Todo está bien, fue una pesadilla, mi amor. Tranquila —murmuró agobiada.

Algo estaba ocurriendo que no sabía, algo importante. La joven asintió abrazándola como quien se aferra a lo único que puede para sobrevivir. Alzó la mirada y se topó con los ojos de Silvano, tan potentes como los de él, ese hombre por el que respiraba. La observaba serio, apretando la quijada, descompuesto. No pudo seguir viéndolo y bajó sus párpados buscando respirar con regularidad. El bebé, el bebé la necesitaba serena, se recordó en medio de aquella locura.

Su madre la recostó con cuidado, acariciando su rostro. No lucía bien, nada bien, eso sin contar que parecía nerviosa. Se mordía la lengua con impotencia para no preguntar de nuevo.

—Ya te traerán el desayuno, mi amor. Trabajaré la mañana aquí por cualquier cosa. ¿Sí? —le dijo con dulzura. Mariené asintió agradecida. Tenía tanto sueño y tantas ganas de dejar de sentir, pero no quería ni cerrar los ojos—. Deseas hablar de lo que ocurre —preguntó cuándo escuchó que su marido salía de la habitación. Mariené negó despacio, acurrucándose—. No me gusta tu semblante…

—¿No estás molesta por lo del bebé? —preguntó de pronto, intrigada. Marcia sonrió suspirando, sentándose de nuevo a su lado.

—Eres adulta, aunque me cueste a veces admitirlo. Quizá en otras circunstancias, en otro momento, pero sé que te hace feliz, sé que siempre temiste no lograrlo, sé que yo nunca pensé que podría ser abuela de uno de tus hijos porque ya había obtenido mucho de la vida al no arrebatarte de mi lado, así que no veo por qué estarlo. Por ahora, lo importante es que estén bien, y… definas lo que harás. Yo te apoyaré, lo sabes, ¿cierto?

Un pequeño alivio experimentó al escucharla, no tenía idea de cómo lo tomaría y ahí estaba, relajada y tranquila con la noticia.

—Necesito que se aferre, que no me deje, mamá —susurró preocupada.

—Pasará lo que tenga que pasar, Ané. Solo eso. Lo sabes. —Y aunque tampoco deseaba que lo perdiera, no la alentaría sobre algo que no estaba en sus manos.

Ella asintió recordando cuando, a los doce años, la internaron en el hospital por una complicación. Marcia lloraba, Mariené tomó su mano con fuerza para que la mirara y le dijo justamente esas palabras. Ambas derramaron un par de lágrimas. Tanto había pasado como para caerse en ese momento. No, no lo haría. Sin embargo, no se sentía lista para enfrentarlo, no aún, a pesar de que estaba decidida a hacerlo.

Comió poco y permaneció sentada, pensativa, intentado fugarse como sabía hacer cuando niña y así el dolor no la tocara, no la atrapara. Lo que hubiese dado por poder poner los pies en el césped.

Ya entendía al fin por qué Maximiliano se resistió en Alghero, por qué solía hablar de esa manera que la confundía, también lo que ocultaba. No tenía idea de cómo ocurrió lo de esa mujer y su hijo, pero de repente estaba segura de que era real, los detalles unidos lo confirmaban. ¿Lo conocía de verdad? Sentía que no y eso la ahogaba tanto como todo lo demás.

Capítulo 29

Sus ojos ardían, pero se resistía a cerrarlos. De nuevo su celular vibró, con temor lo tomó. Maximiliano ya debía estar rumbo a Singapur, salía ese día temprano. No quería caer en los chantajes de ese hombre, pero tampoco confiaba en él, algo se sentía tan roto en su interior.

Lo cierto es que no era un mensaje suyo, no en ese momento pues ya tenía muchos acumulados. Sus dedos temblaron, era el número de Jan. Su corazón comenzó a galopar a un ritmo embravecido. No deseaba leerlo, pero temió no hacerlo. De alguna manera ese hombre la había doblegado y ahora no podía serle indiferente, la tenía sometida. Abrió con las náuseas atravesando su esófago y lo que vio la dejó estática.

Los videos que le tomaron. Tres, más una docena de fotografías espantosas. Botó el celular y corrió al baño. No debía devolver el estómago, no debía tener esos esfuerzos, pero le fue imposible retenerlo. Lloró aferrada al inodoro, gimiendo, hipeando, retorciéndose de la rabia e impotencia.

—¿Mar? —Era David. No podía moverse, lloraba meciéndose en el suelo. Lo sentía, sentía ese tacto, su saliva, su ser cerca del suyo. No, no lo resistía—. ¡Eh! ¿Qué haces ahí? —exclamó acercándose alarmado. Se ubicó frente a ella y alzó su rostro empapado.

—No puedo, no puedo con esto —susurró aferrándose el cabello.

El chico la incorporó con cuidado, la ayudó a lavarse el rostro y luego la cargó hasta la cama. La puerta se abrió justo en ese momento en el que ella lo aferraba desconsolada, buscando seguridad y él la depositaba sobre las colchas, rodeándola con impotencia al verla así.

—¿Qué carajos pasa aquí? —escucharon ambos.



Maximiliano sintió la rabia bullir como una avalancha de fuego. Mucho era aguantar las fotos de ellos dos y no decir nada, saberla con él a cada instante, pero lo que no podía acomodar era que Mariené simplemente hubiese desaparecido desde el sábado a mediodía. En medio de aquella angustia y jodida incertidumbre, su padre le habló justo cuando había decidido él hacerlo para saber si algo iba mal con ella y le dijo que debía viajar a la Ciudad de México. No logró sacarle nada salvo que Mariené lo necesitaba.

Los ácidos jugaron con su garganta, la quemaron, mientras encontraba vuelo y, una vez ahí, lograba llegar a esa casa con ese maldito tránsito que caracterizaba a la ciudad, enloquecería. Y verlos tan cerca al uno del otro solo logró encenderlo sin remedio. De por sí esos días ya habían sido una maldita tortura sin su presencia.

Mariené tembló retrocediendo enseguida, atónita, mientras David se erguía, colérico.

—No me vengas con esas mamadas después de cómo la tienes, pedazo de cabrón —rugió acercándose. Su amiga lo conocía y si bien no era agresivo, cuando algo lo colmaba no se media.

—¡David! —gritó Ané, agobiada. La miró un segundo.

—¿Tú quién mierdas te crees? Es mi mujer, estás encima de ella, y no ahorita, se podría decir que casi todo el tiempo —bramó furioso Maximiliano presa de la frustración e impotencia.

David, con el estrés al que había estado sometido, no aguantó un segundo más y le dio de lleno en la mandíbula. Mariené gritó horrorizada. Maximiliano que iba a devolvérsela giró al escucharla, y al reparar en su semblante se detuvo.

—¡Váyanse! —ordenó llorando, cubriéndose con la frazada, como protegiéndose de lo que acababa de presenciar. Lucía ojerosa, muchísimo, pálida. Esa no era ni por asomo su *piccola*.

—*Vita* —murmuró asustado, enfriándose y comprendiendo de pronto que algo iba mal, por eso su ausencia, la llamada de su padre, la cercanía de su amigo. Intentó dar un paso, pero su «¡No!» lo detuvo.

—Estaré afuera, Mar, lo lamento —se disculpó David, vencido, irritado, sin embargo, entendiendo que ese no era su lugar y que el problema era entre ellos. Mariené era como su hermana, una más y no soportaba verla de esa manera, sufriendo así.

Las miradas entre la pareja pudiesen haber durado años, pero tan solo duraron unos segundos en lo que ella se armó de valor sintiendo tanto de todo; coraje, amor, traición, dolor, pasión. Hipeó buscando trasmitirle con los ojos lo que sentía. Asombrosamente él lo recibió sin problemas.

—No te conozco —murmuró al fin con suavidad, sin moverse

El hombre arrugó la frente, agobiado. ¿Qué estaba ocurriendo?

Se acercó despacio y cuando quiso tocarla con el dorso de la mano, necesitando el contacto con su piel suave, ansiando entender por qué lucía así, por qué lo miraba de esa manera que no podía definir pero que dolía, ella se alejó sin dudarlo.

Bajó la mano sentándose en el colchón, notaba que el cualquier momento ella saldría corriendo, huyendo. La observó serio, preocupado.

—Me conoces más que nadie, nunca —susurró con voz cauta. Mariené negó permitiendo que un par de lágrimas resbalaran, lágrimas que al verlas rodar quemaron el pecho de Max.

—¿Cómo murió esa chica y tu bebé? —preguntó tomándolo por sorpresa. Su semblante cambió y se tornó vacío, su iris azul clavado con potencia en su ser, aturdido, descompuesto.

—¿Quién te lo dijo? —solo pudo articular recordando el dolor que lo acompañó por años y que solo ella logró que menguara hasta casi aprender a convivir con él sin que lo hiriera a cada paso.

La joven negó cubriéndose los labios, con la mirada vidriosa. Era cierto.

—¿Importa? —replicó con un nudo en la garganta—. Me abrí a ti, a pesar de mis miedos me abrí por completo. ¿Para qué? ¿De qué te servía si estás con alguien más? —cuestionó con tono ahogado. Maximiliano pestañeó sin comprender, perdido en su actitud, sus palabras, sus ojos.

—¿De qué hablas? Sabes que solo estoy contigo, ¿quién te dijo lo de… ellos? Explícame qué sucede, Mariené, porque en serio no entiendo nada y no me gusta cómo me miras, cómo te comportas.

—No me puedo arrepentir de ceder, no de haberte entregado tanto de mí, pero ahora entiendo por qué nunca debió ocurrir.

—¡Para esto! ¡Dime qué mierdas pasa! —exigió irguiéndose, descompuesto.

—¡Me hubiese gustado también saberlo todo de ti, que confiaras en mí, pero no fue así! Y ahora también lo entiendo…

—No entiendes nada porque me estás juzgando, no tienes idea de lo que pasó, de lo que viví, de lo sentí al verla colgada ahí, sin darme la maldita oportunidad de hacer algo frente a lo que ocurría —bramó ya desesperado, con los ojos enrojecidos.

Mariené dejó de respirar. ¿Colgada?

—Pues dímelo, ábrete a mí. Tuvo que venir alguien más a contármelo, a lastimarme, a cambiar todo lo que era por completo y no lo merecía. Quiero que te abras, que me demuestres que confías en mí, ahora —exigió llorosa, pero decidida, con unas ganas enormes de olvidarlo todo entre sus brazos; simplemente no podía, ya no.

Max se frotó el rostro, con el pulso discorde y una preocupación creciente por sus palabras. ¿Qué había pasado? Lo cierto es que en algo tenía razón, ella era la única persona con la que podría hablar de algo tan fuerte, que lo marcó y cambió por siempre.

Se levantó, suspirando, se recargó en un muro, a poca distancia mirando el techo. Dolía, pero no había marcha atrás.

—Era… era una modelo —comenzó posando la vista en sus ojos bicolor. Mariené aferró la frazada, temerosa, pero lista. Necesitaba saber y no iba a ocultar nada ella tampoco—. Nos conocimos cuando llegué a Nueva York. Tenía veintidós años, era algo… Era un imbécil que no lograba arrancarse parte del coraje por la muerte su madre, porque sí, viví con esa culpa más tiempo de lo que imaginas —admitió y la encaró. Ella lo observaba, su expresión demacrada lo rompió, pero sentía que no le permitiría acercarse aún—. Llegué y enseguida tuve una carga absurda de trabajo, fiestas, gente nueva, reuniones y con ello… alcohol… drogas —recordó despacio. Ané no cambió su gesto. Suspiró de nuevo—. Chiara tenía unos años más que yo, la conocí en una pasarela. Me sentía poderoso, enojado, una combinación patética y peligrosa. Ella era amiga de Lenna, quizá la recuerdes de Alghero. —La joven apretó más sus manos, pero no respondió—. No éramos nada, solo… ya sabes…

—Tenían sexo —completó Mariené, con voz plana. Asintió.

—No solo con… ella. Eso, bueno, pasa y… yo estaba deslumbrado. Un año después seguíamos en ello. No sentía nada, nunca he sentido nada por nadie hasta que… te conocí —admitió con simpleza, aunque con cierta culpa. La joven bajó la mirada. La perdía y lo peor era no saber por qué. Suspiró de nuevo—. Me drogaba… mucho, quizá debí internarme, tomaba bastante y el trabajo era una cosa de locos. Esa vida, esta, no es fácil, aunque por fuera luzca lustrosa por dentro hay mucha porquería y mezquindad. Hay que aprender a moverse en ella y, aun así, puede que no salgas limpio.

Eso ahora lo sabía de sobra, sintió de nuevo esa dolorosa opresión en el pecho, pero no habló. Él continuó.

—Una noche en una de las muchas fiestas, Chiara me… me dijo que me amaba, que no quería que estuviese con nadie más. Estaba tan drogado que al parecer me burlé de su confesión. Recuerdo fragmentos, verla llorar, rogándome, contándome sobre su vida y… lo mucho que me necesitaba, pero ¿yo qué podía hacer por ella? Era un remedo, patético.

Una lágrima resbaló sin contenerla, miró el techo de nuevo.

—No supe de Chiara al día siguiente, no le di importancia porque no se la daba a nada que no fuera el trabajo. Pero en la noche del siguiente día recordé que algo me había querido decir. Sobrio, cosa extraña, fui a verla. Tenía llaves, entré y… la encontré.

Se agachó tomándose la cabeza con ambas manos, sintiendo cómo la marea de esos sentimientos lo sometían. Se dejó caer hasta quedar completamente sentado con su espalda recargada en el muro. Mariené, por primera vez durante la conversación, contuvo el aliento. Maximiliano sufría y deseó poder ser su apoyo, sentarse a su lado y rodearlo; no pudo, solo lo observó comprendiendo horrorizada lo que vendría.

—Estaba colgada, Mariené —solo dijo, sin atreverse a verla directamente, limpiándose con el antebrazo las lágrimas—. Corrí hasta ella y busqué… busqué bajarla, no pude, grité. Pronto gente llegó. Un sobre con mi nombre en grande llamó mi atención, la tomé temblando como una hoja y… era una carta. Ella… estaba embarazada, tenía cuatro meses y no me lo había dicho, al lado estaba un pequeño gorrito azul. Me culpó, escribió que no merecía tener amor en mi vida y que por eso se llevaba con ella al único ser que podría serme incondicional, que me deseaba jamás ser feliz… Que solo sabía herir, que… debía aprender a vivir con eso. Nunca aprendí —admitió encarándola al fin. Mariené lucía conmocionada, no supo definirla, pero era evidente que la había impresionado.

—Ané, recién te habías abierto a mí, yo… yo sabía que ya había llegado el tiempo de contártelo, la siguiente semana tenía muchos planes, entre ellos era decirte esto… Aún no logro manejarlo, pero desde que apareciste ese vacío dejó de acompañarme.

Mariené se limpió un par de lágrimas que caían por su rostro, temblorosa, asombrada, aturdida. No podía imaginarlo así, cómo lo contaba y, sin embargo, le creía, le creía completamente.

—Estuve en tu festejo el sábado por la noche —dijo de pronto, después de minutos de silencio entre ambos. Max la miró desde su posición, desconcertado.

—¿En Nueva York?

—Sí… Ese… hombre, tu representante…

—¿Jan? —comprendió con las piernas flexionadas y los brazos cruzados sobre ellas, intrigado, a la par que preocupado por lo nerviosa que comenzó a verse. Un calambre recorrió el cuerpo de Ané, aun así, asintió cabizbaja.

—Me invitó, quería sorprenderte ya que no podrías venir ni salir de allí.

—¿Y por qué no te vi? ¿Qué pasó?

Se alertó de inmediato irguiéndose, acercándose. Ella lo miró agobiada, con los ojos de nuevo lagrimeando.

—Nunca te he mentido y quiero que me jures que tú tampoco —suplicó ansiosa. Él buscó apresar una mano, ella la retiró enseguida—. Júramelo.

—Con mi vida, Ané —respondió respirando agitado.

¿Qué había ocurrido?, ¿qué la tenía así?

—Él… él me llevó, preparó todo. Llegué a su casa esa noche, te busqué y te encontré… Abrazabas y acariciabas de una forma muy íntima a… esa chica que dices.

—¿Lenna?

—Sí —confirmó molesta, recordando cómo la sostenía.

—¿Y? —preguntó sin comprender. Mariené lo observó irritada.

—¿Y? ¿Acabas de armar una escena con David y yo viajo hasta allá y lo único que veo es a ti abrazándola, acariciándola? ¿Es en serio?

—Es muy diferente, Mariené —se defendió molesto. La joven negó incrédula.

—¡No lo es!

—David no es homosexual, Ané, así que sí, es diferente —replicó contenido, recordando que eso no lo había dicho, no había venido al caso tampoco en alguna ocasión. El semblante de ella se paralizó.

—¿Ella?

—Sí, le gustan las chicas. También es mi mejor amiga, vivía en Holanda, pero su pareja la dejó y le robó todo. Ese día acababa de llegar, no sabía que iría, estaba muy mal. Yo… solo la consolaba, jamás imaginé que estuvieras ahí, las habría presentado. Tiene muchas ganas de conocerte. Quizá no he hablado mucho de ella, porque no sé, simplemente no, siempre me tienes muy ocupado —murmuró conciliador, comprendiendo que quizá estaba celosa, molesta por lo que vio e interpretó, aunque no le convencía del todo esa teoría. Mariené no era así, no se pondría así.

Las lágrimas de su pecosa lo alertaron, más cuando se alejó negando, aturdida, con la mirada un tanto desorbitada.

—Dios, todo lo planeó y….

—Ané, me estás asustando. En serio necesito que me digas lo que ocurre. Puedes confiar en mí, nunca te fallaría, sería ir en contra de mí.

Lloró más al escucharlo, se sentía tan sucia, tan asqueada.

—Maximiliano…

—Milian —la corrigió con dulzura—. Ané, dime qué está ocurriendo, sé que no es por Lenna que te encuentras así, ni por… lo que te acabo de contar. Por favor —rogó acercándose un poco más. Ella no huyó esta vez, midiendo sus movimientos buscó su mano, se sentía fría. Con suavidad enroscó sus dedos.

—Te vi ahí, yo… no entendí, pero sabía que debía ir y preguntarte. Jan me alejó hasta una de las habitaciones, algo tenía el agua que me dio de beber. —El gesto de Max se tornó amenazante en segundos, serio como nunca—. No sé qué ocurrió, me dijo que te metías con muchas mujeres, me dio a entender que me usabas y me dijo lo de… Chiara. Quise salir de ahí, pero no pude —sollozó profundamente turbada—. Me drogó y —quitó su mano para cubrirse el rostro—. No quise que ocurriera, te lo juro.

Las campanas de alerta repiquetearon como aviones estrellándose dentro de su cerebro. El tiempo se paralizó.

—Qué ocurrió, no te juzgaré, solo dímelo —suplicó con un hilo de voz, experimentando un terror indescriptible en su interior que crecía y se removía sin ton ni son. Mariené, en pleno llanto, sin poder mirarlo a los ojos, buscó el valor para hablar de ello.

—Metió a dos hombres en la habitación… —confesó al fin. Maximiliano, atónito se levantó, negando, aterrado, horrorizado por lo que vendría. No, ella no. ¡No!—. Me tocaron, sé que lo hicieron porque no puedo sacarme esas imágenes de la cabeza —gruñó y se la golpeó con ira la sien.

Quiso gritar, matar, golpear, aniquilar o exterminar, quizá todo junto, a los responsables de

semejante horror. La rabia lo sometió, la impotencia, la espantosa sensación de saber que la habían herido hasta ese grado, que la habían…. Ultrajado. Negó una y otra vez.

—Al despertar solo reconocí a uno de ellos.

—¿Quién fue? —logró preguntar con una opresión gigante en el pecho, aterrado y enfurecido como nunca antes.

—Un modelo, Dorian, creo que se llama, lo conocí en la pasarela. Connor nos presentó.

—¿Qué pasó después? —quiso saber con lágrimas resbalando por su rostro férreo, congelado. Se sentía más asustado que nunca, devastado, respirando con dificultad. ¿Cómo saldrían de esa? ¿Cómo recuperaría Ané su vida, su seguridad?

—J…an, estaba ahí, grabó todo y me dijo que, si no terminaba contigo, regaría los videos y fotos por internet. Dijo que tú… valías millones.

—No, no, no. No puede ser…. Dime que no es verdad, Mariené —imploró fuera de sí sintiendo como la tierra se abría bajo sus pies para tragarlo sin remedio, para estrujarlo y lastimarlo a través de ella.

Lo único que amaba, que quería, que le importaba en su jodida vida, estaba roto, presa de un daño atroz y todo gracias a su jodido mundo, ese que temió tanto adentrarla, del que se confió.

Le creía, claro que lo hacía, eso y mucho más podía ocurrir en ese tipo de negocios, de vida y fue tan estúpido como para pensar que a él no le pasaría, que Mariené no sería jamás tocada.

La joven lloró aún más, cerrando los ojos.

—Escúchame… —pidió con voz rota por el llanto. Maximiliano, atormentado hasta lo indescriptible, la encaró con el rostro descompuesto por el dolor.

—No puede haber más, no puede… —rugió aterrorizado, hirviendo como nunca en rabia, en impotencia, en… culpa, de nuevo.

Paralizado frente a su cama, mantuvo el iris bien clavado en su ser, derramando todo el horror que sentía.

—Me revisé aquí, no llegaron a… más… Pero… Yo… yo estoy embarazada.

Todo, absolutamente todo tronó frente a sus ojos, como si el tiempo hubiese dejado de correr y la sensación de estar vivo se hubiera suspendido frente a sus ojos. La observó cómo solo él sabía hacer; con fijeza, mortalmente pálido.

—Quería decírtelo al verte.

—¿Embarazada? —pudo articular, entumecido y a la vez con electricidad corriendo por sus venas. Ella… su pecosa, su vida, embarazada, viviendo ese horror sola, por su culpa, por su jodido mundo.

Le creía, claro que le creía, nunca podría dudar de ella, aunque el universo le gritara lo contrario.

—Sí, pero… no sé si logre avanzar.

—¿Avanzar? —repitió con voz pastosa. Se sentía mareado, lejano al mundo, a la realidad, a la gravedad misma. Suspendido en una burbuja atemporal. Como en una pelea, donde él iba perdiendo y recibía golpe tras golpe sin poder protegerse.

—Tuve un pequeño sangrado, debo estar tranquila, en reposo… Pero no logro ni cerrar los ojos por miedo, porque al hacerlo solo pienso en ese horrible momento, porque… no sé cómo manejar

todo esto. Y él… él hará lo que dijo, vi las fotos, no podremos con eso. Me siento rota, vacía, asustada —susurró limpiándose el rostro por enésima vez.

Maximiliano no pudo más, se tomó el cabello entre las manos, se agachó y gritó lleno de rabia, de impotencia. ¿Qué clase de mundo era ese? ¿Qué?

—Lo mataré —dijo sintiendo como todo en su interior se abría. La escuchó sollozar, se acercó enseguida, sin preguntarle la rodeó con fuerza. Mariené lo abrazó dejándose fluir.

—No debí ocultarte lo del bebé, no debí ocultarte que iría. No debí, pero quería que fuera especial, le creí —chilló aferrando su camiseta. Él negó en la cuna de su cuello, lagrimeando por el horror de saberla inmersa en esa situación, embarazada de su hijo, un ser que entre ambos habían creado.

—No tienes responsabilidad en nada de esto, ninguna.

—No quiero perderlo, Max —hipeó sobre su ropa.

Ni él lo quería, al contrario, un hijo de su pecosa era como saber que la vida lo había logrado perdonar, aunque ahora lo dudaba porque el costo era exorbitante y las palabras que esa mujer dejó en su nota, parecían marcas eternas.

—No lo harás. Estarán bien. Sé que estarán bien —pudo decir besándole la cabeza una y otra vez.

—Tengo miedo, está loco.

—Yo solucionaré esto, lo prometo —aseguró y la alejó tomando su rostro entre las manos—. Escucha, Ané, lamento tanto no haberte dicho nada de lo que me ocurrió hace años, pero jamás, Mariené, nunca te lastimaría, no de forma deliberada. Tú, y ahora él… —dijo con los ojos anegados, colocando una mano sobre su vientre plano—, son mi vida.

—¿Cómo podrías solucionar esto? Si se entera de que te lo dije, sé que no dudará. No quiero perderte, pero no quiero arriesgarte a nada.

El hombre, en respuesta, comprendiendo que necesitaba templanza ante la inminente fragilidad de Mariené, besó su frente despacio, pero ella, en reflejo, retiró su rostro, nerviosa. No podía hacer a un lado lo de esa noche de su mente.

Comprender el porqué de su compartimento lo encendió como si de agua de volcán se tratara, pero no se lo demostró. Aun no daba crédito que Jan llegara a algo semejante, que hubiera sido capaz de algo tan atroz. Lo cierto es que, si ella lo decía, le creía, y que la bajeza sí existía, la mayoría de las veces disfrazada de amistad.

—Son mi responsabilidad, lo que más amo. Buscaré la manera, la que sea para ponerlos a salvo, Mariené —prometió. Ella lo volvió a abrazar.

—Levanté una denuncia, tengo un parte médico. No sé si sirva, pero no me iba a quedar de brazos cruzados, no me importa que muestre eso… pero con el bebé, tú.

Max, al escucharla, no pudo sentir más orgullo por su fuerza. Parecía a punto de romperse, y quizá lo estaba, no era para menos, él mismo se sentía roto por todo lo que acababa de saber y, pese a ello, había hecho aquello. La alejó para verla a los ojos, lucía tan demacrada.

—Eres ridículamente valiente, *vita*.

—No lo creo. —Él pegó su frente a la suya, respirando con fuerza—. ¿Por qué me crees sin dudar? —quiso saber ella de pronto, sintiendo un poco de la paz hurtada al tenerlo ahí, cerca, al

haber podido decirle todo, escucharlo.

Max sonrió negando, con la mirada empañada y un par de lágrimas rodando por sus mejillas.

—Por la misma razón por la que tú me crees a mí —argumentó sereno, aunque con la rabia bullendo por dentro. La joven se recargó en su hombro, rodeando su cuello y cerró los ojos.

—¿Qué piensas del bebé? —preguntó agotada, ya no podía más.

—Que quiero algunos más, solo tuyos, *minha vida* —admitió acariciando su cabello. La joven derramó más lágrimas. Hubiese querido decírselo de otra forma, de aquella que preparó, pero sí, esa era la respuesta que necesitaba escuchar.

—Necesito tocar el césped. Necesito sentirlo —suplicó despacio, apretando su muñeca con ansiedad.

El hombre asintió, la tomó en brazos y descendió con ella a cuestas. Notó las miradas de su padre y Marcia sobre ambos, agobiados. No dijeron nada, solo los observaron salir. Afuera la sentó sobre sus piernas, le quitó el calcetín y entonces sus dedos lo tocaron al fin. La contempló cauto, era increíble que en un solo ser se concentrara todo lo que amaba, todo lo que le importaba, toda su vida.

—Cuando enfermé, esto me tranquilizaba. Gracias —susurró recargando la cabeza en su hombro. Max la rodeó de forma protectora, besando una y otra vez su cabeza. A pesar de lo que acababa de vivir, estaba ahí, buscando serenarse con resolución impresa en cada uno de sus bellos rasgos.

Capítulo 30

Gracias a su respiración, supo que había quedado dormida. Con rabia se limpió las lágrimas que involuntariamente resbalaban y es que el odio creció en minutos hasta un punto de ahogo, convirtiéndolo en la peor versión de si al tener ganas por primera vez de matar a alguien, de dañar hasta que sintieran un poco del dolor que ella experimentaba. Todo por él, por aferrarse a ella y ese era el precio, uno definitivamente exorbitante y que, de haber sabido, jamás la hubiese perseguido como lo hizo.

Ese infeliz por dinero era capaz de mucho, pero jamás imaginó que tanto, tan bajo. Y Dorian… ¿por qué no le impresionaba?

La sabía rota y, de pronto, comprender que crecía ese pequeño ser en su interior barrió por un momento con todo el odio que se iba acumulando. No imaginaba ver su vientre crecer, presenciar su nacimiento, escucharlo decir: «papá» por primera vez. Solo alguien como ella podría con tanto, ser tanto, significar tanto.

Lograría recuperar esos videos, esas malditas imágenes. Tenía muchos conocidos, Jan, muchos enemigos. Y una mierda, haría lo que fuera para estuvieran seguros, los dos.

Decidido la tomó de nuevo en brazos mientras su *vita* se quejaba. Debía estar en cama.

Marcia los acompañó hasta la habitación, observando cómo, con cuidado, la recostaba. Ese hombre la amaba, la amaba de verdad y ya era muy claro. Suspiró preocupada. Max lucía afectado, tanto que su semblante no era mejor que el de Mariené y eso no pudo más que incrementar lo que comía su pecho. Él la cubrió con una frazada, se hincó a su lado y acarició su cabello enmarañado. Sonrió al verlo moverse a su alrededor con tal ternura. Aguardó en el marco de la puerta.



—Mereces amor en tu vida y… jamás me has herido, Milian —susurró Mariené. Maximiliano la observó afligido, ella mantenía los ojos cerrados. El nudo en la garganta casi lo ahoga, se refería a la nota de Chiara—. Y te amo —terminó adormecida. El hombre, fuera de sí, cimbrado desde lo más hondo, sollozó negando, limpiándose las lágrimas con el antebrazo. Besó con cuidado su cabeza y permaneció ahí durante varios segundos.

—*Ti amo, vita mia* —logró responder, pero ella parecía de nuevo haberse abandonado al sueño. La contempló durante un rato, incrédulo, preocupado, impotente y rabioso. La habían tocado y si bien no habían llegado hasta el final, no tenía idea de cómo superaría algo semejante esa mujer por la que daría todo.

—Debo hablar con ustedes… —anunció despacio, irguiéndose. Marcia asintió con los puños

apretados.

Bajaron, David y Silvano permanecían callados, pensativos, en la sala. Al verlos descender el primero lo observó serio. El segundo se acercó. De un movimiento Maximiliano lo abrazó y dejó salir algunas lágrimas, ahí, frente a la madre de Ané y su mejor amigo.

—¿Qué está pasando? —quiso saber su padre, cuando su hijo se alejó, con esa expresión ausente que tan bien conocía, esa que últimamente ya no mostraba.

David se levantó comprendiendo que no era su lugar.

—Regreso después —murmuró preocupado, desconcertado.

Maximiliano negó, contenido.

—No, quédate, ella te necesitará —pidió con tono gélido. David se acomodó de nuevo, intrigado, los demás lo hicieron también, aguardando. Maximiliano respiró hondo, con los codos en las rodillas.

Dios, ¿cómo repetir esa crueldad?, ¿cómo hablar de algo que lo estaba consumiendo? Pero sabía que Mariené debía estar acompañada, él debía solucionar ese horror y no podía dejarla sola con ellos ignorantes de la jodida verdad.

—¿Hijo? —lo nombró su padre, notándolo abstraído. Éste lo enfocó aturdido, negando, frotándose el rostro.

—No es fácil lo que les contaré, Marcia, y sé que puede traer problemas entre ustedes, pero Mariené necesita contención, apoyo.

—Max, dime, qué ocurrió con ella, realmente necesito comprender —rogó. El hombre asintió tomando valor y sin ahondar, le narró lo sucedido en el viaje y lo que Jan había hecho, lo que sabía.

La mujer se levantó temblando, con los ojos bien abiertos.

—¡No, no, no, no! No mi niña, no… ¡Dime que no! —suplicó entre sollozos, consternada. Maximiliano y el resto también se incorporaron. Decirle a una madre algo semejante no tenía nombre, pero debía saberlo. La extorsión, el responsable y lo ocurrido. No podía callarse, no debía y lo sabía —. ¿Por qué? ¡¿Por qué a ella?! —rugió sin gritar, consciente de que Mariené podía escucharlos.

David, atónito, con los ojos desorbitados, permitió que una lágrima escapara cargada de cólera, impotencia. No daba crédito de lo que acababa de escuchar. Mar, con su vitalidad, con su ingenuidad… Mientras Silvano observaba a su hijo consumirse, enfurecido e indignado por algo semejante, comprendiendo que esto era una nueva marca para él, una honda.

—Por mí. Estaba perfilando todo para alejarme del modelaje y solo hacer algunas cosas, pero ya no como hasta ahora… Parece que eso no les agradó, es mucho dinero, esta es una de las consecuencias por desear algo que no debía —murmuró contenido.

—No es tu culpa, Milian, no lo hagas —intervino su padre. Su mujer se caía a pedazos, su hijo estaba hundiéndose y Mariené, la madre de su nieto, estaba delicada. Eso era una locura.

—Lo es. Marcia lo sabía, me lo dijo hace meses y esto es el maldito resultado. Lo cierto es que nunca lo pensé, creí que estaba segura aquí, por eso quería dejar eso, cambiar de actividad. Pero es tarde…

—¿Qué harás? Si esos vídeos se muestran, Mariené no vivirá una vida normal. Lo sabes — apuntó David, preocupado. Maximiliano asintió serio, recordando lo esencial y dejando por el

momento la jodida culpa de lado.

—Debo hacer unas llamadas, en este mundo hay pocos amigos de verdad, pero sí muchos enemigos. Conozco los de él, y su vida. Sé quién podrá ayudarme, lo que debo hacer.

Marcia lloraba, negando, desconsolada. Silvano se acercó y la rodeó, aún impactado, consternado.

—Herir a Mariené nunca fue una opción para mí. La amo de verdad, esto… no lo puedo reparar, solo… no la dejes sola, te necesita —pidió Max a la madre de Ané, afligido.

Era consciente de que lo ocurrido podría generar un quiebre en su familia, en lo que su padre había construido, pero decir la verdad era lo mejor para su *vita*, no ocultaría lo que pasaba. La mujer hipeó, nerviosa, furiosa, pero sin doblarse.

—Prométeme que saldrá de esto, que harás todo lo que esté en tus manos para que no le pase nada más. Sé que la amas, pero se trata de mi niña, viviendo algo sin nombre… embarazada. Nadie merece algo semejante, ella tampoco… ha luchado tanto por ser feliz, por vivir.

—Tenga que hacer lo que tenga que hacer, ella no se verá nuevamente lastimada de ningún modo —sentenció. La mujer se escondió en el pecho de su marido y lloró con fuerza. Éste la abrazó, sin soltar los ojos de su hijo. Maximiliano, contenido giró hacia David, este mantenía la vista perdida en la mesa del centro de la sala, atónito aún—. Lamento lo de arriba —habló logrando así que lo mirara, pestañeando.

—Si yo estuviera en tu lugar, también me odiaría, no te preocupes —concedió con los ojos clavados en él. Maximiliano asintió—. Lamento el golpe, no he dormido y…

—Gracias por ayudarla —murmuró.

—¿Qué harás, hijo? —cuestionó su padre, con su mujer aún entre sus brazos.

—Debo pensarlo bien. Por ahora nuestro bebé… necesita que esté aquí, luego que el médico la revise, sabré lo que sigue. Probablemente deba irme unos días. No quiero que este tipo sospeche nada y, si me disculpan, debo comunicarme a Singapur. Debería estar volando para allá.

—Max… —escuchó la voz de Marcia. Volteó ensimismado. Sufría, sufría muchísimo, y tenía temple, también. Supo, por su semblante, que sacaría a Mariené de eso, aunque las consecuencias ahí estarían mucho tiempo—. Amarla no te convierte en responsable, haz hecho por ella más de lo que imaginas —admitió al fin.

—Y ella mucho más por mí, te lo aseguro.

Un segundo después desapareció por el jardín.

Cuando terminó la llamada, donde logró que no se hablara de su ausencia y se inventaran algunas fallas a cambio de otra campaña publicitaria que venían pidiendo tiempo atrás y que convenía más, pero se había negado a realizar, decidió marcarle a Connor.

—¡Ey! ¿No viajabas hoy? —preguntó su amigo con ese tono despreocupado que lo caracterizaba. Era de noche, se escuchaba la paz del jardín. Mariené llevaba dormida por lo menos dos horas y ansiaba regresar a su lado, pero necesitaba pensar y ellos le ayudarían, lo sabía.

—Debo hablar contigo de algo serio.

—Venga, conoces mis peores secretos. Dime, que por tu tono parece que no es nada bueno.

—No lo es —confirmó.

Connor, atónito, respiró hondo una vez que su amigo terminó de hablar.

—Se corren rumores de que esto ha ocurrido con otros… Pero no con sus parejas, sino con ellos, los extorsionan y así, no pierden. Mierda, es asqueroso.

—Necesito sacarla de esto. Sabemos de gente que daría mucho por verlo hundido.

—Pero sería meterte a la boca del lobo, eres un objeto de cambio y lo sabes.

—La agencia… hay cláusulas.

—Sí, creo que Eva podría ser la opción. Tiene el deber de proteger la integridad de los modelos, aunque sabemos que eso es una puta mentira, pero ella… puede ser, he escuchado que Jan últimamente está siendo complicado de tratar, está buscando crear su propia agencia.

—¿Puedes averiguar sobre eso?

—Puedo.

—Louis, ¿crees que podría ayudarnos?

—Mm, está muy enamorado, tiene a Jan en un altar, lo sabes… aunque Lenna… quizá podría sacar más que nosotros. Es buen tipo, noble, hasta donde sé. Pero no tengo idea de si se prestaría a ir en contra de su pareja.

—Quiero matarlo, Connor, quiero matarlo yo mismo —admitió gélido con la rabia recorriéndolo de forma brava

—Yo querría lo mismo. Escucha, hablaré con Lenna y averiguaré lo que te dije, pero no hagas estupideces —advirtió.

—No puedo hacerlas cuando se trata de ella, está embarazada, puede perderlo y todo por esta mierda, y Dorian, hijo de puta… —gruñó. Connor le explicó lo ocurrido el día del desfile. El coraje se arremolinó aún más, tanto que los ácidos del estómago quemaban su garganta.

—La verdad me dejas frío, hermano. Pero saldrán de esto. Lo haremos, ¿OK? Y en cuanto a Dorian, ya sabes que es rápido. Hay pruebas, que se joda.

—Estaré aquí un par de días, hasta la visita con el médico, pero lo que sea avísame. Entre más rápido sepa cómo recuperar esto y hundir a este infeliz, mejor.

—Lo haremos. Ya lo verás.

Subió despacio, abrió la puerta con sigilo. Marcia se encontraba sentada en uno de los sofás, con la vista perdida en su hija, que continuaba acurrucada, dormida. Al verlo se levantó.

—No ha despertado para nada, debe estar muy cansada —dijo cerca de él, con la voz cortada—. Cualquier cosa, no dudes en avisar —pidió colocando una mano en su hombro, lucía devastado.

—Lo haré, gracias, Marcia —murmuró, no lo decía solo por ese momento. La mujer lo miró.

—Esto es horrible, pero dentro de ella crece su más grande milagro, confío que eso sea la diferencia, tú has sido su diferencia —susurró derramando un par de lágrimas y salió.

El hombre se quedó ahí, de pie, con la mirada fija en su pecosa que apenas se distinguía por la penumbra, con las lágrimas pujando por salir.

Se sentó en el otro lado de la cama y la observó durante horas, recordando cada detalle, cada momento. Saldrían de esa juntos, los tres, y harían una nueva vida, tenía que aferrarse a ello, debía hacerlo o enloquecería.

No supo en qué momento quedó profundo a su lado.

Lo despertó ella gritando, empujándolo con fuerza e ira. Buscó encender la lámpara de noche, casi la tumba cuando al fin lo logró. Mariené ya se levantaba, pero de pronto la luz la hizo reaccionar, giró y lo vio, desaliñado, sentado sobre la cama, preocupado, con esos ojos azules bien abiertos.

—Soy yo, *vita* —lo escuchó.

Se miró el cuerpo dejando salir un gemido lastimero y comenzó a llorar. Max se acercó cauto, con el corazón en un puño, debía estar acostada. Mariené observó de reojo cómo se movía; muy despacio y sin pensarlo se acercó rodeándolo con fuerza.

—No me sueltes, por favor, no me sueltes —rogó escondida en su pecho. Él la rodeó consternado y aliviado a la par. La tomó entre sus brazos y la recostó, cuando la dejó ahí, sobre las almohadas, acarició su rostro pálido, sus labios aún temblaban—. Al despertar, ese día… quise morir, Milian, nunca había sentido algo parecido —confesó bajito, atrapada en su mirada férrea—. Pero… no podría hacer eso jamás, y dolió pensarlo por un segundo porque nada es más importante que la vida, y yo tengo tanto… Y él —colocó una mano sobre su vientre plano—. Es mi magia.

Lloró agobiada. Maximiliano estaba muy cerca de su rostro, la acariciaba y no pudo evitar colocar una mano sobre la suya, ella sonrió con tristeza al percibir su tacto. Continuó.

—Creí que yo… que no sería sencillo tener un hijo, ¿sabes? Lo supe todos estos años. Por eso el día que me lo dijiste en tu apartamento me quedé paralizada. ¿Y si no podía? De pronto algo que busqué ignorar durante mi vida, aparecía y me angustió porque no sería fácil lograrlo, y quizá… nunca pudiera. ¿Sabes lo más absurdo? —Negó sin interrumpirla, ella necesitaba hablar, él escucharla—. Ya tenía una cita con un médico de fertilidad, y no porque buscara eso, sino para saber si algún día podría. Su agenda es tan solicitada que la tendré dentro de dos meses.

—¿Si te hubiesen dicho que no? —preguntó sereno, deleitado por poder verla un segundo tranquila. Mariené sonrió con tristeza, desviando la vista.

—Te lo hubiera dicho. No podría ocultarte algo así.

—¿Y sabes lo que yo hubiese hecho? —indagó con dulzura, con una mano aun sobre su vientre y la otra acariciando su mejilla. Ella negó—. Amarte, Ané, porque ese es mi destino, nada más —admitió con franqueza. La joven sintió escocer sus ojos ante sus palabras.

—Quiero tenerlo, quiero que nazca —susurró agobiada.

—Sé que así será. Ahora, ¿por qué no me cuentas lo que te dijo el médico? Necesito saber… —sugirió con tiento. La escuchó con atención, al final suspiró. En dos días él mismo la acompañaría y entonces decidiría lo siguiente.

—¿Qué pasará si él sabe que estás aquí? —curioseó preocupada, desconcertándolo. Se refería a su manager.

—No lo sabrá. Pero… debo viajar a Nueva York, debo arreglar esto —expuso serio. La joven se alejó, negando.

—No, él está loco. Podríamos denunciar, no sé. Algo, pero si se da cuenta de que tú sabes… No, Max, no vayas.

—Confía en mí, esto en necesario.

—¡Confió en ti! ¡Pero no en él! —gritó sin importarle nada. Maximiliano se sentó sobre la cama y se pasó una mano por el cabello.

—No puedo simplemente quitarle los videos, las fotos. ¿Tienes idea de lo que será tu vida si lo expone?

—No me importa.

—A mí sí. Es tu vida, la de mi hijo. Claro que me importa, y no permitiré que alguien como ese hijo de puta comande lo que haremos. Son mi familia, haré lo que deba hacer para ponerlos a salvo.

—¿Y si se da cuenta antes y lo hace?

—No lo hará, no es idiota. No llegó hasta este punto solo para cagarla así, por impulso.

—Eres dinero para él, mucho dinero.

—Y para más personas, Ané. Confía en mí. Haré lo que deba hacer.

—No, no hagas nada. Por favor. Solo busquemos un abogado, algo. No te expongas.

—Las bajezas, Mariené, se deben resolver de raíz, al precio que sea. Y una vez que me asegure de que no estás en peligro, de que no mostrará algo tan aberrante y doloroso como lo que te ocurrió, quizá sea el momento de proceder legalmente, tú lo decidirás. Pero no permitiré que algo tan monstruoso circule por todos lados, no tratándose de ti. Créeme, una presión de ese tipo, siendo yo quien soy, no la soportarás.

La joven suspiró lagrimosa. Lo sabía, tenía razón, pero algo dentro de su pecho se comprimía, tenía este presentimiento de que no sería sencillo, al contrario.

—Si llegara tarde, si no lo logro, nos iremos lejos, haremos una vida en otro sitio, pero tú y nuestro hijo estarán lejos de esta porquería.

Se recostaron uno frente al otro, mirándose, jugando con sus manos, sin hablar. Todo parecía en pausa, detenido y lo único que podía hacer en ese instante era esperar, ambos lo sabían.

El sonido del teléfono los despertó. Mariené había logrado descansar al fin, pero él no hasta que el sol anunció su salida con los primeros rayos, apenas si dos horas atrás. Era Connor, ella se sobresaltó enseguida. Con el celular en la mano y la otra acariciando su mejilla para que se relajara de nuevo, respondió, serio. Había pasado la noche perdido en sus facciones. Ella era su familia.

—¿Qué hay, Connor? —preguntó en voz neutra, aunque bullía por dentro, lo cierto es que sabía que debía estar controlado para sacar adelante esa despreciable situación.

Mariené, al escuchar el nombre de su amigo, colocó la cabeza sobre su almohada, sin perderlo de vista. ¿Cómo es que habían llegado a ese torcido punto tan solo por quererse? Lo sabía contenido, listo para cualquier cosa y eso tampoco la tranquilizaba.

Durante ese tiempo juntos se había dado cuenta de que él solo con ella era así; dulce, cariñoso y suave, pero afuera no y ahora era que lo veía con mayor claridad. Temía por lo que le ocurriera, las consecuencias. Temía por todo lo que estaba envuelto y quizá no tenían idea. Él era férreo,

determinado, y estaba segura de que si tenía que sacar todo eso que también era y ella desconocía, lo haría, pero no estaba segura de que saliera indemne.

Maximiliano se enderezó y se alejó un poco, era consciente de que no le quitaba los ojos de encima.

—Tengo noticias, fue más sencillo de lo que pensé. Tuve que decirle a Cloe, sabía que podría ayudarnos y sí, te gustará lo que encontré —informó. Max sonrió con furia dibujada en sus gestos duros.

—Eso es bueno. ¿Qué fue?

La joven permaneció acurrucada, ya no se sentía tan cansada, aunque nerviosa sí, de pronto gimió al notar el aura, pestañeó aturdida. ¡No, eso no! Maximiliano, al notar su cambio de actitud, le pidió a Connor que le diera un momento.

—¿Qué ocurre, *vita*? —quiso saber angustiado. Ella lo miró agobiada.

—La migraña, va a venir —dijo con un hilo de voz.

—*Merda* —respondió él y cogió de nuevo el teléfono—. Connor, te marco en un rato, Mariené no está bien.

No sabía cómo comportarse con Ané, no después de lo vivido. Acercó con cuidado una mano a su mejilla, ella suspiró lagrimosa.

—No podré tomar nada… —replicó angustiada. Con cuidado la acercó a su regazó, sintió un alivio tremendo cuando no lo alejó, sino al contrario, sujetó su camiseta con ansiedad.

—Sh, vamos cosa a la vez. Hablemos con el médico, ¿sí? —propuso. Ella asintió alejándose. Tomó su teléfono y buscó el número, luego se lo tendió.

Él marcó, la doctora estaba al tanto del estado de Mariené, era la que la había atendido desde hacía tiempo y con la que consultó los métodos anticonceptivos, recomendada por su oncólogo. Max le explicó lo que ocurría. Al final logró tranquilizarlos un poco, lo cierto es que rezaban porque no fuese de los que había presenciado.

El dolor llegó media hora después, no hubo vómito y tampoco fue de los más fuertes. Mariené logró manejarlo con las pastillas que le permitieron, con él a su lado, colocándole hielo en la nuca, murmurándole solo cosas tiernas. Las imágenes de aquello la atacaban cada tanto, pero se obligaba a no pensarlo y enfocarse en el bebé que crecía dentro.

Milian, por reflejo, ya había buscado sus labios, enseguida se alejó, negando asustada y es que evocaba esa lengua en su interior, la manera en la que la tocaban y no lo resistía por mucho que lo amara. El hombre cerró los ojos asintiendo, sin decir nada. No podía pensar en un contacto más íntimo, no quería siquiera experimentarlo.

A media tarde ya se encontraba un poco mejor, aunque cansada. David llegó al anochecer. Max aprovechó para ir por ropa de ella, no tenía ahí nada, además de así poder hablar con Connor porque durante el día le fue imposible y solo intercambiaron mensajes con algunos detalles.

Marcia y Silvano habían permanecido también en casa. Todos la cuidaban y no dieron acuse de saber lo que en verdad había ocurrido para que no se alterara. Su madre pasó una hora acostada a su lado, acariciando su melena mientras ella dormitaba con aquel dolor en la sien bien clavado, ese tiempo que había convencido a Max de que comiera algo con su padre, pues parecía abandonado a ella, solo para ella.

—¿Qué harás, Milian? Estoy preocupado, por ti, por ellos —habló Silvano mientras observaba a su hijo jugar con la comida. Éste soltó el tenedor molesto, recargándose en la silla.

—Me siento responsable… —admitió abatido, molesto. Su padre lo observó, serio.

—Lo sé, pero no lo eres. Te enamoraste de Mariené, eso es todo. No debía existir esta abominación detrás

—Pero la hubo, y vino de mi entorno, de lo que hago, por lo que hago.

—¿Imaginabas que algo así podría pasar? —inquirió recargando los codos en la mesa, inspeccionándolo con ojos entornados. Su hijo mantuvo la mirada gacha, removiendo con el tenedor las verduras—. ¿Qué te ocurrió allá? ¿Qué te rompió de aquella manera? —cuestionó. Milian alzó el rostro enseguida, con la quijada tensa.

—Una pérdida con la que siempre cargaré.

—¿Y no hay modo de que lo dejes ir? Porque eso está salpicando lo que ahora ocurre y estoy seguro de que nada tuvo que ver. ¿Qué perdiste? —insistió. Maximiliano, descompuesto, y más expuesto que nunca, desvió contrariado la mirada. Esos recuerdos ardían, lo marcaron.

—Un hijo…

Su padre no pestañeó durante algunos segundos. Esperó muchas cosas, jamás esa respuesta. Sin encararlo le contó a grandes rasgos lo ocurrido esa tétrica noche, ese momento que lo cambió.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —quiso saber consternado, dolido por saberlo inmerso en esa marea de dolor una y otra vez. No se lo merecía y no entendía ¿por qué él? Maximiliano lo encaró al escuchar su voz estrangulada.

—No podía decirte que era responsable de una muerte más… —explicó con sencillez. Su padre iba a intervenir cuando lo acalló con un gesto—. Sí, papá, fui a terapias. Lo de mi madre fue un accidente que casi me cuesta a mí también la vida, pero entiende que es muy difícil quitarse de encima esa culpa, la responsabilidad, los «si hubiera». Te jodí la vida por esa estúpida acción.

—¡No me la jodiste! —replicó enojado, tenso, adentrándose al fin en el alma de su hijo, ese que parecía que jamás se abriría a él, pero que desde que esa joven apareció lo cambió, devolviéndoselo —. Fue un accidente. Un accidente donde nadie fue responsable. Eras un niño de once años, no tenías manera de pensar que eso pasaría, amabas a tu madre, ella a ti. Sucedió porque eso debía ocurrir y lo de esa chica, es claro que no se encontraba bien, ¿cómo podrías saber que estaba embarazada si no te lo dijo antes? Los términos de las relaciones cada uno las conoce y si ella hizo lo que hizo, es porque definitivamente no era dueña de sí.

—Pero yo fui la estocada final.

—Tú eras un maldito desastre, Milian. Por eso se sintió atraída, ella lo era seguramente también. Qué carajos podrías hacer, ¿jurarle amor, estabilidad?

—No.

—En cambio ahora sí elegiste, decidiste. Sé cuánto quieres a Mariené, lo que está ocurriendo nos duele a todos y no puedo ni imaginar lo que sientes al respecto. Pero está con nosotros, saldrá adelante, estoy seguro —dijo con certeza. Maximiliano no le quitaba los ojos azules de encima.

—Sé que ella estará bien, pero debo solucionar esto. Y, por otro lado, tengo mucho miedo de que nuestro hijo…

Su padre negó, sereno.

—Si debe ser, será, pero presiento que mi nieto, o nieta, vivirá en este mundo con ustedes —aseguró tranquilizándolo.

—No debió pasar por todo eso. Y en medio de esta aberración y de este coraje agudo que siento, también me encuentro feliz por saber que podría llegar a ser padre de un hijo de ella —admitió atribulado.

—Creo que todos estamos así. Escucha, haz lo que debes hacer, solo cuídate, ahora los tienes a ellos, te necesitan bien.

—Lo sé, estoy viendo la manera de quitarle esas fotos y grabaciones, pero no será sencillo. Para eso debo destruirlo —aseveró con rabia.

Su padre lo observó, nervioso, aunque entendiendo su postura. Siempre había sido determinado y fiero, inteligente hasta la preocupación si era sincero, pero el hombre en el que se había convertido era también calculador. Aunque no todo estaba en sus manos y la venganza usualmente no llevaba consigo solo una satisfacción, sino un precio.

—Conoces mejor que nadie ese mundo, no puedo decirte ni qué hacer ni cómo, pero lo que necesites sabes que cuentas conmigo. Imagino que estás consciente de que tu carrera se puede terminar.

—Me importa muy poco ya eso. De hecho, estoy seguro de que esa es una de las razones por las que Jan se atrevió a tanto, porque sabe que me quiero retirar. Quiero hacer mi vida al lado de Mariené y esa profesión no es la adecuada. Ahora menos…

—Bien, si ya lo has decidido, no hay más. Ahora… come, no tengo idea de lo que vendrá, pero sé que fácil no va a ser y si enfermas, será peor.

—Gracias, papá —musitó inescrutable. Silvano sonrió.

—Eres mi hijo, no tienes nada que agradecer. Te lo aseguro.

Capítulo 31

Cuando iba rumbo al departamento de Mariené, después de haberla dejado con David y una Jessica atribulada, mientras Marcia la ponía al tanto, le marcó a Connor. Cloe tenía información que valía y, por otro lado, sí, estaba por montar su agencia, había ya algunos acuerdos de confidencialidad rotos.

Si presentaba esas pruebas a la agencia y añadía lo ocurrido, no solo despedirían a ese malnacido, sino que lo ayudarían a hundirlo como merecía. Eva era más que nada leal al dinero y al nombre de su empresa. Una amenaza, un secreto dicho y la tendría de su lado. Pero antes, debía solucionar lo de las grabaciones.

—Regresa cuando Mariené esté bien, Louis está dispuesto a escucharte, algo sospecha… Lo sé, dice que Jan ha estado extraño y se ha estado drogando de más. Es el momento, Max.

La noticia sobre Louis fue lo mejor de todo. Lenna era su mejor amiga por mucho, y la de él a su vez. A Jan ella no le encantaba pues decía que le metía ideas, pero ellos permanecían en contacto.

Colgó y le marcó a Lenna, no quería contarle mucho sobre lo ocurrido, pero definitivamente ellos dos debían saberlo y así lograr algo. Solo no podría. La mujer se mostró feliz por escucharlo, estaba quedándose en su apartamento mientras conseguía algo.

—¡Ey! ¿Ya llegaste? Oye, Glu es un mimado, eh —bromeó la chica, ligera. Max hubiese sonreído en otro momento.

—Lo sé, cómo te encuentras.

—Mejor, digo, estoy con ganas de irla golpear hasta que sangre la muy hija de perra, pero estaré bien. Gracias por todo, Max, en serio.

El hombre ya iba subiendo las escaleras del apartamento, apesadumbrado.

—Sabes que no es nada. Espero que pronto todo se arregle.

—Ya tengo aquí un par de contratos y conseguí tres campañas en redes. Yo creo que en una o dos semanas me mudo.

—No hay prisa, Len —aseguró abriendo la puerta de ese sitio que lo sentía tan suyo como el otro, que lo colmaba de recuerdos asombrosos; al hacerlo se quedó helado. Todo era un desastre, un revoltijo de cosas—. Len, ahora te marco. No te duermas —pidió y colgó.

Pestañeó pasándose la mano por el cabello. ¿Un asalto? Revisó las ventanas, estaban cerradas, la puerta estaba forzada. De pronto el patrón de cosas rotas y tiradas le fue claro. Su corazón se sintió pequeño, pesado. Había sido ella, comprendió azorado, yéndose a ese momento en el que seguramente se encontró después de pasar por aquella atrocidad.

Tomó un portarretrato roto, uno que resguardaba una imagen de ambos besándose, riendo en alguno de sus viajes. Aun recordaba cuando lo había visto ahí y lo satisfecho que se sintió. Lo observó resbalando por el muro. El coraje por todo lo que estaban viviendo lo embargó como un huracán. Le dio un golpe a la pared con odio, lagrimoso y se permitió llorar para drenar lo que en su interior ocurría. Minutos después paró, respiró hondo y decidió poner orden en ese lugar, así como lo haría en todo lo demás, costara lo que costara.

Llamó a Lenna nuevamente y comenzó con su campaña.

—¿Todo bien, Max? —quiso saber su amiga.

—No, nada está bien y necesito que me ayudes.

—Sabes que lo que necesites. Dime, qué pasa. Connor me buscó, hablé con Lou.

Mientras acomodó el desorden a conciencia, habló de lo ocurrido. Le dolía comprender con tal claridad el dolor que Ané experimentaba, lo que vivía, porque de otra manera jamás hubiese hecho algo como lo que hizo en su apartamento, no ella.

Al terminar, empacó un poco de ropa en una pequeña maleta y sus efectos personales más comunes. Cada prenda se la llevaba a la nariz y notó lo mucho que, pese a no estar todo el tiempo juntos, la conocía.

—Es absolutamente aberrante, no jodas. Está demente este imbécil.

—Me dijo Connor que Lou y él no van bien. Quizá con él.

—Quizá, averiguaré lo que pueda, pero creo que Lou debe saber esto…

—Me preocupa que lo alerte, debo ser cuidadoso, si eso se riega por internet, imagina lo que será para Mariené.

—No, ni lo pienses. Vamos por partes. Sé dónde buscar, quienes y, Max, tengo este presentimiento de que no solo lo hace por dinero.

—También es su jodido ego. Hijo de puta.

—¿Qué le dirás si sabe que regresaste?

—Ya hablé con la firma en Singapur, diremos que hubo contratiempos. No pasa nada. Me deben algunos favores y los convencí con algo que ellos venían buscando, la condición fue su silencio.

—Pero en redes no estás activo. Sueles subir donde andas.

—No te preocupes, algo se me ocurrirá.

—Bien. Solo ten cuidado. No te fíes mucho. Quizá si él piensa que ella cumplió su parte será más sencillo.

—Eso haré. Fingiré, no hay más.

—Lamento muchísimo esto, Max, en serio. Ella no debió pasar por algo así, en realidad nadie, pero a ella no le correspondía, ¿sabes?

—No, no debió.

—Mañana que sepa algo te marco. ¿Sí?

—Gracias, Len.

—Ánimo, ahora tienes mucho porque luchar, estarán bien. Lo haremos bien.



Cuando llegó a la casa, todo era silencio, su padre perdido en sus pensamientos, sentado en la sala, lo esperaba, fue obvio.

—¿Pasó algo? —quiso saber alterado. Éste negó, serio.

—Ha estado dormitando, está agotada, pero no se quiere dormir hasta verte —explicó.

Max asintió y subió deprisa. Al entrar se encontró con ella, recargada sobre las almohadas, con su hermana a un lado, acariciándole una mano. David ya se había ido. En cuanto lo vio su ansiedad quedó reflejada en sus dulces facciones. Jessica se levantó, entristecida aún. Le sonrió a medias, pero él solo se detuvo hasta que quedó a su lado.

—Deberías estar descansando… —le hizo ver, pasando una mano por su mejilla. Ella negó un poco alterada.

—No puedo.

—Desde que te fuiste así ha estado —murmuró su cuñada. El hombre asintió sentándose al lado de su *piccola*—. Los dejo solos… —anunció agobiada, luego le dio un beso en el cabello a Mariené y un apretón de hombros a él, éste asintió y clavó la vista en su razón.

—Traje ropa para que te mudes, algunas de tus cosas de aseo —habló cuando quedaron solos. Ella asintió con la mirada empañada, luego se incorporó un poco más y lo abrazó con las pocas fuerzas que tenía. Max suspiró sobre su cabello y la rodeó protector, dolido, impotente. La escuchó sollozar. Le permitió desahogarse, lo necesitaba—. Estamos juntos, *vita*, pase lo que pase —aseguró férreo.

La joven se separó sorbiendo el llanto, alzó una mano y rozó su quijada adornada por esa barba incipiente que lo hacía ver tan varonil, tan aterradoramente atractivo. No, a pesar de todo no se arrepentía ni un solo instante de haberse abierto a él, entregado a él, sentir por él.

—Juntos, Milian —secundó con voz rota. El hombre besó su mano con suavidad.

—¿Te quieres dar un baño? ¿Comiste algo?

—Cené un poco, pero sí, quiero darme una ducha —admitió trémula. Él le sonrió complacido. Le mostró lo que había traído de su apartamento, mientras ella lo escrutaba.

—¿Pasa algo? ¿Olvidé alguna cosa? —quiso saber al percibir su mirada fija. Mariené negó, sentada en la orilla de la cama, inspeccionándolo.

—Dejé el apartamento hecho un desastre… Rompí cosas… —apuntó esperando su reacción. Maximiliano asintió con una blusa suya entre las manos, luego suspiró sentándose también sobre el colchón.

—Ya lo limpié, todo está en orden.

—Estaba muy enojada contigo también —admitió con su voz suave.

—Lo imagino, deberías estarlo… —añadió. Ané arrugó la frente, desconcertada.

—¿Debería estarlo? ¿Por qué? —inquirió confundida. Maximiliano resopló, desviando la vista.

—Sé que no todo lo que ocurra es mi responsabilidad, pero esto, definitivamente lo fue. Yo sé conducirme en este mundo, y te expuse…

—Crees que… ¿hubiese sido mejor jamás avanzar? —deseó saber, llorosa de nuevo. Él suspiró y la encaró, serio.

—No hubiera podido vivir sin haberlo averiguado, *minha vida*, pero definitivamente te hubiese hecho un favor —sentenció. Mariené negó enseguida, aturdida.

—Has hecho que enfrente mis miedos, que rompa mis defensas y… quizá logre ser madre del único hombre que me ha hecho sentir en este mundo. Ahora mismo tengo mucho miedo, me siento perdida, vulnerable y asustada, pero jamás me podré arrepentir de haber avanzado a tu lado —declaró con certeza.

Los ojos de él se anegaron.

—No debiste pasar por algo semejante, Ané. Es lo que me rodea, es parte de lo que soy.

—Tú no eres eso, esa es la razón por la que te amo y aunque ahora mismo no sé cómo daré la vuelta a lo que pasó, sé que has sido mi mejor decisión —determinó con el labio tembloroso. En repuesta él se hinco frente a ella y sujetó sus manos, atrapando sus ojos.

—Nunca hubiese podido vivir con un «casi contigo», Ané, porque yo quiero todo contigo, todo, *vita*, y saldremos de esto —prometió. Ella sonrió lagrimeando y lo abrazó de nuevo.



La noche pasó sin sobresaltos y logró dormir ya en la madrugada, vencido. La cita con el médico fue emotiva, favorable también. El bebé estaba bien, tal como le habían dicho. Maximiliano no perdió detalle de la ecografía, aferrado a la mano de Ané.

En medio de esa pesadilla que no se podía sacudir, las reacciones de Max actuaban como un bálsamo que, si bien no cerraba las heridas, sí disminuían el dolor. Lo amaba, lo amaba muchísimo.

Ya sentados frente a la doctora, le recodaron ir poco a poco, cuidarse y estar tranquila, algo casi imposible en medio de aquello, pero lo intentaría. Debía regresar en un mes, estar al pendiente de cualquier molestia y tomar las vitaminas pertinentes.

Esa mañana logró comer mejor y, aunque silenciosa, pálida aún, se sentía más repuesta, eso no evitaba que estuviera atenta a las actitudes de él. Maximiliano entraba y salía de la habitación. Cuando estaba a su lado era amoroso, solícito, aunque cauto, aun así, leía su dolor en aquella mirada azulada que tanto le gustaba.

No tenía idea de qué traía entre manos y lo cierto es que se encontraba en un punto en el que le daba temor preguntar. Temía a Jan, que hiciera circular esos vídeos y fotos por la web, porque, aunque buscaba que lo más importante en ese momento fuese su pequeño que crecía en su interior,

no podía dejar de lado el impacto que eso acarrearía, el dolor que generaría a todos los que la rodeaban. Pero, por si eso fuese poco, el recordarse expuesta, desnuda, con huecos en la memoria, lo que no sabía que hicieron, que la tocaron, le generaba náuseas, un dolor agudo en el pecho, una sensación agobiante de ahogo.

Y como si fuera poco, jamás imaginó que Milian hubiese pasado por algo semejante, que hubiera perdido un hijo y visto a alguien quitarse la vida de esa forma, aunado a lo de su madre, entendía que en ese momento se sentía culpable y responsable, lo cierto es que su fuerza le ayudaba, esa manera de afrontar las cosas, el que estuviese a su lado y si todo tronaba, mientras lo tuviese a su lado, más que nunca sabía que podría enfrentar lo que ocurriera.

Anochecía cuando él entró a la habitación, dejó el celular en una mesilla y se acercó. Enseguida se incorporó, despacio. Su cuerpo ya se sentía restablecido, pero con la hecatombe dentro de su cabeza aún no lograba lidiar. Lo miró atenta.

—¿Te irás? ¿Cierto? —dijo Mariené, adivinando de alguna manera lo que le diría. Milian clavó sus ojos azules en los suyos. Asintió despacio, enredando sus dedos en los de ella—. Tengo miedo, ¿si sucede algo? ¿Si se da cuenta? —preguntó agobiada.

—Ané, son mi vida, todo lo que amo, haré lo que deba hacer para que esto termine, para que después tú sanes y olvides esto que ocurrió —murmuró sin titubear. Asintió cabizbaja.

—¿Estarás en contacto? ¿Me llamarás? —preguntó con voz débil. Maximiliano sonrió con tristeza.

Su *piccola* jamás era así. Solía tener sus emociones bien controladas, pero todo lo compartido, añadido a lo ocurrido, era obvio que había derribado sus murallas. Acarició su mejilla y besó con cuidado su frente; conforme las horas transcurrían su pecosa le iba permitiendo que la tocara más, que se acercara.

—Si me voy es porque no tengo opciones, *vita*, debo hacerlo y sé que estás en el mejor lugar, segura, en buenas manos, que el peligro ya disminuyó. Claro que estaré pendiente, son mi vida, Ané. Y tú debes prometerme que te cuidarás, que estarás tranquila como indicó el médico, necesito saberlos bien y solucionar esto.

—Solo no te pongas en riesgo, si algo no sale bien, ya veremos qué hacer, ¿sí? Los dos te necesitamos, Milian —murmuró ansiosa.

—Ey, todo saldrá bien. Esto terminará, regresaré por ustedes y planearemos nuestra vida, no lo olvides. ¿OK?

Sin que lo viera venir la joven lo tomó por el cuello y rozó sus labios de forma fugaz, luego recargó la frente en su boca, suspirando.

—No lo olvidaré, eso quiero —susurró buscando su mirada, él sonrió esperanzado y acarició su dulce rostro pecoso.

—*Ti amo, vita mia.*



Bajó a cenar cuando ella cayó dormida, al fin. Marcia se encontraba en la cocina, con un café en la mano, pensativa. Al verlo entrar, sonrió.

—Debes tener hambre, ¿cómo sigue? —deseó saber. Maximiliano se pasó la mano por el cabello, resoplando, recargado en el frigorífico.

—Mejor, aunque lo ocurrido no será sencillo que logre saltarlo. Mañana temprano vuelo a Nueva York y… —la encaró—. Sé que no debo pedirlo, pero por favor, cuídenlos, necesito resolver esto, sea como sea.

—Maximiliano, ten cuidado, mucho cuidado.

—Lo tendré, pero no sé cuánto me lleve…

—No se moverá de casa, eso te lo prometo. Mañana veremos cómo resolver lo de su trabajo, estará atendida, yo personalmente me haré cargo.

—Gracias, Marcia. Lamento de verdad todo esto —reconoció impotente. La mujer se acercó, acunó su barbilla y lo miró fijamente.

—La haces feliz, la haces vivir y esto no es tu culpa. Ojalá logres resolverlo, pero si no es así, somos una familia y buscaremos la forma de que salgan adelante a pesar de todo, ¿de acuerdo? —declaró para luego soltarlo.

—Gracias. Sé que tu resistencia tenía que ver con algo diferente a esto, pero definitivamente estaba fundamentada en evitarle este dolor que ahora mismo está atravesando. Solo puedo decirte que Mariené y, ahora nuestro bebé, son lo que más amo. Quizá debí resistirme, pero fue imposible, tu hija me hace sentir vivo —aseguró serio. La mujer sonrió asintiendo.

—Todos haremos nuestra parte y la tuya es estar fuerte para lo que sea que venga.

Su padre lo dejó en el aeropuerto al amanecer. En la puerta de embarque lo tomó por el cuello y lo acercó, serio.

—No te pongas en peligro, oíste. Eres un hombre, pero también mi hijo. No estás solo y aunque sé que harás todo lo posible no te arriesgues, ¿me oyes? Ya no se trata solo de ti.



Llegó a Nueva York y Lenna ya aguardaba por él. Se dieron un fuerte abrazo y luego llegaron al apartamento de Connor. No podía perder el tiempo. En aquel comedor comenzaron a idear la

estrategia que le devolvería algo de paz y sí, también venganza.

Louis aceptó hablar con él, Lenna prefirió no decirle lo que ocurría, así que juntos lo verían al día siguiente porque se encontraba en un curso. Contaban la información necesaria, por la mañana tenía cita con Eva.

Estando ahí, con ellos, para su asombro Jan le marcó. Suspiró aturdido, incrédulo y rabioso.

—Tranquilo, solo responde —lo alentó Connor, contrariado.

Hacerlo casi le generó gastritis, pero contestó sereno.

—¡Ey! Me avisaron que cambiaron la fecha, hubo fallas técnicas, correrán con los gastos. Lo lamento, Max… —dijo esa voz que se le antojaba extinguir. Todos, a su alrededor, lo observaban tensos.

—Sí, vengo llegando.

—Ni hablar, pero tenemos agenda llena.

—Bien.

—¿Te parece que nos veamos más tarde en mi casa? Saldré de viaje mañana y debemos acomodar los horarios y detalles, esto nos puede beneficiar, además, me hicieron llegar varios presentes de tu cumpleaños, si no los saco pronto Louis me joderá, ya sabes cómo es.

En otro momento le hubiese dicho que no, que le mandara el itinerario, pero esta vez fingió fastidio para no delatarse y después de un rato aceptó. Lenna asintió, su manager se escuchaba gracias al silencio que reinaba ahí.

—Está bien, paso a las seis, ¿te parece? Pero me la debes, Jan, estoy hecho mierda —mintió buscando escucharse como solía.

—Lo sé, lo lamento, pero convendrá. Te veo más tarde.

Colgaron y soltó el aire, Lenna apretó su hombro.

Todo tenía que salir sin fallo o Mariené pagaría las consecuencias de su descuido, y no estaba dispuesto a que eso ocurriera de nuevo, ya no.

—¿Creen que es buena idea? —quiso saber Cloe, con un café en la mano.

—Solo para despistar. No debe imaginarse nada y si de paso le deja medio ver que las cosas con Mariené ya no están bien, logrará ganar tiempo. Es perfecto que salga de viaje. Louis será la diferencia, estoy segura. Su relación está atravesando un momento complejo… tiene mucho interés en hablar con Max —intervino Lenna.

—Yo también creo que es mejor así, despacio, sin remover las cosas porque Jan podría tomar una decisión arrebatada por coraje —completó Connor, observando a Max, que lucía absolutamente ausente, tenso, incluso pálido.

—Bien, puede que sí —coincidió Cloe y acercó una mano a su amigo—. Ey, estarán bien, seremos cuidadoso.

—Gracias por todo —murmuró abstraído.



Mientras esperaba que diera la hora acordada, perdió su atención en la imagen que trajo consigo, esa toma en blanco y negro de su bebé. La frotó agobiado. Ya le había marcado a Mariené; se escuchaba tranquila y eso lo relajó dentro de todo. Sentado en la orilla de su cama dejó salir un suspiro atormentado.

Había tanta rabia e impotencia circulando en su sangre, que casi podía sentir cómo lo quemaba y sometía, pero se estaba obligando a pensar fríamente. Debía ser cauto, esconder las emociones era algo en su carrera que incluso le daba dinero, sabía cómo hacerlo, pero costaba un mundo en ese momento.

—¡Ey! Aquí estás —era Lenna.

La joven se sentó a su lado, agobiada. Lo conocía muy bien, sabía lo enamorado que estaba de esa joven, lo agobiado también por lo que ese entorno en el que se movían podría abrumar a cualquiera. Lamentablemente no falló, la situación ocurrió, lo alcanzó, y esta vez era aún más letal que lo ocurrido con Chiara, porque a Mariené la amaba al grado de adelantar lo que siempre se propuso: retirarse del modelaje.

Le dio un empujón, juguetona. Max le sonrió a medias, sin dejar de ver aquella imagen del ecosonograma.

—¿Cuántos golpes puede soportar una persona? —preguntó Max cómo al aire

—Todos aquellos de los que puede sobreponerse —respondió aquello que años atrás ella también le había dicho, cuando lo encontró devastado, con aquel gorrito en la mano, llorando como un niño perdido, desprotegido.

—¿Lo crees de verdad?, después de lo que acabas de pasar.

—Pues sí, estoy furiosa aún, eso te lo aseguro, pero ya no soy la misma que antes. Si sucedió es porque puedo salir de esto, digo… algún día —musitó reflexiva. Maximiliano volvió a poner su atención en la imagen.

—Ella… ella tuvo cáncer, ¿sabes? —dijo entristecido, con un dejo de orgullo—. Era una niña, perdió clases, y aprendió a amar la vida, cada segundo que tenía. Cuando la conocí algo me jaló, algo que yo ya no tenía… Mariené me hace sentir tanto, ser consciente de mí, de cada milímetro de mi persona. Es alguien que sabe sobreponerse. Después de aquello siguió adelante, pero ya no fue lo que podría haber sido de no haber pasado por aquello, tampoco su familia. Se protegía tanto, no tienes idea, y no es que se limitara, al contrario, eso era la peor parte porque la tenía, pero no estaba a mi lado, era siempre un casi que me enloquecía. Era como si no se permitiera no vivir el momento, pero cuando las cosas se salieron de control, cuando se sintió más profundo, buscó escurrirse por temor justamente al dolor, a tener algo oscuro en esa vida que ha procurado sea pura luz, sonrisas, retos, metas, sueños…

—Bueno, de la vida nadie puede esconderse, ni siquiera alguien como ella.

—Pero tampoco debía pasar por algo semejante…

—No, es cierto, pero ocurrió, no hay manera de cambiarlo, solo de superarlo y si es lo que dices, con el tiempo lo hará.

—Me daré una ducha, en una hora debo estar allá.

—Te cuidado, ¿sí? No hagas nada impulsivo.

—No te preocupes, ya no soy así.

—Lo sé…

Capítulo 32

Llamó a la puerta, tenso, intentando por todos los medios ocultarse en esa máscara de indiferencia que tanto había usado. Enseguida el propio Jan le abrió. Unas ganas gigantes de recetarle un golpe en medio de su puta cara lo recorrieron, de arrancarle la cabeza e incendiarla. Se aguantó, en cambio se mostró indiferente como solía. Estaba ahí para tantear terreno, para dejar una semilla de duda, para hacerlo creer que estaba perdiendo el interés en esa mujer por la que daría hasta la vida.

—Pasa, pasa, Max. Debes estar cansadísimo, lamento haberte hecho venir, pero llenarás la parte trasera del deportivo con tantas cosas que te mandaron. Además, esta cancelación nos cae bien, aunque no lo creas, podremos avanzar en otros proyectos —habló sin parar.

Éste lo siguió hasta el interior de la casa, abría y cerraba los puños buscando relajarse, o lo que fuera porque quería matarlo. ¡Hijo de puta! En la cocina se sentó sin con desenfado en uno de los bancos que estaban frente a la excéntrica barra. El objeto de su odio le ofreció agua mineral. Notó que ahí estaba su *Ipad* y las manos le cosquillearon, pero aceptó serio mientras Jan no paraba de parlotear, como solía.

Aguardó pensando en la cantidad de veces que confió en él, en que aunque ahora sabía que lo creía capaz de aquello, años atrás fue uno de los que lo sacó de aquel agujero. Bastardo.

—No lo esperaban, pero acordé en ir más adelante —mintió sobre lo de Singapur, mientras aceptaba el vaso, asqueado por su tacto que apenas si lo rozó. Jan sonrió negando, torciendo los labios.

—Sí, me lo comentaron. Seguramente querrás aprovechar para ir a México a visitar a tu chica —bromeó con picardía. Un calor sordo recorrió al modelo. Se obligó a tranquilizarse y negó perdiendo su atención en la bebida. Controlarse le estaba costando mucho más de lo que imaginó.

—No… —soltó esperando que atrapara el anzuelo, y lo hizo, porque abrió los ojos intrigado. Casi sonríe.

—¿Cómo? Si es lo primero que haces cuando tienes ocasión —señaló fingiendo asombro, saliendo de la cocina. Maximiliano se encogió de hombros, con su típica frialdad, sin mirarlo.

—Solo no me apetece.

—¿Pelea de enamorados? —inquirió a sus espaldas.

—En realidad prefiero no hablar de ello, pero digamos que mi interés es otro... —murmuró como de paso. Jan se mostró escandalizado, sentándose en un banco a un metro de él, frente a su *Ipad*. Lo miró de reojo.

—¿Estás con alguien más? —quiso saber un tanto histérico. Maximiliano rio con cinismo—. ¡Oh, valla! Y yo que pensé que esa niña era tu gran amor, más con todo lo que me comentaste.

—Bueno, ya ves… La vida es una serie de cambios, ¿no?

—Sin duda —secundó con tono extraño.

—Así que dime, ¿qué hay? —lo instó.

Poco después de que comenzaron a trabajar, Jan le mandó la información acordada. La recibió y verificó que todo estuviese en orden mientras éste pululaba a sus espaldas revisando algo en su celular, o eso pensó, cuando de pronto sintió un pinchazo en el cuello. Se lo quitó de encima demasiado tarde.

—¡Qué mierdas te pasa! —gritó poniéndose de pie, cubriendo con su palma la zona afectada. Enseguida comenzó a sentirse torpe. Jan retrocedió un par de pasos, observándolo triunfante—. ¿Qué hiciste, imbécil? —rugió atontado, pestañeando para recobrar la compostura que se le diluía sin poder contenerla.

—Asegurarme de que comprendas algo: eres mío, siempre lo fuiste y no habrá modo de que lo cambies y ya me harté de compartirte —advirtió con tono resentido.

Maximiliano, asombrado por el significado de esas palabras, logró aventarlo rabioso. Éste trastabilló, pero se aferró a sus brazos, esos que lo enloquecían desde que lo vio la primera vez, tantos años atrás. Esa mirada tan peculiar, su manera de dirigirse, su frialdad, ese cabello sedoso, todo él era su fantasía más secreta.

Satisfecho, notando cómo la droga ya estaba haciendo efecto, aguardó. Maximiliano buscó soltarse, lo evitó con firmeza, sabía que sus fuerzas comenzaban a abandonarlo y la visión se tornaba ya difusa.

—¿Qué me hiciste, gran pedazo de cabrón?

—Algo que debí hacer mucho tiempo atrás, querido…

Eso fue lo último que escuchó cuando perdió el conocimiento por mucho que se esforzó en lo contrario.

Se removió notando como sus sentidos retornaban, pero de una manera poco clara, como si estuviese sumergido dentro de una caja, rodeado de vidrio y los sonidos se percibían encerrados. Esa voz tarareaba una canción.

Gimió removiéndose, intentó abrir los ojos, pero los párpados le pesaban. Un olor a jabón, molesto, invadió sus fosas nasales. Quiso mover las manos, no pudo, algo las sujetaba por encima de su cabeza.

—¡Oh, cariño! Despertaste, ya era hora —escuchó, entonces los recuerdos retornaron y buscó incorporarse al abrir los ojos. No pudo moverse, estaba atado a la cabecera de la cama, de ese lugar que parecía ser un cuarto de motel, o algo así, y, además, se sentía débil, mareado. Jan estaba ahí, frente a él, sonriendo con desquicio. Quiso hablar, pero su lengua se sentía torpe, pesada, como fuera de su sitio—. No, no, tranquilo. Ya no te irás de nuevo, pero la pasaremos muy bien. Tal como debió ocurrir desde hace tiempo.

Forcejeó un poco, no pudo moverse. Intentó concentrarse en emitir algún sonido cuerdo por lo menos, nada. Jan se sentó a su lado, su mano paseó por su torso desnudo. Enseguida comprendió

que estaba solo con bóxer. Gimió negando, aterrado. El hombre chasqueó la boca.

—Eres tan tentador, desde que te vi hace tantos años activaste esta vena en mí y supe que serías para mí… Pero, ash, eres tan necio, tan frío… Quizá eso hizo que me encaprichara más. He ido quitando las piedritas en el camino, eh, me has merecido un buen trabajo, jamás lo dudes mi hermoso capricho. Y es que, agh eres la tentación personificada.

Aturdido lo escuchó, asqueado por esa forma en la que lo tocaba, buscando hacerse a un lado, pero no lograba mucho. Respiró agitado. El dedo de Jan recorría su pecho, e iba en línea recta al ombligo. Sudó frío, rabioso.

—Ya, ya, tranquilo, te gustará. Y después de esto, jamás volverás a dejarme. Ya verás —sentenció.

—Suél-tame —logró decir.

—No, querido, no… Primero vamos a pasarlo de lo mejor. Tú, yo, mis fantasías satisfechas. Amo a Lou, pero tú eres algo que debo tener.

—Estás… loco —consiguió articular con muchísimo esfuerzo, desesperado, comprendiendo lo que ahí ocurriría si no lograba defenderse, soltarse.

—Por ti, cariño, desde que te vi la primera vez —suspiró remembrando. Max se sacudió, éste ni se inmutó—. Lucías tan fiero, enojado, esa manera que tienes de mirar. ¡Ay, Dios mío! Enciende a cualquiera. Pero esa modelito estúpida quería engatusarte y mandar todos mis planes a la borda con eso del bebito. Pobre, estaba en el lugar incorrecto, con el chico incorrecto —expresó como si fuese cualquier cosa.

Maximiliano lo observó atónito. Lo decía con tal frialdad que lo heló, más que la propia situación.

—Gracias a Dios la pobre era débil y yo me aseguré de que comprendiera que entre ustedes jamás las cosas avanzarían, que dejara del lado esa idea absurda de estar contigo y jugar a la familia. Mira que colgarse, hay qué ser dramática, pero le doy un punto por ello. Fue impresionante.

—La… mataste —logró decir removiéndose, buscando quitar su mano de su vientre, que lo acariciaba de forma repulsiva.

—No… La verdad es que lo hizo solita, yo no soy asesino, solo juego las cartas a mi favor.

—Suéltame —ordenó con más fuerza, recobrándose. Jan lo notó y sin perder tiempo tomó del buró una jeringa, sujeto su brazo para que no se moviera tanto y lo inyectó.

—Esto te relajará, mi hermoso capricho, pero no evitará que disfrutes —explicó con orgullo. Maximiliano comenzó a sentir los efectos de la droga, se perdió en un mar que reconoció de antaño, ese que te comanda y cede el control de tu cuerpo para que uno deje de ser el dueño de sus actos. Aun así, sabía lo que ocurría a ratos, porque a veces quedaba noqueado y eso fue lo más frustrante, lo más fuerte, lo más violento.



Volvió en sí, no tenía idea de la hora, pero estaba solo en la habitación, desnudo, atado a una silla. Débil, sediento, aturdido, se removió inquieto. Sabía muy bien lo que sucedía, entre una neblina evocaba la boca de ese demente por su torso, su cuello… su boca.

Las arcadas aparecieron. Debía salir de ahí, pedir ayuda, pero su cuerpo no reaccionaba. Buscó sosegarse, lo cierto es que ya no era tan sencillo con todas esas imágenes revolviéndose en su mente, sintiéndose humillado, usado. Envuelto en ira rujió buscando zafar sus manos. De repente sintió una bofetada que le volteó el rostro.

—No vas a ningún lado… Esto apenas comienza, querido. —Max, en respuesta, le escupió. Otra bofetada—. Tantas molestias que me tomé para quitarte de encima a esa niña estúpida, como para que me salieras con que habías perdido el interés y estabas ya con otra. Idiota. No serás mío, pero jamás podrás ser de nadie más —prometió rabioso.

Lo perdió de vista y sintió de nuevo otra aguja rompiendo su piel, un segundo después Jan se desabotonó el pantalón, bajó su bóxer frente a su rostro y…



Mariené se encontraba nerviosa, mucho. No soltaba el celular, ya había perdido la cuenta de las veces que lo había llamado. No, Maximiliano le prometió comunicarse y desde que llegó a Nueva York no sabía nada de él. Sentía un agujero en el pecho, la angustia corroerla. No tenía el teléfono de Connor, pero sí el de Louis y presa del desespero le marcó.

—Hola, Louis —habló deprisa, con Silvano a un lado, tenso. Marcia estaba a un par de metros, observándola, agobiada.

—Hola, Mariené —saludó el chico en inglés, con voz monocorde. No se detuvo a preguntarle por qué sonaba así, solo podía pensar que Max podría no estar bien y eso la trastornaba, la enloquecía.

—Escucha, ¿sabes algo de Maximiliano? —preguntó ignorando si eso intervendría en los planes del padre de su hijo, pero más de treinta y seis horas sin noticias suyas, con su última conexión el día que llegó poco después de las seis de la tarde, ya no se sentía muy cuerda. Acababa de amanecer, otra vez.

—No, de hecho lo iba a ver ayer, no vino.

—Dios. Si sabes algo, ¿podrías decirme?

—¿Está todo bien? —quiso saber, intrigado, respirando agitado.

Jan le había dicho que saldría de viaje dos días atrás, mientras él estaba en unas clases de minimalismo. Pero… algo no iba bien, nada bien, desde la fiesta de Maximiliano lucía extraño, sabía que se estaba drogando más de la cuenta y esa mañana, después de despertar solo en la habitación, y al salir verlo hablar con el imbécil de Dorian, los celos surgieron. Pelearon, y las cosas desde ese día estaban tirantes.

De pronto Lenna llegó a su cabeza, esa llamada de un par de días atrás, aunado a lo de Maximiliano, a que no llegó a su cita y él era el interesado.

—No, no te preocupes, solo avísame si sabes algo —suplicó agitada.

—Sí, lo haré —respondió con la mente ya en otro lado, agobiado, sabiendo a quién debía buscar, lo que debía hacer.

Mariené no le dio tiempo de más y colgó, negando, cabizbaja. Silvano se pasó una mano por la nuca, preocupado. Marcia se acuclilló frente a su hija.

—Mi amor, tranquila, verás que todo está bien.

—Iré a Nueva York —anunció de pronto, encarando a ambos, resuelta.

Marcia negó.

—Debes cuidarte. No, hija —ordenó, pero la joven se puso de pie, decidida, mirando a Silvano, llorosa y firme a la vez.

—Iré, algo me dice que no está bien y necesito estar a su lado, ver qué está ocurriendo —insistió tensa.

—El bebé —murmuró Marcia, irguiéndose. Mariené se llevó una mano al vientre, suspirando.

—Está bien, me cuidaré, pero necesito saber qué pasa con él, es parte de mí, no lo dejaré a la deriva, mamá, no puedo.

—Yo voy —intervino Silvano. Marcia lo observó, comprendiendo de nuevo que se trataba de su hijo, asintió buscando su mano.

—Yo también —advirtió Mariené— y nada me hará cambiar de parecer, él pertenece a nosotros, debo saber que está bien.

—Te estás adelantando… —quiso convencerla su madre—. Silvano puede averiguar qué ocurre, informarnos. —Mariené la miró negando, con un par de lágrimas rodando por sus mejillas.

—Él es mi familia también, mamá, mi lugar es a su lado. Si lo encuentro, entonces regresaré.

—¿Nada te hará cambiar de parecer? —comprendió angustiada.

—No —aseguró determinada.



Sumergido en una bruma doliente, denigrado, ultrajado, esperando ya lo peor, cabeceó en aquella silla, sucio, sediento, medio inconsciente y lo único que lograba hacer era evocar ese rostro angelical, su voz, la dulzura de su piel, esos ojos…

Algunas lágrimas escaparon de sus ojos, se obligó a evadirse o perdería la razón. Lo tocó, hizo que probara su sabor, lo denigró y jamás lograría borrar cada momento que recordaba, pero ella… ella… Debía salir de ahí y llegar a ella, se repetía en medio de esa locura atemporal que lo estaba

corroyendo, aniquilando y absorbiendo.

Un sonido fuerte escuchó a unos metros. Pasos, Jan no tardaría en drogarlo de nuevo, lo sabía, y había perdido la cuenta de las veces que le había inyectado aquella sustancia. Sentía el estómago adherido a la espalda, arcadas todo el tiempo, mezclado con esos olores que jamás olvidaría, que lo estaban trastornando sin remedio.

Si lograba salir de ello, qué ocurriría, cómo superaría lo vivido.

Ella… su bebé, se repitió convulso.

La madera crujió y salió volando. No tuvo la fuerza para levantar la cabeza, pero sintió como Jan lo sujetaba del cabello con fuerza y le colocaba algo frío en la cien. Gimió intentando poner resistencia, ya era tan inútil.

Adormecido, entumecido, intentó enfocar. Notó que eran varias personas. Inmerso en esa bruma rogó porque al fin alguien lo sacara de esa pesadilla.

—Si se acercan lo mato —escuchó luchando por mantener los ojos abiertos, entender lo que ocurría.

—No quise creerlo, Jan, pero ¿qué has hecho? —Algo en esa voz le resultó familiar, aun así, no lograba enfocarlo, eran imágenes borrosas, sin definición. La boca la tenía tan seca, sus extremidades entumecidas, el estómago le ardía y sentía el pulso débil—. Mira lo que hiciste.

—Tú los trajiste —rugió su celador, su pesadilla, su horror personal.

Durante esas horas, o días, ya no sabía, le había confesado tantas cosas que no lograba ya enumerarlas. Le mostró los videos de Mariené, luego lo filmaba y reía al besarlo. La confesó su obsesión por él de forma detallada… mientras lo tocaba, lo probaba…

—¡Largo de aquí!

—¡No! Baja el arma —rogó la otra voz. Quiso hablar, pero a cambio Jan le dio de lleno con el arma en la cabeza y no supo más, de todas maneras, así lo prefería.

Capítulo 33

Aterrizaron al atardecer. Mariené estaba inquieta, aunque buscaba pensar con frialdad. Quizá exageraba, se dijo, lo cierto es que no podía dejar de pensar en él, en sus palabras, en ese gran monstruo que era su manager.

En cuanto tocaron piso norteamericano le marcó de nuevo. Silvano buscó a algunos de sus amigos, no encontraba ningún número. Decidieron ir directamente al apartamento de Maximiliano, de camino el celular de Silvano sonó.

—¿Sí?

—Silvano, soy Lenna…

En cuanto la escuchó supo que algo grave había ocurrido. Mariené lo observó, expectante, adivinándolo también.

—¿Qué ocurre?



Se dirigieron al hospital que les indicó, no les informó de más, solo que estaba con vida y que se recuperaría, que debía ir. En cuanto bajaron del taxi, Lenna apareció, pálida, ojerosa.

—Dios, ¡qué bueno que están aquí! —dijo abrazando al padre de Maximiliano, buscando la mirada de Mariené, que estaba a un tris de entrar en colapso.

—Por favor, Lenna, dinos qué ocurrió —la urgió él. La joven se cubrió la boca, llorosa, negando. Luego tomó aire y los enfrentó.

—Fue Jan, lo… retuvo dos noches, hace unas horas lo encontramos… Max tiene una sobredosis, además… le disparó en el brazo.

Mariené trastabilló, mareándose, enseguida Silvano la sujetó, desencajado. La mejor amiga de Max la observó, afligida. No merecían todo eso, ninguno de los dos.

—Llévanos con él —ordenó el padre sin soltar a la joven. Ané buscó fuerzas de ya no sabía dónde para mantenerse en pie, para enfrentar lo que ahora ocurría, para… verlo ahí, en una cama, en un hospital.

En el pasillo se encontraron con Connor y Cloe, lucían conmocionados de pie a un lado de la puerta. Mariené se acercó, temblando.

—Está inconsciente —informó el amigo de Max. Ella asintió y abrió, con Silvano detrás.

Nada los pudo haber preparado para verlo en tal estado. Maximiliano lucía demacrado, ojeroso, muy pálido, desaliñado. Respiraba por medio de ayuda, llevaba su brazo derecho vendado, adherido a su costado, tenía marcas en el cuello, hematomas en el rostro.

Se acercaron cautos.

—Dios… —sollozó ella, tomando con cuidado su mano donde estaba el suero conectado. Su piel fría, su gesto despojado de expresión. Sintió un peso en el pecho que la ahogaba—. Debo saber qué pasó —chilló agobiada, saliendo de ahí casi corriendo. Al cruzar la puerta se acercó a Connor, éste la observó—. Solo… no omitas nada, dime qué ocurrió —exigió trémula.

El hombro pestañeó con los ojos anegados.

—Es su pareja, debes decirle —intervino Lenna, entristecida. Connor asintió y con ademán le indicó que lo acompañara metros adelante. Cuando estuvieron solos, se sentó, ella también y se llevó las manos al cabello.

El corazón de Mariené danzaba agitado, tenso, ansioso.

—Jan y él se vieron el día que llegó y… de alguna manera, imagino que, con algún sedante, lo llevó a un motel. Pasó dos noches ahí… con él, ese demente… —Negó buscando las palabras y es que nada lograría que olvidara el momento en el que, al entrar, lo vio sin ropa, en aquella silla, sangrando, desmayado. Era evidente lo que había estado ocurriendo, tanto que hasta los policías se frenaron asombrados mientras Louis lloró horrorizado. Mariené sollozó cubriéndose la boca. No, no podía haberle pasado eso, no a él—. Gracias a la llamada que le hiciste a Louis, todo salió a la luz. Está detenido, enfrenta cargos. Louis logró hacerse del celular, de los videos. Ambos están a salvo, pero… Max no sé cómo logrará recuperarse de esto, la verdad no sé si sea posible siquiera.

—¿Por qué? —solo pudo decir ella, llorando, consciente de que fueron muchas horas ahí, con él, a solas, drogado.

Connor resopló.

—Maximiliano, al parecer, siempre fue su obsesión. Lo quería para él y de paso chantajearlo para que no dejara el modelaje. Iba a poner su propia agencia, así garantizaba que fuese parte de sus modelos.

—¡No! No… Es repulsivo, no… —rugió ella doblándose por el dolor que todo eso le provocaba.

—Lo es —consintió entristecido, luego la encaró—. Lamento mucho todo esto, Mariené, nadie tenía manera de saberlo, menos imaginar los alcances de ese loco.

—Pudo haber muerto —susurró ella, sorbiendo el llanto.

—Sí, fue un exceso la droga que le suministró, está delicado, pero bien monitoreado y apenas si llegamos a tiempo. Se encuentra deshidratado, no comió, la verdad está en muy mal estado… Escucha, vendrá la dueña de la agencia, la policía, yo me haré cargo. ¿Está bien? Él ahora te necesitará. —La joven asintió limpiándose las mejillas—. No nos despegaremos de aquí.



Cuando dieron la vuelta en el pasillo dónde estaba la habitación de Max, notaron que entraban médicos, enfermeras, deprisa. Mariené corrió al ver a Silvano afuera, con el gesto congelado. Al llegar quiso entrar, pero la detuvo rodeándola por las costillas.

—¡¿Qué pasó?! —quiso saber gritando, llorando.

—Su corazón, Mariené, no forcejees. El bebé —le recordó el padre del hombre de su vida. Reparó en él, lucía muy afectado, asintió y lo abrazó sollozando. Era una pesadilla, algo aberrante que no entendía por qué les estaba ocurriendo.

La puerta no se abrió después de unos minutos, mismos en los que personal médico entraba y salía. Al final una doctora se acercó a ellos.

—Logramos estabilizarlo, la cantidad de la sustancia que recibió generó esto. Está delicado, lo trasladaremos a terapia intensiva por veinticuatro horas por precaución —informó clavando los ojos en Silvano. Éste asintió, tenso.

—¿Qué posibilidades hay? —quiso saber.

—Es joven, fuerte, creo que tienes muchas, pero habrá que esperar…

—Necesito verlo —sollozó ella. La doctora dudó, observándola.

—Por favor, es su pareja, está embarazada, un minuto —rogó Lenna, colocándose a su lado. Mariené la miró de reojo, agradecida, pero ansiosa también. Había entrado y no le dijo que estaba ahí, que debía ser fuerte. La mujer asintió.

—No tarde, estamos por trasladarlo.

Al ingresar un par de enfermeras lo preparaban, tenía conectado a su pecho unos electrodos para registrar su actividad cardiaca. Lucía ajeno, perdido en su inconsciencia. Lloró de nuevo, acercándose. Aferró su mano y luego viajó hasta su rostro, besó su frente y respiró ahí, a un lado de su oído, esos aromas la afectaron, pero se obligó a pensar solo en él. Dios…

—*Il mio uomo*, estamos aquí, somos juntos, ¿lo recuerdas? Solo lucha, sal de esto. Te estaré esperando, *il mio amore* —murmuró para luego besar con dulzura su mejilla con barba de días. Acarició su cabello, reprimiendo el llanto.

No podía imaginar lo que pasó, lo que vivió y dolía tanto como si se lo hubiesen hecho a ella. Ambos estaban rotos y en más de una manera, pero la vida los cruzó por algo y no estaba dispuesta a ceder ni un ápice más. Él era suyo, ella era de él y aunque el destino se opusiera colocando esas trabas, esas trampas crueles, se juró que las derrotaría y lo tendría.

Pasaron la noche, esperando. Se obligó a comer, Silvano hablaba cada tanto con su madre, pero ella permanecía perdida en sus pensamientos. Connor se hizo cargo de la policía, además, Silvano después de hablar con él durante más de una hora y regresar desencajado, asumió también esa parte.

Más tarde llegó la dueña de la agencia con la que trabajaba Max, supo que era ella gracias a

Lenna, que silenciosa se mantuvo a su lado como una escolta constante. Con el paso de las horas comenzaron a charlar, a conocerse. Le fue sencillo abrirse a ella, era simpática, alegre, y aunque su ánimo no era ese, la hacía sentir menos angustia.

—Eres todo para él, Mariené —dijo de pronto ya muy noche, mientras ella bebía un zumo que Cloe le proporcionó. Todos estaban al pendiente de su salud, notó. La miró llorosa.

—Él lo es para mí.

—Eso me alegra. Sé que no fue siempre sencillo, pero al final lo consiguió… —apuntó suspirando. Ané sonrió con tristeza, asintiendo.

—Nunca se rindió.

—Ni lo hará.

—Necesito que salga de esto… —murmuró como al aire, entristecida, jugando con la pajilla de su bebida—. No tengo idea de cómo nos recuperaremos, solo sé que así será cuando logre salir de este lugar —sentenció en voz baja, pensativa.

Lenna, conmovida por lo mucho que notaba la compenetración entre ambos, la entereza de ella a pesar de haber pasado por aquello, por tener a un ser dentro que aún era frágil, acercó una mano a la suya y le dio un leve apretón.

—No puedo pensar en otra mujer para él, eres la ideal —expuso sonriendo con suavidad. Mariené sollozó, cerrando los ojos.

—Fue atroz lo que pasó… No sé si podré llegar a él de nuevo —soltó lagrimeando, encarándola.

—Tú también tienes mucho que superar —le recordó. La joven se encogió de hombros, hipeando.

—De alguna manera siento que no se compara.

—Un poco —concedió Lenna, evaluándola.

—Fueron muchísimas horas —argumentó Mariené, agobiada—. Su corazón casi se detiene, está delicado, un disparo en el brazo, lo golpearon en la cabeza y además… esos rasguños y marcas en su pecho, en su cuello, los golpes —sollozó cubriéndose la boca—. ¿Qué le hizo? —soltó tapándose ahora el rostro, llorando abiertamente.

Los ojos de Lenna se anegaron, no quería ni pensarlo. La abrazó durante un largo rato, luego llegó el silencio y Mariené dormitó sobre su hombro.

Silvano no la perdía de vista, le puso encima su chaqueta y se perdió en los recuerdos que tenía grabados con fuego, esos donde estaba lo que más amaba en el mundo: su hijo.

No concebía por qué tenía que pasar por algo semejante, es que simplemente no lo comprendía, ¿no había sido ya suficiente? Esas cosas no debían ocurrir a personas buenas. Dios, resopló asqueado por lo que Connor le había dicho. Simplemente no entendía cómo saldría adelante.

Observó a Mariené, tan frágil, vulnerable, pero ahí, a su lado. Sonrió al evocar cuando en Alghero, llegaron después de haber ido a cenar por ahí y ella estaba lastimada de un pie. En ese momento supo que ya todo estaba perdido entre ese par que había demostrado una y otra vez saber enfrentar lo que fuese necesario para estar juntos. No merecían eso, no era justo.

Marcia ya viajaba para Nueva York, no sabía qué haría sin ella en ese momento, se ahogaba, sentía quemarse vivo, eso sin contar la rabia desmedida hacia ese monstruo que estaba tras las rejas y

del que vería se le hundiera como era debido.

Ya había contratado un abogado en México que reclamaría la denuncia de Ané para agregarla al expediente de ese tal Jan, si debía gastar todo su dinero para hundirlo, lo haría. Oh, claro que sí.

Pero tal parecía que no sería necesario. La agencia de Max lo respaldaba, además, estaba el novio de ese tipo que, si no hubiese sido por él, quién sabe si Max seguiría con vida.

Supo que, paranoico por su actitud a últimas fechas, mantenía los pasos de Jan controlados por un localizador sin que lo supiera, cuando vio la ubicación la mañana en que Mariené le llamó, le marcó a Lenna y se movilizaron. De alguna manera intuyó que alguna locura estaba en curso y no falló.

Amaneció cuando Marcia llegó, la abrazó con fuerza, ésta lo besó llorosa, aturdida, luego se dirigió a su hija que se desmoronó al verla. La sostuvo agobiada, desesperada porque no podían estar pasando por algo semejante, simplemente no entendía por qué. La tomó por el rostro, lloroso, limpió sus lágrimas y logró que fijara su atención en ella.

—Todo esto pasará, lo sabes, ¿verdad? Te lo prometo, mi niña, y jamás te he mentido —sentenció buscando ser la fuerza para ellos, no tenía opción. La joven asintió, sorbiendo el llanto—. Maximiliano los ama, saldrá adelante. Tu hijo los tendrá a ambos, como debe ser.

—Sí… —musitó llorosa, tranquilizándose un poco.

—¿Recuerdas cómo es ir paso a la vez? —inquirió serena, o lo que podía. Ané asintió, evocando esos años dolorosos.

—Entonces paso a la vez. Vi un jardín afuera, hace frío, pero creo que podría ayudarte —propuso.

En cuanto sintió el césped frío bajo sus pies, suspiro sintiéndose un poco más ligera, aunque dolida en todo su ser. Su madre, con Silvano a su lado, la observaron.

—¿Quieres contarme lo que ocurrió? —preguntó ella, cauta, buscando su mirada que lucía tan contrita.

Los ojos del hombre se anegaron, la miró por largo rato y luego le narró lo que pudo sin romperse. Marcia absorbió la información perpleja, buscando no romperse tampoco. Ese hombre era un demente. Luego lo tomó del rostro, como lo hizo con su hija, besó esa boca que amaba y pegó su frente a la suya.

—Tiene muchos motivos para salir adelante.

—Temo que esta vez no logre verlos. Ha perdido mucho ya.

—Pero esta vez no perdió a nadie, debemos ser cautos, lograr que juntos salten esto como la familia que ya son.

—Maximiliano se esconde cuando algo lo rompe.

—Mi hija también, lo hizo por años, hasta que él apareció. Creo que ya no hay modo de que vuelvan a ello, pase lo que pase.

—Quisiera tener tu fe.

—Es la que me mantuvo en pie cuando Mariené enfermó, cuando he pasado por cada cosa que sale de mi control.

—Te amo, Marcia. Dios, no sé qué haría sin ti aquí.

—No necesitas saberlo, aquí estoy.



A mediodía la doctora informó que estaba listo para regresar al piso, que se encontraba estable y pronto despertaría. El alivio fue palpable. Mariené comió sin objetar y fue a un hotel cercano donde Marcia alquiló una habitación, a mudarse, darse un baño. Al regresar supo que lo estaban trasladándolo. Esperaron afuera, cuando pasó frente a ella, sus ojos se anegaron, aún continuaba inconsciente, pálido.

—Está despertando —avisaron—. Pueden pasar —autorizó el médico a cargo.

Mariené y Silvano fueron los únicos en ingresar. Una enfermera ya solo revisaba el suero, los detalles, mientras el médico tomaba notas. Ané se acercó a él, aferró su mano, no sin antes mirar a Silvano, quien la alentó. Lo acarició y luego acercó la mano a su rostro. Sus párpados aleteaban.

—Aquí estamos, ya todo pasó, Milian… —susurró con suavidad, aguardando. De repente su iris azul se clavó en el suyo, de forma abrupta, respirando agitado, hizo a un lado el rostro, al percibir su tacto quitó la mano, respirando sin cesar—. Milian, tranquilo —pidió agobiada, pero él respiraba cada vez con mayor rapidez. El médico se acercó. Éste retrocedió aún más, con la mirada desorbitada.

—¡No me toque! —gritó con las pocas fuerzas que tenía, enseguida fue consciente de su brazo, el dolor. Se quejó y cayó de lleno sobre las almohadas. Mariené, horrorizada, notándolo fuera de sí, le importó poco el médico y lo tomó por el rostro, decidida, con Silvano a un lado.

—Mírame, ¡mírame! —exigió con un tono que nunca había usado. Maximiliano, transpirando, evocando como en una pesadilla lo ocurrido, buscó hacerlo, notó que su padre estaba a un lado, parpadeó agitado.

—Debes tranquilizarte, no queremos sedarte —escuchó a un tercero, pero no lo miró, porque esas manos apretaban su quijada, esa mirada multicolor lo taladraba con urgencia.

—Aquí estoy, contigo. Respira —pidió autoritaria, comprendiendo su *shock*. Maximiliano, aturdido, comenzó a relajarse. Buscó, despacio, ralentizar su inhalación—. Eso es —musitó aquella voz que veneraba. Lucía pálida, ojerosa. El bebé. Recordó enseguida—. Estoy bien, y no me iré de aquí, ¿OK? Me he cuidado, pero ahora es tu turno —señaló mientras los demás guardaban silencio.

Lo soltó lentamente, alejando sus manos, adivinando que en ese momento cualquier caricia podría retraerlo, de nuevo.

Asintió apenas, sin soltar sus ojos, calmándose. La realidad y lo que vivió se entremezclaba, esas horas, esas infinitas horas a merced de ese degenerado. Sus ojos se ensombrecieron, su quijada se tensó.

Mariené lo notó enseguida. Ese monstruo lo tocó, trasgredió su boca, sus manos, su… mente.

—Tuviste una sobredosis, te dispararon en el brazo… Pero ya pasó el peligro —le dijo cauta,

midiendo sus reacciones. Lucía ajeno, frío.

—¿Dónde… está? —pudo preguntar. Los presentes supieron a quién se refería.

—Detenido —informó su padre. Maximiliano asintió, tenso. Luego miró al doctor, serio, inexpresivo.

—¿Cuándo saldré de aquí?

—Si continúas mejorando, en un par de días.

—Quisiera estar solo —solicitó girando su rostro, evadiendo las miradas. Mariené se tragó el llanto, el temor—. Mariené —la llamó cuando se alejaba, usando su nombre completo. Volteó, jamás la llamaba ya de esa manera—. Espera —requirió con voz ronca.

Se acercó a los pies de la cama. Silvano apretó su hombro y luego buscó la mirada de su hijo, que la esquivó de forma deliberada. Una vez solos, ella esperó. Lo entendía, claro que sí, pero no por eso dejaba de doler, por él, sobre todo, pero también por ellos.

—¿Sabes qué ocurrió? —preguntó con la garganta seca. La joven aferró la piecera, tensa. Al no obtener respuesta, la miró. Esos ojos azules solo derramaban hiel y quizá, miedo, logró notar—. No omitas nada —ordenó.

—¿Estás seguro? —inquirió dudosa. Él asintió, perdiendo la vista en cualquier punto lejano a ella. Mariené, buscando el valor que sentía extraviado, le narró todo. La expresión de él no varió, pero notó como a veces apretaba su puño o tensaba la quijada. Cuando terminó, la habitación se sumió en un silencio espectral, uno que nunca había experimentado a su lado. Esperó.

—Quisiera decirte que… estaré bien —soltó lúgubre, entumecido interiormente, doblegado.

—No necesito que estés bien, necesito que quieras estarlo —corrigió ella, en susurros. Maximiliano la encaró, tenso, sus ojos se anegaron ante su determinación. ¿Por qué? No cesaba de preguntarse eso una y otra vez, ¿por qué ellos? ¿Por qué así? ¿Por qué?

—¿Cómo podré ser lo que necesitas si ya no sé quién soy? —preguntó aterrado, vulnerable. Mariené lo evaluó, serena, alejando las ganas de llorar y gritar, con muchísimo esfuerzo.

—Yo sé quién eres. Y no tienes que ser lo que necesito, tienes que ser valiente —contraatacó tensa. Un par de lágrimas resbalaron por los ojos de ese hombre que amaba con bravura, con posesividad y anhelo.

—¿Cómo?

—¿Qué tal si lo averiguamos juntos? —propuso despacio. Él la miró, derrotado. «Juntos», eso se escuchaba tan ideal, tan inalcanzable ya.

—No soy el hombre del que te enamoraste. Me quebró, Mariené —admitió rabioso.

—Cuando enfermé de cáncer, aprendí algo que logró hacerme los días más llevaderos, algo que cuando las cosas se ponen mal, hago: día a la vez, Milian. Solo día a la vez.

—No quiero perderte, perderlos, pero no sé cómo tenerlos después de esto.

—Por eso no te preocupes. No tienes que hacer nada, porque nos tienes y no me alejaré de tu lado, a pesar de que lo desees. Mi lugar es contigo, aunque de nuevo sea un «casi».

—No quiero lastimarte.

—Confío en ti.

—¿Si entiendes lo que ocurrió? —preguntó irritado, frustrado. Los ojos de la joven se anegaron, pero asintió—. ¿Entonces? ¿Crees que podré ser el mismo de antes?

—No lo sé… Pero no me alejaré. Yo también tengo que recoger pedazos de mí y tampoco sé quién seré después de tanto… Lo que sí te digo es que no educaré sola a este bebé, este bebé que los dos deseamos y amamos. No me obligarás a hacerlo, porque te amo, lo amo y sé que no me equivoqué en entregarte todo lo que soy, tú lo mereces —determinó.

Maximiliano siguió la dirección de esas manos delicadas, esas que días atrás eran lo mejor del universo, colocarse en su vientre que aún era plano, pero que pronto mostraría mucho más de lo que nunca fantaseó.

Pasó saliva.

Se sentía vacío, distante, helado por dentro, pero ese gesto lo alertó porque, aunque no sentía en ese momento mucho o nada en realidad, su cabeza le dijo que, si la dejaba ir, perdería todo por lo que valía la pena luchar y se hundiría sin remedio.

La admiró más que antes.

—Estoy cansado —solo dijo, aturdido.

—Estaremos afuera… —murmuró entristecida. Algo en el pecho de Maximiliano pulsó, alerta.

—No. —Ella lo encaró desconcertada—. ¿Puedes… puedes quedarte? —preguntó bajando las defensas y lo cierto es que, si lo dejaba solo con sus fantasmas, sabía que lo someterían. Con Mariené, ahí, quizá no lo consumían. La joven asintió y se sentó en el sofá, lucía agotada, esperaba un hijo suyo, la habían drogado, tocado, y a pesar de todo, estaba ahí, por él.

La observó durante un buen rato, el mismo en el que ella lo miró, luego sus dulces párpados comenzaron a descender por mucho que, era evidente, luchaba. No perdió detalle y aunque se sentía sumergido en un mar oscuro, tétrico, contemplarla le dio un poco de esperanza, de paz en medio de tanta putrefacción y humillación que llevaba a cuestas.



Silvano entró más tarde, cuando ella le avisó que dormía. Lo observó en silencio, negando, con los ojos enrojecidos. Mariené lo abrazó con fuerza, le devolvió el gesto y permaneció ahí durante casi una hora.

—Estaré afuera, lo que sea me escribes. ¿Necesitas algo? —susurró para no despertarlo, irguiéndose. Ella negó, lagrimosa.

—No me rendiré, no con él —aseguró aferrando sus manos. El hombre la observó, entristecido y asintió.

—Lo sé, solo espero que él no lo haga —murmuró a cambio.



Las horas pasaron, Maximiliano despertaba sudoroso, ansioso, comía poco y no aceptaba que nadie se acercara. El médico habló con él sobre lo que le ocurría a su cuerpo, el colapso en el que se encontraba, el peligro en el que había estado. Le sugirió un psicólogo que Max rechazó.

Mariené no lo dejaba solo, era evidente que eso lo alteraba pues cuando salía por algo, o desaparecía de su campo de visión, lo encontraba agitado, nervioso, alerta. No lo tocaba, solo se acercaba y enganchaba su mirada en la suya azul, atenta, entonces el hombre iba relajándose.

Eva, la dueña de la agencia, volvió a pasar por el hospital y le comunicó a Connor que ellos se harían cargo de todo y hundirían a Jan, éste ya le había hecho llegar las pruebas de su traición.

Dorian, por su parte, estaba implicado junto con otro modelo en lo respectivo a Mariené, de todas maneras, Silvano puso al tanto a su abogado y lo habló con esa mujer que evidentemente se notaba consternada, pero lo hacía más por venganza. Le daba igual, lo quería bien refundido en prisión.

Max no aceptaba visitas, tampoco lo recomendaron en su situación. Él debía ir a su paso y era un camino largo, le hizo ver la psicóloga que se acercó para hablar con los familiares.

Marcia se encontraba preocupada por su hija, su nieto, lo que ocurría, el hijo de su esposo. Todo era tan atroz que no entendía cómo lo superarían, si siquiera era posible. La hombría de Maximiliano estaba totalmente mancillada, eso sin contar con la confianza rota, con el hecho de quién se lo hizo. Muchos elementos para superar. Por otro lado, Ané, abusada también, embarazada, con sus propios miedos…

Era torcido, asqueroso y no entendía por qué ellos.



Los amigos de Max iban y venían. La joven, paciente, lo instaba a comer con palabras dulces. Él solo le preguntaba sobre el bebé, se mostraba, dentro de todo, agobiado por saberla ahí, sin descansar bien, ni comer como debía… Se sentía tan rabioso, tan enojado.

—Debes irte —soltó cuando anochecía el segundo día. Mariené, al escucharlo, se irguió. Habían estado viendo algo en el televisor, o fingiendo que lo hacían, la realidad era que cada uno se encontraba sumido en su pesadilla, en su propia situación.

Lo encaró agotada.

—No —determinó, no la miraba. Llevaba su barba incipiente que lo hacía lucir tan masculino, aunque estaba tan pálido y ojeroso que contrastaba.

—Sí. Te arrastré a esto, fui egoísta y mira donde estamos. No seguiré haciéndolo. Nuestro hijo debe estar bien, regresa a México, yo… tardaré, pero iré… —y volteó, tenía los ojos empañados— cuando crea que estoy listo, cuando… no los arrastre a esta mierda que soy.

—No me iré —respondió sin agregar nada más, convencida. Él tensó la quijada.

—Piensa en el bebé.

—Pienso en él, en ti y en mí. No me iré. Mañana saldrás y estaré a tu lado, te guste o no.

—No seas necia. No es un juego. Vienen momentos tensos, no será fácil lidiar conmigo, con tus propias situaciones, con el juicio y demás… —intentó convencerla, con la rabia comiéndolo, la impotencia corroyéndolo.

Ané se levantó, se acercó y dejó su rostro a una distancia prudente del suyo, determinada, recargando las manos en el colchón.

—Cuando me abrí a ti, ese momento en el que decidí al fin hacerlo, fue irreversible. Sé que no será fácil, nada lo será, pero no me iré, aun así. Y puedes no querer tocarme, que te toque… que me acerque de más, está bien, ahora mismo yo tampoco puedo aguantarlo. Pero esto es lo que hay, lo que somos y no harás que me vaya. Tú estás conmigo, y yo contigo —sentenció. Max, con los ojos bien abiertos, se tensó aún más.

—No puedo vivir pegado a ti.

—Sé que en algún punto lo superaremos.

—¿Y si no? —cuestionó aturdido.

—¿Y si sí? —contraatacó con aquella misma pregunta que él mismo le había hecho cuando hablaron sobre su cáncer.

Maximiliano suspiró perdiendo la vista en la lámpara ubicado sobre él. Las horas pasaban tormentosas, lentas, llenas de imágenes repulsivas, evocaba olores, ese maldito tacto, lo mucho que suplicó perder la conciencia, que el tiempo se desvaneciera, que lo dejara inconsciente de una maldita vez. Su lengua en su boca y más…

Apretó los puños, colérico.

—¿Estás segura? —inquirió en susurros, posando su atención sobre ella, vencido. Era tan hermosa, aun así, desaliñada, con su cabello castaño suelto, esas ojeras.

—Sí —confirmó Mariené, acercándose más, despacio. La observó nervioso.

—Quisiera no recordar lo que ocurrió —musitó vulnerable, bajando las defensas al sentirla tan cerca. La joven asintió comprendiendo, luego, con sigilo, acercó un dedo al suyo, apenas un roce. Maximiliano lo observó, aturdido por lo mucho que ella le generaba a pesar de ¿lo que estaba viviendo. Era como de pronto sentir, aunque de inmediato la sensación desapareció y el vacío lo consumió.

—Ni yo… —admitió con los ojos anegados. De pronto, por instinto, por necesidad, él envolvió sus dedos con la poca fuerza que tenía.

—Lo lamento —dijo con suavidad, entristecido. Ella sonrió apenas, negando.

—Estamos aquí, eso debe ser suficiente por ahora.

Capítulo 34

Al día siguiente lo dieron de alta. Silvano entró poco antes de que abandonara el hospital, cuando Mariené salió a desayunar. Al verlo, Maximiliano desvió la vista, se sentía tan sucio.

—Mírame, hijo —pidió buscando sonar sereno, éste apretó la quijada, respirando profundamente.

—No puedo —aceptó embravecido.

—Sí puedes. Soy tu padre.

—De nuevo yo soy un motivo de tristeza, de preocupación. Soy patético.

—Eres un hombre fuerte, resiliente, que logrará también pasar esto —aseveró férreo. Entonces Maximiliano lo encaró, rabioso, contenido, desencajado.

—¿Cómo puedes asegurarlo? ¿Alguna vez te ha tocado alguien sin tu permiso? Me obligó a hacer cosas asquerosas y no logro pasar la puta saliva sin sentir ese jodido sabor. Quiero matarlo y la única forma que he logrado pasar las horas es ideando la manera más torcida de hacerlo. Lo mataría, si lo tuviera enfrente lo haría… o quizá… me paralizaría como un puto cobarde. Siento todo y a la vez no siento nada. Me estoy consumiendo y llenando de odio. ¿Tienes una maldita idea de cómo lidiar con esto? Porque yo no. —Se llevó la mano al cabello, con fuerza—. Y la veo aquí, decidida y sé que no puedo rendirme a todo esto que me está absorbiendo, pero ¿cómo logro lo contrario? No tengo paz, la furia me gana. No quiero dañarla, ella también lo está y, Dios, lleva a nuestro hijo en las entrañas. Esto es una puta miseria, una maldita pesadilla.

—Lo es —confirmó su padre, de pie a un metro, sereno, aunque roto por dentro—. Y sí, lo que te ocurrió es una jodida asquerosidad que quizá nunca logres borrar de tu vida, pero que espero no permitas que la defina.

—No sé cómo —aceptó Maximiliano, contenido.

—Hijo, jamás imaginé que algo así podría pasarte, solo te suplico que tomes la ayuda que se te da, que no nos alejes.

—Mariené no quiere irse, se lo pedí, por el bebé, por ella…

—Luchaste mucho por tenerla, lo lograste, ya no hay marcha atrás.

—Lo sé, pero no quiero sumergirla en esto.

—Ya está sumergida. Quizá juntos…

Maximiliano negó, tenso.

—Creí tener todo controlado, de mi lado… Fui un imbécil

—No lo fuiste. No tenías manera de saber lo que ocurriría, tal como ella.

—¿Qué hay del juicio? ¿Qué ocurrirá? —quiso saber cambiando de tema, con el nudo en el pecho, con esa bola atorada en medio de la garganta, pero necesitando un distractor, el que fuera y si era refundir a ese enfermo en prisión, más.

Lo puso al tanto de todo, no mostró asombro, no mostró nada, era como si se encontrara en neutro. Dolió tanto verlo así, y comprenderlo, más. No tenía idea de si lograría darle la vuelta, pero en definitiva no le haría ver su temor, no lo necesitaba.



Cuando dejaron del hospital Maximiliano lucía ausente, sus amigos se mostraron cautos y no se acercaron demasiado, estaban al tanto de que él, por ahora, no lo soportaría, además de que el personal médico lo advirtió. Salió en silla de ruedas, que Silvano guiaba, con una Mariené al lado silenciosa, notablemente cansada.

Connor los llevó a casa, no cruzaron palabra. Una vez ahí él bajó por su propio pie, lo miró apenas un segundo y asintió agradeciendo para enseguida entrar a la torre, observando inseguro a su alrededor, aunque iba flanqueado por su padre, Marcia y Mariené.

Entraron al apartamento, Maximiliano dejó las llaves que Lenna le había dado en donde solía, sabía por su padre que sus efectos personales ya estaban ahí, que cuando los encontraron la policía se los había dado a Lenna y ésta los dejó en aquel lugar que no le hacía sentir nada.

—Gracias —solo dijo y subió por las escaleras, silencioso. Glu salió de su escondite, no lo miró. Mariené, con el pecho estrujado, recibió al gato en sus brazos y lo acarició, con la mirada empañada.

—No creo que sea buena idea dejarlos aquí, solos —volvió a decir Marcia. Su hija la miró de reojo.

—No hay otra opción. Estarán cerca y cualquier cosa les hablo —susurró pesarosa. La mujer asintió observándola, mientras Silvano subía su equipaje que era poco a la planta alta.

—Ya, está bien, no insisto. Revisaré la despensa, deben tener comida, además ya hablé con tu hermana, te mandará lo que necesitas —señaló práctica, así era ella—. Y tú ve a descansar, Silvano y yo nos haremos cargo —expresó acunando su barbilla.

La joven aceptó agotada. Maximiliano ya se había encerrado en su habitación. Suspiró y subió con Glu en sus brazos, entró a la recámara de visitas con él, lo dejó sobre la cama y se recostó perdiendo la atención en la ventana. El llanto retornó, silencioso y lo dejó salir llena de confusión, de rabia e impotencia, al final el sueño la venció y cayó dormida en ese lugar tan cerca y lejos de él.



Maximiliano permaneció de pie frente a la ventana durante horas, perdido en una bruma oscura que

lo envolvía como una manta que pretendía asfixiarlo. Se llevó una mano al brazo. Un disparo, el tipo el verse acorralado le había dado un disparo que falló. Louis lo había salvado. Él sabía que ese bastardo lo deseaba, siempre lo supo al parecer, pero no podía culparlo por ello, el hijo de perra estaba loco y no tenía manera de saber que haría algo semejante, solo que si… él se hubiese enterado antes, quizá habría hecho las cosas de otra manera.

Se sentía responsable, sucio, tan roto.

Tomó como pudo una larga ducha. Se restregó con fiereza, luego recargó la frente en el mosaico y con los ojos abiertos golpeó la pared, colérico. Jamás había experimentado tanta rabia, lo estaba acribillando.

Frente al espejo notó los hematomas, los enrojecimientos en varias partes, su quijada amarillenta por los golpes. Se observó ahí, de pie, serio, evitando posar la mirada en su masculinidad, esa que tocó sin su permiso. No se reconocía, no se encontraba por ningún sitio. Presa de la impotencia tomó una de sus lociones y la aventó al espejo. Este se quebró en medio de un ruido sordo.

Sonrió con desquicio. Era mejor así, no resistía ni verse.

Se puso un pantalón holgado y al salir su padre ya tocaba. Abrió despacio.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber, observando cómo se ponía la camiseta con dificultad, pero no se acercaría, ya lo tenía muy claro.

—Nada —respondió con tono ausente. Mariené sin preguntar entró, lo miró y luego fue al baño, se quedó de pie ahí, frente a lo que había hecho. Silvano prefirió dejarlos.

—¿Por qué? —preguntó ella, con el rostro hinchado. Al verla notó que, por un lado, había llorado, por otro, la había despertado. Apretó los puños cuando se agachó para alzar los trozos.

—¡Suelta eso! —exigió acercándose, tomándola por la muñeca, haciendo que se levantara. Ambos observaron su mano, rodeándola. Respiraron agitados—. Yo me haré cargo, lamento haberte despertado —susurró contrariado, pero sin soltarla.

—¿Por qué lo hiciste? —necesitó saber ella, soltándose con delicadeza, avanzando al interior de la habitación. La miró desde el marco, atribulado.

—Debes dormir.

—No puedes levantar eso, estás herido, deberías estar descansando también.

—No necesito que me cuides —gruñó impotente. La joven bajó la mirada, asintiendo.

—Pudiste haberte lastimado —apuntó despacio. Maximiliano solo la observó. Dios, la amaba, en medio de toda esa mierda lo supo al verla ahí, con esos calcetines, las mallas, esa camiseta clara y el cabello despeinado.

—No ocurrió —solo pudo decir porque de verdad no lograba hablar más, aunque hubiese querido tomarla de la mano y recostarla sobre su cama para que descansara de una maldita vez. Mariené asintió apesadumbrada y salió de la habitación, silenciosa. Maximiliano se sentó en la orilla del colchón, aferrando su cabello con fuerza. ¿Cómo saldrían de todo aquello?



No durmió, solo se sentó en aquel sillón y perdió la vista en el exterior de esa ciudad que sentía odiar con todo su corazón. Ya las luces de Nueva York se distinguían con claridad cuando alguien tocó a su puerta. Era su padre, se marcharían y habían dejado comida preparada. Mariené dormía al parecer. Solo asintió para enseguida evadirse de nuevo.

Despertó gracias a lo incómodo de su posición. Debía comer, tomar los medicamentos. Se planeaba lavar el rostro, pero era imposible en su baño, así que fue al de la habitación donde solía hacer ejercicio, la de visitas estaba cerrada. Pasó saliva posando una mano sobre la hoja de madera y fue a resolver sus necesidades.

Bajó y se topó con ella, desayunando solitaria en la cocina. Su pecho de nuevo se sintió pesado. Dudó en avanzar durante unos segundos, los mismo que la pudo contemplar de espaldas. Luego anduvo despacio, percibiendo que ella lo miraba, pero no dio acuse de siquiera saberla en el mismo espacio. Se sirvió café, luego con un zumo pasó sus medicamentos.

—Hice huevo, por si deseas —la escuchó. Asintió y sacó un plato, se sirvió con descuido y se sentó en la silla más alejada, pinchando sin afán lo que tenía enfrente—. ¿Dormiste?

—Por favor no lo hagas, solo cuídate a ti, al bebé. Yo me hago cargo de mí —zanjó con frialdad. No deseaba hablarle de esa manera, pero de su boca no salía nada salvo esa voz osca, esas palabras cargadas de frialdad, de rabia.

—El juicio empezará pronto, debemos tener la entrevista con los psicólogos —dijo ella, intentando no tomar a personal esa actitud, buscando, por todos los medios, también reparar su mente, su rabia.

Había dormido bien, pero despertaba a ratos, agobiada, de pronto las imágenes de aquella noche se enredaban en su mente, luego el bienestar del bebé, para coronar con él perdido, ausente y tan lejano.

—¿Debemos? —preguntó dejando el tenedor caer sobre el plato. Mariené respingó, pero continuó comiendo, sin verlo, aunque sentía su mirada sobre sí.

—Decidí ser parte de esto. Si ha de tronar, que truene completo.

—¿Entiendes en lo que te estás metiendo? Habrá medios, tu vida personal no existirá mientras las cosas estén así.

—Se están tomando las medidas necesarias, según sé por Connor y tu padre, sobre todo por Eva; quiere hundirlo, pero evitando que se haga mediático.

—Vaya, estás al tanto de todo.

—Sí, y no será de otra manera —determinó encarándolo al fin.

Cuando sus miradas se toparon, el tiempo se diluyó, la ansiedad de sentirse, de tocarse, de estar uno al lado del otro llegó con una abrumante puntería. Pero ambos sabían que no podían, eso dolió aún más.

Max asintió y rompió el contacto.

—Será difícil.

—Para los dos —completó Mariené, estudiándolo, notando su contención, esa que ella misma experimentaba, aunque en menor escala, lograba notar.

—Sí, tienes razón. Solo que tú llevas a nuestro hijo.

—No lo olvido —dijo, volviendo la atención a su plato. Había amanecido con náuseas, lidió con ello por un rato, luego decidió salir de la habitación, aun con poco apetito debía comer. Se sentía tensa, firme a pesar de que esa tormenta buscaba tumbarla a toda costa y era tan cansado no dejarse caer, pero no podía, no lo haría—. Escucha, sé que no quieres recibir ayuda, en el hospital lo dejaste claro, pero es necesario independientemente del juico que lo hagamos.

—Haré lo que sea para hundirlo, pero comprenderás que no quiero estar recordando una y otra vez lo que pasó… —gruñó dejando de lado el plato. Esa piedra en la garganta solo crecía.

—Lo entiendo, aun así, espero que cambies de opinión. Yo buscaré ayuda.

Maximiliano la observó de reojo, molesto. ¿Cómo hacía para sacar la cara con esa fiereza? A su lado se sentía absurdo, idiota, pero no lograba lidiar con lo que su mente proyectaba cada puto segundo, que lo arruinaba para vivir lo que deseaba a su lado, ser libre desde el pensamiento hasta en el cuerpo. Sin decir más, se levantó y alejó deprisa, agitado.

Mariené, con el pecho comprimido, escuchó sus pasos sobre la madera, luego la puerta de su habitación cerrarse. Sus ojos se anegaron, dejó la comida ahogándose y salió a buscar ese aire fresco que ansiaba, que necesitaba. Abrió la terraza y aspiró, deseaba el césped bajo sus pies, pero le aterraba la sola idea de andar sola por la calle, aunque fueran dos cuadras hasta ese asombroso parque. Se dobló sobre si misma, ya sentada y comenzó a llorar, meciéndose.

No, no lo lograrían, por muy fuerte que quisiera parecer no podría siempre serlo, no tenía las fuerzas, el alma para ello. Se limpió las lágrimas, agobiada. Quizá sí debía irse, alejarse, pero… no podía, él estuvo ahí, la sostuvo, le creyó. Maximiliano no solo dudaba de su entorno, tal como ella en ese momento, si no de sí mismo, de su propio ser. Eso le había dicho la psicóloga y lo entendía, por lo mismo no podía ni quería dejarlo solo.

Quizá en ese momento era como una piedra en el zapato, quizá la odiaba por empecinarse, pero de alguna manera eso lo mantenía en el aquí, luchando con su situación. Si se iba perdería el motivo y no, no lo podía permitir. Se acurrucó en aquel frío lugar y dejó a su mente viajar a aquellos momentos compartidos, que ya eran tantos.

Lo amaba, no daría marcha atrás.

—Ary… —escuchó entre sueños, se removió y gimió por el frío. Era Silvano. Lo enfocó entumecida—. Dios, está helado aquí afuera. Ven, entremos —propuso y le tendió una cobija para que se cubriera los hombros. Se incorporó y la tomó.

Al entrar notó que Maximiliano bajaba, la observó intrigado, pero no cruzaron palabra, los dientes de Mariené castañeaban, necesitaba una ducha. La vio pasar sin despegar la mirada de su delgado cuerpo envuelto en aquella cobija. Cuando cerró la puerta de la habitación que ocupaba, encaró a su padre.

—Vine a cerciorarme de que todo esté bien y no necesiten nada. Estamos alojados en un hotel a un par de cuadras —le informó inspeccionándolo.

Increíblemente estaba más delgado, continuaba ojeroso, pálido.

—¿Dónde estaba Marienè? —preguntó intrigado, con esa vena protectora que era parte de lo que ella le despertaba. Silvano, a los pies de la escalera, lo evaluó.

—La encontré dormida en la terraza, estaba helada —respondió estudiando sus reacciones. Las cosas evidentemente no iban bien y presentía que no mejorarían.

—El clima no está para eso —gruñó irritado.

—Bueno, quizá deberías decirle tú. Me marcho, tienes mi teléfono, marca cualquier cosa.

—No deben quedarse aquí, necesitan regresar a México —dijo indiferente. Su padre suspiró.

—Lo sé, pero prefiero estar cerca unos días.

—Ella debería regresar con ustedes —murmuró con la voz menos convincente que hacía un segundo.

—No lo hará —determinó escrutándolo.

—Aquí no es su sitio.

—Debiste pensarlo antes…

—¿Qué intentas decirme con eso? —indagó, molesto por sus palabras. Silvano ladeó el rostro. No lo compadecería, no era lo que su hijo necesitaba y tampoco lo que funcionaba con él.

—Exactamente eso. Cuando decidiste comenzar algo con ella, ya no tuvo reversibilidad, así que, si deseas terminar con Marienè, alejarla junto con tu hijo y arruinar tu vida por lo ocurrido, hazlo tú.

—¡No tienes una puta idea de lo que estoy viviendo ahorita! —gritó bajando un par de peldaños, los mismo que su padre subió.

—¡No, no tengo una puta idea! Sé que necesitas tiempo, lamentablemente, Maximiliano, ese bebé no los esperará, nacerá… Y debes decidir si lo hará bajo estas circunstancias tétricas o con tu cabeza en alto, enfrentando a su vez esta atrocidad que viviste.

—No te atrevas a decirme que estoy siendo un cobarde.

—¡Jamás lo dije! Y es muy pronto, muy reciente, pero evadiendo no avanzarás, te lo aseguro.

—¡El hijo de puta me tomó! ¡Me tocó! ¡Me rompió! ¡No queda nada de mí! —bramó con todo su enojo explotando.

Silvano tuvo que respirar con fuerza para no abrazarlo, para no salir hasta ese puto lugar donde estaba detenido ese cabrón y matarlo con sus propias manos. Pero no podía, su hijo era lo importante y ayudarlo a que eso no arruinara su vida era lo elemental, lo que debía hacer por mucho odio que experimentara. A cambio se acercó más, lo tomó por el cuello con firmeza y clavó sus ojos en los suyos.

—¿Le vas a ceder tu vida? ¿Tu futuro? Lucha, carajo, permite que te ayuden. Esta mierda es demasiado como para que solo la puedas superar. No se trata de fuerza se trata de coraje. No le permitas arruinar tu futuro, el de ellos. ¡No lo hagas! —suplicó con los ojos anegados, los de Maximiliano estaban igual—. Eres mi hijo, te admiro, sé de qué estás hecho, pero no puedo recoger tus pedazos y pegarte, eso es tu trabajo. Habla con la psicóloga, hazlo, aunque todo el miedo que sientes te intente detener, porque esa es la única manera de que salgas de esto y tú, hijo —dijo apresando su nuca con más decisión—, mereces esa vida que tanto anhelas, la mereces de una maldita vez —determinó soltándolo, agitado.

Maximiliano, perturbado, vulnerable como hacía años no se había sentido comenzó a llorar

derrotado frente a ese hombre que tanto amaba. Su padre lo tomó cauto por el brazo sano, y sin verlo venir, su hijo lo rodeó con fuerza, drenándose.

Silvano soltó el aire, dolido, pero aliviado a la par. Maximiliano no se escondería, no lo haría esta vez.

—Tengo miedo —aceptó al fin. Silvano derramó las lágrimas, impotente.

—Lo sé, pero no le cedas tu vida o perderás todo lo que has conquistado.



Cuando estuvo solo, decidió que podía preparar algo de comer. Sentía un peso en el pecho que aún lo ahogaba, pero con una pequeña esperanza. Tenía el teléfono de la terapeuta en una tarjeta, entre sus cosas, aún no se decidía, pero debía hacer la cita para lo referente al juicio.

Solo logró preparar unos emparedados, el brazo no le permitía hacer mucho más. Se comió el suyo en silencio, sin hambre, pero obligándose. Mantener la mente en blanco ayudó un poco. Subió al terminar, tocó la puerta de Ané, no respondió. Esa vena de agobio apareció a pesar de todo y abrió con cuidado. Estaba tumbada sobre la cama, cubierta por esa manta, absolutamente dormida.

Sonrió por primera vez en días, no tenía ni idea de por qué, pero saberla ahí, necia, segura de alguna manera, logró eso que solo ella: hacerlo sentir. Dejó sobre su mesa de noche el sándwich y salió despacio.

Limpió los vidrios desperdigados por el baño. El que no hubiese espejo le pareció bueno por el momento, luego bajó y prendió el televisor de la sala. Glu se acercó lentamente, solía brincarle encima, pero era como si supiera que no debía. Max lo observó durante un largo minuto.

—¿Qué ocurre? ¿No quieres acercarte? —preguntó serio. El gato maulló, dando otro paso. Maximiliano suspiró dejando caer la cabeza en el respaldo—. No te lo hecho en cara, ni yo sé quién soy —murmuró abatido. Glu, de un salto, se posó en su regazo, luego se restregó y recostó sobre sus piernas. El gesto le arrancó otra sonrisa, no una llena de alegría, pero una al fin. Pasó la mano por su pelaje—. No sé cómo enfrentar esto… —admitió mientras su gato cerraba los ojos ante sus caricias—. Pero por lo menos tú sí me reconoces.

Capítulo 35

Marienè se sentía agotada, ya su madre la había convencido para que juntas fuesen a caminar por el parque, pasaron ahí una mañana, silenciosas. Tenía la cita con una psicóloga esa tarde, ella la acompañaría y supo, por Silvano, que la mañana siguiente la tendría él.

No se hablaban, solo lo indispensable, pero Max le dejaba el desayuno, comida y cena en una mesa frente a su habitación. Lo escuchaba ver televisión en la parte baja del apartamento, hacerse cargo de la cocina, de Glu incluso, pero entre ellos, nada. No sabía cómo acercarse, y tampoco parecía que él lo deseara. Su teléfono sonaba cada tanto, no respondía, lo cierto era que solía permanecer recluida en la habitación, o abrigada en la terraza. Había hablado con su padre, sin ponerlo al tanto, simplemente no sentía ánimos, también con su hermana cada tanto, con David que insistía en saber que ella se encontrara cuidándose.

—Nos iremos el domingo —informó su madre, mientras caminaba a su lado sin zapatos. Marienè asintió silenciosa—. Tus cosas llegan mañana, ¿hablaste a tu trabajo, a David y tu hermana? —quiso saber.

—Con ellos hablo un poco todos los días. En mi trabajo… No saben que me moví de México, necesito la computadora para poder terminar los trabajos, avanzar con los nuevos.

—A lo mejor eso te distrae —propuso su mamá. Marienè la miró, sonriendo apenas, como últimamente. Parecía una velita apagándose.

—Sí, puede ser —aceptó con voz suave. Marcia la detuvo, acarició su rostro y la estudio por un momento.

—¿Podrás con esto?

—No lo sé, pero quiero intentarlo. Nos necesita, yo lo necesito —admitió atribulada. La mujer asintió rodeándola.

—Sabes que puedes marcharte cuando lo desees, ¿verdad? —Su hija asintió suspirando—. Sé que es muy pronto, pero me preocupa esa indiferencia entre ambos —señaló agobiada. Marienè se separó, llenando de aire sus pulmones, perdiendo la vista en el cielo.

—No estoy a su lado porque sea sencillo, mamá, sino porque precisamente, aunque no lo ha sido, él jamás desistió.

—Pero ahora mismo veo difícil que logren algo.

—Solo recordarnos, saber que estamos ahí… Que, aunque todo se caiga, estamos juntos —murmuró serena. Su madre acarició su mejilla, luego besó su frente.

—Eres muy valiente, mi amor.

—Solo lo amo.

—A pesar de todo, sé que él a ti también.



Esa tarde fue difícil, hablar de lo ocurrido, abrir la herida hacía ya poco más de dos semanas, la hizo temblar incluso. La psicóloga era hispana, así la asignaron, le cayó bien y decidió que ella podría ser quien la ayudara así que programaron otra cita para la siguiente semana.

Al llegar a casa lo único que quería era dormir. Su madre la dejó en el umbral del apartamento, no quería irrumpir en esa extraña intimidad que se percibía entre ambos, ni incomodar a Maximiliano.

Él la escuchó entrar, desde la cocina, preparaba algo para que comieran. Eso últimamente lo distraía de los pensamientos lacerantes. La vio pasar y luego escuchó que se encerraba en su habitación. Cerró los puños, sabía bien donde había estado, al día siguiente sería su turno y no podía sentirse más perturbado, pero en ese momento le agobiaba más ella.

Terminó de cocinar y subió, dejó su comida en el mismo lugar de siempre y cuando iba a tocar, la puerta se abrió. Se miraron durante un largo segundo. Mariené tenía la nariz enrojecida, los ojos hinchados, sin pensarlo se acercó y lo rodeó con fuerza, sollozando.

Maximiliano no se movió, percibió su aroma delicado, su cuerpo delgado y trémulo que tan bien conocía, muy cerca del suyo. La joven no lo soltaba y, con temor, luchando con sus demonios, la rodeo simplemente porque no podía pelear contra eso, porque, de alguna manera, ella lo hacía sentir lo que era, reconocerse por lo menos un poco, porque… Mariené lo necesitaba.

Cuando el llanto disminuyó, Ané se separó, despacio, arrepentida. Se limpió el rostro húmedo.

—Lo siento, es que…

Maximiliano negó desconcertado, pero tranquilo en realidad, cosa que lo asombró.

—No pasa nada. No debió ser sencillo —expresó conciliador. Mariené negó desviando la mirada.

—No, ni un poco. Dolió… Tengo tanto coraje, me siento tan estúpida por haberme metido sola en todo esto, tan culpable por haberte arrastrado, porque de no haber ido nada de esto hubiese ocurrido —chilló agobiada.

El hombre la observó descompuesto, dudoso, se acercó de nuevo.

—¿Cómo puedes pensar eso? —preguntó atónito—. Eres la menos culpable aquí —declaró decidido, pero Mariené negó llorosa.

No pudo más y la rodeó de nuevo con su brazo sano. Se sentía bien, extrañamente bien, notó rodeando su cintura delgada, perdiéndose en su aroma a mujer, a ella. De pronto sintió el aliento de la joven en su cuello, eso lo descolocó y la soltó confuso.

Ané se percató, culpable se alejó.

—Lo siento, lo siento… —se excusó y trastabillando tomó la charola, le dio las gracias con la mirada y entró a su habitación dejándolo ahí, perdido, desconcertado.

Ninguno durmió esa noche, a la mañana siguiente Silvano pasó por él. Entraron a aquel edificio muy clásico ubicado en los suburbios. Su respiración iba deprisa, sus palmas sudaban. Silvano notaba su actitud, habían sido tan difíciles esos días sabiendo a su hijo así, a la hija de su esposa igual. Pero ambos estaban de acuerdo en que debían darles su tiempo, dejar que intentaran contenerse pues eso parecía que buscaban.

Maximiliano se detuvo antes de entrar, y volteó a verlo, agobiado.

—Fácil no será, Milian, pero inténtalo, tienes mucho a favor —lo alentó.

—Lo sé, solo a veces no logro verlo, sentirlo —admitió. Silvano colocó una mano sobre su hombro, suspirando.

—Para eso estás aquí.

—Y para hundirlo, como lo hizo conmigo —rugió con coraje. Su padre posó su atención sobre sus ojos azules.

—Tú puedes tener una vida, una tan maravillosa como tu coraje para salir de esto, él… él está donde debe y ahí se acabó todo —apuntó práctico. Maximiliano asintió despacio.

—Gracias por acompañarme, papá. Puedo regresar solo.

—Lo sé, pero no quiero que lo hagas, me aburro sin ocupaciones, ¿sabes? Aquí te espero —determinó relajado.



La sesión fue complicada, muy complicada. No pudo hablar mucho, casi sufre un ataque de ansiedad, pero el hecho de que fuese mujer logró que pudiese decir solo un poco de lo que lo perturbaba dormido y despierto. Tendría otra sesión en tres días. Llegó a su apartamento y vio a Mariené en el comedor, tecleando en su *laptop*, supuso que su madre se la habría llevado.

Respiró hondo, con la rabia carcomiéndolo. No lo lograría, no podía quitarse ese asco, los aromas, las sensaciones, ojalá lo hubiese drogado hasta la puta inconsciencia.

—Hola… —dijo ella, inspeccionándolo desde su lugar. Maximiliano avanzó, se posicionó del otro lado del comedor y aferró el respaldo de la silla, contenido.

—¿Por qué no te marchas con nuestros padres pasado mañana? —propuso serio, odiándose por hacerla pasar aquella pesadilla. Mariené pestañeó, su labio tembló. Lucía muy cansada.

—Porque mi lugar está contigo, ya te lo dije.

—¿Por el bebé? —replicó frío.

—Por lo que hay entre nosotros…

—No hay nada, Mariené, date cuenta, ya no hay nada —gruñó con el pecho pesado, notando como el gesto de ella se descomponía a un grado tal que enseguida se arrepintió de haber dicho aquello. Lo cierto es que estaba en el fondo, muy en el fondo y no veía siquiera la luz como una

esperanza. La joven bajó la vista hasta su *laptop* y, con los ojos anegados, siguió escribiendo—. Escucha…

—Necesito trabajar —lo cortó sin verlo. Maximiliano respiró agobiado.

—Las cosas ahora… —comenzó, pero ella tomó su computadora, arrastró la silla hacia atrás y se levantó.

—Lastimarme no hará que sanes más rápido —aseguró dejándolo solo en la estancia.

El hombre, al escuchar la puerta de su habitación cerrarse, lleno de una impotencia cruel, cargó la silla y la estrelló contra la duela, rabioso. Iba a buscarla cuando su celular sonó, era Lenna, ya tenía muchas llamadas perdidas suyas, sopesó no responder, pero al final, con la furia aun circulando por su piel, contestó.

—¿Qué ocurre?

—Hola, Max… No preguntaré cómo te encuentras, lo adivino, solo… me gustaría pasar a verte.

—No es momento —contestó con sequedad

—Nunca lo será… Somos amigos, estamos preocupados, iré sola. No tienes que hablar, solo…

—Lenna —la nombró serenándose, recargando la cadera sobre la mesa.

—Nada, anda. Un rato —rogó. Maximiliano apretó la quijada.

—Necesito aire.

—Genial, te encuentro abajo en diez minutos, vamos a caminar.

—No lo sé.

—*Central Park* está a nada, yo estaré a tu lado. No tienes que hablar si no quieres.

—OK —aceptó y colgó descolocado. Alzó la vista y apretó la quijada, no debió decirle aquello, pero no se sentía con fuerzas para más. Levantó la silla, tomó sus medicamentos, dejó una nota sobre la mesa diciendo que saldría y se fue.



Marienè escuchó la puerta, su corazón dio un brinco. Ya no lloraba, solo se sentía entumida, perdida y sí, un tanto irritada. Se acercó a la ventana y dejó salir un suspiro, rodeándose, perdiendo la atención en los árboles, en los edificios. Quizá sí debía regresarse el domingo, intentar superar su propia situación sola por su bien, por el del bebé, por el de él.

Se sentó en la orilla de la cama, acunó su vientre y sonrió un poco. Era increíble lo mucho que ya lo amaba, que lo ansiaba sin conocerlo. Extraviada en lo único que en ese momento le generaba dulzura, paz, se imaginó cómo sería, su habitación, las cosas con las que podría decorarlo.

Más tranquila retomó el trabajo; estaban un poco molestos con su tardanza, así que debía esforzarse, había que pagar la renta, los gastos propios de su apartamento, aunque no estuviese ahí.

Una hora después notó que él no regresaba, la angustia y aprensión la embargaron, pero se obligó a tranquilizarse y continuar. Casi dos horas y bajó, desconcertada. Su celular estaba en la mesa, al lado una nota en la que solo decía que saldría, así, escueta.

Suspiró torciendo la boca, tomó un poco de agua, buscando tranquilizarse, quizá hubiese salido con Silvano, pero le parecía extraño si lo dejó ahí después de la terapia. Durante esos días no había salido con nadie, tampoco lo había escuchado o visto hablar por teléfono, de hecho, tal como ese momento, lo dejaba por cualquier lugar sin importarle, como todo a su alrededor.

La aprensión creció, la preocupación, las palabras intercambiadas. El miedo hizo su parte, con todo lo que había ya ocurrido no lograba pensar en una dirección que no fuese oscura, llena de peligros y situaciones horrendas.

Harta de esperar, le marcó a Silvano, éste, alertado, le hizo ver que no estaba con él, pero fue para allá de inmediato. Llegó junto con Marcia, ambos agobiados. Después de varias hipótesis, de intentar esperar, decidió el padre de Max marcarle a Lenna, quizá ella podría ayudarlos.

Justo cuando timbraba la puerta se abrió y entró su hijo. Al verlos ahí, arrugó la frente, desconcertado, un poco más tranquilo y sintiéndose culpable con Mariené. Las horas en silencio al lado de su amiga lo habían apaciguado, escucharla hablar un poco sobre cosas banales tan alejadas de lo que había ocurrido, menguó su ira.

Sí, quizá sí podría salir de todo aquello.

—¿Qué ocurre? —preguntó cerrando, de pronto una Mariené furiosa se acercó y de una bofetada le volteó el rostro dejándolo perplejo. Jamás la había visto así, ni siquiera se la imaginaba de esa manera.

—¿Tienes una maldita idea de todo lo que cruzó por mi cabeza? ¿Crees que tan solo merezco una jodida nota como la que dejaste? ¡Estás sufriendo, lo sé! Y trato cada maldita hora de no olvidarlo a pesar de que yo también me siento rota. Pero ¿sabes qué? Si no hay nada aquí, entonces no tengo nada por qué quedarme. Quizá sí, cada uno deba curarse por separado —bramó dejándolo de pie, subió casi corriendo y dio un portazo a su habitación.

Los mayores, asombrados, no se atrevieron a moverse siquiera. Marcia estuvo tentada a ir tras ella, jamás había presenciado una explosión de carácter semejante en su hija, pero prefirió aferrar la mano de su marido, éste se la apretó y aguardaron. Maximiliano parecía congelado, dos minutos después que le tomó reaccionar ante todo aquel inesperado comportamiento de Mariené, los encaró.

—Nos alegra que estés bien, cualquier cosa puedes llamarnos —dijo su padre observándolo, dirigiéndose a la salida. El hombre se hizo a un lado para que pasaran y los dejó salir, aturdido.

Se acercó al comedor, vio su celular y la pequeña hoja. La leyó una y otra vez. Cerró los ojos y aspiró con fuerza. No, si ella se iba no podría, la necesitaba a su lado, no para curarse, o sanar, si no para saberla bien, ver crecer a su hijo, escucharla, sentirla en el mismo espacio le daba esperanza, vida.

Arrugó el papel y subió de dos en dos. No tocó, tan solo abrió.

Mariené, sorbiendo el llanto, empacaba sus cosas, lo que recién le habían llevado.

Ella sabía que estaba ahí, pero no lo miró, se sentía tan agotada, tan molesta, tan frustrada.

—No puedes irte —soltó seguro. La joven alzó el rostro, con un suéter en la mano.

—Sí que puedo —respondió. Darle esa bofetada la tenía también mal, entre todo. No debió, el rostro de Max ya iba sanando, pero aún no estaba bien, por un lado, por otro, jamás había sido

violenta y eso la perturbaba muchísimo, casi como lo que vivían.

—No —determinó Maximiliano acercándose, quitándole la prenda, decidido. Respingó desconcertada. De pronto esos días en Alghero retornaron, aquellos momentos donde ella se escabullía y él la perseguía con firmeza, sin dudar. Al verlo, notó de nuevo esa mirada. Abrió la boca, pero no dijo nada—. Tu lugar, Ané, está conmigo. No va a ser de otra manera —determinó férreo, sintiendo que recobraba algo de lo perdido. Ella se limpió la nariz con la manga del suéter y negó alargando el brazo para que le devolviera lo que le quitó—. Dije no. Estamos rotos, sí, he sentido y siento mucha rabia, sabes a qué me refiero… Pero fui un idiota allá abajo hace unas horas. Entre tú y yo hay todo, y no tengo una maldita idea de cómo lograremos recomponernos, pero lo haremos, *vita*, te prometo que lo haremos —susurró con seguridad.

La joven, al escuchar ese apelativo de nuevo salir de su boca, comenzó a llorar con fuerza, sacudiéndose.

—¿Y si no?

—El mundo está lleno de psicólogos, hemos superado muchas caídas, esa pregunta no cabe —se escuchó diciendo, tendiéndole su prenda. Mariené la tomó asintiendo, sollozando.

—Sé que necesitas tiempo, no quiero presionarte, también yo lo requiero, pero…

—Estaba con Lenna, debí decirte a dónde y con quien fui, llevar mi celular. Discúlpame, no volverá a ocurrir —prometió viéndola a los ojos, con las manos cosquilleando, pero sin atreverse a tocarla. Mariené asintió, más tranquila.

—Me alegra que salieras —dijo con suavidad. Él sonrió a medias, luego, dudoso, acercó una mano a la suya y la sujeto con delicadeza.

—No será fácil, Ané, pero como te dije hace tanto tiempo cuando la mejor aventura de mi vida comenzó: temo hacerte daño, pero temo mucho más no tenerte a mi lado. Quédate —suplicó a medio metro de ella, con sus dedos entre los suyos.

Mariené, atribulada, aunque un tanto aliviada, aceptó extraviada en esa mirada, en sus iris azules. Lo veía, en medio de toda esa porquería que los consumía, al fin lo veía y le asombró que fuese tan pronto.

—Desharé esto —murmuró soltándolo. El hombre, aliviado, tomó algunas de las prendas y, a su lado, las comenzó a acomodar donde imaginaba que las habría puesto. La conocía tanto. Cuando acabaron él se encaminó a la salida, silencioso—. Maximiliano —lo nombró agobiada, el hombre giró despacio.

—Milian —la corrigió con suavidad. Mariené sintió ese burbujeo que solo él generaba.

—No debí reaccionar así… yo… no soy así, te pegué y… —no lograba hablar con claridad. Max se acercó y quedó frente a ella, mirándola con dulzura. Era tan hermosa, tan asombrosa. Alzó una mano, dudoso, despacio y rozó apenas su mejilla pecosa.

—*Minha vida*, no siempre podemos contenernos, tranquila. Sé quién eres —determinó bajando su mano. La joven suspiró deleitada.

—No volverá a ocurrir —prometió.

—Jamás te vi tan molesta, Ané, quizá de una forma torcida lo necesitaba, ya no te agobies —rogó. Ella dio un paso, temerosa, alzó su mano y con cuidado la perdió en su cabello castaño que todos esos días lo había mantenido así, libre. Midió su reacción perdiéndose en su textura, mientras él la observaba, atento.

—Nunca te lastimaré —prometió soltándolo, pero dejándose apresar por sus ojos.

—*Siamo insieme* —dijo él. Ella sonrió asintiendo.

—*Siamo insieme* —secundó.



Ella pasó el resto del día tras la computadora, en el comedor. Él le preparó la comida, la ingirió y continuó.

El fin de semana pasó así; más sereno. Se hablaban para cosas necesarias, aunque no volvió a surgir un acercamiento como el de aquel día. Marienè no se separaba de su *laptop*. Él leyó, comenzó a pasar algunas horas en aquella habitación donde tenía aparatos para hacer ejercicio.

Sus padres se marcharon, agobiados, pero notando que algo había ocurrido entre ambos que se notaban menos distantes, aunque era evidente de que faltaba un largo trecho.

El juicio se acercaba, en unas semanas comenzaría, Jan tenía varias acusaciones ya no solo por lo ocurrido a Max, sino de varios en la agencia de Eva, además, otras más de fraude, uso de información y extorsión.

La terapia del lunes fue complicada, Lenna se ofreció a acompañarlo, lo aceptó puesto que aún no se sentía listo para serpentear las calles de Nueva York como si nada. Al terminar pasearon por ahí en silencio después de avisarle a Marienè que solo paraba con lo suyo para comer y dormir.

Esas semanas transcurrieron dentro de una calma silenciosa, ya no tan estresante, pero en la que cada uno buscaba la manera de salir a flote. Ella, inmersa en la lectura, edición y demás. Él, ejercitándose, leyendo, perdiendo las horas ocupándose en lo que pudiera, sus empresas ayudaron. Lenna se pasaba por ahí, acompañó a Maximiliano a su terapia, y ambos, llevaron a Marienè a la suya.

Connor llamaba, hablaban un poco Máx y él, pero en realidad lo evitaba, se sentía sucio y desconfiado. Su amigo lo entendía. En el caso de David, hablaba a diario con Mar, por lo menos por mensaje, y si ella estaba de humor o con tiempo, cortas videollamadas. La percibía agobiada, retraída, y volcando todo sobre su trabajo, quizá de una manera urgida por evadirse.

La inseguridad que les generaba el exterior aún no desaparecía, y tardaría en irse, les hicieron ver. Pero el hecho de que se aventurarán a salir hasta sus respectivas consultas, en las que ambos decidieron permanecer gracias a esa necesidad de avanzar como fuera para lograr superar lo ocurrido, era buenísimo y para ambos psicólogos, una muestra de valentía y coraje.

Lenna veía televisión con su amigo, silenciosa, algunas veces, otras, se sentaba al lado de Marienè con la que se llevaba bien gracias a aquellos momentos en el hospital y a lo fresca y tranquila que era, y leía, o trabajaba en sus redes, cosas así. A Max eso le agradaba, esa chica era su mejor amiga, casi su hermana, así que verlas llevarse de esa forma daba un poco de paz en medio de ese huracán del que se sentía atrapado.

El mejor amigo de Max apareció en la puerta un par de días antes de que el juicio comenzara. Éste no lo esperaba y al verlo ahí, de pie, después de que Mariené le abriese, provocó una sensación desconcertante. Él lo había encontrado, él sabía todo, él presenció aquella humillante escena donde por mera casualidad no perdió la vida. No lograba verlo a los ojos y el coraje retornó.

—¿Me dejarás pasar? —preguntó Connor, expectante, ocultando la impotencia y rabia que le generaba saberlo sumido en aquella situación tan tétrica.

Gracias al cielo los diarios y medios, no tenían idea de lo que en realidad pasaba, el caso se llevaría puerta cerrada y se estaba buscando que fuese discreto. Maximiliano Ratazzi estaba en medio de una situación con su manager por abuso de poder y malos manejos, pero no era el único y, además, la agencia era la que había interpuesto la demanda, no él directamente, aunque lo suyo se persiguió de oficio.

—¿Qué haces aquí? —respondió escueto y frío Max.

Ya no llevaba el brazo con cabestrillo, sus hematomas habían desaparecido, pero aún lucía pálido, ojeroso, desaliñado. Con barba de algunos días, en deportivos, camiseta y calcetines. No es que fuera la personificación de moda todo el día, nada más lejos, solía ser sencillo al vestir cuando se encontraba lejos de reflectores, pero en ese momento lucía… desatendido.

—Es obvio, ¿no? Quería saber de ti, de Mariené —susurró sonriendo.

—Connor, no es el momento.

—Y una mierda, Max, en un par de días comienza el puto juicio. Debes estar listo para ello y… no puedes alejar a todos los que nos importas, que deseamos lo mejor para ti.

—Estoy listo para el jodido juicio, te lo aseguró —rebatió sin dejarlo entrar. Mariené, a lo lejos, los observaba, agotada, dormía poco y, aun así, no terminaba. Los ojos constantemente los sentía vidriosos, el embarazo le daba muchísimo sueño, las náuseas matutinas no menguaban. Pronto tendría que hacer cita con algún ginecólogo ahí, en Nueva York, pero con el tiempo encima no se había dado a la tarea de buscar uno.

—Escucha, no tengo una idea de lo que vives ahora mismo, pero eres mi amigo, casi mi hermano, ya has sabido levantarte, lo harás de nuevo… Solo, una partida de billar —propuso. Maximiliano, tenso, lo encaró sin remedio, temía encontrar lástima en sus ojos, un gesto de compasión, pero no. Connor lo miraba serio, expectante, relajado también.

—No tienes que perder el tiempo aquí —apuntó hiriente. Connor sonrió negando.

—Temes que te dé una paliza, es eso —inquirió socarrón. Maximiliano sonrió un poco, negando.

—En tus putos sueños, lo sabes —replicó siguiéndole el juego, bajando un poco las defensas.

—Solo hay una forma de saberlo, Ratazzi —lo desafió. Su amigo lo meditó un segundo, el mismo que sabía era capaz de dejarlo ahí, afuera, sin contemplación, en cambio abrió para que pasara—. No cambias —dijo al ingresar, relajado.

Saludó a Mariené con la mano, sin tocarla, ella le respondió el gesto con dulzura, intercambiaron un par de palabras y luego los dos se dirigieron a la mesa de billar. Pasaron la tarde en silencio, solo el repiqueteo de las bolas se escuchaba y una que otra maldición de Connor, que perdió en cada partida.

Después de ese día la amistad entre ellos se restauró, con silencios, con ningún acercamiento, pero retornó.

El día del juicio Maximiliano se atrevió a conducir después de casi un mes de todo aquello. Se sentía aún bloqueado mentalmente, pero más firme, no se caería, no por él mismo, no por ella, no por su bebé. Saberla todas esas semanas en el mismo espacio estaba resultando una medicina como ninguna. Hablaban lo indispensable, a veces solo intercambiaban palabras amables, se miraban cada tanto, se sonreían, pero cada uno se mantenía en su misión: no dejarse caer, salir de toda esa mierda al precio que fuera.

Gracias al cielo no tuvieron que ver al acusado, solo se necesitaba que firmaran algunas actas y listo. Se les llamaría el día correspondiente a su declaración, el juicio era a puerta cerrada, como se convino.

Los dos regresaron tensos, enseguida se perdieron en sus fugas y lograron no hundirse debido a todo lo que se removía. Más días transcurrieron, fue imposible que algunas cosas no se filtraran a la prensa, pero nada que no pudiesen manejar. Lo cierto es que ya había reporteros esperándolo cuando salía y era incómodo, pero gracias a sus amigos, lograron mantenerlos a raya.

Capítulo 36

Dos semanas más.

—Mamá, lo sé, pero es mi responsabilidad. Puedo hacerlo, ya transferí a la casera —escuchó Maximiliano, al pasar por la habitación de Mariené, iba a ejercitarse. Se detuvo de pronto, no había cerrado del todo—. Sí, y te lo agradezco, pero son mis compromisos… —Silencio, el hombre arrugó la frente, desconcertado, aguardó—. No, estoy bien, te lo prometo. Todo va bien, creo que no se nos puede pedir más. Tranquila, prometo que te diré cualquier cosa —murmuró—. No, solo estoy cansada. Ya para, mamá, por favor —suplicó. Max, hasta ese momento, no había caído en cuenta de lo agotado que se notaba su timbre de voz.

Suspiró silencioso. No habían ido al médico, debían revisar que todo fuera bien con ella, con el bebé. Además, no se detenía. Hasta ese instante, no se había percatado de lo centrado que había estado en él y… que, de alguna manera, no había notado que quizá Mariené estaba presionándose de más, que estaba a su lado y todo su mundo allá, en México, seguía existiendo y ella… sosteniéndolo, en medio de esa mierda.

Regresó por donde venía, le habló a Cloe y le pidió el dato de un buen ginecólogo, luego, sin perder el tiempo, buscó a su padre, necesitaba ayuda con el tema oncológico, Marcia fue quien le regresó la llamada minutos después y entre los dos consiguieron el expediente, así como un médico con la que pudiesen canalizarla.

Esa tarde la observó, con sus mallas, enfundada en uno de sus suéteres, con el cabello mal recogido, ojerosa, bostezando cada tanto y sin dejar de trabajar. Lenna llegó tal como había quedado, a mediodía, le llevaba a Maximiliano un café cortado, como le gustaba, a Ané un chocolate caliente, como supo días atrás prefería gracias a su estado y con su propio té chai.

—Ey, date un respiro un rato, ¿por qué no salimos a caminar? Digo, está helado, pero dejas un rato eso —propuso Lenna, con ligereza. Ané la miró sonriendo de esa manera dulce. La amiga de Milian, era la única que había logrado internarse en sus vidas, esas que estaban tan heridas. Siendo ella, con todas sus características, de alguna manera no los alteraba, y le proporcionaba cierta ancla con el mundo.

—Aún tengo mucho pendiente, vayan ustedes —respondió afable. Max sintió una opresión en el pecho, una incómoda.

—Podría ser una hora —se atrevió a pedir, logrando con ello que esa mirada tan peculiar se posara en la suya, azul. La joven sonrió con ternura, agradecida, frotándose el cuello—. Una, *vita* —casi le rogó. Después de unos segundos de silencio, y de ese dulce intercambio de miradas entre ellos que notó Lenna, sonriendo, aceptó para el alivio de él.

Afuera helaba, pero fue agradable caminar en *Central Park*, observar a la gente pasar, hablar, vivir. Se tomaron sus bebidas, de vez en cuando intercambiaban algunas palabras, sonreían o no, y seguían.

Al regresar ella, sin demora, retomó su labor. Lenna la siguió con mirada analítica y luego encaró a su amigo, éste había notado su expresión. Ambos asintieron en silencio. La acompañó abajo y

fuera del elevador, lo detuvo.

—Sé que no me incumbe, que no tengo ni idea de lo que están pasando, pero…

—Sí, lo sé. Apenas lo noté esta mañana. Ese bastardo logró alejarme de lo importante. He estado tan inmerso en mis cosas que no me he detenido mucho en Ané —admitió apesadumbrado, sintiendo coraje, pero uno diferente, uno que muerde para no permitir que se permanezca en el mismo lugar.

—Ey, haces lo que puedes, que para lo que han pasado ya me parece mucho, me refiero a los dos.

—Ella está lejos de la gente que la ha contenido toda su vida, de su rutina, entorno, después de haber pasado por… aquello, embarazada, sin rendirse. Paga sus facturas, esas en las que siquiera me detuve a pensar durante todo este tiempo. Podría perder su trabajo después de aquello, y lo compensa exigiéndose de esa manera. No, no he hecho lo que puedo —reconoció un tanto culpable, otro tanto agobiado.

La joven lo observó orgullosa. Algo en su amigo comenzaba a retornar, algo fuerte. Era increíble.

—No ha pasado mucho de… eso. —La quijada de Max se tensó, desvió la mirada—. No te exijas de más —suplicó colocando una mano sobre su hombro, despacio, para que volteara, pero a cambió agachó la cabeza, suspirando.

—La amé casi desde el primer momento, Lenna —confesó encarándola—. La vi en aquella fiesta hace más de tres años y, Dios, nada fue igual te lo juro —dijo evocando esa noche, ya tan lejana—. Evité topármela durante dos años, intencionalmente. Pero en Alghero toda mi determinación se fue al carajo. El recuerdo de lo que pasó con Chiara no me dejaba, pero el deseo por ella pudo más, tanto que… lo dejé salir sin remedio y se resistió tanto… Ya lo sabes, la convencí y fue cediendo despacio. Los pequeños triunfos con ella me sabían maravillosos, a pesar de mi miedo, de entender que no debía arrastrarla a mi realidad. Es una mujer determinada, valiente, y que cuando se entrega, lo hace por completo, por eso está aquí, lejos de lo que en este momento podría darle seguridad, contención, la posibilidad de dejar esta pesadilla atrás… Claro que pude hacer más, porque, aunque me he estado hundiendo en el puto infierno, debí notar como ella no ha soltado mi mano y se hundió conmigo.

—¿Qué piensas hacer? —indagó admirada por lo que le decía, segundos después.

Maximiliano, de alguna manera, en medio de esa mierda la había tenido a ella y ahora lo veía con claridad, esa chica que no había desistido y que era evidente que no lo haría a pesar de cargar con su propia losa. Sí, si algo podía lograr que emergiera de todo aquello, era lo que sentía por Mariené.

—Hablar con ella. Debemos tomar decisiones y… llevarla a que la revise un médico.

—Luce muy pálida, ¿verdad? Ojerosa. Digo, tú no traes el mejor semblante, pero sabes a qué me refiero, debe ser el embarazo, lo poco que descansa —expresó conciliadora. Él asintió. Sí, lo entendía bien, peor aún, eso comenzó a agobiarlo sin remedio.

Una hora más tarde le pareció suficiente. Ané apenas si podía tener los ojos abiertos.

—Cenemos —pidió él, desde atrás de la barra de la cocina. La joven lo observó extrañada, solía acercarle su comida.

—Aún debo avanzar otro poco.

—No —declaró serio, desde su posición. Mariené arrugó la frente, desconcertada.

—Es mi trabajo.

—Quiero que hablemos, por favor, acércate y hagámoslo lejos de ese jodido aparato —exigió con voz calma.

—¿Pasa algo? —quiso saber ella, irguiéndose lentamente. Maximiliano sintió como la aprensión viajaba por todo su cuerpo.

Carajo, ¿por qué no se había fijado en ella?

—Siéntate, ahora te sirvo —la invitó tomando su plato para llenarlo de pollo, verduras guisadas, pasta. La joven obedeció y se sentó donde él le indicó, extrañada. No había distancia entre su tapete y el suyo. Comieron uno al lado del otro, sumidos en ese silencio que no les era ajeno, ni incómodo, pero que estaba cargado de algo diferente, notó la chica. Al terminar, pretendió levantarse, pero la detuvo tocando apenas su mano—. Yo me hago cargo —declaró.

Lo observó hacer justo eso, luego regresó y, atrapando sus ojos, se sentó en el mismo lugar, aspiró con fuerza y se frotó un segundo después la nuca.

—¿Qué ocurre? —habló Mariené, intrigada, agradecida por ese acercamiento mínimo, pero que le valía por todo.

—Hice cita con una ginecóloga —soltó despacio, esperando su reacción. Ané pestañeó bajando la vista hasta su vientre, regañándose. Lo tenía como pendiente y raro en ella, lo había dejado pasar. Max, dudoso, acercó una mano hasta su estómago aun plano—. ¿Puedo? —preguntó con suavidad. Mariené alzó el rostro, se perdió en su iris azul y asintió turbada. El hombre posó su palma sobre la tela, no podía sentirla, pero significó mucho para ambos. Lo ojos de Ané se anegaron, él sonrió con dulzura, admirándola—. ¿Cómo te encuentras? Quiero decir, ¿te has sentido mal? —investigó.

—No, solo tengo tanto sueño. A veces solo náuseas en la mañana, pero no pasan de ahí —dijo disfrutando de su cercanía. Él asintió sin retirarse.

—También hice cita con un oncólogo —le informó de pronto, tomándola por sorpresa. Notó que tardaba un poco en reaccionar, luego ladeó el rostro de esa manera ingenua, infantil.

—¿Por qué? Tengo uno en México. La última vez que fui todo iba bien, iré al regresar.

—*Vita*, me encargué de que fuese recomendado por el mismo que te atiende allá, tiene ya tu expediente. Creo que es importante tener todos los frentes bajo control. ¿No opinas igual?

—Yo, pues sí, pero…

—Solo precaución. ¿Está bien? —susurró con suavidad. La joven aceptó sin decir más—. Bien. Ahora, necesito que me pases el número de cuenta de tu casero, y los códigos para pagar todos tus servicios de México —pidió irguiéndose, retirando su mano, estudiándola. Mariené negó con la intención de ponerse en pie, lo evitó sujetando sin fuerza, pero sí firme, una de sus piernas que tenía justo entre las suyas.

—No, no tienes que hacer eso.

—Tu independencia no es proporcional a eso, lo sabes. Ahora mismo lo más importante es salir de esto que pasó, pero más aún, tu salud, la de nuestro hijo. Necesitamos que sueltes el control, que me permitas asumir eso.

—No está bien.

—Sí lo está, y así será.

—No puedes decidir eso, no es tu asunto.

—Te equivocas, lo es, todo lo referente a ustedes lo es. No te despegas de esa *laptop*, estás agotada, Mariené, te estás evadiendo, pero date cuenta de que te estás llevando al límite.

—Tú pasas horas haciendo ejercicio. Hacemos lo que podemos.

—Yo no llevo a nuestro hijo en las entrañas, no…

—No tuviste cáncer, ¿es eso?

—En parte —aceptó sin temor, sabía que ese tema no era el que ella prefería tocar, pero era real y no fingiría que no existía—. Y no me retractaré por ello.

—Me ayuda a no pensar —explicó señalando su computadora con un gesto de cabeza, suave.

—No te estoy diciendo que lo dejes, pero habla con ellos, explícales lo que ocurre, tu condición y acepta solo el trabajo que te haga sentir tranquila, no el que te lleve a mal comer, no descansar, a no dormir como debes, porque no me engañarás, estás leyendo por las noches y no está bien, menos ahora —le hizo ver determinado, aunque buscando sonar conciliador.

Ella intentó pararse de nuevo, no la dejó.

—Ya sabes que nosotros hablamos las cosas, no huimos cuando nos sobrepasan —le recordó. Ella se detuvo y lo encaró desconcertada. Maximiliano parecía otro, casi el de antes, ese que la enfrentaba, que no le permitía esconderse.

—No aceptarán eso.

—Mala suerte para ellos, porque hay muchos que podrían contratarte.

—Me va muy bien ahí.

—Y si son inteligentes sabrán mantenerte en su plantilla. Explícales, entenderán, *piccola*, te lo aseguro —determinó negociando. La joven sonrió de forma cándida al escucharlo nombrarla de esa manera.

—No está bien que tú asumas mis gastos.

—Todos y cada uno de ellos.

—No, Max.

—Sí, Ané. Eres mi mujer y mi familia. Por supuesto que está bien.

—¿Qué cambió? ¿Por qué estás así? —quiso saber extrañada. El hombre la contempló durante un largo segundo.

—Porque… te amo, Mariené —declaró y los ojos de la chica se anegaron—. Amo cada cosa que dices, que haces. Amo que no te hayas alejado después de esta mierda. Amo tu paciencia, tu incondicionalidad, tu manera de demostrarme que también me amas. Porque amo que no me ocultes nada, que seas como eres. Amo que… seas la mujer por la que vale cada maldito segundo de esta vida —declaró acercando una mano a su rostro y acariciando esa piel que era su refugio, su hogar.

—Yo también te amo, te amo tanto —dijo ella turbada y lo abrazó sin restringirse. El hombre la recibió sin dudarlo. La arropó con su cuerpo, con su vida, ella lo merecía.

Después de algunos minutos se separaron, estaban muy cerca, mirándose.

—Quizá nunca seamos los que fuimos, pero sé que lo que sentimos está intacto —murmuró acomodándole un mechón tras la oreja—. Construiremos algo nuevo, diferente, lejos de los

recuerdos, de los malditos «casi» que parecen una constante, ¿qué dices?

—Sí, me gustaría —aceptó con su voz suave, dulce, un tanto rota por lo que sus palabras le estaban generando. Le sonrió apenas, complacido.

—Ahora, ¿podrías irte a recostar? —se encontró pidiendo, notando como su cercanía no lo perturbaba como al inicio de esa pesadilla, al contrario, lo hacía sentir sereno, bien, en control. Ella y su hijo eran lo más importante, sanarse también, pero eso ocurriría ahora lo tenía bien claro y los necesitaba a ambos para hacerlo del todo.

—Debo… —comenzó a decir mirando hacia el comedor.

—No, debes dormir. Mañana podrías redactar ese correo, o marcarles para concretar una reunión. Por la tarde tenemos la cita.

—Max…

—Milian —la corrigió y pasó una mano otra vez por su mejilla—. Te lo suplico, *piccola*, solo sube, date una ducha y duerme. Lo necesitan.

—Aún no estoy convencida de esto.

—Lo sé, pero no puedes decirme que no mueres por dormir… —la provocó arqueando una ceja, ni él se reconocía. Ella, tímida, un tanto desconcertada asintió sin poder mentirle—. Bien, entonces ve.

Sin pensarlo mucho tomó su mano y le dio un beso casto sobre su dorso logrando con ello que la joven se sonrojara.

Consciente de que Mariené no se lo pondría fácil, habló de nuevo con Marcia cuando se aseguró de que estaba completamente dormida gracias al cielo. Era temprano, pero mejor. Sentía un agobio extraño clavado en el centro de su pecho, uno que destronó por mucho todo lo que hasta ese momento lo había estado consumiendo como la lava avanzando a las orillas de un volcán.

Le informó que ya tenía concertadas las citas y le pidió los datos de pagos para realizarlos desde ese momento por su cuenta. Marcia no se opuso, debía soltarla lo más que pudiera y se los dio, acordando que ella se haría cargo de los servicios como agua, o luz.

Glu, acurrucado a su lado, maulló reclamando su atención, el hombre lo cargo acomodándolo sobre sus piernas, sonriéndole un poco.

—Sí, ya sé que a ti también te he dejado un poco de lado. Sé comprensivo, por favor, ahora lo más importante es ella. ¿A qué lo entiendes? —murmuró acariciándolo. En respuesta el minino ronroneó, deleitado—. Tú sí sabes, amigo.

Leyó lo concerniente al juicio, los abogados se lo habían hecho llegar días atrás, pero no había querido ni verlo, no obstante, en ese momento decidió que debía intentarlo. En un par de semanas sería llamado, estaba preparado y lo despedazaría, tenía todo a su favor y no estaba dispuesto a dar un paso atrás, terminaría con eso y haría otra vida, una lejos.

Las terapias eran difíciles, muchísimo, pero poco a poco se iba sintiendo menos sucio, ya lograba ver su rostro en el espejo y no despegar sus ojos de su reflejo, eso era un gran avance, le había dicho su psicóloga y es que a pesar de lo ocurrido sentía una fiera determinación de no cederle más a la vida, ya no. El tiempo había llegado a su límite. Lo sentía.



Adormilada se duchó, estaba tan cansada. Había dormido casi doce horas continúas, sin pesadillas, sin agobio, sin nada. Suspiró sentándose sobre la cama, en ropa interior. Perdió la atención en su vientre, lo acunó en sus manos. Estaba plano todavía, pero sabía que ahí, alguien que amaba, crecía y eso la hacía sentir, en medio de ese caos, optimista.

Evocó las palabras de Milian el día anterior, suspiró. Tenía razón, lo sabía, se había refugiado en el trabajo, se sentía presionada casi todo el tiempo y claro, eso logró que lo que le dolía, se diluyera un poco, pero no era lo correcto.

Se encontraba cansada, sin ánimos, hacía unos segundos reparó en sus ojeras, enseguida estudió sus uñas, su cuerpo, no veía señales de nada fuera de lo común y estaba embarazada, el cansancio los primeros meses era casi inevitable.

Durante esos días había evitado pensar, con toda su voluntad soltó el control de lo planeado y fue día a la vez, pero no se cuidó, era cierto. Por otro lado, le parecía raro que en ningún momento había extrañado su casa, lo que solía ser su vida, esa que cuidó y fabricó con tanto esmero. No, de alguna manera torcida se sentía completa ahí, con él cerca, aunque tan lejano.

Al lado de Milian, antelar había sido casi una misión suicida, cualquier cosa que llegaba a imaginar siempre era diferente y ya en ese momento no se lo cuestionaba tanto. Ese hombre se había convertido en su hogar, así de asombroso.

Antes de él vivió, claro que sí, se entregó a la vida, a las sensaciones, pero después de que él irrumpiera en su camino, comprendió que el miedo la había limitado, que era imposible disfrutar por completo con ese temor incrustado en cada célula, en cada paso.

Sí, nada le aseguraba llegar a envejecer en este mundo, era una verdad, pero ¿a quién sí? Y, además, si su existencia acababa antes que la de los demás, sabía, para ese momento, a pesar de lo recién ocurrido que los marcaría por siempre a los dos, que había amado, que había sido amada como muchos sueñan y que… habría dejado una huella en este planeta, un recuerdo de su tiempo en la Tierra.

En cuanto bajó, él la inspeccionó. Le regaló una dulce sonrisa, una de esas que siempre la doblegaron; sensual, masculina y decidida. Estaba rasurado, vestido con vaqueros y un suéter oscuro, llevaba semanas sin ponerse algo así. Un copioso desayuno ya la esperaba en la barra, así como escuchaba música de fondo procedente de ese tocadiscos que tenía en el salón contiguo.

Pestañeó desconcertada, él lo notó y siguió tomando de su café, en la cocina.

—¿Descansaste? —preguntó cuándo ella, de pie al lado de la barra, lo miraba curiosa.

—Creí que pensabas hacerle competencia a Jack Sparrow con la barba —se atrevió a bromear, relajada, aunque intrigada. Maximiliano se acercó un poco, alzando una ceja.

—Si la prefieres puedo dejarla, *vita* —propuso con ligereza. La joven se sonrojó y acomodó un mechón húmedo tras la oreja, contemplándolo desde su posición, experimentado ese burbujeo que solo él había logrado generar.

—Me gustas con o sin, aunque con barba te ves como… peligroso.

—¿Y sin?

—Tú.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que… te reconozco, Milian —admitió dudosa, cohibida. El hombre se acercó, sereno, y tomó sus manos entre las suyas.

—Yo no del todo y tardará probablemente, pero eres mi brújula, Ané, teniéndote a mi lado sé que lo lograré. Gracias por no rendirte, *minha vida* —agradeció perdido en sus iris.

—Y lo dices tú. Mi hogar es donde estés, sea donde sea, ahora lo sé —declaró con suavidad. Maximiliano sonrió complacido y besó su frente.

—Tú eres el mío, Mariené. Ahora, a desayunar.

Capítulo 37

Al salir del apartamento, un par de reporteros se acercaron, gracias al conserje pudieron pasar sin problemas. Condujo hasta el lugar de la cita, hablaron del clima, del frío que se avecinaba, las fiestas decembrinas que estaban a la vuelta de la esquina. El juicio estaba en pleno, pero después de eso decidieron que viajarían a México, necesitaban alejarse de aquello.

Los pasaron casi de inmediato, la doctora enseguida les cayó bien a ambos. Le explicaron los antecedentes de Mariené, luego la revisaron de forma exhaustiva. Ahí, cerca de él, como ella solicitó.

No se sentía segura, ni él dejándola sola. La aprensión y el miedo continuaban, sería complicado erradicarlos. La joven respondió un largo cuestionario, después la invitaron a ponerse una bata para poder ver a su pequeño.

Sonrió tan abiertamente que Maximiliano sintió los labios cosquillear, el deseo surgir, ese que había estado dormido. No se sentía listo para acercarse a ella de esa manera aún, pero que eso surgiera, lo tomó por sorpresa además de regalarle cierta tranquilidad.

Solo esa *piccola* lograría algo tan imposible en ese momento.

A su lado vieron cómo la ginecóloga le ponía aquel gel, observaron la pantalla y lo distinguieron con mayor nitidez que la primera vez. Max apretó la mano de Mariené al tiempo que besaba, con los ojos anegados, su cabellera. Era suyo, de ambos, ese pequeño ser crecía dentro de su cuerpo y nada se sintió más real y mágico jamás. Las medidas iban acordes, estaba bien implantado, sus latidos inundaron el lugar y los dos sonrieron maravillados.

Cuando Ané estuvo lista, se sentó al lado de ellos, ya en el consultorio.

—Bien, como notaron su bebé está muy bien. Lo que ocurrió al inicio es común, pero estás por pasar los tres meses y todo se ve en orden. Por otro lado, como notaste, Mariené, bajaste de peso y eso no me agrada, no es lo ideal, aunque ocurre por los malestares. ¿Duermes mal? ¿Descansas lo suficiente?

—Yo, bueno, lo intento —respondió un poco tensa. Maximiliano apretó su mano.

—Estar embarazada es algo que debe vivirse de manera natural, pero con sus precauciones. Las vitaminas que estás tomando son las correctas, aunque agregaré unas más. Sin embargo, te mandaré a sacar varios análisis, por un lado, para cerciorarnos de que todo vaya bien, por otro, prefiero ser muy meticulosa por tus antecedentes. La migraña se puede evitar en muchos casos descansando, estando tranquila y comer a las horas con calidad. No deseamos que ahora mismo venga un episodio, sé que se sufre y no queremos meter a tu cuerpo en ese desgaste —apuntó y continuó con recomendaciones.

Salieron con una orden para el laboratorio, instrucciones y vitaminas nuevas. No se sentían tranquilos del todo, aunque alegres de que su hijo estuviera bien. Ané debía frenar un poco su vida, en medio de aquello que la enloquecía.

Al regresar prepararon la cena, juntos, y Max le ayudó a redactar el correo que ya había empezado. Lo envió y dejó salir un suspiro.

—¿Qué ocurre, *vita*? —preguntó a su lado, observándola.

—Debí cuidarme más —murmuró con sus manos sobre su vientre. El hombre sonrió.

—Hemos hecho lo que podemos, lo importante es que ya lo harás. Y estaré a tu lado, si a ti se te olvida, a mí no —replicó guiñándole un ojo.

—¿Qué hizo que dieras este cambio tan abrupto? —quiso saber, evaluándolo—. Digo, no lo esperaba, sé que esto es… ya ni sé qué es, pero ha sido tan difícil, creí que pasarían meses para que pudieras acercarte a mí, verte de nuevo, rasurarte —apuntó pasando un dedo por su barbilla.

—Tú has podido a pesar de estar en otro país, en medio de un juicio, al lado de un hombre que está aún perdido, sacando a flote un trabajo que te sobre exige para pagar tus cuentas que no han dejado de correr en México, donde, por cierto, está toda tu gente, tu vida… Me parece que es momento, por ti, por él —señaló su vientre— y por mí, de sacar la cabeza por mucho que duela —suspiró—. Todavía me encuentro perturbado, Ané, me lleno de pronto de enojo, de impotencia, las noches… no son la mejor parte, pero ya puedo mirarme en el espejo, ya estoy dispuesto a entrar en esta vida simplemente porque sé que tú me crees capaz de ello, porque estás aquí, porque no es la primera vez que tu presencia logra que supere algo que me atormenta. Tengo mucho por qué luchar, seré lo que mereces.

—Milian, Dios, eres un hombre decidido, perspicaz, inteligente y valiente —comenzó atribulada —. Me costó mucho seguirte el paso, precisamente porque no te rendías, porque con cada cosa que hiciste lograste que te amara, que bajara todas mis defensas, que te conociera y viera tu alma, esa que no deseo perder nunca. No quiero que hagas cosas de las que no te sientes listo, solo que estés a mi lado, te necesito…

—Y yo a ti, *vita* —aceptó besando su mano con suavidad—. Has sido un bellísimo aliciente desde que me atreví a dar el paso después de Alghero, aunque debería arrepentirme por lo que he generado.

—No generaste nada.

—Ni tú, si a esas vamos —replicó sin soltar sus dedos, acariciando su dorso.

La joven soltó el aire.

—Fui muy confiada.

—Yo te los presenté, yo te hice ver que podías hacerlo.

—Aun así, debí decirte.

—Era una sorpresa, no se supone que lo hicieras. Marienè, ese tipo es un manipulador, sabía lo que buscaba, ambos mordimos el anzuelo.

—Entonces ninguno tiene la culpa —contraatacó serena.

—Quizá no. Solo yo responsabilidad, en parte.

—No podías saber que… haría algo así contigo, Max, digo, quién lo hubiera imaginado.

—Lo conozco desde hace diez años, no puedo entender cómo no lo vi.

—Porque no era su plan. Enloqueció.

—Fue horrible, Ané, degradante, humillante. Lo peor es poder recordar mucho y la impotencia que sentía por no poder defenderme, estar a expensas de su cabeza enferma por casi dos días —soltó con los ojos enrojecidos, anegados.

La joven sintió un dolor pesado en el pecho, pasó una mano por su cabellera.

—No sé qué decirte…

—Nada, *piccola*, solo día a la vez. Hoy estamos aquí, a pesar de todo.

—Sí, juntos.

—Totalmente y poco a poco será de todas las formas posibles —soltó dejándola sorprendida, además de sonrojada.

Él lo notó y acarició su mejilla, tierno.

—¿Lo crees posible? —cuestionó perdida en sus rasgos.

—Totalmente, pero el tiempo nos irá marcando la pauta, nosotros también.

—¿Me… deseas? —quiso saber con la boca seca. Él se rascó la nuca y asintió.

—Hoy, mientras sonreías en la consulta, me despertaste, tan solo con esa sonrisa que me pone loco desde el inicio.

Ella abrió los ojos, sonriendo con timidez, pero satisfecha.

—Al inicio sentí que no quería a nadie cerca, luego, noté que sí, pero sin nada que me recordara aquello que también quedó en mi cabeza, esos retazos de cosas que no conecto. Luego… con el paso de los días aquí, comprendí que solo si se trata de ti deseo ese contacto, de hecho, lo añoro, pero te juro que no te presionaré. Lo raro es que no sé si podría aceptar un saludo de Connor, incluso un abrazo de David, pero contigo se siente natural, como parte de mí, no de esas imágenes que me persiguen cada vez con menos insistencia. No te diré que ahora mismo podría ir muy lejos, pero cuando creas estar listo, me parece que yo lo estaré. Solo quiero que lo sepas —declaró.

Él besó su frente y luego descansó la suya ahí.

—Siempre te he deseado incluso dormido, *vita*, es cuestión de tiempo.

—Yo aquí estaré…



A la mañana siguiente, temprano, realizaron los estudios, después Marienè sostuvo una junta virtual con su jefa. La mujer, al inicio, se mostró reacia, así que ella, sin remedio, tuvo que abrir un poco más el tema concerniente a su salud. Quedaron en hablar en un par de días.

Un poco desganada, se acercó a donde Lenna y Max estaban, veían una serie de comedia que últimamente los había mantenido atentos.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Max, estudiándola, haciéndole un hueco a su lado. Lenna aguardó, asombrada por el cambio de ambos, complacida, a decir verdad.

—No lo tomó tan bien, pero hablaremos en un par de días —dijo recargando la cabeza en el respaldo, resoplando. Max enredó los dedos entre los suyos, gesto que no pasó desapercibido para su amiga y le arrancó una sonrisa.

—Bueno, ahora mismo lo importante es la cita mañana con el médico y los resultados de los análisis, *minha vida*, lo demás, ya se irá viendo.

—Pues sí… Debería ir a terminar el escrito —apuntó con la intención de ponerse de pie, pero la detuvo.

—Quédate aquí un rato, te hará bien —propuso con dulzura.

—Sí, la verdad está muy divertida y le agarrarás el hilo enseguida —dijo Lenna. Ané le sonrió agradecida y se recargó al lado de él. No supo ni en qué momento cayó profundamente dormida sobre el hombro de Milian, quien besó su cabellera y continúo viendo la serie buscando distraerse.



Cenaron los tres en medio de una charla superficial, agradable. La compañía de Lenna relajaba aún más el ambiente. Se encontró, en medio de la preparación de la cena, contándole a Mariené cómo su pareja la traicionó y todo lo que ocurrió, luego les dijo que en sus nuevos trabajos le iba bien y que poco a poco podría restablecer su vida. Connor llegó más tarde, entre los tres se desafiaron para jugar billar, pero Ané moría de sueño, otra vez, así que se excusó y subió a recostarse.

Por la noche, una vez solo, subió y abrió su habitación, permaneció al lado de su cama, sentado sobre el suelo, observándola durante más de una hora, tan apacible, acurrucada.

Dios, cómo la amaba.



A mediodía le avisó la ginecóloga que tenía los resultados y que ya se los había redirigido al oncólogo. Max no le mencionó nada a Mariené, la veía tan agotada. Una preocupación creciente permanecía alojada en medio de su pecho, lo oprimía, pero ella no se quejaba, no nada. Sentía unas ganas ridículas de cobijarla, de mecerla entre sus brazos y cuidarla, cuidarla hasta que nada ni nadie pudiese ponerla en una situación de peligro, de dolor, de enfermedad.

Comieron algo antes de la cita, ella lucía más alegre, hablaba más, sonreía más e incluso se había puesto un vestidito negro, con mallas grises y botas que le sentaba precioso. Su cabello en un recogido coqueto y había colocado un poco de rubor, de rímel.

La contempló en la puerta lo que parecieron horas. Luego rozó su nariz con la suya y salieron. De nuevo había logrado excitarlo y esta vez ella lo había notado, por lo que sus mejillas estaban ruborizadas y tenía esa mirada coqueta que tan bien le conocía.

Llegaron puntuales. Enseguida los hicieron pasar. El médico se presentó, lucía agradable, ambos lucharon contra esa sensación de rechazo que sentían a los varones extraños en ese momento, sin embargo, eran conscientes de que ahí no corrían ningún peligro y estaban en un lugar seguro.

El hombre escuchó de labios de Mariené su historial atento, asintiendo cada tanto.

—Bien, Mariené, recibí por parte de la doctora Roswell sus resultados y… temo que no me gusta mucho lo que veo, el hemograma está alterado —advirtió con gesto profesional. La sangre de ella se fue a los pies, mientras que el corazón de Maximiliano casi se detiene—. Sin embargo, por lo que refleja, estamos a tiempo. Es preocupante la velocidad para desarrollar anemia, tengo entendido que no es la primera vez. Pero sabemos que es un síntoma, puede ser esto derivado del embarazo. Sin embargo, con tus antecedentes debemos ser sumamente meticulosos. Deseo revisarte y… realizar una biopsia de medula ósea —expuso calmo.

Mariené no pudo ni parpadear durante algunos segundos, los mismos en los que Max sintió un miedo atroz entrar por sus pies y recorrer su cuerpo. Como una garra mortal y helada que lo rasgaba con toda intención.

Los siguientes minutos fueron algo confusos para los dos, la revisaron, respondió muchas preguntas. Más muestras de sangre e indicaciones. El médico intentó tranquilizarlos. La revisión lo dejó más tranquilo, aun así, el miedo permaneció. Ané luchaba por no dejarse llevar, por mantener la cabeza centrada. Pero era tan difícil y de pronto nada, absolutamente nada fue más importante que su salud, pero, sobre todo, la vida de su bebé.

En cuanto terminaron, la prepararon para realizar la biopsia. Maximiliano se sentía en medio de un huracán, viendo lo que ocurría bajo sus narices y más aturdido aún, notando la actitud estoica de Mariené, que atendía las indicaciones con gesto controlado.

La prueba duró un cuarto de hora. Quince minutos en los que cada detalle vivido a su lado pasó frente a sus ojos. Novecientos segundos en los que reprodujo los momentos más oscuros y lúgubres de su existencia. Novecientos mil milisegundos en los que de pronto todo vestigio de temor, de dolor, se alejó para dar entrada a algo más grande, mucho más.

Ella estaba ahí, vivía y la tenía a su lado. ¿Sería el tiempo suficiente? No tenía una puta idea, pero sí supo que las cosas debían ir por otro camino. Que, si la vida le había enseñado a que arrebataba sin dar tiempo de nada, entonces él iría un paso adelante.

Claro que sentía el pecho estrujado como si se lo estuviesen machacando, un agobio infinito circundándolo, rodeándolo. Soltar su mano para dejarla ir fue agónico. Aun así, la determinación logró sosegarlo.

Permaneció recargado en un muro, con la mirada perdida en el techo. Una fatiga inimaginable lo consumía, una que venía cargando desde hacía tantos años atrás, pero que esta vez la haría a un lado y sería él quien la comandaría.

¡Maldita sea, la mierda de tener que perder se acababa de terminar de una jodida vez!

De camino a casa ella permaneció en silencio. Sabía que estaba un tanto adolorida, debido al embarazo no fue recomendable la anestesia. Iba perdida en las calles, observando cada lugar que pasaban. Sus manos entrelazadas, con música de fondo, esa que él ya no solía escuchar hasta hacía un día. Acariciaba el dorso de su mano, a veces ella giraba y lo miraba de una forma que no reconocía, una que se clavó aún más hondo que todas las que hasta ese momento le había visto.

La percibía etérea, lejana y a la vez ahí, a su lado. Fue increíble notar cómo se iba cubriendo de una armadura regia, brillante y fuerte, una que sabía usó por más años de los que fue necesario.

De la mano entraron al apartamento, Mariené dio un par de pasos. Escuchó cómo él cerraba la puerta y se giró, aferrando el aza del bolso. Maximiliano la observó, aguardando.

—Si tengo cáncer, no aceptaré ningún tratamiento. Implicaría perderlo antes de tenerlo y eso no va a suceder —advirtió con los ojos anegados, determinada como nunca antes, con la mano libre en su vientre, estrujándolo.

El hombre pasó saliva y tensó la quijada, era evidente que algo así había estado deliberando desde el segundo en el que se abrió la posibilidad. Cerró en un puño las manos. Mariené no se movió.

Antes de dar un paso para aproximarse dejó de nuevo otra parte de su piel para poder avanzar. Las cargas pesadas duelen, torturan, comúnmente detienen y él… él ya no aceptaría nunca más eso.

Decidido tomó una de sus manos con suavidad, luego la alzó lentamente hasta dejarla sobre sus labios y la besó con delicadeza. Ané entreabrió los labios, pálida, entristecida, con agobio en sus facciones dulces.

—Día a la vez, *minha vida*. Solo eso. —Sigiloso acunó su barbilla, la acercó notando su respiración turbada y cuando tuvo sus labios a menos de un centímetro buscó su iris, ésta lo miraba expectante—. Te amo aquí, ahora. Nos tenemos, Mariené —y la besó con cuidado, despacio, rozándola como si fuese apenas un aleteo de esa libertad que a su lado siempre había experimentado. Ella, a pesar de todo sonrió asombrada ante el gesto, él también. Fue tan natural como ser, como respirar, como lo que esa mujer siempre había ocasionado en su ser—. Vamos a dar un paseo —propuso arrastrándola de nuevo afuera.

Sin zapatos, en medio de una tarde congelante, caminaron un poco en el césped. Mariené sentía una mezcla de sensaciones que no lograba mitigar, pero con su mano aferrada a la suya, también experimentó esperanza, necesidad y seguridad, una que en ese instante le eran todo.

No hablaron sobre el tema, los resultados llegarían hasta dentro de una semana, así que se dedicaron a contemplar sus pies, a percibir la sensación húmeda del frío que entraba por sus plantas, de la vida que circulaba justo ahí, frente a ellos y en ese momento fue suficiente.

Después de darse una ducha caliente, bajó y Max tenía la cena servida en el área de billar, el tocadiscos estaba encendido, Frank Sinatra, sus ojos se enrojecieron de nuevo cuando apareció y él, al verla, le tendió una mano.

No tenía idea de cómo él se podría comportar con esa duda en medio, acechándolos, pero, para su asombro, Maximiano parecía haber retornado, ese hombre decidido, fiero y la miraba no con dolor, con temor, si no con veneración, con ilusión y amor. La tomó y permitió que la llevase, sonriendo conmovida, con lágrimas humedeciendo sus mejillas.

—¿No tienes miedo? —indagó ella mientras se movían, con cuidado, suavemente. Maximiliano la observó de aquella forma única y asintió.

—Mucho, al igual que tú.

—Puedes hablar de ello, podemos —y la silenció con un delicado beso. Negando.

—No, no viviré de los «si hubiera» tampoco, de los «casi». Mi realidad la tengo aquí, y no es el pasado, ni el futuro lo que me importa, *vita*, sino este instante, lo que ahora me da. Y ahora mismo sostengo entre mis brazos a la mujer que amo. Ahora, estás aquí mirándome de esa forma que siempre logró doblegarme. Ahora, puedo perderme en tu aroma, ese dulce, suave pero inigualable —y aspiró junto a su cuello—. Y ahora, Mariené, justo en este instante, frente a mis ojos está mi vida. ¿Qué más puedo pedir? —declaró convencido.

Los sollozos ahogados de Ané no se hicieron esperar. Lo rodeó con fuerza y él la recibió de igual forma.

—Te amo, Milian, te amo tanto —logró decir, ahogadamente. Él besó su cabeza en respuesta.

No sabía cuál sería su actitud, pero en medio del examen le dolió imaginar que aquello lo terminaría de hundir. ¿De dónde podría sacar Maximiliano fuerzas para enfrentar una situación más? ¿Cómo? Si ella misma sentía que se ahogaba, que las salidas se agotaban, se le cerraban.

Pero verlo así, percibir su serenidad y convicción, su fuerza emergiendo a pesar de todo estaba surtiendo en su propio ser un efecto casi dulzón. Sentía el miedo alojado en el medio del estómago, ya no como cuando adolescente, o como cuando joven tuvo que esperar también unos resultados similares, sino ese miedo de haber arrastrado más dolor a la carga, ese dolor de haber aumentado las personas que saldrían lastimadas al verla partir, ese dolor de… quizá no poder conocer a ese ser que crecía en sus entrañas.

Era aterrador, asfixiante, pero ahí, en ese instante, con esos brazos que amaba sosteniéndola, soportándola y siendo lo que necesitaba, experimentó menos aprensión, menos desazón y menos temor. Porque la realidad era que en ese instante no sabían nada y no, no cedería nada más, nunca, ni siquiera un segundo al dolor que insistía en aparecer, en intentar crecer.

Agotada, decidieron subir a descansar, pretendió ir a su habitación, pero él apretó un poco más su mano, negando y abrió la puerta de la suya. Se miraron durante algunos segundos.

—No tienes que hacerlo… —susurró aturdida.

—No quiero una noche más sin ti, pero si tú…

Ella se acercó y lo silenció con sus dedos sobre su boca, negando.

—Yo quiero estar donde tú estés —apuntó serena. Maximiliano sonrió complacido, evidentemente también agotado y la guio por la cintura al interior. Mariené, aún un tanto turbada por el cambio de dirección de las cosas, se metió bajo las cobijas. Él la arropó, besó su frente y luego su cabello—. Me daré una ducha, intenta descansar, *minha vida* —murmuró con aquella voz dulce que solo empleaba cuando se trataba de ella.

Escuchó el agua correr tras aquella puerta, aferró la almohada y luego colocó una mano en su vientre. Debía ir día a la vez, necesitaba lograrlo, se recordó con un par de lágrimas cargadas de miedo resbalando por sus mejillas.



La sensación de ser observada la despertó. Somnolienta se removió y abrió los ojos un segundo después. No estaba en esa habitación, si no en la de él, recordó notando su lugar vacío. Desconcertada se irguió y al hacerlo, en medio de la oscuridad, lo encontró sentado en el sofá que estaba ubicado frente a la cama. La miraba, apacible, alcanzaba a notar por la luz que se filtraba del exterior, con las piernas flexionadas, los codos sobre sus rodillas y con las manos unidas por algo que movía entre sus dedos y no alcanzaba a distinguir.

Fuese como fuese, conseguía percibir la fiereza de sus ojos, de esa manera tan peculiar que tenía de mirar.

—Si prefieres que… —comenzó haciendo amago de abandonar el lugar, desconcertada.

—No bajes de nuestra cama —ordenó de pronto esa voz profunda. Se cubrió de nuevo un poco con la cobija, acomodó un poco su cabello, pestañeando.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz pastosa, sentada en flor de loto, intrigada. Notó que Maximiliano sonreía de aquella manera torcida, característica de él, que al inicio la ponía tan nerviosa.

—Ocurre, Mariené, que en medio de todo esto no pude ver que te tengo donde desde hace tiempo idealicé.

—¿Dónde? —quiso saber con un burbujeo extraño recorriendo su piel, su pecho, erizada.

—En nuestra cama, en nuestro apartamento, en mi día a día… compartiendo nuestras horas, los momentos, la vida… —explicó de forma enigmática. Ella sonrió en respuesta, pero no dijo nada y es que la atmósfera se percibía densa, extraña, pero deliciosa, como algo conocido, un piso firme en el que ahora ya sabía cómo caminar—. Después de mi cumpleaños, yo viajaría a México, ¿lo recuerdas? —preguntó con tono áspero. Ella asintió sin moverse—. Y entonces —empezó poniéndose de pie. Mariené pasó saliva, observándolo, tensa—, yo pensaba llevarte a un lugar especial, donde pudieras quedarte descalza. La arena de una playa era la idea original. Te vería juguetear en la orilla, como sueles hacer y te nombraría —explicó acercándose, se detuvo a los pies de la cama mirándola desde lo alto—. Y tú, con esa sonrisa, voltearías, viva, llena de esa energía que te distingue, que me magnetizó y envolvió desde el primer instante en la boda de nuestros padres. Porque de alguna manera, siempre he estado convencido de que tú, Ané, eres como una flor cargada de color en medio de un paisaje cubierto de nieve. Entonces yo ya estaría hincado.

Y lo hizo.

Mariené sintió que los labios le temblaban, que sus ojos se anegaban. El hombre no despegaba su mirada de la suya, se humedeció la boca y respiró hondo.

—Tú abrirías los ojos, esos que amo con profundidad y yo con esto frente a ellos —murmuró mostrándole una sortija platinada, en la que logró distinguir una piedra justo en medio. Sollozó cubriéndose la boca, aturdida—, lleno de temor porque ir tras de ti ha sido casi mi profesión desde que te conocí, te pediría que te atrevieras a dar ese paso conmigo, que me permitieras demostrarte que puedo pasar la vida contemplándote, amándote y volando a tu lado envueltos en esa libertad que me ha dado el amarte como lo hago.

La joven lloraba negando, asombrada, conmovida, pero logró sorber las lágrimas y sujetó su rostro entre las manos, conmocionada. No podía creer que estuviese haciendo eso, pero, por otro lado, sí, ese era el hombre por el que había perdido la cabeza.

—Y yo… ¿qué te decía? —tartamudeó con la voz rota.

Max, sereno, aunque un poco tenso pese a tener toda la seguridad de lo que hacía pues, al verla ahí, acurrucada después de la ducha, solo logró pensar en eso que planeó con tanta ilusión semanas atrás y que, en ese momento, resurgía con mayor fuerza que en aquel momento, así que sujetó una de sus manos y con cuidado le colocó el anillo en el sitio donde soñó hacerlo meses atrás, en el lugar donde debía estar.

—Nunca llegué a esa parte, *vita*, pero esperaba que fuese un *sí* —murmuró con los ojos anegados, sincero. Mariené observó su dedo anular, con las lágrimas con no dejaban de emanar.

—Sabes todo lo que implica, Milian —dijo encarándolo. Él comprendió enseguida y asintió sin dudarlo.

—Absolutamente todo, Marienè, y ni siquiera teniendo la certeza de que nos quedara una hora de vida, daría marcha atrás, porque este instante, este momento, es nuestro y sé que quiero todo contigo, lo sé desde hace mucho tiempo —aceptó con firmeza.

—Dios. Sí, sí quiero volar a tu lado, quiero todo de ti, todo contigo, *il mio uomo* —respondió logrando en él una ancha sonrisa, al tiempo que la alzaba en brazos y giraba con su cuerpo por la habitación, los dos riendo, a pesar de todo, porque ahí, en ese instante, lo tenían todo.

Epílogo

El aire mece su cabello castaño, más corto ahora. El sonido de las gaviotas, las olas tronando a unos cuantos metros, el aroma a sal...

Cuánto tiempo ya había pasado de todo aquello. En aquel entonces la certeza del instante lo fue todo. Vivir cada momento, sentirlo al máximo a pesar de las limitaciones que cargaban y aprender a sonreír con motivos porque aún con miedo, con coraje, tenían felicidad y era tan paradójico.

Saber que se cuenta con lo que se tiene, fue y ha sido, la más sabia realidad.

En unos días será Noche buena, seis años ya han pasado. No puede creer que el tiempo siga pasando así de rápido. A veces le gustaría detenerlo para así observar con mayor detenimiento lo que le rodea… a ellas, más que a nada.

Agitado entra a casa. Huele a miel de maple, a *pancakes*, a ese desayuno de sábado por la mañana que tanto le gusta. Las risas llegan desde la cocina, sonríe con esa sensación de satisfacción en el pecho inundado su piel, su mente.

Sí, esa es la vida que ambos construyeron.

Se quita la sudadera húmeda y sin ducharse, porque simplemente no lo puede evitar, se dirige hasta ahí. Entra y sonríe al ver que Joana, está sentada sobre la barra, comiendo mango con las manos, embarrada, bailando al son que su madre marca, junto con Renata al lado, trepada en un banco echándole de más miel a una pila de *pancakes*, cantando como si se supiera la letra de esa canción que suena en toda la casa.

Se acerca sigiloso, tras ellas y las rodea de una rugiendo como un león que piensa atacarlas. Las tres gritan y ríen de forma escandalosa.

Marienè se gira con la nariz llena de harina, las mejillas encendidas, claramente divertida.

—¡Papá! ¡Nos asustas! —exclama su *vita*, ahogándose en sus carcajadas, toda sucia ya por Joana, por Renata que dejó salir más miel de la cuenta.

—¡Solo vine por todas las mujeres que necesitan una ducha tanto como yo en esta casa! ¡Gruar! —dice fingiendo la voz de un monstruo. Marienè abre la boca, mira a sus hijas, carga a la menor, toma a Renata, la mayor, de la mano, y sale corriendo por toda la casa hasta su habitación mientras él las persigue por ese lugar que ha sido su santuario desde que se mudaron ahí, casi seis años atrás.

Las niñas corretean por la habitación, riendo, escandalosas. Max ruge y Marienè finge amedrentarse. Pronto la batalla termina con Renata trepándose en la cama y creyéndose la defensora, ruge mostrando las manitas, que en su imaginación son garras. Su madre abre la boca asombrada, y Max, dócil, se acerca a ella para que le haga cariños. La más pequeña sonríe aplaudiendo, y entre los mayores se observan enamorados, aún más que antes, satisfechos y orgullosos. Son una familia alegre, aprendieron a serlo.



Esa noche, ya tanto tiempo atrás, cuando Milian decidió que iría un paso delante de la vida, no durmieron prácticamente. Se sentaron en el suelo, a un lado de la enorme ventana, perdiéndose en las luces del exterior. Ella recostada sobre su pecho, él rodeándola por la cintura, absorbiendo su aroma.

Tenían tanto miedo de lo que pudiesen decir esos estudios y a la vez, tantas ganas de aferrarse al instante, que fue, paradójicamente eso, lo que los ayudó a superar aquella atrocidad.

—¿Cómo fue que supiste que estabas esperando a nuestro bebé? —preguntó él, por primera vez. Ella suspiró, acomodándose en su regazo, aferrando su mano entre sus dedos. Le narró lo ocurrido el día del restaurante, el análisis. Maximiliano suspiró un tanto pesaroso—. No hice bien mi parte, Ané, lo lamento —murmuró y después le dio un beso en la cabellera.

La joven se volteó, serena. Acarició su mejilla.

El hombre se dejó embrujar, le gustaba tanto tenerla cerca, perderse en su aroma, en su piel suave, le daba paz en medio de esa absoluta tempestad. No quería ni pensar en aquellos resultados, nada cambiaría para él, si acaso la urgencia de vivir con mayor brío cada segundo a su lado, el que pudiese.

—Debía suceder, lo sé, lo siento, Milian. Cuando me enteré, lo único que me preocupó fue el saberte tan lejos como para no poder tenerte a mi lado en ese momento —explicó con suavidad.

Max suspiró, negando.

—Ya llevaba tiempo perfilando todo para retirarme, ir dejando poco a poco el modelaje. No era la vida que imaginaba para los dos —confesó y sabía bien que eso fue parte de lo que desquició a ese hijo de perra. Con un esfuerzo muy consciente dejó pasar la aberración y se concentró en lo que tenía entre sus brazos: su presente.

—Pero te gusta modelar, no… no debes dejar de hacerlo —musitó intentando por todos los medios hacer a un lado la aprensión que le generaba su profesión. El hombre pasó una mano por su dulce rostro, por su cabello.

—Me gustas tú, *piccola*, y el modelaje ha sido bueno, me ayudó en su momento, pero ya no es lo que quiero, menos ahora, contigo, con nuestro hijo… Quiero paz, quiero tranquilidad, la ansío y sé que la tendré a tu lado —aceptó con certeza.

—¿Cómo era esa vida que pensaste? —curioseó en medio de la penumbra, admirando esos rasgos masculinos, su temple, porque sabía que no había dejado de lado lo ocurrido, ¿cómo hacerlo? Pero estaba poniéndose por encima de ello por el bien de Ané, de su hijo, de él mismo, tal como ella lo hacía. Max sonrió frotándose la barbilla.

—Los Ángeles, una casa frente al mar. Eso pensé. Está cerca de México, tendrías oportunidades para tu maestría también ahí, mis negocios sería más sencillo atenderlos… Podríamos visitar a nuestros padres y ellos a nosotros. Eso, *vita*. Solo que quizá ahora suena…

—Perfecto —aceptó Ané, besando su mejilla, quedándose ahí un poco más de la cuenta—, y si no lo consigo, quiero que tú lo hagas —pidió en voz baja. Maximiliano aspiró con fuerza, pero asintió. Ella buscó sus ojos, se miraron con fijeza—. Sé que debemos ir paso a la vez, eso haremos, pero necesito saber que estarás bien suceda lo que suceda.

Él sintió como sus pulmones se atrofiaban de solo pensar que ella, su vida, dejase de existir, pero parte de todo aquello era asumir que era una posibilidad y que, a pesar de ello, debería seguir por su recuerdo, por todo eso que sentía.

—Lo estaré, *amore mio* —prometió alzando su barbilla con cuidado, para enseguida depositar un beso dulce sobre su boca. Ella sonrió.

—¿Esperaremos a que nos den los resultados? —curioseó. Maximiliano sonrió.

—Podríamos ir buscando una casa allá, ¿quieres? Revisar algunas opciones en la web, quizá si nos gusta alguna irla a ver —propuso comprendiendo que quizá no era lo cuerdo, pero qué lo era ya. La joven asintió entusiasmada.

—Siempre quise vivir frente al mar —declaró soñadora.

—Ese es el motivo de una casa que lo tenga justo en frente, *amore* —explicó. Mariené suspiró, se recargó en su pecho e hizo que sus manos rodearan de nuevo su cuerpo.

—Me gustaría de una planta —comenzó a fantasear.

Pasaron la noche en ello, luego, hablaron sobre la boda. El juicio estaría en curso, pero la harían sin tomarlo en cuenta, necesitaban avanzar y ese grillete no los detendría, aunque se empeñara.

Al día siguiente supieron donde vivirían. En cuanto entraron a esa casa, todo blanco, espacios abiertos, la eligieron.

Una vez habían estado frente al mar, tomados de la mano se miraron.

—Quiero casarme aquí —dijo ella, aspirando la salinidad.

—Entonces tenemos mucho que hacer, *minha vida* —concedió Maximiliano.

A los pocos días de dar con el que sería su nuevo hogar, su nuevo comienzo, llegó la llamada que los mantuvo en vilo, tanto a ellos como a toda su familia, sus amigos. Ya habían caminado por el césped de *Central Park*, asistido a sus terapias, la siguiente semana tendrían que presentarse al juicio y ambos se sentían absolutamente nerviosos. Además, estaban las náuseas matutinas que la hacían levantarse, corriendo, él salía tras ella, sujetaba su cabello y luego la abrazaba, para agacharse segundos después, darle un beso a su vientre y decir:

—Debes ser más comprensivo con mamá, mini pecas, dale tregua —le rogaba con dulzura, para luego levantarse y darle un beso en la frente a ella.

Secretamente Mariené esperaba ese adorable momento. Luego, con un zumo en la mano, se sentaba en el piso, de la habitación donde él hacía ejercicio y lo observaba llevar a cabo su rutina, con las mejillas sonrojadas, mientras charlaban sobre lo que fuera. Milián disfrutaba eso, lo despertaba y comenzaba a despertarle no solo el cuerpo, si no más, mucho más.

Ella respondió esa tarde, con él a su lado, le enseñaba a jugar billar, porque ya no sabían cómo matar el tiempo. Puso el altavoz, en medio de ambos, aferraron sus manos con fuerza, mirándose a los ojos.

—Pase lo que pase, es todo contigo, ¿de acuerdo? —reafirmó Milian serio. Mariené asintió y respondió.

—Pase lo que pase, no tomaré nada que lo ponga en riesgo —repitió refiriéndose al bebé. Maximiliano apretó la quijada, asintiendo. Le dolía muchísimo, casi al punto de arder pensar en ello, pero la respetaría, se prometió con agonía.

Cuando escucharon que todo estaba en orden, los dos permanecieron en silencio durante un largo minuto, mirándose, colapsados.

—Lo conoceré —expresó en shock—, te conoceré, pecas —dijo bajando la mirada a su vientre, usando ese apelativo con el que su padre lo había bautizado, colocando sus manos sobre él, llorando.

Maximiliano sintió húmedas sus mejillas, una descarga de infinita esperanza y agradecimientos en medio de todo aquello lo sujetó y arropó. Se quitó las lágrimas con la manga del suéter. Ella ya alzaba el rostro, ese hermoso rostro que encerraba su mundo.

Después de todo la vida sí les daba otra oportunidad.

—Te amo —susurró aun conmocionado.

Se había planteado, a lo largo de esos días, los peores escenarios, y en cualquiera Ané era lo mejor de su vida, lo que había valido la pena, pero el regalo de saber que no tenían en ese momento las horas contadas, valió todo.

Imposible borrar lo que habían pasado, pero era increíble como de pronto hay cosas que simplemente no deben de ocupar toda la atención porque se comprende que el vivir, tan solo respirar, ya es una oportunidad, una señal para avanzar y afrontar lo que se teme, para poder apreciar del camino cada pequeño detalle, cada sensación, cada movimiento del aire que despeina el cabello, porque el conjunto de eso hace recordar que lo importante es conectar con lo que es real, con lo que se siente al amar.

Acunó su rostro, despacio. Mariené, ansiando lo mismo, entreabrió los labios. Pronto su tacto familiar aterrizó en su boca. Rodeó su cuello y de dio el permiso de adherirse a él, a su pecho, a ese cuerpo que era suyo, que lo reclamaría la eternidad y pelearía contra quien fuera.

El hombre, por primera vez en mucho tiempo, profundizó el contacto, dejó vagar su lengua y la de ella lo recibió, enredándose. Gimieron al sentirse, enseguida la necesidad comenzó a dominar, ninguno quería pensar, solo agradecer que se tenían ahí, para amarse, para sentir.

Max bajó la mano a su cintura, despacio, luego alzó una de sus piernas, entonces ella supo que había llegado la hora de avanzar.

A cuestas la subió hasta su habitación, se sentó sobre la cama, con su cuerpo esbelto encima de su regazo. Se besaron despacio, con cuidado, pero con intensidad. De repente sintió las manos de Milian por debajo de su suéter y simplemente alzó los brazos, separándose, invitándolo.

No sabía si estaba listo, ni él tampoco, pero debía averiguarlo y avanzar hasta donde sus propios límites los dejaran llegar. El hombre, con la mirada oscurecida, asintió pasándole la prenda y dejándola solo en sostén.

—Si uno quiere parar…

—Nos detendremos —secundó él, un poco nervioso. El dolor era tan reciente, pero no se sentía como tantas veces imaginó, en realidad era casi necesario para continuar, para reafirmar que tomarían todo de la vida sin piedad, sin titubear—. Solo no dejes de mirarme, Ané —pidió. Ella asintió besándolo sin cerrar los ojos.

—Ni tú a mí, Milian.

Y entonces, increíblemente, contra cualquier pronóstico, lograron avanzar. Ella pasó su camiseta por sus brazos, sin soltar sus ojos, ni él los suyos. Se volvieron a besar sin casi parpadear, sonriendo, atentos a sus reacciones. Luego el soltó su cabello, pasó los dedos por sus hebras, Ané por las suyas, suspirando. Se pusieron de pie, despacio y comenzaron a quitarse la ropa, uno al otro, sin perder contacto visual.

—Te tengo —habló ella, cuando quedaron desnudos y se pegaron uno al otro. Milian suspiró extasiado, luego acunó su trasero y lo apretó apenas, sonriente, dejando los miedos del lado porque no les permitiría comandar. Ané rodeó su cuello, haciendo a un lado aquello que no fuera su piel, sus ojos, su aroma y jadeó.

—Te tengo, *vita* —repitió, porque no se referían al momento, a sus cuerpos, si no a eso que los haría no caer, que les permitiría seguir sin mirar atrás.

Se besaban despacio, sin prisa, con cuidado, midiéndose uno al otro. Un roce en el hombro, sin soltar sus ojos, él en uno de sus senos, ahora más abultados, sin dejarla ir. Confiados, continuaron así, sujetos de sus pupilas, se exploraron, se reconocieron, pasaron sus manos delicadas por toda su piel, despertando los gemidos, los jadeos… el ardor y la pasión.

Cuando Milian se aventuró a explorar su femineidad, aguardó su reacción, ella dio un respingo aferrada a sus hombros, luego jadeó de nuevo, con las pupilas clavadas en las suyas, invitándolo a seguir y siguió.

—Guía mi mano a dónde deseas que te toque, Milian —pidió casi ahogada en las sensaciones. Él la besó mientras la exploraba con mayor anhelo.

—Solo permite que te sienta, necesito de ti —respondió casi en un ruego, adentrándose más, logrando arrancar de su garganta otro jadeo más hondo. Ané asintió, mordiéndose el labio.

—Y yo a… ti —suplicó aferrándose con mayor fuerza a él. La soltó y la recostó con cuidado sobre la cama.

—Si hay algo que no desees, solo pide que pare.

—Si no puedes avanzar, solo dilo —avaló ella, con sus manos entrelazadas a las suyas. Se contemplaron antes de dar el paso, los recuerdos luchaban por gobernar, pero ninguno de los dos estaba dispuestos a darles un minuto más. Ese día comenzaba su vida, nada lo podría opacar. Maximiliano descendió despacio, y sonrió cuando estuvo sobre su cálido cuerpo.

—Te amo, Mariené —susurró sobre su boca, adentrándose muy despacio al sentir como ella rodeaba su cadera, invitándolo.

Ambos gimieron al sentirse de nuevo unidos, siendo parte de lo mismo, de esa energía. Pronto la ansiedad que tan bien conocían los comenzó a consumir, a exigir y no pusieron freno, simplemente le permitieron avanzar y hacerlos sus presas como desde el primero momento ocurrió sin dejar de mirarse, de sentir esa compenetración tan suya adherirse a cada célula, a cada pensamiento, a cada espacio de su ser.

Abrazados, desnudos, ahí en la que era su habitación, respiraron asombrados por lo que acababa de ocurrir. Les habían dicho que probablemente pasarían meses para dar ese paso, que debían tener serenidad y paciencia. Pero cómo enfrentar que la vida les devolvía mucho de lo que les había decidido quitar.

—Creo que es niña —habló ella primera, tomándolo por sorpresa, sacándolo del azoramiento donde peligrosamente lindaban los recuerdos. Se recargó en un codo y la miró, pasando un dedo por su clavícula, intrigada.

—¿Por? —quiso saber, perdido en su mujer. Ella se giró y se acercó a su oreja.

—La soñé —susurró. Luego se alejó y lo miró de forma pícara. Mariené era fuerte, muchísimo y su fuerza se la contagiaba.

—Entonces debemos escoger un nombre, *piccola* —murmuró rozando su nariz con la suya, extasiado.

—Uno portugués, uno que signifique renacer…



Enfrentar a Jan en el juicio fue motivo de palidez para Maximiliano, y de náuseas para Ané, pero con sus padres ahí, su gente afuera esperando, lograron enfrentarlo. Jan buscaba los ojos de él, prepotente a pesar de saberse hundido. Max, al inicio, lo evadió, pero luego la encontró con la mirada, a lo lejos, altiva, acompañándolo, entonces recordó que tenía algo que jamás le podría arrebatar y lo encaró, serio, sin titubear y declaró dejando a los presentes conmocionados y a Ané, aunque llorosa, orgullosa de su hombre, de su entereza. Luego fue su turno y actuó igual, dejando a al jurado admirados.

Aquel día, al salir, se abrazaron y decidieron caminar un rato, solos. Terminaron en un parque, sobre el césped, aferrados a sus manos, intentando acomodar lo que aún estaba presente pero que estaba por terminar.

Se casaron como acordaron, en la playa de su nueva casa, solo su familia y amigos, velas, un juez, una cena pequeña, ella vestida de esa forma etérea, él esperándola frente al océano que sería el paisaje que vería cada mañana. Nada fue mejor que, mirándose a los ojos, dijeron el *sí*, sin dudar.



Louis, al saber que se mudarían, los buscó. Jan no saldría de prisión, Eva había ganado, ellos también, además, la agencia tuvo que dar una fuerte indemnización a Maximiliano debido a lo ocurrido, aun así, la directora lo veía como una ganancia, si Jan hubiese logrado lo que quería, hubiese perdido muchísimo dinero. Además, Ratazzi aceptó seguir colaborando para campañas especiales siempre y cuando lo manejara ella y… fuese bajo sus condiciones.

Dorian también obtuvo varios años de prisión, además de una deuda con Eva por daños y perjuicios, incumplimiento de contrato. El otro modelo que se coludió con ellos también, y un par más cayeron por demanda de la agencia. Sus carreras desaparecieron, y su tiempo en prisión no sería grato, los violadores no suelen pasarla bien.

Los paparazis por supuesto no cesaron, tanto que tuvieron que contratar escoltas durante un par de meses. Al verlo en la puerta del apartamento, después de que lo hubiesen anunciado, ambos lo miraron.

—Sé que quizá no soy alguien que desean ver.

—No digas eso, Louis —murmuró Mariené, aferrada de la mano de su esposo, desde hacía una semana.

El chico sonrió con tristeza, lucía delgado, demacrado. Durante ese tiempo no habían tenido noticias suyas, salvo cuando fue su turno de declarar, que apareció y relató lo que, dolorosamente, sabía.

—Debí advertirte —habló mirando a Maximiliano, este apretó la quijada.

—No fue tu culpa y de hecho… te debo la vida —aceptó buscando sentirse calmado, le costaba, pero con su mujer a un lado, no era tan complicado.

—No, no me debes nada. Al contrario —y dio un paso adelante, tendiéndoles una pequeña caja —. No hay copias, no hay nada más sobre ustedes, solo lo que di a las autoridades para… tener las pruebas que se necesitaban. He pasado semanas en ello, son libres por completo —informó contrito. Ambos miraron la caja, comprendiendo qué era. No pretendían tocarla—. Sé que no es algo que deseen tener, pero necesito de, alguna manera, que sepan que no tiene ya nada qué temer.

Un minuto de silencio.

—¿Nos harías… un favor? —preguntó Max, de repente. Louis pestañeó, asintiendo, notando que no la tomarían—. Bien.

Un segundo después desapareció en una puerta que estaba un lado de la cocina, donde estaba el área de lavado. Ambos lo esperaron, sin hablar. Regresó con un martillo y se lo tendió. Louis lo tomó sin entender.

—Vamos —pidió haciendo que lo acompañaran a la terraza. Había empezado a nevar por la tarde, pero aún no era una capa espesa. Esa noche viajaban para México—. Ábrela y deja las cosas en el suelo —ordenó con suavidad. Louis lo hizo. Mariené intuyó enseguida lo que haría. Una *Tablet*, dos celulares, un par de memorias USB. Los tres las observaron con repulsión, con odio—. Rompe una —pidió despacio.

—¿Seguro? ¿No quieres hacerlo tú? —preguntó con tanta rabia corriendo por sus venas. Maximiliano estaba asombrosamente bien a pesar de todo, no daba crédito y los envidió, envidió su fuerza. Él tardaría mucho tiempo en recuperarse de lo ocurrido, pero ellos parecía que no estaban dispuesto a regalarle a ese hijo de perra ni un minuto más de su vida.

—Dije una —enfatizó alzando una ceja.

Louis sonrió por primera vez en semanas. Apuntó al celular que le quitó, donde había fotos de tantos momentos compartidos que lo quemaban, que le sabía a total traición, y lo destruyó sintiendo como con cada golpe bien asestado lo aniquilaba a él, a lo que sentía por él, a los años de vivir engañado, al tiempo que le cedió. Luego se lo tendió a Mariené, ella le pegó al otro celular y gritó con rabia, lo deshizo y sirvió. Fue su turno y sin contemplación rompió por completo la *Tablet*. Solo quedaron las memorias.

Los tres las miraron, agitados.

—¿Puedo? —preguntó Louis. Ambos asintieron, las pisó hasta que no quedaron salvo diminutos pedazos.

—Esto se terminó —zanjó Maximiliano, aferrando la mano de su esposa, mirándolo serio.

—Los admiro, en serio que sí, y… gracias por esto, Max. Las cuentas están borradas, no hay nada en la *web*. Espero que logren olvidar uno poco de esto.

—Gracias, Louis, por traer esto, por buscarnos —agredeció Mariené, sonriéndole. El chico se frotó el cuello, negando.

—Ustedes dos son especiales, de verdad espero que sean felices y que su vida sea la que merecen.

—La tuya también —deseó Maximiliano con sinceridad.



Aquella Noche Buena lo pasaron solo con sus padres y Jess. Damián había pasado en la tarde a verlos al apartamento de Ané, que pronto entregaría. Conversaron, él estaba al tanto de todo, Marcia se lo había tenido que contar semanas atrás. Desde ese momento se había mantenido atento a su hija. Esa tarde, sonrieron, y le comunicaron sus planes. Luego Maximiliano los dejó solos un rato, mientras iba por lo necesario para empacar. Su padre la abrazó durante todo ese tiempo.

Esa fue la última noche que pasaron ahí Ané y Milian. Ella se despidió del que había sido su hogar y representado una conquista personal, pero, sobre todo, un lugar para sentirlo cerca a pesar de la distancia.

Cenaron con velas, como aquella primera cena ahí, mucho tiempo atrás, unos emparedados improvisados, bailaron un poco y luego pasaron un buen rato atentos al vientre de Ané, que por las noches comenzaba a hincharse y no podían dejar de admirar.

Había días buenos, otros no tanto, pero los dos entendían las señales y se daban espacio. La intimidad avanzaba, despacio, pero la disfrutaban y no se presionaban, a veces solo se desnudaban, besándose y eso bastaba, otras, llegaban hasta el final y era éxtasis total, un triunfo más.

En enero el apartamento estaba empacado y preparado para entregarlo. Ané poco había podido hacer, pero lo acompañó a todas sus andanzas, esas que disfrutaban.

La primera noche en su nueva casa solo contaron con el colchón y algunas cobijas, y fue la mejor parte de la aventura; los muebles llegarían al día siguiente. Esa primera mañana Mariené lo despertó en cuanto el sol comenzaba a salir.

—Milian… Anda, despierta —insistió a su lado, dándole besos en su rostro. El hombre sonrió quejoso.

—Aún es de noche.

—Quiero ver el amanecer de nuestro primer día aquí —rogó hincada sobre el colchón enfundando en aquel piyama de franela. Soñó tanto con ello que aún no daba crédito que fuese real después de todo.

Sonrió incorporándose, enseguida se extravió en sus dulces facciones. ¿En qué puto mundo le

diría que no? Se puso algo encima, se lavaron los dientes, con ella presionando como si tuviese prisa y recibieron el amanecer abrazados en la arena.

—No podría pedir nada más para mi vida —murmuró su esposa a un lado.

Besó su cabellera, suspirando, porque era verdad.

—Quiero que me confirmes eso en… unos seis años —pidió buscando sus labios.

—Lo haré —aseguró.

—Y luego otros seis —la besó de nuevo— y otros —más besos— y otros. —Ella rio asintiendo, comprendiendo lo que implicaba.

—Estaré aquí, Milian, estaremos aquí —aseguró acariciando su rostro.

—Te creo, *piccola* —respondió con dulzura.



En el presente, desayunan en medio de una atmósfera ligera, cargada de risas y miradas compenetradas entre Milian y Ané, como siempre. Esa tarde llegan sus padres, pasarán ahí las festividades, al igual que Jess y su esposo, que irán unos días más tarde.

La siguiente semana David pasará por ahí a verlos, sus hijas lo adoran al igual que a Lenna, Connor y Cloe, que tienen un pequeño de la edad de Joana; se mudaron a San Francisco cuatro años atrás y se ven con frecuencia. Lenna continúa en Nueva York, pero ya no está por completo en el modelaje, entre ella y Louis crearon una firma de ropa que va ganando cada vez más presencia.

Max modeló solo un par de años más, pero para campañas en L.A. Luego lo dejó del todo. Sus negocios crecieron, aunado a lo poco que ya le atraía ese mundo, prefirió dejarlo como parte de lo que fue. Mariené terminó una maestría y justo después, supieron de su segundo embarazo, los dos brincaron por toda la casa, danzando con su otra pequeña en brazos.

Al nacer, ella retomó un poco su profesión, revisaba escritos, los corregía, editaba y le iba bastante bien, porque trabajaba como externa. No había aceptado puestos de editora, como ya le habían ofrecido. Mariené sabía que la prioridad era su salud mental, su sensación de paz y eso se la daba el no abrumarse con mucho y disfrutar de lo que ella y Milian construían, no se quería perder ni un segundo de eso. Aceptaba a veces proyectos más grandes, pero pocos, a decir verdad, sin embargo, la buscaban mucho para ello, tenía reputación de ser meticulosa y tener buen ojo para obras que, al salir, rápidamente se posicionaban.



—¿Silvano ya te dijo a qué hora llegan? —pregunta su esposa, mientras él levanta la mesa y las niñas juegan con Pulgas, su perro. Glu suele mantenerse alejado de ellas, aunque por las noches, siempre duerme a los pies de la cama de Renata, ella es su favorita, pero ya es mayor y flojo, además de tragón, así que no es usual verlo salvo dormido por ahí, lejos del Pulgas, que es toda energía.

—Sí, *vita*. Pensé que podemos pasar por las compras y luego por ellos —propone limpiando los platos. Ella se levanta y lo rodea por detrás, descansa la mejilla en su espalda, suspirando. Maximiliano toma una de sus manos y se la lleva a los labios. Esas muestras de cariño son lo cotidiano y siempre lo atontan.

—Suena bien… —acepta lánguida, mirando como Renata le quita una pelota a Pulgas y esta, busca quitársela.

Su casa es un desastre, no en el sentido literal, pero sí suele haber juguetes por ahí que hay que levantar, su esposo intenta educar a Pulgas que es una mezcla de a saber qué razas, la verdad es que es inteligente, pero a veces se une al par de diablillas y entonces todo se sale de control.

Max se gira y la abraza, absorbiendo su aroma.

—No puedo creer cuanto han crecido —reflexiona ella, escuchando los latidos de ese corazón que es todo suyo.

—Sí, quizá es hora de otro bebé por aquí —expresa Max, sacudiéndola un poco.

Tienen ayuda en casa, Ané está sana, los dos desean tres, ambos cuentan con el tiempo para criarlas, cuidarlas, estar con ellas. Aunque no saben si eso es posible, como la propia ginecóloga les había dicho, pero sí que es altamente probable si ya tiene dos hijas. Lo cierto es que, si no ocurre, no los afecta, saben que la vida le dio mucho más de lo que alguna vez pensaron en lograr tener.

Marienè sonríe y alza la mirada. Él la intercepta.

—Podríamos incluir en las compras una prueba —musita arqueando las cejas. Milian sonríe.

—Sabía que ese retraso estaba sospechoso —gruñe entornando los ojos, luego le hace cosquillas mientras besa su cuello.

—¡Basta! —ruega ella, riendo, contorsionándose para que la deje. Él para.

—Nada de basta, señora, mañana les dejamos las niñas a sus abuelos e iremos a hacer el análisis —determina.

—Quizá solo es un retraso —argumenta su esposa. Max tuerce la boca.

—Bueno, la verdad es que el proceso para lograrlo me excita —le hace ver juguetón. Ané le da un golpe en el hombro, sonrojada. Aún le ocurre eso, aunque es desinhibida en el tema.

—Milian… —se queja.

—¿Qué? Es la verdad —y se acerca a su oído—. Estar dentro de ti, me encanta, más con esos

gestos tuyos, son éxtasis total, *minha vida*, y no me disculparé por decirlo.

—Tú no te quedas atrás.

—Obviamente no, tengo a mi vida cada noche en mi cama, ¿cómo podría reaccionar? —le hace ver con frescura.

—Ya, OK, mañana la hacemos.

—Y hoy podemos trabajar sobre el tema, por si acaso —propone con picardía. Ella ríe coqueta, luego lame con cuidado la comisura de sus labios.

—Podría ser, *il mio uomo*.

—*Mi stai provocando, piccola*

—*Tu che ne pensi, bello??*

—*Non dormirai, la mia vita* —amenaza con las pupilas dilatas, Ané ya sabe hablar un italiano decente.

—*Neanche tu* —avala. Max suelta una carcajada.



La tarde siguiente están cenando todos en casa, cuando los resultados llegan al celular de Ané. Le muestra la notificación con discreción. Su esposo se levanta y le tiende la mano.

—¿Nos dan unos minutos? —pide a sus padres. Marcia y Silvano, que juegan con las niñas, asienten alegres. Salen de casa tomados de la mano, caminan hasta quedar frente al mar.

—Allá vamos, *minha vida* —murmura un tanto expectante.

Tener ese tercer miembro gestándose en su vientre sería ya la perfección absoluta, algo que no creyó años atrás, pudiese lograr, pero a lo largo de ese tiempo todo había sido sencillo, a pesar de que superar ese momento a veces, aun ahora, les acarrea pesadillas de vez en cuando, pero un abrazo, palabras dulces, logran desvanecerlas y dejarlo en el pasado.

Ané suspira y abre el documento. Los dos se acercan nerviosos. El positivo está en negritas. Milian abre de par en par los ojos, luego busca los suyos. Luce azorada, feliz.

—Lo logramos, Milian —murmura aturdida—. Otra vez lo conseguimos —expresa con la mirada vidriosa. El hombre, envuelto en una ensoñación ya imposible de superar, asiente al tiempo que la toma por la nuca y la besa con intensidad. Mariené responde enredándose como suele, en su cuello.

Nada fue sencillo, pero demostraron que, a pesar de eso, los «casi» en sus vidas, no eran una opción; Mariené y Maximiliano lo tomaban todo, juntos, demostrando que, aunque la vida estuviese en contra, nunca sería de otra manera.

AGRADECIMIENTOS

Siempre es difícil llegar al final, en este caso lo complicado fue atreverme a expresarlo. Para nadie que me lee con asiduidad. le es nueva mi manera de escribir, los temas que toco. Podría incluso decir que el romance oscuro es lo mío, lastimosamente ahora ese género solo se relaciona en una dirección que no es la que yo desarrollo; drama romántico sería la descripción ideal.

Mi fascinación son los personajes más cotidianos viviendo situaciones lúgubres, límites y dolorosas, que consiguen de alguna manera probar su fuerza más allá de lo que ellos mismos piensan, que los convierte en resilientes, aunque ya lo eran a priori. Me gusta ver evolucionar la psicología de los protagonistas, acompañarlos en su desarrollo, observar la manera en la que enfrentan las situaciones adversas a las que someto sus destinos.

Así que si llegaste hasta aquí, quiero darte las gracias.

Esta historia trajo uno de mis dos bloqueos más grandes como escritora, derivados de la expectativa, de la complacencia y miedo, pero gracias a Marienè y Maximiliano comprendí que si busco agradar, nunca estaré en paz conmigo porque la insuficiencia será tan constante que me acompañará en cada paso que dé.

Ambos personajes son un ejemplo de fuerza, lealtad y confianza. Me dejaron mucho, me mostraron caminos que quizá sin ellos no hubiera escogido, incluso historias que nunca me habría atrevido a escribir.

Las cosas suceden, no estoy muy convencida de que sean siempre por algo que nosotros mismos provocamos, pero sí creo fehacientemente que la mayoría podemos resignificarlas en algún punto para que aporten algo a nuestra existencia, para que el camino que elijamos pueda tener mayor sentido.

Día a la vez, momento por momento, el significado de tener vida, el poder que le das a los eventos que te hirieron, el pasado que nos define y hasta que lo enfrentamos nos mantiene sujetos. Temas así son mi guía, por eso esta historia estará siempre clavada en mis logros más importantes, porque como suelo, contiene mensajes ocultos para mi yo futuro, para que cuando vuelva a ellos los pueda entender con mayor claridad.

Espero que disfrutaras estas letras, este pasaje trágico y lleno de amor.

Gracias a mis lectoras que creen en mí, que me acompañan y apoyan, a Dafne por ser tan inquieta, tan llena de energía e ideas increíbles, por ser una de las que más insistió para que Casi contigo estuviera en tus manos. Gracias si no me conocías, por darme la oportunidad, ojalá no sea la última vez que nos leamos.

Loviu,
Ana

Separador CASI CONTIGO

En este QR te dejo imprimible un separador de la novela



Inscríbete a mi Newsletter y te regalo uno novela





@anacoello_



Anacoello



Anacoello



Ana Coello



anacoello.com.mx

Contenido

Prefacio

PARTE UNO

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

PARTE DOS

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

PARTE TRES

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Epílogo

AGRADECIMIENTOS

Separador CASI CONTIGO

Inscríbete a mi Newsletter y te regalo uno novela

Contenido

Notas

[←1]
Mi hermoso hombre